

10 NOVELAS DE ROMANCE  
Y ERÓTICA BDSM



*Sexa Dura*  
Y SALVAJE

SARA TOLEDANO



---

# SEXO DURO Y SALVAJE

---

*10 Novelas de Romance y Erótica BDSM*



Por Sara Toledano

© Sara Toledano, 2019.

*Todos los derechos reservados.*

Publicado en España por Sara Toledano.

Primera Edición.

*Dedicado a Mar y a Sara*

Mi regalo **GRATIS** por tu interés;

--> [Haz click aquí](#) <--

## **La Bestia Cazada**

Romance Prohibido, Erótica y Acción con el Chico Malo Motero



~~2,99€~~

**Gratis**

--> [www.extasiseditorial.com/amazon](http://www.extasiseditorial.com/amazon) <--

*para suscribirte a mi boletín informativo  
y conseguir libros el día de su lanzamiento  
**GRATIS***

# Índice

**1. Niña Mala** — *Sumisa Adiestrada por el Dominante Millonario*

**2. Rey** — *Romance Prohibido, Erótica y BDSM con el Señor del Crimen*

**3. Rey** — *Esclava Virgen y Prometida del Señor del Crimen*

**4. Alfa Peligroso** — *BDSM y Romance con el Licántropo Alfa y Millonario*

**5. El Beso del Vampiro** — *Romance, BDSM y Erótica Paranormal con el Rey del Crimen*

**6. Esclava de Fuego** — *Fantasía Erótica con la Princesa Virgen y el Señor de los Dragones*

**7. Mosquita Muerta** — *Joven Virginal convertida en Esclava del Amo Millonario*

**8. La Sociedad B** — *Nueva Esclava en el Club Secreto del Amo Millonario*

**9. Virgenenventa.com** — *Sexo Duro y BDSM con la Virgen y el Amo Millonario*

**10. El Amigo Dominante de mi Hermano** — *Sexo Duro y Pasión Prohibida*

**Bonus** — *Preview de “La Mujer Trofeo”*

*Título 1*

# **Niña Mala**

*Sumisa Adiestrada por el Dominante  
Millonario*

I

-Tienes que salir con él.

-Pero, ¿por qué?

-Sólo tienes que hacerlo, Carol. Es una cuestión de negocios. No lo entenderías.

No supe qué decir cuando mi padre me dijo esas palabras. Recuerdo que estaba en la cocina de la casa, sentada en la mesa que estaba allí. Me llamó para que habláramos sobre mi futuro y pensé estúpidamente que se trataba de una charla sobre la universidad o algo así. No. Resultó todo lo opuesto.

Me levanté y fue a mi habitación. Aún podía escuchar el trinar de los pájaros afuera. Cerré la ventana porque no pude tolerar otro sonido. El que había dentro de mi cabeza era demasiado fuerte. Como si tuviera mil cornetas haciendo ruido al mismo tiempo. Estaba destrozada.

Seré sincera, no es que mi padre sea el perfecto ejemplo para mí. De hecho, es una figura casi inexistente en mi vida. Sólo tengo flashes de él cuando era pequeña. Supe que era alguien “importante” porque llevaba los negocios de gente en la política y de otros ambientes.

Gracias a eso, vivimos muy bien por largos años: viajes a Europa, ropa de marca, comidas en los restaurantes más exclusivos de la ciudad. Cualquier cosa que quisiéramos o imagináramos la podíamos lograr. Pero las cosas eventualmente fueron en picada. Comencé a verlo con un rostro de preocupación que no se le quitaba ni con el Xanax ni el whiskey.

Desde hacía varios días me miraba como si estaba tomando las fuerzas para decirme algo. No ignoré porque francamente estaba en lo mío. Pero luego me citó para que charláramos y bueno... El resto es historia.

Me senté en la cama para pensar en todo lo que estaba pasando. Fijé la mirada en los pósters de Anthrax, Megadeht y Black Sabbath, en el clóset medio abierto y con algún bota de pantalón que salía de allí, los zapatos sobre el suelo de parqué. Me resultó irónico que el día estuviera particularmente cálido y bonito mientras estaba allí, sintiéndome como un trozo de carne.

Cualquiera hubiera pedido la intervención de su madre o de cualquiera. Mi caso es diferente. Mi mamá murió hace un par de años atrás gracias a su afición al alcohol; por otro lado, mi hermano mayor hizo todo lo que pudo para alejarse de la familia. No sé en dónde está ni qué hace, pero presiento que esté mucho mejor que yo.

Finalmente me acosté y pensé en la maleta pequeña que tenía debajo de la cama. La usaba cuando quería escaparme por unos días pero no era tan mala idea de tomar unas cuantas cosas e irme por la noche. Dejaría a mi padre solucionar su problemita y yo estaría a unos cuantos kilómetros de allí... Hasta que me encontrasen, hasta que me volvieran a arrastrar a este pantano.

Así que deseché la idea. No tiene sentido huir cuando sabes que el pasado te alcanzará de alguna manera u otra.

Pero no me malinterpreten, no es que tenga miedo a esas cosas relacionadas con el sexo. Más bien es algo que disfruto inmensamente. He tenido toda clase de experiencias desde que recuerdo. He estado abierta a probar cosas nuevas.

Mi primera vez, por ejemplo, fue con un hombre casado que conocí cuando tenía 15 años. Aunque nos confesamos las ganas, no hicimos nada hasta que nos reencontramos un par de años después. Como formaba parte del mismo círculo de amigos que mi padre, lo vi en una fiesta con su mujer.

Ella estaba durmiéndose en la silla y él no paraba de verme desde el otro lado del salón. Por supuesto que estaba nerviosa, pero lo disimulé un poco al tomarme un trago de lo que tuve cerca. Tosí y sentí un impulso que me llevó hasta donde se encontraba. Le rocé el hombro y fuimos hacia una de las habitaciones que había.

Cuando cerró la puerta tras él, mi corazón latía demasiado rápido. Tanto que pensé que sufriría de un infarto. Se acercó a mí y me tomó por la cintura y me

besó. Lo hizo con fuerza, con determinación.

No paré de gemir gracias a que sus caricias se pasearon por todas partes. Mis caderas, mi espalda, mis pechos. Su lengua se adentró en mi boca para buscar la mía. Mordió mis labios y hasta me los rompió un poco. Allí presentí que el dolor era un buen compañero del placer.

Bajó el cierre de mi vestido y me llevó suavemente a la cama. Su mirada mezclaba ansiedad y también emoción. Supongo que yo también sentí lo mismo aunque más bien estaba curiosa. Veía todo como una aventura.

Me dejó desnuda y me acosté. No mentiré, hubo una parte de mí que quiso salir de la habitación. El miedo pareció abrumarme hasta que sentí la boca de ese tío en mi coño. Tuve que taparme la boca con ambas manos para reprimir los gritos que aquello me produjo. No hay sensación comparable con eso.

Cerré los ojos y sentí su lengua dentro de mí, moviéndose, al mismo tiempo que le escuchaba chupar intensamente. De vez en cuando lo miraba y él sólo me respondía con una sonrisa malévolamente.

Siguió comiendo de mí hasta que se levantó y se desvistió. Cuando estuvo desnudo, pude ver su pene. Se veía grande y grueso y temía el dolor que iba sentir. Eso era algo que mis amigas y yo del colegio hablábamos, así que estaba un poco aprehensiva.

Por supuesto que no conté con el hecho de que él era un hombre mucho más experimentado que yo, así que pensé que era el paso obvio, resultó otra sorpresa. Tomó su mano y comenzó a masturbarme. Primero introdujo y dedo y luego dos, poco a poco a pesar que lo veía contenido entre sus ganas. Cuando los introducía y los sacaba, se los lamía para volver a meterlos. Es una imagen que aún hoy me produce la piel de gallina.

Volví a perderme en la excitación hasta que sentí que él se preparaba para penetrarme. Le tomé de los brazos y él se inclinó hacia mí. Me besó y finalmente lo sentí. Su pene entró en mí.

Paralelamente sentí una mezcla de dolor agudo y un placer infinito. En la misma cantidad o un poco de una y mucho de la otra. Era algo que todavía no me queda claro. Él se quedó allí un rato hasta que comenzó a moverse. Al principio lo hizo con cuidado hasta que poco a poco fue un poco más rápido e intenso.

Mis piernas no paraban de temblar, su boca estaba anclada en mi cuello y sus



dientes mordían la piel que estaba allí. Me despedazaba por dentro y por fuera.

Siguió follándome hasta que rodeé su espalda con mis piernas, quería que estuviera más dentro de mí. El calor de nuestros cuerpos se volvió intenso y delicioso. En un punto, experimenté algo que hasta después supe se trató del orgasmo. Puse los ojos en blancos y me agité con fuerza. Él siguió penetrándome con fuerza hasta que sentí que me deshice entre sus brazos. Las cosas se tornaron oscuras, un negro cerrado para quedar desconectada de la realidad.

Al poco tiempo abrí los ojos y me encontré con su cuerpo a mi lado.

-¿Estás bien?

-Sí. ¿Qué sucedió?

Aún veo esa sonrisa descarada.

-Tuviste un orgasmo.

Al terminar de decir esto, volvió a colocarse sobre mí y me folló con más fuerza que la primera vez. De nuevo, tuve que hacer el esfuerzo por no gritar como loca. El pene de ese hombre me producía cualquier cantidad de espasmos y placer, claro.

Estuvimos allí un rato. Al terminar, me levanté para lavarme. Por suerte, las sábanas no se mancharon demasiado. Él quiso hacerlo conmigo dentro de la pequeña ducha y tuve que decirle que no. De seguro su esposa lo estaría buscando como loca y era mejor que lo encontrara con la excusa de que había bebido de más y que la disculpara por eso.

Salió de la habitación un poco molesto pero me dio igual. Él sólo fue un medio para introducirme a esto del sexo.

Días posteriores, me buscó como loco. Incluso estableció negocios con mi padre como una excusa para tenerme cerca. No sé cómo hice para quitármelo de encima.

Lo cierto es que ese encuentro me marcó para siempre. Después de él, estuve con un chico que estudiaba en el mismo colegio pero era un año mayor que yo. Nos veíamos en los pasillos pero no se nos ocurrió acercarnos salvo por la fiesta de fin de curso.

Estaba sola, sentada en las gradas, fumando y burlándome internamente de estos rituales tontos adolescentes. Él se me acercó con un vaso de ponche. Recuerdo que hizo una especie de broma al respecto porque reí un poco.

Estuvimos hablando un rato hasta que pusieron una canción lenta. Nos miramos fijamente hasta que se acercó y nos besamos. Sus labios me supieron a dulce y supongo que eso fue gracias al ponche. Aunque había profesores y monjas en todo el lugar, parece que nos ignoraron por completo.

El hecho es que me tomó la mano y salimos de allí. Nos montamos en su coche y dimos vueltas por la ciudad. La noche estaba hermosa, la luna se veía grande y brillaba como si fuera de día.

Dimos más vueltas hasta que aparcó en un estacionamiento vacío. Como el coche esta descapotable, abrió el techo y los dos quedamos bajo las estrellas. Volvimos a mirarnos y supe lo nervioso que estaba, así que fui hacia su regazo y le bajé le cierre con cuidado.

Tomé su pene con suavidad y lo masajé un poco. Supongo que tuvo una cara de sorpresa porque sentí que se sobresaltó. Eso me dio un poco de risa porque me hizo recordar el miedo que experimenté en mi primera vez.

Ese fue otro momento cumbre para mí, mientras le masajeba, experimenté lo duro que estaba su pene, incluso pude ver cómo su glande estaba empapándose cada vez más. Era un espectáculo para la vista.

No pude aguantar más y me incliné hacia su pene y lo besé un poco. Volvió a estremecerse y me lo introduje en la boca por completo. El pobre chico estaba que no podía más. Incluso me tomó por el cabello para que fuera más rápido y así lo hice. Continué hasta que le escuché decir:

-No puedo más.

Lo miré con toda la lujuria dentro de mi ser y esperé a que eyaculara en mis boca. Mis labios quedaron empapados de su semen. Relamí un poco para saborear un poco. Volví a verlo y nos reímos un poco. Era como si acabáramos de hacer una travesura.

Desde ese día, los dos éramos inseparables. Puedo decir incluso que me enamoré de él aunque no estoy muy segura de ello. Pero, como suele suceder, me aburrí y lo dejé. Por suerte, ese año terminó muy rápido y supe más tarde que se había ido muy lejos a estudiar en una universidad. Suspiré de alivio.

Mis aventuras no terminaron allí, también me relacioné con una chica que vivía en nuestra urbanización. La primera vez que la vi quedé impresionada por su belleza, de hecho, no era la única. Quien la viera, quedaba prendado de inmediato.

A primera vista no quise prestarle atención pero luego me di cuenta que también le gustaba. Al cabo de unos días, ya estaba sobre su cama, comiéndole el coño y haciéndole llegar tantas veces como quería. Sin duda, fueron unos meses deliciosos e intensos.

La lista se amplió cada vez más. Nunca tuve interés en coleccionar amantes pero sí llegué a pensar que tenía unos cuantos. Quise darme la oportunidad de vivir experiencias y no quedarme siempre en lo mismo; eso también me dio la oportunidad de juntarme con gente de todo tipo y conocer toda clase de gustos y estilos de vida.

A veces pienso que eso también fue porque en casa las cosas eran diferentes. El ambiente pesado era suficiente para escaparme unas cuantas horas de esa realidad. Cualquier distracción era bienvenida.

La decisión de mi padre de usarme como moneda de cambio era algo que de lo que le creí incapaz. Sí, era corrupto. Corrupto en todo el sentido de la palabra, sin embargo no pensé que fuera tan lejos.

... Quisiera huir tan lejos como fuera posible.

## II

Después de esa noticia, mi padre me dio una advertencia muy clara:

-Erik es un hombre de poder. Debes tener cuidado y procurar no exacerbar tus instintos rebeldes. A él no le gusta eso.

Permanecí callada, pensando que todo esto quizás se trataba de un sueño. De uno muy malo. Aquella ilusión, sin embargo, se rompió en mil pedazos al darme cuenta que no era así. Él continuó hablando como si hubiera aceptado la misión alegremente. Por supuesto no era así.

-Tienes que hacerlo bien. De lo contrario nos podría ir mal.

Francamente me daba igual perder todo. Ese imperio que mi padre construyó en base a mentiras y chantajes, era un burdo montaje. Sabía que el cualquier momento esa casa de naipes caería con el viento.

Me levanté de la mesa y me fui a mi habitación. Encendí un cigarro, de esos mentolados porque son mis favoritos y encendí la laptop. Esperó un rato más. En esos minutos me percaté que había fumado increíblemente rápido y que ya me encontraba encendiendo el segundo con mucha naturalidad.

La velocidad de esta acción menguó un poco cuando introduje el nombre de Erik en el buscador. Inmediatamente apareció una serie de imágenes de él en todas las formas posibles.

En unas estaba acompañado por modelos y actrices de Hollywood. Ellas sonrientes y él todo galante. Unas cuantas aparecía solo haciendo un gesto para las cámaras. Las restantes eran imágenes en donde se le veía en fiestas y reuniones en la alta esfera de la política.

Fui un poco más allá y encontré que era un hombre importante y misterioso. Los tabloides lo calificaban como el soltero del momento, aunque en la prensa de economía, la mayoría de los artículos lo vinculaban con redes menos lícitas. Pensé en mi padre y en la deuda. Sentí una punzada en el estómago y la ira me hizo encender un tercer pitillo.

-Maldita sea.

Seguí investigando pero después volví en las imágenes. Lucía alto, moreno, con el cabello negro aunque casi rapado. Los ojos verdes lucían penetrantes e

intimidantes. Además, era alguien que se vestía bastante bien. Fuera verano o invierno, Erik tenía estilo.

Esa foto me dejó perpleja. Fue tomada como si hubiera estado muy cerca de él. Casi podía sentir que estábamos frente a frente. Me pregunté si él hizo lo mismo conmigo. Si se dispuso a investigar sobre mí y sobre mi vida. Si sabía que mi madre había muerto y que mi hermano se autoexilió. Si mis fotos se verían en Internet y si me había convertido en el objeto del deseo. Si no fuera así, podría correr con la suerte de liberarme de esta obligación.

Pasaron los días y se acercó el momento de conocernos. Nos veríamos en una fiesta en donde se congregarían las personalidades más importantes de la ciudad.

Si quería salvar el pellejo de mi familia, tendría que hacer el esfuerzo de verme bien, o al menos lo suficientemente seductora para él. Entonces, luego de un buen rato en la ducha, salí y fue hacia el clóset. A pesar de los jeans rotos, las camisetas de bandas de rock o con estampados de cuadros, tenía una bonita selección de vestidos.

Tomé uno de color amarillo intenso el cual iría bastante bien con mi color de piel. Era escotado en la espalda y tenía una raja en la pierna derecha. Gracias a ello, se pueden ver los tatuajes. Las tiras finas servían para enmarcar mi espalda y hombros. Estaba cobrando un aspecto casi como femme fatal.

Como hacía poco me había cortado el cabello bastante corto, no perdí demasiado tiempo en arreglármelo, más bien me concentré en el maquillaje. Ojos ahumados y labios de color rojo. Lo último fue colocarme un par de sandalias altas de color negro. Estaba lista para enfrentar la batalla.

-Vámonos.

Nos fuimos en el Alfa Romeo como pretendiendo que las cosas estaban mejor que nunca. Él quiso entablar una conversación pero no quise. Le respondí con monosílabos y sin intención de extender innecesariamente la interacción. Tuve suficiente con tener que compartir los minutos incómodos antes de llegar a la fiesta.

Llegamos y nos dimos cuenta de la concurrencia. No pensé que sería así porque imaginé que se trataría de una reunión de peces gordos. Aparcamos en la entrada y enseguida se apareció un valet. Tomó las llaves del coche mientras que nosotros subimos la escalinata hasta la entrada. Allí se

encontraba un par de guardias y una chica con aspecto amable quien se encargaba de revisar las invitaciones.

Luego de un saludo formal, nos topamos con un recibo y una sala amplia repleta de gente. Mujeres hermosas con joyería fina, hombres con trajes costosos, mesones con comidas de todo tipo. Los meseros iban y venían con bandejas de tragos, así que aproveché en tomar una copa de champaña mientras trataba de localizar al objetivo.

-Erik debe estar por aquí.

Tomó mi brazo y me guió hasta el centro del lugar. Una gran araña con pequeñas luces, colgaba del techo. La luz tenue hacía que el ambiente luciera cálido y hasta sensual. Mi padre fue interceptado por un tío que no reconocí así que aproveché para seguir mi camino como un acto de exploración.

Muchos rostros me resultaron familiares así que presumí que allí se encontraba de todo. Seguí caminando hasta que lo vi. Estaba conversando con un par de personas con bastante animosidad. Tomé casi por completo la champaña para contar con un poco de fuerza en mi interior. No sabía por qué estaba tan nerviosa.

A medida que me acercaba, el corazón parecía que se me iba a salir del pecho. Me sentí confundida porque no sabía a qué se debía.

Fui entonces hasta la barra y fingí que pedía algo para tomar. Me apoyé un poco para que viera mi espalda o mis piernas. Giré y sentí que sus ojos estaban sobre mí. Lo interpreté como una victoria.

Dejó de hablar con el grupo y se acercó a mí.

-Hola...

-Hola. ¿Cómo estás?

Le respondí con toda la picardía posible.

-¿Sabes? Hay algo que no entiendo.

-¿Qué será?

-¿Cómo una mujer tan hermosa puede estar sola? Es algo que no cabe en mi comprensión.

-Es una pregunta interesante pero es probable que eso sea así porque está esperando a encontrarse con el hombre correcto. ¿No crees?

Bebí un trago de vino blanco mientras me veía los ojos. Sentí que me atravesaba con ellos.

-Me llamo Erik. Mucho gusto.

-El placer es mío. Carol.

Nos estrechamos las manos y sentí una especie de electricidad que me recorrió el cuerpo. Nunca sentí algo así.

En ese momento, apareció oportunamente mi padre. Salió de no sé dónde y se interpuso entre los dos.

-Erik, querido. Ella es mi hija. Ya veo que los dos se están conociendo. Qué agradable sorpresa.

Le lancé una mirada de odio que no pude evitar.

-Sí. Estábamos de unas cuantas cosas.

-Perfecto. Por cierto, ¿podemos hablar del asunto del que conversamos el otro día? Creo que es pertinente.

-Seguro... Carol, espero que tengamos oportunidad de encontrarnos luego.

-Me encantaría.

Los dos se fueron a un lado del salón mientras que yo me quedé en el mismo lugar. Estando allí, traté de reflexionar sobre mis sentimientos.

Por un lado, Erik me produjo un impacto que casi me estremeció. No sé si fueron sus ojos verdes o la fuerza que transmitió cuando me estrechó la mano, la sonrisa blanca y brillante o el porte cuando se acercó a mí. Cualquier cosa pudo detonar este deseo que no sé cuándo nació.

Vi que seguían hablando por lo que decidí caminar hasta otras escaleras que parecían conducir a la piscina. Allí había un ambiente un poco más festivo. Se encontraba un DJ y un par de chicas guapas que repartían chupitos de tequila y vodka.

Una serie de mesas rodeaban la gran piscina. A un lado, incluso se encontraba un jacuzzi para los más aventureros. Por mi parte, preferí seguir caminando hasta que me topé con un pequeño jardín con vista a la ciudad. Las luces de los edificios, casas y coches parecían pequeñas estrellas en la tierra.

Estaba embelesada con el panorama hasta que sentí el calor de alguien. Giré y

vi el perfil de Erik.

-Linda vista, ¿no crees?

-Sí. Es hermosa. Esta ciudad tiene algo que parece magnético.

-Coincido. Aunque no nací aquí, siento que siempre pertenezco a este lugar. Creo que suena un poco tonto.

-Para nada.

Me sonrió y sentí que el mundo se movió debajo de mis pies.

-¿Qué te ha parecido la fiesta?

-Un poco formal para mi gusto. –Reí.

-Lo presenté. Espero que no estés aburrida.

-Con tu compañía lo dudo mucho. Pero creo que estás muy ocupado.

-Un poco, sí. Cansa un poco esto de estar saludando a los contactos, pero forma parte del trabajo.

Estuve tentada en preguntarle cómo había conocido a mi padre, sin embargo, las palabras no salieron de mi boca. Estaba más bien concentrada en ese rostro que me tenía hipnotizada. Sentí que cualquier cosa que me pidiera, se lo cumpliría sin importar qué.

-Te confesaré algo, aunque creo que no me lo creerás.

-Pruébame.

-Llamaste mi atención apenas entraste a la fiesta.

-Es broma, ¿cierto?

-Para nada. Te soy muy sincero. Incluso pensé que no tendría tanta suerte, quizás me pasarías al lado lanzándome al foso de la ignorancia.

No pude evitar soltar una carcajada. Él sonrió también y volví a quedarme como estúpida, mirándolo. Sin duda era guapísimo.

-Pero aquí estamos. Hablando y pasándola bien.

-Tu compañía ha hecho que mi noche cambie por completo.

Erik sabía cómo seducir a una mujer. Decía las palabras correctas y en el tono correcto.



Pude notar además que se me acercó lentamente. De una distancia prudente, casi pude sentir el calor de su aliento. Aunque no podía verme, sentí que mis mejillas estaban sonrojadas. Hice un gran esfuerzo para disimular tanto como pude.

Después de esas palabras no hubo más conversación, más bien nuestras miradas parecían consumirse en una sola. Finalmente, Erik se acercó hacia mi rostro y yo cerré los ojos. Quedé consumida por su perfume y por sus labios.

El beso fue suave pero al mismo tiempo intenso. Su lengua jugó con la mía por un rato, incluso me mordió la boca. Nos alejamos de la baranda y justo en ese momento, sentí sus manos sobre mi cintura. Me acercó hacia él, mientras que mis brazos descansaron sobre los suyos. Pude sentir que su textura era fuerte y deseé por un momento hundirme en él.

Hice un ligero gemido hasta que recordé que estábamos en público, aunque, si soy sincera, me hubiera dado igual ser penetrada por él en medio de la gente. Que arrancara mi vestido con sus fuertes manos y que me lanzara al suelo para que me hiciera suya las veces que le diera la gana. También tuve otra punzada, recordé que ese acercamiento se debió a un pago y que yo, por ende, sólo era una transacción que debía cumplirse.

Se alejó de mí, lentamente, hasta que acercó su boca a uno de mis oídos:

-Debo ausentarme. Prometo que nos veremos pronto.

Sólo asentí.

Nos volvimos a mirar y luego, a besar. Estuvimos un rato así hasta que giró su cuerpo y se perdió en el grupo de gente que estaba dentro del gran salón. Yo permanecí en el mismo lugar como si tuviera los pies enterrados sobre la tierra. Luego me sentí lista para irme de allí y tratar de enfrentar la situación lo mejor posible.

### III

No supe nada de Erik por unos días. Estuve un poco ansiosa porque no supe si lo había espantado por mi aspecto punk, muy diferente a las chicas que solía frecuentar, o si hubo una palabra errada en toda la perorata que nos dijimos. Recordé que no intercambiamos números aunque se me ocurrió que aquello no resultaría demasiado difícil en un mundo como este. Todos estábamos conectados.

No quise salir de la habitación para lidiar con los reproches de mi padre. Quería pensar que aquel beso que nos dimos en esos jardines, había causado el efecto deseado.

Cuando casi me quedo dormida, escuché el móvil. Lo tomé sin interés porque probablemente se trataba de algún solitario pidiendo un poco de cariño. Mi sorpresa y alivio fue cuando se trataba de Erik.

Leí el mensaje y fue como sentir que lo tenía cerca de mí. Pude imaginar el rostro y la expresión de sensualidad innata. Los dientes blancos asomándose sobre los labios tan perfectos, la nariz recta con un pequeño surco debido al gesto, los ojos brillantes y hermosos, con ese fulgor que hacía sentir que era capaz de atravesarte en cualquier momento.

Mi pecho volvió a latir con fuerza. Por una parte, quise rechazarlo ya que sólo su recuerdo me hacía pensar en esa deuda odiosa de mi padre. Pero, por otro, no podía olvidar el sabor de su boca ni el calor de mi cuerpo. Así pues que dejé de darle largas al asunto y me le respondí.

-Hola. Pensé que ya te habías olvidado de mí.

-Imposible. Sucede que a veces los negocios me absorben y a veces pierdo el sentido de la realidad. Por más difícil de creer.

-No lo dudo. No lo dudo.

-¿Sabes? Siento que debemos retomar lo que quedó en la fiesta. ¿Qué te parece si cenamos hoy y hablamos al respecto?

-Me encantaría. ¿En dónde nos vemos?

-Hay un restaurante japonés que abrió hace poco. Dicen que es un lugar hermoso. ¿Te apetece ir?

-La comida japonesa es mi preferida.

-Excelente. Parece que vamos en buen camino. Pasaré por ti a las 9:00 p.m.

-Vale, llámame cuando estés cerca.

-Seguro... Ya estoy ansioso por esta noche.

Colgué el móvil y sentí como si tuviera una especie de corriente en el cuerpo. Su voz se sintió lenta, sensual, grave. Sí, era como tenerlo a mi lado.

Luego de unas horas, comencé a prepararme para la cita de esa noche. Como hacía un poco de frío, opté por unas medias negras, shorts vaqueros y un suéter tejido de color gris; unos Dr. Martens rojo oscuro y una bufanda por las dudas.

A medida que me arreglaba, pensaba sin parar. Pensaba en lo que sería mi destino si dejaba el delineador negro sobre la mesa, tomaba un bolso y salía corriendo de allí. Total, la deuda no era mía y podía mezclarme en las cientos de almas que vivían en la ciudad.

La idea me seducía cada vez más. Sabía cómo y por dónde salir, sabía burlar a los guardias y la seguridad de la casa. No importó las veces que me escapé, mi padre no cambió los códigos. Sentía que la tentación era una especie de tentáculo suave que me envolvía la cabeza. Sólo tenía que decir sí y dejar lo que estaba haciendo.

... Pero no. No lo hice. Aunque sentía la repulsión del deber, también estaba intrigada por lo que él tenía para ofrecerme. Erik tenía un imán y yo era el trozo de metal que giraba alrededor. Era fuerza era inevitable.

Terminé de arreglarme y casi al instante sonó el móvil. Salí de la habitación y eché una ojeada hacia el interior. Todo estaba oscuro salvo el resplandor de la televisión que se reflejaba sobre el pecho de mi padre. Suspiré de la rabia y de la indignación. Ya tendría tiempo para pensar en eso.

Al cerrar la puerta, me fijé en la tranquilidad de la noche. El ronroneo de los motores del coche de Erik era lo único que rompía con ese silencio. Era un Lamborghini. Lo supe porque vivir rodeada de matones y mafiosos con gustos caros, puede enseñarte mucho de cosas como esas.

Bajé los pocos escalones de cemento y me encaminé hacia el coche. Justo en ese momento, lo vi bajarse con los ademanes de un tipo seguro de sí mismo. Tenía un traje negro y una camisa blanca sin corbata. Apoyó su cuerpo sobre la puerta del conductor y me miró fijamente. A medida que me acercaba, parecía

sonreír más y más. No pude evitar responderle con lo mismo. Incluso me sonrojé. Estoy segura que fue así.

-Vaya, me siento como el tío más afortunado de la ciudad. Qué bella estás.

-Muchas gracias. Tú no te quedas atrás.

-Bah. Claro que no.

Puso sus manos sobre mi cintura y me llevó hacia él, tal cual lo hizo el día de la fiesta. Apoyó su frente sobre la mía y luego me besó. Al principio fue suave hasta que después se volvió intenso. Muy intenso. En ese momento, mientras estábamos allí, descubrí ese poder de Erik. Él era capaz de hacerte sentir que te encontrabas en otra galaxia, en un mundo aparte y que todo giraba alrededor de ti.

Pude quedarme con esa impresión pero luego pensé que tendría una lista de mujeres, locas por él, y que de seguro les habrá dicho lo mismo. Me aferré a esta idea porque resultó ser lo mejor, yo era un pago y él el consumidor. Así tenía que verlo.

Tuvimos que despegarnos porque en cualquier momento, dejaríamos el pudor y follaríamos en medio del asfalto, sin importar las habladurías. Me llevó hacia la puerta y la abrió con gesto caballeroso. A veces me costaba aceptar estas cosas por mi personalidad pero luego me entregué a eso.

El suave olor a cuero me invadió y me hizo sentir que costaba un millón de dólares. Además de eso, observé los detalles finos y delicados del tablero y el volante. Todo lucía tan limpio, tan impecable que me dio miedo hasta de respirar.

Más tarde él se subió y quedamos juntos. Puso la mano sobre el cambio de velocidades y luego sobre mi muslo. Hablaba sobre reuniones y fiestas hasta que me apretaba con la mano. De alguna manera me hacía entender que algo que me costó al principio en responder.

Nos detuvimos en un semáforo, a pocas calles de llegar al restaurante. Apoyó su cabeza sobre mi hombro y luego fue hacia mi cuello. Sentí sus labios en mi piel y sentí que esta se me ponía de gallina.

Repartió unos cuantos besos e incluso mordidas. Mientras lo hacía, cerré los ojos y pude sentir que de nuevo me trasladaba hacia otro lugar. Sólo deseaba que me consumiera ese fuego que sentía en sus labios.

La magia duró exactamente los 60 segundos del semáforo. Me desperté de ese ensueño. A pocos minutos ya nos encontrábamos en la entrada del restaurante, siendo atendidos por un valet que iba y venía velozmente.

Salimos e inmediatamente me tomó de la mano. Llegamos a la puerta y pude notar la fila de gente que estaba esperando por una mesa. De inmediato pensé que no tendríamos oportunidad de sentarnos hasta que Erik intercambió unas pocas palabras con el anfitrión.

-Por supuesto, señor. Acompañenme.

Trajo consigo un par de menús y nos condujo a través de la gente. Sentí sobre nosotros esas miradas de desaprobación. Incluso yo lo haría.

-¿Qué le parece esta mesa, señor?

-Perfecta.

Nos ubicaron en una esquina del restaurante, alejados del bullicio y de la barra principal la cual se encargaba de servir platillos al instante.

-Hoy elegiremos a la carta. Creo que disfrutaremos mejor el menú. ¿Te parece?

Asentí.

-Excelente elección, señor. ¿Apetecen sake, vino?

-Sake caliente. Creo que la noche se presta para eso.

El mesero retornó hacia la muchedumbre y los dos nos quedamos rodeados de ventanales y de una luz tenue proveniente del techo. La música era suave y, a pesar de la cantidad de gente, el ambiente era tranquilo.

No esperé encontrarme en un sitio como ese. Por lo general los chicos me invitaban a alguna discoteca de mala muerte, bebíamos tragos de licores baratos y terminábamos retozando en algún hotelucho. Pero aquí me encontraba, con uno de los tipos más poderosos de la ciudad. ¿Qué más podía pedir?

-La selección es exquisita. Creo que te gustará el sake, ¿o ya lo probaste?

-Oh, no, no. De hecho creo que desentono un poco con el lugar. Todo se... pues, tan elegante.

-No digas eso. ¿Quieres que te diga un secreto?

Se acercó hacia mí hasta que casi sentir el roce de sus pestañas sobre las mías.

-Vayas a donde vayas, de seguro robas la atención.

Me reí por el comentario. Luego de eso, nos sirvieron un poco de sake que acompañó a un caldo hecho con miso.

-Como la noche es fría, esto será la entrada perfecta.

La presentación era un espectáculo. En el medio del pocillo, había una pequeña flor que se abrió al contacto del caldo caliente. No pude evitar tener una expresión casi infantil porque hasta el mismo Erik sonrió al verme.

-Sí. Yo también me puse como un niño cuando lo vi.

Comenzamos a probar la entrada y los sabores eran simplemente sublimes. Después, nos sirvieron piezas de pescado y mariscos muy frescos con arroz aromatizado con jazmín. Cuando presentaron el pescado asado, yo sentía que no podía más.

-Esto es un banquete.

-Lo es. Este es uno de mis lugares favoritos. Lo genial es que no importa si hay mucha gente, siempre te atienden con esmero.

-Bueno, me imagino que eres uno de los clientes especiales.

Al terminar de decir estas palabras, fue cuando realmente medí las consecuencias. Por si fuera poco, dejé escapar el sarcasmo con que suelo acompañar lo que digo. Esperé lo peor y hundí mi cabeza sobre ese pescado que parecía esperar por mí.

-Tienes razón. El poder que tengo viene con responsabilidades y con beneficios. Por ejemplo, el comer aquí... Tú.

Lo miré fijamente.

-Sí. Tú. –Se acercó lentamente a mi rostro. –Sabes muy bien qué haces aquí y lo que hacías en la fiesta. No quería tocar el tema pero ya que lo mencionaste indirectamente, bien, lo aprovecharé.

Una especie de fuego nació en la boca del estómago para esparcirse por todo mi cuerpo.

-Tu padre me debe una cuantiosa cantidad de dinero. Cuando se lo pedí, se

humilló a sí mismo para que le diera más tiempo. Fue allí cuando pensé que él tenía una hija, así que pensé que sería una buena idea pedir a cambio un poco de diversión. Le planteé la solución y la aceptó de inmediato. Por supuesto, Carol, esto dependerá de tu desempeño, así que tendrás que hacer tu mejor esfuerzo, ¿vale?

Justo en ese momento, se acercó el anfitrión para preguntarnos si todo estaba bien.

-Sí. La cena está estupenda. No pude esperar menos del chef. Por favor, mándeme mis felicitaciones.

-Enseguida, señor. Permiso.

Mantuve la mirada sobre el plato. Tuve la tentación de tomar el vaso de agua y echárselo a la cara. Pensé en tantas cosas que ahora no recuerdo. Sólo me quedó respirar con fuerza porque al menos así controlé las lágrimas que en algún momento llegaron a asomarse.

Seguía escuchando el sonido de los palillos y sobre el plato hasta que se detuvo.

-No quise tocar el tema. Insisto.

Alcé la mirada y me encontré con su rostro. Estaba neutral, inexpresivo. Su actitud me hizo entender que para tener éxito en el mundo de los negocios parece que había que ser un gilipollas. Aparté el plato de mi vista y no quise seguir comiendo. Todo me calló como un balde de agua fría.

Pensé en mi padre, en su estupidez, en la falta de hombría por defenderme. Pensé en Erik en su capacidad de usar el poder para manipular a otros. Si así era mi caso, no quería imaginar lo demás.

Me levanté de la mesa y me dirigí al mirador que tenía el restaurante. La ciudad se veía brillante, hermosa. Yo me sentí mínima y traté de animarme. Fue inútil. Al poco rato, sentí la presencia de Erik a mi lado.

-Mi intención era que pasáramos una noche agradable.

Seguí sin contestar.

-Lo siento.

Quise pensar que lo decía de verdad, que no fingía. Pero daba igual. El tío dijo una verdad y no podía echarse para atrás, así que no quedaba más

remedio que asumir la situación. Tenía que servirle según sus deseos.

-¿Regresamos?

Asentí.

Volvimos a la mesa y ya estaba frente a nosotros dos pequeños bols con un par de bolas de helado.

-Menta y bambú. El final perfecto para la cena. –Dijo el mesero con un tono alegre.

Bebí un trago de sake y me devoré el helado. Creo que ni saboreé.

Erik pidió la cuenta en un ambiente tenso. Moría por irme a casa pero inexplicablemente tampoco quería ir. Era encontrarme en dos aguas. En dos disyuntivas.

-Quiero llevarte a otro lugar.

-Vale.

Pareció animarse debido a mi respuesta. Entonces pisó el acelerador del coche y nos encaminamos a un lado de la ciudad que era completamente desconocida para mí.

Ascendió a una colina y manejó por el camino oscuro por un buen rato. Incluso llegué a pensar que sería víctima de un enjuiciamiento gracias a mi acto de pseudo rebeldía. Finalmente, aparcó en la cima y nos bajamos. Me había llevado hacia la costa.

No visitaba ese sitio desde que era niña, así que me sentí nostálgica y emocionada. Podía ver el faro rojo a lo lejos, iluminando la superficie tranquila del agua. Había un par de chicos corriendo e incluso parejas sentadas en los bancos. Para ser un lugar tan hermoso, en realidad había poca gente.

Me acerqué a la baranda, cerré los ojos e inhalé. Llené mis pulmones del aroma del mar y me sentí inmediatamente relajada. Casi olvidé el impasse que tuvimos.

-¿Qué te parece?

-Es precioso. Tenía mucho tiempo sin venir.

Erik no parecía el tipo de hombre que pedía disculpas o que se sintiera mal



por haber sido extremadamente duro. Lo cierto es que tenía una mirada diferente. No lo sentí desafiante ni frío, sino incluso amable y casi cariñoso.

Poco a poco se acercó a mí hasta que volvió a hacer lo mismo cuando íbamos hacia el restaurante. Colocó sus labios sobre mi cuello y sentí el aire caliente de su respiración. Su brazo rodeó mi espalda y quedé envuelta en su cuerpo. Siguió moviendo sus labios hasta que sentí su lengua.

Lamió suavemente, incluso sentir sus dientes clavándose en mi piel. No aguanté más y me volteé para verlo. Sonreía con ese gesto malicioso y me le fui encima. En ese momento, estando en sus brazos, olvidé todo. Olvidé que era un juguete más, olvidé que sólo estaba para satisfacer sus necesidades, olvidé la rabia. Nos besamos con pasión porque nadie más existía salvo nosotros.

Me volví adicta a sus caricias. Tenía un modo de hacerlas que me hacía preguntarme si él realmente existía. Estaba embebida por el aroma de su cuerpo, por la fuerza de sus miembros, por el sabor de sus labios, por la intensidad de su lengua en búsqueda de la mía.

Comencé a gemir, a sentir el calor de mi coño y la humedad de la excitación, moría por abrir las piernas y recibirlo allí. Cuando estuve a punto de pedírselo, me dijo al oído:

-Mejor vamos a mi casa.

Tomó mi mano con fuerza y nos metimos en el coche. Estando allí, volví a besarlo con más fuerza que cuando estábamos afuera. Instintivamente, mis dedos comenzaron a jugar con su bulto el cual lo sentí muy duro. Lo rocé suavemente mientras lo veía a la cara, quería que se diera cuenta que lo hacía con placer. Genuino y puro.

Bajé el cierre y esperé a que me detuviera, pero no, esperó a que yo continuase y así lo hice. Me adentré a esa frontera impuesta por el pantalón y la ropa interior. Fui un poco más allá y finalmente lo encontré como si estuviera esperándome. Ese pene duro y grueso, el glande palpitante, húmedo. Mi boca se hizo agua.

Me incliné inmediatamente hacia él y comencé a chuparlo con fuerza, con desesperación. Al principio me costó un poco, no mentiré. Sin embargo, estaba decidida a tenerlo todo en mi boca. Por completo. Sentí unas cuantas arcadas hasta que finalmente lo logré. Estaba dentro, tanto, que creo que llego

hasta mi garganta.

Permanecí un rato así, quieta, hasta que empecé a hacer un movimiento ascendente y descendente. Suave al principio y luego más fuerte y rápido. Su mano descansó sobre mi cuello, apretándolo a medida que lo metía en mi boca. Después de un rato, decidí masturbarlo mientras mis labios se concentraron sobre el glande. Seguía chupándolo mientras mi mano lo apretaba.

Por supuesto que lo sentí más duro, incluso me jactaré en decir que le hice gemir. Aquello me dio una sensación de victoria por lo que continué. De vez en cuando lo miraba a los ojos. Cuando retomé la faena, Erik pisó el acelerador hasta el fondo.

Me concentré tanto en lamerlo que él tuvo que tomarme con fuerza para decirme que ya habíamos llegado a su casa.

Me incorporé rápidamente y acomodé mi ropa, él hizo lo mismo y hasta respiró por unos segundos. Volteó a verme y me tomó de nuevo por el cuello. Me presionó sobre el asiento y me besó.

-Eres una niña mala, lo sabes, ¿verdad?

Apretó un poco y apenas pude asentir.

No puedo describir esa sensación de poder que percibí a través de su mano sobre mi cuello. Mi coño palpitó con fuerza y hasta pude sentir un hilillo de mis fluidos recorriendo el interior de mis muslos.

Nos bajamos sonrojados y excitados. Por suerte, no había nada en el estacionamiento por lo que tomamos uno de los elevadores sin problema. Al cerrarse las puertas, me colocó delante de él para que mis nalgas sintieran la dureza de su pene.

Sus manos se acomodaron sobre mis caderas al mismo tiempo que las movía para excitarnos más. Apoyé mis manos sobre las suyas. El sonido del elevador, nos avisó que habíamos llegado al piso.

Salimos al pasillo y quedé impresionada por el piso y las paredes de mármol. Todo lucía tan limpio e impecable que daba miedo respirar siquiera.

Erik sacó una tarjeta de su traje y la pasó por un lector al lado de la puerta. Marcó rápidamente una clave y se abrió la puerta. Me dejó pasar y di unos cuantos pasos. Se trataba de un penthouse pero quizás el más lujoso que había

visto. Además, no lucía de mal gusto sino todo lo contrario.

El suelo era de parqué lustroso, los muebles tenían un aspecto minimalista y las paredes sólo tenían lo necesario en ellas. Algunas sólo estaban decoradas con arte, lo que encontré interesante.

Caminé unos cuantos metros más para encontrar una amplia sala conectada con una cocina con artefactos que hubiera envidiado cualquier chef. Apostaría que Erik no sabe manejar la mitad de los mismos.

Aunque todo era hermoso, no había nada que fuera personal. No había fotos, ni recuerdos de nada. Me dio la sensación de ser una caja impersonal que servía de dormitorio para todos los días.

Esa impresión se esfumó de mi mente cuando sentí el contacto de algo frío sobre mi brazo. Resultó ser una copa de vino blanco que Erik me había servido.

-Salud. Para que dejemos en el pasado aquellas cosas incómodas.

-Saludo.

Bebimos un trago. El sabor dulce abrazó mi garganta y pude sentir que me volvía un poco más suelta gracias al alcohol.

-Este lugar es hermoso.

-Sí. Lo es. Le puse mucho empeño para causar la impresión de hombre interesante.

-Creo que no es necesario pero creo que esto le da el toque final.

-Ven a ver esto.

Subimos las escaleras hasta que llegamos a un espacio completamente vacío y despejado. Sin embargo, entraba una cantidad de luz impresionante. La luna llena, irradiaba el lugar con ese brillo azul.

-Aún no sé qué colocar aquí. Parece una exageración que, viviendo solo, tenga un espacio tan grande, pero así son las cosas... En fin. Este espacio se me ha hecho difícil en particular. Realmente no lo sé. Sin embargo, es uno de mis lugares favoritos del piso precisamente por esto.

Caminó por el lugar extendiendo los brazos.

-... Es como si pudieras permitirte ser libre. No sé si me entiendes. Además,

es tan agradable de día como de noche. Esta vez tenemos suerte.

-Es una noche preciosa. La luna parece hipnotizar.

-No. Eres tú quien lo hace, Carol.

Tomó mi copa junto a la suya y la colocó en una esquina de la habitación. Al incorporarse, se quitó el saco y pude ver mejor la anchura de su pecho y espalda. Ese hombre vino hacia a mí con un andar que casi me provocó un infarto.

Sus manos fueron directamente hacia mi rostro. Conjugamos nuestros labios con pasión, con fuerza. El desespero hizo que Erik me cargara y me llevara hacia una de las paredes de la habitación. Mientras seguíamos en los besos, pude ver cómo un rayo de luna bañó el color verde de sus ojos. Estaban más oscuros, como si se escondieran una pasión tras ellos.

No sé en qué momento me quitó los zapatos ni el short. Lo único que supe era que mis piernas estaban rodeando su espalda y que sus manos estaban sobre mis muñecas. Tenía una gran fuerza porque me movía a su antojo. Por momentos pensaba que iba a perder el equilibrio pero él de nuevo me tomaba para que obviara ese detalle.

Me dejó en el suelo y luego nos dirigimos a una habitación. Supuse que era la suya puesto que era de gran tamaño. La cama estaba sobre una alfombra mullida. Frente a ella, estaba una chimenea y, sobre esta, una gran pantalla de un televisor de última generación. Unos cuantos controles me hizo concluir que era amante de los videojuegos. Me sentí más cómoda al saber que al final del día, era un sujeto como cualquier otro.

Quise seguir explorando pero no tuve oportunidad. Él se sentó en la orilla de la cama y me tomó entre sus manos. Acarició mi cintura y mis caderas, me miró a los ojos y volvió a concentrarse en esos lugares.

-Qué divina eres...

Bajó lentamente mis medias para luego quitar el resto de la ropa.

El roce de sus dedos sobre mí, me hacía estremecer. A pesar de las noches y los amantes, de los besos y de los sabores y de los sexos, ese hombre me hizo sentir intimidada. Por lo general, soy bastante sienta mucha seguridad sobre mi cuerpo y suelo actuar en consecuencia, incluso tomar la iniciativa. Pero esta vez no fue así, sólo quise dejarme llevar por él, que el sirviera de guía en todo

este viaje.

Quedé desnuda frente a él y al poco tiempo, su boca fue a parar a uno de mis pechos. El otro quedó bajo el poder de su mano que no paraba de masajearlo, apretarlo. Puse mis manos sobre su cabeza. Necesitaba apoyarme de algo o de seguro caería al suelo.

Su boca me devoraba por completo, sus manos manoseaban a su antojo y era tonto de mi parte reprimir los gemidos y los gritos. Él sabía cómo tocar a una mujer, sabía cómo hacerla sentir suya con el roce de su boca, con la mirada.

Me dejó sobre la cama con hambre de más. Se desnudó rápidamente y pude ver su pene. Estaba completamente erecto, duro, firme. Deseé ir hasta él y comérmelo entero pero mi instinto insistió que debía esperar un poco más, así que lo hice.

Erik se masturbó un poco y me excité aún más al ver cómo lo tomaba. Se veía tan macho, como todo un semental. Las venas brotadas de su miembro se confundían con la de sus manos y brazos. Sólo quería lamerlas hasta el cansancio.

Dejó de tocarse para reunirse finalmente conmigo. Antes de sentirlo, se inclinó hacia a mí y me tomó por el cuello como ya había hecho antes. Me susurró:

-Harás lo que te diga y cuándo te diga. Desde ahora eres mi esclava.

Mi coño palpitó con más fuerza gracias a esas palabras. Me hizo vibrar y apenas tuve tiempo para asentir cuando su pene me abrió la carne. Mis piernas comenzaron a temblar y cuando alcé la mirada, observé el brillo de esos malvados.

Su pelvis chocaba contra la mía, aunque al principio sus movimientos eran suaves. Sin embargo, al ganar más confianza, se apoyó aún más sobre la cama y fue aún más profundo dentro de mí. Fue tal la sensación que no me quedó más remedio que hundir mis uñas sobre su piel.

Él hizo un gemido de dolor por lo que se afincó aún más, lo que me produjo que casi perdiera la consciencia. Algo que no pensé que sería posible.

Mientras seguía dentro de mí, me tomó por el cuello y lo apretó. Al mismo tiempo me miraba y lo hizo con un fulgor tan intenso que casi creí perderme en ellos. Incluso puedo decir que hubo instantes en que mi propia piel se desintegró en pequeñas partículas que flotaban en el aire. Erik me hacía sentir

que mi ser era flexible e infinito.

Siguió sobre mí hasta que cambiamos de posición, me tomó por la cintura y me colocó sobre él, estando sentado. Procuré introducirme el pene con cuidado pero fue inevitable no sentir el grosor de su miembro.

Al estar así, incluso la sensación era más intensa. Traté de acomodarme lo mejor posible y comencé a moverme. Dejé que mi cintura y mis caderas se soltaran y tomaran el ritmo que quisieran. Con él me sentí como una amazona conquistadora. Era una mujer poderosa y sensual.

Hubo un momento en que lo hice con tanta fuerza y rapidez que pude escuchar un rugido de Erik. En ese momento, volvió a dejarme sobre la cama, notablemente agitado y con el rostro colorado.

-Casi me haces llegar. Ahora te toca un castigo.

Sonrió para dejarme con la incertidumbre.

Poco después vino hacia a mí con unas cuerdas.

-Así que de esto se trata ser esclava –Pensé.

-Ponte en la orilla de la cama y apoya tus pies sobre el suelo, abriéndolas un poco.

Mi torso y mis brazos quedaron sobre la superficie mientras que dejé el resto de mi cuerpo quedara expuesto a él. Esperé ansiosamente hasta que sentí las cuerdas cerca. Él juntó mis muñecas y las amarró con increíble destreza.

-Muévelas un poco.

Hice lo que me pidió y efectivamente casi las tenía inmovilizadas. Aun así, podía moverlas un poco, lo suficiente como para no sentir claustrofobia. Coloqué la cabeza de perfil para poder ver lo que sucedería después, sin embargo, Erik apareció con un trozo de tela negra.

-Volvamos esto un poco más interesante.

Vendió mis ojos y pude sentir cómo la ansiedad recorría mi cuerpo. Lo que pasaría después, estaría completamente a merced de Erik.

Respiré profundo y sentí una primera nalgada. Fuerte. Intensa. Dejó esa sensación de picor y ardor. Después de esa primera, en la que deseé que continuara, Erik me dio tantas más como pude soportar.

Incluso llegó el punto en que flexionaba mis piernas como un intento burdo para olvidar el dolor. Por supuesto que eso no fue suficiente, por lo que continuó haciéndolo hasta que paró. Supuse que su mano se había cansado. Yo, por mi parte, estaba a punto de desvanecerme.

A pesar del ardor, los dedos de Erik rozaron mi piel con delicadeza. Lo hizo durante un rato hasta que después besó mis nalgas. Incluso las lamió. En el proceso, sus manos abrieron mi culo y su lengua fue directamente a mi coño.

Hizo que separara más las piernas pero, la verdad, se me hizo imposible. No sé cómo pude lograrlo. Sus lamidas, mordidas y besos en mi vagina y hasta en mi ano, fueron una especie de viaje indescriptible. No paraba de gemir. Incluso creo que supliqué que me follara. Mis palabras las ignoró por completo.

Él tenía un rasgo que le hacía destacar de otros hombres. Verán, la mayoría suele ser, digamos, predecibles. Sin embargo, no pasaba lo mismo con Erik. Tenía la cualidad de la sorpresa, por lo que se podía esperar cualquier cosa de él.

Justo cuando estaba al borde de la desesperación, con los sentidos agotados de tanto buscarlo, con la voz ronca de llamarlo, fue cuando sentí que volvió a follarme pero con una intensidad superlativa.

Sus manos estaban aferradas a mi carne como si quisiera atravesarme. Arqueaba mi espalda por el apoyo y, cuando se cansaba, se sostenía de mis hombros para tener más impulso. Lo sentí tan adentro, tan caliente, que mi cuerpo y el suyo seguro se fundieron.

Me follaba y me nalgueaba. Si quería cambiar, me halaba del cuello y hacía que me levantara un poco, hasta que luego me echaba sobre la cama como si fuera sólo carne y huesos.

Las ataduras en mis manos y brazos se sintieron como una prisión. Moría por sostenerme de algo, moría por tocarlo y decirle que nadie me había hecho sentir de esa manera. Pero las palabras no salían de mi boca, mis cuerdas vocales se quedaron suspendidas en el tiempo, mi lengua sólo le daría placer y no perdería tiempo en conversar.

Estuvo allí un rato hasta que me giró y así mi espalda de nuevo en las sábanas. Los dos respirábamos agitadamente, lo pude escuchar antes de que me penetrara de nuevo.

Lo hizo pero con una variante exquisita. Tomó el pulgar y lo puso justo sobre mi clítoris así que sentí una corriente eléctrica desde la planta de los pies hasta la parte baja de mi cuerpo. Su pene y sus manos estaban en dos puntos de placer.

Acariciaba mi clítoris y también me daba palmadas. Las gotas de sudor de su frente cayeron sobre mí. Sonreí para hacerle saber que disfrutaba que me hiciera su mujer.

Continuó con fuerza hasta que no pude más. Aguantar hubiera sido insultar sus modos como hombre viril que él era.

-Por favor... Por favor.

Le insistí como un último recurso para que atendiera mi llamada desesperada. Sentí sus labios sobre mi espalda y logré escuchar.

-Vente.

No pasó demasiado tiempo después de esas palabras. Casi de inmediato me corrí con su verga dentro de mí. Fue tan fuerte que cuando él sacó su pene, sentí los flujos corriendo entre mis piernas.

Respiré agitadamente y con la oscuridad cubriéndome por completo. No lo digo por la venda, fue algo más. Como si mi cuerpo se apagara de repente y volviera en sí en cuestión de segundos.

Abrí los ojos para encontrarme con el rostro sonriente de Erik. Me dio un beso para luego enseñarme cómo se corría sobre mí. Primero fue un chorro propulsado por la intensidad del orgasmo, luego, unas cuantas gotas que se esparcieron desde mis piernas hasta el cuello.

Cayó agotado a mi lado. Los dos respiramos y tratamos de recuperarnos de un encuentro intenso.

En el transcurrir de los minutos, Erik me limpió, desató los amarres y terminó de quitarme lo que quedaba de la venda de los ojos. Aunque las luces estaban apagadas, sentí un poco de ardor.

Él no estaba cerca y durante su ausencia, pude notar las marcas de las cuerdas en mis muñecas. Algunas partes incluso estaban enrojecidas. Toqué el relieve que quedó en mi piel. De todas mis experiencias extravagantes, esto fue un poco más allá y presentía que sólo era el comienzo.



Erik salió del baño totalmente transformado. Se puso un pantalón de pijamas y me miró para decirme:

-Creo que es mejor que pases la noche en casa. ¿No crees?

Francamente no me esperé una reacción como esa. No quería decir que tenía que correr a mi lado y abrazarme, pero sí me perturbó un poco la sequedad del comentario.

-Sí. Tienes razón.

Fingí que no me había incomodado y me levanté. Caminé desnuda hacia él, con lentitud hasta que le pasé por al lado. Si así íbamos a jugar, pues ya estaba preparada para ello.

Erik pareció cambiar de opinión. Antes de entrar a la ducha, sentí su mano sobre mi cintura mientras me empujaba hacia la pared. Mi espalda quedó contra los azulejos y el frío hizo que se erizaran mis pezones.

-¿Qué crees que ganarás con esa actitud?

-Que me disciplines.

No sé de dónde vino eso pero lo dije de una manera tan natural que él pareció estar de acuerdo conmigo.

Me cargó y me alzó para quedar entre sus brazos. Escuché cómo una de sus manos hizo el gesto rápido para bajarse los pantalones. Metió su pene suavemente y me hizo suya en ese pequeño espacio.

El acto fue corto pero los minutos fueron suficientes para volver a embriagarme debido a la intensidad de su cuerpo. Cada embestida se sintió con esa fuerza de quien desea abrirse paso con decisión. Tomé sus hombros y lo miré a los ojos. Su respiración la sentí en mi cuello y nuestros pechos, muy juntos, parece que compartieron los mismos latidos.

Me ahorcó y sus labios tensos por el esfuerzo y la excitación se abrieron un poco para ordenarme que me corriera. La verdad es que no hizo demasiada falta que me lo dijera. Mis piernas se aferraron en su torso para sentir su pene más dentro de mí. Dios, cuánto adoraba tenerlo así de profundo.

Gemí y gemí hasta que esos ruidos se volvieron gritos. Mordí mis labios y finalmente me dejé llevar por el orgasmo. Erik, por su lado, siguió dentro hasta que también comenzó a hacer quejidos. Al estar cerca, me soltó e hizo

que me arrodillara. Recibí todo el calor de una segunda corrida en mi cara. Algunos restos cayeron en mis labios y aproveché para comerlos mientras le sostenía la mirada.

Me levanté suavemente y me metí a la ducha. Todo con esa actitud de indiferencia que él mismo me transmitió al principio. Él luego se unió y nos duchamos los dos entre los besos y las caricias.

Al salir, él se excusó por lo que me quedé sola en el baño. Miré mi cara y supe que había pasado una sesión bastante fuerte. Todavía estaba sonrojada y hasta tenía los ojos llorosos aunque no supe bien por qué. Miré la piel y encontré algunas marcas de dientes y chupones. Supongo que no me di cuenta de ellas porque mi mente quedó sumida en una especie de trance. Uno increíble.

Como no hacía frío, sólo me coloqué los shorts y el suéter de punto. Bajé las escaleras descalza y lo encontré en la cocina frente al refrigerador, concentrado en lo que había en el interior.

-Sé que comimos demasiado pero se me antoja algo dulce. ¿No te pasa lo mismo?

-Creo que me estás leyendo la mente porque pensaba en lo mismo.

-No se diga más... Déjame... A ver... Debe estar por aquí... ¡AJÁ!

Sacó una caja mediana y la colocó sobre la encimera. Frotó sus manos y me miró con entusiasmo infantil.

-Esto fue un regalo por una inauguración de una pastelería que está cerca. El dueño sabe que me desvivo por los dulces así que me preparó esto.

Levantó la tapa de cartón dorado y encontré una variedad de dulces cuyo aspecto era delicioso. Pasteles de manzana, tartaletas de frutas, canolis, profiteroles, galletas con chispas de chocolate y hasta fresas con crema.

-Esto es de chocolate blanco. Es un postre francés, creo recordar.

Lo tomó delicadamente entre sus dedos y me lo ofreció.

-Es uno de mis favoritos y quiero que me digas tu opinión.

Tenía forma de esfera, así que tardé un momento para darle el primer mordisco. Escuché la risa de él, por lo que supongo que me veía bastante graciosa.

Mis papilas gustativas experimentaron una serie de sabores exquisitos. Vainilla, notas cítricas y una textura esponjosa parecida a la de una mouse.

-Es delicioso.

-Te lo dije. Esa pastelería será mi perdición.

Nos sentamos a comer dulces como un par de niños. No pensé que la noche terminaría de esa manera.

#### IV

Después de comer, nos fuimos a su habitación. Me dispuse a ponerme los zapatos pero él insistió en que me quedara un rato. Le hice caso pero en cuanto apoyé la cabeza sobre la almohada, me quedé profundamente dormida.

Desperté al día siguiente de un sobresalto. Escuché el trinar de los pájaros y el ruido de una bocina a lo lejos. Al incorporarme, noté que todavía estaba vestida.

Fui al baño, me lavé la cara y salí a buscar a Erik. Caminé por la casa hasta que me rendí. Una persona tan ocupada como él, de seguro estaba en el escritorio con una torre de papeles.

Me acerqué a la cocina porque tenía un poco de sed. En una de las puertas del refrigerador, encontré una pequeña nota. Al tomarla, sólo estaba el número de un chófer y un “llámalo cuando quieras”. No le presté atención y pensé que era mejor irme en cuanto antes.

Preparé mis cosas y pedir un Uber. Salí del elegante edificio y esperé hasta que aparcó un coche. Al subirme, descansé la cabeza sobre el asiento y sentí que el mundo me daba vueltas. Nunca pude imaginar el experimentar tantas emociones juntas. Erik hizo lo que quiso conmigo, literalmente.

Al llegar a casa, encontré todo en silencio. Incluso no estaban los guardias de siempre. Internamente agradecí que fuera de esta manera porque así tendría un poco de paz espiritual. Subí a mi habitación, dejé mis cosas sobre una silla y me eché sobre la cama. Ya ansiaba verlo.

Pasaron los días y no tuve noticias de Erik. Aunque sólo compartimos una noche de sexo, no podía quitármelo de la cabeza. De hecho, había días que sólo recordaba su perfume, otros el cómo lucía con sus elegantes trajes y el resto en sus besos. Cada cosa me producía una excitación increíble.

Para distraerme un rato, encendí la televisión. Hice una media hora de zapping hasta que me topé con algo que me dejó helada. Era la foto de Erik, saliendo de un elegante restaurante en compañía de una mujer.

El noticiero del corazón hizo énfasis de que quizás se trataba de la nueva conquista del soltero más cotizado de la ciudad. Me sentí molesta, indignada. Pero, ¿por qué pasaba eso? ¿No debería estar feliz de que la deuda estuviera

saldada y que, por lo tanto, ya no habría necesidad de preocuparme por el bienestar de mi familia? Esas preguntas comenzaron a flotar en mi mente.

Aunque todo eso tuvo sentido, me acosté temprano esa noche. No quise pensar en nada más hasta que escuché el móvil. Ansié como nunca que se tratara de él... Y así fue.

-¿En dónde estás, niña mala? ¿En dónde te escondes?

-No me escondo. Estoy aquí.

-¿Qué haces allí que no estás aquí? Ven.

-¿De verdad quieres que vaya?

-Deja de hacer preguntas. Te estoy esperando.

Iba responderle cuando escuché la corneta. Era el Lamborghini.

Salté de la cama y corrí por la habitación como si fuera gallina sin cabeza. Tomé una mochila, guardé una muda de ropa. Me quité la ropa de dormir y me puse algo ligero. No quería hacerlo esperar demasiado.

Salí con unos jeans algo flojos, una franelilla de tiros y unas zapatillas deportivas. Tomé un suéter y corrí hacia la puerta. Aunque no escuché nada, giré la perilla de la puerta principal con cuidado y salí igual. Al cerrar detrás de mí, él me esperaba como la primera vez: apoyad sobre la puerta y con esa actitud de chico malo que me mataba.

Al encontrarme con él, recordé la sensación amarga de la tarde así que no fue tan efusiva como quise.

-¿Sacaste tiempo para mí?

-Siempre tengo tiempo para ti.

-Mmm. Pensé que la deuda estaba saldada.

Seguí provocándolo para ver si lograba alguna reacción.

-Ja, ja, ja. Sí y no. Sucede que quiero más, por lo que tendrás que esperar cuando quiera parar.

Se acercó a mí y me besó el cuello. Sus labios me llevaron hacia otro plano así que olvidé por completo la lista de reproches que quería hacerle. Me apoyé de sus hombros y nos besamos. La dulzura de su boca me recordó lo delicioso y contradictorio que era estar con él.

-¿Qué tal si damos un paseo primero?

-Vale.

Le dije entusiasmada, así que nos subimos y enseguida pisó el acelerador. Fue despacio hasta que salió de la tranquilidad de los suburbios. Al ir por la autopista a toda velocidad, Erik bajó las ventanas y abrió el compartimiento del techo. No sabía que estaba ahí sino hasta ese momento.

El aire entró y sentí la necesidad de sacar mi cuerpo, extender los brazos y gritar de la emoción. Era libre y feliz, incluso. Una sensación que no hubiese cambiado por nada del mundo.

Siguió manejando hasta que desaceleró y fue por otros caminos, los cuales ni sabía que existían. Me encontré con todo tipo de escenarios: casas, barrios de lujo y bohemios, calles atestadas de personas comiendo, los olores de las brasas y de carne asada. La ciudad era como un ser vivo que nunca descansaba.

Volví a sentarme y él sólo me miraba con una sonrisa. Odiaba cuando lo hacía porque me hacía sentirme débil e incapaz de negarme a lo que quisiera.

Llegamos al estacionamiento en cuestión de minutos e hicimos el mismo recorrido que la primera vez. De verdad extrañaba estar con él.

Me dejó pasar y enseguida me pidió que me sentara en el desayunador. Esa sonrisa de complicidad, se transformó en una expresión de seriedad. Ya estaba acostumbrándome a esos cambios.

-Tengo algo muy importante que decirte.

-Vale.

Apoyó sus manos sobre la superficie brillante del granito y respiró profundo. Supuse lo peor.

-Soy Dominante. ¿Sabes a qué me refiero?

-Si es BDSM, sí.

Pareció extrañarse con la naturalidad de mi respuesta.

-¿Has experimentado algo al respecto?

Vinieron a mi mente una serie de imágenes de cadenas, látigos y hasta buttplugs. Por supuesto que sabía y disfruté cada segundo en que se lo hice

saber.

-Sí, pero hace mucho tiempo, la verdad.

-Vaya...

-¿Qué es lo que te sorprende?

-Es la primera vez que puedo hablar de esto con alguien sin que sienta que saldrá corriendo. Por lo general tengo que disfrazar las cosas y es un poco molesto, la verdad.

-Entiendo. Sé qué quieres decir. –Me acerqué a el- ¿Qué tipo de Dominante eres?

Buscó el banco y se sentó frente a mí.

-Pues, me gusta tener el control y el dominio de todo. Creo que es algo no muy difícil de supones. –Le sonreí- Para mí es importante hablar de los límites pues es algo que marca la pauta en toda la dinámica. Así cada quien se sentirá cómodo y sin complejos.

-¿Qué piensas del control psicológico?

-Una vez lo probé y la verdad es que es extenuante. Al final del día terminaba agotado y creo que eso le resta diversión a la experiencia. Además, creo que es extremo eso de controlar la mente de otra persona. Pero venga, es una opinión personal.

Me sentí en confianza en hacerle preguntas al respecto ya que se veía bastante abierto al tema.

-¿Desde cuándo eres Dominante?

Llevó la mano al mentón y miró hacia el techo.

-Uf, bastante. Creo que ya perdí la cuenta del tiempo pero sí, tengo mis años de experiencia. Al principio comencé como sumiso porque quería tener conocimiento de ambas situaciones.

-¿Te gustaría volver a serlo?

-Soy demasiado controlador y la verdad es que no sé si pueda pero supongo que la vida puede darte sorpresas. Ahora dime, ¿te gusta este mundo?

-Sí, aunque me sentí muy intimidada cuando fui sumisa la primera vez. Estaba perdida pero por suerte la guía no fue tan mala. Sin embargo, todo salió mal

porque quería imponerme un control total y no comulgo con eso.

-Opino lo mismo. Cada cosa tiene la dosis correcta y hay que respetarla.

-Entonces, ¿eso mismo se lo dices a la chica con la que sales ahora? ¿Tienes este mismo tipo de sinceridad con ella?

Traté de guardar la aspereza de la intromisión ya que al final, sólo era un objeto de la diversión de Erik... Pero no... No pude.

Él se echó para atrás con la mirada extrañada. Trató de hacer memoria y luego me sonrió.

-¿Tienes celos de mi sobrina?

-¿Tu sobrina?

-Sí. Ha venido de visita en la ciudad y fuimos a almorzar.

Rió un poco y me sentí avergonzada, como una niña que supo que se equivocó pero que no sabe qué hacer después.

Sí. Sé que no tiene sentido que tenga estos sentimientos y menos cuando quedó claro el tipo de relación que teníamos. Un absurdo total que se volvió peor al darle rienda suelta a ese sentimiento.

Él bajó de la silla y se acercó hacia donde estaba.

-Es tonto. Lo sé. Es que...

Tomó mi rostro y me besó con pasión. Sus manos después tomaron mis hombros e hizo que me levantara también. Daba un poco de risa la diferencia de tamaños.

Traté de ponerme en puntillas para tratar de alcanzarlo aunque sabía que era inútil, pero aun así seguimos besándonos y acariciándonos. Me alzó con sus fuertes brazos y me llevó hacia la parte superior de la casa. Supuse que entraríamos a la habitación pero me guió hacia otra parte.

Tomó mi mano y me condujo hasta un pasillo oscuro. Con sus manos, rozó suavemente la superficie de algo que tenía frente a sí. Por mi parte, permanecí tras él sin poder respirar, ante la expectativa de lo que pasaría después.

Por fin abrió lo que supuse era una puerta y entramos a un lugar de gran tamaño. Lo confirmé cuando encendió la luz y pude ver el tamaño del lugar.

Era una habitación blanca, rodeada de ventanales. El suelo era de parqué,



como en otros lugares del penthouse. Había una cama y un gran mueble de madera al frente. Una pequeña chimenea en una esquina, un par de sillas y una caja de madera no muy alta. A diferencia de las otras estancias, este lugar mantenía un aire más bien sencillo.

-Este es mi lugar favorito. Anda, conócelo un poco.

Tuve un poco de temor pero finalmente caminé unos metros más adentro. Sin duda era un gran espacio. Me percaté de varias cosas, un gancho de metal que colgaba del techo, no había una caja de madera sino dos y había una estructura de madera similar a la cruz de San Andrés.

Un poco más allá, se encontraba un pequeño baño y algo que no pude identificar a primera vista. Me acerqué y resultó ser un mueble en donde colgaba una variedad de látigos. Cualquiera que se pudiera imaginar, estaba allí.

Sentí atracción hacia uno en particular. Era un fuste pequeño de color negro y con la punta bastante desgastada.

-¿Puedo bajarlo?

-Por favor.

Lo tomé y percibí la textura del cuero. A pesar del uso, se veía bastante bien y sentí la curiosidad de experimentar aquello sobre mi piel. Mientras estaba concentrada en el objeto, las manos de Erik me sorprendieron. Se acomodó detrás de mí y escuché su voz que casi parecía un susurro:

-¿Quieres probarlo?

-Sí.

Me lo quitó de las manos y lo dejó sobre la cama. Después se concentró en mí y comenzó a besarme estando en la misma posición. Sentí casi de inmediato el bulto que indicaba que estaba excitado. Por mi parte, mi coño estaba empapado, a la espera de sus dedos, de su lengua o lo que le apeteciera.

Paralelamente, sus dedos se encargaron de quitarme la ropa con cuidado. A medida que lo hacía, mi piel quedaba al descubierto. Tocaba mis curvas como si las apreciara. Por unos instantes, se concentró en mis pechos pequeños. Los masajeó un rato, apretó mis pezones y sentí que iba a perder la fuerza en mis piernas. Descendió lentamente hasta que llegó a mis caderas y hasta el inicio de mis muslos.

Siguió acariciándome hasta que se detuvo en mi coño. Dejé escapar un gemido y el descaro de Erik le hizo decir:

-Si aún no he comenzado...

Introdujo sus dedos con suavidad. Sentí cómo se aventuraban dentro de mí y cómo los movía entre mis carnes. Primero uno y después dos. Me masturbó a su antojo y yo, internamente, rogaba por sostenerme de algo. Estaba a punto de dejarme vencer.

-No, no, no. Quietecita.

Reuní todas las fuerzas posibles para hacerle caso. No quería y al mismo tiempo sí. Debía hacerlo porque esa era la dinámica.

Llevé mis manos y las junté con las suyas. No paré de gemir en ningún momento. Cerré los ojos como si fuera una medida para encontrar fuerza en alguna parte. En medio de esas sensaciones que aún trato de comprender, Erik me giró para que quedara frente a él.

-Arrodíllate.

Se quitó las últimas prendas de ropa y pude ver cómo se sacaba su pene. Lo sostuvo con una mano, tocándose. Estaba desesperada por tenerlo en la boca, por lo que él lo aprovechó para jugar conmigo. Lo bajaba un poco para que lo tuviera cerca de los labios pero no demasiado como para chuparlo. Incluso, me dio unos cuantos golpecitos en la cara con él.

-Por favor... Por favor.

-¿Por favor qué?

-Déjeme chupártelo.

-¿De verdad lo quieres?

-Lo ansío demasiado.

Siguió con el juego hasta que lo colocó sobre mi lengua. Rozó su glánde y poco a poco lo introdujo en mi boca. Pude sentir cómo llegó a mi garganta.

Sinceramente, podría tener el pene de Erik siempre así, entre mis labios. Por una parte porque exacerba mi gusto por el sexo oral y también porque me resultaba sumamente excitante el verlo como si estuviera en un trance.

Con su mano, empujaba mi cabeza para que lo tuviera más adentro. Cuando

lograba sacarlo y así recuperar un poco la respiración, caían sobre mis pechos unos cuantos hilos de saliva. Al verme así, él también aprovechaba la oportunidad de darme unas cuantas bofetadas. Unas que mezclaban la suavidad y firmeza de su ser como Dominante.

Se satisfizo y me levantó enérgicamente. Me besó en los labios y me llevó a esa cama. La función estaba por comenzar.

Desapareció por un momento hasta que trajo consigo unas cuantas cuerdas de cáñamo. Por lo general, estas se usan para el shibari por lo que pude suponer lo que haría conmigo.

Me incorporé sobre la cama y e inmediatamente comenzó a atarme. Los brazos hacia atrás con un nudo que se conectaba con la cintura. Remató con una cuerda que atravesó el verticalmente mi torso, rozando mi clítoris y el espacio entre mis nalgas. Ajustó un poco más hasta que le roce me hizo exclamar un gemido.

-Perfecto –Dijo.

Me ayudó a ponerme de pie y de inmediato sentí la tensión de la cuerda entre mis piernas. Mientras más erguida me ponía, más fuerte era sensación, por lo tanto, me obligaba a encorvarme un poco.

Erik hizo que caminara hasta un espacio vacío. No comprendí hasta que recordé que encima de mí se encontraba un gancho plateado, el mismo que noté al entrar a la habitación. Esperé un poco mientras él hacía los ajustes sobre mí y sobre otra extensión de cuerda. Cuando estuvo listo, escuché el sonido de unas poleas. El gancho estaba unido a una por lo que descendió suavemente hasta donde me encontraba.

Acomodó todo y volvió a accionar el mecanismo. Fue allí cuando ascendí con miedo de caerme. Por supuesto que esta sensación la olvidé por un momento por lo que tenía entre mis piernas. Comencé a gemir a medida que subía. Desde el suelo, Erik sólo sonreía.

No estuve muy lejos del suelo. De hecho, si ponía mis pies de puntillas, el dedo gordo podía rozar el suelo. A pesar de ello, sentía que estaba por los aires. Estuve atenta ante las palabras de Erik. Quería saber cuál sería el próximo paso.

Tras unos minutos de silencio, volvió hacia donde me encontraba pero con el fute que tomé cuando entramos. Como tenía abierta una de sus palmas, podía

escuchar el impacto del cuero sobre su piel.

-Bien... ¿Por dónde deberíamos comenzar?

Permaneció dubitativo hasta que fue detrás de mí. El primer impacto lo recibí en mis nalgas, como había previsto. Aunque experimenté sensaciones similares, el pasado no me preparó lo suficiente para un momento como ese.

El ardor y el dolor producto de los latigazos, me hicieron retorcer. Cuando lo hacía, el templón de la cuerda daba justamente sobre el clítoris, por lo que experimentaba cualquier tipo de sensación. Era una mezcla simplemente gloriosa.

Siguió castigándome mientras que le suplicaba por algo que ahora no recuerdo. Probablemente le dije que se detuviera o que me bajara para que me follara. Lo cierto es que me ignoró por completo porque continuó. Desde los muslos hasta la espalda, mi piel era territorio de sus perversidades.

Las cosas siguieron así durante un rato. A pesar que me encontraba bien asegurada por las cuerdas, los brazos comenzaron a dolerme y las manos me hormigueaban. Erik se percató que las movía constantemente por lo que me mantuvo allí un rato más hasta que me bajó.

Desarmó el gancho y lo subió con las poleas. Al terminar, se sentó sobre la cama y me colocó frente él pero dándole la espalda. Revisó con cuidado mis extremidades para luego desatar los amarres de mis brazos. Mientras lo hacía, mi circulación parecía recobrar la normalidad y la sensación de incomodidad iba desapareciendo.

Pensé que haría lo mismo con los de la cintura y la vagina pero no fue así. Aunque permaneció en silencio, luego se levantó para llevarme contra una pared. Seguía de espaldas a él.

Apoyé los brazos sobre la superficie y me incliné un poco, la cuerda no estaba tensa así que pude respirar de alivio por un rato. Sin embargo, él se colocó tras detrás y se sostuvo de los amarres, por supuesto no perdió la oportunidad de tensar ese amarre que atravesaba mi sexo.

Exclamé un largo gemido y sentí su pene adentrándose entre mis carnes. La penetración y el roce del cáñamo sobre el clítoris, estuve casi lista para volverme loca en cuestión de segundos.

A Erik lo sentí más libre, más dominante que la primera vez. No paraba de

decirme lo ramera que era, lo puta, lo zorra. Insistía que también era su juguete y que se cansaría de mí cuando le diera la gana. Todas aquellas palabras, más el tono en que las dijo, me hizo sentir increíblemente excitada.

De vez en cuando me sujetaba por el cuello, lo apretaba, quizás con la intención de apagar mis gemidos y gritos. Era fascinante el poder que me transmitía con su forma de tratarme. Sosteniéndome, tomándome como quisiera. Era una sensación que me producía todo tipo de contradicciones. No quise pensar en nada más porque sólo deseaba que él no se cansara de mí.

Me folló en esa posición hasta que decidió echarme sobre la cama. Caí de sorpresa y hasta sentí un poco de temor. Cuando lo vi sobre mí, parecía un animal salvaje.

Abrí las piernas para recibirlo, quería sentirlo de nuevo. Pero Erik hizo otro cambio de planes. Se arrodilló y comenzó a comer mi coño con desespero. Sólo pudo observar sus ojos cerrándose y su cabeza en dirección hacia mi sexo. Estaba caliente y húmeda, deseaba tanto que él me probara y comiera.

Su lengua primero hizo una lenta caricia. Mis piernas temblaron y luego continuó con un ritmo constante y dulce. Su respiración se escuchaba agitada y las succiones eran fuertes, agresivas. Quiso ir un poco más allá al introducir uno de sus dedos. Sus labios, mientras, chupaban el clítoris... Hasta lo mordía.

Estaba perdida entre la excitación. Mi cuerpo, mi mente y alma se desintegraron y se esparcieron los aires. La oscuridad me abrazaba pero también me dejaba libre. Era fuego y hielo, era calor y frío.

Mi ser era conductor de una energía que alimentaba a la Tierra, al mismo tiempo que ella se albergaba dentro de mí. Erik me hacía perder la razón tantas veces que no sabía si sería capaz de armarme de nuevo pero sí, al final lo lograba.

Dejó de lamerme hasta que se colocó sobre mí para reanudar el sexo. Se volvió más agresivo y más intenso. Estaba hecha pedazos pero podía soportar un poco más.

Cuando estuve a punto de correrme, traté de guardar silencio aunque para él era imposible que se escaparan los detalles. Me penetró aún más y de nuevo bajó hacia mi coño para comérselo.

Sus dientes apretaban mi clítoris con firmeza y su lengua me penetraba. Quería

ir más profundo y yo también. Siguió Hasta que no pude más, exploté en su cara y de inmediato sus manos se afincaron en mi piel para beber tanto como pudiera. Francamente no pensé que aquello fuera posible.

Sus labios estaban en mí hasta que perdí la razón. De hecho, si ahora hago un esfuerzo de lo que pasó después, sólo veré borroso ya que caí en las profundidades de la petit morte.

Erik, por otro lado, trató de hacerme reaccionar. Cuando lo logró, me hizo arrodillar frente a él, ordenándome que lo masturbara. Primero metí todo su pene dentro de mi boca, procuré empaparlo lo suficiente como para masajearlo con mis manos. Mientras lo hacía, lo miraba a los ojos.

Intercalaba los movimientos y el ritmo. Al principio lo hice suave y después rápido, duro, lento. Para provocarlo aún más, chupaba su glande al mismo tiempo que lo masturbaba.

Al poco tiempo, comenzó a hacer unos sonidos que me dieron a entender que estaba próximo a correrse. Lo metí todo en mi boca hasta que él se lo sacó y me llevó velozmente sobre la pared. Eyaculó con tanta fuerza, que el semen incluso cayó sobre mis manos. De resto, pude sentir las gotas calientes de su fluido sobre mi piel.

Al terminar, se apoyó un momento sobre mí. Su pecho quedó sobre mi espalda y pude percibir su corazón. Latía a mil por hora y su respiración estaba también agitada. Con el paso de los minutos, se incorporó para ir al baño y limpiarme.

Luego de eso, se encargó de desatar los amarres de la cintura. Lo hizo con cuidado. A medida que lo hacía, rozaba con sus dedos la textura que quedó.

-¿Te duele?

-No...

Quitó el resto de la cuerda y la dejó a un lado sobre la cama. Hizo que me girara para verificar que todo estaba en orden y así fue.

-Espera aquí.

Tomó unos pantalones de un cajón que estaba cerca de las sillas y fue hacia otro lugar. Por mi parte, me eché sintiendo todas las endorfinas recorriendo mi cuerpo. Cerré los ojos por un momento cuando sentí algo frío en mi brazo. Erik me acercó una botella helada de cerveza. Además, también tenía consigo

una cajetilla de cigarrillos. Para mayor sorpresa, era de mi marca favorita.

Di un largo sorbo de cerveza, fue agradable sentir la efervescencia en la boca y la garganta. El frío me hizo sentir un poco más reconfortada.

Él se acercó para encender el cigarrillo y me encontré en una situación sumamente agradable al exhalar el humo. El sabor mentolado me pareció que iba bien con la cerveza.

-Gracias. Creo que esto es una de las combinaciones más perfectas que existen.

-Estoy de acuerdo.

Nos acostamos juntos en un silencio compartido. No había tenido una situación similar desde hacía tiempo. Extrañamente no me sentí incómoda.

Cuando apagué el cigarrillo en un cenicero sencillo de vidrio, Erik seguía con el suyo entre los labios, mientras que sus ojos permanecían concentrados en el vacío. El humo rozaba lentamente por su boca y por la nariz.

El brillo de la luz tenue que estaba en el pasillo, iluminaba su piel morena. Tan suave y perfecta. Quise girarme pero no pude, él era una imagen que se caló en mi mente. Parecía una escultura, una obra de arte.

Volteé hasta llevarme la sábana hasta el pecho. Estaba preparada para que me dijera que me fuera de allí, así que guardé toda la naturalidad posible.

El silencio se interrumpió cuando escuché un sonido lejano que me resultó familiar. Me levanté sin decir nada y seguí el ruido. Era el móvil.

Lo tomé entre las manos y vi que era un mensaje de mi padre:

*“Espero que estés haciendo las cosas bien”.*

Pasé del cielo al infierno en cuestión de segundos. Una ola de rabia me inundó y sentí que estaba a punto de explotar. Quise tomar mis cosas e irme pero, ¿para dónde? No tenía un lugar para escaparme.

Entré de nuevo a la habitación y busqué mi ropa, recordé que tenía unos cientos en el bolso. Al menos podría pasar una noche en algún hotel. Erik, permaneció en silencio, mirándome. Estaba tan concentrada que olvidé que estaba allí.

Finalmente se aventuró a decirme:

-¿Qué pasó?

Lo miré de frente y mi juicio se nubló. Erik era el recordatorio de lo que era realmente para mi padre, un medio para salvarse sin importar lo que me pasara.

-Nada.

Le respondí con sequedad. Empecé a vestirme y busqué el móvil para contactar a un Uber. Tenía un nudo en la garganta y las lágrimas al borde de los ojos. Estaba tan molesta que tenía las orejas encendidas y mis manos no paraban de temblar.

Cuando terminé de vestirme, Erik se encontró conmigo.

-Al menos déjame llevarte.

-No. El Uber está por llegar.

-Pues dile que no lo quieres y ya. Nada va a pasar.

Trató de acercarse a mí y evité que me tocara el rostro.

-¿Por qué no me dices qué ha pasado?

-No tiene importancia.

No quise hablar más porque estaba segura de que si lo hacía, vomitaría cualquier cantidad de cosas.

-Vale.

Se colocó el abrigo, recogió las llaves del coche y salimos. Mientras caminábamos por el estacionamiento, me preguntó si quería que me llevase a casa.

-No. Mejor un hotel. Cualquiera que sea barato.

-¿Por qué no te quedas en mi casa?

-No puedo.

Volvió a quedarse callado, mientras sostenía el volante con ambas manos. Respiró profundo y el silencio se hizo tan fuerte que casi podía escuchar mi corazón latir. Deseaba que girara la llave y me dejara en alguna parte. No me importaba que fuera en la calle.

-¿Estás segura?



-Sí.

-Vale.

Encendió el coche y suspiré de alivio. No estaba preparada para tener una discusión con él y menos con este estado de ánimo.

Manejó por un rato hasta que llegamos a un hotel importante. Traté de increparlo pero de inmediato me dijo:

-Esto lo pago yo. Quédate tranquila.

Intenté convencerlo de lo contrario pero no pude. Al final, fuimos al lobby, pidió una habitación por una noche y me dio la tarjeta. Traté de pensar en otra cosa pero no podía. Él habló un rato con una de las recepcionistas. Pagó y luego se dirigió a mí.

-Este es número de la habitación. Si tienes hambre, pide lo que quieras. Se cargará a mi cuenta.

-No es necesario.

-Sí lo es. Espero que pronto me digas qué fue lo que pasó esta noche.

-No lo sé.

Tenía las mejillas encendidas, lo podía sentir. Su voz, su aroma, su rostro, todo era un recordatorio de ese mensaje. Sólo tenía fuerzas para alejarme tanto como pudiera.

Quise salir corriendo pero mis pies se mantuvieron en el suelo como si estuvieran pegados a él. Entonces bajé la cabeza, no quería verlo puesto que podría arrepentirme de mi decisión.

-Llámame.

Escuché los pasos alejándose de mí hasta que alcé la mirada. Las puertas corredizas se cerraron tras él.

Tomé la mochila y me dirigí hacia los elevadores. Irónicamente, el ambiente del hotel era de fiesta debido a que estaba acercándose la Navidad. Digo irónicamente puesto que dentro de mí todo lo sentía tan oscuro, tan triste.

Llegué al piso, pasé la tarjeta en el lector e introduje el código que me Erik me había dado minutos atrás. Entré a la habitación y me sorprendí enseguida. Tenía dos ambientes, uno era una especie de recibidor y en la otra se

encontraba la gran cama. Dejé la mochila en un sofá y me asomé por la gran ventana. La ciudad estaba tan bella que por un momento olvidé lo que había pasado.

Caminé un poco hacia la otra estancia y escuché el rugido de mi estómago. Tenía hambre.

Me acosté en la cama e hice un esfuerzo por ignorar las palabras de Erik. Traté de pensar en otra cosa pero fue imposible. Entonces tomé el teléfono, ordené una pizza mediana y una Coca-Cola helada. Unos veinte minutos después, estaba sentada comiendo con el ruido de la televisión al fondo.

Sentí un poco de tranquilidad cuando terminé. Agradecí el estar sola al menos esa noche. Ahora, tendría la oportunidad de reflexionar sobre lo que debía hacer después.

Volver a casa ya no era opción. Enfrentar el rostro de descaro de mi padre no era viable para mi salud mental. Tendría que ir, tomar unas cosas y quizás improvisar sobre el camino.

Pensé en las cuentas que tenía. Mi madre me había dejado una cantidad más o menos importante y no me atreví a tocar ese dinero por precaución. Por suerte, yo era la única persona con acceso a esa cuenta por lo que sería intocable para mi padre. Tomé el móvil y trasladé el resto allí para que reunir la mayor cantidad posible.

Podría irme al centro del país, al norte... A dónde quisiera. Sólo un par de mudas de ropa y un poco de efectivo. Lo suficiente para comprar algo de comida mientras busco qué hacer.

Las cosas cobraron otra perspectiva pero de inmediato pensé en Erik. Aunque me daba igual el resto, por alguna razón, no podía desprenderme de él. Algo completamente absurdo cuando lo único que nos unía era una relación efímera.

Su imagen estaba taladrando mis neuronas. Podía sentir el aroma de su piel, el brillo de sus ojos, el roce de su piel contra la mía. En ese momento, escuché el móvil. Temí por un momento que fuera mi padre pero no, era Erik pidiéndome respuestas de lo que había sucedido.

Dejé el aparato lejos porque no quería saber nada más. Volvió a sonar, de hecho fue así varias veces hasta que dejó de hacerlo.

Me acurruqué sobre la cama y tomé el móvil por puro masoquismo.

-¿Por qué no te quedaste conmigo?

Fue lo único que pude leer. Enterré la cabeza hasta que me quedé dormida. No quería saber de nada más.

## V

Desperté de nuevo con hambre. Miré el reloj y era las 7:00 a.m., nunca en mi vida me había levantado tan temprano. Me levanté después de espantar la pereza y abrí la pequeña nevera. Allí estaba un par de trozos de pizza y un poco de la Coca-Cola que sobró de la noche anterior.

Antes de comer, tomé una larga ducha y salí como si hubiera recargado las baterías. Me cambié de ropa y fui de nuevo al refrigerador para comer los restos. Al terminar, me percaté que me había quedado sin batería. No le di mucha importancia y esperé un rato más hasta que llamaron para avisar el check-out.

Bajé al lobby, esperé al Uber y llegué a la casa. Mi plan era subir lo más rápido posible, tomar unas cuantas cosas, quedarme en un hotel y buscar una habitación para mudarme. Por un lado estaba tranquila porque tenía fondos.

Cuando fui hacia la puerta, la encontré rota por fuera. Un hilo frío recorrió mi cuerpo. Empujé un poco y encontré todo en silencio. De nuevo, no estaban los guardias y eso ya era suficiente advertencia. De todas maneras, subí a mi habitación, tomé la maleta y empaqué lo que pude. Hice lo propio con la mochila.

Encontré el cargador y enchufé el móvil. El presentimiento de que algo grave estaba desesperándome. Bajé entonces a la cocina en donde había un pequeño televisor. Lo encendí y busqué los canales de noticia. Lo que vi fue sorprendente.

*“González era una de las figuras que se veían en los círculos más importantes de la política. Su desaparición nos deja perplejos ya que era considerado por muchos como un ciudadano ejemplar, preocupado por su comunidad...”*

No entendí lo que sucedía. ¿Mi padre secuestrado? ¿En dónde estaba la policía? ¿Por qué no me habían contactado? Algo no estaba bien. Una sensación de urgencia me invadió y subí de nuevo para tomar las cosas. Era como si el tiempo se acabara.

Llamé un Uber y me quedé en un hotel. Estaba muerta del miedo.

## VI

Pasé unos días en un hotel hasta que la policía hizo contacto conmigo. Me informaron que quisieron rastrear a mi hermano pero que no pudieron dar con él. Pasó lo mismo conmigo.

-Son unas personas difíciles de encontrar.

Luego de esa frase incómoda, pedí toda la información posible.

-¿En dónde se encontraba usted?

-En un hotel. Esta es la dirección. Llegué a casa en la tarde y no encontré a nadie. Por un momento no me pareció extraño pero vi la puerta abierta, forzada.

-¿Por qué no llamó a las autoridades?

-Como le dije, pensé que era normal. Mi papá tenía problemas con las alarmas y seguros. Supuse que se trató de uno de sus guardias que la abrió. No lo sé.

Comencé a sentir náuseas y casi se me fueron los tiempos en la silla de la sala de interrogatorios.

-¿Está bien? Podemos traerle un poco de agua.

-Sí, por favor.

-Le sincero. Su padre está involucrado en una red de corrupción muy intrincada. Quisimos ir a su casa para interrogarlo y resultó que no estaba allí. Nos dieron una pista de su paradero pero resultó ser falsa. Seguimos a varios involucrados sin éxito. Allí decidimos contactarla a pesar que sabemos que no tenía que ver con la organización la cual su padre formaba parte.

-¿Me investigaron?

-Por supuesto. Lo hicimos con todos los miembros de su familia.

-No hay mucho qué investigar. Mi madre murió, mi hermano desapareció y yo... Yo, pues, aquí estoy. ¿Puedo fumar?

-Seguro.

Al encender el pitillo, noté que las manos no me paraban de temblar. Tenía una mezcla de miedo y tristeza. Estaba envuelta en todo eso sin saber cómo las

cosas se iban a solucionar. Me aterraba la idea de quedar atada a algo más siniestro.

-Esta situación me tiene aprehensiva. ¿Es posible que me hagan daño?

-No, francamente no. De lo contrario ya la hubiesen buscado a usted primero para chantajearlo pero no. Además, nuestra investigación nos arrojó que quien tenga su padre, sabía muy bien lo que hacía.

Salí de la estación como si aún tuviera aire en la cabeza. En los últimos arreglos, ofrecieron darme protección pero la rechacé. Ciertamente mi padre no mezcló los negocios con la familia aunque pensé en Erik.

No he sabido de él desde hace unas semanas y la verdad es que no sé cómo sentirme al respecto. Lo extraño pero también me da miedo descubrir si él está involucrado en todo esto.

Con el paso del tiempo, logré alquilar un pequeño piso cerca del centro y hasta encontré trabajo como diseñadora gráfica en una pequeña empresa de administración. Tenía la perfecta vida monótona y aburrida. Pero no podía quejarme, tenía un espacio propio y estaba generando ingresos de manera honesta.

Esa misma noche, al apoyar la cabeza en la almohada, pensé en todo lo que estaba sucediendo. En el trabajo no sospechaban que era hija de un tipo secuestrado con vínculos con la mafia y el crimen. Aunque me aseguré de esconder todo mi pasado, estando allí, sola y a oscuras, es cuando afloraba todo eso que con esfuerzo trataba de esconder.

Quise demasiado encontrarme con Erik. Regresar a sus brazos y hundirme en el calor de su cuerpo. Besar, follarlo, montarlo, sentir sus manos sobre mi cuello.

Estaba en la oficina como un lunes cualquiera. En mi escritorio estaba una taza blanca con el café ya frío, un pequeño plato con una galleta que me habían regalado y un trozo de papel con las instrucciones de lo que tenía que hacer ese día. Estuve a punto de ponerme los audífonos cuando escuché el ruido del televisor en la cocina. Al alzar la mirada, estaba puesto el noticiero. Hablaban de mi padre.

Me levanté y fue hasta allí. Luego de pasar su foto, la reportera informó que habían encontrado su cuerpo en una zanja con un disparo en la nuca.

*“Modo ejecución”.*

Fueron las palabras que se grabaron en mi mente. Lo mataron por tener el cuerpo casi hundido en el barro y era momento de hundirlo un poco más.

Aunque los dos no teníamos una relación como tal, sentí que el mundo se me vino encima. Le pedí a mi jefe que me excusara. No tuvo problema y busqué mis cosas con rapidez. Tomé un taxi y antes de llegar a casa, estaba llorando profusamente. El sentimiento de orfandad me resultaba abrumador.

Quisiera explicar con detalle los procesos que vinieron después pero sería darle larga a cosas que no tienen importancia. Lo cierto es que, el mismo día en que me enteré de su muerte, tuve que ir a la policía a reconocer el cuerpo. Sólo vi el tatuaje en honor a mi madre que tenía en el brazo. El único que no había borrado de su piel. Al verlo, me desplomé. Todas mis defensas se fueron por el caño.

Por suerte, me sostuvieron y me llevaron a una sala más abierta y menos fría. El mismo detective que me interrogó, proporcionó una información bastante resumida de los hechos.

-¿Piensa quedarse con la casa?

-No.

No sé qué más me preguntó porque todavía no podía reaccionar del todo. Lo cierto es que me levanté y caminé hacia la salida. Un ciclo había terminado.

## VII

La vida transcurrió. Logré vender la casa y parte del dinero se la envié a mi hermano quien se encontró conmigo después de 10 años sin verlo.

Fue una situación un poco extraña porque no lo reconocí bien y me sentí culpable.

-Todavía eras una niña. –Me dijo apenas logramos establecer una conversación menos incómoda.

Durante la charla me confesó que estaba por casarse y que esperaba un niño. No podía creer que sería tía. Era una sorpresa agradable después de todas las cosas que pasaron. La reunión se volvió más larga de lo que pensé y me sentí feliz por eso.

Nos despedimos prometiendo que nos veríamos más seguido. Se marchó cuando cayó el sol. Me quedé allí para verlo partir.

Después de suspirar como una tonta, regresé a casa para retomar mi vida plana y gris. Me sentía menos triste porque a pesar de todo, podía jactarme de ser una persona común y corriente.

Me mezclaba entre la gente sin temor de que pasara algo más. Sin embargo, extrañaba la mirada intensa de Erik. Lo que empezó como el pago de una deuda, terminó de una manera muy diferente... Al menos para mí.

Cuando llegué al edificio, encontré el mismo modelo de Lamborghini que tenía él. Albergué la esperanza de que él aparecería de entre el concreto y me dijera mil cosas.

Deseché esa fantasía. Él no era el único que le gustaba los coches de lujo. Así que seguí caminando hasta que vi su perfil. Estaba fumando un pitillo, como esa vez que estábamos juntos. Volví a quedarme hipnotizada por la imagen. El humo dibujó una línea fina que bordeó el mentó cuadrado.

Giró su cabeza como sabiendo que estaba allí. Lanzó el cigarro al suelo y lo pisó. Se acercó a mí con un traje azul oscuro con líneas blancas muy finas, camisa blanca, corbata del mismo azul pero con puntos. Sonrió ampliamente.

-Eres difícil de encontrar.

-Sí... Un poco.



Tuve unas ganas inmensas de lanzarme hacia sus brazos pero me reprimí. No obstante, se acercó. Su nariz rozó con la mía, así como su frente.

-¿Por qué te fuiste así?

Alcé la cabeza y lo besé. Sus labios envolvieron a los míos y recordé ese sabor dulce de las primeras veces. Adoré saber que él no me había olvidado. El que estuviera allí, significaba demasiado y lo sabía.

-Vamos.

Entramos al edificio y tiempo después, llegamos al piso.

-Es bonito, eh. Quizás hasta me compre uno igual. –Me lo dijo acercándose a mí.

-Creo que llamarías demasiado la atención.

-Bah. Para nada.

Nos sentamos en la mesa de la cocina y le pasé una cerveza fría. Bebió un poco y me miró. Aquello era señal para que le actualizara sobre lo que había pasado. Le hablé de mi familia y del secuestro y muerte de mi padre. Él asintió.

-Esa noticia nos crispó los nervios. Él manejaba información confidencial y muy delicada de varios políticos. Fue una suerte lamentable.

Le expliqué sobre la venta de la casa y del encuentro con mi hermano. De las cosas que había hecho y de la vida aburrida que tenía como diseñadora gráfica en una firma de contadores. Él sólo sonreía.

-¿Por qué te fuiste esa noche?

Hay ciertas cosas que no se pueden evitar en la vida, esta pregunta era una de ellas. Tomé un poco de aire y puse a mi mente a recordar. Me parecía mentira que hubiera pasado tanto tiempo.

-Mi padre me envió un mensaje diciéndome que esperara que hiciera bien mi trabajo o algo así. De hecho fue lo último que me dijo antes de que desapareciera. Ahora que lo pienso, es terrible.

Erik fijó la mirada en algún lugar del suelo.

-... Me hizo recordar el trato que tenían los dos y el hecho de que él me usó como una moneda de cambio, como un comodín para salvarse él. Quise

alejarme de todo y cuanto antes. En ese momento, pensé que sería lo más idóneo para mí. Nunca imaginé lo que pasó después.

Se levantó para caminar unos cuantos pasos.

-Fui a verte a tu casa pero me enteré que la habías vendido. Para mí tuvo mucho sentido puesto porque conocí a tu padre. Tuvo relaciones turbulentas y supuse que buscabas un mejor entorno para ti. Yo hubiese hecho lo mismo, la verdad.

Quedó un momento en silencio y luego continuó:

-Si te soy sincero, esto para mí fue un juego. Al principio me emocionaba la idea de estar con una chica como tú. Joven, sensual, hermosa, vibrante. Todo lo que hay en ti me hacía sentir que sería divertido. Pero no conté sentir esta química.

>>No quiero sonar pretencioso pero he salido con mujeres de todo tipo aunque eso bien lo sabes. Llegó un punto en que estaba cansado de eso. A pesar de todo, yo también tuve culpa en involucrarte en semejante situación. Actué como un gilipollas... Pero... No puedo negar que tuve suerte de que las cosas se dieran así.

No supe qué decir y creo que él lo entendió sin problemas. Me alegró saber que no hacía falta hacerlo. Se sentó a mi lado y me acarició la espalda.

-Sé que has pasado tiempos difíciles pero también sé que es bueno tomarse el tiempo para pensar las cosas y ponerse en orden. No quise interferir en tu proceso.

-Gracias.

Tenía razón. No tuve cabeza para nada más aunque pensara en él. Recibí tantos golpes que apenas tuve el tiempo para tratar de enfocarme en cómo tenía que solucionar las cosas.

Me levanté de repente mientras él permaneció sentado. Me acerqué y le acaricié la cabeza. Tenía el cabello más largo. Asimismo, me tomó por la cintura y nos quedamos allí.

El calor del cuerpo de Erik me hizo revivir los momentos que pasamos juntos. El sentir sus manos sólo hizo que me sintiera ansiosa para que hiciéramos algo más. Se levantó y se puso de pie. Se veía tan alto que me dio un poco de risa lo difícil que era tratar de alcanzarlo.

-Te extrañé demasiado.

-Yo también.

Su voz sonó como una caricia más. Cerré los ojos y me dejé vencer por el deseo que sentía por él. Sus labios divinos, su aliento, el pecho junto al mío. Es imposible rendirse cuando tienes compartes un sentimiento tan intenso con alguien.

Sus manos fueron de inmediato hacia mis nalgas, apretándolas con fuerza. Manoseó parte de mis muslos y de mis caderas. A media que subía, él me hacía sentir viva.

Nos besamos como si hubiera pasado una eternidad entre los dos. Bueno, al menos así lo sentí yo. Me cargó con facilidad y me llevó a la habitación. Por un rato pareció no ubicarse bien, así que le tuve que guiar. Realmente era una tontería puesto que mi piso es una fracción del suyo.

Me dejó sobre la cama y de inmediato se incorporó sobre mí. El aroma de su cuerpo y el sonido de sus besos, me llevaban hacia una dimensión completamente nueva. Lo tocaba, lo acariciaba. Tener a Erik así era lo que anhelaba desde hacía tanto tiempo.

Poco a poco sentí cómo me desvestía. La verdad ni recuerdo qué era lo que tenía puesto, sólo que quedé desnuda en un santiamén. Su boca recorrió mi cuello y bajó, pasando por mis pechos y pezones, estuvo un rato allí; mordiéndolos, lamiéndolos.

Siguió descendiendo hasta que se detuvo en mi torso. Lo llenó de besos y caricias hasta que sentí su respiración en el nacimiento de mi coño. El calor de su aliento me hizo estremecer por lo que me sostuvo con un poco más de fuerza.

Primero un beso, después otro hasta que abrió la boca para succionar mi clítoris. Su lengua lo acariciaba y lamía con suavidad y después con fuerza. Me sostuve de las sábanas tanto como pude aunque sabía que aquello era inútil.

Comía de mí, de mi carne, como si estuviera desesperado. Yo no paraba de gritar. De hecho, quería acariciarle la cabeza pero simplemente no podía. La excitación era tal que sólo me dejaba quedarme allí, presa de él.

Se mantuvo en el mismo lugar por un rato. Dejó de hacerlo fuerte para chupar

más lentamente. Ojalá pudiera describir mejor los sonidos que hacía. Era la gloria pura.

Cuando me encontré en el punto en el que iba a correrme en cualquier momento, él se levantó y dejó caer su elegante traje al suelo. Se quitó todo salvo por la corbata. Deshizo el nudo y luego tensó el trozo de tela para enseñármelo. Entendí que aquello serviría como objeto de dominación.

Me lo colocó sobre el cuello e hizo un amarre lo suficientemente fuerte y firme. Luego me haló hacia él para darme un beso. Esta vez sí sentí la fuerza de mi Amo porque tensó la corbata y su boca denotaba la intensidad que guarda en él.

Hizo un gesto para fuera al suelo. Así lo hice y comencé a gatear según me dio a entender. Mis movimientos eran lentos, pausados. Me paseó por la pequeña habitación como si fuera una especie de mascota. Incluso me daba unas cuantas nalgadas. Lo encontré increíblemente excitante.

Más tarde me coloqué de rodillas. Acomodé mis piernas y preparé mi respiración porque sabía que había llegado el momento de chupárselo. Lo dejó caer sobre mi cara y cuando quise lamerlo, me dio una bofetada.

-Aún no.

Asentí y esperé. Por supuesto que aquello resultó ser toda una tortura. Erik lo colocaba frente a mí, el glande rozaba mi frente y mis mejillas; me daba golpecitos con él y ya en ese punto estaba demasiado ansiosa por él. Finalmente, el brillo juguetón de sus ojos me dio a entender que ya me iba a recompensar por la paciencia. Me incliné hacia él y su mano me guió hasta que devorar su pene por completo.

Estaba todo en mi boca, sin dificultades, sin arcadas. Pude verle la expresión de sorpresa y de gusto. De hecho fui más profundo, al punto que le hice exclamar un gemido. Adoraba escucharlo así.

Hice movimientos suaves al inicio porque deseaba saborearlo bien. Cuando lo sacaba, lo rozaba entre mis labios al mismo tiempo que él me daba más bofetadas. Lo hice tan intenso que se tuvo que apoyar sobre una pared. Sus piernas le comenzaron a flaquear. Por mi parte, ignoré ese detalle. Moría por darle todo el placer que pudiera.

De repente, sacó su pene de su boca y me haló por el cuello. Me puso de perfil y flexionó sus rodillas. Con su mano, sostuvo su verga y me dio varios golpes

con él en la cara. En el proceso, sólo pude escuchar un “mastúrbate”; y así lo hice.

Apenas puse mis manos en mi coño y de inmediato pude sentir el calor y la humedad que desprendía mi cuerpo. Rocé mis dedos sobre mi clítoris y comencé a tocarme con fuerza. Aunque no me lo pidió, chupé mis dedos mientras lo miraba a los ojos. No sé qué se le cruzó por la cabeza que de inmediato jaló la corbata, haciendo que me pusiera de pie.

-Sí... Eres una niña mala.

-Sí... Lo soy, Amo.

Me dio un par de nalgadas muy fuertes y me colocó sobre la cama en cuatro. Todavía sostenía la corbata entre sus manos y haló un poco más. Cuando sentí que se me cortaba un poco la respiración, me penetró.

Su pene delicioso y caliente se adentró entre mis carnes con salvajismo. Con la mano que le quedaba libre, me daba más nalgadas o se sostenía de mis caderas. Por mi parte, traté de abrirme más con el fin de que él pudiera llegar más lejos y profundo.

Mordí la almohada cuando me embestía. Sentía que iba a atravesarme en cualquier momento. Creo que nunca en mi vida gemí tanto como esa vez.

Entonces, cuando pensé que iba a perder la razón en cualquier momento, Erik me tomó por la cintura y volvió a acomodar mi cuerpo según sus deseos. Quedé con la espalda sobre la cama. Nos miramos por un rato. Sus dedos fueron hacia mi rostro, acariciándolo.

-Sí, te extrañaba demasiado.

Soltó la corbata y fue sobre mí. A diferencia de otras veces, lo hizo con lentitud y suavidad. Me besó la boca, los ojos y la frente. Parecía un tipo completamente diferente. Abrió mis piernas y se fundió en mí como si fuéramos una sola piel.

Sus brazos rodearon mi cabeza, sus piernas rozaban las mías, nuestras pelvis se golpeaban entre sí haciendo sonidos fuertes y otros más suaves. A veces enterraba mis uñas sobre sus hombros y otras sólo lo acariciaba. El sexo con él era como una montaña rusa que me llevaba a donde quisiera.

Permanecimos pegados hasta que tomó la posición que yo tenía hasta ese momento. Volvió con la corbata y la haló hacia sí mientras yo me sentaba

sobre él. Hice un largo gemido de placer y comencé a moverme. Erik observaba cómo lo hacía así que asumí un papel de mujer sensual, de femme fatale que está dispuesta a complacer a su hombre más allá de sí misma.

Fui tan rápido y tan violento que experimenté de nuevo esa sensación de desprendimiento de alma y cuerpo. Eran flashes intensos que me hacían volar. El cable a tierra era los jalones que hacía Erik con la corbata.

Lo monté por un rato. Incluso, cuando mis piernas parecieron rendirse, una fuerza emergía dentro de mi cuerpo para continuar. Ahora que lo pienso, quizás era él mismo que me contagiaba de esa intensidad.

Eventualmente bajé el ritmo y le pedí que me permitiera correrme. Él no me respondió inmediatamente ya que era una costumbre que tenía como Dominante.

-Tienes que acostumbrarte que soy yo quien da la orden.

Abofeteó mi cara para dejarme en claro lo que quería decir.

Sentí una especie de hormigueo en mis muslos. Por una parte me preocupé pero inmediatamente supe que se trataba del tiempo que tenía moviéndome. Gracias a la experiencia de Erik, volvimos a cambiar de posición y experimenté un alivio momentáneo. Sin embargo, ya mi cuerpo no podía más.

Me folló unos cuantos minutos más. Paró y lo mantuvo dentro de mí. En ese instante me dijo:

-Córrete para tu dueño.

Puso su dedo sobre mi clítoris y una descarga de energía reavivó mis emociones. No faltó demasiado para que el orgasmo tomara el control de mi ser. Convulsioné un poco y me rendí sobre la cama. La oscuridad me hizo saber que estaba en las profundidades de un lugar que ya había visitado. Mantuve los ojos cerrados hasta que el gemido constante de Erik me hizo reaccionar.

Sus ojos se encontraron con los míos y sus manos sostenían mi cuello. Sus labios rozaron mis mejillas mientras que mis brazos lo rodearon a pesar que no estaba completamente consciente. La intensidad de esa corrida casi me dejó al borde del desmayo.

Me dio un beso largo y suave hasta que se corrió dentro de mí. Su cuerpo cayó sobre el mío y los dos compartimos la respiración agitada. Nuestros pechos se

convirtieron en una sinfonía que dejó demostrado el esfuerzo que hicimos para poseernos. Volvió a mirarme y a besarme. Podía quedarme entre su calor hasta que se acabara el tiempo.

Los dos nos quedamos dormidos en cuestión de minutos. Sin embargo, desperté por el sonido de las bocinas. Olvidé que, como vivía más en el centro, mi piso era más vulnerable a los ruidos de la ciudad.

Me levanté con cuidado para ir a la cocina y buscar un vaso de agua. Mientras lo hacía, Erik estaba dormido como un bebé. Incluso roncaba. Aquella imagen me resultó tan enternecedora porque nunca lo había visto así. Siempre era el tío imponente que, cuando apenas entraba a una habitación todos tenían que ver con él. Ahora, en una posición tan única, Erik parecía el ser humano más vulnerable del mundo.

Tomé unos pantaloncillos en una silla, una franela de Rammstein ya toda rota y una bata, estaba haciendo un poco de frío.

Caminé hasta la cocina con todo el silencio del mundo. Era un intento por no romper la armonía. Deseaba que ese momento durara todo lo que fuera posible, aunque sabía que llegaría a su fin.

Abrí la puerta del refrigerador y me serví un vaso. Al terminar de tomarlo, él estaba allí, en el marco de la puerta, observándome.

-Joder, casi me matas de un susto.

-Ja, ja, ja. Lo siento.

-Creí que estabas dormido.

-Sí lo estaba. Pero me moví, no te sentí a mi lado y me levanté para buscarte.

Se acercó a mí y me dio un beso en los labios.

Nos sentamos en la mesa sin decirnos nada. Concluí en ese instante que él y yo no nos hacían falta las palabras para sentirnos bien uno junto al otro.

## VIII

-¿Tienes los diseños listos?

-Sí. Ya los envié a Dropbox para que lo revisen.

-Bah, no hace falta. Sabemos que están perfectos. Por cierto, necesitamos unas muestras para la presentación de mañana.

-También los subí.

-Vaya. Excelente. Te avisaremos si surge alguna modificación, aunque sinceramente no lo creo.

-Vale.

Recliné mi espalda sobre la silla y bebí un sorbo de café. Estaba orgullosa de mí misma al saber que había tachado todos los pendientes de la semana. Ahora podía dedicar mi concentración en otra cosa.

Me levanté para ir al baño. Al pasar por los pasillos y cubículos, me di cuenta que estaba gustándome esto en lo que mi vida se había convertido. La rutina del trabajo me dio una sensación de seguridad que hallaba agradable.

Por suerte, me encontré sola en el baño. Mi miré al espejo y me arreglé un poco el cabello. Esa noche tendría una cita especial y estaba un poco nerviosa.

Alcé lentamente la falda y miré el brillo del buttplug que tenía puesto. Desde hacía tiempo, estaba entrenando mi ano para probar de nuevo los placeres del sexo anal. Por otro lado, me gustaba saber que tenía eso allí como muestra de que mi relación con Erik estaba en otro nivel.

Debo acotar que ya soy oficialmente su sumisa. De hecho, el momento en el que me lo pidió me pareció increíblemente gracioso. Estaba atada en la cruz de San Andrés, con una mordaza de bola y recibiendo unos fuertes latigazos en mis piernas y torso.

Mi boca desprendía largos hilos de saliva, mis ojos estaban llorosos y mis gritos eran reprimidos. Erik, vestía un traje formal mientras me castigaba. Cada azote era acompañado por una sonrisa.

De repente, me quitó la mordaza y me miró como si estuviera a punto de decir algo. No le presté mucha atención puesto que estaba concentrada en la excitación y el escozor que me dejaba el cuero sobre mi piel.



Soltó el látigo y me tomó del rostro pero con suavidad. Traté de descifrar lo que quería decir hasta que habló:

-¿Quieres ser mi sumisa?

-Sí, Amo. Siempre.

Él sonrió de alivio como si estuviera esperando otra respuesta. Se alejó de mí por un momento y regresó con una cinta de cuero con un pequeño aro plateado en el centro. Me lo enseñó y luego lo dejó sobre la cama.

Comenzó a deshacer los amarres con cuidado y me ayudó a incorporarme. Me senté en el borde de la cama y sentí cómo me ponía el collar. Rocé un par de dedos sobre él. Estaba impresionada porque, a pesar de las sesiones, vi nuestra situación como algo que seguía en lo casual.

Se acercó a mí y me besó. Fue un beso dulce, suave.

-Esto es para que los recordemos el compromiso que tenemos. Yo asumo la responsabilidad de cuidarte y protegerte, y tú el de entregarte a mí, siempre.

-Siempre.

-No sabes lo nervioso que estaba.

-¿Por qué?

-Porque siempre me preparo para peor. Pero nada, hoy no ha sido así. Hoy me siento como un chaval. Así que, celebremos un poco con más azotes, ¿te parece?

-Sí, Amo.

Aún puedo recordar el brillo de sus ojos cuando le dije que sí. Después de ese momento, marcó todo mi cuerpo con el cuero de los latigazos y con las mordidas que me dio. Estaba dispuesto a decirle al mundo entero que era suya y de nadie más.

Puse el móvil en la encimera del baño y tomé una foto.

-Buenos días, Amo.

Le envié la imagen a Erik y esperé ansiosamente por su respuesta. Mientras terminaba de refrescar mi maquillaje, me respondió.

-No sabes lo que te espera.

Sonreír y salí como si no hubiera pasado nada. Me encantaba saber que quien se acercara a mí, no tuviera la mínima sospecha que tenía esto en mi cuerpo y gracias a la orden de mi Dominante.

Durante toda la tarde, miré al reloj sin parar. Habíamos quedado que me iría a buscar por lo que la ansiedad me estaba matando. Al acercarse la hora, comencé a sentirme nerviosa.

-¿Qué me pasa?

No tenía por qué estar así. No era la primera vez que estaba con él ni era nuestra primera sesión. Sin embargo, siempre había ese componente en nuestros encuentros. Supongo que aquello ayudaba a sazonar lo que teníamos.

-Estoy abajo.

Me avisó finalmente. Tomé mis cosas, me despedí de todo el mundo y salí apretando el paso. Apenas se abrieron las puertas de la entrada principal, allí estaba él. Apoyado sobre el Lamborghini y con una sonrisa que casi me hizo correr hacia donde se encontraba. Sí. Ese hombre era me hacía sentir como una niña.

-Vaya, sí que estás guapa.

-Gracias.

Nos besamos y olvidé por completo el frío que estaba haciendo.

-¿Nos vamos?

-Claro que sí.

Me abrió la puerta con galantería y me subí. Él hizo lo propio y arrancó los motores. Sabía que iríamos a su casa, a esa mazmorra que ya se convirtió en nuestro sitio de placeres y lujuria.

Llegamos al poco tiempo y aparcó al frente como siempre. Sin embargo, supe que había cambiado su modo a Dominante porque no pronunció palabra y porque la expresión le cambió por completo.

Deshizo el nudo de su corbata y me lo colocó en el cuello. Llegamos a la entrada y me hizo arrodillar.

-Anda.

En esa posición, mis nalgas quedaban expuestas y, por ende, él podía ver el

buttplug que me había regalado.

Avancé lentamente, subí las escaleras con cuidado. Llegamos a la habitación y me coloqué sobre la cama. Él dejó parte de la corbata sobre la cama y se apresuró a darme unas buenas nalgadas.

-No sé por dónde empezar.

-Por donde más te guste, Amo.

Él asintió y sentí cómo se agachaba. Su lengua fue directamente a mi coño y a mi ano. Volví a morir y a vivir. Volví a ser su esclava... Y me gustaba.

## *Título 2*

# **Rey**

## *Romance Prohibido, Erótica y BDSM con el Señor del Crimen*

### I

Un chico gordo corría por las calles con la respiración a punto de fallarle. Las punzadas en las espinillas se volvieron más agudas. Era el tipo de dolor que le indicaba que era momento de parar... Pero no podía. Detenerse lo haría perder la batalla por sobrevivir.

-Hey, bola de grasa, no llegarás muy lejos.

Logró escuchar a lo lejos. Las risas tras el comentario del matón del barrio también retumbaron en sus oídos. Era una descarga eléctrica directo a su orgullo.

Siguió con todas sus fuerzas, volteando cada tanto para cerciorarse que tenía suficiente ventaja. Sin embargo, no vio un bloque de ladrillo que se encontraba en medio de su camino. Se percató muy tarde.

Tropezó y cayó de bruces. Se golpeó la nariz y la mejilla. El ardor del impacto lo hizo sentirse desesperado por recobrar el equilibrio pero no pudo. El grupo de siete chicos, quienes estaban siguiéndolo, le rodearon. No tenía escapatoria.

-Te dije que no llegarías lejos. Ahora la pagarás, bola de grasa.

La voz se alejó de su rostro e inmediatamente comenzó a sentir una serie de patadas y puños sobre su cuerpo. Fueron tantas al mismo tiempo que apenas tuvo tiempo para cerrar los ojos para protegerse de alguna manera.

Al estar satisfechos, hurgaron entre sus bolsillos para sacarle el reluciente

billete de 20\$ que se había ganado ese día trabajando en la farmacia.

-Ya no necesitas esto, bolita.

El calor de la sangre que emanaba de su cabeza y de su nariz hizo que se concentrara en buscar las respuestas que pudieran calmar a su histérica madre.

Un último golpe al estómago y se alejaron de él, dejándolo en medio de un callejón golpeado y sin un duro para regresar a casa.

Mark se levantó del suelo y se sacudió el polvo de la ropa. Ya no le dolían las espinillas por lo que pudo caminar con cierta comodidad a pesar, claro, de los golpes y las heridas.

Al salir, la luz del sol le hizo recordar la humillación que acaba de sufrir. A medida que avanzaba, sintió las miradas de pánico y otras de risa que cayeron sobre él. Hasta llegó a escuchar un “pobre chaval”. Eso era él, un pobre chico que no pudo pelear como los hombres.

Cayó la noche y se encontró frente al edificio en donde vivía. Sólo ansiaba acostarse en su cama y olvidar por un momento lo sucedido. Subió las escaleras y abrió la puerta. Su madre no estaba así que respiró de alivio. Entonces fue al baño para mirarse.

Se echó para atrás al ver el espectáculo. El pómulo derecho estaba a explotar, los labios estaban rotos así como la nariz, de la sien brotaba un hilillo de sangre. Bajó el cuello de la camiseta y observó otro moretón que supuso que se pondría feo al paso del tiempo.

A diferencia de otras veces, no sintió lástima por sí mismo, sino más bien ira. Ira que le nació en la boca del estómago y que se repartió a sus extremidades como un virus. Ya no sentía dolor.

Algo se quebró dentro de Mark ese día y lo supo en cuanto salió de ese callejón. Supo que ya no sería ese niño gordo objeto de burlas y golpes. Tomó la decisión de que debía defenderse el resto de su vida y que lo haría con una furia tal que no dejaría espacio para súplicas.

Abrió la llave de agua y comenzó a limpiar las heridas. Sacó unos cuantos algodones y alcohol, y los puso sobre el lavabo. Aprovechó la soledad para cambiarse de ropa y tomar un baño.

Horas después, su madre se asomó a su habitación y lo encontró golpeado. Era de esperarse los gritos de indignación y las preguntas sobre lo que había

pasado.

-Mamá, no te preocupes, me puse a jugar cerca de las vías y no pillé un tren que venía. Tuve que salir corriendo y me tropecé con las piedras y la maleza que hay allí, ¿sabes? Por suerte no pasó nada grave.

Ella insistió en llevarlo al hospital pero la negación tan tajante de Mark ante la idea, le hizo retroceder.

-Esto no se ve bien, hijo. Necesita curarse.

-Está bien, mamá. No te preocupes.

Claro que necesitaba curarse pero él no quería. Deseaba sentir y ver el dolor para recordarse que no daría marcha atrás a sus intenciones. Los golpes transformaron al adolescente para siempre.

Le tomó varios días de planificación pero faltaba poco para ejecutar su plan. Eran siete así que se tomó el tiempo para hacerles sentir que todo había pasado sin mayores problemas.

Regresó al trabajo en la farmacia para trabajar largas horas y así reunir un botín lo suficientemente atractivo para sus matones. Se aseguró que la noticia llegaría a ellos con el fin de tentarlos a hacerle de nuevo lo que le hicieron.

Cada día, al regresar a casa, tomaba un momento para verse al espejo y repetirse constantemente que lo lograría. Que debía espantar al miedo porque de lo contrario nunca sería libre. Y deseaba demasiado serlo.

Su jefe lo despidió con amabilidad y con la sugerencia de que tomara otro camino. Él supo lo que le pasó porque lo infirió. Mark asintió como el buen chico que era pero por supuesto que ignoró el consejo. Las semanas le ayudaron a estudiar las rutas y costumbres de los siete.

Caminó por la calle de siempre y sintió las sombras detrás de él. Comenzó a correr. No tardó mucho en escuchar las risas al ras de sus pies.

Tomó una vía que lo llevó hacia un espacio abierto. Para cualquiera esto era un suicidio pero para Mark representaba que todo su plan estaba llevándose a cabo a la perfección. Apretó el paso y percibió cómo los siete cayeron en una zanja que había cavado días después y que escondió con hojas y ramas.

El estrecho espacio, limitó el movimiento de los chicos. No podían levantarse por más que lo intentaran. Una sensación de somnolencia los hizo perder la

consciencia de a poco. Lo último que vieron fue el rostro de Mark envuelto en un trapo blanco.

Lo cierto es que Mark, luego de hacer la zanja, empapó telas con una fórmula sedante que había logrado hacer en la farmacia. Lo probó varias veces y hasta calculó el tiempo de acción. Así que, al verlos así, entre la tierra, lo hizo sentir poderoso... Aunque no estaba ni cerca de terminar.

Esperó a que todos estuvieran inconscientes para cubrir los espacios de la zanja con tierra hasta que esta les llegara a la cabeza. Luego extrajo de un saco, el cuerpo de un gato muerto que encontró en la carretera ese día.

Lo dejó frente a ellos y se sentó a que el efecto pasara. El primero en despertar fue el líder.

-Pero qué coño...

-Cállate.

Le respondió con la voz sombría.

-Esto no te conviene, bola.

Apenas terminó la frase, sintió el golpe en la nuca que casi lo noqueó. Mark tenía un bate de béisbol que balanceaba de un lado a otro.

El chico estaba rojo de la rabia hasta que vio a lo lejos una figura que no pudo reconocer.

-Esta zona está repleta de coyotes, ¿sabes? Es extraño en este lado de la ciudad pero supongo que tiene que ver con las presas que encuentran.

-¡Mira, gordo...!

-No creo que sea muy conveniente eso de insultarme ahora. Verás, ellos no me hacen nada porque me conocen. Siempre vengo para aquí cuando se les antoja golpearme como piñata así que no les molesta mi presencia. Cosa que no sucede con el resto. De hecho, no sé por qué, pero ellos son una subespecie algo desconfiada y agresiva.

El sudor le corrió por la mejilla al observar el gato muerto.

-Exacto. Les dejé un regalo para que coman algo.

-Estás loco.

-No lo dudes.

La figura difusa se volvió más nítida, más clara. Por si fuera poco, no era una sola sino varias. El olor del gato muerto atrajo a unos cuantos coyotes.

Mark estaba muy divertido aunque apenas pudo sonreír porque aún le dolía el pómulo. Eso le hizo recordar el motivo por el que estaba ahí. Trató entonces de disfrutar cada momento.

-Bien, tengo que irme.

-PERO TE HAS VUELTO LOCO, TÍO. AYÚDANOS. NO NOS DEJES AQUÍ.

Unos cuantos más comenzaron a despertarse.

-Ustedes son listos y tienen fuerza para superar esto. Así que no se angustien. Saldrán de esta.

Se levantó del suelo y se acercó a los cuerpos asustados enterrados en la tierra.

-Diviértanse.

Se alejó a paso lento, como queriendo recordar el sonido de la desesperación de quienes le suplicaban la ayuda. Ese sonido más el olfateo de los coyotes, le dieron una gran satisfacción.

Encontraron a los chicos un par de días después. Hambrientos, débiles y con heridas en el cuello y la cabeza. Al momento de ser interrogados, ninguno dio explicación de lo ocurrido. Permanecieron en completo silencio. Desde ese día, Mark pudo andar por las calles sin el temor de que lo lastimaran.

Los años pasaron y ese chico regordete y tímido, se convirtió en el líder de la organización criminal más peligrosa de la ciudad. Cualquiera tendría que pensársela dos veces antes de meterse con él.

El éxito de los negocios ilegales fue tal que pudo costearse la vida que siempre quiso. Una gran mansión, mujeres a cualquier hora del día y todo lo que deseara. Sus gustos incluían el usar trajes blancos a medida, habanos, comida cara y coches de último modelo. No había impedimento ni límites.

Al darse cuenta de que las cosas estaban avanzando, necesitó conformar un grupo sólido que le ayudara a consolidarse. Así que reclutó cientos de hombres de los mejores calibres para que le fueran fieles a sus propósitos.

... A estas alturas era imposible detenerlo.



## II

Jack era uno de esos casos especiales en donde un ex marine se convierte en un criminal. Lo cierto es que luego de darse de baja en el ejército, sintió una profunda decepción por el sistema por lo que decidió que sería gracioso corromperlo de alguna manera.

Conoció a Mark mientras trabajaba en un campo de tiro. El hombre, vestido de blanco en medio del humo de los habanos, le preguntó que hacía él en un lugar como ese. A pesar de querer renunciar a esa charla innecesaria, terminó convencido de la oferta laboral de aquel hombre corpulento y misterioso. Así que, al final, tomó sus cosas y se fue con él.

Eventualmente, Jack pasó a ser un sicario de sumo cuidado. De hecho, le decían “El Francotirador” porque esa era su especialidad, matar a las víctimas mientras menos se lo esperaban.

Gracias a un récord impecable, también se aseguró uno de los primeros puestos de confianza entre la organización. Incluso, Mark, quien no sometía a votación sus decisiones, se apoyó en él en varias ocasiones.

Sin embargo, la larga trayectoria criminal del líder de la mafia, le hizo susceptible a caer en vicios de todo tipo. Esto le costó el respeto de unos cuantos miembros, incluido Jack.

Él estaba cada vez más convencido que sería la persona ideal para el grupo. Dejaría atrás las absurdas extravagancias y se concentraría en lo importante: hacer tanto dinero como fuera posible.

Estos pensamientos subversivos, sin embargo, los olvidaba cuando su cabeza estaba entre las piernas de una mujer. Jack, a pesar de ser un hombre frío y calculador, no obviaba otros placeres de la vida.

Sí, él era amante de las mujeres hermosas y del buen licor. La combinación de ambas cosas le proporcionaba una experiencia que iba más allá de lo sublime.

Las modelos eran su perdición. El ver aquellas piernas largas y esbeltas le producían un morbo anormal. Sólo imaginaba en enterrar su cabeza entre ellas y saborear el coño húmedo. Además, encontraba el sexo oral uno de los máximos placeres que existían.

Pero, si bien era amante del buen sexo, también lo era del control y la dominación. Al ganar más experiencia, descubrió su inclinación hacia el BDSM, por lo que, además, se hizo un nombre en los grupos de esta inclinación.

En vista de ello, Jack mantenía estos gustos muy alejados de su vida normal. Cualquier información personal podría convertirse en una bomba de tiempo que podría actuar contra él.

-¿Vas a ir a la fiesta del jefe?

-¿Cuál fiesta?

-Venga hombre. Es mañana. Champaña, tías buenas, comida. Tienes que ir.

-Mmm. Supongo.

Jack dejó la conversación. Tomó sus llaves y fue hacia su nuevo y flamante Porsche Carrera 4 GTS. Lo encargó con un tono gris metalizado que iba perfectamente con su gusto por lo industrial. Calentó un poco los motores y salió como una flecha hacia su casa.

Se adentró en una zona casi exclusiva de construcciones modernas y minimalistas. Tomó un atajo que lo llevó a un camino de piedra que lo condujo a una edificación pequeña pero sin duda hermosa.

Había grandes ventanales, concreto y detalles metálicos. La estructura, además, contrastaba con la vegetación que estaba alrededor. No sólo por concepto de hacer el lugar más atractivo visualmente sino porque servía para esconder los artificios para proteger la propiedad.

Aparcó el coche frente a la entrada y salió. Se detuvo por un momento y observó la casa. Su casa. Le parecía increíble que después de tantos tropiezos, pudiera tener algo para sí mismo. Recordó los golpes y el sufrimiento de su familia, la identidad que tuvo que dejar atrás y el hombre que era y que murió el día que selló su destino con el crimen.

Miró al suelo y trató de darse ánimo al recordar que cada cierto tiempo enviaba dinero a los suyos. No sabía sus problemas ni dificultades pero, al menos, tendrían la opción de contar con algo para resolver.

Sacó las llaves de su bolsillo y las hizo sonar hasta que llegó a la puerta. Una luz proveniente del techo, se encendió apenas puso los pies en el tapete. Entró con el cansancio en los hombros y se desplomó sobre el sofá que tenía más

cerca.

El espacio amplio de la sala le hizo sentirse un poco solo así que no tardó mucho en levantarse de nuevo, prepararse un trago e ir a la habitación. Mientras lo hacía, dudó si ir o no a la fulana fiesta. ¿Por qué tendría ir? Ese tipo de eventos siempre le parecieron inútiles pero quizás serviría para reforzar alianzas.

Dejó el vaso de whiskey sobre el elegante mueble de madera y tomó el móvil. Tecléo con rapidez y se recostó sobre la cabecera mientras esperaba la respuesta. El pitido lo hizo reaccionar de su ensimismamiento y sonrió. Recibiría la compañía que deseaba en cuestión de minutos.

### III

A pesar de sus esfuerzos por ignorarlo, la fiesta era una noticia que no sólo corrió entre los miembros de la organización sino también por las altas esferas de la sociedad. Mark era reconocido como un poderoso hombre de negocios por lo que podría esperarse cualquier cantidad de invitados esa noche.

La mansión quedó decorada con luces, flores, velas, una banda, un dj, mesas repletas de comida. Desde sushi hasta los postres más finos. Mark no escatimó en gastos.

Para no sentirse más fuera de lugar de lo que ya estaba, Jack invitó a una de sus citas usuales. Unas de las modelos más cotizadas del momento. La mujer alta, rubia y exuberante, le encantaba estar con aquel hombre imponente e intimidante.

El vestido azul intenso con una abertura en la pierna y con escote profundo en la espalda, causó sensación entre los caballeros. Sin embargo, Jack tampoco se quedó atrás. El traje negro le resaltaba la piel blanca y el rojo intenso de la barba y del cabello casi rapado.

Aunque le gustaba la sensación de que la gente lo mirara, Jack fue más bien por cumplir el protocolo. Además, no quería tolerar reproches por parte de su jefe así que era una forma de evitar momentos incómodos.

-¡Estimados amigos! Estoy feliz de tenerlos aquí, celebrando conmigo. No. No es mi cumpleaños ni una fecha especial. Más bien esto es para compartir y celebrar los amigos. Esta noche es para que la pasemos bien. ¡Salud!

Detrás de las palabras de Mark, era claro que sí había una intención. Las fiestas le resultaban útiles para saber quiénes de verdad estaban con él sobre todo en el ámbito político.

Jack se desprendió de la elegancia de su acompañante y fue a saludar a su jefe.

-Buen discurso.

-¡Jack! Apostaba a que no vendrías. Perdí 50\$, eh.

-Lo siento mucho.

-Venga, venga. ¿Qué te parece?

Miraron hacia la enorme piscina.

-Una gran cantidad de gente. Hay muchos que te siguen queriendo, ¿no crees?

-Pues sí, no lo puedo negar. Pero lo cierto es que realmente sí tengo un motivo para ser feliz. Mira, por allá. ¿La ves?

Jack se asomó con desgano hasta que se concentró en un rostro hermoso rostro. Pensó que se trataba de su imaginación hasta que la vio acercarse poco a poco. Tenía un vestido negro y sandalias altas. El cabello largo le caía sobre los hombros formando gruesos bucles en las puntas. El andar de sus caderas y las piernas era un movimiento hipnótico. Tuvo que espabilarse porque de lo contrario se vería como un chiquillo torpe.

Al estar frente a él, se colocó al lado de Mark con un gesto cariñoso.

-Ella es Amanda. Encontrarla fue un milagro para mí. Querida, él es Jack. Uno de mis hombres de confianza.

Amanda extendió la mano y apretó fuerte la de Jack.

-Mucho gusto.

-El placer es mío, Amanda.

Volvió a caer en el encanto y el brillo de su piel morena. Sus ojos grandes parecían absorberlo. Aquellos labios rojos que hacían una media sonrisa. La pequeña mano que llevaba un mechón de pelo detrás de las orejas. Cada gesto le pareció en extremo sensual.

-Bien, debo dejarte porque ya sabes cómo son estas cosas. ¿Estarás aquí un rato?

-Eh... Sí, sí. Seguro.

La idea de irse rápido se fueron al caño al darse cuenta que acababa de ver a la mujer que le movió el piso como nadie.

Permaneció de pie, mirándolos irse. En ese momento sintió el brazo de su acompañante que se reunió con él luego de fastidiarse de ser admirada por otros en la fiesta.

-Cariño, ¿por cuánto tiempo tenemos que quedarnos aquí?

-Un poco más, querida. Después iremos a la casa a divertirnos un poco.

-Vale...

Le dio un beso lento en la mejilla. Él le dio a entender que era mejor que lo esperara en una mesa cerca de la barra porque aún tenía que saludar algunos jueces y demás políticos.

Cada vez que quedaba envuelto en alguna conversación de esas aburridas, buscaba a Amanda con la mirada. Observaba con detenimiento cada esquina con tal de deleitarse la mirada con el cuerpo de esa mujer.

No la encontró en ninguna parte y se decidió por irse. Se acusó a sí mismo de infantil por dejarse llevar por los impulsos.

-No es la única mujer bonita que conozco.

Volvió a decirse. Lo único que le restaba por hacer era tener presente el hecho de que era mujer de su jefe y que era conveniente no pescar en aguas turbias. La cita de la noche lo estaba esperando en el coche hasta que se topó con la imagen gloriosa de Amanda.

Estaba en el marco de la puerta con un cigarro en la mano. Miraba el exterior como si estuviera ansiosa por salir de ahí. Él quiso pasar desapercibido para no tentar al destino, pero también deseaba ser objeto de su atención.

-¿Ya te vas tan pronto?

-¿Ah? Sí, sí. Tengo un compromiso.

-Ya veo. Es una lástima.

Exhaló el humo con una manera tan elegante que se quedó admirándola como un tonto.

-¿Cuándo te volveré a ver? –Continuó casi inmediatamente.

Él no quiso verla. Especialmente, porque sabía que si giraba a verla, se perdería en esos ojos negros. Así que se mantuvo con la vista hacia el coche.

-No lo sé. Depende de las reuniones y todo eso...

Quiso seguir la conversación hasta que ella se cansara de él pero no fue así. Sintió su presencia. Su cuerpo estaba muy junto al suyo y lo miró de frente.

-He visto que has estado, pues... Un poco distraído y a lo mejor es porque necesitas a hablar con quien hablar. Toma, este es mi número de teléfono. No dudes en llamarme o escribirme. ¿Vale?

Para hombre acostumbrado a ser directo y a dar la iniciativa, se sintió

intimidado por esa mujer.

-Vale. Así lo haré.

Le sonrió, tiró la colilla y se dio la vuelta para dejarlo con la boca abierta. Jack, aún en el umbral, se llevó la mano a la cabeza. Sonrió para sí y fue caminando hacia el coche. Ya tendría oportunidad de pensar si era buena idea o no el contactarla.

Abrió la puerta de conductor y lo primero que vio fue las piernas cruzadas de la rubia.

-Cariño, si te has tardado demasiado. ¿Todo bien?

-Sí, sí. No te preocupes. Cosas de negocios, ya sabes cómo es.

-Entonces, ¿nos vamos?

Se acercó a él como una pantera.

-Claro que sí.

Después de un beso apasionado. Hizo el cambio de velocidades y tomó el volante con ambas manos. Dio un último vistazo a la puerta de la gran mansión. Puso el pie en el acelerador y los motores ronronearon y los neumáticos patinaron sobre el asfalto. Eso correspondía a su afán de dar un espectáculo cada vez que podía.

La casa de Jack no quedaba muy lejos de allí, por lo que llegaron en cuestión de minutos.

-Vaya, ya extrañaba ver este hermoso lugar.

-Apuesto que sí, nena.

Le abrió la puerta y la vio salir con esa gracia típica de las chicas como ella, como si conociera a la perfección todo lo que tenía que hacer.

Llegaron a la cocina. Ella se acercó al refrigerador con la intención de comer algún bocadillo nocturno.

-¿Tienes algo aquí que sea delicioso y fácil de hacer?

Él se quedó tras ella y la tomó desde atrás con sus manos. Acarició su cintura y sus pechos. Ella gimió un poco por lo cual fue la ocasión perfecta para atraerla más hacia su cuerpo. Con una mano la sujetó por el cuello mientras que con la otra, rozaba la firmeza de sus muslos. Sus labios rozaron la

suavidad de su nuca.

Cuando estuvo un poco más desesperado, la sostuvo por las caderas y la giró para que quedaran de frente. Subió poco a poco hasta que la tomó por el cuello y comenzó a besarla apasionadamente.

Su lengua fue directamente a la suya. Jugó con ella. La chupó e hizo lo mismo con sus labios. No faltó mucho para que los brazos delgados de su acompañante se apoyaran sobre sus fuertes hombros para no caerse. No quería perder el equilibrio ante la forma en cómo la besaba.

La alzó suavemente para llevarla consigo a la habitación. Subieron unos cuantos escalones y la dejó sobre la gran cama que se encontraba en el medio del lugar.

Él le subió un poco el vestido por el afán de chuparla y por el morbo que le producían sus piernas exquisitas. Las acarició lentamente hasta que se inclinó hasta su entrepierna. Descubrió que no tenía debajo por lo que fue más fácil que su lengua encontrara el punto de placer.

Su coño estaba húmedo y caliente, sus líquidos le sabían dulces así que se preparó mentalmente para no anticiparse. Se quiso dar el gusto de saborearla como le diera la gana. Primero besó sus labios para luego chupar con más fuerzas cada parte. A este punto, ella no paraba de gemir.

Con las manos sobre las sábanas, ella comenzó a pedir clemencia.

-Por favor... Oh, Dios... Por favor.

Jack hizo de oídos sordos y prefirió continuar pero esta vez con un ritmo más violento. Los gritos hicieron eco en el resto del departamento.

Se encontró satisfecho cuando sintió el temblor de sus muslos cerca del rostro. Se levantó lentamente y terminó de desvestirla. Al final, quedó ese cuerpo blanco y sensual que esperaba por más.

Jack se puso de pie y comenzó a desvestirse frente a ella. Encontraba este momento como algo muy placentero ya que le gustaba exhibirse. Dejó el traje y la camisa en el suelo, así como los zapatos y medias. Al final, quedó completamente desnudo, mostrando con orgullo su cuerpo esculpido.

Ambos se sonrieron y avanzó hasta apoyarse sobre la cama. Esperó un poco más hasta que comenzó a masturbarse muy cerca. Al mismo tiempo, lo hizo con ella lo que para Jack era toda una odisea. Tenía que mantener la



concentración en ambos puntos sin perder el control.

Se tocó con dureza puesto que así le gustaba sentirlo. Con respecto a ella, lo hizo un poco suave pero sin perder la firmeza en el tacto. Cuando dejaba de tocarse el pene, toma su pulgar y acariciaba el clítoris de ella con delicadeza mientras le introducía un par de dedos.

Alzó la mirada para verla y se dio cuenta del sudor de su frente y del rojo de las mejillas de ella. Así que se secó un poco y esperó un momento para penetrarla. Los ojos suplicantes rogaban por sentir el miembro.

Se acomodó mejor para sentirse más cómodo. Antes de penetrarla, tomó el glande y comenzó a frotarlo entre los labios y el clítoris. De nuevo, el chillido de desesperación y súplica. Fue allí, en ese punto, cuando él la penetró con fuerza.

Sintió cómo su carne caliente cedió ante la hombría de él. Se inclinó un poco más para que ella lo tuviera más dentro. Llevó una de sus manos hasta el cuello y la otra a uno de sus pechos para pellizcarle el pezón. Cada embestida la hizo con la furia de un animal.

Siguió follándola hasta que extrajo su miembro y la giró para colocarla en cuatro sobre la cama. Al apartarse un poco, le encantó ver la curvatura de su espalda así como esos glúteos que enmarcaban el coño y el ano rosáceos.

Se levantó finalmente para buscar entre sus cosas un pequeño látigo. Sabía que aquello no se trataba de una sesión en el sentido literal de la palabra, pero al menos quería darse la oportunidad de ir más allá del comportamiento controlador de siempre.

Delicadamente, rozó las tiras del látigo sobre el culo de ella. Lo hizo un par de veces con la finalidad de que se familiarizara con lo que estaba por venir.

-¿Estás lista? –Le preguntó en un susurro.

-Siempre.

Como su especialidad era generar más suspenso, hizo que ella se desesperara para finalmente darle el primer impacto. Vio encogerse un poco la espalda por lo que continuó segundos después.

Intercaló los latigazos con lamidas y besos en la espalda. Acarició las partes en donde era posible ver las marcas de las cintas de cuero. Sus dedos se paseaban por su piel como si se tratase de un explorador.

Dejó el látigo en el suelo, se acercó al borde de la cama y se sostuvo de las caderas de ella. La apretó con fuerza y volvió a penetrarla. Esta era una de las posiciones favoritas de Jack. Le hacía sentir que era un hombre poderoso y que, sobre todo, tenía el control de la situación.

Cada tanto se acercaba al oído de ella para decirle cualquier palabra que la humillara y que la hiciera sentir más excitada.

Jack no dejó de follarla con fuerza hasta que volvió a sentir el temblor violento de sus muslos perfectos. Siguió y siguió hasta que sintió un par de hilos calientes descender hasta su pene. Ella estaba tuvo el orgasmo en ese justo momento.

En su afán de retar los límites de los demás, volvió a tocarla en el clítoris. Ella se estremeció aún más así que perdió el poco control que tenía de sus impulsos carnales.

Se estremeció un par de veces más hasta que por fin se dejó caer sobre la cama. Sin embargo, Jack todavía estaba excitado. Sacó el pene de ella y no paró de masturbarse hasta que se corrió sobre su espalda. Como un último toque, tomó un poco de su semen entre sus dedos e hizo que ella lo lamiera.

-Buena chica.

Un rato después, mientras escuchaba la respiración de ella. Jack se escabulló de entre las sábanas y se levantó. Se acercó al clóset para sacar un par de pantalones de pijama. Bajó las escaleras para buscar algo para tomar y quizás, picar algo.

Abrió la nevera y encontró un poco de jamón serrano, el sobrante de queso manchego y pensó que sería buen maridaje el acompañar todo eso con un poco de pan y un trago de whiskey. Preparó la sencilla comida en poco tiempo y se sentó en el desayunador de frente al ventanal de la sala. La primera mordida lo hizo sentir reconfortado y más porque la noche estaba fresca.

Mientras comía, recordó el rostro de Amanda con esa expresión de mujer valiente y sensual. Le dio gracia que una chica tan joven tuviera la iniciativa de acercarse a él sin temor, sino más bien con soltura.

Bebió un poco más de ese trago y el calor del licor que quedó en su garganta, le hizo preguntarse si era prudente contactarla.

-No, no, no. No es buena idea, tío. Déjalo así.

Pero, ¿por qué? ¿Por qué no darle una oportunidad a ir un poco más lejos? ¿Por qué no probar los límites de lo que era prohibido? Sonrió para sí mismo. Indirectamente había aceptado el reto del que tanto huyó... O no.

Terminó el bocadillo y esperó un poco más antes de subir. No sería fácil decir la mala noticia de que era mejor irse a pesar que estaban en medio de la noche.

## IV

Luego de una pelea intensa, Jack pasó la noche solo y a todas sus anchas. Por suerte hizo esa movida porque la imagen de Amanda se quedó en su mente. Así que sin duda, hubiera tenido episodios incómodos de haber tenido a esa chica junto a él.

Al levantarse por la mañana, volvió a bajar a la cocina para prepararse un café como hacía de costumbre. Ese instante en donde todavía podía disfrutar un poco más la tranquilidad de la mañana sin sentir la presión de las órdenes, le hacía apreciar el silencio de esas horas.

Se sentó en la barra mientras leía el móvil. Se concentró por un rato en las noticias hasta que se aburrió de consumir contenido negativo. Dejó el móvil sobre el mesón y camino hasta el ventanal de enfrente.

El cielo de ese día lucía estupendo. El sol estaba brillante y, aun así, había una brisa fresca. Pensó que no estaría mal aprovechar el clima y salir un rato. Así que bien, una ducha y listo, saldría así fuera a caminar.

Cuando giró para poner en marcha sus planes, miró el móvil. Estaba allí como una especie de recordatorio. Quiso esquivarlo, olvidarlo pero no, no pudo. Así que se acercó y lo tomó.

-Al carajo todo.

Subió con rapidez y buscó el trozo de papel que Amanda le había dado. La desesperación comenzó a subirle por el cuello hasta sonrió de la satisfacción. Estaba debajo de su cama. Se levantó y comenzó a teclear un rápido mensaje. ¿Acaso no sería estupendo que ella aceptara su invitación a almorzar?

Lo dejó sobre la cama y se fue a tomar una ducha. Al desnudarse, pudo notar las cicatrices a la altura del torso. Sintió la textura de las veces que recibió balazos y los filos de cuchillos y de toda clase de objetos cortantes. Recordó esa adolescencia dura en donde prácticamente luchaba por sobrevivir. Ahora estaba rodeado de lujos y confort. Las vueltas de la vida.

Luego de que el agua fría le activara la circulación, salió y comenzó a secarse. Se miró al espejo para verse con mayor detenimiento. Lo cierto es que Jack era un hombre increíblemente atractivo. El contraste de su piel blanca, con los ojos verdes y el cabello rojizo, le hacía blanco fácil de miradas.

Otro rasgo que también contribuía al magnetismo que proyectaba, era el tener ese cuerpo fuerte y tallado gracias al ejercicio. Aunque era de buen comer, también le gustaba pasar tiempo en el gimnasio aunque lo hacía más que todo para canalizar su propio ser ansioso de dominio.

Inmediatamente, quiso revisar el móvil por si obtuvo respuesta. La ansiedad el hizo sentirse como un adolescente.

Los sentimientos se exacerbaron cuando leyó la respuesta:

-Claro que sí. ¿En dónde te espero?

Reflexionó por un momento. Por supuesto que no podía recogerla en casa del jefe, eso sería demasiado descarado y además, peligroso. Así que escogió un lugar que fuera terreno neutro para ella.

-¿Qué te parece en la estación del metro principal?

-Estupendo.

Acordaron la hora así que tenía un poco más de tiempo para arreglarse. Aunque, si fuera por él, iría de inmediato.

Amanda dejó el teléfono sobre la cómoda y sonrió para sí. Peinó el cabello denso y negro con cuidado. Lo hacía cada vez que se sentía nerviosa. Luego se levantó para escoger cuál sería el outfit ideal para dejar impresionado a Jack. Porque, claro, deseaba dejarlo con la boca abierta.

Corrió las puertas de madera y rozó con sus dedos los vestidos casuales colgados en el clóset. Tomó uno corto de estampado florado, unas medias negras y unos zapatos de tacón del mismo color. Deseaba verse sensual y altiva.

Miró el reloj de la mesa de noche y pensó que tenía un poco de tiempo para prepararse. No era mala idea hacerle esperar un poco, pero sólo lo necesario.

Amanda vivía sola en un piso en el centro de la ciudad. Al formar parte de una familia nómada por puro impulso, se acostumbró al desarraigo con facilidad. Eso también le trajo como consecuencia la falta de concentración en la búsqueda de un objetivo en la vida. Aunque era joven, no tendría 22 años para siempre.

Dejó la universidad y se dedicó a trabajar en lo que pudiera. Fue mesera, limpió baños y hasta atendió el delivery de una pizzería. Cualquier cosa que le

diera un poco de dinero, funcionaría.

Sin embargo, un día mientras caminaba en la calle, un hombre alto, corpulento y de cabeza rapada la miraba desde el otro lado. Amanda estaba acostumbrada a esas cosas pero aquel tío tenía algo que le resultó atractivo.

Dejó de pensar en eso y siguió concentrada en su camino hasta que entró en un supermercado para comprar algunas cosas. Poco tiempo después, sintió la mirada del hombre muy cerca de ella.

-Hola.

-Hola, ¿qué tal? –Respondió con desinterés.

-Pues, he querido acercarme a ti desde hace rato y no he sabido cómo sino hasta ahora.

Se rió con el comentario.

-Una risa. Nada mal, ¿eh?

-Para nada. Te da algunos puntos.

Él le sonrió. Gesto que, además, le hizo cambiar la expresión severa que tenía.

Luego de algunos minutos, la conversación se volvió amena. Amanda y Mark se presentaron cuando ella estuvo a punto de cancelar la compra y, al salir, decidieron que irían a por unos tragos. Más tarde esa noche, Amanda terminó enredada entre las sábanas de la cama de ese hombre increíblemente rico.

Lo que para ella fue un asunto de una noche, no lo fue para Mark. Él, acostumbrado a tener todo lo que quisiera, se encaprichó de la joven divertida. Amando vio esto como una oportunidad para dejarse cuidar y, por qué no, mantener.

Así que dejó de preocuparse por tomar trabajos absurdos y de deambular, Mark se encargó de darle toda la tranquilidad que fuera necesaria. Incluso la invitó a vivir a su casa pero la oferta no fue tan tentadora. Ella permanecería en el mismo lugar porque así tendría un espacio para sí misma.

Sin embargo las cosas no estaban saliendo bien. De repente sintió la necesidad de cambiar de situación, de hacer un giro importante por lo que la relación era más bien un obstáculo. Tomar ese paso no sería fácil.

Así pues, le pareció lógico aprovechar la euforia de la fiesta para decirle que era mejor darse un tiempo. Incluso llegó a practicar las palabras que le diría y

hasta el tono. Aun así, ella no contó con toparse con Jack.

Cuando cruzaron miradas, sintió que las cosas tenían sentido. Que el retraso de su decisión era una cuestión del destino.

Al tomar su mano, al hundirse en sus ojos verdes, al sentir la fuerza de su cuerpo, Amanda quiso más de él, por lo que se aventuró a proponerle un encuentro. No tenía nada que perder.

Esperó ansiosamente su respuesta. Como la mujer confiada que era, nunca dudó de la efectividad de su mensaje. Sonrió apenas supo que era él.

Allí se encontraba, de pie frente al espejo, mirándose y preparándose para tejer las redes en las que caería Jack. Porque así sería.

Se acomodó la falda del vestido, se cercioró que las medias estaban impolutas y que los zapatos estaban en las mismas condiciones. El maquillaje estaba perfecto así como el cabello.

-Perfecto.

Solicitó un Uber y esperó a que la fuera a buscar. Faltaba poco por verlo.

## V

Jack salió al encuentro. Presentía que las cosas se volverían interesantes. Tiempo después, se encontró maldiciendo porque no encontraba puesto para estacionar el coche. Finalmente, luego de esperar que una anciana maniobrara su gran Malibú azul, aparcó.

Bajó con aire resuelto. No obstante, perdió esa actitud de confianza que siempre solía tener para dar paso a un nerviosismo típico adolescente. De hecho, a medida que se acercaba al punto de encuentro, el pecho parecía el motor de una locomotora.

-Qué estúpido soy.

Lo cierto es que su mente estaba embebida entre los recuerdos de sus caderas y de esa andar tan sensual que lo dejaron hambriento de esas carnes.

Subió las escaleras de concreto, cruzó el paso peatonal y observó el mar de gente que iba a todos lados con extraordinaria velocidad. Colocó su cuerpo tan cerca de la pared para así no sufrir demasiado por las embestidas.

-A mí sólo se me ocurre este tipo de lugares.

Luego de recriminarse, se refugió en una librería que estaba cerca. Apareció como si fuera un milagro. Ese punto, además, era perfecto porque podría ver las personas que iban y venían. De seguro no se escaparía de sus ojos.

Amanda pagó el Uber y se colocó la chupa vaquera para evitar el golpe de la brisa traicionera de la primavera. El coche se alejó y ella quedó en medio del caos. Claro, era hora pico.

Bajó las escaleras con cuidado y se adentró a una especie de laberinto de pasillos y salidas. Aunque sabía las dificultades de andar en sitios concurridos, también recordó la razón por la que odiaba a los subterráneos.

Caminó unos cuantos pasos más hasta que vio un destello rojo cerca. Alertada, se acercó a las tiendas y efectivamente se trataba de Jack quien tenía la cabeza hundida en un libro de espadas de la Edad Media. Sonrió.

Completamente distraído, Jack no escuchó la campanilla de la puerta que anunciaba la entrada de alguien. Seguía ojeando el libro que tenía en las manos hasta que percibió el aroma de un perfume que le pareció delicioso.



-Me da miedo interrumpirte.

Escuchó. Sobresaltado se dio cuenta que era la sensual voz de Amanda.

-Eh, lo siento, me distraje... -Respondió sinceramente apenado.

-Vale, no te preocupes. Parece interesante lo que estás leyendo.

-Ja, ja, ja. Lo está. Debo admitirlo, soy un poco nerd.

-Pues, me encanta eso.

Después de intercambiar un par de sonrisas provocativas, salieron del caos para ir a almorzar.

-Por aquí hay una pizzería que es genial. Espero que te guste.

-Claro que sí. No lo dudo.

Caminaron un par de calles y entraron a un restaurante estilo rústico.

La expresión calmada de Jack realmente ocultaba la vergüenza de haberle propuesto semejante lugar para encontrarse.

-Quiero disculparme. No fue buena idea eso de vernos en la estación central. Pensé que estaría más despejado.

Ella lo miró con dulzura.

-No pasa nada. Me pareció divertido porque tenía mucho tiempo que no iba allí.

Amanda mintió. Jack se sintió peor.

-Enmendaré el error.

-Estaré ansiosa de ello.

Pidieron un par de cervezas frías y ordenaron una pizza familiar con rúcula y jamón serrano. Jack estaba decidido que era un tío con buenos gustos.

-Este es uno de mis lugares favoritos para comer. Cada vez que tengo oportunidad, vengo a comer.

-Es majo el lugar. Me encanta... También me ha encantado que me escribieras. Pensé que me habías olvidado.

Ella tomó un trago de cerveza y lo miró fijamente. Jack no pudo evitar sentirse excitado por el arrojo de aquella mujer, así que se inclinó hacia ella.

-Hubiera sido imposible.

Fue la primera vez en que sintió esa aura de poder de Jack. Eso no la hizo retroceder, más bien se vio intrigada ante ese gesto que sin duda buscaba provocarla. Volvieron a mirarse como desafiándose hasta que el olor de la pizza les hizo reaccionar.

-Aquí tienen. Espero que disfruten de su almuerzo.

El chico que los atendió volvió a perderse entre las mesas y ambos tuvieron la sensación que fueron salvados por la campana.

-Tenías razón. Esto está delicioso. Creo que también será mi lugar favorito de pizzas.

-Te lo dije. No ha desperdicio.

Jack, mientras comía, dudó si era conveniente hacerle la pregunta que le daba vueltas a la cabeza. Pero, como dicen por ahí, es mejor pedir perdón que pedir permiso.

-Sabes, siento curiosidad sobre una cosa.

-Dime.

-¿Desde hace cuánto estás con Mark?

La pregunta cayó como una estocada directo al estómago. Si bien era cierto que los dos disfrutaban de la compañía del otro, no podía obviarse el hecho de Mark y menos cuando se trataba de un tío sumamente peligroso.

Amanda sabía que en algún momento vendría esa ronda de pregunta.

-Bien, hace unos meses. No recuerdo exactamente.

-¿Vives con él?

-No, en mi piso que, por cierto, no está muy lejos de aquí... Presiento que esa duda hizo que nos encontráramos en la estación central. Tiene sentido, la verdad. Pero creo que hubiera sido mejor que me lo preguntaras. No representa un problema para mí.

Jack comenzó a sentirse encantado con la seguridad y confianza de Amanda. Volvió a acercarse a ella.

-Tienes razón pero, como sabrás, no es una postura necesariamente fácil para mí, ¿no crees?

Ella asintió ligeramente.

-Entonces propongo algo, ese tema no lo tocaremos, a menos cuando sea estrictamente necesario.

-Tienes razón. Sería una lástima arruinar esta velada.

El asunto de Mark quedó guardado en un cajón y fue directo al olvido. Jack y Amanda se concentrarían en esa tensión sexual que parecía crecer con el paso del tiempo.

Al cabo de pocos minutos, la bandeja de acero quedó con los restos de migas de pizza. En la mesa se marcaron los bordes de las botellas y las servilletas de tela descansaban sobre la superficie. Mientras, Amanda y Jack conversaban muy íntimamente.

A medida que hablaban, Jack deseaba llevársela a casa. Esperó un rato más para no parecer descontrolado, hasta que colocó su mano sobre la de ella. Amanda pareció desconcertada hasta que entendió el gesto.

-¿Nos vamos?

-Justo pensaba en eso.

La ayudó con la silla. Ese espacio mínimo de tiempo le sirvió para admirar las formas en las que movía su cuerpo. Sin duda, tenía una gracia natural que la hacía lucir sublime.

Ella avanzó hasta el umbral, esperándolo. La luz de la tarde bañaba su silueta, marcando así las curvas de su cuerpo. La cintura, las caderas anchas, y las piernas cuya formas, le hacía querer tenerlas alrededor de su torso.

Salió con ella y caminaron por acera mientras seguía el tráfico y la urgencia de los peatones.

-Tenía mucho tiempo que no venía para aquí.

-¿Trabajas por aquí?

-Sí. Ja, ja, ja. Hice de todo. Creo que me faltó ser conserje. La verdad es que he pasado estos últimos años improvisando sobre la marcha. Llega un punto en que se vuelve agotador.

-¿Por qué has improvisado?

Amanda suspiró y miró hacia el suelo. Trató de escoger entre la colección de

recuerdos que se les presentó de golpe.

-Te lo resumiré. Digamos que mi familia y yo nos acostumbramos a no tener sitio fijo. Eso, además, influyó a que nuestras relaciones no fueran muy fuertes entre sí. El hecho es que me fui de casa, traté de estudiar en la universidad pero terminé aburrida de todo eso. Sentí que estaba siguiendo un rumbo predecible y quise terminar con eso. Sin embargo, pagué el precio de mi osadía al trabajar en cualquier cosa para sobrevivir. Aun así, no me arrepiento, de verdad.

Jack se quedó impresionado con el relato de ella y más cuando lo habló con tanta naturalidad.

-No tengo miedo en decir este tipo de cosas. Son la verdad.

-¿Ahora cómo te sientes?

Amanda inevitablemente pensó en Mark.

-Pues, por un tiempo todo estuvo bien, pero tengo de nuevo esa sensación de que tengo que cambiar de estrategia, por así decirlo.

-Entiendo.

Jack de verdad lo comprendió. Tenía claro, además, que sabía de qué se trataba todo el asunto. Permaneció en silencio.

-¿Y tú?

-Es un asunto complicado.

-Vale. –Respondió ella sin querer ahondar demasiado. Por alguna razón se dio cuenta que era mejor respetar las respuestas cortantes de Jack.

-¡Aja! Llegamos por fin.

El Porsche pareció brillar gracias a los rayos del sol. Era una joya sobre el asfalto.

-Con esto queda confirmado que eres un tío que tiene muy buenos gustos.

Él, sin quitarle la mirada de encima, le respondió:

-Claro que lo tengo.

Le abrió la puerta y Amanda sintió la comodidad del cuero debajo de sus piernas. Jack se incorporó y ambos se prepararon para irse.

-Conozco un sitio que tiene una vista increíble de...

No pudo terminar la oración porque los labios de Amanda acabaron sobre los suyos. Ese beso, sin duda, lo tomó por sorpresa.

-Tengo rato queriéndote decir esto: quiero que me hagas tuya.

No supo qué responder, al menos no inmediatamente. Así que ella volvió a besarlo pero esta vez con un poco más de intensidad. Su lengua se adentró la boca de Jack. Sus delgadas manos tocaron su rostro con suavidad pero también con pasión.

-Siento que no puedo más. Hazlo, por favor.

Sus manos ansiosas fueron hacia su cintura para apretarla. Gracias a su cercanía, pudo sentir el latido de su corazón y la respiración agitada. Además, ese aroma embriagante de su cuello, le hacía querer convertirse en un animal feroz.

Fue cuando la tomó con ambas manos y le dijo lo que su boca no pudo. Ella sonrió como si hubiera comprendido de inmediato lo que quiso decir.

Jack tomó el volante con ambas manos y pisó el acelerador. De fondo, se escuchó el sonido del cierre que descendía entre las manos de Amanda. La expresión de agradable sorpresa no se hizo esperar.

Apenas lo sintió en sus manos, se apresuró en acariciarle el bulto endurecido entre sus piernas. Él se echó un poco para atrás y fue allí cuando sintió las suaves caricias de ella.

Siguió acariciando hasta que ella sintió que la boca se le hacía agua. Tomó el miembro con fuerza y lo dejó al descubierto. Al hacerlo, hizo una exclamación de sorpresa. De hecho, le encantó saber que se trataba de un pene grueso, bastante, y largo. Las venas se marcaban con facilidad y por si fuera poco, el glande tenía un color rosado pálido que invitaba a ser devorado de inmediato.

Entonces Amanda introdujo un par de dedos dentro de su boca para acariciar la punta de ese miembro que se veía tan delicioso. Luego se inclinó hacia él para darle una suave y lenta lamida. De esta manera, pudo escuchar los sonidos de excitación de Jack.

Un par de lamidas después, Amanda introdujo la carne del hombre que deseaba desde el primer momento en que lo vio. Fue poco a poco hasta llegar a la base. A ese punto, sintió un poco que le faltaba el aire pero pudo

acostumbrarse a las sensaciones. Lo dejó dentro por un buen rato hasta que decidió hacer movimientos ascendentes y descendentes.

Jack, quien hizo un enorme esfuerzo por concentrarse, no pudo evitar colocar una mano sobre el cabello de Amanda para apartarlo un poco y así tener la oportunidad de mirarle devorar su pene. Se veía tan bella, tan sensual.

Instintivamente, movió su pelvis como si estuviera follando su boca. Quería que ella se ahogara con esa envergadura, que se tragara cada centímetro de él. En ese momento, escuchó los pequeños gemidos de placer que ella hacía cada vez que le hacía comerle su polla.

Desesperado, fue aún más rápido. Aunque si fuera por él, le arrancaría la ropa ahí mismo y la follaría hasta hacerla gritar.

Tomó un atajo y en poco tiempo se encontró sobre el camino de gravilla que conducía la entrada de su casa. Amanda no dejó de chuparlo hasta que sintió que el coche se detuvo.

-Lo siento, es que no pude sacármelo de la boca.

Él la miró con hambre de su cuerpo y se le fue encima para besarla. Sus lenguas volvieron a encontrarse para explorarse y seducirse. Jack se reprimió un poco más, así que salió del coche para luego ayudarla a salir de allí.

Cuando se encontró junto a él, la apoyó sobre la puerta del copiloto y bajó sus manos hasta su entrepierna. Ella se concentró en su mirada hasta que cerró los ojos. Jack rozó su coño que ya percibía caliente y listo.

Las caricias suaves de al principio, se volvieron después intensas y desesperadas.

-Te destrozaría aquí mismo.

-Hazlo, hazlo, por favor.

-Todavía no.

Le tomó la mano y llevó hasta la entrada. Gracias a la ansiedad, tardó más tiempo en abrir que de costumbre. Al lograrlo, Amanda se sintió impresionada por el tamaño de la casa y por lo elegante que era. Sin embargo, no quería detenerse en ese detalle tan insignificante, así que se acercó rápidamente a él y mirándolo con gesto juguetón, le quitó el cinto de cuero.

Jack se quedó en la expectativa hasta que observó que ella usó su cinto para

colocárselo en el cuello. Se puso de rodillas y le dijo:

-Haz lo que quieras conmigo.

Por un momento no pudo creer semejante regalo.

Dio unos cuantos pasos hasta tomar el otro extremo del cinto. Lo haló un poco hacia arriba, impulsando su cuello y rostro. Estando allí, rozó ese delicado mentón con sus dedos. Lo hizo suavemente hasta que la abofeteó. Se acercó hasta su oído.

-No soy un hombre común. ¿Aún lo quieres hacer?

-Sí. Sin duda.

Volvió a darle otra bofetada hasta que una de sus mejillas se enrojeció.

-Veamos si eres la buena chica que pretender ser.

Se dio la vuelta y haló el cinto, haciendo que Amanda gateara por el suelo tras él. Así lo hizo hasta subir las escaleras con cuidado, había tiempo suficiente para disfrutar.

Llegaron a la habitación la cual estaba a oscuras. Jack pensó en encender las luces pero le pareció más interesante el jugar con un ambiente así. Entonces continuó su paso sobre la habitación hasta que soltó el cinto.

-Párate.

Amanda lo hizo y dejó de lados los zapatos de tacón que ya estaban estorbándoles. Sintió la suavidad del piso de parqué y el calor que exudaban de los cuerpos de los dos.

El dedo de Jack fue directo a su cuello hasta que lo tomó por completo y con firmeza.

-Qué ganas de destrozarte.

-Hazlo.

-Por supuesto que lo haré.

Apretó un poco más.

Después de jugar con su respiración, la soltó y comenzó a desvestirla. Quedó a la altura de su cintura y metió las manos debajo del vestido, bajó las pantimedias y las bragas negras de encaje que tenía puestas. Echó a un lado

aquellas prendas y volvió incorporarse para quitarle el resto de la ropa. El vestido y el sujetador también fueron relegados al olvido en una esquina.

Se echó para atrás para mirarla. Aquellas piernas de infarto, esas caderas deliciosas que llevaban a ese coño húmedo, los senos pequeños y firmes, la cintura que tenía esa fuerza magnética.

-Gira.

Quedó de espaldas a él y rozó el arco de su espalda hasta la base de la misma. Admiró las nalgas que se veían redondas y apetecibles. Las apretó con ambas manos tantas veces como le provocó. Se agachó por un momento sólo para morderlas. Era imposible no hacerlo.

Asegurándose de las marcas de sus dientes y manos, se colocó de pie. Se quitó la ropa de su tren superior. Hizo lo mismo con los zapatos salvo por los pantalones. Volvió a tomar el cinto.

-Agáchate... Muy bien. Ahora, ¿sabes qué tienes que hacer?

-Terminar lo que empecé.

Se escuchó el sonido de una bofetada fuerte.

-Muy bien. Hazlo.

Amanda se relamió los labios. Bajó el cierre y desabrochó el botón del vaquero de Jack. Este cayó pesadamente a sus pies. Finalmente era suyo otra vez.

Con la mano derecha, lo tomó con firmeza y comenzó a masturbarlo suavemente. A ese punto, el glande estaba palpitante y húmedo, por lo que aprovechaba la humedad de sus fluidos para hacerlo con facilidad.

A medida que lo hacía, variaba la intensidad y la velocidad. Iba de lento a rápido, así como de suave a fuerte. Jack sólo la veía aunque, cada tanto, tocaba su cabello y lo apartaba para tener una mejor perspectiva de su rostro. Sí, efectivamente era una mujer increíble.

Ella continuó con la masturbación hasta que comenzó a chupar el glande con sus labios. Se mantuvo allí por un rato hasta que soltó la mano y dejó que su boca hiciera el trabajo completo. Iba de adentro hacia afuera en un movimiento constante y repetitivo.

Como en el coche, se volvió a escuchar las veces que se atragantaba con el



grosor de su pene. Eso lo excitaba más. Muchísimo.

Llegó un punto en que no pudo evitarlo más y haló el cinto hacia arriba. Ella se levantó lentamente hasta quedar en puntillas frente a él. Se lo quitó y le indicó que fuera hacia la cama.

-En cuatro.

Esas pocas palabras, casi monosílabos, las decía con una entonación grave y profunda. Una señal clara, además, que su ser estaba sumido en la esencia de dominante.

Esperó a que ella se acomodara suavemente sobre la superficie de la cama. Observó la manera que su cuerpo adoptó la posición ideal para recibir lo que fuera a recibir por parte de él. La curvatura de su espalda que terminaba en sus dos grandes nalgas.

Esas mismas que enmarcaban el ano y el coño. Este último se veía húmedo y se sentía caliente. Así que antes de darle azotes, apoyó la mano entre las dos nalgas y dejó que el pulgar cayera justo entre los labios de la vagina. Así pues, acarició hasta llegar al clítoris.

Ese delicioso roce, hizo que Amanda no parara de gemir. Encontraba excitante el estar con un hombre así. Era capaz de excitarla con una mirada y de volverla loca con unas cuantas caricias.

... Pero siempre lo supo. Algo dentro de ella se lo dijo en el momento en que lo miró hablando con Mark. Ese mismo instinto le gritó que debía tomar la iniciativa, que debía perder el miedo y acercarse a él, que debía entregarse a él. No se había equivocado.

Regresó a la realidad cuando percibió el ardor que le dejó el contacto del cuero sobre sus nalgas. Experimentó ese dolor y quiso más de él. Así que se acomodó mejor para recibir tantos como él quisiera.

Luego del primer impacto, Jack se quedó cerca para observar cómo se formaba la marca sobre la piel de Amanda. Le pareció excitante por lo que continuó haciéndolo hasta que le dolió la muñeca. Al final, ella estaba entre los sollozos y los gemidos.

-Sé que te gusta.

-Sí... Oh sí.

Apenas pudo responder. Estaba dominada por una sensación que nunca había experimentado antes. Jack dejó caer el cinto al suelo. Tuvo suficiente. Era momento de montar y de dejar libre todas las ganas que había guardado hasta ese momento. Por fin Amanda sería suya.

En esa misma posición, las fuertes manos se posicionaron en las caderas anchas y divinas de Amanda. Ella permaneció a la expectativa hasta que experimentó la sensación gloriosa de tener la carne de él dentro de ella. Él empujó lentamente, tanto como pudo. Estando allí adentro, no pudo creer esa sensación de calor y de humedad, esa unión de ambos que además se fundió en una serie de gemidos y gritos.

Jack siguió adentrándose al mismo tiempo que le daba nalgadas. Como buen Dominante, quería probar los límites de Amanda. Quería saber hasta dónde podía llevarla.

El estar así con ella fue como si se le abriera un mundo nuevo de posibilidades. Esa mujer definitivamente tenía algo que lo tenía embrujado, atado a un hechizo y justo en ese momento no estaba seguro si quería despertar de ello.

Cambió de posición y, con un rápido movimiento, la colocó sobre la cama. Ella agradeció internamente aquello porque estaba a punto de perder la razón de seguir como estaba... Ingenuamente pensó que sería más suave.

Jack extendió sus piernas y se las colocó sobre los hombros. Tocó la vagina y la penetró con ambos dedos hasta que volvió a introducir su pene en ella. Desde esa posición, Amanda experimentó aún más la fuerza y contundencia del sexo de él.

Sí. Él fue más profundo porque era lo que deseaba sentir. Quería ir tan profundo como fuera posible. Quería colarse hasta los huesos, que la piel de Amanda quedara embebida de su ser y que este episodio fuera imposible de olvidar.

Estando así, tan cerca, Jack aprovechó para juntar los labios con los de ella. La besaba con suavidad algo que contrastaba con el intenso movimiento que tenía su pelvis contra la de ella. También aprovechó para acariciarle el rostro, para hundirse en esas pupilas dilatadas gracias a la excitación.

Amanda, en su trance personal, se sostuvo de los brazos fuertes de Jack. Definitivamente adoraba que su piel y la de él estuvieran conjugándose en un

verbo exquisito.

Esa intensidad hizo que ella pusiera los ojos en blanco y que sus piernas temblaran sin parar. Para Jack fue señal inequívoca que ella estaba a punto de correrse entre sus brazos.

-Anda... Córrete para mí.

Para lograrlo, afincó aún más su cuerpo contra ella para que incrementar la excitación. Ella exclamó una serie de palabras incomprensibles y finalmente sintió que todo se apagaba a su alrededor. Un grito profundo después, cayó abatida entre las sábanas.

Por otro lado, Jack no estaba muy lejos de llegar también al orgasmo. Corrió hacia un lado las piernas de Amanda y sacó su pene que ya estaba a punto de explotar. De hecho, cuando apenas lo tomó entre los dedos, un gran chorro de semen se explayó por el torso de ella, hasta, incluso, el rostro.

El calor de sus fluidos la hizo regresar a la realidad. Apenas vio lo que había sucedido, sonrió y untó sus dedos con los restos que quedaron sobre su cuerpo. Ambos intercambiaron miradas y besaron con la pasión restante de aquel sexo tan intenso. Al final, cedieron ante el cansancio.

## VI

Luego de recobrar el sentido, Jack abrió los ojos y se encontró con la figura desnuda de Amanda. Ella dormitaba entre sus brazos. Con cuidado, se zafó hasta que bajó de la cama y se dirigió al baño. Los labios y la garganta le suplicaban por agua.

Tomó un pequeño vaso de vidrio que estaba al lado del lavabo, abrió la llave y sirvió un poco de agua fría. Luego del trago, se encontró con su reflejo en el espejo.

Dio un suspiro y notó el brillo blanquecino de las canas en el cabello y la barba. Se rió porque en otros tiempos, sólo destacaba ese rojo cobrizo intenso.

Echó a un vistazo a la habitación y Amanda seguía durmiendo. Recordó el momento en el que ella tomó su cinto para pedirle que la hiciera suya. Sonrió y tuvo ganas de volver a follarla.

Apagó la luz y salió a su encuentro. Estaba boca arriba, con los brazos extendidos y con la expresión apacible. La tranquilidad de la respiración, el movimiento suave de su pecho al inhalar y exhalar, le provocó una sensación de ternura. Sí, era sensual y atrevida pero también tenía esa apariencia de inocencia.

Se sentó sobre la cama y le acarició el rostro. Ella despertó y lo miró.

-Hola... ¿Estás bien?

No le respondió. Más bien se acercó para darle un beso. Luego, se volvió más intenso, más físico y Amanda lo recibió entre sus brazos. Aunque Jack estaba desesperado por poseerla de nuevo, quería hacerlo diferente.

Colocó su cuerpo sobre el de ella y, antes de volver a penetrarla, colocó su mano sobre la vagina. Usó un par de dedos para masturbarla. Poco a poco, pudo sentir esa humedad deliciosa. Siguió tocándola hasta que notó que estaba lista para recibirlo.

Acercó sus dedos a los labios de ella. Amanda lamió mientras lo miraba a los ojos. En ese punto, Jack la penetró para llegar tan profundo como pudiera. Sus brazos fuertes, fueron el soporte de las manos de ella. El dolor y el placer se

conjugaron para generar las sensaciones más increíbles para los dos.

Jack y Amanda no paraban de mirarse, de contemplar las profundidades de sus ojos y de los deseos que estaban detrás de ellos.

El calor abrasador de sus cuerpos, estaba fundiéndose y produciendo sensaciones increíbles entre los dos. Amanda enterró sus uñas aún más sobre la carne de Jack hasta que le suplicó que la dejara correrse.

En ese momento, él no estaba en modo Dominante aunque deseaba esperar un poco más para hacerla llegar.

-Vamos... Un poco más.

Los ojos de ella se llenaron de lágrimas, los labios comenzaron a temblar así como sus piernas, el espíritu estaba a punto de desprenderse de su cuerpo. Lo único que la conectaba a la realidad esa voz que hacía eco en su interior.

Jack esperó hasta el último minuto. Él estaba también a punto de correrse cuando se lo pidió:

-Hazlo para mí.

Los gemidos fueron aumentando hasta que por fin se corrieron los dos.

Él, luego de sacar su pene, se acostó sobre el pequeño cuerpo de Amanda. Esperó un momento para recobrar el aliento y se colocó junto a ella.

-¿Un pitillo?

-Por favor.

Extrajo una cajetilla de Lucky Strikes mentolados porque, bueno, eran sus favoritos. Encendió el que tenía en la boca y luego hizo mismo con el de ella. Se acostó y dio una calada profunda y lenta. Compartieron el silencio sin sentirse incómodos, de hecho resultó todo lo contrario.

Amanda se sentía cómoda, tranquila. El sexo lento después de uno intenso, la llevó de un extremo a otro pero con el mismo resultado. A pesar que estaban descansando, pensaba en nuevas formas de satisfacerlo. Cada minuto junto a él, le confirmaba la necesidad de rendirse a sus designios.

En medio de ese trance, el sonido del móvil de Amanda rompió el silencio. Ella, sobresaltada, apagó el cigarro en un cenicero que tenía cerca. Tomó el aparato y trato de actuar con naturalidad. Era Mark.

Perdió la llamada pero de inmediato recibió un mensaje de él.

“¿En dónde estás? Estoy buscándote como loco”.

La fantasía de que Jack y Amanda se rompió gracias a ese recordatorio. Ella se incorporó sobre la cama y lo miró. Él comprendió lo que sucedía.

Ambos se levantaron y comenzaron a vestirse rápidamente. Los pensamientos iban a toda velocidad porque era claro que había que andarse con cuidado... Sobre todo si había intención de mantener esa relación.

-¿Podrías llevarme a donde nos encontramos? Así podría caminar a casa.

-No seas tonta. Yo te llevo, no tengo problema.

El ambiente se volvió un poco tenso. Pareció muy lejano que hacía pocos minutos acababan de tener una de las noches más intensas de sus vidas.

Bajaron las escaleras, tomaron sus cosas y salieron al coche. Durante el camino, persistió el silencio. La ausencia de comentarios, hizo que Amanda se sintiera más incómoda. Odiaba cuando eso sucedía.

-Sí... Es por allá. Luego giras a la izquierda.

Jack se encontró de frente con un conjunto de edificios de ladrillos que bordeaban el mercado municipal. Ese ambiente caótico y repleto de gente, contrastaba con el suyo que era todo lo opuesto.

-Por aquí está bien.

Él aparcó cerca de la entrada. Amanda se asomó por la ventana con aire curioso y luego se concentró en ver el rostro de Jack.

-Me llamarás, ¿verdad?

-¿Estás segura?

-Más que nunca.

Se dieron un beso largo e intenso. Finalmente, ella se apartó de sus brazos y del aroma que la dejaba ansiosa de más. Caminó hacia la puerta principal e hizo un gesto con la mano. Jack, desde el coche, ya sentía que la extrañaba.

Luego de subir las escaleras, Amanda abrió la puerta del piso. Dejó las cosas sobre el suelo, soltó los zapatos y los dejó en una esquina. Sintió un gran alivio y caminó descalza por la cocina y la sala. Tenía hambre por lo que se inclinó por un bol de ramen instantáneo que tenía guardado en la alacena.

Se dejó caer sobre el sofá y tomó el móvil. Escribió una excusa tonta para que Mark no se preocupara más de lo necesario y dejó el aparato en la mesita de café. Hundió la cabeza entre los hilos de fideos y el caldo picante de pollo. Agradeció las maravillas de las comidas procesadas y poco saludables.

El pitido indicó que la respuesta había sido leída y que además, contestada. Comió un poco más hasta que leyó.

-Quiero verte.

Tragó con dificultad ya que se trataba de Jack.

Soltó lo que tenía en las manos y, cuando se disponía a responder, recibió una llamada entrante de Mark.

-¿Aló?

-¿En dónde andas metida?

Sintió rechazo ante el tono de reclamo.

-En casa. Estoy almorzando.

-¿Por qué no dejas eso y vienes a comer aquí?

-No hace falta. Además, quiero descansar un poco.

-¿Qué hiciste?

-¿Es necesario el tono?

Se hizo un silencio incómodo.

-Me gusta saber en dónde estás y las cosas que haces.

-Estuve en casa de unos amigos. Bebí de más y me quedé con ellos. Regresé hace poco.

-¿Ves? No costaba mucho eso.

-Sabes que no me gusta dar explicaciones. Creí habértelo dicho.

-Pero a mí sí me gusta que me las des.

Ella dio un largo suspiro. Mark, quien no le gustaba discutir y menos con ella, se disculpó inmediatamente.

-Vale, vale. Pasemos la página. ¿Qué tal si te paso buscando más tarde y cenamos aquí? Tengo ganas de prepararte mi famosa pasta al pesto.

-¿A qué hora?

-Te escribiré con tiempo para que puedas descansar lo suficiente. ¿Vale?

-Vale.

Colgó la llamada y miró el bol con desinterés.

Amanda se levantó para ir a la habitación. De repente, el cansancio le cayó sobre los hombros y el cuerpo. Al caminar, se quitó el vestido y la ropa interior. Sonrió al ver la cama y agradeció tener un tiempo a solas.

Cuando lo hizo, notó que las piernas y las nalgas le dolían. Ese malestar le hizo recordar que fue Jack el causante de eso. Sonrió y pensó que ya extrañaba ser el objeto de su fuerza e intensidad.

Abrazó la almohada y cerró los ojos lentamente. Se quedó dormida en cuestión de minutos.



## VII

El ruido de los coches y las cornetas, fueron suficientes para que Amanda despertara de un golpe. Se incorporó rápido y notó que estaba sudada. Cuando trató de levantarse para tomar un baño, su entrepierna estaba completamente mojada. Al tocarse, supo que había tenido un sueño húmedo.

Se tocó un poco más y sí, todavía estaba húmeda. Sus dedos acariciaron lentamente sus labios y su clítoris. Se apoyó sobre el tope de la cama para mayor comodidad. Cerró los ojos y evocó el perfume de la piel de Jack. Las sensaciones estaban a todo dar.

Introdujo lentamente el índice y el dedo medio. Gimió con un poco de dolor porque aún le dolía el coño. Concluyó que Jack realmente sabía cómo follarla. Fue adentro, tan adentro como pudo. El calor y la humedad la hicieron sentir fuera de este mundo. Entre tanto, pellizcaba uno de sus pezones y se mordía los labios.

Continuó pero esta vez con más rapidez y velocidad. Apretó aún más los párpados, como si sintiera que él estaba allí, dándole placer. Llegó a un punto en el que sintió que ya no eran sus manos sino las de Jack. Esas mismas que la habían conducido a un mundo de placer, a uno que nunca había explorado.

Recordó el sabor de sus labios, su lengua atrevida, el sonido de su boca cuando chupaba su coño, los brazos fuertes, las piernas de acero, el pene grande y grueso que le provocaba espasmos apenas lo miraba. Cada una de sus partes le producía un placer inmenso.

Continuó en su faena hasta que por fin no pudo más. Quiso, no obstante, acelerar aún más las sensaciones por lo que no dudó en darse pequeñas palmadas sobre la vagina. Una sensación exquisita que terminó en la expulsión de un chorro de flujo. Al mismo tiempo, tuvo que reprimir el grito que se quedó albergado en el pecho.

Con el dolor acentuado en el coño y en los dedos, con la sensación de felicidad pero también de sueño, Amanda disfrutó una vez más de sus deseos carnales.

Dormitó un rato más hasta que se decidió levantarse para cambiar las sábanas y también para ducharse. Al terminar de desocuparse, fue al baño para abrir

las llaves de agua y esperar por la tibieza del líquido.

-Estupendo.

Después de una ducha reparadora y muy necesaria, salió para verse en el espejo. Secó pacientemente el cabello así como el resto de su rostro y del cuerpo. Al hacerlo, observó las marcas y moretones de la noche anterior. Aunque le pareció encantador, tuvo que pensar en una excusa para que nada pareciera sospechoso a Mark.

Al terminar, salió hacia el clóset para vestirse. Tomó un vestido de algodón ajustado al cuerpo y unas zapatillas deportivas porque aún le dolían los talones. Quería algo cómodo. Tomó, además, un cárdigan ancho y se preparó para esperar el coche de Mark.

-Estoy abajo.

Se vio por última vez en el espejo antes de dejar el piso. Al salir, se encontró a Mark apoyado en un Lamborghini amarillo. Sonrió al ver ese toque de excentricidad. Se acercó a él y le dio un beso.

-¿Cómo estás?

-Te he extrañado un montón.

-Ya estoy aquí.

-Lo sé.

La abrazó y le dio un beso. Dio la vuelta y le abrió la puerta, para luego hacer lo mismo. Al estar juntos, él le comentó.

-Vas a quedar impresionada con lo que te prepararé.

-No lo dudo.

Llegaron en cuestión de minutos. La gran mansión emergió entre las colinas como un gigante. Esa imagen le resultaba chistosa a Amanda ya que pensaba que era una exageración por parte de él.

-Los chicos vendrán esta noche después de comer, ¿te quedarás?

-No creo, sería una molestia.

-Querida, tú nunca serás una molestia.

Le tomó la mano y caminaron hacia la gran puerta de madera. Efectivamente,

el lugar estaba desierto salvo por los guardias de siempre que custodiaban el lugar. Fueron a la cocina en donde él organizó todo para preparar la cena. Amanda se sentó en un banco cerca del desayunador.

Él la observó desde el otro lado.

-¿Qué pasa?

Se acercó a ella y le dio un beso largo y lento. Para Amanda también otra cosa.

Aunque Mark fácilmente podría ser su padre, era un hombre muy atractivo. Tenía la costumbre de dejarse una barba de tres días en la que se podía ver la mezcla de vellos blancos y negros. Tenía los ojos grandes y las manos gruesas, así como su contextura. La voz grave y rasposa le daba aire de autoridad aunque en la cama era un hombre que tendía ser más bien dulce.

Continuó besándola hasta que hizo que se colocara de pie. Debido a su altura, tuvo que colocarse de puntillas para poder seguir con las caricias.

Las manos de Mark fueron hacia sus nalgas, apretándolas. Su lengua jugaba con la de ella delicadamente. Pasó de sus labios a su cuello. Lo olió y lo besó también. Estaba excitándose cuando él escuchó el sonido metálico del cinto. Amanda estaba preparándose.

Se colocó de rodillas y lo miró con inocencia. Él se acomodó lo suficiente hasta que sostuvo el cabello de ella con una de sus manos. Inmediatamente después, sintió la boca de Amanda chupando su pene.

Se lo metió por completo, tanto que casi quiso que se ahogara con él. Gracias a que la tomaba por el cabello, podía regular el movimiento y el ritmo que hacía. Le gustaba verla así, le gustaba verla chupar con arte y con esmero, le gustaba el fulgor de sus ojos oscuros cuando lo miraba.

Entre los sonidos y las sensaciones, Mark se corrió en los labios de Amanda. Ella, aún en su posición, tragó todo su semen mirándolo a los ojos.

Él quedó aturdido pero satisfecho, así que la ayudó a levantarse, le limpió los labios suavemente y le dio un beso.

-Vaya que sí te extrañaba.

Ella le sonrió tímidamente y se sentó de nuevo para verle cocinar. Luego de ese episodio, Amanda sintió la necesidad de encontrarse con Jack. El pequeño

asomo de su rostro, le provocó el pálpito de su coño. En definitiva, él invadió cada parte de su mente.

Se espabiló cuando vio una copa de vino blanco frío acercársele a su regazo.

-Para la sed.

-Gracias... Umm, esto está delicioso.

-Sabía que te iba a gustar. Es un vino chileno. ¡Ah!, la comida ya va a estar.

Siguió bebiendo como para divorciarse de ese momento incómodo y en poco tiempo vio un plato de pasta con pesto y lonjas gruesas de queso parmesano.

-¿Te parece bien comer aquí?

-Sí, está perfecto.

-Vale, pues, salud. Espero que te guste.

Amanda tomó un primer bocado y sinceramente le pareció delicioso.

-Está muy bueno.

-No te mentí.

Siguieron comiendo y bebiendo hasta que uno de los guardias se acercó para decirle algo a Mark al oído.

-Diles que esperen un momento.

-No, mejor ve. Yo termino de comer y después limpio.

-Que ellos esperen. –Dijo con decisión.

-Vale.

Terminaron de comer y Mark miró con impaciencia el reloj.

-Ve. No tengo problemas con limpiar, de verdad.

Se levantó del banco con gesto enojado y la tomó del rostro.

-Quédate.

-Lo haré.

Le dio un beso suave y dejó la cocina. Amanda se sintió más cómoda con la ausencia de él así que aprovechó para servirse más vino y para limpiar con calma. Llevaría un poco más consigo para caminar por los jardines, su lugar favorito.

La noche estaba tranquila y fresca. Caminó lentamente y, luego de observar el cielo despejado, se sentó en uno de los bancos que estaban allí. No se percató que Jack estaba observándola.

Escuchó unos pasos pero no le prestó atención, supuso que se trataría de alguno de los guardias o del propio Mark. Sin embargo, al voltearse, sus ojos se abrieron de par en par.

-Pareces que has visto un fantasma.

-¿Pero qué...?

-La reunión, ¿recuerdas?

Asintió con lentitud.

La mirada encendida de Jack hubiera podido iluminar una ciudad entera. El brillo que salía de sus pupilas era un espectáculo.

-Siéntate. Hazme compañía un rato.

Así hizo y los dos permanecieron en silencio un rato. Momentos como ese valían por todas esas conversaciones interesantes que pudiera tener.

-¿Estás bien? –Dijo él.

-Sí. ¿Y tú?

-También.

Le gustaba la forma tan contundente que tenía al responder.

-Debo regresar.

-Me gustó verte.

-A mí también.

Él estuvo tentado en tocarle el mentón así como besarla, pero aquello era un absurdo. La sola idea era un absurdo. Amanda siguió sentada hasta que escuchó los pasos que se alejaban de ella. Suspiró.

Quiso servirse otra copa pero pensó que era mejor idea dejarlo hasta allí. Así que se levantó y caminó hasta una de las puertas laterales para pasar desapercibida. Al entrar, miró el pasillo que conducía a la habitación principal. Cerró con cuidado y cuando se disponía a caminar, percibió la mirada intensa que Jack le dirigió desde el otro lado de la habitación.

Dejó la copa a un lado y caminó hacia donde debía, no sin antes responderle también que lo deseaba con desespero. Meneó sus caderas y piernas para él, para que viera que podía provocarlo en cualquier circunstancia. Jack disimuló tanto como pudo pero, para él, era difícil resistirse a tamaña tentación. Antes de que se entregara a las sombras, Amanda le dirigió una mirada intensa.

Ella entró en la habitación con el pecho acelerado. Respiró profundo y fue hacia la cama para acostarse. Los efectos del vino y toda la aventura que tuvo desde ayer, la dejaron agotada.

## VIII

Durante la reunión, Jack trataba de mantener la concentración. Sin embargo, su mente se dividía entre Amanda y las ganas de convertirse en el líder de la organización. De hecho, antes de llegar a la mansión, los chicos y él fueron a un bar a hablar al respecto.

-El tío se le ha volado los tapones. Ya no sabe qué hacer.

-Se dice que ha perdido el control en el oeste. Eso no es bueno para nosotros.

-Es que ha perdido la brújula.

-No para de hacer sinsentidos.

Las quejas y reclamos ocuparon la mesa en donde se encontraban. Jack, mientras, permaneció en silencio.

-Eh, Jack, ¿qué piensas de todo esto?

-Ciertamente la situación está difícil. Más de lo que pensaba.

Ellos le tenían confianza, no sólo por ser la mano derecha sino también porque era un hombre serio en sus negocios. Hasta ese momento, la fantasía de ocupar el cargo más importante de la organización parecía volverse realidad.

Permaneció un poco más callado. El ruido del ambiente lo aprovechó para cavilar cuál era la mejor opción para él.

-Venga, mejor nos vamos porque llegaremos tarde.

-Sí, si no estamos ahí le da un ataque.

Jack entretejía una nueva estrategia.

Mark se sentó en el sofá luego de que terminara la reunión. Con sus dedos, movió el vaso de vidrio, haciendo girar los cubos de hielo dentro de la bebida. Miró hacia el frente con aspecto distraído para darse cuenta de una mancha en la pared.

A diferencia de otras veces, no tuvo esa sensación de satisfacción que siempre tenía después de eventos como ese. Más bien tuvo el presentimiento de que las cosas estaban saliendo de su control.

Se percató de ello mientras hablaba al grupo. Ellos lo miraban con recelo y

hasta indiferencia. Incluso Jack, su mano derecha, parecía estar ausente de todo lo que estaba pasando.

Dio un suspiro y se levantó del sofá. Caminó unos cuantos pasos hasta la chimenea y se quedó mirando el rastro de cenizas y madera quemada de la temporada pasada. Seguía analizando lo que sucedía.

Dejó el vaso en una mesa y apagó las luces. Estaba cansado y sólo pensaba en acurrucarse en el cuerpo de Amanda.

Entró a la habitación. La encontró todavía vestida pero descalza. Se quedó en el umbral de la puerta un poco más como queriendo llevarse ese recuerdo. Caminó unos metros más y la arropó. Acarició el cabello y comenzó a desvestirse. Fue el único momento de paz que tuvo y que tendría en mucho tiempo.



## IX

Los ojos le dolían. La cabeza también. Jack aparcó el coche en la entrada como de costumbre pero con la diferencia de que tenía dos cosas en mente: quitar a Mark del camino y ser el dueño de Amanda. Lo segundo ya estaba en proceso así que se concentraría más en ello... Por los momentos.

Dejó las llaves a un lado y subió las escaleras para ir a su habitación. La observó y pensó inmediatamente que faltaba el cuerpo de Amanda. Comenzó a desvestirse y se acostó en la cama.

Se sintió tentado en escribirle pero recordó que ella estaba con Mark... Mark, esa piedra en el zapato que seguía molestándolo sin importar qué. Trató de cerrar los ojos y descansar. Le hacía falta.

El cansancio acumulado hizo que se levantara más tarde de lo normal. Apagó el despertador de mala gana. Se quedó un poco más allí hasta que volvió a escuchar un pitido. Asumió que se trataba del reloj así que no lo atendió de inmediato.

El sonido insistente lo enervó hasta hacerlo levantar.

-Joder...

Se restregó los ojos hasta que enfocó la vista. Amanda le había escrito.

“Quiero verte. Déjame verte”.

Se sintió emocionado. Dio un salto fuera de la cama y enseguida le respondió.

-¿En dónde nos vemos?

-Ven a mi casa.

Enseguida le envió un enlace con la dirección por Google Maps. La guardó y se fue a tomar un baño.

Como el día estaba cálido, tomó un par de jeans, zapatillas deportivas, camiseta y un jersey de tela ligera de cuadros. Nada del otro mundo porque, además, lo verdaderamente importante sería qué tal fácil era quitarse esa ropa en cuestión de minutos. Tomó las llaves y arrancó el coche. Fue a toda marcha.

Horas antes, Amanda despertó en la cama de Mark apenas escuchó el sonido de la podadora. Luego de estirarse un poco y de constatar que tenía dolor de

cuello, se levantó. Estaba sola salvo por una nota a su lado.

“Tuve que salir temprano. Como siempre, tienes todo a tu disposición. Te estaré llamando”.

Una reconfortante sensación de alivio invadió su cuerpo.

Finalmente, se levantó, ató sus zapatos y fue al baño a lavarse. Mientras lo hacía, recordó que podía ir volando a su casa para invitar a Jack. Estaba deseosa de su cuerpo y de su pene.

Apenas terminó, salió y encontró el coche que la llevaría de regreso. En el camino, pensaba en cómo sorprender a su amante.

Una larga ducha y un sándwich de jamón y queso crema después, Amanda caminó desnuda por el piso hasta su habitación. Abrió un cajón con cuidado, allí guardaba la lencería fina que solía comprar cuando quería consentirse a sí misma. Acarició las prendas de encaje y tela con una devoción casi religiosa. Pensó el modelo y el color que iría bien con el tono oliváceo de su piel.

Se decidió por el negro así que tomó un sostén con un diseño sencillo y unas bragas de encaje con un moño de seda en la parte de atrás. Luego de vestirse con ello, buscó medias de nylon. Con cuidado, fue moldeándolas sobre sus piernas y muslos anchos. Al terminar, se miró en el espejo de frente y de perfil. Un ligero frío le advirtió que Jack estaba cerca.

Se colocó unos tacones negros y se puso una bata para envolverse como si fuera un regalo... Bueno, de alguna manera era así.

Fue a la cocina a descorchar una botella de vino tinto, sirvió dos copas y esperó a que él tocara el timbre. No pasó mucho tiempo de eso.

Jack estaba ansioso. Cuando escuchó los pasos que se acercaban a la puerta, se acomodó un poco. El destello de luz del piso de Amanda la bañó por completo. Le recibió esa sonrisa amplia, blanca.

-Hola.

-Hola.

Apenas se vieron, él sintió un impulso en sus pies. Le tomó por la cintura y por la nuca, comenzó a besarla. Con el pie, le dio un empujón a la puerta para que esta se cerrara. Se adentraron más al piso. Jack saboreó el vino en sus labios.

-¿Quieres algo para beber?

-Sí, a ti.

Ella rió y terminó por abrazándolo con más fuerza. Le gustaba quedar envuelta en esa fuerza deliciosa y contundente. Se apartó un poco para llevarlo a la habitación. Él iba tras ella como un niño.

La habitación iluminada por un ventanal que estaba a uno de los costados de la cama, le hizo pensar a Jack que así era el santuario de esa mujer. Un lugar de paredes blancas, muebles oscuros pero aun así salpicado de elementos románticos y femeninos.

Ella hizo que se sentara sobre la cama. Jack esperaba impaciente.

-Déjame comerte, coño.

-Espera- Dijo ella con una sonrisa.

Se echó un poco para atrás y desató la bata. Él se quedó impresionado con lo que veía. Amanda aprovechó el momento para girarse. Lo hizo lentamente.

Avanzó unos pasos hacia él. Las manos juguetonas de él fueron hacia sus muslos y subieron por las caderas hasta la cintura. El cuerpo de ella lo hacía sentir como un explorador ávido de aventura.

Reposó su cabeza sobre el torso de ella. Amanda le acarició su cabeza y el cuello. Sintió la fuerza de sus manos y de ese cuerpo que la deseaba tanto como ella a él.

-¿Te ha gustado?

-Mucho. –Respondió alzando la vista.

Se levantó y la tomó entre sus brazos. Ella quedó atrapada en él. Estando tan cerca, comenzaron a besarse con fuerza y a tocarse como si no pudieran controlarse.

Amanda comenzó a gemir cuando vio a Jack tomando otra posición, de manera que fuera ella la que quedara en el borde de la cama. Hizo que se sentara y que abriera las piernas. Él se arrodilló y rozó su coño con los dedos. Ella se echó para atrás, sintiéndose cada vez más excitada. Sus gemidos le hicieron tomar el cabello y halarlo hacia atrás.

Jack terminó por arrodillarse. Lentamente, le quitó las bragas a Amanda, dejándolas a un lado. Abrió más las piernas hasta que se encontró de frente con el coño caliente de ella. Estaba esperando ansiosamente ese momento.

Acarició un poco con los dedos, luego lo hizo con la lengua. Una lenta lamida que despertó los quejidos de ella. Hizo que se recostara para chuparla como quería. Así pues que la penetró con su lengua, al mismo tiempo que le estimulaba el clítoris con el pulgar con movimientos circulares.

Jack cerró los ojos para concentrarse más aún en la faena. Sintió la magia del sabor de ella, de las texturas y de las formas que esa vagina. Tan perfecta, tan adictiva, como si fuera una droga.

Continuó pero con el deseo de tener los muslos cerca del rostro, así que tomó ambos con las manos. Apretó con fuerza y desespero. Los juntó tanto que casi se quedó sin respiración.

De repente se levantó porque el deseo le hizo querer irrumpir entre la figura que lo llamaba como si tuviera una especie de imán.

Se quitó la ropa e hizo lo mismo con las prendas restantes que ocupaban los pechos de ella. Los liberó y observó la dureza de los pezones gracias a la excitación. Al verlos así, los apretó aún más. Llevó su boca hacia ellos para morderlos y para lamerlos a su placer. Estaba perdido entre su piel. Quería más y más de ella.

Puso sus manos sobre las muñecas de Amanda para aferrarla hacia la cama, la miró fijamente mientras la atrapaba con su cuerpo. Volvió a abrirla las piernas mientras el afán de hacerla suya poseía su cuerpo.

El pene caliente entró para hacerla gritar. Amanda se aferró a las manos de su captor. Él, mientras, introdujo con decisión su miembro en ese lugar cálido y tan húmedo.

Bastaron unos minutos para que se acoplaran perfectamente. No sólo sus carnes se fundieron sino también sus miradas. Estaban concentrados en ofrecerle al otro un conjunto de sensaciones increíbles e indescriptibles.

Mientras se besaban, él empujó con más fuerza, quería llegar lo más lejos posibles. Ella sólo le restaba rendirse ante la fuerza de él y ante la lujuria. Entonces, rodeó el torso de Jack con sus piernas.

-Eres mía. Sólo mía.

-Sí... Siempre... Oh sí.

Le agarró el cuello para jugar con la respiración y para hacerle sentir más dominada de lo que ya estaba. Apretó un poco y un poco más. Rozó sus labios

con el pulgar y mordió uno de los pezones. Su pelvis hacía movimientos intensos, rudos. Los gritos no cesaban.

-Te pertenezco.

Llegó a escuchar ligeramente. Volvió a encontrarla con la mirada hasta que se detuvo. Se levantó entonces, y la apoyó en la pared. Le abrió las piernas e inclinó un poco la espalda de tal forma que la curvatura le hiciera exponer las nalgas hacia él. Esa maravillosa vista le hizo darle un par de fuertes nalgadas. Mandó al diablo a Mark, no le importaba que llegase a ver las marcas. Más bien esperaba que fuera así.

Apretó el culo y hasta lo mordió. Dejó el sello de sus dientes y luego se dispuso a follarla desde atrás. La tomó del cabello, como si fuera una yegua en celo. Esto le dio el control de su cuerpo por lo que aprovechó acercarla y hacer que se introdujera el pene de él. Con la mano que le quedaba libre, regulaba el ritmo y la intensidad al sostenerse de las caderas.

Los dos sudaban, los dos exclamaban palabras incomprensibles, los compartieron la misma piel mientras estuvieron allí. Era como si hubieran dejado ese lugar para flotar por los aires y perderse en la atmósfera.

Amanda buscaba sus manos mientras lo miraba de reojo. Sí. Siempre fue de él, incluso desde el primer momento en el que se vieron.

Dejó de halarle el cabello para tomarla por completo por las caderas. El cabello cayó sobre la espalda como una cascada de hilos negros. Acercó su boca para morderle el hombro mientras sentía que estaba a punto de explotar.

El orgasmo estaba cerca y quería que ella llegara al mismo tiempo que él, así que bajó su mano hasta su clítoris y la estimuló al mismo tiempo que la penetraba con fuerza. Los dos comenzaron a gemir sin control hasta que ella expulsó sus deliciosos líquidos en su mano y él hizo lo propio pero en su espalda.

... Fue tan intenso que cayeron juntos al suelo, de rodillas pero sonrientes.

-Espera.

Jack se levantó con cuidado para ir al tocador. Tomó un poco de papel higiénico y limpió la espalda de Amanda. Ella, medio consciente, esperó a que él regresara.

-Vamos.

Se levantaron y se acostaron en la cama.

-Si sigues así me vas a matar.

Jack rió a carcajadas. Ella le respondió con una sonrisa.

-Te sorprenderías, la verdad.

-¿Qué quieres decir?

-Pues, que hay otras cosas que todavía no conoces de mí.

-Sé que te gusta dominar, por ejemplo... Y es algo que me gusta mucho.

-Es algo que he dejado en claro, pero la verdad es que hago cosas que podrían desafiar tus propios límites.

-¿Tiene que ver con eso?

-Sí. Soy Dominante. ¿Sabes a qué me refiero?

-Creo tener una idea al respecto.

-Bien, ¿qué te parece eso?

-Como ya te he dicho, me gusta... Mucho. Ya que nombras lo de los límites, ¿qué pensarías si te dijera que me gustaría probar?

-Tendrías que estar muy segura de ello. Amanda –se acercó a su rostro- esto es algo serio, muy serio.

-No estoy jugando.

Jack se incorporó y permaneció un momento sumido en sus pensamientos. Esperó un rato hasta que se dirigió a Amanda.

-¿Te gustaría ver algo en mi casa? Tendrías una mejor visión sobre lo que me refiero.

Los ojos de Amanda se iluminaron.

-Me encantaría.

Inmediatamente comenzaron a vestirse. Ella optó por un aspecto más o menos similar al de él para que así salieran rápido... Y así fue. En un santiamén estaban en la entrada de la elegante casa.

Al bajar, Jack se acercó a ella.

-Si ves algo que te asusta, dímelo y te explicaré cómo funciona. También

quiero que recuerdes que cada cosa la uso bajo el consentimiento de la persona que esté conmigo. De resto, no. ¿Vale?

-Vale, entendido.

Subieron las escaleras como solían hacerlo cuando iban a la habitación de Jack, sin embargo, esta vez fue diferente. Él subió un tramo más y sacó un par de llaves. Abrió lo que parecía una puerta. Con mucho cuidado, entraron a un espacio completamente oscuro y carente de luz. Él buscó el interruptor con cuidado hasta que encendió la luz. Amanda se sorprendió por lo que sus ojos percibieron.

El lugar era más grande lo que pensó. A primera vista, lucía como cualquier otra habitación. Sin embargo, al acercarse más, observó una especie de repisa en donde estaban expuestas una serie de objetos que le llamaron la atención: látigos de todo tipo, con una variedad de formas y colores; cuerdas y cintas de cuero, esposas, una silla y un par de cajas de madera, vendas y máscaras.

Pudo haber visto más pero se concentró en un par de cadenas que brillaban en una esquina. Las tomó con ambas manos para sentir el peso. Estando allí también notó unas mordazas de aro y de bola. Era increíble la cantidad de objetos que estaban allí.

-¿Y bien...?

Ella tardó un momento en responder.

-Es impresionante la cantidad de cosas que tienes.

-Pues sí. Hay unas cuantas y si te soy sincero quiero unas cuantas cosas más. Pero me he frenado un poco.

Alzó la mirada ver la habitación y, claro, a ella.

-Si te sientes incómoda, podemos irnos...

-No, no me quiero ir. Quiero que probemos, Jack. Di que sí.

Amanda tenía en la mirada un fulgor que lo convencía de su necesidad de ser sometida a él.

-Dime, ¿qué te gustaría? Ví que te llamaron la atención las cadenas.

Ella sonrió.

-Sí, así es.

De repente, la expresión de él se transformó. Adquirió un comportamiento un poco más agresivo y controlador. Fue hacia ella y la tomó del cuello. Lo apretó un poco hasta que le vio abrir la boca.

-Quítate la ropa.

La soltó y se apartó de ella. Quería verla hacerlo.

Se quitó los jeans, la camiseta y las zapatillas. En cuestión de segundos, estaba completamente desnuda y frente a él. Sintió la mirada de Jack como si la acariciara desde lejos.

-Ahora, ven aquí y mira la pared... Así, muy bien. Ahora extiende las piernas y los brazos. Vale. Ahora espera un momento.

Aunque no tuvieron un contacto significativo, ella ya estaba mojada y se debía en gran parte a la forma que él tenía de demostrar esa personalidad fuerte a través de la voz y de las acciones sencillas pero contundentes.

Así pues que se paró frente a la pared con sus miembros extendidos a la expectativa de lo que haría él. Poco después, sintió el frío del metal al contacto con su piel. Las cadenas aunque estaban unidas a cintas de cuero, aquello le provocó que se estremeciera un poco.

-Tranquila...

Jack se encargó de colocar cada extremo de las cadenas a cuatros soporte ubicados en las paredes. Al terminar, se encontró satisfecho.

-¿Lista?

-Siempre.

Tenía consigo una paleta de cuero. Con esta, golpeó su mano varias veces para que ella tratara de reconocer el sonido del objeto. Se acercó a su cuerpo y acarició su cuerpo con él. Mientras lo hacía, respiraba agitado, así que hizo que ella se inclinara para darle el primer impacto en sus nalgas. Amanda tembló por el ardor pero también le pareció exquisito.

-Más... Más, por favor.

-Claro que te daré más.

Alternaba cada glúteo. Cuando sentía que lo hacía con demasiada fuerza, la acariciaba con suavidad. Siguió así por un rato hasta que observó el culo rojo y ardoroso de Amanda. Aquella vista le pareció demasiado tentadora por lo



que arrojó la paleta y se agachó para chuparla desde atrás. Ella, apenas sintió su lengua, no paró de gemir.

Las manos de Jack abrieron las nalgas para mirar con detenimiento aquellas carnes que tanto le excitaban. El coño efectivamente estaba húmedo y caliente; el ano, por otro lado, parecía la entrada a su perdición. Ansiaba probarlo demasiado.

Se aventuró entonces a lamerlo. Chupó y lamió como si se tratara de una fruta jugosa. Amanda, no se esperó sentir aquello. Era un tipo de placer indescriptible. Jack la comió entera.

Debido a los espasmos que tuvo por el placer, las cintas de cuero se marcaron aún más en las muñecas. Con las pocas fuerzas que tenía, se sostenía lo suficiente para no desplomarse. En definitiva, ese hombre la llevaba al límite.

Jack se detuvo de golpe. Tuvo que hacerlo porque si no se quedaría allí, clavado entre esas nalgas, en ese coño que le hacía delirar.

Al ponerse de pie, volvió a verla y tuvo la tentación de darle latigazos.

-No... Mejor para después. –Lo dijo para sus adentros. Fue allí cuando se le ocurrió estrenar un artefacto que había guardado por alguna razón. Esta era la ocasión perfecta.

Se acercó hasta las muñecas y quitó las cintas una por una. Lo hizo con una rapidez tal que sólo se escuchó el eco metálico de las cadenas. Amanda sintió las manos de Jack sobre sus brazos y por el resto de su cuerpo. La tocaba con suavidad, con lentitud. Ella, en su interior, sabía que era una forma de expresar un nivel de intimidad que iba más allá del sexo. Esto permitía que sintiera una especie de comunión con él.

Las manos de él descendieron hasta su coño para tocarle el clítoris. Primero con suavidad y después con un poco más de fuerza. Amanda volvió a entregarse a la oscuridad y al trance del placer.

Siguió tocándola, torturándola a su antojo. En el proceso, miró hacia la cama la cual estaba iluminada por la única fuente de luz de la habitación. La sostuvo con más fuerza y la llevó hasta allí.

-Espera un momento.

Se perdió de nuevo entre las sombras para buscar algo que guardaba con celo entre los cajones. Sacó una especie de arnés sencillo de cuero falso. Consistía

más bien en un par de tiras que bordeaban el torso y los pechos pero el detalle a prestar atención entre en la entrepierna. Había un pequeño dispositivo circular con un botón rojo en la cara externa. Jack se aseguró que funcionaba. Al percatarse que no había problema con ello, lo llevó hacia la cama.

-De pie. –Dijo secamente.

Ella no comprendió nada hasta que infirió que le colocaría ese accesorio. Él le abrochó unas cuantas hebillas, luego se agachó un poco para acomodar el artefacto. Esa era la pieza vital en todo esto.

-Esto te va a gustar.

Terminó de ajustar el vibrador justo por encima del clítoris. La miró con expectativa y sonrió. Sus dedos apretaron el botón rojo y enseguida, Amanda pareció perder la estabilidad en las piernas.

-Ahora acuéstate.

Lo hizo boca arriba. El vibrador replicaba un movimiento constante sobre su clítoris por lo que casi no prestaba atención a lo que estaba pasando a su alrededor. La electricidad que le producía le inundaba los pies, las piernas, el abdomen, los brazos y el cerebro.

Sus manos libres trataban de aferrarse a algo que le permitiera conectarse con la realidad pero era difícil. Era difícil porque no había descanso. De vez en cuando sentía una desesperación tal que la hacía gritar cualquier serie de expresiones. Sólo podía escuchar la respiración de él junto a la suya.

Jack la admiró por un instante hasta que comenzó a masturbarse sobre ella.

-Mírame.

Ella abrió los ojos con dificultad. Cuando lo logró, miró ese hombre alto, de cuerpo perfecto, de pene provocativo, tocarse muy cerca de ella, mirándolo a los ojos como si el centro del universo fuera su rostro.

Tomó un poco de sus fluidos para mojar más el glande, siguió masturbándose con fuerza hasta que se rindió ante el placer. Se colocó sobre ella, rozando su pene con su coño por un tiempo corto. Poco a poco, introdujo su miembro de ella. De nuevo esas sensaciones que iban más allá de las palabras.

El calor de sus carnes, los fluidos que abrazaban su pene, los gemidos que fluctuaban a la par de la intensidad que la penetraba, las miradas que

intercambiaban, era una experiencia que lo hacía sentir como el tío más poderoso del mundo... Ella era su reina.

Amanda, logró desprenderse del dolor y del placer por unos instantes, miró a su amante para darse cuenta que lo que él la hacía sentir era todo lo que había estado buscando sin darse cuenta. Ese hombre le daba por entero lo que quería y más. Jack la envolvía en la fuerza de sus brazos y de su cuerpo, en la lujuria que la hacía delirar. Estar así con él era la receta para que todo alrededor perdiera importancia.

Lo abrazó con las piernas y con los brazos. Se sujetó a él como queriendo borrar la frontera de sus pieles. Quería fundirse con él entre los jadeos y el sudor, entre el deseo y el dolor.

Jack siguió penetrándola hasta que la sostuvo entre sus brazos e hizo que se sentara sobre él. Aún con el arnés puesto, con el vibrador concentrado en el clítoris, el mismo que la llevaba hasta un límite que no sabía que existía, apenas pudo introducirse por completo el pene de él hasta que lo logró. Las manos de Jack se ubicaron como siempre en las caderas con el objetivo de regular la intensidad de los movimientos. Al principio lo hizo lento. Quería verla rogar.

-Más... Más, por favor.

-Claro que te daré más. No lo dudes.

La empujó más hacia su pene para que lo sintiera como era debido. Ella, con los ojos en blanco, se entregó a sus demandas por lo que se olvidó de sí misma por unos segundos. Al momento de hacerlo, las piernas le temblaron con fuerza, el orgasmo estaba por llegar.

Con la desesperación restante, esa misma que le permitía estar sobre él, la aprovechó para moverse con sensualidad. Lo hacía suave, lento. Deseó hipnotizarlo con sus maneras. Aunque para él, eso ya había pasado.

Gracias a ello, Jack se excitó aún más. Por alguna razón, el cambio de ritmo lo llevó a estar a punto del orgasmo. Así pues, se sostuvo aún más fuerte de ella. Comenzó a jadear y agitarse en poco tiempo.

Amanda continuó hasta que percibió los espasmos de él.

-Mierda.

De sorpresa, la llevó de nuevo al suelo, ordenándole que se arrodillara

rápidamente. Ella abrió la boca esperando el semen hasta que lo recibió sobre su lengua. Apenas terminó de correrse, comió de ese manjar.

Sin embargo, aún quedaba un pendiente. Aunque por un rápido movimiento, Jack apagó el interruptor, ella estaba desesperada por acabar. Él decidió que lo haría con la boca, así que la acostó de nuevo en la cama, le abrió las piernas y la chupó con una fuerza descomunal. Tanto así que, aunque acababa de colocarla allí, el orgasmo se le manifestó en forma de chorros de deliciosos jugos que él bebió plácido.

Con un poco de calma, Jack procedió a quitarle el arnés de Amanda. Mientras sus dedos desmontaban la pieza, observó las marcas del cuero sobre su piel así con el enrojecimiento de su clítoris el cual fue estimulado por largo tiempo. Esbozó una sonrisa. Terminó por acomodarla en la cama y fue hacia un pequeño espacio en donde guardaba una muda de ropa. Tomó unos jeans, se los puso y bajó a la cocina para buscar un poco de agua.

Amanda tocó su pecho para constatar que todavía estaba con el pecho a todo dar. Abrió los ojos y el brillo de la luz del bombillo del techo, hizo que se tapara debido a la molestia que le produjo. Se quedó en silencio, relajándose hasta que sintió algo frío en el brazo, seguido de un beso en la frente.

-Pensé que buscarte agua pero leí en un artículo que la cerveza es una excelente bebida para recuperar la hidratación, así que pensé que sería buena idea que hiciéramos la prueba.

Se incorporó, apoyando la espalda sobre la pared fría.

-Creo que me leíste la mente. Una cerveza nunca cae mal.

Sostuvo la botella y tomó un largo trago de cerveza. Las burbujas se encargaron de acariciar el interior de su garganta así como el frío. Después de un momento tan intenso y físicamente agotador, esa bebida fue como caída del cielo.

-Está deliciosa.

-¿Tienes hambre?

-Sí, un poco.

-Vale. –Volvió a ponerse de pie- Allí hay una muda de ropa que creo que estoy casi seguro te quedará perfecto. Estaré abajo.

-Vale.

Terminó la cerveza y se levantó. Caminó desnuda hasta donde le indicaron y encendió la luz. Encontró, efectivamente, una muda perfectamente doblada sobre la tapa del retrete.

Sonrió al ver la franela negra de Rugrats. Quizás fue un gesto para hacerla reír. Se la colocó así como los pantalones. Le quedaron perfectos. Al verse en el pequeño espejo que tenía cerca, se sorprendió de la capacidad de percepción que tenía Jack. Sin duda, tenía buen ojo con los detalles.

Salió de la habitación y se encontró con un Jack diferente. No era el tío criminal ni el apasionado por hacerla sufrir. Tenía una actitud de atención y preocupación, algo que no creía poder ver en alguien como él.

-A ver, te preparé un par de sándwiches con jamón y queso fundido. ¿Te apetece pepinillos?

-Eh, sí, sí, por favor.

-Vale... ¡Ah! Sabía que no me equivoqué con la ropa.

Ella se sonrojó.

-Vale, entonces estamos listos para comer.

Se sentaron en el desayunador como si fueran una pareja cualquiera. Jack comenzó a hablar de anécdotas graciosas y Amanda rió a carcajadas por las cosas que él decía. Todo se sentía demasiado surrealista.

Sin embargo, la magia del momento se rompió. El sonido de un tono se escuchó en la lejanía. Ella se levantó de golpe pero él le hizo señal que se quedara tranquila.

-Yo subo.

Dejó el pan a medio comer y la cerveza a medio beber. Internamente, Amanda sintió el frío de algo que se avecinaba. Quiso espantar ese presentimiento al aferrarse al presente, no quería dejar escapar ningún detalle.

Se quedó sentada por un rato al mismo tiempo que se obligaba a comer. Dio otro sorbo de cerveza y miró el reloj de la cocina titilando porque ya iba a cambiar la hora. Enseguida, escuchó los pasos de él bajando por las escaleras.

-Debo irme... Surgió algo.

-Vale.

-Ten, te dejo mis llaves. Termina de comer tranquila y relájate. Cuando estés por salir, escríbele a este número. Es un amigo mío. Te buscará y te dejará en donde quieras. Recuerda dejar las llaves debajo del tapete.

No dijo palabra. Se quedó callada porque esa sensación de que una amenaza estaba por manifestarse, le carcomía por dentro. Aun así, no quería decirle nada, no quería preocuparlo con tonterías.

-Cuídate, por favor. –Le alcanzó a decir con cierta pena.

-Lo tendré.

Se acercó a ella con lentitud para darle un beso suave y largo. Entonces se quedó allí, mirándolo irse como una estela. Escuchó el portazo y miró el pan con desinterés. Hizo un último esfuerzo para llevarse un par de bocados. Al final, la soledad fue demasiado grande para soportarla por más tiempo.

Tomó una rápida ducha y, luego de arreglarse, escribió a ese misterioso número. En poco tiempo, ya estaba en el coche camino a su casa con la mente dándole vueltas.

Agradeció la agradable atención y se dirigió a la entrada. Como siempre, la calle estaba repleta de gente que iba de un lado para el otro. Subió las escaleras como alma que lleva al diablo y se adentró. La sensación de miedo menguó un poco cuando se echó sobre el sofá. Estaba a salvo.

¿También lo estaría Jack?

## X

Jack pisó el acelerador hasta el fondo. El mensaje que recibió le hizo reaccionar con rapidez. Las cosas estaban por cambiar.

Lo cierto es que el resto de sus compañeros estaban esperándolo en un bar como solían cuando se reunían para beber y comer algunas tapas. Sin embargo, no había ambiente de celebración, más bien lo contrario.

Apenas asomó la cabeza en el local, todos dieron un suspiro de alivio. Hasta llegó a escuchar un “les dije que vendría”.

Se sentó en una silla que estaba libre para él. Todos estaban en silencio hasta que preguntó.

-¿Qué ha pasado?

Unos cuantos dieron largos suspiros.

-Creo que es hora. El tío se ha vuelto loco y ya toca cambiar las cosas.

Jack entendió esto como una oportunidad que no debía dejar pasar. No contestó inmediatamente, más bien observó y finalmente concluyó que quienes estaban allí, eran leales a él.

-Entonces debemos planificar el golpe.

Formaron un círculo íntimo para escucharse mejor.

-Bien, primero lo primero. ¿Cómo estamos de armas?

-Nada mal, pero podría buscar más rifles y municiones. El tío tiene una fortaleza así que hay que estar preparados.

-De acuerdo.

-Revisé los coches y las motocicletas. Están blindadas y listas para la acción.

-Les he hecho unas modificaciones a los chalecos antibalas y están reforzados. Incluso resistirán ataques con cuchillos y navajas de todo tipo. Así que estaremos más que protegidos.

-¿Qué dices, Jack?

Tras unos segundos de silencio, afirmó:

-Nos dividiremos en grupos. Unos se encargarán de la vigilancia, otros de la defensa y el resto haremos el desorden que corresponde.

-Los micrófonos y el resto del equipo de comunicaciones están al punto.

-Excelente. Entonces nos repartiremos lo que haga falta y nos reuniremos en la 45 para irnos juntos. Luego cada ocuparemos los puestos que corresponden y haremos el golpe. Será a la medianoche, así que los necesito frescos.

Esperó un largo rato. Volvió a verlos.

-¿Están conscientes de que esto no será fácil? ¿Qué quizás nos tome más tiempo de lo que pensamos? Estamos por enfrentarnos contra el tipo más temido de la mafia. Eso lo saben, ¿no?

Aquella respuesta tenía una intención oculta. Aunque él estaba esperando este momento para tomar las riendas del grupo, quería asegurarse que estaba tomando la decisión correcta, quería saber que ellos realmente eran fieles a él y que harían lo necesario.

-¿Por qué crees que estamos aquí? Tío, sabes mejor que nosotros la situación en la que estamos. Hemos estado muy cerca de que nos pille la poli. Casi hemos perdido hombres a causa de la imprudencia de Mark. ¿Hasta cuándo toleraremos esto?

Ya no había nada más que decir. Estaba con quienes hacía falta estar.

-Vale. Recuerden que nos reuniremos para organizar bien la logística. Váyanse tan rápido como puedan y no hablen por los móviles. Es este punto en donde nos encontraremos, ¿entendido?

Asintieron y se levantaron casi al mismo tiempo. El primero en salir fue él. Se subió al coche y arrancó a toda velocidad.

Al llegar a casa, y por alguna razón, pensó que ella estaría allí. Pero por supuesto que no, por supuesto que no estaba. Sin embargo, llegó a percibir su aroma en el ambiente. Una especie de rastro que dejó para que no se olvidara de su presencia. Jamás lo haría.

Se quedó de pie solo en el medio de la oscuridad y pensando en Amanda. ¿Sería buena idea hablar con ella? Quizás no. Quizás después. Se espabiló y se dirigió a la cocina. Detrás de esta, se encontraba una habitación en donde guardaba todo tipo de municiones y armas. Un paraíso para los aficionados a este tipo de cosas.



Al encender la luz, tomó un chaleco, varias 9 mm, balas, miras y bombas de humo. El resto sería repartido por uno del grupo. Se echó para atrás y tomó más rifles y pistolas. Guardó todo en un bolso grande de color negro y salió. Mientras lo guardaba en el maletero del coche, dio un último vistazo a la casa. Era posible que no volviera en mucho tiempo... Si es que salía vivo.

Al subir, tomó el móvil y el impulso de escribirle a ella fue más grande que él. Tecléo velozmente unas cuantas palabras. Sin embargo, estuvo allí un buen rato. Finalmente se animó por un “Te extraño” y lo apagó. Debía hacer caso a la clara instrucción que dio hacía horas antes. Así pues, la oportunidad de Jack se le presentó y no lo podía dejar escapar.

Mark estaba en la gran mansión en una escena muy parecida a de hacía días. Sentado con un vaso de whiskey. Tenía el entrecejo fruncido.

A lo largo de su vida se encargó de sobrevivir y de hacerle entender a los demás que haría lo necesario para lograrlo. Pasó años sintiendo el temor y el respeto de otros. Desde la policía hasta los ladrones de poca monta, sólo su nombre hacía temblar a cualquiera... Pero esta vez no era así, esta vez era diferente.

Mientras estaba sentado en el sofá, mirando a la nada. Tuvo una sensación extraña y poco alentadora. Permaneció un rato allí hasta que escuchó un sonido extraño que no pudo identificar inmediatamente. Creció la alerta dentro de sí hasta que vio cómo corrían los guardias que lo custodiaban.

-SEÑOR, TIENE QUE SALIR DE AQUÍ.

Trató de entender lo que sucedía hasta que observó un destello de luz que casi lo dejó ciego.

-Mierda...

Seguido una explosión. Los coches aparcados en la entrada, volaron por los aires como naipes. Algunos de sus guardias cayeron mal heridos. Hubo uno que se acercó a él y le extendió un arma. Al ponerse frente a él, una bala le cruzó el cráneo dejándolo muerto al instante. La ráfaga de sangre le bañó parte de la cara y fue allí cuando comprendió que era matar o morir.

Corrió hacia uno de los pasillos y permaneció en silencio por un rato. Trató de controlar la ira y la indignación, así como el impulso de salir a repartir disparos. En esa esquina que le sirvió de guarida, se percató que los atacantes eran sus propios hombres. El terror le hizo sudar.

Se quedó más tiempo quieto. Sólo escuchaba los gritos e insultos que un bando y otro se repartían. En medio del polvo, el humo y la sangre, emergió la figura de Jack. Mark no pudo más.

-Vaya cojones que tienes, tío.

Jack sonrió.

-Mejor ríndete. No hagas más el ridículo y ríndete.

-Sabes que nunca lo haré, ¿no?

Ambos desenfundaron las armas, apuntándose mutuamente. Estuvieron así en medio del caos y los gritos.

Dejaron de hacerlo cuando se manifestó otra explosión cerca de ellos. La pared se convirtió en una especie de confeti que se desperdigó por todas partes. Los dos, además, salieron expulsados al otro lado de la habitación.

Jack, acostumbrado a situaciones como esa, se incorporó con rapidez y trató de buscar a su rival para destruirlo de una vez por todas.

Logró ponerse de pie pero no pudo verlo, así que comenzó la cazaría. El resto del grupo todavía estaba dando pelea para tomar el control de la mansión. Jack corrió por todas partes hasta que sintió el frío del metal sobre sien.

-¿Crees que soy tan estúpido como para dejarme sorprender por un idiota como tú? He matado tíos verdaderamente peores.

-No busques intimidarme que no lo lograrás, gilipollas.

-Vamos, camina.

Lo hizo sentarse en un banco destrozado.

-Sé que te has estado acostando con mi mujer. Ese fue tu primer error pero no pensé que sería tan cínico. ¿Atacarme en mi propia casa?

Permaneció en silencio hasta que le dio un culetazo en el pómulo. Jack, a pesar del dolor intenso y casi insoportable, se quedó callado. La cara comenzó a hincharse a una velocidad sorprendente.

Lo vio amartillar para volverle apuntar la frente. En ese momento, Jack se levantó de repente y lo empujó para que perdiera el control de su cuerpo. Cayó al suelo y comenzaron a intercambiar puños e insultos. La fuerza de ambos hacía sonar los golpes como si un martillo golpeará la pared.

Perdieron la noción del tiempo, tanto, que no escucharon las sirenas ni los gritos de los testigos al ver que la paz y tranquilidad de su urbanización, se vio interrumpida por una pelea de mafiosos.

Al final, la poca energía que quedaba entre los dos los hizo enfrentarse con un par de cuchillos de cocina. Jack, bastante malherido, pensó que no tendría oportunidad de escaparse hasta que lanzó una estocada en el medio de la oscuridad producto del cansancio. Llegó escuchar un fuerte alarido.

-Maldito... Maldito.

Las palabras de Mark se arrastraron a medida que la vida se le escapaba del cuerpo. Jack, por otra parte, sonrió y cerró los ojos.

Lo cierto es que no le importó si lo encarcelaban, por fin logró el objetivo. Justo en el momento en que se quedó inconsciente, unas manos le tomaron del cuello y arrastraron su cuerpo hacia una salida que daba directo a una van que esperaba recogerlos.

-Está vivo pero nos tenemos que ir ya, la poli está pisándonos los talones.

Los neumáticos chirrearon sobre el asfalto. Lograron escapar por milagro.

## XI

Después de recibir el mensaje, Amanda lo llamó. Sin embargo, cayó el buzón de voz. Hizo todos los intentos posibles pero obtuvo el mismo resultado: nada. Trató de consolarse pensando que quizás se había dañado el móvil o la batería. Cualquier excusa era bienvenida. No obstante, era inútil. Su instinto le gritó que pasó algo grave.

Fue a su habitación y encendió el televisor. Pasó los canales con indiferencia, rogando por una película para distraerla de los pensamientos hasta que se topó con un reportaje. Reconoció de inmediato la mansión de Mark.

Los cuerpos sobre el césped verde, la cera y pálida que albergaba sangre y casquillos de bala, coches destrozados, restos por donde se mirara. Según la reportera, los vecinos temieron por sus vidas así que hicieron llamadas desesperadas al 911 hasta que la policía hizo acto de presencia.

*“... Según testigos, una Van negra salió de las inmediaciones de la mansión del magnate. Aunque se presume que allí se encontraban los actores de este escenario tan lamentable, fue imposible identificar el vehículo más allá de las características que nombramos. Aconsejamos a nuestros espectadores que, ante cualquier señal sospechosa, no duden en llamar a las autoridades”.*

-Escapó...

Se dijo para sus adentros. Aunque no estaba segura, supuso que él era lo suficientemente inteligente como para resguardarse tanto como pudiera. Apagó el aparato y se quedó entre la oscuridad y la angustia.

Pasaron los meses y la vida de Amanda transcurrió en lo mismo de siempre. La única diferencia fue que, al dejar de tontear, encontró un trabajo como asistente administrativa en una agencia.

Por suerte, pudo esquivar las investigaciones de la policía. Nadie, por más extraño que fuera, logró vincularla con la mafia de la ciudad. Se trataba de una especie de milagro.

Así pues que aprovechó la oportunidad para rehacer su vida, mudarse y hasta cortarse el cabello. Los cambios los hizo motivada por la necesidad de atraer cosas más positivas.

Aunque estaba sintiendo que todo marchaba como debía, había un detalle: siempre pensaba en Jack. De hecho, se preguntaba constantemente si estaba bien.

Un día después de una larga jornada de trabajo, encontró una pequeña carta sobre el tapete de entrada. Lo tomó y lo abrió. Sí, estaba dirigido a ella. Se percató, además, que había algo dentro de este.

Sacó una cadena dorada y muy delicada. Permaneció sorprendida hasta que leyó un mensaje corto.

*“Póntelo. Luego entenderás la razón. J”.*

No entendió hasta que vio la firma. “J”. La esperanza le volvió al cuerpo. Sabía que era él.

Después de ese incidente, no supo más. Sin embargo, nunca se quitaba la cadena que adornaba su cuerpo.

-Aparecerá en cualquier momento. Lo sé.

Amanda no se equivocó. En el momento menos esperado, Jack hizo acto de presencia en el umbral de su piso.

Al principio lo miró incrédula, sin saber muy bien qué hacer. Sus pies, no obstante, tomaron la iniciativa haciéndola que se juntara con él. Se abrazaron por un largo rato, hasta que ella se alejó.

-La policía...

-No te preocupes, todo está mejor ahora.

En los meses de ausencia, Jack esperó a que las aguas se calmaran, al mismo tiempo que se hizo oficial su liderazgo en el grupo.

-Mmm. Veo que lo estás usando.

-Me dijiste que lo hiciera.

Acariciándole la cara, le dijo:

-Buena chica.

Se besaron como nunca. Para Jack, todo cobró sentido. Por fin estaba con su reina y sumisa.

## *Título 3*

# **Rey**

## *Esclava Virgen y Prometida del Señor del Crimen*

### **I**

El chico temblaba. El chico miraba hacia todas las direcciones en búsqueda de alguna salida o de un alma que lo ayudara en tamaña encrucijada. Sostenía una pequeña navaja oxidada aunque sabía que aquello no representaba ninguna defensa que valiera la pena.

-Vamos, chaval. Deja lo que has robado y te dejaremos en paz. Venga.

Tres tipos delante de él. Uno más grande y fuerte que el otro. Un chiquillo flacucho no podía con ninguno.

Reían y sonreían en tono de burla. Les parecía gracioso que aquel muchacho se atreviera a robarle el prendedor de oro de su jefe pero qué iba a saber que se trataba de Regie, el jefe de la mafia de Nueva York.

Sostenía el prendedor con todas sus fuerzas. No lo soltaría por nada del mundo, sobre todo, porque esa pieza lo ayudaría a comer un plato caliente esa noche... Si salía vivo.

-¡Hacia atrás! Vamos, gorilas. ¡ATRÁS HE DICHO!

Ellos asintieron con las manos en forma de alto.

-Sé racional, chico. Esto puede solucionarse rápido sin que nadie salga herido. Piénsalo bien, eh.

Decía uno mientras que el otro aprovechaba la oscuridad del callejón para acercarse al chico por un costado. Desenfundó el arma y pensó en darle un

golpe seco, sin embargo, un hilo de sadismo se manifestó. ¿Acaso no sería más divertido darle un balazo?

Sonrió con malicia hasta que quedó a la altura de la sien del chico. El otro le hacía señas de que se detuviera, mientras que el tercero le alentaba. La decisión estaba tomada. Ese chico dejaría de molestarlos de una vez por todas.

El calor del metal abriéndose paso sobre la piel, la sangre brotándole por la cara, el dolor agudo, las pupilas dilatadas, la pérdida del equilibrio. El chico maldijo su mala suerte y cayó en el suelo frío del callejón. Los tres hombres lo vieron desde ese ángulo picado del triunfo.

-Pobre idiota.

-Agarra el prendedor. El jefe se va a poner contento.

-Creo que exageraste.

-No seas marica. Lo merecía. Que conste que le insistimos.

-Venga. Lo único que nos falta es que venga la poli.

Dejaron el cuerpo inconsciente del chico. El charco de sangre se hacía más grande a medida que se alejaban de él. Un grito en la distancia advirtió a los vecinos de los edificios aleñados. Una patrulla no tardó demasiado en llegar.

Resulta que el chaval tuvo más suerte de la que pudiera imaginar. A pesar del disparo, la bala sólo penetró el cráneo sin hacer daño alguno al cerebro. Sin duda un milagro. A pesar de ello, pasó un mes para que el chico pudiera recobrar la consciencia.

En ese tiempo, los doctores permanecieron en vilo. Algunos especialistas, incluso, llegaron de otras partes del país para estar al tanto sobre el progreso del chico. Muchos de ellos daban por seguro que moriría pronto y que no valía la pena el esfuerzo.

Sin embargo, la fuerza de voluntad pudo más. Pudo haber sido mero destino o piedad divina. El hecho, es que Reysiel despertó pidiendo un poco de comida y agua, todo con una actitud de lo más natural.

Recibió toda clase de explicaciones y advertencias sobre su situación.

-Es importante que recuerdes mantener reposo. Estarás en observación por unas semanas más, así que no te preocupes.

Él asintió ocultado la falta de interés. Le daba igual si vivía o moría.

Durante una noche, los calmantes no fueron lo suficientes como para que conciliara el sueño. Recordaba escenas fugaces y retorcidas. Tres hombres, tres rostros burlones y el sonido del gatillo. Despertó en ascuas, con la frente llena de sudor y con la expresión de angustia. Cuando encontró un poco de calma, pudo reconstruir todos los hechos: le había disparado por robarle el prendedor al jefe de la mafia del barrio.

La ira le nació desde el fondo de las entrañas. Comenzó a temblar y hasta quiso salir corriendo. La sed de venganza le hizo olvidar que estaba atado a unos cuantos tubos y que, además, estaba débil. Ese pequeño esfuerzo le valió para que le doliera la cabeza lo suficiente como para tumbarlo sobre la cama. Decidió entonces que esperaría todo lo que fuera necesario.

Transcurrió el tiempo y Rey se volvió más ágil y fuerte. Tanto, que hasta aprovechó el tiempo para estudiar un poco de matemáticas y contabilidad. Descubrió que no era tan malo con los números después de todo.

Luego de su recuperación, agradeció a su médico tratante y hasta le prometió que haría lo posible por pagarle todo lo que hizo por él. El buen hombre sólo se sintió orgulloso de no haber dudado de que su recuperación.

Las puertas corredizas se cerraron tras él. Al quedarse quieto, respiró un poco de aire hasta que llevó la mirada hacia el frente. Nunca sería víctima de una humillación.



## II

Rey se levantó de la silla de su oficina, mirando hacia el casino. Las mesas estaban llenas y los jugadores se concentraban con pilas y pilas de fichas. Junto a ellos, tragos y mujeres que les incitaban a apostar más y más. Sonrió en vista de aquel panorama.

Dio unos cuantos pasos por la gran oficina. Iluminada, con paredes de color claro, muebles de madera oscuro y de estilo minimalista. Un gusto que le recordaba la prolijidad de un pasado que nunca tuvo.

Ese pasado que le recordaba por qué estaba allí. Volvió a sentarse para revivir el instante en que mató Regie.

Si hubiese sido por él, lo hubiera matado ahí mismo. Pero su instinto le repetía que debía esperar y, sobre todo, entrenar. Así que sumergió en el oscuro mundo de las peleas de cuchillos organizadas.

Quedó impresionado por la cantidad de dinero que se movía y también la cantidad de cuerpos que salían del ring. Aunque nunca llegó a participar, sí aprendió a cómo defenderse e, incluso, hasta se hizo amigo de uno de los mejores contendientes.

-Si has sobrevivido a una bala, puedes sobrevivir cualquier cosa, muchacho.

Mientras asentía a esas palabras, se tocaba el relieve de la cicatriz que había quedado en su cabeza. La misma que quedó oculta por el cabello.

Recibió todos los golpes posibles así como las heridas producto de las prácticas. No le importó el dolor ni las caídas, la determinación (o terquedad), hacía que se levantara sin importar las veces que fuera necesario.

Luego de meses intensos, Rey logró perfeccionar su técnica hasta convertirse en una amenaza ante quien se le cruzara. Se sintió confiado y listo para enfrentarse a ese enemigo que casi lo suelta a los brazos de la muerte.

Tuvo que invertir más tiempo. Esta vez era para conocer el paradero así como la rutina de Regie. Mientras lo hacía, logró identificar a sus atacantes quienes resultaron ser los guardaespaldas más cercanos de este. El brillo del prendedor de oro se mostraba ante él como una burla. La furia le crecía más y más.

Una noche, salió de su escondite entre las tuberías rotas de concreto y metal. Caminó tranquilo entre las fogatas hechas en los contenedores oxidados adueñados por los vagabundos que buscaban un poco de calor. La expresión tranquila escondía un interior turbio y violento.

Regie se encontraba cenando en un restaurante elegante de la ciudad. Una chica, mucho más joven que él, fingía interés en lo que sería una conversación ridícula sobre sí mismo. En la oscuridad, Rey lo miraba calculando el mejor lugar para atestar el golpe mortal.

Mientras lo hacía, una gran sombra se dirigió hacia él. Logró esconderse apenas. Al pasar la sorpresa, observó que era uno de los hombres que lo atacaron. Había ido allí para orinar.

-Joder, qué bien se siente.

Una oportunidad de oro. Sonrió al mismo tiempo que sacó una pequeña cuchilla curva. El destello del objeto advirtió al hombre quien giró violentamente para enfrentar a su atacante. Después de unos minutos, reconoció el rostro.

-Pero si es el chiquillo de la otra vez. Vaya que si eres jodido de morir, eh.

A diferencia del primer encuentro, Rey estaba preparado. Se acercó a él y antes de que siquiera hiciera algo, un chorro de sangre empapó la pared que estaba junto a él. El corte de la yugular, fue precisa y mortal.

Rey se mantuvo de pie, observando cómo la vida se escapaba en los ojos. La mirada vidriosa anunció finalmente que había muerto en un instante. Sólo quedaban tres más, así que tendría que apresurarse.

Avanzó unos cuantos pasos y volvió a esconderse. Los dos escoltas restantes, estaban fuera del coche mientras comían unas donas. Hablaban con normalidad hasta que notaron la ausencia del tercero.

Los intentos por comunicarse con él, fueron inútiles y justo en el momento de buscarlo, un destello metálico se abalanzó sobre ellos. El mismo resultado que el anterior. Sus cuerpos cayeron en el suelo, enmudecidos por la muerte que los tomaba. De nuevo, Rey se mantuvo de pie mirándolos. Se aseguró que fuera él lo último que vieran... Tal como le había pasado.

Sólo restaba un último obstáculo. Cuando Rey se asomó aún más cerca, la chica ya no estaba. Observó y casi todas las mesas estaban vacías salvo por

unos cuantos comensales que estaban allí. Hubiera preferido que el lugar estuviera solo pero no podía esperar más tiempo, tres muertos son suficientes para advertir a las autoridades.

Como lo había predicho, el grito de una mujer, advirtió a Regie quien cambió el semblante. Esperó unos eternos segundos sin que alguno de sus guardaespaldas fuera a su encuentro. Presintió lo peor.

Se levantó violentamente de la mesa y se dispuso a correr hacia la puerta, no obstante, la figura de un chico delgado y alto le esperó allí.

-Quítate, muchacho.

-No.

-¿Pero qué coño te pasa? Quítate, te digo.

Rey sacó de nuevo la navilla.

-¿Ve esto? Con esto maté a sus amiguitos.

Secó la hoja con la camiseta que tenía. Regie se puso colérico e hizo un gesto para buscar su arma. Aquellos instantes siempre se le vuelven borrosos a Rey. No recuerda exactamente qué sucedió salvo que se ve a sí mismo cansado pero victorioso, corriendo hacia la escapatoria en medio del sonido de las sirenas. Había logrado su cometido.

Desde ese momento, siempre llevaba consigo el famoso prendedor de oro. Sin importar si fuera una ocasión elegante o no, Rey lo usaba como una especie de amuleto de la buena suerte y también para hacerle saber a todo el mundo de dónde venía.

Cansado de estar sentado, volvió a levantarse y decidió pasear por el casino. Bajó por las escaleras, pasó unas cuantas puertas custodiadas y entró a uno de los elevadores con acceso restringido. Pasó la tarjeta y llegó finalmente a la sala. El silencio de su oficina, contrastaba con el ruido que se conjugaban allí.

Estrechó la mano de unos cuantos congresistas, saludó amablemente a un grupo de inversionistas chinos y hasta se tomó un trago con un famoso actor de cine. Le gustaba rodearse de vida, de esa vida.

Siguió caminando hasta que vio a un hombre con los ojos muy abiertos y llorosos. Había perdido la última ficha que le quedaba.

Aunque este era una imagen muy común, de alguna manera, Rey no la pudo

dejar de lado. Le causó un impacto muy extraño.

-Tenemos todos los preparativos listos, señor. –Le interrumpió de repente uno de los guardias.

-Vale.

Se alejó de esa vista aún con esa extraña sensación que no lo dejaba en paz.

### III

Leah acariciaba la mano arrugada y frágil de su madre. Ella no había despertado en varios días y no sabía si realmente lo haría. Escuchó el sonido de los pájaros y se dio cuenta que había estado allí, en la misma posición, durante toda la noche.

Se levantó pesadamente y fue hacia el baño. Miró su rostro en el espejo y observó las grandes bolsas debajo de los ojos, además de la piel amarilla y opaca. No estaba comiendo ni durmiendo bien.

Para colmo de males, la universidad le pasó una notificación diciéndole que no podría volver a las aulas hasta que pagara los seis meses que debía. El único lugar que consideraba su oasis, también era prohibido para ella.

Su padre, un ludópata empedernido, tomó los ahorros de su madre e hipotecó la casa para consentir su vicio. Gracias a ello, Leah tuvo que hacer maromas para que el hospital aceptara el ingreso de su madre. Más deudas que seguía acumulándose.

Abrió el grifo y acumuló un poco de agua fría entre las manos, la llevó suavemente hasta la cara. La sensación le ayudó a sentirse un poco más despierta aunque, la verdad, moría por tomarse un baño y dormir.

Regresó a la habitación con la esperanza de hablar con su madre. Sin embargo, ella estaba igual, como si durmiera un sueño plácido. Leah de repente sintió un poco de envidia.

-Buenos días, Leah. Te dije que te quedaras tranquila que aquí la estamos cuidando.

-Hola, Pati. Lo sé. Sólo quería quedarme con ella.

-Ve a casa y duerme un rato. Te avisaremos si sucede algo, ¿vale?

-Vale.

No puso resistencia porque el sueño y el cansancio pudieron más. Tomó la mochila y se despidió de la enfermera.

Caminó unas cuantas calles hasta la parada del autobús. Por suerte, sólo había un par de personas esperando. No tendría que poner un esfuerzo extra para subir. Se sentó en el banco y sintió como todo el peso del mundo se puso sobre

los hombros. Quiso llorar pero estaba en la calle y le parecía humillante tener que expresar sus emociones frente a los extraños. Así que tomó el reproductor de música y un par de audífonos, lo que sonara le daba igual.

Después de unos minutos, el autobús se acercó hasta la parada. Los pocos se subieron con tranquilidad, incluyéndola a ella. Leah, como no tenía ganas de interactuar, se sentó al fondo junto a la ventana. Ese era quizás el momento de paz que tanto había deseado durante la semana.

Muchas veces pensó que la mejor solución era escaparse. Dejar todo atrás. Incluso buscó unos cuantos destinos en Internet en donde podía empezar desde cero. Podría dar clases de algo, cualquier cosa, mientras se acomodaba. En cuanto alzara vuelo, enviaría dinero a su madre para tenerla junto a ella y reunirse. Todo pintaba como el plan perfecto.

Ella no contó con la enfermedad silente de su madre. Una enfermedad que ocultó por mucho tiempo. Se sintió mal por su egoísmo y por pensar siquiera en esa remota posibilidad.

Sin embargo estaba cansada, muy cansada. Se obligó a mantenerse despierta porque era muy probable que se derrumbara sobre el asiento y que se perdiera por la ciudad. Aquello sería el colmo.

Se levantó como pudo y presionó el botón de la parada. El ligero pitido advirtió al conductor quien aparcó pocos metros más adelante. Leah bajó y observó el pequeño edificio de ladrillos. Ese era su hogar.

Los últimos meses tuvo que abandonar su piso para volver a mudarse con su madre. Noches antes, botó a su padre del lugar porque no podía concebir el compartir el mismo espacio con un tipo así.

Saludó a unas cuantas vecinas, acarició al perro de la conserje y subió los seis pisos que la llevaban al piso en donde vivía. Sacó las llaves y abrió la pesada puerta de madera.

Al empujar, le sobrevino el olor remanente a café colado. Le sorprendió que hubiera pasado ese tiempo afuera y sobre todo que quedara ese aroma en el aire.

Dejó la mochila sobre una mesa de madera que estaba en la entrada, hizo lo mismo con las llaves y caminó hacia la cocina. Quizás no era mala idea prepararse algo.

Abrió con esperanza el refrigerador y sólo encontró un paquete de arroz y una cebolla que tuvo que sacar porque estaba casi podrida. Cerró la puerta y volvió a suspirar. Era como si nada le diera un poco de descanso.

Fue hacia su habitación para quitarse la ropa. Inevitablemente, miró la de su madre y sintió que sólo quería sentarse al suelo a llorar. Odiaba verla así, tan débil y tan enferma. No sabía qué hacer.

Al desnudarse, tomó una toalla que tenía cerca para cubrirse con ella. Encendió la luz del baño y volvió a encontrarse con ese reflejo agrio de la mañana. Los ojos verdes estaban enmarcados por hilillos rojos. El rubio de sus cejas y cabello se veía opaco e incluso, a pesar de tener 24 años, tenía un pequeño surco en la frente. El estrés la rompía de adentro hacia afuera.

Trató de acomodarse el flequillo del cabello corto, como si quisiera rescatar algún gesto de vanidad. Pero no había cabida. Estaba muy sucio.

Dejó los rodeos y entró a la pequeña ducha. Abrió ambas llaves, aunque giró un poco más la de agua caliente porque necesitaba algo que la relajara. Cerró los ojos y se dejó abrazar por el líquido tibio que recorría su cuerpo.

De tener otra vida y otras circunstancias, Leah fácilmente pudo haber sido modelo, gracias a su altura y delgadez, además de la belleza de su rostro. Sin embargo, ese mundo no le llamaba la atención. Le parecía frívolo y sin sentido. Aunque en ese estado, quizás le hubiera ayudado a resolver algunos de los problemas financieros. De nuevo, se manifestó esa sensación de derrota y desesperación.

Luego de enjuagarse la cabeza y de darse algunos masajes en el cuerpo, salió con un poco más de vitalidad. Ciertamente, un baño podía significar un cambio hasta de ánimo.

Se secó y se dirigió a la habitación para cambiarse de ropa. Algo ligero y práctico ya que tenía que salir. Uno de los prestamistas de su padre la había citado para hablar sobre la situación de él.

-Joder.

Ya imaginaba la situación: el tío llegaría en un coche de lujo y se encontraría con ella para decirle lo mal que está su padre. Leah diría que aquello no era su problema hasta que la voz de él sobrepasaría la de ella. Insistiría en el monto a pagar y listo. La dejaría en la calle con esa sensación de desgracia.

Tomó un par de jeans oscuros, una camiseta negra y otra camisa de cuadros. Llevaría una chupa por si hacía frío. Se puso unas tenis y se arregló un poco, o al menos lo suficiente para decir que tenía la delicadeza de cuidarse.

Se dirigió al subterráneo para tomar el tren. Mientras se sostenía de uno de los tubos, no pudo evitar concentrarse en una pareja que se besaba efusivamente. La chica estaba sobre las piernas de él, y este la rodeaba con los brazos. Los labios de ambos parecían danzar en una hermosa sinfonía.

Leah los observaba desde su lugar. Cualquiera persona al verla, pensaría que tendría una fila de pretendientes pero no era así. Los problemas familiares y sus metas personales fueron suficientes para privarla de los conocimientos del placer y el amor. Incluso tenía vergüenza al admitir que todavía era virgen. Pero nada, había otros asuntos que atender.

La voz del conductor anunció la llegada a la estación. Leah se espabiló y salió con la mezcla de miedo y tristeza. A ese punto, cualquier golpe le daría igual. Estaba acostumbrándose a las malas noticias.

El viento frío le golpeó al salir por las escaleras. Se colocó la chupa vaquera que llevaba consigo y se abrigó un poco el cuello para protegerlo. Al encontrarse en la calle, miró a todas las direcciones para dar con el hombre misterioso que la había citado allí. Este se encontraba sentado en un banco del Central Park, tomando café en uno de esos vasos elegantes de Starbucks.

Ella logró reconocerlo. Caminó hacia él y se presentó.

-¿Sr. Erasmo?

-¡Señorita! ¿Cómo le va?

Esa expresión le indicó que ciertamente la pudo identificar en un momento.

-A ver, a ver. ¿Te apetece un poco de café o un trago?

-No. La verdad que no. ¿Por qué me citó?

Esa actitud cortante le valió para que el hombre cobrara una expresión severa.

-La deuda de su padre está acumulándose y ya hemos tomado todas las garantías posibles.

Leah recordó la casa de su niñez.

-Bien. Tratamos de contactarnos con su madre pero no dimos con ella así que lo hacemos con usted. A ver, a ver... ¡Ajá! Esta es la cuenta por pagar. La



necesitamos saldada para el fin de mes.

El señor con bigote engominado le extendió un trozo de papel con una cuenta que le hizo perder un poco la respiración. Trató de conservar la calma tanto como pudo.

-Cuénteme. ¿Su madre también hace apuestas?

Aquella pregunta fue suficiente para sentir la ebullición de la sangre. Ella lo miró con odio y le respondió:

-Mi madre está muy enferma. He ahí la razón por la que no le contestó.

-Lo siento... Yo...

-¿Hay algo más que desee hablar?

-No.

-Bien. Gracias.

Se levantó, guardó el papel en la mochila y volvió a caminar hacia el subterráneo. Al bajar, se sentó en uno de los largos bancos que había allí. Ya no sabía qué hacer.

Hundió entonces la cabeza entre las manos como para aislarse del mundo. Aunque sabía que aquello pasaría, no estaba lo suficientemente preparada para ello. Bueno, nadie, en realidad.

La mente le daba vueltas y seguía sin dar con la solución. En ese momento, un nombre hizo eco dentro de ella: Reysiel.

Era un hombre ampliamente conocido en la ciudad. Estaba vinculado al juego y hasta se sospechaba que tenía que ver con el tráfico de drogas. Lo cierto es que el dinero no era un problema para él.

Ella trató de desechar esa idea. Sí. Era completamente absurdo pedirle ayuda al tipo más peligroso de Nueva York pero qué más podía hacer. Estaba desesperada y esa era la única alternativa que cada vez tenía más sentido tomar.

Miró hacia el frente y observó a la gente. Unos escuchaban música, otros estaban en grupos, conversando de lo más normal. El universo parecía que le apuntaba con el dedo. Sólo tenía ganas de desvanecerse en la nada.

Se levantó en cuanto miró el tren llegar.

-Rey.

Dijo para sí misma antes de subir.

## IV

-Siel, estas son las órdenes de compra para nuevas mesas y aquí están las firmas que autorizan la construcción de otro casino en Las Vegas.

-Excelente. Quiero copia de todo y, por favor, guárdalas en la bóveda.

-Perfecto.

Rey miró su reflejo en el vidrio. Estaba vestido de negro y llevaba la camisa sin abotonar, quería estar un poco más informal que de costumbre.

Tomó entre sus dedos un vaso de whiskey y lo meneó un poco hasta que hizo sonar los cubos de hielo que flotaban en la superficie. Bebió un poco y volvió a concentrarse en la vista de enfrente. Estaba monitoreando todo con calma.

En ese momento, observó a una mujer que caminaba con un andar sensual. Era morena, de cabello negro y las curvas de su cuerpo le hacían lucir un vestido rojo muy ajustado. El escote destacaba los grandes pechos. La cintura marcada, las piernas largas y torneadas. Esa mujer le llamaba como si tuviera un imán.

Dejó el trago y bajó rápidamente las escaleras para encontrarse con ella. La buscó con la mirada hasta que la vio sobre la barra central, justo cuando pedía algo para tomar.

Él se acercó lo suficiente para decirle:

-Este va por la casa.

La mujer hizo un gesto cansino hasta que miró de quién se trataba: el mismísimo Reysiel.

-Guao, muchas gracias. Es bueno saber que alguien sabe cómo tratar a una dama.

-En eso soy un experto. –Dijo él con toda la galantería posible.

Se sentó en una silla junto a ella. Con una mano, apartó un mechón de su cabello castaño claro, y la miró con los ojos cafés penetrantes que tenía. Hizo una media sonrisa para mostrar un poco los dientes blancos y relucientes. Sin duda, era un tipo muy guapo.

Ella no podía creer la suerte de encontrarse con alguien tan poderoso como él.

-¿Cómo has encontrado el lugar? ¿Qué te ha parecido?

-Pues, es lindo. Muy agradable. Con seguridad puedo decir que hasta los tragos lo saben hacer bien.

- Aquí las cosas se hacen muy bien, siendo sincero.

Se miraron por un rato hasta que él le tomó la mano.

-Esto está un poco ruidoso. ¿Qué te parece si nos vamos a un lugar un poco más tranquilo?

-Estaría encantada.

Él la ayudó a bajarse. Pudo sentir la suavidad de la piel de sus manos, supuso en ese momento que sería lo mismo el resto de su cuerpo. Caminaron entonces hasta la salida. Un gran coche negro los esperaba en la entrada.

-Esto sí que es un servicio de calidad.

-Y es sólo el principio.

Antes de subir con ella, le ordenó a uno de los guardias que lo llamaran en cuanto surgiera algún inconveniente. El trabajo siempre tenía un lugar importante, siempre.

El chófer pisó suavemente el acelerador y los llevó hacia la casa de Reysiel. Pasaron por las calles más lujosas de la ciudad. Como era diciembre, era posible ver los adornos y las luces con motivo navideño por las calles e incluso árboles.

La mujer estaba encantada con la vista y con la compañía, por supuesto. Justo cuando pensaba que no podía sorprenderse más. Se quedó prácticamente boquiabierta al ver la gran casa de la colina.

-No me digas que es tuya.

-Ja, ja, ja. Así es.

Dos plantas de concreto y metal, emergían del suelo de manera imponente. La arquitectura era impresionante gracias a la modernidad que exhibía. Al acercarse, los detalles se volvían hermosos.

Había un camino que bordeaba las curvas de la colina y, a los lados, unas luces que servían de guía al mismo tiempo en que estas también iluminaban los arbustos decorativos. Era como adentrarse a un bosque.

Al final, la entrada también estaba coronada por más luces en los techos que daban un ambiente de lujo. El chófer se detuvo junto a la puerta.

-Gracias, Mark.

-A la orden, señor.

Él se bajó y ayudó a su acompañante a hacerlo también.

Rey se acercó a la puerta de madera y paró al frente de un lector de huellas y otro ocular. Marcó la clave de seguridad y se escuchó un suave clic. La puerta se abrió y ella se encontró con una amplia sala que más bien parecía una galería de arte.

El suelo de madera estaba lustrado, unos ventanales que tenía a su derecha daban con más árboles y arbustos hasta que pudo ver un poco el jardín. Presintió que era más grande de lo que sus ojos percibían. Siguió caminando y se encontró con la cocina con artefactos de última generación, una sala con muebles oscuros y una gran pintura abstracta que coronaba la pared.

Un poco más allá, se encontraba una escalera que llevaba a la parte superior. Ella estaba segura que el área era amplia pero quizás luego tendría la ocasión de verla mejor. Ahora lo verdaderamente importante, era él y su rostro sonriente y pícaro.

-Bienvenida a mi humilde morada. –Dijo él sin una gota de modestia.

-Gracias. Creo que ya habrás escuchado que es un sitio precioso.

-Digamos que sí pero me gusta oírlo de ti.

Rey pensó en ofrecerle una copa de vino y hablar un poco antes de dejarla sobre la cama y romperle la piel. Sin embargo, en ese punto estaba ya cansado de los preámbulos y rodeos, por lo que se acercó a ella y depositó las manos sobre esa cintura que lo seducía desde hacía rato. Ella, por otro lado, apoyó sus brazos sobre los suyos y se inclinó hacia él para besarle.

Sus labios, suaves y carnosos, la hicieron sentir excitada de inmediato. Mientras lo hacían, Rey la tomaba aún con más fuerza. Estaba a punto de salir a flote otra característica fuerte de su personalidad: su ser Dominante.

Gracias a la fuerza que él ejercía sobre ella, aquella mujer no le quedó más remedio que entregarse por completo.

Las manos de Rey encontraron ágilmente el cierre del vestido, lo bajó

lentamente como queriendo causar algún tipo de expectativa en un ambiente en donde se respiraba el deseo.

Al quitarle el vestido, ella sólo quedó con unas bragas negras. Sus pechos se mostraron y le resultaron más hermosos de los que había imaginado. Entonces, sus manos ávidas de lujuria, fueron hacia ellos apretándolos, tocándolos, acariciándolos con fuerza. Los gemidos de su amante se fundían en el silencio y la oscuridad de la casa.

Su boca terminó entre los pezones. Estaban duros, firmes. Los chupaba y lamía a su placer mientras que ella parecía sentir que el cuerpo le fallaría en cualquier momento.

Antes de eso, Rey la tomó entre sus brazos y la llevó a las escaleras. Subió lentamente, mientras la besaba y acariciaba.

El piso superior parecía una especie de laberinto de habitaciones y pasillos. Rey caminó con ella por un pasaje largo y con luz tenue. Unos cuantos más y llegaron a la habitación de él.

El lugar era bastante amplio, de paredes blancas y suelo de parqué. La cama estaba frente a una chimenea por lo que era un lugar particularmente agradable en los días de invierno. Sobre esta, estaban colgados tres cuadros con una estética similar al que estaba en la sala. Cerca de un gran ventanal, estaba una poltrona y una mesa de madera pequeña. Sin duda, una decoración hecha por algún profesional.

Rey dejó sobre la cama a su amante, le acarició las piernas y procedió a quitarle lo último que le quedaba para que estuviera completamente desnuda.

Ella estaba sonrojada y ansiosa por que él se uniera, sin embargo, según los deseos de Rey, esperaría un rato más. Se alejó por un momento para buscar algo para subir un poco más el calor. Como no podía tener una sesión con ella como tal, al menos tomaría algunas cosas para tener una experiencia más o menos cercana.

Se decantó por unas cuerdas negras. Cuando finalmente apareció, ella quiso hablar:

-¿En dónde has estado?

-A partir de este momento soy yo quien tiene el control. ¿Estamos claros?

Ella se quedó por un momento impactada. Sin nada qué decir. Al pasar la

primera impresión, le gustó el tono de voz y la autoridad con que la habló. Nadie la había tratado así pero quería más de eso.

-Sí, señor.

Ante la afirmación, Rey se acercó hacia las muñecas y comenzó a atarlas colocándolas sobre la cabeza de ella. Se aseguró de hacerlo firme pero no demasiado como para no hacerla sentir incómoda. Cuando se encontró satisfecho, se dispuso a hacer lo mismo pero en los tobillos pero con la intención de que sus piernas quedaran extendidas y así él tendría paso hacia la vulva.

Ella estaba cada vez más y más excitada por lo que parecía encontrarse en un trance. El tacto de él, la respiración que caía sobre su cuerpo, el aliento caliente que le rozaba los labios. Cada cosa la llevaba a tener una experiencia fuera de sí.

En ese momento, cuando pensaba que ya lo conocía todo, sintió la lengua de él dentro de su coño. Rey la sorprendió por completo.

Él se sujetó de los muslos de ella, abrió los labios y sus labios se conjugaron con los de la vagina. La lengua, paralelamente, la penetraba cada vez más. El sabor y el olor de la excitación lo empujaban a seguir en esa faena.

Los gemidos y gritos de la mujer le hicieron pensar que lo estaba haciendo como debía, por lo tanto, continuó hasta el cansancio. Como estaba desesperado, olvidó que aún estaba vestido, por lo tanto, comenzó a desvestirse rápidamente. Quedó desnudo en un santiamén.

Ella pudo observar su verga. Larga y gruesa, marcada por las venas, con el glánde rosado y también húmedo. Rey se masturbó un poco sólo para estimularse lo suficiente. Quería hacerla gritar.

Se acostó sobre ella y le besó el cuello. Descendió un poco más hasta que se encontró con esos pechos grandes y redondos. Los sujetó y lamió un buen rato. Con la otra mano, sintió el calor del coño que se volvía más y más intenso. Sostuvo sus dedos allí hasta que notó la humedad que quería sentir. Se los chupó mirándola, desafiándola ya que ella se encontraba limitada por los movimientos.

Dejó de tocarla para volver a los besos como al principio. Entonces, manera inesperada, introdujo su pene. Primero suave, lento. Luego de encontrarse un poco más suelto, lo metió todo hasta hacerla gritar como quería. Ella sólo le

restó sujetarse de las cuerdas con firmeza. Cerró los ojos y se entregó al placer.

Los movimientos de la pelvis de Rey conjugaban movimientos rápidos y lentos, ritmos que le hacían disfrutar de ese coño delicioso. Aparte de ello, satisfacía su inclinación como Dominante al tomarla por el cuello, apretándolo, haciéndole ver que incluso tenía el poder en algo tan importante como la respiración. A pesar que era una jugada arriesgada, ella se sintió más excitada aún... Como si no hubiera sido posible poder sentir más.

Siguió penetrándola en esa posición hasta que le desató los tobillos y, con un rápido movimiento, la giró para que sus nalgas quedaran frente a él. Le dio unas cuantas nalgadas y apretó tanto como se le antojó.

Apoyó una de sus manos y con el dedo pulgar, estimuló un poco el ano. Ella siguió gimiendo sin parar hasta que lo introdujo suavemente, muy lento. No quería hacerle daño y sabía que en ese punto debía tener cuidado.

Luego de acariciarla, le tomó por las caderas con firmeza y volvió a penetrarla pero desde atrás. Apenas lo hizo, gruñó por sentir el calor de sus carnes que se rozaban entre sí.

Se encontró follándola con fuerza pero quería hacerlo con más intensidad por lo que la tomó del cabello. Era como una especie de riendas que tenía a su disposición. En esa posición también aprovechó para arañar la espalda y dejarle marcas para que ella, desde el dolor, recordara quién le había demostrado poder.

Después de hacerlo, ella pareció que estaba a punto de llegar al orgasmo. Él todavía tenía algo más por hacer por lo cual volvió a tomarla y la colocó sobre la cama. Le abrió las piernas y la devoró de nuevo al mismo tiempo que le daba algunas palmaditas sobre el clítoris. Ese estímulo hizo que se retorciera más y más. Incluso llegó a vociferar algunas palabras que no entendió.

Continuó hasta que ella no pudo más, acabó en su boca y él aprovechó para beber todos los jugos que expulsó su cuerpo. Aunque ella quedó atontada por aquella intensidad de sensaciones, de inmediato, él colocó una mano sobre el cabello de ella y la llevó hacia al suelo para que le practicara sexo oral.

El pene de él estaba tan duro como piedra, así que estaba muy cerca de explotar. Ella abrió bien la boca y de inmediato se dispuso a chuparlo y



lamerlo. Rey le tomó por la cabeza por lo que también reguló la intensidad de aquello.

Hubo un momento que lo hizo con firmeza y se aseguró de penetrarla la boca lo más profundo posible. Ella hizo unas cuantas arcadas pero eso no le importó. Insistió más y más hasta que la mujer lo tuvo prácticamente todo en la boca. Él lo sacó de repente y se deleitó con los ojos lloros, los hilos de saliva que caían sobre los pechos y los cuales también mojaban el pene de él. Estaba tan excitado que incluso le propinó unas cuantas bofetadas.

Siguió entonces en lo mismo hasta que los muslos de Rey comenzaron a temblarle. Estaba a punto de llegar y quiso asegurarse que tendría la mirada de ella concentrada en la suya. Al final, sintió como una corriente eléctrica le atravesaba el cuerpo hasta el pene. Allí expulsó una gran cantidad de semen que terminó sobre el rostro de ella, mojándola.

Fue tan fuerte que Rey tuvo que inclinarse un momento para recobrar el aliento. Como pudo, se incorporó, la ayudó a levantarse y a sentarse en la cama. Seguidamente, entró al baño para limpiarse y hacer lo propio con ella.

Se sentó junto a ella para desatarle los amarres. Mientras lo hacía, se encontró satisfecho de que estos le causaran unas marcas pronunciadas sobre la piel bronceada. Al terminar, la acarició un poco y la ayudó a recobrar la movilidad.

-Hazlo lento, ¿vale?

Ella sólo logró asentir. Todavía tenía el cuerpo cargado de un torrente de endorfinas en el cuerpo. Le limpió la cara y parte del cuello; y hasta se aseguró que no tenía alguna herida.

Cuando finalmente todo estaba listo, se acostaron en la cama. La mujer, gracias al agotamiento, se quedó dormida a los pocos minutos. Rey, por su parte, todavía tenía los ojos como dos platos. Como estaba inquieto, se levantó y fue a la cocina a prepararse algo de comer.

Abrió la puerta del refrigerador y lo encontró exageradamente lleno. Pavo, pollo, frutas, vegetales, botellas de cerveza, pan, mostaza, quesos y hasta caviar. Había un montón de cosas que a veces ni siquiera probaba y que por lo tanto le tocaba tirar a la basura.

Sacó pan, el pollo asado de la otra vez, la mayonesa de su marca favorita y un poco de queso. Las tripas le recordaron que no había comido nada desde el

almuerzo. Tomó un plato y colocó el sándwich. Lo acompañó con una botella de cerveza y se sentó en la mesa de la cocina mientras escuchaba el sonido del reloj del horno el cual marcaba los segundos.

Comenzó a comer y sintió que la fuerza le regresaba al cuerpo. Masticaba lentamente, como si quisiera tomarse todo el tiempo del mundo para hacerlo. En parte porque quería deleitarse de los sabores y también porque quería hacer tiempo porque sinceramente no quería regresar a donde estaba la mujer. Ya había terminado lo que tenían que hacer y postergar más el asunto era innecesario.

Al terminar de comer, escuchó el ringtone del móvil. Se levantó rápidamente y notó que era uno de los administradores. Era necesario unas cuantas firmas para autorizar el nuevo sistema de seguridad de la bóveda. La excusa perfecta para terminar la noche.

Se levantó rápidamente y subió las escaleras. Tomó un par de jeans del clóset y una camiseta. Al terminar de vestirse, se acercó a la cama hasta la mujer que dormía plácidamente. Le rozó los dedos sobre el brazo para despertarla.

-Debes irte. Tengo cosas por hacer.

-¿No podría hacerlo por la mañana? Estoy muy cansada.

-No, lo siento.

La sequedad del tono contrastó con aquella actitud galante y seductora del casino. Aturdida y de un malhumor evidente, se levantó de la cama y se vistió. Antes de salir, Rey le dijo una última vez:

-No te preocupes. El chófer te llevará a cualquier parte que quieras.

Ella quiso decirle una larga lista de insultos pero no pudo. Sólo le quedó mirarlo con todo el odio posible. No le respondió y se bajó las escaleras con prisa sin volver la mirada. Esa noche, ella confirmó lo que tanto se decía de él. Era un hombre encantador, de buen sexo pero que no le temblaba el pulso al momento de deshacerse de quien le molestara.

Rey quedó a solas, aliviado y listo para trabajar.

## V

Leah dejó la computadora luego de investigar todo lo que pudo sobre Rey. Además de todo lo que sabía, descubrió que era uno de los hombres más ricos del país. Sus ojos se iluminaron al leer la información ya que aquello podría ser su salvación.

Luego de leer, se concentró en buscar imágenes para tener una idea más clara sobre su aspecto. Era alto, blanco, de cabello castaño largo, hasta los hombros; ojos cafés y una sonrisa encantadora. Las fotos que veía en la galería, también le dio a entender que tenía buenos gustos a la hora de vestirse.

Se acostó sobre el sofá, no paraba de pensar. Era una idea descabellada pero por otro lado tenía sentido. Necesitaba el dinero urgentemente. Las deudas de su padre, las cuentas de los tratamientos de su madre, más la universidad. Al recordarse eso último, se sintió amargada, acorralada.

-Lo haré. Ya está.

Se levantó y miró el reloj de la cocina. Fue hasta el baño para tomar una ducha y prepararse para salir. Iría al casino para pedir una reunión y así convencer a este tío de que la ayudara.

Mientras el agua caía sobre la espalda, pensaba en las palabras que le diría al encontrarse con él. Para pagar la deuda, vendería todo lo que se pudiera en la casa. Incluso, quizás recibiría un buen pago por los libros de la universidad. Luego buscaría un trabajo y le pasaría una mensualidad. Sí. Eso es.

Al terminar, fue a la habitación y sacó unos pantalones negros, una blusa blanca escotada en la espalda y unas sandalias altas. Luego de vestirse, se peinó hacia atrás haciéndola ver más elegante y al mismo tiempo, severa.

Se sentó frente al espejo del tocador, y se maquilló ligeramente. Un delineado suave en los ojos y rojo en los labios. Era más que suficiente para destacar los hermosos rasgos de su cara.

Confió en sí misma y en su argumento. Confió en que las cosas saldrían como quería y que tendría el tiempo suficiente para pagar. No paraba de decirse a sí misma que todo se solucionaría favorablemente.

Escribió la dirección en un Uber y en cuestión de minutos, llegó el coche para

buscarla. Al montarse, el corazón le latía a mil por hora.

Rey, a diferencia de otras noches, no se encontraba en su oficina. Estaba sentado en una mesa solo, fumando y leyendo contratos como de costumbre. La obsesión por el trabajo era tal porque tenía el temor latente de que perdería todo lo que había logrado si se descuidaba.

Revisaba los libros contables y encontró que era necesario maquillarlos más para que no levantar las sospechas del fisco. Siguió leyendo con cuidado, hasta que hubo algo que capturó su mirada.

La costumbre le hacía sospechar de cualquier cosa que se moviera, así que se levantó en modo de alerta. Recogió los papeles en el suelo, se quitó los lentes y caminó hacia aquello que le había llamado la atención. No encontraba nada hasta que la vio.

La espalda desnuda, la postura recta, el cabello corto hacia atrás y la mirada asustada. Era ella a quien estaba buscando.

La mujer estaba sentada sola, algo que le pareció extraño tratándose de alguien cuya belleza era impresionante.

Leah pidió un Martini fingiendo que sabía de tragos. Lo cierto es que miraba a cualquier tipo que le pareciera remotamente parecido a Rey. Comenzó a tamborilear los dedos hasta que sintió una sombra tras ella.

-¿Le invito un trago?

Era él.

-¿Sr. Reysiel?

La pregunta descolocó un poco a Rey. Por lo general, aquellos bajo su mando lo llamaban Rey, sus amigos íntimos sólo Siel pero su nombre completo le hizo pensar en las formalidades que a veces le incomodaban. Sin embargo, eso también quería decir que ella quizás se presentaba con otra intención.

-Sí. Soy yo. ¿En qué puedo ayudarte?

-Necesito hablar con usted. Es algo muy importante.

-Está bien. ¿Qué te parece si vamos a mi oficina? Así hablaremos más cómodamente.

-Perfecto.

La ayudó a levantarse y se percató de su altura. Tenía un porte de mujer segura. Algo le resultó mucho más atractivo.

Entraron a la oficina y Leah se impresionó con la elegancia del lugar. Esto le confirmó, además, que Rey sí contaba con los recursos para ayudarla... Si es que accedía, por supuesto.

-¿Algo de beber?

-No, gracias.

Rey la observó con cuidado. A pesar del nerviosismo que mostraba, no temía en mirarle a los ojos sin problema. Así que comenzó a pensar en las intenciones de la muchacha.

Se sirvió un Bourbon y se sentó en la silla de cuero frente a ella. Bebió un trago y le preguntó:

-¿Qué se te ofrece?

-Mire, me apena tener que hacer esto pero es una situación desesperada. Hace unos días, un señor me entregó un registro de todas las deudas de mi padre. Un golpe muy duro puesto que también tengo que lidiar con los gastos del hospital de mi madre y mis gastos de la universidad.

Rey se echó para atrás.

-... Sé que no es un prestamista. Y sé que tiene todo el derecho de echarme cuando le plazca pero créame que no tengo a quien recurrir. Hemos vendido tanto como hemos podido y el tiempo se me acaba, señor.

Lo último lo dijo ahogando el impulso de llorar. Los ojos enrojecidos así como la expresión de desesperación, fueron dos cosas que no pudo ocultar. Esa chica estaba al borde de un colapso.

Rey dio otro sorbo de licor al mismo tiempo que le hacía una señal a su guardia para que le extendiera una pequeña servilleta a Leah.

-¿Cuál es tu nombre?

-Leah.

-A ver, Leah. Ha sido muy valiente de tu parte el venir para aquí. Supongo que las cosas no estarían nada sencillas para que me dijeras todo esto.

Ella asintió.

-...No tengo problema en ayudarte. Es más, podría firmarte un cheque ahora mismo con el monto que me digas y así solucionamos esto. Sin embargo, quiero que estés consciente que todo tiene su precio, ¿no?

-Sí, lo sé.

-Bien. Entonces, te preguntaré esto porque no quiero que haya confusiones. ¿Estás segura? ¿Tanto lo necesitas?

Ella lo miró de frente, como si reuniera toda la fuerza de su cuerpo para hablarle.

-Sí. No tengo nada más que pensar. Lo necesito. Lo necesitamos.

Bajó la cabeza hasta llevar la mirada a los pies. Una lágrima corrió por su mejilla. Estaba realmente preocupada por las cosas.

Por otro lado, Rey, quien no estaba acostumbrado a este tipo de escenas, despachó a los guardias para que los dos se quedaran a solas. Dejó el vaso sobre el escritorio fino de madera y se sentó en la silla junto a ella.

-Este es el número de mi administrador. Quiero que le adjuntes toda la información pertinente sobre los gastos y deudas que tengas. Además, veremos qué podemos hacer para desvincularte de tu padre. Es obvio que ese señor no le interesa tu situación así que hay que pensar en el futuro, ¿no te parece?

-Sí, señor. ¿Cómo podría pagarle?

La pregunta definitiva y que él estaba esperando.

-Aún no lo sé pero pronto se me ocurrirá algo. Mientras, comunícate lo más pronto con él para que soluciones la situación.

Ella le extendió un papel.

-Este es mi número. Estaré atenta ante cualquier eventualidad.

-Perfecto. Bien, Leah. Nos veremos pronto, tenlo por seguro.

No le respondió ya que sólo su cerebro pudo concentrarse en la buena noticia. Por fin tendría los medios para ayudar a su madre y alejarse de la sombra de las cuentas de su padre. No obstante, ella no tenía idea del precio que tendría que pagar.

## VI

Leah no podía creer lo que tenía en sus manos. Aquel trozo de papel le hizo experimentar una agradable sensación de alivio como hacía rato no sentía. El administrador de Rey, le dio todas las instrucciones de lo próximo que debía hacer. Ella trató de concentrarse pero la euforia se le brotaba por los poros. Era algo que iba más allá de sí misma.

-Cualquier inconveniente que tengas, no dudes en llamarme.

Extendió la mano y se despidió. Leah tuvo que espabilarse.

Fue directo a un banco para cobrar el dinero. De allí, pagó al prestamista de su padre e inmediatamente se desvinculó de él. Ya no quería cargar más con ese peso muerto. Hizo lo propio con el hospital y la universidad. Al final del día, estaba exhausta pero tranquila. Todo se solucionó más rápido de lo esperado.

Para celebrar, compró un par de cervezas que llevó al piso. Las puso a enfriar y su buen humor fue suficiente para poner un poco de música y prepararse un plato de pasta. A ese punto, sentía que podía salir a la calle y regalar abrazos a todo el mundo.

Al sentarse a esperar a que el agua hirviera, tuvo una especie de presentimiento. Algo que le advirtió que pronto se aproximaba algo inminente. Permaneció sentada, tranquila hasta que escuchó el móvil.

Se levantó al darse cuenta que el agua estaba lista y que la pasta estaba a punto de servirse. Miró el móvil y resultó un número desconocido. Abrió el mensaje y un frío le heló la espina.

*“Hola, Leah. Es Rey. Me gustaría que nos viéramos para hablar sobre lo que está pendiente. Espero que sepas a lo que me refiero. Mañana en el restaurante italiano en la 5ta Avenida. Mi chófer irá a buscarte a tu casa. En cuanto puedas, envíame la dirección. Saludos”.*

Por un momento quiso huir, total, ya había gastado el dinero y había hecho lo que debía. Así que podría ir a su habitación, tomar una valija y depositar unas cuantas prendas de ropa. Las necesarias para tomar viajar con rapidez. Se confundiría con las masas, con los rostros comunes y desaparecería... Pero no. Claro que no. Había mucho que la ataba así que no podía renunciar como

en su fantasía. Por alguna razón, esa deuda era mucho más importante.

Así pues que apagó la hornilla, coló la pasta y la sirvió en un plato. Sobre ella, un poco de salsa en una bolsita que había comprado en el supermercado. Se sentó en la mesa y apoyó la cabeza sobre la mano. Miró el plato con el contenido humeante. Tomó un trago de cerveza hasta que dejó la botella sobre la mesa y hundió entre los hilos de pasta. Comenzó a comer por obligación más que por placer.

La cita le producía cierto grado de aprehensión, por lo que trató de relajarse tanto como pudo. Cuando se acercó la hora, tomó una rápida ducha para luego vestirse y prepararse. Como se trataba de una zona exclusiva de la ciudad, escogió un vestido negro largo, unas sandalias bajas doradas, y un abrigo ligero.

Estaba volviéndose cada vez más ansiosa a medida que las horas avanzaban. No sabía el tipo de propuesta que tendría. Aun así, no se negaría. Desde el momento en que se encontró con él, sabía que estaba adentrándose en un mundo muy diferente, como el que veía en las películas.

Por otro lado, Rey le parecía un hombre atractivo como misterioso. Recordó la forma en cómo la miró durante todo el tiempo que duró la reunión. Los ojos cafés concentrados en ella, concentrados en cada palabra que decía.

La expresión severa pero tranquila. Era algo que a ella le intrigaba y que también parecía atraparla. Supo que él sabía que estaba nerviosa, como si tuviera consigo una especie de lector humano.

Se encontró riéndose de aquello hasta que escuchó el móvil. El chófer estaba abajo esperándola.

Luego de un rápido saludo, fueron camino a la 5ta Avenida. A Leah le resultaba curioso cómo una ciudad tan grande como esa tuviera unas zonas tan contrastantes. Por ejemplo, en donde ella vivía, una zona más o menos residencial, repleta de coches y caos.

Ahora, estaban en uno de los lugares más concurridos por los ricos y famosos. Un sitio repleto de tiendas de diseñador, hombres y mujeres elegantes, cafés y restaurantes para los paladares más exigentes. Todo aquello era un mundo que le hacía sentir que siempre estaba fuera de lugar.

Despejó la mente cuando aparcó el coche.



-Aquí es señorita.

-Bien, muchas gracias.

Salió de coche y se encontró con la fachada de lo que parecía un restaurante de larga data. No obstante, se veía elegante por lo que le alivió saber que iba acorde con el ambiente.

Entró y le comentó al anfitrión que la estaban esperando.

-Claro, claro. El señor Reysiel. Por favor, pase adelante.

Ella bordeó la fila de mesas adornadas con velas y comensales que hablaban muy juntos. La música de fondo era el sonido de las copas chocando y de un hombre que tocaba alguna canción en el piano. Siguió hasta que él le señaló el lugar.

-Pronto me reuniré con ustedes para tomar su orden.

Rey se levantó de la silla y la miró con una sonrisa que ella no pudo descifrar.

-Bienvenida y gracias por venir, Leah.

Le tomó el abrigo y lo colocó cerca de ella.

-No conocía este lugar. Es precioso.

-Lo es, ¿cierto? Cada vez que puedo, vengo, siempre y cuando los negocios me den un respiro.

Ella sonrió políticamente, sólo a la espera de recibir la sorpresa. De repente, un mesero se acercó a los dos y les colocó los menús sobre la mesa.

-Ah, aquí sirven una langosta con salsa de orégano que es deliciosa. ¿Te gustaría probarla?

-Sí, claro, claro.

Todo estaba en italiano así que ella sólo podía inferir sobre los ingredientes y los platos. Se sentía más intimidada aún.

-También me traes el vino que te comenté hace rato, ¿vale?

-Por supuesto, señor.

Se retiró y quedaron de nuevo los dos. Solos.

Aunque lo ocultaba perfectamente, Rey estaba internamente emocionado y perdido entre la belleza de Leah. Sabía de la ansiedad de ella, pero le restó

importancia. Lo que había que destacar era cómo los ojos verdes parecían dos esferas de luz en medio de la noche. ¿De dónde pudo salir una criatura como esa?

Lo cierto es que, luego de esa reunión que lo tomó por sorpresa, sólo hizo que pensara más y más ella. Su mente estaba repleta de cada detalle que pudo observar durante esa charla de una hora. Así que estaba más que decidido cómo sería el método de pago para saldar esa ayuda que él tan amablemente le proporcionó.

-Bien, sé que tenemos un asunto pendiente así que no daré más rodeos. Pero primero, ¿pudiste resolver lo que necesitabas?

-Sí. No hubo problemas. La verdad es que no sabe el alivio que ha sido para mí. Gracias, de verdad.

-Pues, me alegra. Hablé con el administrador y me comentó que satisfactoriamente pudiste desvincularte de tu padre. Así que no habrá problemas en el futuro. Supongo que eso para ti también es otra buena noticia.

-Sí, sin duda.

Ella no pudo dejar entrever un poco de impaciencia. Sin embargo, Rey consideraba esto como una especie de juego, como si tomara todo el tiempo del mundo para jugar con su presa hasta el momento de decidir de devorarla.

-Es una suma importante de dinero, Leah. Aunque tengo lo que tengo, no quiere decir que menosprecie cada centavo. Así que, cuando hago una inversión importante, me gusta recibir algo del mismo valor... O incluso más.

-Entiendo...

-Estupendo. ¡Ah!, aquí viene la comida.

Un par de platos descendieron ante sus miradas. Por un lado, Rey estaba fascinado con los aromas y la presentación pero Leah ya estaba al borde de un colapso. Antes de dejarse llevar, respiró profundamente y pensó que era necesario mantener la compostura.

-Todo luce estupendo.

Ella concentró la mirada en la de él. Así que mantuvieron una especie de comunicación sin decir palabras. Rey tomó el cuchillo y el tenedor y picó un trozo de langosta recién cocida.

-La vida consta de placeres, Leah.

Siguió comiendo hasta que dejó los utensilios en el borde del plato.

-Lo que quiero es que seas mía. Mía de manera incondicional. Tanto así, que cuando si te pido que vengas a las 2:00 de la mañana, así lo harás. Mía a tal punto que seas mi esclava.

Ella no supo qué decir. Justo en ese momento, el mesero le servía un poco de ese vino prometido.

-Te gustará, lo sé.

No sabía a qué se refería exactamente. Así que tomó la copa con fuerza y dio un largo trago. Él sólo sonrió.

La cena transcurrió con un poco de tensión. Esta era, sin duda, una situación completamente nueva para él por lo que estaba disfrutándolo tanto como podía. Pero no era lo mismo en el caso de Leah. Estaba confundida, era como si tuviera una mezcla de sentimientos: alivio, miedo, desconfianza. Además, había otro pequeño detalle, era virgen y no sabía cómo lo tomaría él. Entonces, ¿qué hacer?

-Has estado callada y eso me preocupa un poco. Háblame.

-Eh... No sé muy bien qué decir. Supongo que estaba preparada para otra cosa. No lo sé.

-Tiene sentido, pero algo me dice que hay otra cosa que no has dicho. Venga, Leah. Somos dos adultos y podemos hablar con franqueza. Creo que lo he dejado bastante claro, no crees.

Él sonrió ligeramente. Ella tomó un poco de aire y lo miró fijamente.

-Soy virgen. Nunca he estado con un hombre, no sé aquello que habla la gente sobre la intimidad y temo que... Temo que esto afecte lo que hemos hablado.

Ahora quien no tenía nada que decir era Rey.

Permaneció en silencio ya que tenía la cabeza dándole vueltas. No entendía cómo una mujer como ella, tan bella, tan inteligente, no conociera las maravillas del placer y del amor. Esto, por si fuera poco, le produjo un morbo como nunca antes había sentido. Nunca tuvo la oportunidad de estar con alguien remotamente cerca.

-Vale. Entiendo lo que me dices. No te preguntaré al respecto ya que tendrás

tus motivos. Pero, ya que estamos en esta onda de confesiones, yo también tengo algo que compartir.

-¿Qué pudiera ser? –Se preguntó ella.

-Dominante, sumisa, esclava, BDSM... ¿Te suenan estas palabras?

Leah pareció un poco extrañada.

-Pues, la única referencia que tengo al respecto son los libros de El Marqués de Sade. Supongo que son cosas relacionadas.

-Pues sí. El término “Sadismo” viene de Sade. Pero supongo que ya sabías de eso. –Ella asintió- Bien, en pocas palabras, me gusta tener el control en la cama, Leah. Me gusta dominar y hacerle saber a la persona con quien estoy que soy yo el que tiene el poder. El poder de hacerte llegar las veces que me dé la gana, el poder de prohibirte algo, el poder de pedírtelo sin esperar una negativa.

-Comprendo.

-No comulgo con el control mental ni psicológico. Creo que eso es cruzar un límite muy peligroso, además innecesario. –Se acercó a ella lentamente- No haría nada que no quisieras porque todo, absolutamente todo, se habla y se llega a un consenso. Sería incapaz de hacerte daño... A menos que lo quisieras.

Leah observó una especie de fulgor en sus pupilas. Un brillo que actuó sobre ella como un imán. Su instinto le decía que lo intentara, que lo hiciera. No tenía nada que perder.

-... Así que no te preocupes. Los dos hemos compartido información sensible, por decirlo de alguna manera. Todos tenemos de eso, Leah. Todos tenemos esa oscuridad. No lo olvides.

Ella tragó fuerte tratando de asimilar todo lo que estaba pasando.

-Esto no es negociable. Lo sabes, ¿verdad?

-Lo sé.

-Lo único que te prometo es lo que te mencioné anteriormente. Respetaré tus límites y haré todo el esfuerzo para que entiendas este mundo. Soy un tío que sabe lo que hace. Te lo puedo garantizar.

En ese instante, su mano se posó sobre la mejilla suave y tersa de Leah.

-No comprendo cómo alguien como tú esté aquí conmigo. Desde que te vi, supe que las cosas cambiarían drásticamente en mi vida.

Ella no supo qué decir, así que Rey se acercó hacia sus labios y la besó dulcemente. Instintivamente, Leah se sobresaltó pero enseguida quedó bajo el placer de los besos de él. Sus bocas estaban fundiéndose en una sola hasta que ella sintió el calor de la lengua de Rey buscando la suya. La chupaba un poco, sólo un poco; suficiente para tentarla, para provocarla, para incitarla y llevarla hasta la locura.

El trance se rompió cuando él se separó un poco de ella.

-Podemos seguir esto en mi casa. ¿Qué dices?

-Está bien.

Alzó la mano para pedir la cuenta y esperó por unos minutos. Mientras, se dedicó a acariciarle la mano y mirarla... Más bien admirarla.

Salieron y se subieron al coche. El corazón de Leah latía a mil por hora, mientras que Rey estaba ansioso por poseerla. En el camino, no paraba de pensar en cómo sería tomarla entre sus brazos.

No quiso esperar más por lo que se acercó a ella para volver a besarla. Cuando supo que las cosas estaban calentándose, pisó el acelerador para ir más rápido. Podía sentir cómo el bulto de su entrepierna estaba volviéndose cada vez más y más duro.

Internamente, Leah estaba lidiando con un torbellino. Los besos de Rey la encendían. Incluso pudo sentir cómo el coño le palpitaba con fuerza. Por una parte, no supo muy bien a qué se debía todo aquello pero luego comprendió que era motivo de la excitación. Además de las palpitaciones, también experimentó el calor de sus fluidos. En ese punto, moría por tocarse... O que él hundiera la cabeza entre sus piernas.

Aparcó el coche en medio del silencio. Rey bajó para luego ayudarla, así que le abrió la puerta y le tomó la mano. Estaba conteniendo las ganas de tomarla con fuerza y dejarla sobre la cama. Pero no, ya habría tiempo para ello.

Por suerte, los dos estaban lo suficientemente excitados, así que no habría ese momento incómodo entre los dos. De hecho, a él le pareció extraño que no se sintiera así con ella. Más bien le daba una sensación de estar tranquilo y en confianza. Algo que indudablemente quería.

Marcó el código de la puerta y esta se abrió a los segundos. La belleza del lujo de la casa de Rey, aplastó un poco los ánimos de Leah. Le vino a la mente todas las penurias y el dolor que tuvo que enfrentar. Las incontables maromas para pagar, más las veces que tuvo que privarse de algún gusto.

Ahora estaba allí, con un hombre que la atraía como si este tuviera una especie de imán en el cuerpo. Cada caricia que le hacía, le recordaba que el sentido de la vida debía ser ese, el de unirse con otro y fundirse, perderse en los límites de la piel.

Él cerró la puerta y se encontraron con la mirada de la expectativa. Ella sonrió tímidamente, hasta que dijo:

-Lo siento, no sé muy bien lo que debo hacer. Todo esto es tan nuevo para mí que temo quedar como una tonta.

-Nunca quedarías como una tonta, Leah. Jamás... Y con respecto con lo de hacer, déjame que yo me preocupe por eso.

Puso sus manos sobre la cintura y la atrajo hacia sí. Volvió a besarla pero, esta vez, con una fuerza que sólo reservó para ese momento. Mordió sus labios, su lengua se adentró para encontrarse con la de ella. Fue inevitable escuchar los gemidos de ella, así como sentir la respiración agitándose. Un poco más, sólo un poco más y la tendría lista para él.

Siguieron entregándose, de pie y en medio de la sala oscura. Rey quiso tocarla aún más así que una de sus manos acarició la larga y suave espalda, mientras que la otra se quedó sobre esa cintura divina. Hubo un punto en que su propio ser iba a descontrolarse por lo que se separó de ella y la miró fijamente.

-¿Estás segura de esto? ¿Quieres continuar?

-Sí... Sí quiero.

Experimentó una ola de alivio que le hizo soltarse más. Así que usó un poco de esa fuerza contenida y la usó para desvestirla. Estaba desesperado por saber cómo serían sus carnes, cómo serían las texturas de su piel.

Encontró el cierre del vestido y lo bajó lentamente. Escuchó cómo este cayó al suelo mientras seguía besándola. Se apartó para verla y sintió como si hubiera descubierto un precioso tesoro. Los pechos eran pequeños pero adornados por pequeñísimas pecas que lucían como estrellas en el cielo. Su cintura fina servía de preámbulo de aquellas caderas anchas y las piernas largas. El

abdomen plano enmarcaba el coño que, a ese punto, debía estar suplicando por él.

Con sus manos, bajó las bragas de seda y miró la piel de ella erizándose ante el roce. Siguió besándola y acariciándola. Quería tratarla tan suave y dulce como era su aspecto.

Ella se apoyó de los hombros anchos y fuertes de él. Al acercarse, sintió el bulto duro entre sus piernas. Rey comenzó a quitarse parte del traje ya que sintió la ropa era la prisión que no lo dejaba expresarse como quería. Entonces, al tener sólo los pantalones, tomó a Leah entre sus brazos y la llevó hacia el piso superior.

A medida que subía los escalones, tuvo retener el impulso de llevarla hacia la mazmorra. Un lugar dedicado exclusivamente a darle rienda suelta a la imaginación, humillación y control. No, todavía no. Todavía faltaba para eso. Ya llegará el momento.

El oscuro pasillo avivó la ansiedad de Leah. Estaba asustada y sintió por primera vez la necesidad de irse de allí.

-Tranquila, todo está bien.

Se suavizó un poco por las palabras de Rey.

Él, como pudo, subió el interruptor para que la habitación quedara completamente iluminada. Ella dejó de mirarlo para observar en lugar en donde se encontraba. Le pareció una habitación acogedora y muy elegante, no podía esperar más de eso.

Depositó su cuerpo sobre la cama. Dejó que ella se acomodara mientras él se quitaba los últimos restos de ropa. Leah, quien estaba allí, mirándolo, estaba abrumada por lo que estaba experimentando.

Pareciera que su cuerpo sabía exactamente lo que tenía que hacer pero, por momentos, le costaba procesar todo lo demás. Su mente estaba un poco más atrás. En ese instante, sintió el calor del aliento de Rey.

-Deja de pensar tanto. Concéntrate en sentir.

Ella asintió y lo miró con timidez. Luego se encontró con la desnudez de su cuerpo. Indudablemente, se trataba de un hombre con una estampa que sería la tentación de cualquiera. Era tan blanco como ella pero su piel se moldeaba a las formas de los músculos que había ganado gracias al ejercicio.

Al ponerle un poco más de atención, no obstante, constató que también tenía algunas cicatrices. Supuso que fueron objeto de algún enfrentamiento. Ese tipo de hombre debía tener cualquier cantidad de historias al respecto.

Él se le acercó a ella con una actitud suave pero con una mirada que escondía un deseo indescriptible. Rey estaba indeciso porque sólo quería hacerle experimentar una serie de sensaciones.

Primero lo primero, como se trataba de una mujer muy diferente a la que había estado, procuró llenarla de besos... Y así fue. Primero en la boca y después el resto del cuerpo. A medida que bajaba, Rey sentía que estaba paseando por las fronteras de un mundo prometido. Cada roce de sus labios era garantía de que ella se estremeciera, de un temblor que denotaba miedo pero también placer.

Poco a poco, siguió así hasta que llegó a los huesos de las caderas. Estos se erigían sobre la piel como un par de mesetas y sus dedos eran los valientes exploradores en esa tierra virgen y deliciosa. Sus labios se detuvieron allí hasta que los llevó al coño. El calor que este desprendía le hizo abrir más la boca para encontrarse con el clítoris que ya estaba enrojecido y erecto.

Un primer toque fue suficiente para que ella gimiera con fuerza. La lamió con dulzura y paciencia.

Leah se sostuvo de las sábanas, era lo único que le recordaba que la ataba a la realidad porque de hecho, sentía que su cuerpo flotaba por los aires. No había forma de describir esa sensación. Era una mezcla de dolor y placer, una conjugación que parecía imposible que ocurriera... Pero así fue.

Cerró sus ojos y ablandó el cuerpo. Experimentó las caricias de ese hombre mucho más experimentado que ella, vivió cada sensación para que se quedaran grabadas en la piel y en la memoria.

Rey cada tanto se detenía para saber cómo estaba Leah. Sólo obtuvo las reacciones que quería puesto que observó en ese rostro puro y perfecto, ese enrojecimiento propio de la excitación. Así pues que siguió hasta que sintió que su pene no podía más. Estaba tan duro, tan firme, que prácticamente cualquier roce le haría explotar.

Se incorporó un momento para tomar un respiro. En ese momento, aprovechó para levantarse y buscar algo que sabía que sería un acto atrevido sobre todo para ella pero que su instinto le decía que valía la pena probar.

Buscó un par de cuerdas con textura suave, hizo que ella extendiera sus brazos



y por consiguiente, la sujetó a un par de postes no muy altos de la cama. Ella sintió un poco de temor pero era de ese que provocaba cuando toca experimentar cosas nuevas. Leah depositó su confianza en él, plenamente.

-¿Estás bien?

-Sí...

Volvió a besarla para calmarla un poco más. Después, echó su cabello hacia atrás para que los mechones no le interrumpieran la vista. Le sonrió y se montó sobre la cama para finalmente penetrarla.

Rozó primero el glande sobre su clítoris. Suave. Lento. Seguidamente, se acomodó para introducirse en ella. A medida que lo hacía, observó los gestos de dolor y los pequeños sonidos de incomodidad y excitación. Se aseguró que lo hacía con delicadeza, no quería lastimarla.

Ella cerró con más fuerza sus ojos. El dolor que sentía no era tan extremo como había leído en los artículos de Internet. Los foros de mujeres en los que tanto estaba en secreto, encontró cualquier tipo de descripciones. Tuvo miedo porque pensó que el sexo era una especie de tortura. Pero increíblemente no le pareció así.

Era una locura que un tío con un aspecto tan rudo y distante, tuviera las maneras correctas para tratarla, para cuidarla. Sus manos estaban fijas en el marco del rostro, sus ojos se concentraban en los suyos, la boca le regalaba un sinfín de besos. El dolor físico se mezcló con algo más que no pudo definir.

Un último empujón le hizo perder la virginidad por completo a Leah. Ella manifestó un gritito y dejó la tensión de las piernas. Estas rodearon el torso de Rey para que él estuviera más dentro de sus carnes. Sus manos atadas, buscaban acariciarlo en el vacío de los gestos. Ellos hicieron que sus cuerpos se convirtieran en uno solo.

No sólo era una experiencia única para Leah, sino también para Rey. El calor de su coño, la humedad, los aromas de su piel excitada, los ojos llorosos por el placer. Cada aspecto de esa intimidad se calaban también en su ser.

Esa intensidad abrasadora le hizo perder por un momento la compostura para llevar la fuerza de sus manos sobre las muñecas de ella, ejerciendo más presión. Era algo natural para él dejar en claro que era el Dominante en cualquier momento y situación.

Siguió follándola. A ese punto su pelvis hacía ese movimiento sensual hasta que lo hizo un poco más fuerte y rápido. Se sintió seguro de ir más lejos puesto que sintió que era lo ideal.

Sus manos fueron hasta sus muslos para abrirlos un poco más, de esta manera, ella lo sintió aún más. Gimió un poco más, mucho más en realidad. Estaba sometida a esos placeres y no sabía cómo iba a continuar sin desfallecer.

De repente, los muslos y piernas de Leah comenzaron a temblar. Rey lo interpretó como ella ya estaba lista para dejarse llevar por el orgasmo. Así que siguió dentro de ella pero hizo algo más. Humedeció un poco el pulgar y lo llevó hasta el clítoris. Una doble estimulación que le hizo sentir a ella una especie de electricidad que la consumía poco a poco.

Desde la planta de los pies hasta la última hebra de cabello. Leah albergaba una especie de bola de fuego. Quería hacérselo saber y lo hizo por medio de los gemidos y los gritos. Él, mirándola con la lujuria, sonrió y comenzó a desatarla con rapidez. Quería liberarla.

Al hacerlo, ella buscó aferrarse a sus hombros y se quedó allí hasta que abrió la boca para decir algo aunque no pudo. Finalmente se dejó vencer y un chorro de líquido empapó el pene de Rey.

Temblando aún, Leah se quedó en la cama admirando a Rey. Él quiso hacerle lo que consideraba un regalo, así pues que esperó un poco más, extrajo su miembro y explotó sobre su torso suave. Las gotas de semen se esparcieron hasta llegar incluso al nacimiento de su cabello. Era un espectáculo para sólo para sus ojos.

Poco a poco, extrajo su miembro de ella. Leah sintió un poco de dolor pero luego alivio. Sin embargo, tenía ganas de continuar. Acalló el deseo y esperó a que Rey se levantara. Él, antes de hacerlo, volvió a tomarle el rostro con delicadeza.

Rey tomó las cuerdas y se las llevó consigo en el mismo sitio en el baño. Las dejó en un pequeño cajón y buscó entre las cosas, algo para limpiar. Al mirarse al espejo, se sorprendió no encontrarse con una sensación de premura o incomodidad. Más bien estaba tranquilo. La compañía no lo perturbaba sino más bien le agradaba. Ella le hacía sentir conforme.

Se encontró con ella quien todavía estaba cansada. Se acercó suavemente y limpió todo lo que pudo. No obstante, le extendió la mano y la llevó hacia la

ducha.

Leah no tenía palabras, así que prefirió mantener el silencio. Se adentró en la ducha y esperó pacientemente para reunirse con él. Rey abrió las llaves y dejó salir el agua caliente que sirvió para que los dos se relajaran. Entre las gotas y las manos de Rey, Leah estaba siendo cuidada como nunca. Por un momento pudo olvidar todos los problemas que sufría y que todo aquello se trataba de una deuda. Más bien se sentía lo contrario.

Rey le enjuagó el cabello y la piel. Le rozó con una esponja con un jabón suave. Ella, mientras, se mantuvo en su regazo en todo momento. Gracias a la intimidad que se formó allí, los dos comenzaron a besarse de nuevo, a tocarse y a mirarse como queriendo retomar lo que dejaron en la cama.

La boca de Rey fue hacia el cuello de Leah, quien a su vez, lo sostenía del cabello. Sus manos la tomaron por la espalda y cintura, hizo que los dos se acercaran aún más. Siguieron besándose hasta que él la cargó de repente y la colocó sobre la pared. Tuvo el cuidado de plantarse bien, no quería que sucediera algún accidente.

Como pudo, acarició los labios vaginales y el clítoris. Masajeó un poco hasta que escuchó los gemidos de ella. Al final, su pene, ya duro como una roca, lo introdujo de nuevo en ese maravilloso mundo.

Esta vez sí imprimió un poco más de fuerza. Al tenerla allí, al presionarla contra la pared, tuvo más control sobre los movimientos. De nuevo, salía a flote su ser Dominante.

Colocó su cabeza sobre el cuello de ella mientras la follaba. Las piernas de Leah rodeaban su torso con fuerza, tanto para mantener el equilibrio como para aferrarse a él. Tanto como pudiera.

En ese punto, ella no sentía dolor ni incomodidad. De hecho, las embestidas de Rey le hacían sentir que lo quería con más fuerza, con contundencia. Poco a poco descubría que le gustaba eso de ser dominada y controlada. Por supuesto, había mucho más que aprender.

Leah gemía en el oído de él por lo que Rey sentía la urgencia de adentrarse más y más, sin embargo, aquello también lo desesperaba, a tal punto, en que se concentró en la sola idea de correrse en el rostro.

Como era una idea que se estaba volviendo casi en una obsesión, para dejarla a un lado, la bajó y le hizo arrodillarse. No hizo falta palabras para hacerle

entender lo que tenía que hacer. Entonces Leah tomó con cierta timidez el pene de Rey. Lo hizo desde la base y lo miró por un momento.

Quedó fascinada por las venas, los relieves de su piel, el glande húmedo por el agua y por sus fluidos. Por instinto, llevó sus dedos hasta allí y acarició suavemente, aprovechando la viscosidad. Supo que lo hacía bien cuando alzó la mirada y lo encontró mordiéndose los labios. Volvió a concentrarse en lo que tenía en sus manos y hasta sintió cómo él le sostenía por el cabello con fuerza.

Así pues que sin más preámbulos se lo llevó a la boca. Luego de un beso, ella lo introdujo lentamente dentro. Dejó caer sus manos y las apoyó sobre los muslos. Su cabeza hacía un movimiento suave y uniforme, hasta que se encontró más segura de sí misma y lo hizo con un poco más fuerza.

Él la tomó después para que fuera más profundo. Al lograrlo, exclamó un gemido tan sexy que hizo sonreír a Leah. Ella, internamente, también descubrió que disfrutaba dar placer con su boca, no sólo por los gestos de él sino también por las sensaciones que percibía entre sus labios. Desconocía que, además, esto era uno de los tantos gestos de sumisión.

Continuó hasta que él volvió a tomarla. Quería metérselo con urgencia por lo que hizo que quedara de espaldas a él. Las manos de ella se apoyaron sobre la pared, haciendo que se arqueara la espalda y expusiera un poco las nalgas.

Estas se veían suaves y muy provocativas. Rey, al verla así, aprovechó para darle unas cuantas nalgadas. Al principio, lo hizo con suavidad pero luego lo hizo con fuerza, haciendo que se marcara la palma de la mano.

Al terminar, se apoyó de sus caderas y lo empujó con fuerza. Leah exclamó un fuerte grito que incluso hizo que casi perdiera la fuerza de sus piernas. Follaron con la intensidad de dos personas que se desearon desde un principio, como si fueran amantes que se reencontraban luego de pasar tiempo separados. Eran un par de almas que por fin se hallaron para compartir ese instante. Sus vidas estaban destinadas a eso.

Al mismo tiempo, gimieron desde la visceralidad del sexo. Leah se sostuvo de una de las manos de Rey y él hizo lo mismo pero desde sus caderas. Enterró aún más las manos en ese cuerpo que le volvía loco.

Aún en ese trance de locura y lujuria, Rey se acercó a ella para decirle algo muy corto pero contundente:

-Lo harás cuando yo diga... Vamos. Aguanta un poco.

Sabía que estaba jugando con fuego, ella todavía tenía una serie de sensaciones por experimentar por lo que esto era un riesgo. Pero qué más daba, le serviría de muestra para que viviera algo que no había tenido oportunidad. Algo que, de paso, le ayudaría a comprender las dimensiones entre la relación que estaba formándose entre los dos.

Leah estaba al borde de la desesperación. Aunque sabía que su deber era acatar la orden de su nuevo Amo, no sabía cómo lo iba a lograr. En definitiva era algo imposible.

Cerró los ojos para esperar, para concentrarse en que no debía hacerlo ahora sino después, cuando él quisiera.

-Así es... Así es. Muy bien.

Escuchó en uno de sus oídos. O pensó que había escuchado. A ese punto no lo tenía muy claro. Aunque parecía que lo tenía controlado, realmente no era así. Volvió al principio y a las ganas de explotar. No podía contenerse más.

-Por favor... Por favor.

-Te dije que esperaras.

Le dio una nalgada que le hizo retorcerse un poco.

-Tienes que entender que yo soy quien manda.

-Sí...

-¿Sí qué?

-Sí, señor.

-Muy bien.

Como castigo, llevó uno de sus dedos y lo posó sobre la vagina. La frotó con fuerza e incluso le dio unas cuantas palmadas. Paralelamente, Leah se estremecía cada vez más. Esos estímulos ciertamente sólo la desesperaban aún más.

El método pareció funcionar. Por lo que Rey siguió penetrándola con fuerza hasta que finalmente pronunció las palabras mágicas.

-Hazlo... Córrete que sé que lo quieres.

-Sí... Oh Dios, sí...

Lo hizo con más fuerza aún y así, en un instante, ella se corrió de nuevo con él adentro. Fue tan intenso que casi cayó al suelo de no haber sido por los reflejos de su Amo. Él la sostuvo tanto como pudo hasta que también eyaculó. Los hilos de semen dibujaron cualquier serie de patrones sobre su espalda e incluso el cuello.

Por suerte, estaban todavía en la ducha por lo que terminaron de bañarse y salieron. Rey encontró una bata y se la colocó suavemente.

-Espera un momento. –Le dijo.

Después de varias horas, Leah finalmente se vio en el espejo. Estaba todavía agitada, con hambre pero feliz. Extrañamente feliz. Se sorprendió un poco al darse cuenta que había perdido la virginidad con uno de los hombres más poderosos de la ciudad.

Por si fuera poco, a pesar de aquella fama de tipo intimidante y mujeriego, criminal y peligroso, Rey se presentó ante ella con una personalidad diferente. Quizás se debió a que este fue su primer encuentro. De seguro las cosas cambiarían con el paso del tiempo.

Él procuró de acomodar el cuarto. Cambiar las sábanas por unas nuevas y recoger la ropa. Sin saber muy bien por qué, estaba empeñado en hacer un ambiente más agradable y cómodo para Leah.

-Ven.

La llevó de la mano de nuevo a la cama.

-¿Tienes hambre? ¿Se te apetece algo?

-Sí... Creo que hasta había olvidado que tuvimos una cena copiosa.

Los dos rieron.

-Tienes razón. Déjame bajar un momento y te preparo algo, ¿quieres?

-Sí, pero, ¿puedo acompañarte? Me da un poco de temor estar sola.

Rey se conmovió por la respuesta y asintió.

Él tomó un par de pantalones de pijama y una franela; y se dispusieron a bajar hasta la cocina. Ya no hubo nervios ni tensión. A Rey le pareció irónico que esa sensación de soledad que le producía el refrigerador lleno, ahora había

desaparecido. Tenía tantas opciones que no sabía por dónde comenzar.

-A ver, tengo pan, queso... Mmm, frutas... Yogurt. Cerveza y un paquete de fideos instantáneos.

-Creo que el yogurt y frutas estarían bien.

-Excelente. –Sonrió.

Rey no estaba acostumbrado a tener visitas y menos servirles. Más bien lo hacían a él y en ambientes más formales. La situación de ese momento fue toda una sorpresa, sin duda.

- Aquí tienes.

-Vaya, estas fresas y duraznos se ven muy frescos... Y deliciosos. ¿En dónde los compras?

-Te mentiría si te dijera un lugar. En realidad las compras las hacen por mí.

-Entiendo.

Ella se llevó degustó un bocado.

-Sí, exquisito.

Él se sentó frente a ella mientras comía. Todos los placeres del mundo no se comparaban a ese momento. Ni un poco.

-¿Estás bien?

Leah no pudo evitar sonrojarse.

-Sí... Lo estoy. Gracias.

-Cuéntame. ¿Qué tiene tu madre?

-Tiene cáncer de estómago. Pasó años ocultando la enfermedad hasta ahora. Todo se puso peor después de enterarnos que mi papá puso una hipoteca en la casa como garantía para pagar sus deudas. Allí no hubo punto de retorno. – Miró el envase de yogurt- Creo que es la primera vez en mucho tiempo que no pienso en los problemas. Y si te soy sincera esto me hace sentir culpable.

-¿Por qué?

-Porque se supone que debo estar con ella, cuidándola.

-Tienes que tener momentos para ti también, Leah.

Se sintió extraño en darle un consejo a alguien tan diferente a él. En el poco tiempo que tenía conociéndola, Leah representaba el extremo opuesto. Era honesta, dulce, dedicada. Cada gesto suyo le hizo comprender que no quería mancharla con las atrocidades del mundo que pertenecía.

-Lo sé. Pero así son las cosas.

-No pienses en ello.

-¿Por qué BDSM?

Él no supo qué responder en un momento, hasta que tragó fuerte.

-No lo sé. Supongo que tiene que ver con el hecho de que siempre me ha gustado tener el control de las cosas. El dominar. No sólo en la intimidad sino también en todos los aspectos de mi vida. Es una especie de necesidad. No sé si me entiendes.

-Perfectamente.

-Pues, así es. Gracias a ello pude escalar poco a poco. Ganar el respeto de los personajes más turbulentos de la ciudad y hacerme un nombre. Inicialmente quería salir de la miseria y obtuve mucho más que eso. Por eso no me costó entender la situación en la que te encontrabas. Sé lo que es estar en un callejón sin salida.

Era la primera vez que desnudaba una verdad de esa manera. Dejó entrever un aspecto muy oscuro de sí mismo a una completa desconocida. Leah lo miró en silencio.

Estuvieron un rato así, compartiendo una especie de comunicación sin palabras. En otras ocasiones, él siempre tenía el impulso de alejarse pero esta vez no quería. Pudo haber congelado ese instante de poder hacerlo.

-Vamos a descansar.

Ella se levantó del desayunador y volvieron a subir las escaleras. Al acostarse sobre la cama, cerraron los ojos compartiendo los mismos sentimientos: confusión y alegría.



## VII

Luego de esa noche intensa, Rey tuvo que ausentarse por los negocios. Leah tomó sus cosas y la llevaron a casa. En el trayecto, recibió un mensaje de él diciéndole que pronto se verían, así que estaba como en una nube.

Al llegar a casa, tomó un baño, se cambió y fue al hospital. Aunque estaba de muy buen humor, tuvo el presentimiento de que las cosas no estaban tan bien.

Antes de entrar a la habitación, un médico le detuvo para decirle que tuvieron que inducirle el coma. Al parecer, el tratamiento fue inútil por lo que los síntomas se agravaron. Sólo le dieron un pequeño porcentaje de mejoría.

Leah se sentó sobre la cama junto a ella. Aunque estaba preparada para una noticia de este tipo, no pudo evitar las lágrimas. Lloró profusamente, en el silencio de la habitación, escondiendo el dolor que esa pérdida le podría causarle.

Se arrepintió por no haber pedido ayuda antes y por creerle las veces que le decía que estaba bien. Su madre soportó y aguantó todas aquellas palabras por largos años sin darse cuenta del daño que estaba causándose.

Permaneció allí un buen rato.

## VIII

Rey miró el libro de cuentas con atención. Subrayó algunos números importantes y continuó leyendo. Aparentaba estar concentrado hasta que su mente quedó interrumpida por la imagen de Leah sobre su cama. El cuerpo de ella moviéndose debajo del suyo, las palabras y los gemidos que se escurrían de su boca perfecta.

Los detalles se avivaron a tal punto que no pudo soportar la idea de aguantar más tiempo sin ella. Así que dejó los lentes sobre el escritorio y tomó el móvil. Tecleó velozmente para decirle la urgencia que tenía por verla. Al poco tiempo, Leah respondió y quedaron en verse en el piso de ella. Antes de irse, revisó que tuviera consigo algo que quería usar para ese encuentro.

No tardó demasiado tiempo en dar con la dirección. Incluso olvidó que Nueva York era una ciudad increíblemente grande y que eso traía los contrastes típicos de un lugar como ese. El vecindario en donde ella vivía era más terrenal y sin los lujos típicos de los ricos.

Al aparcar el coche, encontró la figura de Leah quien lo esperaba a pocos metros. Se bajó y fue directo a su encuentro. No obstante, pudo notar el rostro compungido de ella.

-¿Qué ha pasado?

-Mi madre.

Fueron al piso y Rey se encontró en una dimensión. El lugar lucía mucho más familiar y cálido a diferencia de su casa. Miró las fotos familiares y hasta un par de dibujos infantiles que hizo Leah cuando era pequeña. Siguió paseándose hasta que ella le invitó una taza de café.

-Está en coma. Los médicos dijeron que el tratamiento no funcionó. Siento que el mundo se me viene encima.

-Lo siento. Lo siento muchísimo de verdad.

Realmente lo lamentaba sobre todo al ver los ojos llorosos de Leah. Por primera vez se sintió impotente. Ante esto, le tomó las manos y le dijo:

-Mejor me voy. No quiero ser una molestia.

-No, no. Quédate. No quiero estar sola, por favor.

Ella se sentó sobre sus piernas y se aferró a sus hombros, acurrucándose un poco.

Estuvieron así un rato hasta que ella lo miró fijamente. Observó el brillo de los ojos y hasta pudo leer las ganas de estar juntos. Entonces le tomó el rostro y lo besó suavemente.

-Quiero estar contigo así...

Él aprovechó para sostenerla con fuerza y responderle el beso. No quería aprovecharse de la situación por la que estaba pasando así que le preguntó:

-¿Estás segura?

-Siempre.

Siguieron tocándose y acariciándose como si no hubiera un mañana. Rey se levantó de la silla para abrazarla y abarcar su delgado cuerpo. Estuvieron de pie hasta que ella le tomó la mano y lo guió hasta la habitación.

Al encontrarse allí, siguieron besándose hasta que Rey comenzó a desvestirla poco a poco. Quedó desnuda y ella hizo el gesto de hacerle lo mismo a él.

-No. Tú te arrodillas.

Ella asintió y le hizo caso. Él, por su parte, se quedó de pie aún vestido. Comenzó a quitarse el traje salvo por los pantalones. Al quedar el torso despejado, le miró con severidad:

-Chúpalo.

Con gesto delicado, bajó el cierre del pantalón. Mientras lo hacía, sintió la dureza de su bulto por lo que aprovechó masajearlo un poco. Lo provocó aún más hasta que él le sostuvo el cabello con fuerza.

-Hazlo.

Finalmente lo hizo. Sus labios primero acariciaron la base hasta la punta. Con suavidad y dulzura. Más tarde, lo tomó con firmeza para llevárselo a la boca. Se lo introdujo y degustó otra vez ese pene delicioso. Le gustaba tenerlo dentro y empapararlo con su saliva.

Se lo sacaba y se lo metía con fuerza. Mientras lo hacía, él estaba impresionado por la habilidad que había adquirido y por la pasión con que lo chupaba. Instintivamente, la sostuvo con más fuerza para follarla por la boca. Quería hacerla suya por todos los lados.

-Ahora mastúrbate así. Mientras me lo chupas.

Ella bajó la mano hasta su vagina y comenzó a tocarse al mismo tiempo que lo lamía. Se daba unos cuantos golpes sobre el clítoris y gemía de placer. Rey, mirándola desde su posición, se excitó aún más.

Cuando sintió que ya no podía soportarlo, la colocó de pie y se apartó para sacar un pequeño collar de cuero con pequeños tachos de metal. Se lo colocó rápidamente y conectó una cadena corta del mismo material de los tachos. Lo tomó con una de sus manos e hizo que caminara hasta la cama.

-En cuatro.

Se posicionó sobre su cama y esperó lo próximo que vendría. Él terminó de quitarse las últimas prendas y quedó de frente a ese vista tan placentera. Permaneció un rato allí hasta que se arrodilló y comenzó a lamerla desde atrás.

Rozó su lengua desde los labios vaginales hasta el ano. Saboreó y disfrutó de la textura de aquel botón perfecto. Sus dedos ansiosos por jugar, también la acariciaron al mismo tiempo que la devoraba.

Apretó las nalgas, las juntó más, enterró la cabeza para perderse en ella. La fuerza que le imprimió sus caricias la transportaron a otro lugar. Al terminar, se levantó y sostuvo de nuevo la cadena. La haló hacia sí y ejerció un poco de presión, como buscando jugar con su respiración.

Ella hizo un esfuerzo por levantarse un poco por lo que arqueó la espalda un poco más. En ese momento, sintió cómo el pene de Rey se adentró entre sus carnes, abriéndose paso con fuerza y determinación.

La folló como un animal salvaje, la dominó como quiso hacerlo desde un principio. Aunque todavía tenía ciertas reservas.

Siguió penetrándola, sosteniéndose de las carnes de sus caderas, de la piel. Leah estaba perdida en las sensaciones que experimentaba. Era la sumisa de Rey, o al menos así se sentía.

Él cambió de posición, se sentó sobre la cama e hizo que ella lo hiciera sobre su pene. El rostro de temor de Leah le hizo decirle:

-Tranquila...

Le besó y le ayudó a descender sobre su regazo. El pene erecto fue

adentrándose en la vagina de Leah. Ella no pudo creer que lo sintiera más en esta posición. Estaba tan excitada que casi perdió el equilibrio, por lo que Rey le haló la cadena para hacerla reaccionar.

Al ya acomodarse, Leah esperó un momento para moverse. Su inexperiencia la hizo sentir un poco intimidada pero gracias a la excitación, dejó de pensar en ello para concentrarse en el placer que quería sentir y hacer sentir. Sus caderas comenzaron a moverse, el ritmo lo impuso la cintura.

Rey la ayudaba al apoyarse en una de sus nalgas. Hacía que ella fuera adelante y hacia atrás, rápido o lento, todo según cómo se sintieran los dos. De repente, Leah se separó un poco de él para colocarse en cuclillas. Comenzó a dar pequeños saltos en medio de la euforia.

Ella enterró sus uñas sobre los hombros de Rey, él gimió del dolor pero le gustó ver cómo ella se encontraba más y más suelta. Así que también dejó libre un poco su salvajismo y procedió a tomarla por el cuello. La sostuvo con fuerza, apretándola un poco para asfixiarla. Aquel juego le resultaba increíblemente excitante para él.

Siguió saltando hasta que volvieron a cambiar de posición. La colocó sobre la cama y la miró fijamente.

-¿Tienes una vela y un encendedor?

Ella pareció sorprenderse.

-Eh... Sí, sí. En la cocina.

-No. No te muevas. Yo iré por las cosas.

Rey se levantó de la cama con prisa. Buscó como si la vida se le fuera en ello. En ese instante, encontró los dos objetos muy juntos, como si estuvieran esperándolo.

Finalmente fue de nuevo a la habitación y habló con severidad.

-Probemos esto. Recuerda, si no te sientes cómoda, avísame que me detendré.

-Sí, señor.

Le gustó saber que ella todavía estaba en modo sumisa. Así pues encendió la vela y puso a sus dedos a jugar con la llama. Dejó de hacerlo hasta que observó la cera acumulándose. Esperó un poco más. Dejó el encendedor cerca y la miró.

-Recuerda lo que te dije.

-Sí, señor.

Con cuidado, vertió un poco de la vela sobre una de sus piernas. De inmediato, escuchó el quejido de dolor de Leah. Continuó al ver que podía soportar un poco más. Volvió a verter en la otra extremidad y se encontró conforme con las marcas rojas que se estaban formando en la piel.

Al ver sus piernas, tuvo la tentación de hacer lo mismo sobre el torso y hasta los pechos. Lo hizo con delicadeza puesto que la intención era causarle la combinación perfecta entre dolor y el placer.

Después dejó la vela sobre una mesa que tenía cerca, admiró lo que había hecho con su cuerpo. La fijación de marcarla se volvió casi en una obsesión. Así que se encontró satisfecho con lo que hizo.

Leah le miró suplicante, quería más de él. A ese punto, Rey actuaba como una especie de droga para ella. Nunca era suficiente.

Rey hizo que se levantara para llevarla a una pared. Ella estaba mentalmente entregada a su hombre. Le abrió las piernas estando de pie. Se colocó frente a su rostro y comenzó a masturbarla con fuerza. Introdujo sus dedos hasta que por fin escuchó el líquido que comenzó a expulsó su coño.

Ella puso los ojos en blanco a medida que sentía las caricias. Rey se puso de rodillas sin dejarle de mirar. Abrió su boca y comenzó a comerla. Leah, impresionada, sólo le restó responderle con gemidos y gritos. Ciertamente la boca y la lengua de Rey no tenían igual.

Las lamidas se volvieron intensas por lo que ella comenzó inmediatamente a suplicar.

-Por favor... Por favor.

-Espera un poco más.

Siguió comiéndosela hasta que por fin le ordenó que se corriera. Rey concentró los ojos a los de ella y sintió como su coño expulsó los líquidos gracias al orgasmo. Su cuerpo tembló cada vez más. Esa intensidad le hizo también que se le erizara la piel.

La tomó entre sus brazos y la llevó a su cama. En silencio, se acomodó sobre la misma superficie a la altura de su cintura, de tal manera que su pene quedó

frente a ella, muy cerca de su cara.

Él comenzó a masturbarse poco a poco hasta que tuvo una serie de espasmos que le dieron a entender a Leah que Rey estaba cerca de tener un orgasmo. Finalmente, expulsó aquellos fluidos que cayeron en los labios y rostro de ella. Leah, también contagiada por el éxtasis de él. Relamió sus labios.

Optaron por acostarse uno junto al otro en la habitación de Leah. Rey tuvo la oportunidad de observar aquel microuniverso que era ella. Las paredes blancas decoradas con afiches de películas y portadas de discos.

El pequeño clóset de madera con puertas corredizas cerradas salvo por un pequeño espacio que dejaba entrever un poco la ropa que solía usar. Le llamó la atención que, considerando que tenía un cuerpo que envidiarían algunas mujeres, ella se sentía más cómoda usando jeans y zapatillas deportivas.

Detalló la organización de sus libros y de algunos objetos geeks. Un escritorio con una laptop viajera y un par de cuadernos y lápices. Todo limpio pero con la sensación de que estaba así más por desuso.

Ella apoyó la cabeza sobre el pecho desnudo de Rey. Por primera vez se sentía segura. De hecho, los dos se sentían así.

## IX

-Tenemos un problema grave. El fisco nos está siguiendo los pasos. El pago que hicimos no sirvió de nada. Además, retuvieron una mercancía en la aduana estatal. Eso podría representar una pérdida importante durante este mes.

Los ojos de Rey estaban concentrados en los informes que tenía sobre el amplio escritorio.

-¿Qué han dicho los congresistas?

-Que nos apoyarán tanto como puedan.

-Gilipollas.

Los negocios no estaban pintando bien. Desde hacía un par de meses, Rey detectó una fuga de capital y la lenta respuesta de sus contactos en la policía hacía todo más engorroso. Por si fuera poco, recibió una especie de propuesta que más bien sonó a oferta que debía tomar. Surgió un comprador interesado en el casino.

Por varios años, permaneció blindado por las relaciones con políticos y policías. Sin embargo, sintió que lo estaban dejando solo. Por suerte, era un hombre que solía tener una opción bajo la manga.

Aunque eran noticias amargas, no podía quitarse a Leah de la cabeza. El pequeño asomo de su rostro y sus maneras, le proporcionaba cierta esperanza. Se alejó un poco del escritorio y miró uno de los cajones. Allí guardaba el collar que le quería dar como símbolo de la unión Dominante y sumisa. Ahora, con todo lo que estaba pasando, no sabía cuándo se le presentaría esa oportunidad.

Tanto él como su mano derecha, permanecieron sentados pensando en la próxima estrategia. Las cosas estaban tomando color de hormiga.

Se levantó con decisión y miró fijamente a su administrador.

-Tenemos que llegar al fondo de esto.

Los dos extrajeron un gran archivo con los documentos de transacciones anteriores. Desde el primer día en que Rey comenzó el casino, el plan era lavar el dinero que había logrado por medio de la venta de drogas. Al terminar, ya no tuvo la necesidad de mezclarse con ese negocio por lo que



restauraría su imagen con un establecimiento legítimo.

No obstante, fue objeto de investigaciones del fisco y hasta de la policía federal. Pasó varios años evadiéndolos y disfrazando las cifras. A pesar de todo el cuidado que puso, no obtuvo los resultados que quería.

Tras varias horas de encierro y una botella de Jack Daniel's, Rey se detuvo frente al ventanal que le permitía ver al resto del casino. Respiró profundo y miró ese prendedor de oro que tenía en el traje como siempre.

-Creo que tendremos que tomar medidas drásticas.

## X

Tras largos años de lucha, de silencio y dolor, la madre de Leah murió durante la madrugada. Ella quiso pensar que ese coma en el que estuvo en los últimos momentos, realmente se trató de una transición hasta que encontró la paz, finalmente.

Permaneció sentada sobre la cama, mirando la nada, queriendo abrazarla por última vez. Lloró en silencio y, a medida que lo hacía, sintió que la aplastaba la realidad. La sensación se incrementó más cuando tuvo que buscar sus cosas.

-Querida, te ayudaremos con los arreglos del funeral. No te preocupes.

-Lo lamento mucho.

-Ella ya se encuentra en un lugar mejor.

Las palabras que le decían le parecieron vacías. Un acto cortés que la gente hace en situaciones como esa. Ahora, más que nunca, necesitó de Rey. Ansiaba refugiarse en sus brazos y así olvidarse del mundo.

Fue a casa en el mismo autobús que solía tomar. Posiblemente sería la última vez que lo haría. En él, iba cualquier cantidad de personas, algunas con la misma expresión de ausencia que de ella, mientras que otras preferían olvidarse del mundo a través del paisaje que veían en la ventana. Ella sintió que el mundo se frenó de repente pero que al mismo tiempo seguía. No tuvo palabras para definir exactamente a qué se debía eso.

Bajó en la parada con una pequeña caja de cartón. Allí se encontraban las batas de flores que le compró, un par de paquetes de galletas, una botella de agua a medio tomar, un libro, un foto en donde salían las dos sonriendo forzosamente y unas flores que le había llevado para levantarle el ánimo. Su madre estaba allí y al mismo tiempo no.

Abrió la puerta del piso y el lugar se sintió increíblemente grande. Respiró profundamente y se dejó caer en el suelo. Para colmo, su padre trató de comunicarse con ella; insistiéndole en un encuentro que Leah veía innecesario. No tenía ganas de actuar con decencia y menos con la persona que le produjo tantos dolores de cabeza.

Se quedó allí hasta que escuchó el pitido del móvil. Lo ignoró por un

momento, no quiso saber de él hasta que el sonido persistía en el ambiente. Se levantó de mala gana. Lo tomó entre sus manos y lo revisó. Al ver la pantalla, sintió una especie de ola de alivio. Rey quería estar con ella.

*“Quiero verte. ¿En dónde estás?”*

Deseó que no fuera en esa casa, ya que la no la sentía como suya. Todo lo que veía era su madre.

Quedaron en verse en un café a unas pocas calles. Como era fin de semana, era normal ver un mar de gente que iba y venía. Mientras caminaba, observaba a la gente que pasaba junto a ella. Las risas, las sonrisas, las conversaciones casuales, las agarradas de mano, los helados y los gestos de alegría de los niños. Cada cosa se sentía como un golpe directo al estómago.

Tenía claro que aquello sucedería. Se convenció a sí misma que quizás esa era la solución. Sin embargo, era una situación diferente el pasar por la situación. La mente aún tiene que procesar tanto y el cuerpo también. La sensación de vacío era tan grande que tuvo que sentarse en un banco al mismo tiempo que hacía un esfuerzo por no derrumbarse ahí mismo.

Rey dio con ella desde la distancia. El instinto le dijo que debía acercarse a ella lo más pronto posible porque algo estaba mal. Atravesó velozmente la calle y la gente. Al final, se sentó suavemente a su lado.

-¿Qué pasó?

Ella, giró los ojos para encontrarse con los suyos.

-Ha muerto.

Se quedaron en silencio en medio de la algarabía. Leah le resultó irónico que se encontrara en tal situación cuando por dentro estaba destrozada.

Él se colocó a su lado y ella le respondió apoyando su cabeza sobre el hombro. Permanecieron así un buen rato.

Cuando el sol comenzó a ocultarse en el horizonte, Rey se levantó y le extendió la mano.

-Vamos a mi casa.

Ella la tomó y caminaron más hacia el centro. La noche también daba paso a la celebración y el ánimo de los dos era lo opuesto. Se subieron al coche de él, y comenzaron el camino hacia la gran casa.

Rey estaba preocupado por ella. Por lo general, Leah tenía un espíritu animado y optimista, sin embargo, esa no era la ocasión. De hecho, tenía la vista hacia la ventana, como si afuera se encontrara algún tipo de respuesta.

Por otro lado, él también tenía sus propios problemas y no sabía si sus planes representaban una buena idea. Mientras tomaba el volante, reflexionaba sobre la decisión que había tomado horas antes. Por más vueltas que le daba, estaba seguro que era la mejor opción; así que sólo le restaba concentrarse en los momentos que compartiera con ella.

En poco tiempo, aparcaron frente a la casa. Bajaron en silencio y se adentraron como de costumbre, salvo que esta vez no había hambre de cuerpos, ni pasión. Más bien existía una especie de dolor compartido y quisieron mantenerlo así.

Leah, apenas cruzó el umbral, sintió como si el peso del mundo cayó sobre sus hombros. Las piernas no podían más y justo en ese momento, Rey se ofreció para llevarla.

Subieron las escaleras y se encontraron en la habitación de él. Dejó que se acostara sobre la cama y que permaneciera allí. Él bajó de nuevo para darle un trago, de alguna manera así se sentiría mejor consigo misma al percibir el calor del licor bajando por su garganta. Gracias a que la noche estaba un poco fría, le sirvió un brandy que guardaba para momentos críticos y este era uno de ellos.

Lo calentó un poco y lo sirvió en una copa. Subió y la encontró sentada con la expresión neutra.

-Toma esto. Te hará bien.

Ella asintió y bebió un trago. El calor del brandy la abrasó y le hizo sentirse mucho mejor. Tomó el resto y dejó la copa en una mesa que tenía cerca. Volvió a apoyarse sobre los hombros de Rey.

-Gracias.

Alcanzó a decirle con una voz débil. Él le acarició el cabello y el rostro. Llegó a ver una lágrima que le corrió por la mejilla. Se sintió aplastado por aquella muestra de tristeza. Estaba tan acostumbrado a la dureza de su ambiente, que se olvidó que existía la vulnerabilidad. Incluso en sí mismo.

-Quiero darte algo.

Ella se incorporó.

-¿De qué se trata?

Rey se levantó de la cama y fue a la mesa que se encontraba en el otro extremo. Extrajo una pequeña caja, esa misma que guardó en la oficina y que pensó mientras revisaba los estados de cuenta. Finalmente, decidió dárselo para recordarle el compromiso que habían adquirido. Para Rey, hacía rato que aquello dejó de ser el pago de una deuda, de hecho se convirtió en algo más.

Se acercó a ella, abrió la caja cuadrada y le mostró lo que había en el interior: un collar fino y dorado.

-En el BDSM, esto significa que la relación entre el Amo y la sumisa es oficial. Es un vínculo que nada ni nadie podrá romper a menos que ellos lo decidan. En cada momento que estuve contigo, sentí una conexión como nunca antes y siento que esta es la mejor decisión para los dos. Además, Leah, esto no se limita en la cama, también es un compromiso que personalmente quiero llevar más allá. Ser el compañero que mereces.

Ella estaba impresionada. Ciertamente también había sentido lo mismo pero no pensó que fuera prudente decirle. Ahora, estaba allí, en la habitación de él, escuchando unas palabras que le llegaron en el alma. Necesitaba compañía y Rey se la dio. Quería sentirse protegida y así se sentía con él.

Tomó el collar de la caja y se colocó en el cuello, él se adelantó para abrocharlo y notó que le había quedado tal y como lo había imaginado.

Leah se levantó y quedó de pie, junto a él. Se abrazaron y se besaron dulcemente. Rey deseó que ese instante no se acabara.

Más tarde, los dos se quedaron dormidos. Leah incluso roncaba mientras que Rey, a pesar de tener los ojos cerrados, tenía una sensación que lo obligaba a sentirse en estado de alerta. Finalmente se levantó de la cama y comenzó a andar por la habitación con ansiedad. El momento de tomar acciones drásticas, había llegado.

Se comunicó con uno de los suyos advirtiéndole que el golpe debía hacerse en la mañana. Al cabo de unos minutos, quienes trabajaban para él o sus súbditos, como llegó a pensar en un momento, respondieron afirmativamente. Sus hombres estaban siempre preparados para la acción.

Apagó el móvil y se sentó en el borde de la cama. Miró a Leah, miró la paz que

emanaba su cuerpo y deseó encontrarse allí, quedarse allí. Fue hacia una pequeña mesa, tomó una hoja y lápiz y escribió una rápida nota. Algo que no procurara demasiada información sobre todo para protegerla.

La dejó a su lado y se fue, dejándola sola.

## XI

Leah se despertó con el sonido de los pájaros en el exterior. Se levantó con una sensación de pesadez pero con al menos la satisfacción de que había descansado algo. Al abrir bien los ojos, se percató que no estaba Rey. No se preocupó, al menos no de inmediato.

Caminó por la habitación hasta que decidió bajar las escaleras. Nada. Un silencio pareció consumirla en ese instante. Volvió a subir para buscar su móvil y fue allí cuando vio la nota que estaba a poca distancia de donde estaba. La tomó con nerviosismo y comenzó a leer.

*“Debo ausentarme por un tiempo. Todo lo que ha pasado en las últimas semanas, ha sido una sorpresa para mí y sé que para ti también. Es mejor que no me contactes. Podría ser muy peligroso para ti. Cuando termines de leer esto, destruye la carta. Me comunicaré contigo en cuanto pueda. Recuerda el compromiso que tenemos ahora. R.”*

Leah cayó sobre la cama. Se imaginó a sí misma recibiendo una bala de cañón. Otro golpe más. En ese momento, reflexionó sobre algo que había obviado. Reysiel era un criminal. Sin suda, aquella desaparición forzada se debió a eso.

Llevó sus manos sobre la cabeza y sintió que el mundo le daba vueltas. Deseó con fervor que él estuviera bien.

Esperó un poco más y se preparó para irse. En la misma carta, ofreció que uno de los chóferes la llevara pero era mejor declinar esa oferta. Por su seguridad y la de él. Al bajar, fue a la cocina, encendió una de las hornillas y quemó la carta tal y como él le pidió. Miró cómo las llamas consumieron lentamente aquel trozo de papel. Con sus dedos tocó el collar que todavía tenía puesto.

Cerró la puerta tras ella y comenzó a caminar. Era la mejor opción que tenía entre sus manos.

Después de ese día, Leah no pensó que pasaría tanto tiempo desde la última vez que se vieron. Incluso se dio la oportunidad de conversar con su padre y de escuchar la versión de la historia. Al final concluyó que todo aquello fue en vano y que más bien fue una pérdida de tiempo.

Vendió el piso en donde vivía con su madre y con el dinero, compró un lugar mucho más pequeño pero más cerca del centro. Con lo que sobró, se permitió

hacer un curso de administración y secretaría. No era la universidad pero al menos estaba conformando poco a poco los cimientos para una mejor calidad de vida.

A pesar de los avances que estaba experimentando, aún seguía pensando en él. Lo único que pudo saber sobre Rey, lo vio por las noticias, en donde señalaban una especie de matanza de los líderes más importantes de la mafia de la ciudad lo que produjo también la caída de figuras de políticos hasta miembros de la policía. El escándalo no se quedó allí. Hubo juicios más la intervención de Asuntos Internos. Todo ese espectáculo representó el hazmerreír de las instituciones y de lo que se creía de la justicia y el orden.

Mientras la gente se espantaba por lo que decía los medios de comunicación, Leah internamente pedía comunicarse por él. Los reportajes que salían al respecto, lo comprometían como uno de los autores de semejante desastre, pero no lograban dar con él. Aunque sabía que aquello estaba mal, ansiaba su bienestar.

Luego de un arduo día de trabajo, caminaba en dirección al edificio en donde vivía. Mientras se acercaba, observó que alguien la miraba desde la entrada. Extrañada, desaceleró el pasó como para darse tiempo para huir. Pero no podía, su cuerpo parecía estar atraído por una fuerza invisible. El rostro cobró más y más sentido. Era Rey.

Él estaba apoyado en una columna, oculto en la sombra que le daba un árbol. Ella, mientras, corrió hacia él con todas sus fuerzas. Al encontrarse de frente, no supo bien qué hacer. Rey tomó la iniciativa.

Fue hacia su rostro y le dio un largo beso. Se sintió como si no hubiera pasado el tiempo.

-Ha pasado demasiado... Demasiado. ¿En dónde has estado?

-Es una historia muy larga.

-Ven, vamos a casa.

Pasaron por el lobby y se dirigieron hacia los elevadores. Mientras estaban allí, no paraban de abrazarse ni de besarse. Rey sintió que estaba con la persona correcta, que la espera y las dificultades, se resumieron en ese instante.

Al entrar, ella lo ubicó rápidamente en el sofá y lo miró impaciente.



-Hablaban de ti en las noticias.

-Lo sé. Por eso no pude comunicarme contigo antes. Estaban husmeando mis pasos como unos sabuesos. Fue un infierno.

Ella temió hacerle esa pregunta.

-¿Es cierto?

-Algunas cosas sí.

Leah sabía con quién estaba metiéndose. Así que prefirió quedarse callada y esperar a que él se sintiera cómodo y confiado de decirle todo los detalles.

-El mismo día en que me despedí de ti, tuve que saldar algunas cuentas. Sinceramente fue una decisión inminente y necesaria. En algún momento iba a suceder. Lo cierto es que no tuve oportunidad de explicártelo mejor y me sentí como un patán, pero tampoco quería arrastrarte a esto y menos por el momento en que estabas pasando.

-Estuve muy preocupada por ti.

-Y yo por ti. Temí por que los federales te contactaran o algo peor.

-Me citaron porque obtuvieron unas grabaciones en donde aparecía hablando contigo. Fue la vez que hablé contigo en el casino, ¿recuerdas?

-Claro que sí.

Se miraron con complicidad. Sin embargo, Leah estaba preocupada por el futuro.

-¿Qué pasará ahora?

-Debo irme. Las cosas aún están tensas. Cayeron los peces gordos y los federales no perderán oportunidad en investigar a cualquiera.

Ella se quedó pensando. A pesar de las cosas que había logrado, en la tranquilidad de su nueva vida, comprendió que era imposible separarse de él otra vez.

-Llévame contigo.

Rey abrió bien los ojos -¿Pero qué dices? No sabes lo peligroso que sería para ti? ¿Los riesgos que tendrías que pasar? Dejarías todo, Leah. Todo.

Ella guió la mirada por las esquinas del piso, por la madera gastada, el

calentador que no funcionaba, la esquina de la sala con la marca de filtración del mes anterior. Observó también las fotos en donde aparecía su madre, aquella sonrisa apacible y tranquila. Lo cierto, era que todo aquello que quería y conocía se había ido. Aprendió a ser una persona desprendida y más desde la muerte de su madre.

-Llévame contigo.

Repitió las palabras con calma y sin dar marcha atrás. A pesar de que quedar demostrado que él era un hombre peligroso, que sus métodos eran arriesgados. Aun así, Rey representaba algo más. Las veces que había estado con él, su instinto le repitió que debía seguirlo.

Él le tomó el rostro entre sus manos para persuadirla, sin embargo, se topó con el brillo del collar. El mismo que le había regalado. Comprendió que Leah estaba dispuesta a todo y que gracias a ella, recuperó algo de su humanidad.

La besó con ternura y la tomó para sí. Comenzó a acariciarla con suavidad y pasión. Había pasado tiempo, mucho tiempo desde la última vez que se vieron. Desde que la divisó en la distancia, no pudo esperar hasta el momento para ser suyo.

Comenzó a desvestirla y a desvestirse. La misma piel blanca y brillante, los ojos verdes que lo atravesaban por completo, el cabello corto, cortísimo que le enmarcaba el rostro perfecto, las pecas y lunares en sus pechos. Leah era la galaxia entera.

Ella lo detuvo por un momento hasta que le dijo:

-Hagámoslo bien.

Entonces le tomó la mano y lo guió hasta la habitación principal. Se acostaron en la cama. Rey se colocó sobre ella y Leah acarició el cabello castaño ahora corto. Cerró los ojos para recordarse que ese era el calor de ese cuerpo lo que tanto extrañaba.

El miembro de Rey, tan duro y grueso, penetró las carnes de Leah. El coño de ella estaba empapado y hecho fuego. Las caricias y los besos de los dos, hacían que la excitación aumentara cada vez más.

A diferencia de las otras veces, había un componente especial. Los dos comulgaban en un abrazo. Las extremidades de Leah estaban enlazadas con las de Rey. Sus piernas rozaban su torso, la pelvis de él hacía un movimiento

fuerte, contundente. Sus embestidas eran rudas y decididas. De alguna manera, había que retomar el tiempo perdido.

Los gemidos de Leah le hicieron recordar que ese era el sentido de la vida, el estar con la mujer que quería, demostrarle la devoción que le producía porque ella era para él una especie de diosa.

Siguieron follando entre el dolor y el placer. Rey la ahorcaba y le mordía los pechos, ella se dejaba dominar por la fuerza de él. Una fuerza aplastante pero a la vez dulce. Contradictorio pero real.

Ella comenzó a temblar y él también. Los dos se miraron a los ojos y se perdieron en el trance de la excitación. Rey fue cada vez más rápido y más fuerte hasta que por fin escuchó un grito proveniente de las entrañas de ella. Él, a su vez, apoyó la cabeza sobre su cuello y eyaculó dentro de ese calor que tanto bien le hacía. Se corrieron al mismo tiempo.

## XII

Después de dormir varias horas, de ponerse al día con sus vidas y de unos cuantos polvos más, Leah estaba preparando un bolso con las cosas más importantes. Rey hablaba por teléfono para finiquitar los últimos detalles del escape de los dos.

Un par de jeans, unas camisetas, las zapatillas deportivas favoritas, unas fotos con su madre y nada más. No hacía falta nada más. Aquel cascarón fue más bien una especie de excusa para pretender que su vida sería normal pero estando allí, mirándolo hablar, ella se dio cuenta que las cosas nunca volverían a ser como antes... Y tampoco lo querían.

-¿Lista?

-Siempre.

Salieron agarrados de la mano, espiando si alguien los veía y cuando pasaron el miedo, fueron al aparcamiento. Se subieron a una Pick-Up bastante vieja y comenzó a la marcha a un destino desconocido.

Mientras huían por la noche, en medio de las luces tenues, el tráfico escaso y el sonido de algún que otro grillo, Leah se encontró en paz consigo misma. Finalmente estaba persiguiendo el futuro que quería sin importar las consecuencias que pudieran representar. Por otro lado, Rey, dejó de sentirse como ese chaval asustadizo. Por fin podía sentirse tranquilo y en confianza.

## XIII

En algún lugar remoto, Rey leía el periódico al caer la tarde. A su lado, tenía una taza de café humeante y un par de galletas de aspecto simple. Estaba concentrado puntualmente en las acciones de la bolsa. Pensaba que quizás era una buena oportunidad en comprar algunas de Google y de Aple.

En ese momento, una figura gateó lentamente hacia él. Leah estaba vestida con un arnés de cuero. En el cuello tenía un collar del mismo material el cual estaba unido a una cadena, en el extremo de esta, otra cinta. Ella la llevaba en la boca.

Rey la miró y se dispuso a doblar el periódico con cuidado. Lo dejó sobre la mesa. Se levantó y le dio un par de nalgadas hasta que escuchó los quejidos de dolor.

-Bien. Es hora de comenzar.

## *Título 4*

# **Alfa Peligroso**

## *BDSM y Romance con el Licántropo Alfa y Millonario*

### **I**

Era el vigésimo día del séptimo mes del año. La luna llena, encendió el cielo con un brillo intenso y rojizo. Los habitantes de la villa se encerraron en sus casas. Las puertas y cualquier abertura, quedó bloqueada para que ningún intruso se le ocurriera aparecerse.

La neblina descendió de las montañas y se coló entre las callejuelas. Era tan espesa, que los animales se arrinconaron entre sí para protegerse. Los perros ladraban y ningún insecto se atrevió a emitir sonido. El ambiente era denso. La oscuridad casi absoluta.

Aunque todos tomaron medidas para protegerse del peligro sobrenatural, un joven hizo caso omiso a las advertencias. Salió de su hogar cálido para caminar por ahí, por mera rebeldía. Quería demostrarle a la gente que los cuentos de vampiros y hombres lobo eran eso, cuentos.

Se extrañó por el frío a pesar que era uno verano caluroso. Se extrañó del silencio cerrado y del latido de su corazón. El lado animal de su cuerpo le manifestó a través de la piel erizada, que algo malo estaba a punto de suceder. Sin embargo, sus pies continuaron una ruta dispersa y vaga, la terquedad de la mente humana insistió en desafiar lo que la gente sabía.

Luego de un rato, el joven quedó satisfecho. Se sintió feliz de que había probado un punto importante. La gente del pueblo era simplemente una masa de ignorantes que se doblegaban ante las habladurías.

Justo en el momento en que recogía un par de fresas a orillas del camino, el

fulgor de un par de ojos rojos le llamó la atención. Bajó la mirada como para convencerse a sí mismo que se trataba de un animal del bosque.

-Seguro está perdido –Se dijo sintiendo el hilillo del miedo que le atravesó la espina.

Se levantó y los ojos quedaron al descubierto poco a poco. El cuerpo emergió entre los arbustos y árboles, de entre la oscuridad espesa. Era un lobo enorme. Más grande de lo que había visto jamás. Se echó para atrás e inconscientemente, dejó caer las dulces fresas que esperaba probar.

El joven, como el buen cazador que era, retrocedió y cada tanto echaba una mirada para encontrar un espacio lo suficientemente amplio para enfrentarse a la bestia. Mientras, el animal, avanzaba en su dirección mostrando los colmillos blancos y relucientes, la baba caía al suelo, los gruñidos eran lentos y amenazantes.

Sacó una pequeña navaja que tenía guardada en la pierna. Se sintió confiado pero su instinto le dijo lo que temía: aquello no sería suficiente.

Al desenfundar el arma, casi no pudo creer lo que vio. El lobo le hizo un gesto casi de burla. Trató de frotarse los ojos para asegurarse que había visto bien pero obviamente pasó lo que él sabía que sucedería.

El lobo se le vino encima con una fuerza y velocidad que lo tumbó al suelo como si fuera una muñeca de trapo. El aliento lo sintió en el cuello, las garras de sus patas en el pecho y el torso. El peso le hizo sentir que perdería la respiración en cualquier momento.

Retozaron por unos minutos. El joven notó que su ropa rasgada también tenía un poco de sangre. Le había dado al animal.

Cobró seguridad en la técnica y fue hacia él con decisión. Sin embargo, el adversario lo recibió con una mordida directo al cuello. Apretó tan fuerte que perdió el conocimiento por unos segundos.

Al abrir los ojos, todavía lo tenía sobre su cuerpo. El dolor agudo le recordaba que moriría si no se defendía prontamente. El olor metálico de su sangre era señal de que la muerte lo observaba entre los árboles. Esperando por él.

-NO.

Gritó y volvieron a rodar por la tierra y la maleza. Lucharon por un largo

tiempo. Estaban exhaustos. El joven no se explicó la fuerza del animal pero ahí estaba. Dispuesto a pelear a morir como él.

El instinto de supervivencia del cazador, le hizo mirar una herida profunda del lobo. De ella brotaba grandes cantidades de sangre. El animal respiraba con dificultad.

Entornó los ojos y dio un gran salto hacia él. El brillo del filo de la navaja fue a parar al cuello de la bestia, haciéndole chillar.

Cayó al suelo cansado y sin fuerzas. El cuerpo del lobo quedó frente a él. Antes de morir, sus miradas se encontraron. El joven sintió algo particularmente extraño. Aunque quiso buscar más explicaciones a lo sucedido. Se desmayó.

El trinar de los pájaros, le advirtieron la llegada de la mañana. Él abrió los ojos para darse cuenta que el lobo ya no estaba. Se levantó con cuidado y examinó su cuerpo. Estaba herido, muy malherido.

Miró hacia el frente y notó que la villa estaba más lejos de lo que esperaba. La lucha fue tan intensa que perdió el sentido del espacio y el tiempo.

Recordó que estaba cerca de una quebrada, por lo que fue allí para lavarse las heridas antes de regresar. Al encontrarse con su reflejo en la superficie cristalina del agua, algo lo perturbó. Sí, era él pero al mismo tiempo no. Volvió el frío en la espina, el presentimiento de que algo no iba bien. Espantó los pensamientos y se lavó. Estaba ansioso por ir a casa y retomar la vida de siempre.

Al caminar hacia la entrada de la villa, un grupo de hombres y mujeres lo esperaban con rostros severos y amenazantes.

-¿Qué ha pasado?

-Sabemos que peleaste con el lobo. Ya no eres bienvenido aquí.

-Te lo advertimos y no nos escuchaste.

-MIREN, TIENE LA MORDIDA DEL HOMBRE LOBO. DEBEMOS MATARLO.

Se echó para atrás. Su propia gente iba hacia él como si fuera una presa.

-¿PERO QUÉ OS PASA?

Un hombre de vientre prominente y barba espesa, hizo un gesto para callar a quienes estaban tras él. Luego, se dirigió al muchacho con seriedad.



-Cedric, es mejor que te vayas y no regreses. Ahora eres una amenaza para todos nosotros.

-Pero si he matado a ese animal. La amenaza no soy yo.

-Vete, Cedric.

No pudo. Sus pies estaban pegados al suelo. La incredulidad no lo dejaba moverse.

De repente, divisó una piedra que recorrió los aires hacia él. Le dio en el pecho. Después de esa, hubo muchas más. Hubo palos, bosta de caballo y blasfemias de todo tipo. Cedric comenzó a correr en dirección contraria tan rápido como pudo. Mientras lo hacía, comprendió que ciertamente algo en él cambió... Para siempre.

## II

El sonido de las olas lo despertó. Cedric abrió los ojos y miró al techo como de costumbre. Giró hacia un lado. El despertador marcaba las 7:00 a.m. Se incorporó y se estiró. Tenía hambre pero primero revisó el móvil. Unos cuantos correos de los clientes solicitando una reunión de junta de emergencia, una promoción de una tienda de caballeros y un mensaje de su mayordomo. En algún punto debía regresar a la ciudad.

Evadió el mensaje y se concentró en el resto. De seguro una videollamada sería suficiente para ponerse al día y hacer lo que se tenía que hacer.

Finalmente se levantó y fue hacia el baño. La barba estaba demasiado larga y la piel seguía viéndose opaca. Las bolsas de los ojos y la mirada cansada, también seguían allí a pesar que se obligaba a dormir todas las noches.

Se encontraba aprehensivo porque faltaban algunos días para la luna llena. Uno de los castigos de la inmortalidad, era ese, el tener que lidiar con esos momentos en donde salía a relucir lo peor de sí mismo.

Fue a la ducha y abrió la llave de agua caliente. El vapor ayudaría a dilatar los poros y así facilitar el rasurado. Llenó parte de su rostro con una crema espesa para afeitar, revisó el filo de la navaja y luego de hallarse satisfecho, deslizó la hoja sobre la piel. Con movimientos suaves y cargados de paciencia, los vellos rojos intensos cayeron sobre el lavabo color marfil.

Se aplicó un poco más de agua, se limpió y se encontró conforme con el reflejo. Ahora sí, sus ojos verdes se veían con más intensidad sin esas capas de vello en la cara.

Fue hacia la ducha y se quitó la ropa por completo. Echó un último vistazo en el espejo, percatándose de las batallas que quedaron reflejadas en la piel. Cuchillos, espadas, balazos, golpes. Todo tipo de heridas imaginables las tenía él. Por suerte, con el paso del tiempo, se volvió más fuerte y más resistente al dolor. Incluso sanaba mucho más rápido.

Entró y disfrutó de una larga ducha. Como el silencio era abrumador, salió rápido para encender la radio. A pesar que agradecía el espacio y la soledad, aún era difícil tener que lidiar con las largas horas en donde sólo podía escucharse a sí mismo. A veces pensaba que enloquecería.

Secó su cuerpo ejercitado y macizo y fue hacia el clóset para buscar un poco de ropa. Como vivía en una isla, optó por unos jeans, unas zapatillas deportivas y una camiseta blanca. El día estaba espléndido y tenía ganas de caminar un poco.

Bajó a la cocina y abrió el refrigerador. Mientras decidía qué desayunar, la playa que se encontraba a pocos metros, lucía más hermosa que nunca. Sonrió y volvió hacia los víveres. Era un buen día para disfrutar de unos panqueques.

Encendió la radio y colocó la única estación que captaba el aparato, por suerte, sólo transmitía canciones de rock clásico. En ese momento, sonaba Time de Pink Floyd.

Mientras batía los huevos con la leche, pensó que la letra de la canción le hablaba directamente. El tiempo, eso que tenía de sobra desde hacía años. No sabía cuántos. Perdió la cuenta.

Parece que fue ayer cuando corría por su vida luego que sus vecinos de la villa quisieran matarlo. Pasó días y noches muriéndose de frío, hambre y rabia. Por más que lo pensara, no se le pasaba por la mente la verdadera razón por la que se había convertido en un paria. Así fue hasta que hubo luna llena.

Sentado en una colina, esperando a que unos cazadores olvidaran al venado que habían matado, un repentino dolor en el pecho lo sacudió. Colocó sus manos en el corazón y trató de buscar ayuda. Sin embargo, ese mismo dolor lo sintió en la espalda, piernas, cuello y en sus extremidades. Incluso los dedos de los pies parecían fracturarse, descomponerse, volverse otra cosa.

Su piel se oscureció. El color rojo de su cabello y el verde brillante de sus ojos se transformaron por completo. Una capa de vello negro y espeso rodeó su cuerpo. Sus manos y pies ya no lo eran, más bien lucían como un híbrido de patas de lobo. Sus dientes rectos, se volvieron filosos y muy blancos. Los colmillos sobresalían de su boca y cualquier rastro de humanidad se esfumó para dar paso al puro instinto animal.

Cedric aulló a la luna y corrió por los bosques en busca de una presa. Estaba hambriento. A su paso, destruyó todo lo que se le atravesó. No tuvo compasión alguna. No había cabida en él.

La noche pasó rápidamente y Cedric despertó cerca de una quebrada sucio, con raspones y sangre en la boca. Al levantarse, encontró una pata de venado a medio comer.

Horrorizado, fue a lavarse y a tratar de recordar lo que había sucedido. Poco a poco entendió el miedo de la gente de la villa. Ciertamente él era un hombre lobo.

Se sentó en el césped completamente compungido. No sabía qué hacer. Era un tipo joven, con aspiraciones de tener esposa, familia y una casa. Deseos de un hombre sencillo. Lo que había sido un plan de vida, ahora pasó a una fantasía imposible de cumplir.

Luego de un tiempo, Cedric trató de entender mejor su naturaleza. Supo que se transformaba sólo en las noches de luna llena, que la plata lo mantenía al margen, que debía encerrarse como pudiera y que morder a otro, le haría también hombre lobo. Asimismo, comprendió otras cosas. Se volvió más fuerte, viril, ágil, inteligente y rápido. Las heridas no tardaban en sanar y, tanto el olfato como la vista, se agudizaron increíblemente.

Una bendición, o maldición, de su nueva condición era el de ser inmortal. El tiempo transcurriría para los demás pero no para él. Esto, por supuesto, trajo consigo episodios amargos de pérdidas de todo tipo. Amigos, amantes. Cedric tuvo que hacerse una coraza para soportar el costo de sus poderes.

Fue por ello que se concentró en hacer dinero. Si viviría por tiempo indefinido, al menos lo haría bien. Así que construyó un imperio que le hizo ganar millones y millones de dólares. La revista Times lo catalogó como uno de los hombres más influyentes en el mundo de los negocios. Sus empresas fueron comparadas con grandes como Google y Apple. Se rodeó de éxito.

En el pico más alto como millonario y hombre de negocios, Cedric era el objeto de deseo de la prensa del corazón y de las mujeres atractivas. Cada tanto se le veía con alguna actriz o modelo. Incluso estuvo a punto de casarse con una princesa de un país remoto de Europa. Sólo era una treta de él para hacer caer a la gente.

Salía en las portadas de las revistas y periódicos de economía y farándula. Le decían “el hombre más deseado por las mujeres” y así era.

Vivió feliz y conforme hasta que las cosas cambiaron drásticamente. En una de las tantas veces que se transformó, Cedric perdió el control y casi mata a una chica que estaba con él. Tuvo que convencerla que se trata de una mascota exótica que tenía. Ella accedió a duras penas.

Como no quiso repetir el episodio, construyó una habitación aparte y colocó

un conjunto de cámaras de video para monitorearse. Su mayordomo se encargaría de observarlo y de anotar los comportamientos y cualquier incidencia que encontrara interesante.

Luego de unos meses, Cedric se enfrentó con el hecho de que su ser licántropo se volvía cada vez más peligroso.

Con el deseo de encontrar la mejor solución al respecto, se topó con el BDSM. Le atrajo la idea de dominar y controlar, ya que pensó que eso le ayudaría a apaciguar su hambre descontrolada.

Las cadenas, látigos y amarres funcionaron temporalmente. En ese lapso, aprendió todo tipo de trucos e incluso fue capaz de tener intimidad con las mujeres. Con ello mató dos pájaros de un solo tiro.

Por cosas del destino, el lobo dentro de él se volvió indomable. Al llegar a ese punto, él tomó la decisión de aislarse por completo. Así evitaría hacer y hacerse daño. Gracias a las riquezas acumuladas, fue capaz de comprar una isla, residenciarse allí y administrar sus negocios con tranquilidad.

La casa que tenía la isla estaba equipada con lo necesario para que cualquiera se sintiera seguro ante cualquier catástrofe. Los controles y accesos cambiaban prácticamente cada semana. Las paredes estaban revestidas de un material resistente, había vidrios antibalas y como era de esperar, libre de plata.

La ubicación de la isla también era un punto fuerte. Estaba cerca de los límites con el país de origen de Cedric, pero lo suficientemente alejada para alejar a los curiosos. Los metros cuadrados de palmeras, árboles y selva, eran perfectos para él se sintiera libre por esas tierras, en especial los noches de luna llena. Cuando presentía que se volvería incontrolable, se encerraba en una mazmorra en las profundidades de la casa. Allí contaba con cadenas de plata y con sistemas de máxima seguridad.

El día que empacó para mudarse allí, pensó que quizás lo mejor era suicidarse. ¿Qué sentido tenía la vida si debía estar solo? Esa pregunta resonó en su cerebro y trató de distraerse con otra cosa. Quizás habría esperanzas para él.

La rutina era casi siempre la misma. Levantarse temprano, desayunar, sentarse en la computadora, revisar constantemente el estado de las acciones, hacer inversiones, responder preguntas de las mesas directivas, esquivar entrevistas de los tabloides, ejercitarse, comer y dormir. Era tan rígido que era seguro

sentir que todos los días eran iguales. Y de cierta manera así era. Sin embargo, a pesar del hastío, Cedric aprendió a vivir de esa manera.

### III

-Este título lo puedes hacer mejor y lo sabes.

-Sí. Es que no se me ocurre nada.

-Venga. Estás sentada en esa silla y no te has despegado de allí desde hace horas. Deja eso aquí y tómate un café. Relájate un rato y vuelve a intentarlo, ¿vale?

-Vale.

Helena tomó el bloc de notas y la hoja impresa con la nota del día. Pasó media hora pensando en un mejor título para la noticia, pero la cabeza no le daba. ¿La razón? El viaje que tomaría en un par de días la tenía ansiosa.

Desde niña ha tenido miedo a las alturas, así que la idea de subirse a un avión y estar allí unas horas, no sonaba a un plan agradable que digamos.

Volvió a su puesto y fue a la cocina de la redacción. Allí estaban unos cuantos compañeros que miraban concentrados la televisión mientras hacían comentarios. Ella pasó por un lado, se sirvió una gran taza de café que mezcló con un chorrito de crema y se sentó en la pequeña mesa que estaba allí. Suspiró largamente y tomó un sorbo del brebaje. Por suerte, estaba caliente.

La conversación de sus compañeros se terminó y ambos salieron dejándola sola. Helena, mientras estaba en la silla, pensaba que deseaba tener un poco más de acción en su vida.

-Creo que el vuelo es un buen comienzo.

Miró el reloj que colgaba sobre el horno microondas y se levantó. Había pasado unos 10 minutos así que fue tiempo suficiente para retomar la jornada. Mientras caminaba en dirección a su puesto de trabajo, pensó tuvo una idea brillante para el título.

El día terminó y Helena se encontraba en la parada del autobús. La noche estaba un poco fría pero no demasiado. Fue lo suficientemente precavida como para llevar un abrigo en caso de emergencia.

El autobús aparcó y un grupo de personas se preparó para subir. Ella, luego de pagar el boleto, fue hacia el final para sentarse en los últimos asientos. Sentía que así la gente no la podía molestar.

Buscó en su mochila el reproductor de música y buscó Karma Police. Por alguna razón, Radiohead era lo que solía escuchar cuando regresaba a casa. Apoyó la cabeza sobre el vidrio y respiró profundamente. Estaba cansada y soñaba con dormir en su cama.

Helena, a pesar de tener un trato cordial con la gente, era más bien tímida. Por lo que era un poco disonante el que fuera periodista. Oficio que requería de cualidades de persuasión. Sin embargo, ella veía su trabajo como si actuara en una obra. Cada pauta era un espectáculo en donde se investía de mujer valiente y aguerrida.

A pesar de encontrarse satisfecha con lo que hacía, pensaba que su vida podía ser un poco más que eso. Así que no tardaba en soñar en cualquier otra cosa. Aspiraba a tener estabilidad y tranquilidad.

Si bien su desarrollo personal era una preocupación, también lo era el amor. Lamentablemente, tenía un haber de relaciones fallidas. Incluso llegó a pensar que pasaría sola el resto de su vida.

El sexo era otro aspecto el cual no le gustaba pensar demasiado. Sus anchas caderas y piernas gruesas, le producían inseguridad, por lo que pensaba que no era lo suficientemente atractiva para el sexo opuesto. Por supuesto, no era así.

Era morena y su tono de piel, hiciera o no hiciera sol, era brillante y luminoso. Aspecto que no pasaba desapercibido. Asimismo, tenía ojos y labios grandes, que resultaban intimidantes y atractivos. El cabello, negro y corto, le hacían lucir práctica y segura de sí misma.

Cuando no estaba demasiado cansada, pasaba gran parte de la noche pensando en lo mucho que le gustaría estar con un hombre. No tendría que ser una relación seria y formal, podría ser algo casual. Encontrarse en un sitio, beber unos tragos y quizás ir a la casa de uno o del otro. Besarse, tocarse y dejarse llevar por el deseo de sus cuerpos. ¿Qué habría de malo en tener algo así?

Abrió la puerta del piso. Suspiró de alivio porque las tripas no dejaban de sonarle y la verdad era que necesitaba un baño.

Apenas entró, su gata se acercó a ella para rozarse contra su pierna. Un maullido suave de bienvenida, para luego apartarse y dejarla entrar. Helena acarició su cabeza, dejó el bolso en la silla que estaba junto a la puerta y volvió a cerrar.



El pequeño piso todavía preservaba el olor a café que había quedado en la mañana. Fue hacia la cocina y buscó los ingredientes para hacerse un sándwich. Cleo, su gata, se acercó a ella y maulló. Le dio un trozo de jamón de pavo y se concentró en preparar la comida. Tarareó un rato la última canción que había escuchado en el autobús mientras untó un poco de mostaza en el pan. Al terminar, sacó una botella fría de Coca-Cola que estaba reservando para ese momento.

Se sentó en una mesa que había comprado en Ikea en una barata y se sirvió. Al llevar un bocado, se encontró a sí misma sola y triste. Deseaba que algo extraordinario y único pasara. La rutina le estaba pesando en la mente y el corazón.

Limpió las últimas migajas de la mesa y el suelo. Barrió, sirvió un poco de agua en el platito de plástico de Cleo y fue al baño para tomar una ducha. Al entrar, se encontró con ese reflejo que tanto temía. Era una mujer de 30 años que sólo se dejaba llevar por las circunstancias y que no tenía un rumbo fijo. Como si estuviera en la espera de algo más.

Dejó la autocompasión y se metió en la ducha. Abrió las llaves de agua caliente y fría. La tibieza del líquido la abrazó por completo y pudo olvidar por algunos instantes la incomodidad de tener un cerebro que sobreanalizara las cosas.

Salió y buscó un pijama en medio de la oscuridad. Recordó que luego debía llamar a su madre para informarle sobre el viaje que haría y que debía empacar en cualquier momento. Odiaba empacar.

Se acostó en la cama y Cleo se reunió con ella. La gata le puso la pata sobre su mano, se sintió menos sola.

-A ver qué sale de todo esto.

Cerró los ojos y se obligó a dormir.

## IV

-Sí, mamá, me llevó el dramamine. Sí. Lo sé. Lo sé. Aja... Sí. La llevaré a la veterinaria. Allí la cuidarán mientras esté afuera. Tampoco la quiero dejar allí pero mis vecinos no la pueden cuidar, se irán de vacaciones. Vale. Te llamo cuando llegue. Yo también te quiero.

Colgó la llamada y miró la maleta sobre la cama. Todavía estaba abierta y con unas cuantas prendas. No demasiadas. Contó un par de jeans, unas camisetas, un par de jerséis, zapatillas deportivas y una chupa de denim que llevaría puesta durante el vuelo. La sola idea le valió un mareo magistral y fue a la cocina a beber un vaso de agua.

Sin embargo, la idea se le desvaneció rápido porque recordó la lista de pendientes de ese día: llevar a Cleo, dejar instrucciones de su cuidado, recoger una ropa que dejó en la lavandería, avisar a la conserje que estaría fuera por unos días y, claro, limpiar un poco para tener un sitio ordenado en donde llegar.

Casi al final del día, Helena se acostó en la cama, agotada. Sólo reunió las fuerzas suficientes para quitarse la ropa. Desnuda, se quedó dormida.

La alarma sonó a las 6:00 a.m., como había previsto. I Got Mine de The Black Keys sonó tan fuerte que casi saltó de la cama. Apenas comenzó la canción, se levantó y fue a bañarse. Prefirió el agua fría para espabilarse, por supuesto no recordó que las horas tempranas de la mañana siempre eran frías.

Temblando y empapada, salió de la ducha a su habitación para comenzar a vestirse. Recordó las recomendaciones de su madre y preparó una muda cómoda. Un par de jeans que le quedaban anchos, una camisa de Pink Floyd y unas New Balance que encontraba sumamente cómodas. Revisó el móvil y se alegró en saber que todavía tiempo para tomar un rápido desayuno y revisar que tuviera todo listo.

Se preparó velozmente un pan tostado, queso y café negro. Aunque trataba de pensar en la semana cultural que pasaría en el pueblo que visitaría, no podía dejar atrás la imagen del avión y ella subiéndose en él. Su pecho se agitaba, incluso le costaba respirar.

Hizo los ejercicios de relajación que vio en unos videos de Youtube. Los puso

en práctica varios días antes como prevención en casos de que sintiera pánico. Al terminar, se levantó y lavó los platos. El móvil comenzó a sonar, era el equipo del periódico que la pasó a buscar.

En la van estaba un fotógrafo y el chófer. Los dos estaban hablando sobre las mujeres y cómo estas utilizaban la manipulación para engatusar a los hombres. Helena, fastidiada, se dispuso a revisar una revista vieja que estaba en el coche. No podía creer que gente adulta hablara como si fueran un conjunto de chavales.

Luego de bajar las maletas y comunicarse con la redacción, Helena y su compañero se prepararon para hacer fila antes de subirse al avión. Mientras se acercaba, una especie de malestar la hizo casi retroceder. Era extraño porque sus pies estaban plantados en el suelo, como si insistiera en no avanzar.

Pensó que era una tontería y entregó el boleto. Ahí mismo, destapó una botella de agua y se tomó una pastilla para el mareo con suficientes miligramos como dejarla rendida en cuestión de segundos. Ciertamente no tenía ganas de experimentar la magia de viajar entre las nubes.

Apenas se acomodaron en los puestos, todos atendieron las instrucciones en caso de un siniestro. Ella permaneció atenta, como si sintiera que necesitaba hacerlo. Respiró profundo y comenzó a sentir cómo el sedante de la pastilla estaba haciendo efecto. Sus párpados se cerraban lentamente hasta que se quedó profundamente dormida.

El piloto del avión tomaba café hasta que vio un aviso en el tablero. Una luz roja indicaba una falla mecánica en uno de los motores. Dejó el vaso de cartón a un lado y le informó a su primer oficial. Este revisó las medidas y números para confirmar lo que estaba frente a sí.

-La próxima ciudad queda a una hora de aquí.

-Es demasiado tiempo.

La luz roja, estática por un momento, comenzó a titilar salvajemente. El piloto sintió un miedo frío que le atravesó el cuerpo. Aquello era señal de algo muy grave.

Las azafatas fueron informadas de la situación y ahí mismo salieron para recordarle a los pasajeros aquellas primeras instrucciones. En un primer momento, nadie pareció prestarle importancia. Sin embargo, el rostro alarmado de las mujeres más el fuerte sacudón, hizo que algunos gritaran del

pánico.

El terror de Helena se volvió real. Ella aún dormía aunque su umbral de sueño se interrumpió por el llanto de un bebé. Abrió los ojos y se encontró con el caos que reinaba alrededor. Su compañero tenía una expresión de poco entendimiento.

Instintivamente ajustó el cinturón de su asiento, buscó el salvavidas y colocó su cabeza sobre sus rodillas. Intentó gritarle las instrucciones a su acompañante pero hubo una imagen horrible que quedaría marcada a fuego en sus neuronas. Otro fuerte sacudón hizo que el avión se partiera como una galleta. Varios pasajeros, incluyéndolo a él, salieron disparados por los aires con los sus gritos ahogados en el aire.

Helena intentó reaccionar pero su cuerpo estaba compacto en ese espacio. Cerró los ojos, pensó en su madre, pensó en la vida que tenía, en que desearía tener una oportunidad.

El mar se volvió más próximo. El avión cayó sobre la superficie del agua y se perdió entre las olas y el silencio. Antes, el piloto y el primer oficial, enviaron señales de ayuda a quien pudiera escucharlos. Las respuestas llegaron segundos después de estrellarse.

Las autoridades marítimas trataron de encontrar supervivientes pero no encontraron rastros de vida. La noticia llegó al país y los familiares de las víctimas quedaron destrozados por lo sucedido.

El periódico hizo un par de obituarios para Helena y el fotógrafo. Permanecieron cerrados por una semana. El llanto de sus compañeros denotaba incredulidad y negación. Era una tragedia sin precedentes.

La sensación de espacio y tiempo se convirtió en un concepto elástico, flexible. Helena quedó suspendida en una oscuridad que no le resultó familiar. Quería abrir los ojos pero no podía. Su cuerpo estaba atrapado en un dolor agudo que no podía descifrar. Cayó de nuevo en esas tinieblas.

Por un milagro o por un acto caprichoso del destino, el cuerpo de Helena cayó en las arenas blancas de una isla desierta.

Fue la única sobreviviente.

## V

Sintió algo que mojaba sus pies. También que su mejilla rozaba con una superficie rasposa. Pensó que se trataba de un sueño así que abrió los ojos. Sintió dolor en los párpados. Una locura ya que no habría razón para eso. Estaba acostada sobre la arena, las pequeñas olas a la orilla, mojaba la parte inferior de su cuerpo. Trató de levantarse aunque se encontraba débil y muy mareada.

Se tomó su tiempo entonces para sentarse y se percató de su ropa rota y de las heridas en los brazos y piernas. Tenía hambre y también le dolía la cabeza. Sentía que tenía un yunque sobre su cabeza.

Se puso de pie y los recuerdos le vinieron de repente: el rostro de pánico de su amigo volando por los aires, el llanto del bebé y las azafatas pasando por los asientos tratando de calmar a otros cuando ellas mismas también querían desplomarse de la desesperanza.

Su memoria le retrató cómo sus pies quedaron enterrados en el suelo para que no siguiera avanzando. El presentimiento era tan fuerte... Pero no le prestó atención. Le pareció absurdo.

Mientras el sol se ocultaba, cayó de rodillas y comenzó a llorar desconsoladamente. Por ella, por su compañero, por la gente que murió. Fue tanto y tan fuerte que se desmayó.

Horas más tardes, en la noche, una gran sombra se colocó tras el cuerpo inconsciente de Helena. La figura se acercó para tomarle el pulso y para verificar la respiración. Todo parecía el orden.

Tocó el resto de su cuerpo para tantear la presencia de fracturas o de otros daños. De nuevo, no hubo novedades. Un par de fuertes brazos la tomaron y la llevaron hacia una gran casa en medio de las hojas, arbustos y palmeras.

Unos cuantos metros fueron suficientes para llegar a destino. Dejó a Helena sobre un sofá y él se apartó. Buscó la fuente de luz más cercana para observarla mejor. Sí. Se trataba de una mujer muy hermosa.

Las sombras de la oscuridad quedaron atrás y así salió a relucir la expresión de preocupación de Cedric. Con temor, acarició el rostro de la desconocida. Sintió como si un fuego le alcanzara las entrañas. Hacía tanto que no veía una

mujer, hacía tanto que no había tocado a una.

El pasado le recordó el hombre mujeriego que era, antes de convertirse en lo que era... Un monstruo.

Se alejó asustado ante ese pensamiento. Dio vueltas por la sala y miró para todas partes. Se acercó a uno de los monitores escondidos en la cocina para cerciorarse de que no había nadie en el perímetro. En efecto, estaba la misma imagen de siempre, la playa desierta, el agua tranquila, la luna en el cielo.

Llevó sus manos a su cabeza, esperando que se le ocurriera alguna idea. En ese instante, pensó en la mazmorra que estaba un par de pisos abajo. Había construido un par de celdas como medida de protección. Esta sería la primera vez que las usaría.

La cargó entre sus brazos y descendió por unas escaleras. A medida que bajaba, había menos fuentes de luz. Aquello no era un problema para él, sus vista era tan aguda que podía visualizar su camino así estuviera en la penumbra.

Finalmente, encontró un la entrada hacia la mazmorra principal. Como pudo, introdujo un código en un pequeño tablero y colocó el pulgar en un lector que estaba debajo. Se escuchó un clic y se abrieron las rejas. Avanzó hasta que la dejó en una celda.

Con cuidado, la dejó en el catre que estaba allí. Cuando la miró, parecía que dormía. Tenía una expresión de tranquilidad y quietud. Le generó una extraña sensación. En parte era ternura y en otra, envidia. Deseaba tener esa misma paz aunque hubiera pasado una tragedia.

Avanzó hasta otro especio de la celda. Verificó que el baño funcionó a la perfección y que contaba con todo lo necesario para usarlo. Asimismo, hizo con las sábanas y frazadas. Era un lugar frío así que no quería preocuparse por ese detalle. Observó el techo y miró la pequeña cámara que estaba allí. La mantendría vigilada en todo momento.

Cerró con llave y volvió a salir, dejándola sola. De seguro ella, al despertar, se encontraría más desconcertada de lo que suponía él.

Al subir, encendió el televisor. Ya estaban reportando el accidente del vuelo del United Airlines.

*“En estos momentos, las autoridades están estudiando el contenido de la*

*caja negra del vuelo. Lamentablemente, los rescatistas no han podido encontrar a algún sobreviviente por lo que se estima que el número de fallecidos es el mismo de los pasajeros y de los tripulantes. Entre las investigaciones, se ha encontrado que ninguno de los motores recibió el mantenimiento de rutina, hecho que no se le notificó al capitán del avión. Pronto estaremos ampliando esta noticia para ustedes...”*

Cedric puso mute el televisor y se sentó en la silla de cuero que se encontraba en su estudio. Sintió lástima por esa mujer. Ella era la única que salió ilesa de una tragedia. Parecía un milagro. ¿Eso tendría algún sentido? Hacía tanto que sus conceptos de fe se habían diluido entre las tragedias personales que aquello le pareció todo un acontecimiento.

Encendió la pantalla que transmitía el video de la celda en donde se encontraba la mujer. Seguía durmiendo. Incluso pudo ver cómo respiraba.

Luego de concentrarse en ella, observó el calendario que estaba a poca distancia en el escritorio. Faltaban pocos días para la luna llena.

-Joder.

## VI

Las náuseas despertaron a Helena. Sensación que se entremezclaba con el hambre que parecía aferrarse a su cuerpo con fuerza. Se levantó y se encontró en un lugar completamente diferente. El catre, los barrotos y el baño que estaba a un metro de distancia. Las paredes de piedra fría le sobrecogieron.

-¿HAY ALGUIEN ALLÍ? ¡HOLA! ¡HOOOOOLAAAA! POR FAVOR, CONTÉSTEME, POR FAVOR. ¡AUXILIO!

Sus gritos sólo se hicieron eco entre las paredes. No hubo respuesta. En ese momento, se dejó caer en el catre. Se acostó en posición fetal controlando la desesperación que le invadía el cuerpo.

En los minutos que estuvo allí, escuchó unos pasos que venían hacia ella. Por un momento pensó que se trató de un juego mental. Agudizó los oídos y le dio crédito a ese estímulo.

Se levantó de repente y frenó el impulso de decir algo. La imagen de Cedric la golpeó, impidiéndole decir algo inmediatamente. Los ojos grandes y verdes, el cabello liso y de un rojo intenso. La piel blanca, el mentón cuadrado, la nariz recta y los labios un poco finos. Se miraron por unos segundos que parecieron una eternidad. Una eternidad intensa y placentera, fogosa y calma.

-Asumo que tienes hambre. Aquí tienes el desayuno.

-Señor, señor. Por favor, déjeme salir de aquí. Tengo... Tengo que hablar con mi madre, ella debe saber que estoy bien, que estoy viva.

-Lo sabrá. Todo a su debido tiempo. Por lo pronto, deberías tomar un baño y comer. Debes estar famélica.

-¿Me ha escuchado? Le dije que me saque de aquí. Se lo ruego.

-Toma un baño y come. Allá tienes una muda de ropa y zapatos nuevos. Revisé tu estado y estás bien. Tuve que suministrarte un suero porque estabas deshidratada.

Los ojos de Helena se llenaron de lágrimas. Cedric quiso explicarle por qué estaba allí pero no pudo. Era demasiado complicado. Mientras más información supiera, más peligroso sería para ella.

-Me llamo Cedric. Estaré siempre cerca por si necesitas algo.



Entre sollozos, ella suplicó aún más.

-Por favor, déjeme salir. No diré que me mantuvo aquí, pero por favor, déjeme ir. Tengo que ir a casa.

Le dejó la bandeja con la comida y se fue. Hizo un esfuerzo por hacerlo. Esperaba poder explicarle después las cosas o no tener que hacerlo. Sí. Mejor así.

Helena volvió a quedarse sola. Continuó con los gritos de ayuda, incluso trepó unas cuantas rocas hasta la ventana alta con barrotes. Gritó y gritó hasta que sintió una punzada en los pulmones. Se dejó caer al suelo y cerró los ojos para reprimir las ganas de ponerse a llorar.

Como ya no le quedaban fuerzas, se arrastró un poco hasta la bandeja. Para su sorpresa, todo lo que estaba allí se veía genuinamente delicioso. Sacó un par de dedos y pellizcó un trozo de la comida. Se lo llevó a la boca y la sensación de bienestar le embargó el cuerpo. Comenzó a comer como si no hubiera un mañana.

En la celda se encontraba un filtro de agua. Luego de comer, una Helena con más vigor, casi consumió un cuarto del botellón. Respiró aliviada, casi era una persona nueva. Por supuesto, recordó las palabras de su carcelero y se acercó al baño tímidamente.

En comparación con su piso, el lugar parecía de lujo. Azulejos blancos y negros en el suelo, paredes blancas y pulcras, una cortina del mismo color y un lavabo de mármol. El espejo, que estaba sobre este, era cuadrado y con un delicado marco color marfil.

Sobre el inodoro, estaban unas cuantas toallas blancas y hasta un pequeño florero con un par de lavandas. Suspiró y le pareció tentadora la idea de tomar un baño. Así que se quitó rápidamente la ropa, abrió las llaves y se sorprendió de encontrar agua caliente. Así pues que se quedó allí, bajo la tranquilidad y la tibieza que le hacían pensar que estaba en otro lugar.

Salió de la ducha y encontró una muda de ropa. Miró a todas partes y no encontró nada que le resultara sospechoso. Lo que tenía puesto, lo dejó a un lado. Se cambió y salió de nuevo para encontrarse prisionera otra vez. Luego de asomarse inútilmente, Helena trató de descansar un rato más. Aún pensaba que el hecho de que estuviera viva era un hecho sin precedentes.

Desde la oscuridad del estudio, Cedric no paró de observar los movimientos

de Helena. Estaba atento a lo que hacía y cómo lo hacía. Se tranquilizó al saber que al menos había tomado el desayuno y que se había duchado. Adivinó sus medidas y hasta se congratuló por no perder el ojo agudo. Sin embargo, seguía pensando qué podía hacer con ella. Dejarla libre, a estas alturas, podía ser contraproducente para él. Por otro lado, retenerla era igual de peligroso... Sobre todo por él.

Se levantó y caminó unos cuantos pasos. Era obvio que estaba ansioso, la luna llena sería al día siguiente y tendría que optar por otros métodos para protegerla.

Volvió a sentarse en la silla para seguir mirándola. Luego de un rato, ella se quedó dormida. Supuso el dolor que sufrió a raíz del accidente. Se acercó a la computadora y envió una captura de pantalla de su rostro a su mayordomo para que este le enviara más información al respecto.

Esperó unos minutos y enseguida recibió el nombre completo y profesión. Supo también que iba de viaje para hacer un reportaje sobre las fiestas de un pueblo cercano. Observó su perfil de Facebook y se enteró que era fanática del rock y el blues, que le gustaban los gatos y que comer era su debilidad. Mientras más sabía de ella, más le gustaba.

Cerró las ventanas de sus redes sociales y se quedó pensativo. Se levantó de nuevo y se percató que se sentía muy atraído hacia ella. Quería hablar más, quería escucharle la voz, quería tocarla... Besarla, quizás. Pero, ¿cómo hacerlo? Helena era su prisionera.

Esa noche, luego de la cena, ella se acostó de nuevo en el catre. Miro al techo y notó que había un tragaluz. En donde estaba, podía ver el resplandor de la luna. Su luz caía al suelo de la celda, iluminando todo como si fuera de día.

Suspiró de nuevo, pensó en su madre, en sus compañeros del periódico, en Cleo y su piso. De seguro, todos pensarían que estaba muerta y ella estaba allí, sin la posibilidad de comunicarse con alguien para decir que estaba bien.

-Señor... Señor, sé que está allí y puede escucharme. Le suplico, le imploro que me deje al menos decirle un mensaje a mi madre. Ella debe saber que estoy viva. Es todo... Es todo lo que le pido.

Efectivamente, Cedric escuchó cada palabra. No obstante, cualquier comunicación que saliera de ella proveniente de la isla, representaría la presencia de las autoridades y toda una serie de invasores que no se cansarían

en reclamarle las razones por el secuestro. El peor escenario, además, era él convirtiéndose en hombre lobo y desatando una carnicería sin razón. No, no, no. Ya habría una forma de hacer las cosas como debía.

Horas más tarde, Helena se quedó profundamente dormida. Al verla en la pantalla, Cedric bajó hacia la mazmorra para aprovechar y verla de cerca. Bajó esos escalones que tanto recordaban la prisión que era su cuerpo, caminó unos cuantos metros y la encontró con la cabeza apoyada en la almohada.

Estaba boca arriba por lo que pudo ver la suave respiración de su pecho. Una mano estaba sobre el torso y la otra descansaba en la colcha. Pensó que sería buena idea cambiarle el catre por una cama pequeña. Al menos así dormiría mejor. Se distrajo de su hilo de pensamientos al pensar en lo bella que era. Comenzó a sentir una especie de debilidad por sus labios carnosos. Sintió la curiosidad de probarlos.

Admitió que ella le generaba sensaciones pasionales pero también otras muy distintas. Sólo estando allí, junta a ella, estaba en paz. Nunca se sintió a lo largo de los años.

-Es posible que tú seas... Que tú me ayudes –Dijo casi en un susurro.

Sostuvo un par de barras de metal y se aproximó más. Deseaba verla abrir los ojos para encontrarse en ellos. Deseaba que ella perdiera el miedo hacia él. Quizás lo mejor que podía hacer, era dejarla salir poco a poco. Lo suficiente para... No. No podía. Él era demasiado peligroso.

Se echó para atrás. Rechazó la idea de plano por lo que se fue como alma que lleva el diablo. A pesar que faltaban unas cuantas horas para los días terribles que estaban por venir, estaba sintiéndose mal, descompuesto.

Helena despertó empapada de sudor. Se levantó del catre de un solo golpe. El corazón no le paraba de latir. Aún podía ver el rostro de terror de su compañero, los gritos confundiéndose con el sonido del avión rompiéndose a pedazos, el olor a la sangre y la muerte. Inevitablemente, se puso a llorar, quiso abrir su cabeza y botar el recuerdo muy lejos de ella.

Se levantó y se percató que ya era de día. Al mirar hacia los barrotes, había otra muda de ropa y una bandeja con comida. No había visto su captor desde el primer encuentro.

Aunque su instinto le dijo que podía confiar esos extraños gestos de amabilidad, no podía olvidar la intensidad y belleza detrás de esos ojos

verdes ni el rojo de su cabello. La altura de su cuerpo, la manera de hablar e incluso el tono de voz. Ese hombre le cautivaba y le daba miedo al mismo tiempo. Tomó la muda y fue hacia el baño.

Se cepilló los dientes y preparó la ducha, se bañó por unos minutos y salió un poco más renovada. Al verse desnuda, examinó su cuerpo para ver si encontraba alguna herida. De hecho encontró unos moretones en los muslos y brazos, una pequeña raja en la cadera pero nada por qué alarmarse. De resto no vio nada más. Sí, sin duda se trataba de alguien con mucha suerte.

Antes de sentirse más culpable de lo que ya estaba, comenzó a vestirse y a mirarse con más detenimiento al espejo. Tenía ojeras a pesar que había dormido bien, el cabello estaba creciendo a un ritmo que le desagradaba y la expresión de tristeza no se la quitaba por más optimista que se sintiera. Era claro que deseaba encontrarse en casa, en su cama, acariciando a Cleo.

Al terminar, salió a tomar la bandeja y comer, en ese instante vio a Cedric sentado en el catre, esperando por ella.

-Buenos días.

El terror le impidió siquiera responder. Se mantuvo allí, pegada a la pared de piedras como si fuera una estatua.

-No te haré daño.

-¿Por qué me tiene aquí? No entiendo.

Cedric bajó la cabeza, buscando un momento para seguir hablando. Quiso tener paciencia para contarle todo lo que realmente estaba pasando pero no pudo. Así que ignoró la pregunta y continuó:

-Luego entenderás la razón pero es importante que sepas que esto es por tu propio bien.

Ella arrugó el entrecejo. Se mantuvo de pie porque era incapaz de moverse unos centímetros más.

-No te haré daño. Lo juro. ¿Por qué no desayunas?

-No tengo hambre.

-Apuesto que sí.

Helena le echó una mirada a los gofres con frutas y al vaso de jugo de naranja. Se veía todo tan apetitoso que sólo se pudo resistir un poco más.

-Venga.

Él insistió y ella accedió a acercarse a él. Se sentó en el extremo opuesto del catre, tomó la bandeja y comenzó a comer. Inmediatamente hizo un gesto de satisfacción y Cedric lo reconoció. Hubo algo allí que le pareció terriblemente encantador.

Se mantuvieron en silencio hasta que ella estuvo a punto de terminar. Cedric volteó a verla. No se había equivocado, estaba cada vez más prendado de ella.

-Sé que te llamas Helena y que eres periodista en una cadena de medios del país. –Ella abrió los ojos- Estoy ideando la manera de que puedas enviarle un mensaje a tu madre, diciéndole que estás bien. Pero sólo a ella.

-Es todo lo que pido.

Ella sintió que había ganado una batalla.

-Lo sigo pensando así que no estoy seguro. Aún siguen con las averiguaciones. Lamento mucho lo que sucedió.

No pudo evitarlo. Las lágrimas empezaron a correr sobre las mejillas de ella.

-... Vi a un amigo morir. Es algo que está marcado a fuego dentro de mí.

-Sé lo que quieres decir. De verdad.

La cercanía de su voz, se sintió tan suave, tan sensual.

-Por eso sólo le pido que me dé la oportunidad de avisarle a mi madre. Verá, las dos somos muy unidas y no quiero que sufra más por mi culpa.

-Lo sé. Veremos qué podemos hacer.

-Vale.

-Por otro lado. Será necesario que te mantengas aquí por un tiempo. Ah, antes de que se me olvide. Esto es un intercomunicador remoto. Sólo presionas este botón por si necesitas algo de mí. Estaré atento ante cualquier cosa que surja.

-Gracias.

Se levantó para dejarla allí pero un impulso lo detuvo. Se volvió a ella y le dijo:

-¿Te gustaría salir un rato?

Los ojos de ella brillaron con fuerza.

-¡Me encantaría!

Él sonrió ante el dulce gesto y le dejó salir.

Aunque estaba un poco más fuerte, Helena sintió que las piernas le temblaban un poco. Incluso, estuvo de caer cuando sintió el brazo de Cedric rodeándola. Se sorprendió de la fuerza que sintió así como la rapidez de su reacción.

-¿Estás bien?

-Sí. Muchas gracias.

Subieron por las escaleras y poco a poco Helena se encontró con una imagen completamente a la que tenía en mente. Era un lugar sin duda hermoso. Una amplia sala, una cocina grande y abierta y una serie de ventanales que daban vista al mar. El paisaje era simplemente increíble.

Se detuvo un momento porque se quedó hipnotizada por el movimiento de las olas y por el brillo de la arena. Parecía mentira que hacía varios días había estado allí a su suerte de no ser por él. Justo en ese momento se le presentaron una serie de posibilidades. Pudo morir por algún animal o por el hambre y la deshidratación. Sí, estaba presa pero también estaba viva gracias a la buena suerte y a la ayuda de un desconocido.

-¿Quieres ir allá?

-Sí, me encantaría.

A medida que se acercaba, tuvo la tentación de salir corriendo. Calculó el estado de su cuerpo así como la ropa que tenía. Al salir, se percató de unos cocoteros y palmeras. Bien, no le faltaría comida ni bebida, al menos se mantendría lo suficiente para pedir ayuda o nadar. ¿Cuán lejos estaba de tierra? ¿Cuánto tiempo le llevaría llegar? La mente no paraba de hacerle ruido.

Dejó de pensar cuando se encontró con el calor del día. El sol estaba a lo alto, el cielo despejado y una brisa fresca pareció darle la bienvenida. Sus ojos se perdieron en el horizonte. Dio unos pasos más adelante hasta que se sentó sobre la arena. Estaba calmada y en silencio.

Cedric, desde cierta distancia, la miraba. Supuso que ella estaría pensando en cómo escapar. Tenía sentido, cualquiera desearía regresar a casa. Así que la dejó allí porque no quiso perturbar su tranquilidad.

Iba a regresar al interior de la casa hasta que los dos intercambiaron miradas.

Helena se levantó y fue hacia él.

-¿No vendrá?

Cedric tuvo miedo. Tuvo miedo porque la presencia de ella era un peligro para sus instintos más bajos. Ella pareció sonreírle y él respondió de la misma manera. Pensó que quizás era una estrategia para hacerlo sentir en confianza y así correr lo más lejos posible. No quiso sobre-analizar más y se encontró con ella. Quedaron juntos sobre la arena caliente, en silencio.

Cedric cerró los ojos y suspiró de cansancio. Recordó que esa noche era luna llena y que los malestares propios de la anticipación de su transformación, lo agobiaban. Le dolía la cabeza, espalda y manos. Sus venas estaban tan brotadas que casi parecía que iban a explotar. Por otro lado, la serenidad de Helena le hacía sentir mejor. Tenía un efecto curativo en él.

-Es momento de regresar.

-Ella quiso objetar pero asintió pesadamente. Si quería salir viva de allí, debía ganarse su confianza.

Cayó la tarde y Cedric se aseguró que todo estaba con la seguridad cerrada de siempre. Por último revisó la transmisión en vivo desde la celda de Helena. Ella estaba sobre el catre y parecía estar despierta. Miró el reloj y fue hasta las afueras de la casa. Los dolores se volvieron más agudos, punzantes.

Su espalda comenzó a encorvarse y la piel a transpirar profusamente. Las manos y piernas estaban cobrando una forma animalesca así como el rostro. Vellos gruesos y oscuros emergieron desde su carne para cubrirlo por completo. El torso, así como sus extremidades, se estiraron hasta convertir a Cedric en una bestia de 2 mts de altura.

Corrió velozmente por entre la selva de la isla y se detuvo en un desfiladero. Aulló varias veces y volvió a adentrarse en la oscuridad de noche.

A poca distancia de allí, Helena escuchó los aullidos desde su celda. Se levantó de repente y sintió un terror inmenso. Primero le extrañó la presencia de lobos en la isla y segundo ese conjunto de sonidos, le pareció particular, como si no fuera un animal después de todo.

Se escondió en el baño y apagó todas las luces. Por alguna extraña razón, tuvo el presentimiento que algo iba a suceder. Contuvo la respiración y esperó, y esperó. Cuando pensó que todo aquello era producto de su imaginación,

escuchó unos pasos extraños que bajaban por los escalones. El roce sobre la piedra, el peso de las pisadas, fueron detalles que le erizaron los vellos de la nuca.

Comenzó a temblar, hizo todo lo que pudo para no hacerlo aunque le pareció inútil. Escuchó la nada y pensó que había pasado nada, sin embargo, a salir de su escondrijo se encontró con una imagen aterradora. Era un lobo o un hombre, o las dos cosas. No lo supo identificar inmediatamente.

Se quedó de pie, mirándolo a los ojos, esos ojos rojos y brillantes. El animal se acercó hacia las barras de metal y Helena miró hacia los lados, no había a dónde huir. Se echó para atrás pero él avanzaba hasta que se detuvo justo a unos centímetros. Ladeó la cabeza y siguió mirándola. Abrió un poco la boca y ella observó el filo de sus dientes. Ella estaba segura que perdería la razón en cualquier momento.

A pesar del miedo, del pánico profundo, Helena sintió que se trataba de alguien familiar. Por más extraño que fuera, se acercó y se encontró de frente a él. La expresión de furia y hambre de la bestia, menguó poco a poco. Era casi como si ella le diera una dosis de paz. Ella intentó tocarlo pero él bruscamente se echó para atrás. Luego, corrió escalones arriba y no lo sintió más.

El impacto del momento hizo que se desplomara en el suelo frío.

-¿En qué lío me he metido?

Llevó sus manos a la cabeza, insistiéndose a sí misma que todo era producto de un sueño... Aunque sabía que no era así.



## VII

El reloj de pulsera de Cedric no paró de sonar. El fastidioso ruido lo hizo reaccionar en poco tiempo. Al despertar, se percató que se encontraba en medio del patio principal, desnudo y con rasguños.

-Una noche cualquiera.

Se incorporó y caminó hacia un pasadizo que lo llevaba a la habitación. Aún era muy temprano en la mañana. Como siempre, sólo logró recordar algunos fragmentos de la noche anterior.

Se introdujo en la ducha y tomó un largo baño caliente. Al terminar, ya se encontraba más relajado por lo que se sentó en su cama y trató de colocar las cosas en orden dentro de su cabeza. Los trozos comenzaron a encajar. Había subido a la colina, luego corrió en la selva, no obstante había algo con lo que no lograba dar. Era extraño.

Siguió cavilando hasta que vino a su memoria algo que confirmó sus preocupaciones. En efecto, bajó a la mazmorra para encontrarse con Helena. Vino a su mente la mirada de sorpresa y de curiosidad que tenía ella. Por primera vez desde que era hombre lobo, sintió que su bestia no tomó por el completo el control de sí mismo. Helena le transmitió algo que no pudo describir.

-Joder.

Sin embargo esto lo dejó en evidencia. Tendría que ir hacia donde estaba y explicarle lo que era. ¿Sería muy pronto? Probablemente, pero aun así, se quitaría un peso de encima.

Terminó de vestirse y fue con paso decidido hasta encontrarse con Helena. La encontró sentada en el catre con los ojos rojos y con la expresión de cansancio. Al verlo, se sobresaltó y esperó que él hablara.

-Tengo que confesar algo.

Permanecieron en silencio por un rato. Helena no podía creer lo que acababa de escuchar. Todo le parecía inverosímil.

-¿Así que eras tú?

-Sí.

-¿Por eso estoy aquí?

-Sí. Generalmente es aquí en donde me encierro para que nadie me encuentre pero era el único sitio seguro para ti. Así que decidí dejarte aquí para que estuvieras segura. Sin embargo, lo de ayer fue... Algo que se salió de control. Definitivamente.

Ella lo miró y suspiró.

-Fue por eso que no quise que te comunicaras con nadie. Compré esta isla para alejarme de todos, para encontrar un poco de tranquilidad y para evitar que otros corran peligro junto a mí. De hecho, mi mayordomo, no vive aquí. Sólo estoy yo.

Helena trató de comprender lo que sucedía. Estaba sentada con un tipo con un gran secreto que, a la vez, le hacía sentir que cargaba un peso insoportable.

-A veces pienso en dejar todo esto. Ya no le encuentro el sentido de las cosas.

-No digas eso.

Fue lo primero que pudo salir de su boca después de mucho tiempo sin decir palabra.

Cedric se levantó de repente y la miró. Se le hacía cada vez más difícil el resistirse ante los deseos de estar con ella.

-Es mejor que me vaya. Puedes correr peligro aún si estoy así.

Se acercó hacia los barrotes y cerró la celda con rapidez. Ella se acercó y lo miró fijamente.

-Déjame ayudarte.

-No puedes. Nadie puede.

Se volteó para dejarla allí otra vez, sumida entre la duda, confusión y curiosidad.

Volvió a caer la noche y Helena trató de resguardarse de lo que venía. Agudizó los oídos y esperó escuchar los aullidos de Cedric. Minutos después, el sonido se hizo eco en la oscuridad de la isla. Él no debía estar demasiado lejos.

Así que repitió todo el procedimiento de la noche anterior, apagó las luces y se escondió en el baño. El corazón le latió con fuerza. Deseaba verlo y

convencerlo que no quería hacerle daño. Pero, según todo lo que escuchó, él dejaba de ser humano cuando se transformaba. De nuevo el miedo invadió su cuerpo.

Por otro lado, pensó que quizás no se repetiría lo de la primera vez. Probablemente estaría afuera y allí se quedaría... Pero no fue así.

Las pisadas resonaron en el largo pasillo que comprendía la mazmorra. Una por una, pesadamente, anunció la llegada de él en el lugar. La respiración y los ruidos de las garras rozando el suelo, los gruñidos y la saliva. Los ojos inyectados de sangre que la buscaban con desesperación.

La bestia se detuvo y la miró. Ella estaba frente a él con una actitud estoica. Dio un paso hacia el frente.

-¿Sabes quién soy?

No hubo respuesta.

-No quiero hacerte daño. Sólo quiero que me dejes ayudarte.

La bestia hizo un resoplido extraño y fuerte. Helena quiso echarse para atrás y esconderse como un ratón, pero no lo hizo. Quiso insistir, algo la obligó a hacerlo.

-Por favor, déjame hacerlo.

Dentro de ese lobo de dos metros y 100 kilos, se encontraba un hombre desesperado. Así que emergió y se notó en un pequeño brillo en los ojos. Una de sus garras se apoyó sobre la barra cerca de la cara de ella. Al sostenerse, Helena notó cómo se quemaba. Supuso que el metal contenía plata. Así que entendió por qué estaba segura en ese sitio.

-¡Basta!

La bestia se echó para atrás en un gesto de dolor. Volvió a irse con rapidez y no volvió más. Helena estaba decidida a comprometerse a ayudarlo tanto como pudiera.

Se encontraron en la mañana. Esta vez, estaban en la cocina. Ella le curaba la herida mientras él le explicaba los mecanismos de seguridad.

-Listo. Creo que así está bien.

-No resistirá demasiado esta noche.

-¿Cuánto tiempo dura la fase?

-Depende. Puede ser un par de días o una semana. Como tengo muchos años así, varía mucho más. Sin embargo, creo que esta será la última vez... Hasta que tenga que lidiar con esto de nuevo. Un ciclo sin fin.

-Debe existir un método que al menos te permita tener cierta estabilidad.

-Créeme que lo he intentado. He hecho de todo. Por un momento el encadenarme funcionó. Me mantuve tranquilo y di las cosas por sentado pero por supuesto que me equivoqué.

-Tendremos que pensar en algo.

-¿Por qué me quieres ayudar?

-Porque me salvaste la vida. Pudiste simplemente ignorarme allí y listo. No lo hiciste. Siento que tengo una deuda muy grande contigo.

-No exageres.

-No lo hago. ¿Qué tal si probamos algo? No me encierres esta noche, deja la celda abierta.

-No. Imposible, Helena. Sería demasiado arriesgado para ti. Además de absurdo.

-Venga, vamos a intentarlo.

La mirada insistente de ella le hizo cambiar de opinión. Así pues que esperaron a que cayera la noche y se prepararon. Los malestares de Cedric se intensificaron de un momento para otro y, justo antes, él le pidió que se alejara. Ella accedió y fue hacia la mazmorra. Si bien estaba libre, también tenía que refugiarse en un lugar que le proporcionara cierto grado de protección.

Minutos después, un aullido largo y fuerte resonó por la casa. Permaneció de pie, junto a la celda por si las cosas se complicaban. Enseguida escuchó los pasos de la bestia acercándose a donde se encontraba. En una mano, sostenía una navaja de plata que él le dio como medida de precaución. Sin embargo, sabía que ciertas situaciones de peligro, lo máximo que se puede hacer, es quedarse congelado. Eso era lo que más temía.

La sombra de la bestia comenzó a extenderse lentamente sobre el suelo. La silueta enorme e intimidante, cubrió por completo cualquier rastro de luz. Los

rugidos se hicieron fuertes a medida que descendía por los escalones.

Cedric, en modo licántropo, emergió entre las sombras. Su figura era tan grande que hacía ver a Helena del tamaño de una hormiga.

Ella pudo notar que la respiración de él era fuerte y agitada, sus ojos se veían más agresivos que nunca y su lenguaje corporal denotaba que en cualquier momento se le vendría encima. No obstante, no fue suficiente como para hacerla retroceder.

-Te dije que te quería ayudar y eso haré.

Soltó la navaja de plata y caminó hacia su dirección. Poco a poco, alzó su mano para colocarla sobre el largo hocico. En el primer intento, él hizo un resoplido que casi le hizo dudar de su intención.

Volvió a tomar valor y, a pesar de la intensa agresividad en la mira, logró descansar su mano sobre él. Acarició con suavidad e inmediatamente él cerró los ojos. Pareció calmarse a tal punto, que se inclinó un poco hacia ella, como si fuera un animal manso.

Helena continuó acariciándolo hasta que encontró en sus ojos un poco más de la esencia de Cedric. Su presentimiento estaba en lo correcto. No le haría daño porque sorprendentemente hizo que él la reconociera.

Después de ese momento en donde ambos experimentaron una intensa conexión, Cedric se fue en silencio para adentrarse en la selva. A pesar de que había rescatado un poco de su ser, todavía era un animal. Así que se fue para no lastimarla.

La mañana siguiente fue una revelación para él. Se encontró desnudo, cansado, con hambre pero también optimista. Ciertamente ella lo había domado con facilidad y eso podría representar una luz de esperanza.

Se levantó de entre las palmas secas y fue a casa. Mientras caminaba, encontró la figura de Helena en la cocina. Parecía que estaba preparando algo. Por un momento, se quedó allí, mirándola. Esa sensación de paz regresó a él para reconfortarlo. Sin embargo, tuvo que espabilarse porque se percató que todavía estaba desnudo.

Fue corriendo a una parte lateral de la casa y allí se escabulló hasta su habitación. Tomó un baño rápido y bajó para encontrarse con ella que todavía allí.

-Hola. Preparé un poco de café e hice esto. No se me da muy bien el cocinar por lo que espero que haya salido bien.

Los ojos se le iluminaron y comenzó a comer con rapidez. Efectivamente, el hambre le hizo devorarse el plato en pocos segundos.

-Por cierto, ¿cómo te sientes?

Hacía tiempo que no escuchaba una pregunta como esa.

-Pues, como siempre cuando pasan estas cosas. Cansado y con unas cuantas heridas.

-¿Recuerdas las cosas que haces cuando te transformas?

-Antes no. Por más que lo intentara era imposible, sin embargo, ya ahora es diferente. Si me concentro lo suficiente, mi mente es capaz de hacer una retrospectiva de lo sucedido.

-¿Sabes lo que pasó ayer?

Dejó a un lado la taza humeante de café.

-Sí. Por supuesto.

Se miraron y permanecieron en silencio por un rato. Cedric percibió una especie de magnetismo que le hizo pararse de la silla y avanzar hacia a ella. Helena, tuvo el impulso de salir corriendo pero no pudo. La cercanía de él le hizo temblar suavemente.

-Hay algo en ti que hace que encuentre paz. Desde el primer momento que te vi. No lo puedo explicar.

Ella no pudo decir palabra. Esos labios, esos ojos verdes, el destello rojizo de su cabello, esa fuerza de su cuerpo que emanaba hasta en el hablar. Quedaron frente a frente. Helena se concentró en el deseo de no desfallecer en ese espacio.

Él le acarició el mentón con suavidad y posó sus labios sobre su frente. El corazón casi le estalló. Sonrió hasta que le sostuvo el cuello con ambas manos. El aliento cálido envolvió sus labios. Se besaron suavemente.

La cercanía, los gemidos delicados de ella, la carnosidad de sus labios le recordaron lo bien que se sentía estar con una mujer. El color moreno de su piel le volvía loco, así como el cabello corto y sus reflejos blancos gracias a las contadas canas que tenía. Posó sus manos sobre la cintura y descubrió su

finura. Luego acarició su espalda. Mientras estuvieron así, casi sintió que iba a perderse entre esa carne.

Cuando tuvo el impulso de hacer algo más, inmediatamente se detuvo. Sabía que cualquier desliz podía hacerla correr y no quería eso. Helena, por su parte, sintió que caminaba por las nubes.

-Tengo que hacer algo de mis negocios. Nos vemos en un rato, ¿vale?

-Vale.

La dejó como queriendo quedarse con ella. Mientras caminaba hacia su estudio, no pudo dejar de pensar en la suerte que tenía al estar cerca de alguien como Helena. Aunque sólo pensar su nombre le producía tranquilidad, no podía esconder el hecho que ansiaba devorarla. Era un morbo difícil de explicar.

## VIII

Helena estaba impresionada. No podía creer lo que acababa de suceder, por lo que pensó que no era tan mala idea eso de sentarse un momento. Analizó un poco la situación y comprendió que era inevitable negar lo que estaba sucediendo.

La química que sentía no era cuestión unilateral, él también la compartía. Por otro lado, tocó sus labios para cerciorarse que realmente se habían besado. Resultó ser un momento mágico que no esperaba.

Se levantó de repente como si quisiera ir hacia él y decirle algo. Decirle que quería más besos y más caricias. Con el mismo impulso, se hecho hacia atrás. El detalle de que era un hombre lobo todavía resonaba dentro de su cabeza. Sin duda, se trataba de algo extraordinario.

Como no supo qué hacer, salió hacia la playa para sentarse sobre la arena para que se le despegara la mente y el cuerpo de un suceso tan fuerte.

Cedric hundió la cabeza en la pantalla de su computadora. Tecleaba velozmente a medida que recibía correos solicitándole cualquier cantidad de peticiones. Miraba la bolsa de valores, se comunicaba con los socios de las otras empresas y esperaba respuestas para seguir en marcha con lo que solía hacer siempre.

Tuvo un momento de descanso en donde echó su cabeza hacia atrás. Estiró los brazos y observó cómo algunas partes estaban marcadas por rasguños y golpes. Rastros que, además, se veían más intensamente gracias a la palidez de su piel.

Suspiró y pensó en Helena. En la posibilidad de que ella le devolviera un poco de humanidad. Aunque era una buena noticia, también sabía que sería difícil puesto que aún era arriesgado. Fue en ese momento cuando quiso mandar todo al diablo y pensar en que era la mejor opción que tenía.

Además, gracias a ese beso, tuvo la necesidad de ir hacia a ella. Quería ir hacia ella. Deseaba colocar su cuerpo con el suyo y fundirse, arrancarle la piel, hacerla gemir, olvidar los límites de ambas pieles. Retuvo el impulso al volver al trabajo. Tenía demasiado que hacer.

Anocheció rápidamente y Helena terminó vagando por la casa. Todavía tenía



la duda de que si tenía que volver a la celda. Entonces subió unas escaleras ya que supuso que allí, en alguna parte, encontraría a Cedric.

Se acercó a una puerta en donde escuchó el sonido del teclado. Por un instante, pensó en entrar violentamente y comunicarse con su madre. Hizo de tripas corazón y tocó.

-¿Cedric? Disculpa que te...

La mano de él giró rápidamente la perilla y ambos se encontraron de frente.

-No quería molestarte. Sólo que tenía la duda de que si era necesario que regresara a la celda. La verdad es que no me gustaría.

-Entiendo. Está bien. Como te dije, te mantuve allí para cuidarte. De todas maneras podemos encontrar una manera en que puedas resguardarte cuando suceda pues... Estas cosas.

-Vale. Gracias.

Quiso voltearse y dejar la conversación hasta allí. Sus pies se lo impidieron. Algo hizo que se quedara en ese sitio. Alzó la mirada y él estaba observándola. Sin pensarlo dos veces, rodeó sus brazos sobre su cuello, se puso de puntillas y fue directo a sus labios. Estaba ansiosa por hacerlo.

Al principio, se besaron con reservas, contenidos; sin embargo, a medida que lo hacían, todo se volvió más fuerte e intenso. Las manos de Cedric bordearon el cuerpo de Helena, acariciándole la cintura, las caderas y espalda.

De vez en cuando sus dedos rozaban la espina hasta la nuca. Este gesto hacía que ella se estremeciera. Sus lenguas, tímidas al inicio, intimaron mucho más. Entre ellas, las mordidas de Cedric, quien estaba ansioso por ir más allá.

Helena estaba en una actitud más dócil y dispuesta, la fuerza de él, esa misma que oprimía el cuerpo de él sobre ella, era como si le hiciera entender que debía doblegarse, que luchar era inútil.

Se separaron por un momento, la mano de Cedric sostenía el mentón de Helena, acariciándolo delicadamente. Todavía era posible ser así, todavía era posible volver a ser un hombre de verdad.

-Ven.

Le tomó la mano y la llevó hacia su habitación, la cual estaba a pocos metros de allí. Al entrar, ella se encontró con un gran espacio y, además, rodeado de

ventanales que daban vista al mar y a la selva de la isla. Las altas palmeras, los arbustos, ese verde que contrastaba con el azul del agua y el rojo del horizonte.

-¿Estás bien? –Dijo ella cuando notó que la noche se aproximaba.

-Contigo sí.

No tuvo tiempo ni de decir ni de ver nada. Sus ojos se ahogaron en las pupilas de Cedric. Al cerrar los ojos, su boca y cuerpo descubrían, al mismo tiempo, los placeres escondidos de estar con un verdadero alfa.

Él inmediatamente le tomó por la cintura, apretándola con firmeza. Poco a poco la llevó hasta la cama. Mientras lo hacía, escuchó atentamente los sonidos que emitían esa boca perfecta. Tan tentadora, tan dulce. Volvió a saborear su lengua, a degustar el aliento cálido que se volvía más intenso gracias a la fuerza de sus caricias.

Comenzó a desvestirla. Ella quiso hacer lo mismo pero inmediatamente la detuvo.

-No. Déjame a mí.

Ella asintió y dejó que Cedric tomara el control de la situación. Sus manos recorrieron velozmente entre las telas de su ropa. En un abrir y cerrar de ojos, ya estaba en bragas. El pudor quiso apoderarse de ella, pero de alguna manera, no fue posible. La confianza que le transmitía él era tan magnética que olvidó detenerse en esos pequeños detalles.

Cedric se detuvo justo en sus caderas. Sostenía lo restante que tenía puesto y luego fijó la mirada en ella, con la intención de provocarla aún más. Al quitarle eso último, un gemido salió de la boca de ella y fue allí cuando finalmente la colocó sobre la cama.

Se echó para atrás y la miró entera. Desnuda. Perfecta. La piel brillando con los últimos rayos del sol, los pechos y sus pezones erectos, las manos sobre la suave superficie y la mirada en él. Sus ojos le suplicaban que la hiciera suya, que no tardara más y lo hiciera.

También procedió a quitarse la ropa con la misma velocidad que le imprimió a ella. A medida que lo hacía, su torso, piernas, brazos y hombros quedaban al descubierto. Su altura pareció acentuarse por lo que, al final, lucía como un ser de otro mundo. La blanca piel tenía los relieves y cicatrices de batallas y

pelas de todo tipo. Incluso, en algunas partes, podían verse los moretones y golpes de la noche anterior.

Los arañazos de sus antebrazos y las venas que los enmarcaban. Su pene, por otra parte, estaba completamente erecto y duro. El glande rosáceo estaba húmedo y palpitante. Ella concluyó al verlo desnudo, que se trataba de un hombre apuesto, seguro pero que también tenía un gran nivel de vulnerabilidad.

Fue a encontrarse con ella. Sus brazos se apoyaron sobre la cama mientras que su boca parecía buscar la de Helena con desesperación. Al unirse con ella, volvieron a experimentar esa electricidad que parecían compartir desde el momento en que se vieron.

Los dedos de Cedric descendieron hasta las profundidades del calor que emanaba el coño de Helena. Ella, en su excitación, gimió un poco más fuerte. Lo hizo con más intensidad cuando él se decidió a explorarla con decisión. Acarició primero sus labios gruesos, tanteó la humedad divina y luego se concentró en el punto de carne que era su clítoris. Lo masajeó un rato, lo suficiente para escuchar casi de inmediato unos sonidos incompresibles pero que denotaban placer.

Siguió acariciándola hasta que lo hizo con más contundencia. Él juntó más su rostro con el de ella pero sin dejar de mirarla. En ese punto, adoraba saber que era el causante de esos movimientos violentos, de la súplica que comunicaba sus ojos negros.

De repente, tomó dos dedos y los llevó hacia adentro. Comenzó a penetrarla así mientras que con la mano que le quedaba libre, apretó su cuello. Le gustó la idea de poder jugar con su respiración al mismo tiempo que la masturbaba.

Siguió así hasta que la propia ansiedad de su cuerpo le hizo parar. Estaba desesperado por adentrarse en ella así que abrió sus piernas con sus brazos e introdujo su pene. Se tomó su tiempo para hacerlo lento. Al tenerlo casi adentro por completo, dio un último empujón.

La presión que sintió por la estrechez de ese coño así como el calor y la humedad de sus fluidos que terminaron por mojarlo por completo, casi le hizo convertirse en un animal. En ese estado, estaba a pocos pasos de convertirse en el lobo que era.

En ese momento, el umbral de su concentración se interrumpió al escuchar los

gritos de Helena. Además, sintió el roce de sus manos con las suyas. Sintió las uñas enterrándose en su piel, así que volvió en sí.

La pelvis de Cedric tuvo un movimiento fuerte y constante. Incluso era posible escuchar los golpes producto de sus embestidas. Iban tan rápido que ella entornó los ojos hasta ponerlos en blanco. Era como estar en otro mundo.

-Eres mía. Eres sólo mía.

Logró decir en medio de los gemidos y gruñidos. Lo dijo desde su sinceridad y no sólo porque la estaba follando, sino porque así lo sintió desde el momento en el que ella logró dominar a su bestia.

-Sí. Sí lo soy.

Siguió follándola con fuerza, con brusquedad. Adoraba sentir el calor y las convulsiones de ella cuando lo hacía. Buscaba penetrarla aún más, quería romperle la piel, destrozarla.

Cambió de posición rápidamente. Hizo que se colocara en cuatro, de manera que así pudo ver la hermosa humanidad de su coño abierto. Esos labios gruesos, húmedos que clamaban por él. Le dio unas cuantas nalgadas mientras que mordía más piel de ella. La carnosidad de su cuerpo curvilíneo le llevaba al descontrol.

La masturbó un poco antes de volver a penetrarla. Al hacerlo, ese calor lo envolvió por completo e hizo que se reconectara como licántropo. Entonces, el dolor de la transformación se conjugó con la excitación y la lujuria que sentía en ese momento.

Su espalda se arqueó, sus manos cambiaron para convertirse en híbridos de garras, las uñas le crecieron y los ojos cambiaron a un rojo intenso, casi sanguíneo. De resto, mantuvo la misma imagen de humano.

Aunque tuvo el temor de completar su transformación, fue un hecho de que la presencia y el intercambio que tuvo con Helena, era aquello que lo impidió. Así pues que aprovechó ese rasgo de sí mismo para penetrarla más intensamente, para sostenerse con más determinación de sus caderas y de sus nalgas. Incluso llegó a pensar que faltaba poco por romperle la piel.

Sí... Romperle la piel. No era tan mala idea después de todo, así que procedió a rasguñar la espalda. Las uñas estaban tan filosas, que sólo el roce de las mismas fue suficiente como para brotar sangre. Helena, en medio de las

profundidades de la excitación, comenzó a gritar desesperada. El estímulo doloroso, sin embargo, fue un buen maridaje con lo que experimentaba en el momento, por lo que fue algo simplemente increíble.

Hizo lo que quiso sobre ella. Hizo que fuera hacia los límites de lo que conocía para sacarla fuera de su zona de confort. Deseaba que se desprendiera de lo sabía para que conociera una nueva forma de sentir.

Aunque esa posición le resultaba placentera, quiso encontrarse con su mirada otra vez. Cambió de nuevo e hizo que quedara como al principio. Al verlo, Helena se sobresaltó un poco pero en la mirada de él no había maldad ni rabia, era una combinación que no pudo definir.

Entonces, acarició el mentón de él y lo besó. Cedric parecía reconectarse con ella. La iris roja debido a su transformación, cambió un poco más al verde habitual. Ella lo salvaba de caer de nuevo.

Se mantuvo dentro de ella tanto como pudo. Cada tanto, la cabeza de Helena ladeaba de un lado a otro, sus gemidos se intensificaban o disminuían, ella estaba en un vaivén que de sensaciones y emociones.

Al caer la noche, en ese momento crítico en donde era posible que se volviera en esa bestia que tan calada estaba en su piel, pasó sin problemas. Siguió sobre la cama, en la oscuridad y entre el deseo que emanaba de los dos.

Helena, quien suspendió los placeres de la carne, sintió que estaba a punto de correrse en cualquier momento. Sostuvo la mirada en Cedric porque las palabras no podían salir de su boca. Él avanzó hasta su oído para hablarle.

-Un poco más, sólo un poco más.

-Siento que... Siento que no puedo.

Justo en ese momento la embistió con profundidad y ese movimiento hizo que ella gimiera con un poco de más fuerza.

-Te he dicho que aguantes un poco más.

Ella se aferró a sus brazos y manos como si la vida se fuera en ello. Incluso era posible ver las venas brotadas por el esfuerzo que hacía. Cedric, mientras tanto, empujaba cada vez más hasta que notó el temblor de las piernas de ella entre las suyas. Le divertía jugar con los estímulos al mismo tiempo que la forzaba a tener consciencia de ellos al controlarlos.

-Córrete para mí.

Exclamó un fuerte gemido, casi gutural y ella se derrumbó entre sus brazos en pocos minutos. Sus ojos se cerraron mientras mordía el labio inferior. El esfuerzo con que tanto se aferró, la dejó agotada sobre la cama. En vista de todo lo que pasó en cuestión de segundos, él también lo hizo. Encontró increíblemente placentero la forma en que lo hizo.

Extrajo su pene justo antes del momento de explotar. El semen cayó descontroladamente por las piernas, torso y hasta rostro de ella. El calor de sus fluidos le hizo abrir los ojos a pesar de estar un poco atontada. El pecho de Cedric estaba tan agitado, que ella trató de tomarlo para que se acostara. El gesto hizo que él lo hiciera sobre ella. Su cabeza descansó sobre ese regazo dulce y se quedó quieto por un rato.

Las manos de Helena acariciaban su cabello con suavidad. Gracias a la tranquilidad que regresaba a su cuerpo, pudo regresar a su estado original. Cedric levantó la vista y la encontró casi dormida.

-¿Estás bien?

-Sí.

Se besaron y él se acomodó junto a ella. Permanecieron juntos así por un rato.

Las ganas y ansias de Cedric no cesarían con un sólo polvo, por lo tanto, se giró para ver a Helena. Ella todavía dormía. Aunque estaba desesperado por poseerla otra vez, la miró tan apacible que quiso mantener en su memoria esa imagen por más tiempo. Luego de encontrarse satisfecho, acarició el muslo que se encontraba junto a él. Lo hizo un par de veces hasta que se subió por las caderas hasta la cintura.

Buscó entre su piel uno de sus pechos para acariciarlo. Apretó un poco y pellizó el pezón levemente, justo allí, ella abrió los ojos al mismo tiempo que exclamaba un gemido. Se acomodó mejor y vio la boca de su amante que fue directo a sus senos. Sus manos los apretaba, su lengua los lamía. Los gruñidos de él volvieron a hacer eco en la habitación.

No faltó demasiado para que ella se excitara. Él, por otro lado, estaba tan duro que tuvo que reprimir las ganas de follarla de una vez. Antes de eso, deseó probar sus fluidos, así que bajó poco a poco por su cuerpo hasta encontrarse con su coño. Acarició el clítoris y sintió los retorcionones de ella. Esperó un poco más para que se humedeciera lo suficiente y hasta allí.

Al encontrarse entre sus piernas, no podía creer lo perfecto que era ese lugar. Sus labios estaban húmedos y su clítoris enrojecido debido a las caricias hacía momentos antes. Su aliento envolvió las partes de ella, haciéndola desfallecer un poco más. Con la punta de la lengua, acarició cada espacio que sus ojos pudieron ver. Incluso se mantuvo un rato entre la carnosidad de su coño. Seguidamente, fue a parar a su clítoris.

Succionó y lamió hasta que, al apartarse, pudo ver el rojo intenso de esa parte. Cerró los ojos mientras se alimentaba de ella, cerró los ojos para conectarse con el deseo que le despertaba entre las entrañas. Así que siguió allí, en ese lugar hermoso y delicioso hasta que su cuello y lengua no pudieron más.

A pesar de ello, quiso seguir comiéndola. Así que hizo que su coño se acomodara sobre sus labios. Al final, Helena estaba sentada sobre su cara con una expresión de sorpresa porque era la primera vez que le pasaba algo así.

Sin embargo, no tuvo tiempo para pensar ya que ahí mismo sintió el roce de su lengua dentro de ella. Trató de sostenerse de algo porque tuvo la sensación de que iba a perder el equilibrio en cualquier momento. Como no encontró nada cercano, tomó sus manos y sostuvo sus pechos con fuerza, pellizcándolos y agarrándolos con firmeza.

Cedric casi pudo sentir que podía quedarse allí por tiempo indefinido. Estaba en una posición cómoda y por si fuera poco comía de la mujer que tanto deseaba. Era una la combinación perfecta.

Como había pasado demasiado tiempo sin estar con alguien, hubo momentos en donde parecía indeciso. No por inexperiencia sino por la indecisión de escoger el lugar para satisfacerse. Era difícil encontrar un punto cuando todo su cuerpo era la perfección.

Sostuvo su torso las veces en las que sentía que ella perdía el control de sí misma. Sus manos apretaron fuertemente su piel. En poco tiempo, sintió las convulsiones propias de la excitación. Así que succionó con un poco más de fuerza hasta que finalmente, justo antes de que ella se corriera, hizo que se levantara, le tomó el cuello y la llevó hasta la pared. Comenzó a darle unas nalgadas tan fuertes que hubo un momento en el que tuvo que controlar.

Con las manos extendidas y las piernas en la misma posición, Helena recibía las nalgadas más deliciosas de la vida. No sólo eran los impactos, sino

también los agarrones que Cedric le hacía. Sostenía su piel con tal brío que era posible sentir que faltaba poco para que él la destrozara por completo. En esos instantes, él se echaba para atrás y retomaba la faena.

Después de un rato, él le colocó la mano sobre su cuello, apretándolo. La otra extremidad quedó libre para seguir con las nalgadas. Cada impacto lo acercaba a su ser dominante y controlador. Era un estímulo que lo hacía sentir vivo, como una droga que no podía dejar de consumir.

En ese momento, Helena nunca creyó que pudiera ser posible acercarse al orgasmo de esa manera. Gracias al control de su respiración así como los impactos que recibía en su culo, eran estímulos que no se había permitido hasta entonces.

Comenzó a suplicar, a pedirle, a decirle que parara porque ya no podía más. Cedric, en el estado álgido de su excitación, ignoró estas palabras por lo que continuó.

Hubo un momento en el que se echó para atrás a mirar la belleza de las marcas que habían quedado en su piel. Los rasguños y las formas de sus palmas estampadas en ella. El brillo de su tonalidad que contrastaba con la intensidad del rojo de esos patrones, era un deleite para sus ojos.

Como estaba cerca de correrse, se permitió masturbarse sobre ella. Entonces, colocó su pene entre sus nalgas y comenzó a moverse como pretendiendo que la iba a penetrar el cualquier momento. Aunque no fue así, los dos experimentaron una sensación tan increíble que parecía fuera de este mundo.

Así pues, Cedric tomó los brazos de Helena para privarle de movimiento. Al hacerlo, tuvo más impulso con los roces así que estaba seguro que en cualquier momento estaría cerca de llegar al orgasmo.

Ella se aferraba a él mientras disfrutaba del calor de su pene y de esa tortura sin penetración. Así pues que Cedric hizo unos cuantos gruñidos cuando finalmente se corrió entre las nalgas de ella. Los grandes chorros de semen quedaron enmarcaron la belleza de ese culo redondo y protuberante. Al alejarse de ella, algunas gotas cayeron al suelo.

Él, al mirar ese espectáculo, tomó un poco de sus fluidos con sus dedos, acercándoselos a ella para que los lamiera. La lengua suave y delicada de Helena, saboreó lo que su amante le ofreció entre los jadeos y gemidos.

Después de limpiarse y de tomar un poco de aire, los dos terminaron



acostados en la cama. La intensidad del acto les hizo olvidar el entorno e, incluso, la hora. Ella mantuvo un rato los ojos abiertos mientras Cedric descansaba en sus pechos. No podía creer que tuviera sexo con un tío tan extraordinario como él. Parecía una historia sacada de una película. La idea le siguió dando vueltas hasta que por fin se quedó dormida.

La suave respiración de ella, el movimiento armónico de su pecho así como el calor de su piel, era un conjunto que le brindaba un espacio para sentirse seguro. Durante los años de cargados de vaivenes, muerte y soledad, nunca se vio a sí mismo de esa manera. Acompañado de alguien que le generaba emociones tan positivas.

Aun así, aún en la tranquilidad de ese momento, vino a su mente algo que no podía obviar. Era el hecho de que ella, tarde o temprano, tendría que irse de allí. También recordó la súplica de unos días sobre comunicarse con su madre. Tenía que compensarla de alguna manera.

## IX

El hambre no dejó que Helena durmiera más. De hecho, se levantó apretándose el estómago porque creía que iba a desmayarse si no comía algo. Al enfocar la vista, se encontró rodeada de los mismos ventanales que recordaba de la noche anterior. Estaba en la habitación de Cedric.

Ahora podía dedicarse un poco a mirar mejor el mundo de él. Se sorprendió de no encontrar nada extravagante, más bien el lugar era austero en cuanto a muebles y accesorios. Sólo la cama, un par de mesas a los lados, el clóset de madera y el baño que estaba a pocos metros de allí. Era un hombre, aparentemente, con gustos modestos.

Así pues que se levantó de la cama y fue hacia el cuarto de baño. Tenía una toalla sobre la mesa del lavabo y otra muda de ropa. Sonrió porque le pareció curioso que él supiera exactamente las medidas de su cuerpo.

Luego de un largo baño, fue hacia la cocina para comer algo. Al bajar, esperó encontrarlo allí pero sólo estaba el silencio del lugar. El cual, además, sólo estaba acompañado por el ruido de las olas a lo lejos.

Abrió el refrigerador y sacó unas cuantas frutas tropicales frescas y unas rebanadas de pan y queso. Se sentó en la soledad mientras pensaba en la aventura que se encontraba. Al estar completamente relajada, sintió unos cuantos dolores en su cuerpo, puntualmente en su espalda, piernas y nalgas.

Por supuesto, eso tenía que ver con la noche anterior. Recordó el momento en el que él casi se transformó pero que por alguna manera, no fue así. Recordó lo increíble que fue el conectarse con alguien, sensación que le pareció extraordinaria porque pensaba que se trataba de una ficción, de una mentira de la gente. Resultó que no.

Aunque era innegable que estaba contenta por ello, también le afligía el no saber de su madre. Habían pasado varios días desde el accidente y deseaba con todas sus fuerzas poder decirle que estaba bien. La idea comenzó a ganar fuerza dentro de su cabeza, así que tendría que pedirle a Cedric que se lo permitiese... De lo contrario, ella buscaría la forma de hacerlo aunque eso representara lo peor.

Terminó de comer y de limpiar, así que se levantó para terminar de acomodar

la cocina. Después de eso, el plan consistió en buscar a Cedric o al menos un lugar en donde pudiera comunicarse con su madre. Recordó el estudio.

Subió rápidamente las escaleras y observó las puertas que tenía frente a ella. Reconoció una que le resultó familiar. Se acercó lentamente y tocó con cierta debilidad. Esperó unos segundos y no obtuvo respuesta. Volvió a tocar. Al no escuchar nada, giró la perilla y se encontró con una especie de sala de control.

En la habitación había un par de grandes escritorios. En uno estaba una pila de papales, una computadora y un pequeño monitor. La otra, estaba frente una pared repleta de pantallas. Incluso había un intercomunicador.

El espacio era amplio pero tuvo que mermar su curiosidad porque debía buscar lo puntual. Algo que le permitiese enviar una señal de que estaba viva y bien.

Se sentó en la silla en donde se encontraba el primer escritorio y buscó el mouse. Por suerte, la computadora estaba encendida y sin bloquear. Buscó abrir una ventana incógnita en el buscador, y colocó la dirección de su correo electrónico.

Tuvo que esperar un momento para escribir un mensaje porque la bandeja de entrada estaba tan repleta que casi había colapsado el sistema. Dio un vistazo de lo que se encontraba allí. Ignoró los mensajes que estaban allí y abrió la opción de enviar un correo. Colocó la dirección de su madre y elaboró unas frases sencillas.

*“Mamá, soy yo, realmente soy yo. A pesar del accidente, estoy viva y estoy bien. No te preocupes por mí, por favor. Espero volver pronto a casa. Te ama, H”.*

Quiso explicarle más, quiso contarle todo lo que había sucedido con lujos de detalles pero sabía que sería incomprensible para ella. Envió la información con el corazón latiéndole a mil por hora, era como si presintiera que Cedric estuviera a punto de entrar de un portazo.

Al enviarse el mensaje, cerró sesión y trató de dejar todo como estaba. Salió de la habitación en puntillas y se alejó tan rápido como pudo de allí. Cuando sintió que todo estaba bajo control, miró hacia adelante. Él tenía una expresión seria.

-¿En dónde estabas?

-Me perdí. Apenas me desperté, tomé un baño y fui a comer. Me pareció raro no verte y traté de buscarte pero esta casa es inmensa. Ya iba de regreso a la sala para tomar un poco de aire afuera.

Él no pareció muy convencido al respecto. Ella trató de sonar un poco más natural.

-¿En dónde estabas?

-Arreglando algunas cosas.

Los sentidos agudos de Cedric le dejaron en claro que algo había sucedido. Sin embargo, tenía una preocupación más inmediata. Según el calendario, la fase de luna llena había pasado, las noches posteriores igual serían un riesgo para él. No sabía hasta qué punto pero era así.

-Ven. Quiero mostrarte algo.

Bajaron hacia la mazmorra. Helena encontró inverosímil que ese mismo pasillo había sido su prisión en un pasado. Caminaron de largo por el par de celdas que se encontraban allí y fueron al sector más alejado de la casa. Era una mazmorra más grande y más oscura. De hecho, él tuvo que encender un par de luces para que pudieran ver por dónde caminaban.

-Aquí es donde solía recluirme. Como habrás visto. Si venía para aquí, aumentaba el riesgo de hacerte daño puesto que no que no hay mucha distancia de las celdas y este lugar.

Helena se quedó impresionada. Observó las cadenas incrustadas en la piedra húmeda. Tanto en la parte superior como inferior.

-Son para mis manos y pies. Quise hacer una que llegara hasta mi torso pero es cosa imposible cuando estoy en proceso de transformación. Necesitaría la ayuda de otra persona y eso sería demasiado riesgoso.

-¿Estabas ajustando esto?

-Sí. Estuve analizando mis cambios en las últimas veces y parece que también soy propenso hacia otras fases lunares. No sé cuál o cuáles pero sí, es casi un hecho.

De inmediato cobró una expresión de genuina preocupación.

-Estoy cansado de esto. Físicamente es agotador y mentalmente también. Mis empresas necesitan de alguien que se mantenga con energía y concentrado y

esto, indudablemente, es un factor que pone en peligro toda la situación.

-¿Cuándo crees que te transformarás?

-Probablemente esta noche.

-Vaya. Es muy corto tiempo.

-Sí. Por eso tuve que afinar algunos detalles. Quizás es mejor que permanezca por aquí por si sucede algo.

-Déjame quedarme contigo.

-No. Es imposible.

-Por favor.

Ella quiso insistir hasta que Cedric recibió una notificación de su asistente y mayordomo. Era una comunicación urgente.

-Debo ausentarme por un momento.

-Vale.

Mientras subía hasta su estudio, Cedric pensó que las cosas no podrían ponerse peor. Fue la primera vez que recibió un mensaje de esa manera. Llegó casi sofocado al estudio y preparó la videollamada.

-¿Qué ha pasado, Luís?

-Señor, debido a que algunos escombros producto del accidente de avión, cayeron sobre la isla, las autoridades comenzarán una investigación al respecto. Desean buscar sobrevivientes aunque han encontrado todos los cuerpos.

La noticia le cayó como un balde de agua fría. Por unos segundos se mantuvo incrédulo pero reaccionó rápido para seguir preguntando.

-¿Crees que pisarán tierra?

-No, por los momentos. De igual manera, saben que primero deben comunicarse con usted para ello.

-Vale. ¿Algo más?

-Eso es todo, señor.

-Bien, muchas gracias, Luís.

La transmisión terminó y la cabeza de Cedric daba vueltas. Era la peor noticia que había recibido en mucho tiempo. Trató de consolarse al pensar que cabía la posibilidad que se limitaran al agua y no a la isla. Quería aferrarse ante esa idea.

Cuando se dispuso a levantarse, notó que algo no estaba bien. La silla de su otro escritorio, estaba en una posición que no recordaba haberla dejado. Dejó ese detalle atrás porque era restarle tiempo a las cosas verdaderamente importantes. Así que salió para ir hacia la mazmorra. El tiempo apremiaba.

El horizonte se tiñó de un naranja intenso a medida que el sol caía. Las aves en el cielo y el sonido de las olas en la orilla, era la imagen de ensueño. Sin embargo, en las profundidades de la casa, en la mazmorra más oscura y húmeda del lugar, Cedric estaba comenzando a prepararse para lo que vendría.

Con el tiempo, sabía que iba a sufrir una transformación porque su propio cuerpo se lo hacía entender. Las vértebras le sonaban, la piel se le estiraba en algunas partes, las uñas le ardían como si tuviera un hierro caliente debajo de ellas. También solía transpirar y estar más irritable que de costumbre. Mientras preparaba las cadenas, Helena, desde el otro extremo, lo observaba en silencio.

-Deberías irte.

-No. Aquí me quedo.

Esa insistencia de ella contribuía más a su malestar.

-Por favor, Helena. Que es arriesgado para ti, eh.

-No.

En vista de esa respuesta, no le dijo más. No le comentó la posibilidad de unos extraños a la isla que se sentían más próximos de lo que hubiera querido. Frunció el entrecejo mientras ese hilo de pensamientos cargaba sus neuronas.

Miró el reloj y se dio cuenta que la transformación empezaría dentro de poco. Helena, en silencio, seguía mirándolo.

-Vete.

-No.

-JODER, HELENA, ¿ES QUE NO VES QUE PODRÍA MATARTE? ¿ACASO NO ENTIENDES EL PELIGRO QUE REPRESENTA TODO ESTO? ¿HASTA

## CUÁNDO TE LO TENGO QUE REPETIR?

Los gritos dejaron entrever que ya era demasiado tarde para más advertencias. El dolor punzante, agudo en la espalda que también se repartía por todo el cuerpo, le causaba convulsiones de desesperación.

Su piel blanca se volvió más oscura gracias al vello que comenzaba a cubrir su cuerpo. Las garras, las piernas que se retorcían. Fue todo tan violento que apenas tuvo tiempo para encadenarse los brazos. Una pierna quedó libre mientras que la otra también quedó prisionera por el metal.

Ella se echó para atrás asustada. A pesar que ya lo había visto como hombre lobo, nunca pensó que sería capaz de ver semejante cambio. Temió tanto por él que hubo un punto en que olvidó por completo las advertencias y su propio terror.

Se acercó a él mientras la bestia emanaba toda la ira y fuerza posible. Jalaba las cadenas como haciendo el esfuerzo de romperlas para así, abalanzarse sobre su presa.

La fuerza que imprimieron sus brazos en esos violentos movimientos, no fueron suficientes para que Helena retrocediera. Estaba determinada seguir. Dio unos pasos más hacia adelante. Casi pudo sentir el aliento de la bestia sobre su cabeza.

Cedric, o lo que quedaba de él, mostraba los dientes con agresividad. Sí. Estaba dispuesto a liberarse. Sin embargo, le frenaba el hecho de que el metal de las cadenas que no retenían, tenía una aleación con plata.

Siguió retorciéndose como el animal que era en ese momento hasta que sintió el calor de la mano de Helena sobre su frente. Ella le transmitió toda la paz que podía así que la bestia, por más intentos que hiciera, no podía frenar la sensación de bienestar que le producía aquello.

Rugió, mostró más los dientes, gritó, aulló. Nada fue suficiente para que retrocediera. En el punto más álgido de la luna, aunque su luz no podía iluminar el oscuro lugar, Cedric sentía que estaba muy cerca de entregarse por completo al lobo.

-Quédate aquí. Quédate conmigo.

Comenzó a decir Helena.

-Quédate, Cedric. Sé que estás allí. Quédate conmigo.

Dejó de hacer ruidos. El tono suave y lento de su voz, lo calmó casi por completo.

-Así... Así es.

Ella se colocó peligrosamente cerca. Él, al darse cuenta de ello, trató de alejarse aunque no podía por estar inmobilizado.

-Está bien. Está bien.

Lo acarició un par de veces más hasta que encontraron en la mirada. Ya no tenía los ojos rojos, ahora era un verde claro. Era como ver dos luceros en el cielo.

Poco a poco, el cuerpo grotesco de Cedric cambió de forma, aunque manteniendo la imponente musculatura y altura. Estaba más calmado, incluso sumido. Helena, mantuvo su mano allí y esperó a que su rostro retomara el aspecto de siempre. Cedric respiraba agitadamente, como si le faltara el aire.

-¿Cómo te sientes?

-Un poco mejor. –Le dijo al mirarla-.

No pudo evitarlo más. Le tomó el rostro con ambas manos y lo besó. A pesar de la sorpresa del gesto, Cedric le correspondió con más fuerza e intensidad.

Helena se echó para atrás y pensó en quitarle las cadenas pero tuvo una mejor idea. Así que continuó besándolo hasta que llevó su mano la entrepierna de él. Acarició suavemente hasta que lo sintió duro.

Siguió haciéndolo hasta que bajó el cierre para sacárselo. No tuvo muchos problemas ya que sus pantalones estaban hechos jirones y, además, no tenía una camiseta. Rozó sus labios sobre sus perfectos abdominales y muslos.

Se agachó lentamente hasta que quedó a la altura de su pene. Lo miró con deseo, con lujuria. Una como nunca había sentido antes. Entonces, con una mano comenzó a masturbarlo. Enseguida escuchó el tintineo de las cadenas que se movían al ritmo de ese cuerpo excitado.

Poco después, procedió a chuparlo. Primero lo hizo con el glande. Se concentró un rato allí, luego se lo introdujo en su boca por completo hasta no dejar ningún espacio sin mojar con su saliva. Lo dejó allí por un momento hasta que se lo sacó. Volvió a introducirse y así hizo por varias veces más.

Él, desde su inmovilización, disfrutaba ser objeto de ella. Disfrutaba verla



devorarlo con gusto, con placer. Se excitaba cada vez más con aquellos hilos de saliva que caían sobre sus pechos, con la carnosidad de su boca que enmarcaba su grueso y venoso pene, con los ojos negros concentrados en los suyos.

Siguió lamiendo y chupando con una maestría que lo dejó sorprendido. Mientras lo hacía, también comenzó a acariciar sus testículos suavemente. Ante esto, Cedric no pudo escapar un gemido de placer.

Estando allí, Helena le quitó la cadena que sostenía uno de sus tobillos. Inmediatamente, observó que lo movía como si esperara que hiciera lo mismo con las extremidades faltantes.

-Todavía no. –Sonrió de manera pícaro.

Así que se levantó y dio unos cuantos pasos para atrás. Con lentitud, comenzó a quitarse la ropa. Primero la camiseta blanca, luego los jeans oscuros que mostraban tan bien esas curvas divinas, después las zapatillas. Quedó en bragas y en sostén. Fue hacia a él y rozó su cuerpo con el de él. Enseguida, Cedric se mostró ansioso por ella.

Colocó sus nalgas sobre su pene, imitando el mismo movimiento que él había hecho antes de correrse entre ellas. Esto lo enloqueció aún más. Pensó que esa mujer lo llevaba a lugares inexplorados del placer. Quería más y más de ella. Así que volvió a jalar las cadenas, estaba decidido a tomarla a como diera lugar.

En ese momento, se escuchó el sonido de las piedras rompiéndose. Sin embargo, ella lo obvió pensando que se trataba de un problema menor. Siguió rozando su cuerpo, provocando a su hombre hasta que por fin un ruido más fuerte la sorprendió. Cedric había logrado romper las cadenas.

Ella se apresuró en quitárselas previendo que el metal le hiciera más daño. Observó sus muñecas quemadas por el roce. El resto de sus brazos estaban enrojecidos por el esfuerzo.

Él se acercó a ella con paso lento, intimidante. Sus pies desnudos desafiaban el frío del suelo de esa mazmorra, sus manos, casi ensangrentadas, estaban ansiosas por tocar la piel desnuda que se le presentaba ante los ojos.

Con un movimiento rápido, fue hacia a ella y le arrancó lo poco que le quedaba. Observó sus pechos pequeños, las caderas, la piel brillante y el coño. Ella inesperadamente se giró con la intención de que él la siguiera. Le

dio un último vistazo antes de salir de allí.

Tan excitado como estaba, fue hacia ella, buscándola. Vio una ráfaga de piel y puso en práctica sus habilidades para dar con Helena sin que anticipara. Entonces, tomó un atajo que le permitió llegar antes. Ella se topó con él de frente, quedando sin escapatoria.

-Eres mía.

-Sí. Lo sé.

Fue hacia a ella y volvieron a besarse con descontrol. La sostuvo hasta que la alzó con sus brazos y la cargó. Helena se quedó impresionada por la fuerza de su cuerpo. Cosa que, además, también le excitaba mucho.

La colocó sobre la pared, apoyándola. Ella abrazó el torso con sus piernas para no caerse y mantener el equilibrio. Se miraron por un instante antes de él la penetrara desde esa posición. Se besaron, mordieron sus labios y Helena sintió el calor de su pene dentro de ella.

A diferencia de otras veces, Cedric dejó la delicadeza de lado. Así que la embistió con intensidad. Tanto así, que su pelvis chocaba con la de ella, haciéndola gritar más de la cuenta.

Quiso agarrarla por el cuello, así que se afincó un poco más y lo hizo. De esta manera, también garantizaba que la mirada se mantuviera. Así que pudo observar los microgestos que hacía cuando él iba más adentro, la forma en la que abría un poco la boca para dejar salir los deliciosos gemidos, sus dientes blancos, la gota de sudor que le bajaba por la sien. Fotografiaba esas imágenes en su mente.

Pensó de nuevo en las cadenas que se encontraban en la mazmorra. Aunque había roto la de los brazos, todavía estaban disponibles las que iban en los pies. Así que la tomó de nuevo y la llevó al lugar. Hizo que se acomodara en el frío suelo y le colocó las cadenas con rapidez.

Quedó en cuatro cuando terminó. Se sintió tentado por destrozar su delicioso coño que emergía entre sus protuberantes nalgas. Rescató un trozo de cuero del cinto que tenía puesto y comenzó a darle azotes.

Algunas marcas se imprimieron sobre su espalda y culo. Ella no paraba de gemir. Cedric fue un poco más allá al atarle el cinto sobre el cuello. Haló un poco hacia él y ejerció presión. Al escucharla excitada, le dio una nalgada y

no esperó demasiado en penetrarla con fuerza.

Gracias a la velocidad de la penetración, el pene entraba y salía con gran impulso. Con una mano, él la sostenía por el cuello y con la que quedaba libre, le daba más nalgadas y agarrones. Deseaba tanto hacerla enloquecer, que iba más rápido, más violento. Era un macho alfa y ella, su presa.

No permanecieron demasiado tiempo en esa misma posición puesto que Cedric sintió la necesidad de probar algo más. Helena quedó completamente tendida, aun dándole la espalda. Cedric se masturbó un poco antes de volver a penetrarla. Al hacerlo, gracias a esa postura, sintió más presión en el coño de Helena. Sí, era una sensación increíblemente deliciosa.

Apoyó sus manos sobre el suelo y continuó con las embestidas tanto como su cuerpo se lo permitió. Colocó su cabeza sobre la espalda de ella y miró las marcas de sus rasguños. Las lamió con suavidad y pudo ver cómo Helena se estremecía. Siguió penetrándola hasta que, finalmente, sacó su pene para que explotara sobre ella. El chorro de semen salió eyectado con fuerza para abarcar la espalda y culo de Helena. Al terminar, le dio un par de nalgadas.

Aunque se sentía agotado, sabía que ella merecía también el orgasmo. Así que hizo que se levantara y que se sentara sobre su boca.

-¿Estás seguro? No quiero hacerte daño.

-No lo harás. Ven.

Ella se trató de acomodar como pudo. Se colocó de rodillas sobre la boca de Cedric y en seguida sintió esa lengua que la penetraba. Sus manos se colocaron sobre los muslos, sosteniéndose de ellos.

Él, con sus dientes, mordió un poco su clítoris hasta sentir el temblor del cuerpo de Helena.

-Bien –Pensó para sí.

Succionó ese punto de placer carnoso con fuerza hasta que ella comenzó a gritar. Las cadenas le impedían moverse demasiado por lo que eso se sumaba a la desesperación que sentía en ese momento.

Ella mordió sus labios y miraba cómo él la devoraba. Trató de callarse por un momento para escuchar los ruidos que hacía mientras se la comía. Era una sinfonía increíble.

Echó su cabeza para atrás, al mismo tiempo que sus caderas se meneaban al son de las lamidas de su amante. Era delicioso aquello. Más que eso, incluso.

Siguió chupando con fuerza hasta que finalmente sintió cómo los fluidos de Helena empaparon parte de su rostro. Lamió más, un poco más hasta que los muslos convulsionaban por el placer. Estaba más allá del éxtasis.

Así pues que exclamó un último grito y cayó a un lado. Por suerte, Cedric pudo sostenerla con rapidez para que no se hiciera daño. Luego de acomodarse, los dos permanecieron acostados allí por un largo rato.

Después de dormir, él se incorporó para quitarle las cadenas y llevarla hacia la habitación. Helena todavía estaba un poco fuera de sí, por lo que aprovechó para cargarla. Ella estaba acurrucada en su regazo mientras que él caminaba con paso firme por la casa.

El cielo de la noche estaba despejado. Las pocas nubes tapaban la luna. Por primera vez, él no se sintió preocupado ni angustiado. Ella era su especie de amuleto que lo protegía de esas transformaciones violentas.

Entraron a la habitación y la dejó en el suelo. La llevó suavemente hasta el baño para que se ducharan juntos. Abrió las llaves de agua. Él la enjabonó con cuidado, casi con devoción. Al hacerlo, también aprovechaba para acariciar su piel, para hacerle entender que estaría allí para cuidarla y protegerla. Compartieron besos y abrazos. Quedaron envueltos en una intimidad mágica, única.

Al salir, hizo lo propio. La secó y la llevó a la cama. Helena ansiaba descansar un poco y él también. Así que se reunió con ella. Aunque tenía sueño, Cedric no paraba de pensar en la amenaza que se le venía encima y menos en el presentimiento que se le hacía cada vez más real. ¿Era posible que ella lograra comunicarse con el mundo exterior? En el peor de los casos, él tendría que hacer lo posible por huir y esconderse por un tiempo. Pero, ¿y ella? No quería sentirse confundido. Odiaba la preocupación.

En ese momento, sintió la mano de ella que se apoyaba sobre su pecho. Sí. Pensaría en ello la próxima vez.

## X

La madre de Helena casi sufrió un infarto después de leer las impactantes palabras de su hija. No lo pudo creer en un primer momento por lo que luego relejó el mensaje. “Soy yo, estoy viva y bien”.

La oración le retumbó en la cabeza y una ola de esperanza albergó su corazón. Recordó el dolor abrasador que tuvo cuando se enteró que su hija se encontraba en ese horrible accidente de avión. No podía imaginar la angustia que sufrió ella. No podía imaginar seguir la vida sin ella.

Así que este mensaje le regresó la vida al cuerpo. Después de leerlo varias veces, después de internalizar que no se trataba de una broma pesada, llamó a la policía.

-Sí, sí. Le he dicho que he recibido un mensaje de ella. No lo sé, pero se lo puedo mostrar. No miento. Es mi hija, ¡mi hija está viva!

La mujer fue corriendo hacia la estación de policía en donde examinaron el mensaje. Efectivamente el remitente era Helena y la fuente era su dirección del correo electrónico.

-¿Creen que podrán localizarla?

-No estamos seguros. Dependerá si la red de donde envió el mensaje está protegida o no. De no estarlo, es seguro que encontraremos el origen y las coordenadas.

Hacía pocos días, las autoridades habían informado que encontraron, milagrosamente, todos los cuerpos del siniestro salvo por uno, el de Helena. La hipótesis que manejaban hasta ese momento, era que podría haberse perdido por las corrientes de agua.

Sin embargo, era inverosímil debido a que otras víctimas que cayeron al mar, las pudieron encontrar a pesar de las dificultades del clima. Le resultó extraño por lo que decidieron ampliar el rango de búsqueda hacia una isla cercana. Una la cual pertenecía a un excéntrico multimillonario.

Sin embargo, al presentarse esta oportunidad, las posibilidades de encontrarla viva, aumentaron en grado superlativo.

-Señora, le pediremos que se mantenga atenta por si ella trata de comunicarse

de nuevo con usted. Cualquier información que crea que pueda ayudarnos con el caso, por favor, no dude en compartirla.

-Sí, sí. Así lo haré.

El equipo informático de la policía se mantuvo en vilo sobre varios días. La dirección efectivamente estaba protegida pero no por ello se rindieron. Estaban convencidos de que era posible encontrar una dirección al menos un poco más clara de lo que suponían al principio.

Las tazas de café, los bollos dulces y las blasfemias se hicieron común en la pequeña sala en donde se encontraban los hackers contratados por la policía. Se suponía que era el mejor equipo de rastreo que cualquiera pudiera contar.

Permanecieron así hasta que un día, durante la hora del almuerzo un “¡eureka!” rompió el silencio de quienes estaban perdiendo las esperanzas.

-Anotad. Estas son las coordenadas que nos arrojó la búsqueda.

-¿Cómo diste con eso? A nosotros nos lanzó virus y bugs de miedo.

-El proxy efectivamente era muy agresivo. Quien tenga esto es un tío que sabe lo que hace pero, amigos míos, toda fortaleza tiene su debilidad. El sistema dejó, por defecto, una puerta trasera. No la pudimos ver por las capas y capas de seguridad y trampas. Por más tonto que suene, la solución estaba sólo al alcance de un clic. Así que coloqué un comando que usé una vez cuando se me presentó una situación similar hace unos años. Lo hice por puro descarte y ¡listo!” la puerta se me presentó a mí como por arte de magia.

-Vale, esto sí que nos ha dado trabajo. A ver, ¿qué sale?

Después de un rato, introdujeron la dirección en un banco de coordenadas de la policía.

-Joder. Es en una isla. Parece que está a pocos kilómetros de aquí.

-¿No era la misma en donde había caído partes del avión?

-Sí. Esa misma es.

-Bien. Creo que podemos celebrar. Dimos con nuestra única sobreviviente.

## XI

En el sótano de un pequeño edificio en el centro de la ciudad, Luís, estaba atiborrándose de un bol de ramen mientras veía una película de David Fincher. Mientras miraba concentrado la historia, una pequeña luz roja se encendió en el tablero. Dejó el bol sobre la mesa y miró extrañado el aviso.

Luís, el fiel mayordomo, asistente y todo lo demás de Cedric, era realmente un chico hacker que se hizo amigo de él. Decidieron conservar la formalidad de la comunicación como una medida de protección para él. Así que daría entender al resto que se trataba de un pobre anciano cuando era más bien un hombre joven.

Lo cierto es que se concentró en ese aviso y notó el descubrimiento de lo que había encontrado la policía. Dieron con el paradero de Helena y de su jefe.

Casi sintió que iba atragantarse así que se apresuró en avisarle. Al enviar el mensaje, esperó en la silla con impaciencia. Tamborileaba los dedos y caminaba de un lugar a otro. Estaba preocupado.

Cedric inmediatamente lo llamó y le dijo sin rodeos:

-Dieron con Helena. La policía halló las coordenadas en donde se encuentra ella. Están movilizándose para buscarla. Es posible que, mientras te digo esto, estén en camino.

-Gracias.

Cortó la llamada secamente. Supo que no tenía demasiado tiempo para accionar.

Luís entonces, se quedó sentado en silencio, pensando en una manera en la que podría apoyar a su amigo. No se le ocurría nada.

Suspiró.

## XII

Aunque no lo quiso admitir, Cedric supo que ese momento llegaría. Efectivamente, Helena se comunicó con alguien, muy probablemente con su madre. Pensó que, a pesar de la seguridad que tuviera, por más tecnología que contara, siempre era posible romper con esas barreras.

Salió corriendo de su estudio para encontrarla. La halló sentada sobre la arena, con la mirada al mar.

-Helena.

Ella se sobresaltó por el tono de voz de él.

-Saben en dónde estás.

No quiso mentir al respecto. Sabía lo que había hecho y ahora tenía que lidiar con las consecuencias.

-Le tuve que decir a mi madre que estaba bien. No podía, Cedric... No podía permitir que ella se ahogara en el dolor sin saber que estaba bien.

La ira le comenzó a nacer en el estómago. Por ese error, lo que construyó con tanto esfuerzo, la fortaleza que le permitió vivir tranquilo por tanto tiempo, ahora corría peligro. Frunció el entrecejo y llevó la mirada hacia el suelo. Estaba pensando en qué hacer.

Helena se levantó de repente y se le acercó.

-Sé que esto fue una estupidez de mi parte. Pero tienes que entenderme.

Por un momento, Cedric comprendió que él hubiera hecho lo mismo de haber tenido la oportunidad. Parte de la responsabilidad fue suya por no haberle dado la oportunidad de que lo hiciera. En cualquier caso, era un riesgo.

De alguna manera, darían con ella. También reflexionó sobre algo, quizás era buena idea el dejar de huir. A pesar del mundo de posibilidades que tenía frente a sí, en el fondo quería que ella se quedara con él ya que le recordaba que aún era un humano, que aún era capaz de sentir. No quería perder más.

-¿Qué quieres hacer?

-No entiendo.



-Esto se trata sobre ti, Helena. Se supone que tienes que saber qué es lo que quieres, ya que llegamos a este punto.

Ella se quedó desconcertada. Por un lado, ansiaba ver a su madre, abrazarla, abrazar a Cleo, regresar a su casa, a sus cosas. Pero luego pensó, ¿qué sentido tenía volver a tener una vida vacía, tener una vida sin nada verdaderamente significativo, donde todo era mortalmente rutinario? Esos segundos eran cruciales.

-¿Y bien?

-Quiero quedarme contigo.

La respuesta le hizo casi perder el equilibrio. Estaba genuinamente feliz.

-¿Estás segura?

-Completamente segura.

Se acercó a ella para darle un beso. Fue uno suave, dulce, con un sentimiento de entrega que iba más allá de lo carnal. Cedric nunca pensó, que en su vida tan intensa, cargada de fama, dinero, placer, dolor, pérdidas y sufrimiento, estaría allí mirando a una compañera de vida con esa expresión de niño bobo. Sin duda Helena lo fortalecía y lo hacía vulnerable al mismo tiempo.

-Bien. Tenemos que actuar.

Corrieron hacia el interior de la sala y subieron por las escaleras. Ella, como no tenía qué empacar, salvo por algunas pocas prendas que él le había dado, se encargó de recolectar lo necesario. Él se comunicó inmediatamente con su mayordomo para arreglar un hospedaje en el continente. Algo que sirviera de coartada para él.

-De inmediato, señor.

Luís, desde la distancia, se alegró por su jefe.

Tomaron un pequeño bolso en donde guardaron lo necesario. Incluyó la identificación de él así como unos cuantos objetos para que siguiera operar en otro lugar.

-Ven.

Bajaron a una zona más profunda que la mazmorra. El olor a mar le llamó la atención a Helena.

Frente a ella se le presentó un pequeño muelle con una lancha.

-Móntate.

Ella le hizo caso y luego él hizo lo propio. Calentó los motores con rapidez y tomó el volante con ambas manos. Retrocedió con cuidado y salió de la cueva como una flecha. Fueron en dirección al continente.

Mientras recorrían las aguas, Helena pensó que iniciaba un nuevo ciclo en su vida. Estaba emocionada y asustada. Pero, aun así, en buena compañía. En la mejor que había en el mundo.

## XIII

La policía y el equipo de rescatistas no encontraron nada en la isla, salvo por la casa. Lograron comunicarse con el multimillonario, dueño de ese lugar, y les dijo que desde hacía unas semanas no estaba allí. Que se encontraba en el país haciendo una ronda de negocios.

Revisaron registros de hoteles y restaurantes, hasta cámaras de seguridad. Verificaron la coartada y decidieron que todo resultó ser un caso muy extraño.

Mientras él respiraba de alivio, Helena, bajo la seguridad más extrema; le aseguró a su madre que ahora que era una mujer feliz. Luego de dejar ese asunto en el mejor término.

Una noche, luego de que el miedo dejó de ser una constante en sus vidas. En el sexo, Cedric dejó salir un poco su lado animal. Helena, tomó el rostro de su amante para que la mordiera, para que la llevara con él a los caminos de la inmortalidad.

-¿Estás segura?

-Siempre lo estuve.

## *Título 5*

# **El Beso del Vampiro**

## *Romance, BDSM y Erótica Paranormal con el Rey del Crimen*

### I

-¿Irás sola?

-Sí.

-¿Estás segura? Mateo puede ir contigo.

-No. Sería un estorbo.

-Pero qué dices. Ir sola será demasiado riesgo para ti.

-Soy policía. Sé lo que estoy haciendo.

-Francamente no lo creo.

El jefe de Alissa estaba allí, postrado en ese cubículo con la única finalidad de convencerla para que cambiara de opinión. No quería arriesgar a uno de los elementos más importantes de su unidad.

Suspiró largamente y alzó la mirada para verla.

-Venga, Alissa. Sé que eres una de las mejores. Si te digo que no vayas sola, es por tu bien. Ese barrio está repleto de antros peligrosos y lo sabes.

De hecho, así era. Desde hacía tres meses, la policía intervino una serie de teléfonos públicos por sospechas de operaciones con drogas y prostitución. Alissa dio con la pista de lo que sucedía en la zona cuasi exclusiva de la ciudad. El departamento realizó arrestos a diestra y siniestra pero todavía existía una pieza importante que desmontar. El cabecilla conocido ampliamente como Kilian.

Por alguna razón, apenas escuchó el nombre, Alissa estaba lista para dar el próximo paso. Descubrir el entramado de Kilian.

Ella esperó ansiosamente por ese día. Así que lo daría todo por el todo. Se compró un vestido rojo, de escote en la espalda y ceñido al cuerpo. Prenda que le marcaba las hermosas curvas de su cuerpo, las mismas que solía esconder con ropa grande y masculina. Se recortó un poco el cabello y se maquilló los ojos lo suficiente para destacar el hermoso tamaño de estos.

-Me llevo uno de los micrófonos. Dejé constancia en uno de los informes de evidencia.

-¿Estás segura?

-He dicho que sí, joder.

Decir palabrotas no era lo suyo salvo que estuviera a punto de ebullición.

-Toma.

-¿Un bíper? ¿No crees que sea un poco antiguo?

-A veces estos métodos nunca fallan. Créeme... A ver, esta es el código que usarás para que la línea directa caiga aquí, a la oficina. ¿Vale?

-Vale. ¿Me veo convincente?

Él se echó para atrás. No pudo esconder la admiración que le produjo esa imagen.

-Perfecta. Ni se nota que tienes un arma.

Ella rió. Necesitó drenar un poco el estrés.

-Bien. Tengo que irme.

Dio un último vistazo a la oficina. Por un instante, pensó que lo mejor que podía hacer era tomar impulso de sus entrañas y salir. La decisión estaba tomada.

## II

La noche era fría a pesar de que le pronóstico del tiempo anunció que las temperaturas estarían un poco más cálidas. Pero eso era un detalle menor para Kilian, el rey del crimen y del mundo de los vampiros.

La piel pálida resplandecía bajo la luz de la luna. Los ojos azules, casi grises, miraban ausentes hacia la calle a través del ventanal de la oficina. Buscó un pitillo en el escritorio y lo encendió con aire cansino. Aspiró lentamente y expulsó el humo por la nariz aguileña.

-Jefe, ya todo está listo.

-Vale.

Apenas logró decir. Permaneció allí un rato más, le gustaba ese instante en donde podía estar tranquilo y en silencio, sin que nadie le molestara.

Al levantarse, miró su reflejo en ese mismo ventanal. 1. 90 cts., de altura se dice fácil pero lo cierto es que resulta más que intimidante a primera vista. Limpió un poco el traje azul oscuro de rayas blancas finas y quedó conforme.

Apenas salió, pudo escuchar el sonido de la música que se hizo más notable a medida que caminaba. La discoteca era el negocio principal por lo que era necesario mantenerlo como la joya de la corona.

La vista de Kilian se encontró con la pista central. Las luces rojas le daban un aire místico al lugar. Algunas chicas bailaban en especies de jaulas y el resto de la gente estaba sumida en el alcohol y el éxtasis de la drogas.

Caminó entre ellos. Los miraba con desdén.

-Los mortales y sus conductas predecibles. –Dijo para sus adentros.

Sin embargo, observó que todo estaba en orden. El bar estaba repleto de botellas de todos los brebajes posibles. Había copas y vasos lustrados y sobre la superficie brillante del bar, había pequeños recipientes de vidrio con “dulces”. Estos no eran más que paquetitos de MDMA escondidos debajo de montoncitos de maní y nueces. Kilian le agradaba la idea de burlarse de la policía en sus narices.

Como una ironía del destino, Alissa acaba de entrar al local. Primero le echó un vistazo tratando de memorizar cada espacio. Asimismo, trató de disimular

el instinto policial, tragó fuerte y se adentró en el mar de gente que bailaba sin parar.

Enseguida notó a unos cuantos que la miraba con deseo.

-Imbéciles. –Se dijo a sí misma.

Pero no había tiempo para detenerse en esas nimiedades. ¿La razón? Ella debía encontrar al verdadero rostro detrás de una de las organizaciones criminales más letales de la ciudad. Memorizó cada detalle de su rostro y de sus facciones. Las fotografías que sacó, sirvieron para alimentar la imaginación de cómo sería el primer encuentro en el que lo pondría tras las rejas. Esa era su verdadera fantasía.

Siguió caminando hasta que pensó que tendría mejor perspectiva si se sentaba en la barra. Ubicó un puesto que le pareció interesante y ordenó un Martini seco con dos aceitunas.

El chico del bar la miró por un rato más como esperando a que dijese algo más. Ella infirió que muy cerca de allí debían hacerse, al menos, pequeñas transacciones para la obtención de drogas.

De nuevo, tuvo que aguantar el brío de la justicia, así que se quedó tranquila y bebió para distraerse. En ese momento, hubo algo que le hizo sentir una especie de frío en el estómago. Era él. Era Kilian.

Estaba en una esquina de la discoteca hablando con alguien.

-¿Pero qué me pasa?

La impresión la aplastó en la silla. Se sintió mínima. Los días y las noches que sirvieron para estudiar su cara y su cuerpo no la prepararon lo suficiente para el momento. Sí, era él, pero no como lo imaginaba.

Sintió el pecho acelerarse hasta que se llevó una de sus manos hasta la muñeca. Allí percibió el micrófono y se recordó la razón por la que estaba en ese sitio. Tomó lo último que quedaba en la copa y se preparó para avanzar hacia él. En ese instante, sintió una mano pesada sobre su hombro.

-Hey, ¿quieres bailar?

-No.

Hizo el gesto de alejarse pero sintió una presión dolorosa.

-Venga, una canción y ya. No te hagas del rogar.

-Déjame en paz, imbécil.

No terminó de decir la frase cuando sintió un fuerte olor a alcohol que le nubló la vista. No supo más de ella misma.



### III

Kilian escuchaba las cifras de su asistente cuando percibió el destello rojo que le llamó la atención. Al enfocar bien la vista, quedó impresionado con lo que vio. Una mujer con curvas sensuales y con la mirada dura iba camino hacia él.

De repente, dejó de verla y fue allí cuando agudizó todos los sentidos para dar con ella.

-Dame un momento.

-Sí, jefe.

Se alejó de las luces y la música. Mentalmente, acalló todo ruido posible sólo para concentrarse en la misteriosa mujer.

Ante él, se le presentó una especie de panorámica que le permitió ver más allá de lo que los humanos podemos. Visualizó un callejón oscuro, húmedo y tres hombres de pie cerca del cuerpo inconsciente de una mujer. Una furia le nació desde las entrañas. Los ojos azules se tiñeron de rojo sangre y los colmillos se asomaron suavemente sobre los labios. Desapareció en medio de la multitud sin dejar rastro.

Alissa despertó entre las náuseas. Sabía que las cosas no estaban bien y trató de encontrar su bolso en la oscuridad. Maldijo cuando recordó que lo había dejado en algún lado de la barra. Allí estaba su móvil y el biper.

Centró sus esperanzas en el micrófono. Con cuidado, trató de palparlo pero se acercó el rostro que reconoció de la discoteca.

-Pierdes tu tiempo. Sabemos que eres una poli... Vaya que nos vamos a divertir contigo, eh.

Le dijo tocándole el rostro con lascivia.

Alissa se puso de pie a duras penas. Aún estaba sujeta bajo los efectos de aquello que desconocía. Así que se echó para atrás, lentamente, hasta tocar la superficie fría de ladrillos. No había escapatoria.

-Ahora, nosotros estamos emocionados porque no sabemos quién va a empezar.

Ella reunió todas las fuerzas posibles y se puso a la defensiva. Pelearía tanto como pudiera, así le costara la vida.

Lanzó un par de golpes en el aire hasta que sintió el calor de un puñetazo sobre el pómulo. Dio un paso más atrás y trató de tomar impulso cuando recibió una patada. Llevó su mano hasta allí en medio de las risas de los tres.

-Te ves preciosa hecha una leona, cariño.

-Sí, sí. Se ve linda cuando se pone así.

-Ya, ya. No perdamos el tiempo. ¿Quién va primero?

Escuchó el sonido metálico del cinturón. El dolor y las náuseas no la dejaron pensar en una mejor estrategia para defenderse. ¿Qué podría hacer?

Los postes de luz del callejón se doblaron como si fueran plastilina. Todo se volvió más negro y frío, más de lo que se pudiera tolerar. Los tres hombres se quedaron pasmados por la escena. En medio de su sorpresa, un montón de papeles y bolsas de basura se arrastraron por el suelo como si hubiera un huracán cerca, incluso ellos trataron de buscar de qué aferrarse.

La intensidad de esa brisa violenta envolvió una figura alta y oscura.

-¿QUIÉN COÑO ERES?

Nada. Hubo silencio.

-RESPONDE, GILIPOLLAS.

Unos pasos hicieron eco en el estrecho lugar.

-Vaya, vaya. Qué valiente son cuando se trata de golpear mujeres. ¿Por qué tienen miedo ahora?

Él podía respirar el pánico de los tres.

-A VER, VENDE Y LO ARREGLAMOS.

-JA, JA, JA, JA. Increíble. Tienen cojones y muy grandes. ¿Qué tal si se van y dejamos esto aquí? De lo contrario mi apetito tomará control de mis impulsos y créanme que no es algo que querrían.

De nuevo silencio hasta que uno le dio una patada a Alissa en el rostro.

-CÁLLATE Y PELEA COMO LOS HOMBRES.

La carcajada del contrincante misterioso sonó grave y desgarradora... Hasta

que se detuvo.

-Se los advertí.

Alissa, entre el dolor y la consciencia, alzó la mirada para conocer qué era lo que estaba pasando. Justamente, un rayo de luna iluminó parte del rostro de él... Era Kilian.

El miedo se caló en las entrañas y una sensación de incredulidad le invadió el cuerpo. ¿Cómo era posible?

Los ojos azules que tanto había memorizado, tenían un color extraño. Además, la blancura de su tez se acentuó más así como la altura. Cobró un aspecto aterrados cuando mostró los largos y afilados colmillos.

Para ellos no hubo tiempo ni escapatoria. La ráfaga de viento los envolvió de manera tal que perdieron la sensación de espacio y tiempo. Uno a uno, al ser alcanzado por aquella fuerza sobrenatural, les hizo gritar de dolor... Un dolor que nunca experimentaron.

Finalmente, quedó el “más valiente” de todos.

Con los ojos grandes y las venas de la cara y el cuello brotadas por la desesperación, suplicó con esa voz aguda producto del miedo.

-DÉJAME IR, TÍO. NO LE HAREMOS NADA PERO DÉJAME IR.

La carcajada de Kilian al borde de sus oídos.

-¿Haremos? Tus amigos no vendrán a tu auxilio aunque debo confesar que su sangre es deliciosa.

En medio de la implacable oscuridad, se dibujó la sonrisa malévola de Kilian. Lo último que vio el hombre fue el brillo de un par de ojos rojos que se acercaban a arrastrarlo a la muerte. Al final, sólo se escuchó un grito que se ahogó en la nada.

Alissa se encontró en una disyuntiva. No sabía si era su turno o si había sido salvada por la buena voluntad de Kilian. Quiso saber más pero no pudo, el dolor era intenso y gracias a la sangre que brotaba de la sien, casi no podía ver.

El pecho se le aceleró aún más al escuchar esos pasos que se acercaban a ella. Cerró los ojos por instinto y esperó ansiosamente.

-¿Estás bien?

No supo cómo responder.

Pensó que la mejor opción era rogarle por su vida. Escogió las palabras indicadas y esperó que el pecho se calmara... Pero no, fue imposible. La garganta estaba bloqueada. Las palabras se hicieron prisioneras de sus labios.

Mantuvo los ojos cerrados hasta que sintió el frío tacto de Kilian sobre el mentón. Algo se estremeció dentro de ella.

-Sí... Sí.

-Estuviste muy cerca, eh. Aunque te ves como alguien que es capaz de defenderse.

Él sabía qué tipo de mujer era. Lo podía olfatear a kilómetros.

-Eso lo supuse pero no. No es así. Me drogaron con algo. No sé... No sé lo que me pasa.

Kilian se acercó a ella y la cargó entre sus brazos. Alissa, por su parte, todavía estaba en un estado que le impedía poner resistencia ante él. Sabía que el tío le salvó la vida pero no podía obviar el hecho de que era un criminal y, de paso, un ser sobrenatural.

-Te llevaré a un lugar seguro.

Ella cerró los ojos y quedó envuelta en una brisa fuerte y oscura.

El eco de un reloj que marcaba la hora se volvió cada vez más perceptible. Alissa sintió una gran pesadez sobre sus párpados pero, aun así, pudo abrirlos.

Se apoyó con los brazos y se dio cuenta que se encontraba en una gran cama. Cuando pudo recobrar sus sentidos, se percató en la habitación. Paredes de un rojo intenso que extrañamente no le resultó abrumador. Muebles finos y elegantes con líneas limpias y modernas. Algunos, de hecho, tenían acabados en metal lo que resultaba un contraste interesante con aire nostálgico del lugar.

Trató de levantarse y notó que tenía pantalones de pijama y una camiseta graciosa de los Ositos Cariñosos. Estos detalles la desconcertaron sobre todo por el hecho de que la hayan visto desnuda.

Decidió dejar ese hecho para después y comenzó a caminar por la habitación. Sí. Realmente era hermosa y espaciosa, incluso más que su propio departamento al otro lado de la ciudad.

Giró la manilla de la puerta y salió para encontrarse con un largo pasillo con

luces en el techo que daban una sensación de prolijidad y amplitud. Observó los ventanales, las escaleras que llevaban hacia el piso inferior de la casa y el enorme jardín que había en los alrededores.

Siguió caminando hasta que percibió el olor de café recién hecho. Se asustó porque de seguro había perdido la noción del tiempo. Dejó entonces de admirar la gran casa para bajar y encontrarse con su salvador.

Kilian estaba sirviendo el café desde una greca con las manos desnudas. Ella se quedó impresionada aunque trató de mantener la naturalidad.

-¿Descansaste?

-Eh... Eh. Sí, sí. Gracias. ¿En dónde me encuentro?

-Estás en mi casa. Espero que no te haya molestado el traerte hasta aquí. Me pareció que era el lugar más seguro para ti.

Sonrió con malicia y le acercó una taza finamente decorada.

-Creo que eres de las personas que disfruta de un buen café sin importar la hora, ¿cierto?

Ella tomó la taza entre las manos y la miró con miedo. Ciertamente, sin importar la hora ni el lugar, siempre optaba por tomar café mientras fuera posible.

-Gracias.

-Espero que te guste.

Apenas sorbió un poco del líquido caliente, tuvo una agradable sensación. El aroma del café, además, parecía estar entremezclado con otro sabor. ¿Canela, quizá?

-Está delicioso. Ya me había acostumbrado al que se bebe en la comisaría. Demasiado aguado y frío.

Dijo esto último para probar el temple de Kilian. Sí, estaba agradecida con él pero también tenía claro que era un hombre peligroso. Así que esperó ansiosamente su respuesta.

-No puedo imaginarme algo diferente a eso. La verdad es que es tal cual como lo sospeché.

Nada, ningún signo de preocupación o miedo. Alissa, mientras, trataba de

medir las palabras para que el tiro no le saliera por la culata. Interrumpió los pensamientos cuando sintió una punzada en uno de los costados. De seguro tenía que ver con los golpes que recibió en el callejón.

Arrugó la cara y permaneció en silencio para concentrarse en el dolor. Kilian, mientras, la observaba desde la distancia.

-Es mejor que vayas a un hospital. Ya no corres peligro y allí te examinarán mejor.

-Sí. Tienes razón.

Al levantarse, todo volvió a ser oscuridad. Sin embargo, pudo sentir los brazos de Kilian que de nuevo la rodeaban con agilidad. No le quedó más remedio que dejarse llevar otra vez.

De un sobresalto, Alissa despertó empapada de sudor. Cuando se dispuso a frotar su frente para secársela, se dio cuenta que tenía una vía y un adhesivo con su nombre y número de identificación. Estaba en el hospital.

Estaba más confundida que nunca. No estaba segura si todo había producto de un sueño pero no tuvo tiempo para las respuestas, enseguida percibió la presencia de su jefe quien estaba sentado en una silla cerca de la cama.

-Por fin despertaste, ¿cómo te sientes?

-¿Qué hago aquí?

Él sacudió la cabeza lentamente.

-Te dejaron en Emergencias. Los médicos nos informaron que estabas muy golpeada y bajo los efectos de una potente droga. Alissa, te dije que no fueras sola.

-¿Qué pasó con el micrófono?

-No pudimos rastrear tu localización. Quisimos saber en dónde te encontrabas pero sufrió una interrupción que nos hizo imposible dar con tu paradero. De hecho, durante las horas de ausencia, informamos a todas las unidades de la ciudad.

Ella dejó de hablar. No quería.

-¿Estás bien? –Él insistió.

-Sí...

-El médico nos ha dicho que sufriste varias fracturas en las costillas. Una estuvo a punto de perforar el pulmón. ¿Sabes en el peligro en el que estabas?

-Lo vi. Vi a Kilian, estaba segura que lo iba a atrapar... Unos tíos se me vinieron encima pero no recuerdo nada más. Joder.

Alissa se sintió avergonzada de tener que decirle a su jefe que ella realmente era más vulnerable de lo que le gustaba admitir. Apoyó la cabeza sobre la almohada recordándose a sí misma que estuvo a punto de probarles a todos que era capaz de ser una mujer fuerte... Pero no. Al menos no para ella.

Tuvo que hacer un enorme esfuerzo para no dejarse llevar por la ira y la frustración.

-Venga. Ya después pensarás en eso. Ahora concentrémonos en algo, ¿qué pudiste ver que te pareció importante?

Arrugó en entrecejo como forzándose a recordar tanto como pudiera. De alguna forma, todavía tenía los efectos de la droga por lo que le pareció que su cerebro estuviera nadando en un coctel de sombras.

-Tranquila, tómate tu tiempo.

-A ver... La discoteca es grande. Bastante, de hecho. Recuerdo que caminé entre algunas personas hasta llegar a la barra. Noté que había un particular número de recipientes de vidrio con maní y otras cosas para picar. Cuando pedí algo para tomar, el encargado del bar me miró como si estuviera atento a que le pidiera otra cosa, así que supuse que allí había algo más...

-Los famosos “dulces”.

-Sí. Precisamente. Bueno, estuve allí por un buen rato hasta que vi a Kilian. Estaba hablando con lo que creo era su asistente. Traté de acercarme a él pero... Allí perdí el conocimiento.

-Justo antes perdimos la señal del bíper y del micrófono.

-Quise saber más, lo sabes. Pero no creí... No creí...

-Ya, ya pasó. Debemos pensar ahora en cuál será nuestro próximo paso. De resto, tienes que concentrarte en recuperarte. Estuviste muy cerca de morir.

-Hierba mala nunca muere, dicen por ahí.

-Vale. Me voy. He puesto guardias para que te cuiden.

-Estás gastando recursos. Es innecesario.

-No voy a arriesgarme. No otra vez.

El tío alto con cara triste y espalda encorvada, salió para ocupar su mente en un plan para arrestar al fulano Kilian. Sus operaciones se filtraban de manera peligrosa. Había que frenarlo lo antes posible.

Ella concentró la mirada al techo de la habitación. Blanco, prístino salvo por una pequeña mancha en una esquina. Trató de recordar los detalles pero el esfuerzo fue inútil. Sintió un punzante dolor de cabeza, uno que la convenció todo era una masa amorfa de recuerdos y fantasías. No estaba segura cuál era la realidad. Trató de consolarse hasta que se quedó dormida.

Las luces del hospital las apagaron justo después. Las enfermeras iban de un lugar a otro con pasos más tranquilos y los médicos hacían rondas en las habitaciones para estudiar el estado de los pacientes.

Alissa se encontraba en un ala extrema del edificio por órdenes del teniente en jefe. La intención era mantenerla lo más protegida posible.

Los guardias que estaban frente a su puerta, se sentaron unas sillas no muy lejos de allí. Sacaron un paquete de cartas y comenzaron a hablar de los partidos de béisbol. El ambiente era tranquilo y apacible.

Ella aún dormitaba cuando una sombra se manifestó en la ventana. Los bordes blancos fueron abrazados por una negrura espeluznante. Pasó lo mismo con la habitación.

Como si era presintiera que algo sucedía, comenzó a agitarse con violencia. Comenzaron a nacerle gotas de sudar en la frente y cuello. Sus manos tomaban las sábanas con fuerza.

Poco a poco, esa oscuridad se extendió sobre el suelo en forma de sombra. La misma se elevó hasta transformarse en una figura delgada y muy alta. El brillo del azul de los ojos de Kilian parecían dos fuentes de luz penetrantes e intimidantes.

Dio unos cuantos pasos hacia a ella. Al verla así, tan inquieta, posó una de sus manos sobre su frente con suavidad. De inmediato, Alissa dejó de temblar y recobró la respiración suave propia de un sueño profundo. Él sonrió.

Esperó un poco hasta que acercó sus labios hasta el oído de ella.



-Te dije que te cuidarían bien aquí.

No hubo respuesta. Alissa parecía estar sumida en una especie de encantamiento.

-Tienes una deuda conmigo, policía. Y tarde o temprano vendré a cobrar esa cuenta. Tenlo por seguro.

Dejó de susurrarle y se alejó de ella lentamente. La sombra volvió a arrastrarse sobre el suelo hasta la ventana. La oscuridad dejó de ser y las pocas luces que habían quedado encendidas, volvieron a la normalidad.

Ella se despertó con una sensación inexplicable en el pecho. Se sentó con violencia y miró hacia todos lados con la urgencia de encontrar algo. No hubo nada, sólo las voces de unos guardias en la distancia.

-Dios mío, me voy a volver loca.

De nuevo, se acostó pero no pudo dormir más. Fue imposible.

## IV

Kilian se sentó en uno de sus muebles de jardín. Sacó un pitillo y lo encendió con un Zippo firmado por Jimi Hendrix. Lo miró con orgullo. Sin duda era una pieza preciosa para cualquier amante del Rock.

Lo guardó en el bolsillo al mismo tiempo que expulsó un poco del humo que había aspirado. Lo hizo con calma puesto que se encontraba cansado.

-Sangre de porquería.

A pesar de haber bebido litros y litros de sangre la pasada noche, esta podría considerarse como una del tipo corrupta. Por lo tanto, los vampiros hacían lo posible para alejarse de este tipo puesto que acarreaban consecuencias molestas como el cansancio. De lo contrario, mientras más pura, las sensaciones que producían eran casi orgásmicas.

Cruzó las piernas mientras se deleitaba con el sabor del cigarro. Desde que recuerda, fumaba la misma marca. Ciertos hábitos nunc cambian... Y más si se habla de un vampiro de más de 500 años.

Cerró los ojos y se vio a sí mismo corriendo por las calles de la cuna del Renacimiento. Pudo oler el pan fresco y las aguas estancadas como si estuviera allí. Sonrió.

De niño, solía ir de aquí para allá, robando alguna fruta o un trozo de carne para llevar a su casa. Se acostumbró a deambular y a conocer los rincones más oscuros jamás vistos por alguien. Su corazón y espíritu se volvieron duros como el cuero viejo.

Ya de adulto, continuó ese mismo estatus de vida: pobre y hambriento. Los recuerdos dulces de la infancia terminaron en el dolor de la desesperación por comida. Peleaba con otros como él. A veces mujeres, a veces hombres... Otras, niños.

Cada noche, se acostaba pensando en lo que podría hacer para cambiar esa miserable existencia. La desesperación fue tal que llegó a desear tener la posibilidad de vender su alma por una oportunidad de ser rico. Lo quería con fervor.

Un día, luego de correr varias calles, tropezó con una figura fuerte. Cayó de

espaldas pero el sujeto no. Permaneció de pie, frente a él, imperturbable. Por alguna extraña razón, no tuvo miedo, más bien presintió que ese día cambiaría su vida para siempre.

El sujeto extendió su mano para ayudarlo a colocarse de pie.

-Ven conmigo.

Escuchó de él y le siguió sin chistar. Se alejaron del caos para ir al sitio apartado.

-Tu corazón me dice que quieres ser rico... Yo puedo darte eso pero el precio que tienes que pagar es muy alto.

-No me importa.

-Escucha, joven. Piénsalo bien. Tendrás vida eterna pero verás a tus amigos morir, así como cualquier persona que ames. Para ellos el tiempo los castigará, mientras que para ti no será así. Te sentirás solo y confundido... ¿Quieres seguir adelante?

Kilian nunca dudó de su determinación. Estaba asqueado de vivir en y entre la porquería.

-No me importa...

La figura asintió. Seguidamente movió su capa y descubrió así su aspecto total. Un hombre bastante algo, fuerte, blanco, muy pálido y el cabello negro y largo. Sus manos eran fuertes y sus uñas largas. Sonrió y dejó ver unos largos y afilados colmillos.

Se acercó a él con paso seguro y lo tomó por el cuello.

-Prepárate para abrazar la inmortalidad.

Kilian cerró los ojos y sintió un dolor agudo y penetrante. Trató de zafarse pero la fuerza de ese sujeto era impresionante. Lo retuvo contra su cuerpo hasta que perdió la noción de sí mismo. Lo último que recordó, fue el sentir su cuerpo cayendo al suelo.

Al poco tiempo, despertó confundido pero sintiéndose vigoroso. Algo anormal puesto que no había comido en todo el día. Se puso de pie y dio unos cuantos pasos hasta ver su reflejo en un charco de agua. Su piel bronceada ahora era pálida y sus ojos pardos se tiñeron de azul casi gris. Tocó su rostro para asegurarse que era él de verdad.

Sintió la mano del sujeto y preguntó:

-¿Qué soy?

-Un vampiro, amigo mío.

-Me siento... Extraño.

-Es normal. Ven... Ven conmigo. Es importante que aprendas unas cosas y te prepares para el mundo.

Desde ese día, Lucius se convirtió en una especie de mentor para Kilian. Le enseñó que, como ya no era humano, su apetito ya no sería por los alimentos de los mortales sino que más bien sería muy diferente.

-No se trata de beber de cualquiera. Existen dos tipos de sangre. Una es la que llamamos corrupta. Es muy líquida porque su pureza ha sido diluida por los vicios de quienes consumes. Al beber de esta sangre, te sentirás cansado y hasta de malhumor. Sin embargo está la pura. Es la que todos deseamos. Proviene de mortales que han tratado de mantener una vida sana y equilibrada. Tiene una consistencia espesa y dulce. Es una especie de ambrosía. Deliciosa... Así que no te aventures a morder a quien se te cruce, muchacho, a menos que tengas demasiada necesidad.

Lucius le daba charlas extensas sobre cómo protegerse de las armas rudimentarias de los humanos...

-Tenemos una fuerza extraordinaria pero no podemos pensar que somos invencibles. Existe una manera de matar a un vampiro.

-¿Cómo?

-Una estaca al corazón. Si esta está hecha de un material sagrado, la muerte será fulminante.

Los ojos de Kilian se abrían ante las advertencias que su maestro le decía. Paralelamente, ambos viajaban a través del mundo, bebían, disfrutaban. De hecho, Lucius fue quien le recomendó que bebiera sangre pura en un ambiente tranquilo ya que su cuerpo sería capaz de experimentar un éxtasis que lo elevaría hacia sensaciones inexploradas. Siempre lo hizo y recordaba a su amigo que no dejaba de decirlo cuando se alimentaban juntos.

A pesar de haber compartido un sinfín de vivencias, Kilian nunca supo el verdadero origen de Lucius, ni siquiera su edad. Él seguía siendo la misma

figura misteriosa que conoció la primera vez.

Pasó por alto el hecho y lo dejó en el olvido. Estaba feliz de poder contar con alguien que dedicara tiempo y esfuerzo en educarle.

... Sin embargo, las cosas tomaron un rumbo catastrófico. Ambos se residenciaron en una ciudad puritana en los Estados Unidos. Ignoraron por mucho tiempo que estaban siendo vigilados por los pobladores y que estos, además, estaban organizando un cacería para matarlos. Kilian dejó la mansión en donde vivían para explorar unas tierras, mientras que Lucius se entregó a la tranquilidad de la soledad. De repente, una horda de hombres y mujeres enardecidos entró.

El caos le tomó desprevenido y no tuvo tiempo de transformarse. Trataron de forcejear pero sin éxito, Lucius era más fuerte y experimentado. Pudo derribar algunos cuantos con facilidad hasta que una flecha le atravesó el pecho... Justo en el corazón. El impacto lo paralizó por completo.

Los intentos para levantarse fueron inútiles, sintió cómo poco a poco la vista se le nublaba salvo por la última imagen de un padre vertiéndole agua bendita. Dejaron su cuerpo en el medio del campo para que se quemara con los primeros rayos de la mañana.

Kilian no supo de la noticia hasta que regresó un par de días después. Se encontró al sirviente esperándolo con las malas noticias.

-... Lo siento mucho, señor.

Sintió que el alma se le fue al piso. Escuchó atentamente lo que había pasado hasta que no pudo aguantar más las lágrimas.

-Debemos irnos de aquí. Su vida corre peligro.

-Antes debo hacer algo. Prepara el coche con el equipaje y espérame en el próximo pueblo. Me reuniré contigo y de allí partiremos a otro lugar.

-Sí, señor.

Perdió a su único amigo, a la única persona que le había sacado de la miseria y que le había ayudado a entender su naturaleza. Lucius era lo único que le recordaba qué era ser humano.

Pensó en las últimas palabras que llegó a escuchar de él.

-No sabes el potencial que tienes como vampiro. Puedes ser y convertirte en

lo que quieras. Para lograrlo, debes conectarte con tu ser animal y dejar que el instinto viaje por tu cuerpo como desee. Lo entenderás cuando sientas el momento.

... Ese era el momento.

Cerró los ojos y no pudo dejar de pensar en un gran lobo negro. Era una imagen que se materializaba poco a poco. Una especie de ventisca rodeó su cuerpo. Kilian dejó el aspecto humano para convertirse en ese lobo negro que imaginó en un principio.

Salió por la puerta principal hacia el pueblo. La sed de venganza le hizo llegar más rápido de lo que esperaba. Volvió a su estado natural y decidió incendiar la villa hasta dejarla en cenizas. Le daba igual quienes murieran.

Recorrió las calles dormidas para convertirlas en fuego y destrucción a su paso. A medida que se adentraba, podía escuchar los gritos de desesperación y dolor. Quería más y más de eso.

Al final, se paró frente a una colina para ver la imagen de lo que había logrado. A pesar de ello, no sintió tranquilidad, sino más bien sufrimiento. Era una victoria amarga.

Ese día, Kilian se aseguró que se convertiría en una maldición para los mortales. Así que, con el paso del tiempo, se adentró en el mundo de las drogas hasta volverse más rico y poderoso de lo que hubiera imaginado. Él era su propia arma de destrucción.

Le gustaba ver desde su oficina la manera en cómo la gente perdía el sentido y la dirección de sus vidas por unos cuantos gramos de lo que fuera.

-Asquerosos y predecibles...

Se decía mientras su bolsillo engordaba por los ingresos que percibía.

Aunque Kilian le gustaba esa sensación de poder y control que no sólo era posible tener a través del negocio, sino también por medio del BDSM. Lo conoció cuando formó parte de la corte de María Antonieta. Se enamoró de una cortesana que le enseñó toda clase de placeres y formas amorosas que escapaban de lo convencional.

Con ella aprendió el control de la respiración, los amarres y la tortura orgásmica. Ella se lo hizo a él y él, más tarde, le haría lo mismo hasta convertirse en una de sus prácticas favoritas.

Kilian se volvió un experto Dominante que se sintió aliviado a medida que el BDSM cobraba más y más popularidad. Incluso hasta viajó a Japón para aprender el arte del shibari.

Exploró los placeres vinculados a la electricidad y las agujas. Tuvo tiempo suficiente para perfeccionar la manipulación de estos instrumentos y de usarlos a su antojo. Incluso fuera de la habitación.

Así pues, Kilian era el rey del crimen organizado y también un vampiro que adoraba el control y el dominio.

Aún sentado en el jardín, luego de embeberse en la memoria, pensó en Alissa, en la forma en la que ella le robó la atención con ese vestido rojo, en las curvas, en el cabello corto. También pensó en el miedo que podía percibir. La angustia de desconocer si su hora había llegado o no.

Todavía se preguntaba por qué le había salvado de un momento como ese. ¿Qué iba a ganar con eso? Era una humana más del montón... Sí y no. Ella tenía algo, un magnetismo que olvidó que existía y que, al verlo, se sintió como si hubiera revivido. Encendió otro cigarro más y rió para sí.

Era una noche bella y brillante.

-Vas a tener que pagar esa deuda, policía.

## V

-Señorita, es preferible que se quede unos días más en observación. Las heridas que recibió necesitan más atención.

-Entiéndame, si no me voy, perderá la oportunidad de dismantelar una de las organizaciones más peligrosas. Estoy perdiendo el tiempo aquí. Así que déjeme pasar.

El médico hizo lo que pudo para insistir. Dio una larga lista de tratamientos y exámenes que debían hacerse para cerciorarse que todo estaba bajo control. Pero no, no fue suficiente. Alissa estaba lista para dejar ese recinto. Dos semanas le pareció demasiado para tolerar.

Pudo salir tras unos intentos frustrados de las enfermeras. Así que llamó a un taxi para que la dejara en casa. Necesita cambiarse para ir a la comisaría. Estaba pendiente el asunto de Kilian.

Kilian. Repitió el nombre en sus adentros hasta que hizo un retroceso de los últimos acontecimientos. En ese instante, pareció sentir el aliento cálido y unas palabras en el borde del oído:

-Pagarás la duda, policía.

¿Aquello habrá sido verdad o fue producto del delirio? Quería pensar que era esto último porque no le ocurría qué debía pagar ni cómo.

-Joder pero por qué tarda tanto.

20 minutos después, el taxi le llevaba al centro de la ciudad. Nunca pensó que extrañaría el sonido de la calle rompiéndose o el sonido incesante de las cornetas en el tráfico. Por fin se sentía segura, en casa.

Luego de dejarla en la puerta de aquel edificio viejo de ladrillos, Alissa le dio un vistazo a la fachada del mismo. Observó los cordones que exhibían toda clase de prendas de ropa, las plantas de otros pisos y la música que salía del vecino de arriba. Respiró profundo y entró.

Subió por los elevadores y sacó las llaves del bolso que tenía. Su jefe y otros compañeros se habían encargado de llevarle ropa y algunos objetos personales. Después de dos semanas que se sintieron como toda una eternidad, por fin estaba en un ambiente sólo para ella, sin dar explicaciones ni razones



de ningún tipo.

Se acercó al refrigerador y sacó una botella de cerveza. La abrió e ignoró toda advertencia médica. Ese día sólo pensaría en ella misma.

El frío hizo que le doliera la cabeza y gruñera del dolor por una de sus costillas. A pesar de que su recuperación fue casi milagrosa, todavía tenía el recordatorio de que tenía que darse su tiempo.

Dejó la botella en una mesa cercana y se recostó en el sofá. Cerró los ojos y pensó en la suerte que tenía de estar viva. Sin embargo el frío del miedo se le manifestó en la columna. Kilian se le apareció entre los pensamientos. El rostro pálido, los ojos azules y la sonrisa malévolamente que enseñaba los colmillos. El recuerdo vívido la convenció de que ciertamente él era un ser sobrenatural. Pero, ¿cómo era posible?

De repente escuchó el sonido del teléfono. Se levantó despacio y tomó el auricular.

-¿Aló?

-Hola, Alissa. ¿Cómo te sientes?

Era su jefe.

-No es necesario que pienses una excusa, ya nos dijeron que te fuiste del hospital a pesar de las advertencias de los médicos. Así que esperé a que llegaras a casa para hablar contigo.

-¿Qué ha pasado?

-¿Recuerdas a los atacantes que nos comentaste?

-Sí, tres tíos. ¿Los encontraron?

Escuchó un largo suspiro –Verás, esto es extraño. Se encontraron los cuerpos pero estaban en unas condiciones que nos parecieron, pues, particulares.

-¿Qué quieres decir?

-Estaban en un avanzado estado de descomposición. Creo que el forense se refirió a “momificación”.

-Pero...

-Sí, carece de todo sentido. Tampoco lo puedo creer. Murieron de un paro cardíaco, al parecer estuvieron sometidos a una gran carga de estrés antes de

morir. ¡Ah! También se encontraron dos marcas extrañas en el cuello, pero se presume que fueron algún animal aunque mi intuición dice que no es así.

-¿Mordidas? ¿En los tres?

-Sí... Lo sé. Demasiado extraño. El teniente quiere dejar el caso así para que nos concentremos en Kilian.

Alissa, desde su silencio, sabía que estaban conectados. Se dio cuenta en ese momento que aquellas sombras que iban y venían en su mente, que lo que pensó se trataba de una fantasía de un hombre bebedor de sangre, al final resultó que sí era verdad. Kilian era un vampiro.

-Bueno, cuando te sientas un poco mejor, ven para que hablemos más al respecto, ¿vale?

-Eh, sí, sí. Perfecto.

Colgó el teléfono con aire sombrío. Sintió como si el cerebro estuviera lleno de aire. Se apartó hasta llegar a una de las ventanas que de la sala. Se abrazó y comenzó a sudar. Comenzó a sentirse prisionera de una verdad que no sabía si decirla o no.

Tomó la botella de cerveza y bebió todo el contenido. Volvió el mareo y el dolor en la costilla, pero dio igual porque su mundo se puso de cabeza.

Un par de días después, Alissa se miró en el espejo. Las heridas estaban mucho mejor y estaba más fuerte. Así que sintió el alivio al suponer que no sufriría de un desmayo de un momento a otro. Esa sensación, sin embargo, se nubló por el recuerdo de aquella noche que casi le costó la vida.

-Ya pasó.

Se consoló.

Mientras caminaba por el estacionamiento, las luces, de repente, comenzaron a titilar al mismo tiempo. Asimismo, un ventarrón hizo que se le pusiera la piel de gallina. Sin importar lo que pasara, no la iban a tomar desprevenida, así que desenfundó su arma y miró hacia todos los lados, buscando a un posible atacante.

Una especie de figura oscura comenzaba a tomar forma frente a sus ojos, poco a poco se echó para atrás.

-IDENTIFÍQUESE, YA.

-Esa arma no me hará ni cosquillas, policía. Así que olvídale.

-IDENTIFÍQUESE LE HE DICHO.

-Sabes quién soy.

Soltó el arma producto del pánico que sintió. Estaba segura que ese sería su final.

El rostro de Kilian se abrió paso entre la oscuridad del estacionamiento. Aquella expresión serena, se volvió juguetona en cuestión de minutos.

-Así que no fue un sueño...

-Comprenderás mejor las cosas si dejas ese estado de negación. Es absurdo además de una pérdida de tiempo. Bien, veo que se te hará difícil comprender las cosas así que hablaré yo.

Ella lo miró fijamente. Esos ojos azules, fríos y penetrantes, también la observaban.

-Nuestros caminos se cruzaron de una manera extraordinaria, así que tomaré esta coincidencia para decirte que tienes una deuda conmigo.

-¿De qué hablas?

-Sabes de lo que hablo.

-¿Te refieres a esa noche?

-Precisamente.

-Pe-pero...

-Verás, no suelo intervenir en asuntos de los humanos. Si mueren, si se odian, si se aman, me da lo mismo. Los veo como seres inferiores.

-Hasta que te aprovechas de ellos para lucrarte... Ahí sí te conviene, ¿verdad?

-Ella mostró una postura más segura de sí misma. -Sé quién eres y créeme que haré todo lo que tenga en mi poder para hacerte pagar los crímenes que has cometido.

Con un movimiento violento, Kilian la tomó por el cuello y la apoyó sobre la pared.

-No existe poder alguno que pueda destruirme, humana. Ninguno. -Respiró sobre su cuello. -Te entregarás a mí y será más temprano que tarde. No lo

dudes.

Sacó su larga lengua y le lamió el cuello. Lo hizo suave y delicadamente, como saboreando cada parte de ella.

En un abrir y cerrar de ojos, Kilian desapareció y todo volvió a la normalidad. Alissa, mientras, se desplomó en el suelo entre el miedo y el deseo. Ese hombre era una nueva definición de peligro pero también sintió algo inexplicable. Algo que la hizo sentir atraída hacia él como si estuvieran unidos por una fuerza, por un magnetismo.

Esperó un poco más de tiempo y se levantó, aún las rodillas le temblaban y el corazón estaba a mil por hora. Cada fibra de su ser había recibido un sacudón. Cuando pudo recobrar el sentido de la realidad, ella corrió hasta el coche. Iría a toda marcha a la estación.

Las puertas se deslizaron para dejarla pasar, el vigilante de la puerta la miró con los ojos muy abiertos.

-¿Cómo se encuentra? ¿No debería estar todavía en el hospital?

-Hola. Sí, pero el deber es más fuerte.

Continuó hacia los elevadores, por suerte, no había nadie. Aprovechó un momento para verse en el espejo que tenía en frente. Estaba despeinada, con bolsas debajo de los ojos y todavía con los vellos erizados.

Trató de peinarse un poco y de aplicarse un poco de labial para disimular el estado de crispación. No quería dar excusas de ningún tipo, había pasado por suficiente.

Se alegró al ver que ya había llegado al piso. La oficina estaba desierta, imagen que le hizo un poco de ruido. Buscó a su jefe y lo encontró hablando por teléfono con aire de disgusto. Cuando se vieron, le hizo una seña de que cerrara la puerta y se sentara a esperar.

-... Sí, sí. Vale. Ya hemos hecho lo que se nos ha ordenado. Vale.

Colgó y no pudo evitar soltar un resoplido.

-Joder.

-¿Pero qué ha pasado? Es extraño que esto esté así.

-Asuntos Internos está investigando al escuadrón. Parece que encontraron indicios de corrupción en algunos agentes.

-No lo puedo creer.

-No lo hagas.

-¿Por cuánto tiempo estaremos así?

-No lo sé. Hace rato me informaron que sólo sería cuestión de días pero no lo sé.

Alissa sintió que no podía más.

-¿Qué han dicho del caso de Kilian? ¿Los cuerpos?

-Todo está desestimado hasta nuevo aviso. Tenemos las manos atadas, Alissa.

-¿Qué puedo hacer?

-Descansar. Aprovecha estos días para dormir.

-Sabes que no puedo hacer esto. Es imposible.

-Pero tendrás que hacerlo. No queda remedio.

-Está bien.

Se levantó del escritorio. Su jefe quiso decirle algo pero justo en ese momento recibió una llamada.

-Lo siento mucho.

-Entiendo.

Salió de la oficina cabizbaja y más confundida que nunca.

## VI

Kilian cobró unos cuantos favores de la policía. Logró incluso que Asuntos Internos pusiera en pausa una investigación que tenía en su contra... Porque claro que lo sabía.

Durante el tiempo que pasó Alissa en el hospital, investigó su expediente. Resultó ser un caso interesante.

Huérfana desde los cinco años, Alissa se volvió introvertida y con un sentido preocupante de desarraigo, al menos para una niña de su edad. Unos parientes cercanos tomaron la custodia hasta que se fue a estudiar a los 18 años. Se convirtió en un prodigio de la policía gracias a su mente brillante y aguda. Entre los párrafos referentes a diferentes estudios psicológicos, encontró algo que le llamó la atención.

*“... A pesar de un carácter duro y hostil, la paciente esconde el deseo de protección. Esa misma que le fue privada a tan corta edad”.*

-Así que quieres que alguien te proteja, mujer policía. Interesante.

Reunió toda la información posible sobre ella. Su pasado, sus logros, miedos y hasta gustos personales. Cada cosa le dio una imagen más cercana sobre la persona que había salvado y de la cual quería poseer completamente.

Sin embargo, lo que empezó como curiosidad, fue creciendo hasta convertirse en una obsesión que no podía quitarse de encima. Pensaba en ella todos los días y más desde su tercer encuentro. La vio tan resuelta, valiente pero también temerosa. Casi podía jurar que observó un destello de deseo hacia él. Sin importar el tiempo que le tomase, la haría suya.

El reloj marcó las 6:01 p.m.

-Hora de salir.

Se levantó de la cama desnudo y entró al baño para darse un baño. A pesar que ya no era necesario, era una costumbre que no quiso dejar de lado. Era más fuerte que él.

Se miró en el espejo. Tenía las mismas facciones de hacía 500 años, como si su rostro se hubiera congelado en el tiempo... Y de alguna manera era así. Sin embargo, tenía ciertas arrugas en la frente y en los ojos. Recordó en la sangre

que había bebido días atrás.

-Joder.

Bajó rápidamente a la cocina y se colocó frente al refrigerador. Cerca de la expendedora de hielo, había un lector de huellas digitales. Puso allí su pulgar y un ligero pitido anunció un compartimiento que escondía la verdadera carga preciosa de Kilian: sangre pura.

Sirvió una pequeña copa con el líquido espeso y aromático. Acercó su nariz y quedó hipnotizado por las sensaciones que tuvo. Era estar cerca del éxtasis.

Sus largos colmillos parecieron prepararse para el momento. Dio un sorbo y cerró los ojos. El mundo entero desapareció de repente para sólo concentrarse en esa copita de cristal.

Se sentó en la barra de desayuno para no dejarse arrastrar por los efectos de la sangre. Era una sensación maravillosa, increíble, tanto que no paraba de sonreír.

Sintió su cuerpo con más energía. Ese cansancio lo abandonó por completo y pareció que era el mismo de antes. Luego de beber todo, se levantó y volvió a examinar su reflejo. Las arrugas habían desaparecido, los ojos estaban más brillantes que nunca, la piel parecía tersa y suave. Sólo bastó un poco de esa sangre exquisita para devolverle la juventud.

Subió de nuevo para retomar la ducha. Mientras el agua tibia cubrió su cuerpo como una fina tela, pensó en las curvas de Alissa. Volvió a sonreír al recordarla aunque deseaba que ella lo mirara diferente, no con miedo. La vez que se encontró con ella en el estacionamiento, el instante en el que saboreó la piel de su cuello, se estremeció por completo. Así que no tardó mucho en ponerse duro.

Su pene, grande y grueso, parecía clamar el cuerpo de Alissa lo más pronto posible. Fue entonces cuando tomó su mano y comenzó a masturbarse con fuerza, imaginando al mismo tiempo en las formas en que la haría suya.

Cerró los ojos y recordó la pequeña cintura, las caderas y la fuerza detrás de esos ojos oscuros. Los labios gruesos y la piel que parecía brillar desde el interior. Kilian había vivido lo suficiente para conocer a una gran cantidad de mujeres pero ninguna le había capturado como Alissa. Ella tenía algo que no sabía cómo describir.

El glande estaba húmedo por lo que continuó tocándose con fuerza. Se aferró en el sabor de su cuello y en la belleza exótica de su rostro. Imaginó que la tenía cerca, que rozaba sus colmillos sobre sus piernas y su cintura, sus manos recorrerían los misterios de su vulva, sus dedos se aferrarían al calor y la humedad de ese coño que debía ser el paraíso.

En medio del silencio del baño, sólo era posible escuchar los gemidos de él, entregándose a una fantasía tan vívida que no quería desprenderse de ella. Deseaba tenerla entre sus brazos.

Continuó con otra imagen que lo hizo sentir al borde de la locura, ella arrodillándose ante él, pidiéndole su carne y su sangre. Rogando por su fuerza y su control. Esos labios gruesos abriéndose para recibir su pene, su lengua decidida a lamer cada parte. Era un espectáculo que le causó un gran placer.

Se sostuvo de la pared hasta que sintió que estaba a punto de explotar. Aferró el deseo de tenerla a sus pies hasta que abrió los ojos y eyaculó una gran cantidad de semen. Quedó atontado que casi perdió el equilibrio de sus piernas.

Luego de unos minutos, recobró el sentido gracias al sonido constante del agua. Se levantó poco a poco y abrió un poco más la llave de agua fría. Necesitaba que algo le diera un golpe para terminar de espabilarse.

Salió y comenzó a secarse. Volvió a mirarse en el espejo y pensó que era momento de cobrar esa deuda.

Alissa se encontraba en el piso, acostada en el sofá y con el cuerpo hecho trizas. Por una parte, pensó que debía hacer lo posible para descubrir su intrincada red de narcotráfico o entregarse a él. Porque sí, ya a estas alturas pensaba en probar que sería estar entre sus brazos. Sin duda, sería peligroso. No sabía qué hacer.

Dejó su mente en blanco y fue hacia la habitación. Decidió que iría a la discoteca para hablar con él, pero esta vez lo haría con astucia. Lo seduciría lo más posible. Así pues que tomó otro vestido ceñido al cuerpo, uno negro de escote profundo tanto en el pecho como en la espalda. Acomodó su cabello y se colocó un par de sandalias altas. Estaba decidida a darlo el todo por el todo.

Llamó un Uber que supo sin problemas cómo llegar al lugar. La noche cayó y Alissa estaba preparada para definir su destino.



Como siempre, Kilian estaba en su oficina supervisando todo. Vigilaba que los “dulces” estuvieran a la disposición y que sus guardias impedirían el ingreso de cualquier presencia no deseada. Esa noche era como cualquier otra.

Justo al momento de darse vuelta para fumar un cigarrillo, vio de reojo algo que le llamó la atención. Agudizó sus sentidos y se trató de una visita inesperada. Era Alissa que parecía buscarlo, además.

Se levantó de su silla de cuero. Se acercó aún más a la ventana y la miró desde la distancia. Se veía muy sensual y segura de sí misma. Le encantaba estar con una mujer como ella.

La observó caminar entre la gente hasta sentarse en la barra. El mismo lugar en donde la vio la primera vez.

Apagó las luces y bajó por las escaleras, esas mismas que daban hacia uno de los costados de la pista. El DJ de ese momento también ofreció un espectáculo de luces. Como si fuera algo sólo para él, todo quedó a oscuras intencionalmente. Miró a Alissa alarmarse un poco mientras paralelamente escuchaba cómo la gente del lugar celebraba el misterio del momento.

Kilian se acercó sigilosamente hacia ella hasta que las luces volvieron a iluminar todo. Ella se sobresaltó un poco pero después lo miró sin el temor que había dejado ver anteriormente. Él le acarició el mentón y Alissa quedó envuelta en un aura de sensualidad del cual no quería salir.

Ella se levantó entonces para reunirse con él. Kilian la rodeó con sus brazos y Alissa se puso de puntillas para que sus labios encontraran los de ese hombre. Lo que al principio fue descubrirlo, resultó todo lo contrario. Fue un encuentro que sus almas quisieron desde el primer momento en que se vieron.

Se dieron un beso largo y apasionado. Gracias a la música y a los gritos de los jóvenes eufóricos, los dos pudieron entregarse, al menos por un momento, a lo que sentían sin ningún tipo de remordimiento.

Los brazos de Kilian se sentían fuertes, el cuerpo de Alissa era la conjugación perfecta de belleza y delicadeza. Él se dejó llevar un poco y la apretó sin recordar que todavía estaban esas heridas odiosas. Ella gimió un poco por el dolor por lo que lo apartó de ella.

-Lo siento.

-Está bien. Hasta yo misma olvido que las tengo.

Él acarició suavemente hasta que no hubo incomodidad sino placer.

-Sabía que vendrías.

-Mi intención era otra... Yo...

-A veces las cosas resultan de manera diferente. Como muestra un botón.

Volvió a tomarla para sí.

-Creo que deberíamos ir a un lugar un poco más privado, ¿no crees?

-Tienes razón.

La tomó de la mano y caminaron juntos entre la gente. Alissa se sintió como la mujer más poderosa del mundo sólo por estar junto a él. Aunque seguía ensimismada por los labios y la sensualidad, dedujo que la estaba llevando hacia su oficina.

-Esta es una oportunidad invaluable.

Subió por las escaleras. Dejó atrás el ruido y el caos para encontrarse con una oficina amplia y modernamente decorada. Las paredes eran de un rojo intenso pero que inexplicablemente no resultaba incómodo de ver. El escritorio era de madera muy pulida y las sillas del otro lado eran de cuero. La más grande, supuso que era de él.

-Y bien, ¿qué te parece?

-Bastante bien. No sé por qué imaginé algo estrafalario.

-Me insultas.

-Ja, ja, ja. Lo siento.

-¿Algo de beber?

-Bourbon, por favor.

Escuchó mientras servía los tragos y aprovechó el momento para ver el lugar tanto como pudiera. Además del aspecto elegante, Alissa trató de ubicar algún compartimiento que se viera misterioso, cualquier indicio que le indicara que debía seguir esa pista. No obstante, a pesar del esfuerzo, las ideas comenzaron a diluirse, ya no pensaba como una policía sino como una mujer. Estaba cayendo más hondo en el encanto de Kilian.

-No encontrarás nada. –Sonrió– Sé cuáles son tus intenciones, policía.

Alissa quedó al descubierto sin embargo, no se sintió mal o presionada, más bien resultó como si un peso se le hubiera quitado de encima. Algo que por cierto, era extraño.

-Aquí tienes.

-Gracias.

Esperó un poco. La observó mientras tomaba.

-¿Cómo has estado?

-Bien. Aunque me resulta un poco extraño estar aquí. Siento que todos los recuerdos vienen hacia mí como si fuera una ola.

Él se acercó a ella con suavidad. Tomó el vaso que tenía entre los manos y la miró fijamente.

-No tienes por qué preocuparte ahora.

La besó con pasión, aferrándose a su curvilíneo cuerpo, a sus brazos, a sus labios gruesos que le hacían sentir como si fuera humano otra vez. En ese momento, ese instinto animal se manifestó en él. Abrió los ojos.

Estos, inyectados de sangre, pudieron ver el interior del cuello de Alissa. Kilian observó el torrente sanguíneo a toda velocidad, las venas cargadas de ese preciado líquido, incluso su instinto le dijo que se trataba de sangre pura. Así que de seguro estaría embebido en el éxtasis por mucho tiempo.

Así fue que sus colmillos se asomaron. Tan puntiagudos y brillantes como la luna de esa noche. La sostuvo con fuerza mientras que ella estaba perdida en el deseo, cegada por el placer de los besos y las caricias con las que él recorría su cuerpo.

Kilian, a pesar de encontrarse demasiado cerca, se alejó bruscamente. Ella, por su parte, pareció salir del ensimismamiento de aquellos encantos.

-Creo que es mejor que nos veamos en otro momento.

-Oh... Entiendo.

-Le diré a alguien que te lleve a tu casa. No te preocupes por eso, ¿vale?

-Vale.

Cuando se dispuso a salir, él la tomó del brazo con fuerza.

-Nos volveremos a ver.

-Eso espero... De verdad.

Esta vez, fue ella quien se acercó a él con cuidado. Se puso de puntillas una vez más para alcanzar un poco esa gran altura que se exhibía delante de su presencia. Acarició el mentó cuadrado, sus dedos también rozaron las mejillas frías y la nariz aguileña y predominante.

-A veces siento que te conozco desde siempre.

-Me pasa lo mismo.

-Esto no es correcto. Esto está mal.

-¿Por qué piensas demasiado, policía? Eso le quita diversión a las cosas.

Ella inclinó un poco la cabeza pero luego quiso reencontrarse con esa mirada que escondía un alma complicada y que había pasado por mucho.

Kilian, a pesar de sus palabras, entendía perfectamente a esa confusión de Alissa. 500 años vagando por la tierra, mezclándose con los extraños, haciéndose rico, probando los placeres de la carne y de la sangre, detrás de todo eso, todavía existía dentro de él, algunos rastros de humanidad. No estaba del todo muerta.

-Sé que no es sencillo. Por eso quiero que pienses bien las cosas.

-¿Ya lo hiciste?

-Hace tiempo que tomé la decisión. No tengo nada más que analizar.

Volvieron a besarse pero, esta vez, como si no existiera el resto del mundo. El mundo era sólo los dos.

-Vale, mejor ve a casa. Te han pasado demasiadas cosas y que debes procesar.

Ella se apartó de él y bajó las escaleras. Se detuvo en el medio de la pista para verlo antes de irse. A pesar de los vidrios oscuros, estaba segura que Kilian la observaba. Finalmente se dio la vuelta y se fundió entre los cuerpos que estaban allí.

Al dejar de verla, Kilian se dejó caer sobre la silla de cuero. Por un lado no paraba de preguntarse por qué le había dejado ir. Además, dejó escapar la valiosa oportunidad de morderla y así convertirla en una esclava para siempre.

Sin embargo, en medio de estos pensamientos se sintió aliviado de que hubiera ido. De hecho, realmente sí tenía que analizar ciertas cosas. Entre todo ese cúmulo, tenía seguro algo: la ansiedad de hacerla suya crecía cada vez más.

## VII

Sonaron las llaves sobre la superficie de la mesa de la entrada. El silencio ahogó el ligero tintineo y Alissa sintió más confundida que nunca. Todavía recordaba el sabor de los labios de Kilian, un sabor que la acercaba al éxtasis y a la gloria. Esa sensación, por si fuera poco, también estaba acompañada por la necesidad de entregarse a sus brazos y así dejarse llevar por una aventura desconocida.

Pensó en el departamento de policía, en el esfuerzo que había hecho para endurecerse. Recordó ese instinto de preservación que le insistía en mostrar distancia con los otros para no involucrarse demasiado. Pero, como si fuera un capricho del destino, ella se encontraba en ese lugar, con la urgencia de correr hacia sus brazos. ¿Acaso valdría la pena?

Enseguida le vino a la mente el brillo de los colmillos de Kilian. No habían hablado de eso y no sabía si lo harían en algún momento. La cabeza le comenzó a doler.

El silencio quedó interrumpido por el sonido del teléfono.

-¿Qué será ahora? –Se dijo mientras tomaba el auricular con notable desgano.

-¿Aló?

-Alissa...

La voz de su jefe se escuchó más preocupada que nunca.

-¿Qué ha pasado?

-Creo que debemos hablar urgente. ¿Puedes venir a la oficina?

-Está bien. Dame 20 minutos.

Colgó e inmediatamente se cambió de ropa. Dejó los tacones y el vestido sensual y lo cambió por un par de jeans oscuros, unas botas rústicas, una camiseta y una chupa de jean. No había tiempo de pensar en indumentarias finas. Se acercó al clóset y sacó el arma de reglamento, verificó que estuviera cargada y lista para usar. Tomó la placa y se miró en el espejo por accidente. Era otra mujer.

Salió como una flecha, directa al estacionamiento. Encendió el coche y pisó el

acelerador con fuerza. Esa llamada le resultó inquietante.

Apenas tardó cuando llegó a la oficina. Todo permaneció sin mayores cambios como cuando lo visitó después de salir del hospital. Pasó los cubículos vacíos hasta que se encontró a su jefe con las manos hundidas en la cabeza.

-¿Qué ha pasado?

-Siéntate.

El corazón parecía una locomotora.

-Estamos suspendidos. Por órdenes del teniente.

-No entiendo...

-Sí. Como te lo he dicho. Estamos suspendidos. Asuntos Internos encontró un soplón que ha expuesto todo el caso de Kilian. Lo tomará el FBI y nosotros, mientras, miraremos el techo por tiempo indefinido.

-Nosotros hemos sido los únicos que mostramos interés en el caso. Esto se ha salido de control.

-Pienso lo mismo.

Los dos estaban sentados, uno frente al otro, mirándose y sintiendo la pesadez de esa decisión sobre los hombros.

-No puedo creer que nos esté pasando esto.

Alissa permaneció callada. Mirando la nada. En ese momento supo lo que tenía que hacer.

-Tengo un plan. Pero necesito que me des autorización para trabajar encubierta. Sólo necesito eso. Si algo sale mal, asumiré las consecuencias.

-Alissa...

-Necesito la autorización. Ya.

Se levantó con tanta fuerza que la silla cedió hasta caer en el suelo. Tenía la expresión severa y la decisión de seguir adelante.

-Vamos, Joel. Esto es importante y debo seguir con esto hasta el final.

-Estás poniendo en riesgo tu vida. Este caso no lo vale, Alissa.

-La autorización, por favor.

A través de los años, Joel comprendió que Alissa era una mujer de palabra. Como sabía que iría hasta las últimas consecuencias sin importar los intentos que hiciera para convencerla de lo contrario.

-¿Segura?

-Completamente.

-Vale.

Sacó del escritorio una hoja con un formato que comenzó a llenar de inmediato y hasta verificó los números de placa de Alissa y de él para no darle cabida a los errores.

-Firma y por tu huella. Ajá. Perfecto.

Se alejó con la hoja y la depositó en un montón que decía “correo interno”. Luego se giró para encontrarse con Alissa.

-No tengo una buena sensación pero sé que no importará nada de lo que te diga.

-Es así.

Se dieron un abrazo. Joel sintió que algo le gritaba internamente.

-Cuídate. Por favor.

-Lo haré.

Se despidieron como si se tratara de la última vez.

Entonces, Alissa recobró el paso seguro y salió con el objetivo de encontrarse con Kilian. El riesgo que estaba a punto de tomar era más que necesario.

Ella tomó el coche y cambió de rumbo. Ya no iría a su casa sino a la discoteca. El camino, por alguna razón, se le volvió eterno. Así que puso un poco de música para no pensar demasiado. Al llegar, miró hacia la calle para encontrar un lugar para aparcar al mismo tiempo que se concentraba con el objetivo de verlo y encontrarse con él.

Al salir, se topó con una aire frío que casi la hizo retroceder. Mientras caminaba, se topó con el mismo callejón en donde estuvo a punto de morir. Casi podía observar la sangre, su sangre en el suelo debido a los golpes. Ese recuerdo amargo no lograba quitárselo de la cabeza.

Siguió caminando hasta que sintió el frío tan particular por la espina. Sabía



que Kilian estaba cerca.

-Necesito hablar contigo.

No había un cuerpo a quién hablarle, más bien Alissa observaba a un conjunto de sombras que iban y venían.

-¿Estás segura?

-Sí.

De repente todo cobró forma. La alta figura de Kilian se materializó en un cuerpo delgado y blanco. Parecía resplandecer.

Él se acercó a ella lentamente. Estaba vestido completamente de negro, un tono tan oscuro que parecía confundirse con la noche.

-Vamos a mi casa.

Ella no objetó. Pensaba que tenía que hacer un sacrificio por su trabajo y sus compañeros. Trataría de encontrar la razón por la cual el departamento había quedado suspendido. Sabía que estaba en medio de un juego peligroso.

-¿Ese es tu coche?

-Sí.

-Es interesante que te gusten los modelos clásicos.

-Siempre ha sido así.

El porsche del 69 color verde pistacho se había convertido en una especie de amigo fiel. Ella, al pasar junto a él, acarició el techo suavemente.

-Era de mi padre. Es lo único que tengo de él... De ellos.

Ella se quedó callada. Kilian se acercó a ella.

-No te preocupes. Estará bien cuidado.

Continuaron hasta adentrarse a un callejón. Emergió de las sombras, un Camaro del 70. Negro y reluciente.

-Este es un gusto que compartimos, me parece.

Alissa asintió.

Él le abrió la puerta y subió. No pudo evitar sentirse impresionada por la calidad de detalle del coche. Luego recordó que de seguro tenía que ver con su

inmortalidad.

Kilian pisó el acelerador a fondo con el fin de llegar lo más rápido posible. Mientras manejaba, puso Breezeblocks de Alt-J. Alissa le pareció interesante que pusiera justamente esa canción ya que era algo que reflejaba de cierta manera el momento que estaba viviendo.

Siguieron hasta que vio la gran casa. Sus recuerdos le confirmaron que ciertamente había estado allí.

Aparcó al frente y apagó los motores. Kilian bajó rápidamente hasta volverle abrir la puerta. Ella salió y se encontró con un lugar sencillamente hermoso. Tres plantas de estilo moderno. Una construcción hecha con especificaciones.

La entrada era completamente de vidrio por lo que era fácil ver hacia el interior. Le sorprendió que fuera un espacio propicio para dejar pasar la luz.

-¿Esto no es peligroso para ti?

-¿Los ventanales?

-Sí.

-Sí. Es peligroso. Sin embargo es una forma de recordarme lo que fui en algún momento. Además, de noche puede ser tan hermoso como de día. ¿No crees?

-Supongo.

Ingresó un código y entraron. A primera vista, Alissa reconoció la cocina y el color rojo de las paredes. Este último rasgo le hizo pensar en la oficina. Sin duda, era algo en lo que Kilian era constante.

Siguió caminando y encontró mesas con objetos particulares: un avioncito de juguete hecho de latón, un portacigarros de madera con caracteres chinos y un par de libros. No los identificó hasta que los tomó.

-Son dos tomos de poemas de Bécquer. Obras inéditas. Fui uno de los pocos que pudo obtenerlas. Ah, esto es de la época de la Segunda Guerra Mundial y esto cuando viajé a China en la Revolución Cultural. Sí. Sin duda, unas aventuras interesantes.

Aunque Alissa sabía la verdad sobre él, ella necesitaba que Kilian se lo confesara. Quizás era el último rastro de su estado de negación que le impedía enfrentar la realidad.

Volvió a andar y se encontró con un pequeño cuadro.

-¿Klimt?

-Sí. Es exquisito, ¿verdad? Fue un regalo.

-Hermoso.

-Tengo debilidad por las artes y me es grato saber que conoces un poco sobre el tema.

-Pues sí. Mencionaste que era un regalo. ¿Podrías contarme más al respecto?

Ella sabía que estaba adentrándose en terreno delicado con esta pregunta. Pero sin duda, estaba decidida a obtener una respuesta.

-¿Qué quieres saber? Es mejor que me lo preguntes de frente en vez de dar rodeos.

-Vale. Dime, ¿qué es lo que eres?

-Sabes muy bien quién soy. Todo el lugar te lo dice a gritos. Tu instinto te lo dice a gritos. Pero es como te dije, dejar la negación hará que las cosas resulten más fáciles.

Él se sentó frente a ella con aire desafiante. De hecho, los dos.

-Dímelo.

-¿Estás preparada para escucharlo?

-¿Ahora eres tú quien anda con rodeos?

Se rió y se acercó a ella. Extendió su mano para acariciarle el cuello. Cuando lo hizo, Alissa se estremeció. Algo dentro de ella le hacía querer renunciar a todo. Dejar su vida como era para entregarse a él. No sabía qué fuerza desprendía de su cuerpo para producirle tales sentimientos.

-Soy un vampiro, Alissa. Uno con unas ganas inmensas de poseerte ya mismo.

Siguió susurrándole con lentitud.

-He sentido esto desde que te vi la primera vez. Con ese vestido rojo... Sí. Lo recuerdo muy bien. Recuerdo cada detalle como si lo estuviera viviendo ahora.

Sacó su lengua para lamerle el cuello. Alissa cerró los ojos y apretó los puños.

-No tienes por qué sentir miedo... No haré nada que no quieras.

-Lo quiero...

Su boca dejó salir esas palabras que para Kilian tenían todo el sentido del mundo. Era claro que ella también quería lo mismo.

-Dime qué quieres.

-Quiero que me hagas tuya.

A ese punto, ella estaba en una especie de trance que la hacía hablar de esa manera. Kilian sacaba de ella ese instinto animal que vivía dentro de su cuerpo. Era imposible reprimir todo aquello.

-Esas palabras pueden ser peligrosas, Alissa. Debes estar consciente de las consecuencias que puedan tener.

-Estoy segura.

Le respondió con un fuego en los ojos. Entonces Kilian la alzó entre sus brazos como si pesara nada. De esta manera, sus manos sostenían su cintura mientras que ella rodeaba su torso con sus piernas. Comenzaron a besarse apasionadamente hasta que él la llevó hacia la habitación. Subió las escaleras y se encontraron con espacio bastante amplio. Alissa ya estaba familiarizada con el lugar.

Él la acostó sobre la cama mientras seguía besándola. Su lengua se sentía provocadora y dominante. Las manos de él se pasearon por todo su cuerpo hasta que empezó a desvestirla. Se deshizo lentamente de los jeans, de la camiseta y la chupa. Le quitó todos los obstáculos posibles hasta que finalmente la vio desnuda.

Se echó un poco para atrás para verla mejor. Esa cintura divina, esas caderas, las piernas y los pechos con esos pezones duros, erectos. La excitación fue tal que no pudo ocultar aquellos colmillos filosos. Entonces, volvió hacia a ella para lamer cada rincón de su cuerpo.

Ella, tendida, estaba entregada al placer que le proporcionaba Kilian. Sintió su lengua chupando sus pezones así como sus dientes que mordían un poco para hacerla gemir. Siguió bajando hasta encontrarse con el coño húmedo y caliente de ella. Suavemente, acarició el clítoris hasta que escuchó esos quejidos exquisitos producto a esa estimulación.

Mientras lo hacía, observó la humedad de esos fluidos que empapaban los labios gruesos de la vagina. Incluso el olor le hacía recordar a los duraznos

maduros. Fue entonces cuando sintió la boca agua por lo que llevó sus labios hasta su entrepierna. El primer roce le hizo devorarla como nunca.

Sus manos fueron directamente a sus muslos para sostenerse de ellos al mismo tiempo que la chupaba con violencia. El sabor de ese coño le hizo casi delirar.

Unas veces introducía su lengua para penetrarla con ella, otras lo hacía al mismo tiempo que su pulgar estimulaba su clítoris. La electricidad que sentía Alissa le hacía cosquillas desde la planta de los pies hasta la cabeza. Recorría su cuerpo por entero.

Siguió comiéndola hasta escuchar los gritos de ella. Supuso que estaba a punto de llegar al orgasmo por lo que se detuvo.

-Todavía no.

La besó para que ella también se saboreara.

-Eres deliciosa.

De repente se detuvo y se levantó para desvestirse. Ella aprovechó el momento para ver ese cuerpo que le llevaba a la perdición. Poco a poco, al quedar de lado la ropa oscura y sombría de Kilian, quedó al desnudo una figura que resultó ser todo un deleite. Un torso con los abdominales marcados, los muslos y piernas fuertes así como los brazos, la espalda ancha y formada.

Los pectorales también ejercitados y en las manos era posible ver las venas brotadas. El cabello negro ondulado con algunos hilos plateados, parecía brillar. Sus ojos azules la miraban de arriba abajo. La piel de Kilian era blanca, blanquísima. Ella no podía dejar de admirarlo. Era un hombre increíblemente guapo.

Él volvió a reunirse con ella. Sus manos se posaron sobre sus pechos y su boca sobre el cuello. Estaba segura que en cualquier momento la mordería. Ansiaba el dolor penetrante. Kilian, sin embargo, como si leyera sus pensamientos, optó por rozar sus dientes sobre ella. Incluso en algunas partes logró hacerle pequeños cortes de los cuales brotaban unas cuantas gotas de sangre.

Se repitió a sí mismo que debía esperar un poco más, así que se acercó a su rostro y la tomó por la nuca.

-Arrodíllate.

Ella quedó frente a su gran pene. La sonrisa de él le hizo entender lo que tenía que hacer, entonces, sintió el contacto de su lengua sobre su miembro. Suave al principio, para saborear cada parte de él. Luego de hacerlo de arriba hacia abajo, lo tomó entre sus manos y lo introdujo por completo en la boca.

Él la ayudó al apoyar su mano sobre la cabeza. Hizo que fuera tan profundo como pudiera. Alissa se ahogó un poco al principio, hasta hizo unas cuantas arcadas, aun así, continuó dándole placer.

Kilian cerró los ojos para concentrarse en las sensaciones que esa boca sensual le proporcionada. Cuando podía, abría los ojos para encontrarse con la imagen de los labios carnosos que lo devoraban. Los ojos negros se concentraban en los suyos, ella le hacía ver que estaba entregada a sus deseos.

Hizo que se detuviera para penetrarla. Deseaba tanto penetrarla que ni siquiera podía pensar. Se sentó al borde de la cama e hizo que ella se sentara sobre él. El pene, duro como una roca, estaba completamente erecto y a la espera de ese coño tan exquisito.

Antes, con los dedos índice y medio, acarició la vulva. Le gustaba saber que estaba aún más mojada de lo que recordaba. La masturbó un poco mientras la tomaba del cuello.

-Así es. Mírame.

Ella no decía nada. No podía. Su voz era prisionera de ese placer indescriptible por lo que no le quedó más remedio que subyugarse por completo.

Kilian, al encontrarse satisfecho, se sostuvo de la cintura de Alissa y la acercó de manera que ella sólo debía acomodarse sobre su pene. Descendió poco a poco hasta que sintió una fuerte presión dentro de ella. Efectivamente era un pene muy grueso.

Él conquistó su carne al poseerla así. Apoyó sus piernas sobre la cama y sus manos y brazos sobre esos hombros de acero. Sus rostros quedaron cerca, muy cerca. Ella al principio le costó moverse un poco, sentía un poco de dolor hasta que encontró el punto justo en donde comenzó a sentir placer. Así que automáticamente sus caderas hicieron un movimiento suave y lento.

De esta manera y gracias al roce, sus carnes calientes parecían abrasarse mutuamente. Alissa dejó la timidez y aumentó el ritmo y la velocidad. El choque de su pelvis sobre la de él, esas embestidas violentas hicieron que

Kilian marcara las manos sobre las caderas de ella, como queriendo pasar el límite de la piel.

El deseo se volvió tan intenso que en la habitación había un ambiente denso. Los dos estaban sincronizándose en un movimiento que los fundía en un solo ser.

En ese momento, Kilian se sintió vivo, realmente vivo. Su cuerpo generalmente frío, se volvió cálido gracias al contacto de Alissa y por supuesto debido a lo que ella le producía.

Se miraban de frente, se volvían cómplices de la lujuria que transmitía el uno y el otro. Ella acercó sus labios a los de él para besarlo. Lo hacían con pasión, con desesperación.

Cambiaron de posición. Ella quedó sobre la cama, tendida, mientras lo esperaba.

-¿Confías en mí?

-Sí.

-Espera un momento.

No dudó en responder porque ciertamente se sentía así. Entonces lo vio emerger de la oscuridad con un par de cuerdas. Extendió sus brazos y ató las muñecas a los postes de la cama.

-Avísame si estás bien o incómoda.

-Estoy bien.

Siguió atándola hasta que sus extremidades quedaron extendidas. Ella estaba sonrojada por el placer, lo llamaba con la mirada. Kilian se arrastró sobre su cuerpo, besándola, adorándola.

-Cierra los ojos.

Ella lo hizo y volvió a experimentar la humedad de su lengua sobre varias partes de su cuello. También chupaba con fuerza.

-Quiero que quedes marcada por mí.

-Sí... Sí, señor.

Esa última palabra le produjo una emoción tan grande que pensó que el pecho comenzó a sentirse increíblemente acelerado. En ese instante, sus ojos azules

se volvieron rojos y los colmillos se alargaron aún más.

Alissa reconoció esos gruñidos debido a la transformación de ese amante insaciable.

-Hazlo... Hazlo, por favor.

Por un lado tenía miedo a dejar atrás su propio ser pero también recordó que se había prometido haría lo posible de resolver el caso que le había devanado los sesos. Por ella y por el departamento. Por su jefe, por su trabajo.

Le mostró el cuello esperando ansiosamente el dolor que vendría con él. Se sostuvo de las cuerdas y sintió el cálido aliento de Kilian.

-Serás mía por el resto de la eternidad.

Él abrió bien la boca y finalmente la mordió. Un fuerte grito se hizo eco dentro de la habitación hasta que quedó ahogado por las succiones de Kilian. Esa sangre resultó ser alimento de dioses.

La vida iba diluyéndose a medida que él estaba allí, en su cuello. Alissa mantuvo los ojos cerrados y en ese éxtasis de dolor y placer, se recordó a sí misma siendo niña, recordó el día en que entró a la academia y hasta el momento en que cruzó miradas con Kilian. Allí comprendió el sentido de su vida.

El rosado de su piel desapareció para dar paso a esa misma palidez del cuerpo de Kilian. Sus ojos negros se tornaron azules y el cabello, completamente gris. Él se levantó con una sonrisa para morder su muñeca.

-Ahora tienes que beber de mí.

Le extendió su brazo y ella desesperada comenzó a beber. Era una sed como nunca había sentido. Era nuevo, muy nuevo. Kilian gimió un poco de dolor hasta que ella se encontró satisfecha. Al terminar, Alissa se transformó en un vampiro.

Luego de esto, él volvió a tomarle del cuello para apretarlo con fuerza. Ella sintió cómo el aire se le escapaba de los pulmones pero no tuvo miedo de morir. Ya no era necesario.

Ambos, con los labios mojados por la sangre, unieron sus labios para besarse y saborearse una vez más.

Kilian se acomodó para volver a follarla. La penetró con tal fuerza que a ella



le temblaron las piernas. Él comenzó a moverse con el único objetivo de llegar más y más profundo entre sus carnes. Los dos estaban fundidos en el placer por lo que no faltó demasiado en que tuvieran el orgasmo al mismo tiempo.

-Ven... Llega conmigo.

Ella se mordió los labios y allí sintió el filo de sus nuevos colmillos. Sintió una energía vigorizante que le recorría el cuerpo. Los dos gimieron con intensidad hasta que el extrajo su pene para eyacular en ese torso exquisito y ella, por otro lado, expulsara los líquidos de vulva. Lo hicieron al mismo tiempo.

La fuerza de ese orgasmo hizo que Alissa se cayera inconsciente. Kilian, al recobrar el aliento, la observó. Le acarició el rostro y se levantó rápidamente. Fue al baño y buscó algunas toallas para limpiarla a la vez que la desamarraba.

Las muñecas estaba marcadas por las cuerdas y su cuerpo daba muestra de las mordidas y lamidas. Él se sintió el conquistador de esa piel que tanto lo trastorno la primera vez.

De regreso, se miró en el espejo y esa sangre de ella, la misma que recorría su cuerpo, lo hizo sentir más poderoso que nunca. ¿Qué querría decir eso?

Se lavó la cara y se reunió con ella. Mientras se acostaba, miró el reloj. Aún había tiempo antes de que llegara el amanecer.

## VIII

Alissa despertó un poco mareada. Se incorporó y enfocó sus ojos. Kilian tenía entre sus manos lo que parecía una copa.

-Bébelo.

-¿Qué es?

-Tu nuevo alimento.

Ella tomó la copa y bebió. Sus pupilas se dilataron y una sensación de bienestar le invadió el cuerpo. Sonrió mientras sus sentidos danzaban al ritmo del éxtasis de la sangre.

-Esto... Esto es delicioso.

-Lo es.

Relamió los labios.

-Quiero un poco más.

-No. Es más que suficiente. –Dejó la copa en una mesa para luego ponerse muy serio- Esto es lo que debes beber siempre. Sangre pura. De lo contrario te sentirás débil y cansada.

-¿Sangre pura?

-Sí. Tus sentidos, a medida que se agudicen, sabrán detectarlo, incluso hasta saber la cantidad exacta que tu cuerpo necesita. Más de eso, terminarás como los humanos adictos a las drogas.

Alissa cobró consciencia de su nueva naturaleza. Extendió sus brazos y los vio increíblemente pálidos. Se levantó y fue hacia el baño para verse mejor. El cabello negro ahora era gris, el cambio se extendió hasta sus ojos; un azul claro casi glacial. Parecía una persona completamente diferente... De alguna manera así era.

Tocó su rostro y por fin entendió lo que era ahora y la misión que debía seguir. Kilian se acercó para quedar tras ella.

-Si somos vampiros. ¿Cómo es posible vernos?

-Eso es un invento producto del mito hecho por los humanos. De hecho,

podemos vernos en cualquier superficie reflectante.

-¿Todos cambian cuando son mordidos?

-Sí. Aunque esos cambios varían en unos y otros. En tu caso fue el cabello y los ojos. Algunos permanecen igual. Es, digamos, cuestión de lotería.

Se acercó a ella y la miró todavía insegura.

-Tienes un poder muy grande entre tus manos. Poco a poco te darás cuenta que serás capaz de cosas que jamás habrías soñado. Pero tienes que tener presente que debes tener paciencia contigo misma. Es un proceso que tomará tiempo.

-Entiendo.

-Estaré contigo pero eso también implica otra cosa, Alissa.

-Estoy entregada a ti.

-Lo sé, pero me gustaría que tuvieras algo que te recordara eso.

Acarició su cuello y le puso un collar de cuero negro fino.

-Esto representa que eres mía y sólo mía; y que yo soy tu dueño. Como tal, te enseñaré todo lo que sé de este mundo y más.

Luego de colocárselo, ella lo acarició con un par de dedos.

-Así será, señor.

-Me gusta que aprendas rápido. Ahora, hay algo importante y que de verdad no es un invento. Los rayos del sol es nuestro enemigo. Debemos evitarlo tanto como sea posible. Asegúrate que cada abertura quede cubierta mientras descansas. De lo contrario, morirás. ¿Entendiste?

-Sí.

-¿Recuerdas que me preguntaste si tener tantas ventanas no era peligroso? Bien. Ven conmigo.

Le tomó la mano y descendieron lentamente. La luz de la luna era brillante y hermosa.

-Esta noche está espléndida.

Siguieron caminando hasta que se encontraron con una pared de concreto. Kilian rozó suavemente sus dedos y se abrió un compartimiento.

-Es por aquí.

Todo estaba muy oscuro, sin embargo, ella podía ver como si estuviera en pleno día. Caminó junto a él hasta que se detuvo. Encendió una luz y vio un ataúd. Aquella imagen le causó un impacto muy grande, tanto que se echó para atrás. Le parecía imposible de creer que todo aquello que había leído sobre los vampiros en los libros y en las páginas de fanáticos en Wikipedia, resultara verdad.

Él se acercó a ese cajón negro brillante y lo abrió.

-Como verás, es completamente hermético.

-¿Qué hay de la habitación?

-Tiene un sistema de seguridad que permite que la luz no pase por ningún espacio. Sin embargo, a veces vengo aquí.

Ella se acercó tímidamente.

-Esto es impresionante.

-No quiere decir que tengas que tener uno. De hecho, muchos creen que las urnas son una cuestión pasada de moda pero, al menos para mí, es una especie de hábito que se me hace difícil olvidar. –Luego se giró hacia ella- Pero sí es importante que recuerdes tener un lugar seguro para ti.

-Vale.

Kilian miró un reloj que estaba cerca.

-Como soy un buen maestro, te dejaré que duermas aquí. Me interesa saber si serás de esos vampiros de la vieja escuela o más bien parte de los modernos. ¿Qué dices?

Él sonreía como si todo se tratara de un juego. Era evidente que le resultaba divertida toda la situación.

Alissa dio una mirada que denotaba inseguridad. Hacía pocas horas, su vida se había regido bajo las costumbres humanas: dormir en una cama, desayunar, pelear con la gente que toma el tren, sentir el corazón acelerado por un beso. Ahora ella se encontraba en una situación en donde todo le resultaba sumamente diferente. No sabía cómo actuar. Él permaneció a un lado, esperando alguna respuesta de ella.

-¿Lo harás?

Un impulso la hizo aceptar el desafío.

-Sí.

-Bien.

Kilian tomó un paso al frente y abrió el ataúd. La imagen que tenía por fuera era un reflejo de lo que había dentro. Una tela similar al terciopelo, cubría todo el interior. Si se miraba más de cerca, era posible observar una serie de dispositivos modernos.

-Esto que ves aquí es un regulador de oxígeno. Sin importar qué tan profundo estés, recibirás una excelente calidad de aire. Mira esto... -Ella acercó su rostro a lo que parecía un pequeño botón insignificante- Pensarás que no tiene importancia pero es quizás lo más importante de esta belleza ya que avisa cuándo es el mejor momento para salir. Estarás protegida de los rayos del sol.

Acarició la superficie con sumo cuidado.

-Para mí esto es importante porque perdí un amigo a causa de ello. Aprenderás con el tiempo que tú misma eres un bien que debes proteger a toda costa.

-Vale.

-Bueno, es mejor que vayamos a descansar. ¿Estás segura?

-Sí.

No esperó a que él la guiara hasta el interior, lo hizo por sí misma. Se acostó con lentitud hasta que se sintió cómoda. Aquella textura aterciopelada, la sintió como una caricia en la piel. Sus párpados se sintieron de repente muy pesados. Cuando comenzó a cerrarlos, escuchó el sonido de los pájaros que anunciaban el nacimiento del día.

-Estaré pendiente de ti.

-Gracias... Amo.

Se quedó dormida al instante por lo que Kilian cerró el sarcófago para que pudiera dormir en paz.

El "Amo" lo hizo sentir que no sólo se había convertido en su Dominante, en el hombre que le había hecho suya, sino también en el mentor que debía guiarla en el nuevo mundo que se presentaba. Recordó a su amigo Lucius y en la actitud paciente con él.

Subió las escaleras con rapidez, cerró la puerta de la habitación y tomó un control remoto que le ayudó a manejar las cortinas de los grandes ventanales.

Todo quedó en penumbras de inmediato. Encendió un sistema de alarmas y una pequeña cámara reflejó las grabaciones de aquel cuarto oscuro en donde se encontraba Alissa. La tapa estaba aún cerrada, quería decir que el sueño era profundo.

Kilian sonrió y se acostó en la ancha cama, aunque no tardó en añorar la presencia de ella, supo en su interior que era necesario que Alissa no tardara en familiarizarse con las sensaciones como vampiro. La imagen de su rostro confundido, le evocó el suyo cuando aún estaba experimentando el meollo de su ser inmortal. Aunque quería seguir, el cansancio terminó por hacerle dormir profundamente.

El sutil pitido hizo eco en el interior del ataúd. Los ojos de Alissa se abrieron lentamente hasta que se encontró con la penumbra de la tela negra. Por un instante, sintió pánico y comenzó a forzar la tapa para poder salir. Al darse cuenta que debía girar una pequeña manija, se tranquiló un poco y pudo salir.

Se puso de pie entre aturdida y confundida. Dio unos cuantos pasos y salió de la caja. Se aventuró a salir de la habitación, pasar por el pasadizo hasta que encontró este completamente abierto. Kilian se le anticipó.

Salió y se encontró con que era de noche. Miró hacia arriba y subió las escaleras. Olvidó que todavía estaba completamente desnuda.

Encontró la habitación vacía. Cuando se dispuso a encontrar sus cosas, un trozo de papel con su nombre estaba sobre la cama.

*“He salido. Creo que no tendrás hambre pero, cuando eso suceda, ya sabrás en dónde buscar alimento. Sólo debes confiar en tu instinto. Otra cosa, aquí está el número de un taxi, llámalo para que te lleve a casa. Nos veremos pronto. K.”*

Alissa dobló el papel y lo dejó sobre una mesa. Pensó que sería buen momento para tomarse un baño. Tras unos minutos, ella salió renovada. Se miró de nuevo en el gran espejo y le pareció gracioso que pudiera verse. También reconoció que ahora su estatus había cambiado por lo que debía aprovechar sus nuevas habilidades para dismantelar el negocio de Kilian.

Después de mirarse la piel, el rostro y el cabello, se dio cuenta que todavía tenía el collar que le había dado. Un recordatorio que se debía a él incondicionalmente, por lo tanto tenía que andar con cuidado si quería llevar esa doble vida.

Salió para comenzar a vestirse. Encontró los jeans, la camiseta blanca y la chupa de jean. Luego de recoger el resto de sus cosas, bajó las escaleras. Decidió que iría caminando a su casa.

Aunque la sola idea parecería una locura para cualquiera, Alissa quiso saber qué tan cierto era aquello de sus poderes. A medida que avanzaba, se sentía con más energía y hasta con ganas de volar... Sí, volar.

Aquella idea le pareció una locura a pesar que no la sentía imposible de lograr. Aunque era tentador, recordó que, gracias a la agudeza de sus sentidos, ahora tendría la oportunidad de usarlos a favor del caso.

Llegó finalmente hasta una parada de autobús. Aprovechó que esta se encontraba completamente desierta y se sentó en el banco. Pensó en los avances que tuvo el caso hasta el día en que la atacaron. Si bien la discoteca era el punto central, Kilian también tenía otros negocios con el fin de lavar el dinero de las drogas.

Incluso una de las pistas más importantes del caso, se trataba de una libreta negra en donde se encontraban anotados los contactos de Kilian. Este más el registro de las cuentas, eran las piezas claves y, por lo tanto, debía hacer lo posible para dar con el lugar en donde se encontraban.

Justo en ese momento, se detuvo un autobús que pasaba por el centro de la ciudad. Esta sería una oportunidad de oro.

Al subirse, se sentó en el último puesto. Miró por la ventana y enseguida percibió diferentes olores y esencias de quienes compartían el espacio con ella. Algunos desprendían un aroma agradable por lo que sintió cómo sus colmillos se asomaron violentamente. Trató de reprimir ese instinto animal, ahora tenía que lidiar con esto nuevo que se presentaba.

Cerró los ojos y volvió a concentrarse en lo que debía encontrar. Debía permanecer así, tranquila y enfocada. Ansió por primera vez las palabras de Kilian. Todo esto le resultó confuso e innecesario. Era demasiado por procesar.

Apenas divisó el parque central, se bajó con rapidez. Aunque debía caminar un poco, estaba aliviada. Los espacios abiertos le daban más oportunidad de manejar los impulsos.

Tomó un atajo hasta que se encontró con el resplandor de las luces de neón sobre la discoteca. La larga fila de chicos y chicas ansiosos por bailar (o

drogarse), trataban de mantener el calor ante la noche fría. Para su sorpresa, para Alissa era un detalle que no le preocupaba.

Se escondió entonces entre las sombras hasta que reconoció a uno de los administradores de Kilian, el mismo que hablaba con él aquella noche. Se acercó con cuidado, tratando de que no se percatara de su presencia.

-... Ajá. Sí. Mañana recibiremos el cargamento para la distribución. Sí. Él ya lo sabe... Vale, vale.

Alissa enfocó los ojos y pudo notar que tenía consigo la ansiada libretita negra. La tenía en una mano mientras que la otra sostenía el móvil. Parecía estar demasiado concentrado en eso. Quizás si pudiera acercarse un poco más... Sólo un poco.

De repente, Kilian salió de la nada.

-¿Qué han dicho?

-Todo estará listo para mañana. ¿Será aquí?

-Sí. Como siempre.

Giró la cabeza a un lado. Alissa tomó esto como una advertencia. Él sabía que lo estaban espiando.

Ella dio unos pasos hacia atrás para procesar todo aquello.

-Todo lo que habíamos supuesto era verdad.

Kilian representaba la principal fuente de distribución de la ciudad. Algo que le resultó espantoso de creer. Al confirmarse esto, pensó que era lógico que algunos se beneficiaran de esto. Políticos, policías, jueces... La red podría ser inmensa, demasiado.

Se dejó caer debido a que se sintió abrumada. Pensó en su jefe y en que debía notificarle lo que habría escuchado. Sin embargo, se miró a sí misma, ya no era la misma persona y sólo pensó en que perdería más tiempo dando explicaciones. Así que se marchó.

Tuvo la tentación de ir al departamento de policía pero, siendo la adicta al trabajo que era, fue a casa ya que allí había cajas y cajas de material que había recolectado del caso.

No tardó demasiado tiempo, a ese paso, no le pareció mala idea aquello de haberse convertido en vampiro. Abrió la puerta del piso, bajó todas las



cortinas y encendió una pequeña lámpara que se encontraba en la habitación. Tomó, además, un montón de carpetas y comenzó a leer rápidamente.

La vista, aguda, ágil, le permitió estudiar todos los nexos en poco tiempo. Llegó a encontrar que, tanto ella como su jefe, sospechaban de varios congresistas y jefes de departamentos quienes podrían estar relacionados directa o indirectamente a Kilian. Se echó para atrás.

-Quizás esto también tenga que ver con Asuntos Internos... Dios mío.

Esto le cayó como un balde de agua fría. Siguió entonces buscando entre sus apuntes y grabaciones. Salió a relucir el nombre de unas de las cabezas de Asuntos Internos. Alissa temió que fuera así, porque sabía que sería una lucha imposible de seguir.

Se levantó y caminó por la habitación. La oscuridad le hizo sentir, de alguna manera, segura, protegida. El dilema se volvió más complejo. El sentido del deber la hacía querer continuar mientras que no sabía qué tan lejos podría llegar. Ella no tenía nada que perder, pero sí el resto de sus compañeros. Había que pensárselo bien.

Mientras seguía cavilando, escuchó el móvil en la lejanía. Quizás se trataba de un algún mensaje de la compañía telefónica.

*“¿En dónde estás? Veámonos”.*

Ella dudó un poco. Era demasiado pronto sobre todo para procesar lo que acababa de descubrir, sin embargo, quizás era un indicio de que debía continuar tanto como pudiera.

*“Dime lugar”.*

Dejó el móvil en una mesa, volvió a tomar un baño y a cambiarse de ropa. Esta vez optó por un look un poco menos agresivo pero igual de práctico. Jeans de corte alto, una blusa que dejaba el hombro al descubierto y un par de tenis. Llevó un bolso con algo de ropa y un abrigo. A pesar de que era primavera, el frío apretaba un poco.

El punto de encuentro sería un restaurante italiano. Le pareció extraña esa propuesta, especialmente, porque los dos no podían comer como el resto. A menos que hubiera algún truco. Estaba dispuesta a saber un poco más.

Miró la pantalla para asegurarse que estaba en el lugar correcto. Google Maps fue tan preciso como pudo. La vocecita de la aplicación insistía:

-Ha llegado a su destino.

Sin embargo estaba frente a una puerta de madera rústica. Nada más. Perdió el miedo y tocó varias veces. Esperó un momento hasta que la recibió Kilian.

-Ven.

Le tomó la mano y entraron en un lugar sólo iluminado por las velas.

-¿Qué es esto?

-Es un restaurante clandestino. Como sabía que estabas por llegar, le dije al encargado que sería yo quien te abriría.

El lugar se veía increíble. Los comensales disfrutaban de un ambiente íntimo y cálido. Era un perfecto contraste con el frío de la noche.

-Esto me parece curioso. ¿No se supone que no podemos comer? Si sabes a lo que me refiero.

-Por supuesto. Bien, es relativo. Si comemos, los efectos serán parecidos a que si bebiéramos sangre corrupta. Aunque puede variar. En algunos casos puede ser peor. Sin embargo, el dueño es vampiro y sabe que nuestros requerimientos son especiales. Es uno de los pocos lugares en donde podemos estar sin problemas.

Se sentaron en una pequeña mesita alejada del resto. Luego, un hombre alto, de cabello muy corto, ojos muy negros y mirada fría se acercó a Kilian. Le susurró unas cuantas palabras y este sólo asintió.

-Ya traen nuestro pedido.

La curiosidad de Alissa se vio saciada cuando se toparon con una especie de trufas.

-Este es uno de los inventos de ese tío. Son impresionantes las cosas que puede hacer.

-Parecen bombones de chocolate.

-Pruébalas.

Tomó una pieza con los dedos y observó con cuidado. Al mirar bien, el color oscuro realmente era rojo intenso. Se lo llevó a la boca y cerró los ojos gracias al placer que captaron sus papilas gustativas.

-Esto... Esto es...

-Sí... Exquisito. Es la cantidad ideal, además.

-¿Puedo comer otra más?

-Seguro. –Respondió él con una sonrisa. –Sólo una más. Recuerda que debes controlar esa ansiedad o si no tomará control de ti y no es lo que quieres.

Un nuevo bocado la volvió a hundir en un placer perfecto. Le pareció increíble el poder y el placer que le provocaba la sangre.

Kilian la observó con cuidado y le preguntó.

-¿Qué tal tu primera noche como vampira? ¿Te gustó dormir en el ataúd?

-Bien, es algo que creo que debería acostumbrarme pero es extraño.

-Es normal que sientas las cosas así. Pero no te preocupes. ¿Qué me dices sobre tus habilidades? ¿Has sentido alguna diferencia?

-Pues, a decir verdad, sí. Siento que puedo escuchar y oler todo. Siento que tardaré en acostumbrarme.

-Como te dije, permítete un poco de paciencia.

-Tienes razón.

La ola de confusión se manifestó cuando se miraron. Él tenía una especie de fuerza que la arrastraba. Por más que quería concentrarse en la misión que tenía por delante, Alissa se le hacía difícil.

-Te he extrañado.

Se acercó hacia ella y le acarició la mejilla.

-¿Qué tal si nos vamos de aquí? Tengo muchas ganas de amarrarte y de darte muchos azotes.

Aquellas palabras dichas con suavidad y lentitud, le produjeron una sensación cálida en la parte baja del cuerpo de Alissa. De nuevo, no pudo resistirse a ese tío que sabía cómo provocarla.

-Vámonos.

Salieron tomados de la mano. A medida que caminaban por la calle, la gente los miraba. Los dos desprendían una sensualidad que actuaba como una especie de imán para los demás.

Se subieron al coche de Kilian y fueron de nuevo a su casa. Él, esta vez, tenía

una sorpresa para ella.

Al llegar, Alissa dejó su abrigo y el bolso para subir luego por las escaleras. Kilian logró acercarse a ella rápidamente y la sostuvo por el cuello.

-Tienes que aprender una chica obediente y entender que soy yo quien dar las órdenes.

Le apretó más el cuello y acercó los labios hacia los de ella. El aliento de él se fundía con el de ella.

-¿Quedó claro?

-Sí, Amo.

-Bien. Ahora ponte en cuatro patas y ponte detrás de mí. Yo te indicaré cuándo seguir y cuándo pararte.

-Sí, Amo.

Alissa se encontró en ese trance que sólo él le producía. Enseguida, sintió el frío de algo metálico en su cuello. Kilian le había colocado una cadena.

-Sígueme.

Tomaron el camino hacia el pasadizo como la noche anterior. Ella gateaba lentamente hasta que se detuvo en una puerta. Él la empujó lentamente hasta que entraron en otra habitación. Resultó ser una especie de mazmorra.

Los ojos de Alissa pudieron captar una cruz de San Andrés, una cama en el medio del lugar y un mueble de madera con líneas limpias y rectas. Ella se detuvo puesto que su Amo le haló la cadena.

-Levántate.

Lo hizo con rapidez. Enseguida, sintió las manos rápidas de Kilian que la desvestían. Al final, él se quedó hechizado por la palidez esa piel, los ojos y el cabello gris. Se acercó para besarla suavemente e hizo que se colocara sobre la cama.

-Espera.

Él se retiró por un momento. Se apoyó en el mueble para tomar unas cuerdas de cáñamo. Recordó esas clases intensas de shibari que lo convirtieron en todo un experto.

Así pues volvió hacia ella y comenzó a atarla. Puso el torso sobre la cama,

tomó los brazos y los llevó hacia atrás. Al juntarlos tanto como pudo pero no demasiado, comenzó a atarlos para que permanecieran en esa misma posición.

Al terminar allí, observó esas piernas gruesas. Las acarició un poco, incluso las arañó hasta que salió un poco de sangre de esas heridas. Se relamió la boca y rozó la punta de la lengua esas marcas. Esa dulzura le hizo cerrar los ojos y potenciar el deseo por poseerla. Continuó con la faena al separar un poco las piernas y doblarlas un poco, de manera que sus pies apuntaran a la cabeza de ella. Ató entonces los muslos con las piernas hasta que quedaron inmovilizadas.

Durante todo el proceso, Alissa sintió que no podía más. El roce de las cuerdas sobre su piel, lo ajustados que quedaron sobre su cuerpo y la sensación de que no podía escapar, le dieron suficientes pretextos para que le suplicara a Kilian.

-Por favor, Amo. Poséame.

-Espera, espera...

Apenas terminó, Kilian sintió cómo se endurecía su pene. Comenzó a lanzar las prendas de ropa mientras veía el resultado final: su amante atada, incapaz de moverse y ese coño húmedo que se le invitaba a ser penetrado.

Estuvo un rato mirándola, hasta llegó a masturbarse con esa imagen frente a él. Entonces se acercó a ella y rozó sus dedos sobre la vagina. Los labios gruesos, el clítoris rojo y encendido por el deseo. Esas texturas deliciosas que lo hacían querer quedarse allí, morir allí.

La masajeó un poco y notó algunos de los temblores que hacía cuando era sometida a este tipo de placer. Lo hizo entonces más fuerte, más contundente para enloquecerla.

Dejó de masturbarla y llevó sus dedos a la boca. Ese sabor, ese olor. Una combinación que podía volver adicto a cualquiera.

Esperó un poco más antes de meterlo. Le agradaba esa sensación de expectativa que le generaba antes de hacerlo, ese momento justo que ayudaba a determinar las sensaciones que vendrían después.

Kilian dejó el rodeo, eventualmente. Empujó su pene dentro de ella con una fuerza tal que la hizo gritar por largo rato. Ese primer chillido fue suficiente estímulo para penetrarla con un ritmo más constante y violento. Para lograrlo,

además, apoyó las manos sobre los amarres de los brazos. Respiró profundo y dio un largo empujo, como queriendo llegar más profundamente.

Alissa estaba de por sí en otra dimensión. El calor del cuerpo de Kilian, ese mismo que se transmitía al suyo le parecía incomprensible sobre todo cuando los dos habían dejado la condición de vivos. Aun así, hay cosas que simplemente no se pueden explicar.

Continuó follándola, montándola como un macho hasta que sintió una pequeña presión en la pelvis. Debía parar o disminuir la intensidad. Aunque Kilian prefería la rudeza, también sabía que hacerlo lento le daba gran satisfacción, así que decidió penetrarla de esta manera.

Cada tanto le halaba un poco el cabello o le tomaba por el cuello. Incluso, pensó que era el momento preciso para probar los límites del dolor y el placer.

-Quiero destrozarte la piel. –Le dijo en un tono de voz baja pero grave.

-Sí, Amo. –Respondió ella apenas pudo. Las cuerdas vocales estaban embebidas al compás del sexo que tenían.

Él aumentó un poco la velocidad, lo suficiente para tener un buen ritmo sin cansarse. Al cerrar los ojos, concentró toda la excitación así como las emociones que le producían los escasos encuentros que tenía con ella. Así pues, sus ojos se tornaron rojos y comenzó a tomar un aspecto más bien animal. En ese estado, las venas de sus manos gruesas se marcaron aún más. Las uñas le crecieron hasta terminar en punta.

La transformación quedó completa y con esta el deseo que le había manifestado en un principio a Alissa. Dejó de sostenerse de las cuerdas. Acarició la espalda, pudo ver los relieves de los músculos y de la espina. Esa visión tan perfecta y delicada, terminó cuando colocó las uñas sobre ella. Alissa inmediatamente hizo un quejido de dolor pero no estaba incómoda, quería más.

Afincó primero y luego deslizó las sisas hasta que vio cómo el filo de las mismas, producían pequeños surcos en la piel. Los hilillos de sangre comenzaron a brotar y algunas gotas se dispersaban por la zona.

Con el pene aún dentro de ella, Kilian percibió el olor de la sangre de Alissa, esa misma que le recordaba la lujuria que le producía y la peligrosa adicción que le podría causarle si seguía así.

-Sólo un poco. Sólo un poco más. –Se dijo para sus adentros.

Un lado estaba ya marcado por él, hizo lo mismo con el otro. Ella se retorció pero no podía liberarse. Mientras estaba así, más bien Kilian tuvo la impresión que Alissa se excitaba aún más con ese estímulo.

Al final, el lomo de su esclava estaba marcado por la ferocidad de su ser. Volvió a tomar el control de la penetración en las cuerdas de las manos y brazos. Hacía todo tipo de embestidas. Rápidas. Suaves. Profundas. Intensas. Le gustaba intercalarlas porque encontraba en la variación una forma de tortura interesante.

Alissa no paraba de gemir, así que Kilian le pareció que sería buena oportunidad el dejar de follarla y beber de sus fluidos.

Acercó sus labios para sentir el calor de la entrada. La humedad exquisita, los labios gruesos. Ella, en definitiva, era su perdición. Separó un poco las nalgas para tener suficiente espacio para lamerla. Enterró la cabeza en el interior y llevó la lengua en el interior del coño para penetrarla. Sus manos se enterraban sobre la piel haciendo que sus dedos se marcaran en ella. Tal como él lo quería.

No sólo le parecía placentero en probar sus jugos sino también las sensaciones que le generaba. Siguió penetrándola con la lengua hasta que se volvió a incorporar. Quería hacer un cambio de planes.

Desató sus piernas pero no sus brazos. La tomó con fuerza del cabello y la acercó hasta la cruz de San Andrés. Alissa apoyó los pies sobre unos soportes de madera lo cual le permitió tener un poco más equilibrio. Kilian le ató los tobillos hacia la cruz y pasó una cinta de cuero sobre el torso de ella para inmovilizarla y también para evitar que se cayera. Luego de encontrar el ajuste perfecto, se alejó de nuevo para buscar un látigo.

Ella lo esperó ansiosamente y lo miró con el azote que tenía en la mano. Tenía varias tiras de cuero desgastado, incluso algunas tenían pequeñas puntas de metal.

-Esta es una preciosidad que encontré en uno de mis viajes por el mundo. Hey, no pongas esa cara, tienes que recordar que ahora tu aguante al dolor es muy diferente a cuando eras humana. Créeme que lo disfrutarás muchísimo.

A pesar de estas palabras, Kilian estaba muy al tanto con respecto a las reacciones de Alissa. Si bien quería producirle dolor, también quería que ella

descubriera otro aspecto del placer.

Se acercó hacia uno de sus oídos y le dijo:

-Vamos a divertirnos en serio.

-Sí, Amo.

-Cierra los ojos y sólo concéntrate en sentir.

Ella asintió y esperó. El primer impacto, la hizo estremecerse. No pudo gritar porque la ola de sensaciones que tuvo le impidió que se manifestara siquiera algo. Las piernas comenzaron a temblar.

Kilian continuó azotándola. Desde los muslos hasta el torso. Se quedó maravillado por cómo esas puntitas de metal habían roto algunas partes de ella. Los gritos se entremezclaban con los gemidos que él hacía cada vez que la castigaba de esa manera. Experimento un poder impresionante, potente, uno que no había experimentado en mucho tiempo.

Soltó de repente el látigo y sus dedos comenzaron a rozar las heridas abiertas de Alissa. La sangre brotaba profusamente en unas y otras lo que para Kilian representaba una especie de festín.

Internamente, Alissa le dio la razón a él. A pesar de la intensidad de los latigazos, de las puntas de metal, incluso del sonido que llegaba a percibir debido a los impactos, ella no sintió un dolor insoportable.

De hecho, lo encontró muy placentero y excitante. Además, se sorprendió de encontrarse a sí misma tan dispuesta y sumisa. Sobre todo una mujer que estuvo acostumbrada a contenerse a sí misma y a no permitir que sus emociones tomaran el control. Esto, sin duda, era un terreno inexplorado.

Él permaneció quieto durante un momento. Increíblemente, tanto las manos como las muñecas le dolían. Había trabajado arduamente. Sin embargo, ya quería cambiar a otro plan.

Le quitó los amarres de cuero en los tobillos y torso para que ella quedara libre otra vez. Igualmente, deshizo las cuerdas que limitaban el movimiento de los brazos. Alissa se encontró un poco más cómoda.

Ante esta soltura, Kilian se le acercó:

-Aún no hemos terminado.

Hizo que se acostara sobre la cama y le pidió que extendiera los brazos y



piernas. Verificó que estos estuvieran bien y sin problemas, por lo que volvió a atarlos a unos soportes de metal que tenía en cada esquina. Finalmente, ella quedó extendida sobre la superficie y quedó a la espera de lo próximo que pasaría.

Kilian se acercó a ella con un objeto en forma de huevo. Alissa no supo muy bien de qué se trataba hasta que esto lo posó sobre el clítoris. Efectivamente, resultaba una especie de estimulante.

El huevo tenía varias modalidades de vibración, pero él la llevó hacia un nuevo nivel entre sus límites. Temblaba, se mordía los labios, estaba en un punto que el cualquier momento tendría el éxtasis. Ante la posibilidad, Kilian se adelantó. Retiró el huevo de entre sus partes y comenzó a penetrarla.

Montado sobre ella, sintiendo los jugos sobre su pene, así como el calor, se sentía como el rey del mundo. Posó sus manos sobre ambos pechos mientras se adentraba con fuerza y profundidad. Apretaba los pezones.

Cada tanto la miraba, encontrándose con el fuego de sus ojos, con la súplica de que siguiera haciéndola suya.

Entre todas las cosas que le hizo, quería ahora algo diferente. Entonces desató todo con velocidad. Se acercó hasta su rostro para besarse. Lo hicieron con pasión, mordiéndose y lamiéndose como si fuera la última vez. Luego de hacerlo, luego de que el cuerpo de ella quedara libre de los amarres, Kilian la tomó por la cintura e hizo que se acomodara en cuatro.

Aquellas grandes nalgas, los muslos gruesos, la cintura pequeña, la espalda que hacía una curva sensual, era una imagen digna de admirar. Volvió a acariciarla como para cerciorarse que lo que veía era verdad. Disfrutó cada centímetro de piel.

Al final, tomó las caderas de ella para acomodarse correctamente. Llevó su pene a la abertura de su coño y lo volvió a penetrar. Tan grande y grueso, tan caliente y húmedo. Sus carnes se unieron en un mismo movimiento para acercarlos aún más al éxtasis. En ese punto, Alissa le suplicó:

-Por favor, Amo. Por favor...

-Has sido buena niña, así que... Hazlo.

Ella sostuvo sus manos sobre la cama y finalmente dejó escapar el líquido producto del orgasmo. Kilian, aun adentro, pudo sentir esa explosión. Una

sensación que iba más allá de lo increíble.

Él, por otro lado, tampoco estaba muy lejos de llegar. De hecho eyaculó unos pocos minutos después. Decidió hacerlo sobre la espalda de ella. Las gotas y los hilos gruesos de semen descansaron sobre la piel pálida y perfecta de Alissa. Para terminar con broche de otro, tomó uno de sus dedos para mojarlos con sus líquidos y se lo dio a ella. Justo en los labios. Alissa lo probó y le hizo una sonrisa al finalizar.

Aunque el ser vampiro otorga gran fuerza y vitalidad, aquella sesión sin duda los dejó terriblemente cansados. Apenas hubo tiempo para limpiarse y para acostarse sobre la cama. Tardaron toda la noche y el cuerpo ya les pedía un poco de descanso.

Ella estaba junto a él, mirando el techo y pensando en aquel caso que la había arrastrado a esto. Kilian parecía dormir profundamente. Alissa no podía hacer lo mismo. Le era imposible.

## IX

Luego de aquel encuentro, Kilian tuvo que ausentarse de la ciudad. Alissa aprovechó el tiempo para continuar con la investigación y así seguir de cerca al administrador. Con el paso de los días, no podía dejar de pensar en aquella libretita negra que parecía aparecérsele en sueños.

Una noche, estuvo determinada a buscarla. Justo cuando salía de casa, recibió una llamada telefónica.

-¿Aló?

-Hola, Alissa. Tengo un tiempo sin saber de ti y quería saber cómo estabas.

Su jefe tenía un ligero cambio en la voz, algo que le resultó incómodo y extraño.

-Eh, bien. Con ciertos jaleos pero bien. ¿Cómo han estado las cosas por el departamento?

-Pues, igual.

-¿No han retomado las operaciones?

-Sólo en un 50%. De resto, Asuntos Internos tiene las narices puestas en nosotros. Se ha hecho imposible continuar con algunos casos.

-¿Qué quieres decir?

-Que es preferible que dejes el asunto de Kilian hasta ese tamaño. Se han realizado un numeroso consumo de recursos, incluyéndote. Creo que es mejor que nos concentremos en otras cosas más productivas.

-¿Acaso esto no es importante? Este hombre tiene cualquier cantidad de vínculos y es necesario detenerlos lo más pronto posible. Si no, será demasiado tarde. Eso lo sabes bien.

-Y como lo sé bien, es que insisto, Alissa. Deja el asunto así. Es una orden directa.

Se echó un poco para atrás. Hasta ese momento, nunca escuchó a Joel decir esas palabras y menos con ese tono. Esta impresionada.

-Está bien.

-Ya he roto el permiso del que hablamos la otra vez. Cuando regreses, todo será borrón y cuenta nueva. Ya verás.

-Sí, por supuesto.

-Bueno, espero que nos veamos pronto. ¿Vale?

-Vale.

Colgó sin ánimos de darle más largas al asunto. Además, aquella conversación le confirmó un mal presentimiento desde el momento en que tomó la decisión de investigar a profundidad. Por más fuerte que fuera, quería pensar que estaba equivocada, por lo tanto, no perdería más tiempo en cavilar. Era momento de tomar acción.

Se acercó sigilosamente hacia el mismo callejón que daba con la discoteca. A diferencia de la primera vez, Alissa ya no tuvo esa sensación de pánico ni de recuerdo amargo. Más bien lo vio como la puerta hacia las respuestas que tanto había buscado.

Durante el tiempo de ausencia de Kilian, Alissa se sumergió tanto como pudo en el mundo de la discoteca. De hecho, confirmó que aquellos recipientes de vidrio con maní de todo tipo, era el escondrijo para los “dulces”. Sólo bastaba para darle una señal al camarero y este servía un mundo de posibilidades y adicciones.

Por si fuera poco, pudo lograr el testimonio de un par de chicas que trabajan allí. Resulta que también había trata de personas. Mientras más hondo iba, más tenebroso se ponía el panorama.

Aunque este era un negocio lucrativo, Kilian dejó eso para concentrarse en las drogas. Se convirtió en el distribuidor principal de la ciudad e incluso había planes para expandir el negocio. Todo sonaba muy bien pero hacía falta una prueba contundente de esto y eso lo tenía el administrador.

Este tío conoció a Kilian cuando era un vagabundo. Por alguna razón, el mafioso vampiro le depositó una enorme confianza. Con el paso del tiempo, descubrió su habilidad para los negocios y lo entrenó para que fuera su mano derecha. El vagabundo ahora era los ojos y oídos de Kilian.

Alissa dedicó su energía en él ya que todo apuntaba hacia sus actividades. Trató de encontrar un punto débil o al menos la ocasión perfecta para arrebatarse el objeto que tan celosamente cuidaba. Sin embargo, ella presentía

que esa noche era la noche de su suerte.

Esperó ansiosamente cerca del callejón, pudo escuchar a través de las gruesas paredes, la serie de discusiones acerca del dinero y la distribución. Llegó a identificar su voz así que agudizó sus sentidos sólo para dar con él.

Lo encontró sentado en la misma silla de cuero de la oficina de Kilian. Esperó un poco más hasta se colocó tras él. El hombre estaba manipulando los libros y anotando compulsivamente hasta que sintió una presencia. Ella le sonrió desde atrás, mostrándole los colmillos. Él se levantó de repente y apenas tuvo tiempo para dar unos cuantos pasos. Alissa ya lo había alcanzado y dado un golpe certero en la cabeza. Este cayó sobre el suelo pesadamente.

-Esto fue más fácil de lo que pensé.

Era así gracias a que estaba alcanzando la madurez de sus poderes. Podía filtrarse en cualquier parte sin que se dieran cuenta. Podía escuchar, oler y ver una gran cantidad de conversaciones y decantar lo importante y lo que no lo era. Se volvió más rápida, más ágil, más fuerte. Sentía su cuerpo y su mente eran un par de armas que la hacían poderosa.

Lo cierto es que salió de la oficina y fue hacia su casa para estudiar con calma lo que tenía entre sus manos. Sabía que en cualquier momento podría aparecer Kilian.

Se sentó en su cama e hizo un gesto de triunfo en los labios. Tenía el libro de contabilidad y la ansiada libreta negra. Fue lo primero que comenzó a leer.

Como lo sabía, había números, notas y recordatorios relacionados a altos mandos del congreso, el senado y hasta la corte suprema. La lista de jueces era infinita y el horror le hizo pensar en el departamento de policía. Confirmó que ciertamente el jefe de Asuntos Internos estaba allí y además marcado con un asterisco. Supuso que se trataría de una persona importante.

Siguió leyendo hasta que un frío le heló la espalda. No podía creer lo que observaban sus ojos. ¿Sería el cansancio?

Repasó dos veces la misma línea. Una, y otra, y otra. Sus dedos comenzaron a temblar y sus ojos comenzaron a llenarse de lágrimas. Se trataba de su jefe, Joel.

Comparó el registro de la libreta negra con el libro contable. Una sensación indescriptible tomó posesión de ella. La organización de Kilian y su jefe

habían trabajado en conjunto desde hacía años. Fue allí cuando ella se dio cuenta de todas las trabas y problemas que tuvo para arrestarlo. Tenía un par de obstáculos que le impedían hacerlo.

Lo más sorprendente de todo es que él se mostró preocupado por ella y por sus compañeros. Por supuesto todo se trató de una treta para hacerle pensar eso. Sólo quería que le entregara la información necesaria para así quitarla del camino.

Se echó sobre la cama y sintió cómo su mundo daba vueltas. La fe que tenía a la organización, los años de servicio, todo, absolutamente todo fue una mentira. Una mentira cruel y despiadada.

Se ahogó en la oscuridad hasta que mandó todo al diablo. Desde que se convirtió en vampiro sabía que renunció a lo que más amaba sólo por el impulso del deber. Ahora sentía una especie de calor en el cuerpo. Una ira descontrolada. Una búsqueda implacable de venganza.

## X

Joel estaba sentado tranquilamente en su escritorio. La sensación de victoria le hacía hacer un gesto burlón en la cara. Sus bolsillos seguían llenándose a todo dar. En el momento en el que cerraba un negocio. Observó que una sombra se formaba frente a él. Por un momento pensó que se trataba del cansancio pero luego aquella masa de tinieblas se transformó en el cuerpo de Alissa.

Se echó para atrás y trató de levantarse. Desenfundó su arma y la apuntó hacia a ella.

-Si sigues, te mato.

Ella no dijo nada. Así que se escuchó un primer balazo. Y otro. Y otro. Luego de ello, lo último que vio Joel fue el brillo de los colmillos de Alissa.

## XI

*“En horas de la mañana, se encontró el cuerpo del jefe del departamento de policía con una soga al cuello y con una serie de pruebas que lo vinculaban al caso de drogas y prostitución en la ciudad. Se estima que estuvo involucrado en los acontecimientos pero que, al parecer, admitió la culpa de sus crímenes. También se han encontrado una serie de nombres que podrían estar vinculados a personajes relevantes de nuestra sociedad”.*

Alissa estaba en la carretera al momento de apagar la radio. A pesar del éxito que había logrado finalmente, el desenlace le dejó una muy amarga sensación.

El tiempo transcurrió con normalidad... Dentro de lo posible. Ella se convirtió el investigador privado y encontró que era un oficio mucho más lucrativo y, además, menos decepcionante.

Viajaba por el país a medida que encontraba nuevas habilidades. Sin embargo, había cosas que no podía entender. Recordaba a Kilian y las cosas que le enseñó. Al pensar en él, tocaba el collar de cuero que aún usaba. No podía desprenderse de él.

Mientras caminaba de noche en un pueblo cualquiera, Alissa olfateó algo que le resultó familiar. Se puso a la defensiva como para prepararse ante un ataque.

-No tienes por qué preocuparte, mujer policía.

Era Kilian.

-Vaya que eres difícil de rastrear.

Ella se quedó impresionada y sin poder decir palabra.

-Dejé al descubierto tu negocio.

-Lo sé. Por eso me fui. Eso iba a pasar en algún momento, aunque no negaré que me causaste muchos problemas.

-No me importa. Yo tuve que renunciar a muchas cosas por este caso.

Él terminó de materializarse en ese hombre alto, atractivo y poderoso. Ella trató de echarse para atrás pero fue imposible. Él tenía algo que la atraía, por más incorrecto que fuera.

-La eternidad te da la oportunidad de empezar de cero cuando quieras.



-¿Es lo que tienes pensado hacer?

-Querrás decir que es lo que haremos los dos.

## *Título 6*

# **Esclava de Fuego**

## *Fantasía Erótica con la Princesa Virgen y el Señor de los Dragones*

### I

- ¡POR FAVOR, POR FAVOR, SEÑOR! SE LO RUEGO. TENGA MISERICORDIA. POR FAVOR. POR FAVOR.

Los lamentos del hombre retumbaron en el gran campo de batalla. Con una pierna fracturada y con su caballo mal herido a su lado, las súplicas fueron su única alternativa. ¿La razón? Estaba rodeada del olor de la muerte. De trozos de cuerpo, de sangre, de agonía. Era así. Por donde se mirara.

Apenas tuvo fuerza para moverse lo suficiente como para tratar de hablar con fuerza. Sobre él, estaban las patas de un enorme caballo negro. Con el resoplido en el hocico y con los globos oculares rojos de ira.

La mirada fría de un par de ojos grises, le hizo sentir que cualquier cosa que le dijera, era inútil. El caballero era el señor de esas tierras y el desafío de invadirlas, requirió pagar el precio. La osadía era un descaro que no pudo pasar por debajo de la mesa. No ante El Padre.

La tierra retumbó sobre el cuerpo del hombre porque el caballero de ojos fríos, bajó de su fiel animal. Acarició su cabeza por un rato, como ignorando la presencia de esa pobre alma que imploraba misericordia.

-Por favor, mi señor. La gente habla que usted es poderoso, que usted es valiente y que sabe el valor de la vida. Usted debe de saberlo porque arriesga la suya cuando va en batalla. Señor...

El Padre dio unos cuantos pasos hasta que su enorme sombra cubrió por

completo la figura disminuida del hombre herido.

-No todas las vidas tienen valor, mi señor.

Él no supo qué decir ante semejante respuesta. En parte porque las palabras hicieron eco en su mente y retumbaron hasta en el último rincón de su cuerpo. Sin embargo, también era porque la presencia de su interlocutor, le resultaba intimidante y más aún cuando lo miró despojarse de su casco.

Al hacerlo, los cabellos de un rojo encendido, se movieron con el viento, luciendo como unas largas e intensas llamadas. Su figura alta, altísima de más de 2 metros, se impuso ante la planicie de lo que fue una vez un escenario de muerte y desesperación.

Dejó el casco en el lomo del caballo y se agachó para hablar con un poco más de cercanía. En esa posición, el hombre pudo admirar con más temor la textura de El Padre. Piernas y muslos enormes, torso firme, brazos de hierro. Una espalda ancha y gruesa. Parecía más una bestia que un hombre.

-Por favor, señor. Me han hablado de su misericordia, de que es capaz de perdonar, que tiene buen corazón.

Él sonrió con ironía.

-¿En serio? ¿Así se refieren a mí? ¿Cómo si fuera una buena persona? Vaya, eso sí que es nuevo.

-Se lo suplico, mi señor. Tengo esposa e hijas. Sólo quiero regresar con ellas.

El Padre extendió su mano cubierta del metal brillante de la armadura para acariciar el mentón del moribundo. Contuvo unas palabras porque le pareció divertido verlo así, humillado.

-No hará falta, mi señor. Ellas lo están esperando en el otro lado.

Se colocó de pie con rapidez y antes de que el hombre pudiera exclamar palabra, el acero caliente de la espada del caballero, cortó su cabeza limpiamente. El aire se cargó del olor metálico de la sangre. Al fondo, el sonido de las aves en el cielo.

-Hoy fue un buen día.

A cientos kilómetros de allí, un monarca de un reino próspero y libre, miró con preocupación una correspondencia que se le entregó horas antes. En pocas palabras, una gran amenaza se acercaba a pasos agigantados.

En vista de la situación, se levantó de la silla y dio unos cuantos pasos por el estudio. El único espacio en que se permitía estar lejos de la guardia real. La verdad, era que no sabía qué hacer. Se llevó las manos en la cabeza y siguió preguntándose cuál era la mejor solución. Sin embargo, era algo difícil de decir.

Temía por sí mismo y por su gente.

## II

-Mi señora, no puede permanecer demasiado tiempo aquí. Es peligroso para usted.

-Venga, Eleonora. No pasa nada. He venido para aquí infinidad de veces. Aquí ya me conocen.

-Por eso se lo digo. Aquí saben que usted es la princesa y podrían hacerle daño.

-Confía un poco en la gente, Eleonora. No todos son tan malos como crees.

Helena caminó por la calles del bazar sin preocupación alguna. Fue de aquí para allá, comprando, mirando y riendo. Era lo que más le gustaba hacer durante los días que tenía tiempo para bajar al pueblo. El conocer a la gente, el de saber cómo vivían.

Desde niña siempre fue así. Al principio, sus padres la sometieron a un régimen estricto de vigilancia debido a que se escapa demasiadas veces. Sin embargo, llegó el punto en que se rindieron y optaron dejarla pasearse entre la gente como quisiera.

Así llegó a volverse tan familiar como una más del montón. Esa identidad de mujer común y corriente le daba una agradable sensación de que por lo menos algunas horas, podría pretender que era alguien más.

Por otro lado, hubo un hecho que no se dejaba escapar del ojo público. Era innegable su belleza. Era alta, de tez blanca y ojos verdes. Su cabello, largo y dorado, siempre estaba arreglado con trenzas porque le gustaba la sensación de libertad que le daba. La nariz recta y los labios finos, una cintura pequeña y un andar dulce que la hacía ver como si flotara sobre el suelo. Su imagen era impactante para quien la viera.

Su personalidad dulce también resaltaba por su carácter fuerte. No temía ser sincera ni decir las cosas de frente. Fue por ello que más de una vez se metió en problemas con su padre. A pesar de eso, el rey la consideraba su más preciado tesoro así que trataba de cuidarla y protegerla tanto como podía.

Mientras seguía hablando con su dama de compañía, la guardia real se abrió paso en el medio del camino. La gente los miró pasar impresionada pero sólo

por unos segundos. Al poco tiempo, recobraron la cotidianeidad, sin embargo, Helena tuvo el presentimiento de que algo había pasado. En contadas ocasiones, ellos actuaban con premura. Aquello era un mal augurio.

-Mi señora, mejor vámonos. Ya se está haciendo de noche y no es seguro.

-Está bien, está bien.

Recogió su cesto y se encaminaron al castillo. El paseo le resultó agradable y desde ese momento, comenzó a planificar el próximo día.

-Quizás una caminata, quizás una cabalgata por el bosque. Sí, no es mala idea.  
-Se dijo a sí misma mientras sonría para sus adentros.

Al llegar al castillo, se encontró con lo mismo de siempre. Los sirvientes caminando de un lado para el otro, lo cual daban una sensación de bullicio que le animaba. Así no sentía que el gran castillo era un lugar vacío o triste.

Subió las amplias escaleras y entró a su habitación la cual ya estaba comenzando a oscurecerse. Dejó el cesto sobre la cama, buscó varias velas y las encendió. Se sentó y comenzó a revisar lo que tenía entre las cosas que había comprado.

Unas cuantas manzanas y un pañuelo de seda. Tocó la tela y cerró los ojos. Era tan suave, tan delicada que temió romperla. La dobló delicadamente y la colocó sobre una mesita de noche que tenía allí.

Suspiró y luego se echó sobre la cama. Sabía que dentro de poco la llamarían para cenar pero al menos tendría tiempo para fantasear con las historias de amor que leía en los libros. Cerró los ojos y trató de imaginarse al caballero de sus sueños que vendría a por ella para darle una vida amor y felicidad por siempre.

¿Cómo se vería? ¿Sería alto, fornido? ¿Valiente, aguerrido o más bien sensible y dulce? ¿Vendría de un reino lejano o sería el hombre más humilde? Trataba de imaginar cómo sería el amor de su vida. Cómo sería entregarse completamente a un hombre. La sola idea le hizo ruborizarse enseguida.

Aunque lo deseara con todas sus fuerzas, sabía que su futuro esposo sería más bien el escogido para asegurar y proteger el reino de su padre. Así que sólo le restaba esperar por el elegido y pensar en lo mejor.

-Señorita, la cena está servida.

Eleonora le interrumpió de sus pensamientos. Le quitó la neblina de la duda de lo que sería su futuro así que se levantó, alisó el vestido y fue directo a la puerta. Lo cierto era que no tenía ni el más mínimo ápice de hambre, sin embargo, sabía que era importante hacerlo sobre todo para satisfacer a su padre. No quería escucharle decir una perorata acerca de lo importante de tener buena salud.

Terminó de bajar los escalones y se dirigió al gran salón en donde se encontraría el rey. Sería como una de esas tantas noches. Apenas llegó, su padre se encontró de pie junto a su silla, pero dándole la espalda a todo los demás. Helena se sintió extrañada y en seguida su padre dio la vuelta para verla.

-Hija mía...

La tez estaba tan blanca que parecía un fantasma. Los ojos estaban rojos y su expresión pareció tratar de esconder la preocupación que realmente albergaba en su cuerpo.

-Padre... ¿Pero qué...?

-Lamento ser emisor de malas noticias, hija mía. Malas noticias que son una desgracias para mí y para el reino. Mejor siéntate.

-No, padre. Estoy mejor así.

-Bien.

Comenzó a caminar de un lado a otro.

-No has llegado una correspondencia alarmante de otro reino. Uno que se atrevió a enfrentarse al ejército de un poderoso caballero. Su pueblo lo llama El Padre y también como El Señor de los Dragones. Su casa se pensó destruida hace siglos pero él regresó como el único heredero y está dispuesto a conquistar a todos los reinos para sí.

-¿El Señor de los Dragones? ¿Dragones? ¿De verdad existen? Pensé que eran cuentos para asustar a los niños.

-Yo también, pero lamentablemente no es así. Se han escrito informes sobre los campos de batallas y son espeluznantes. Son seres increíblemente poderosos y sólo pueden ser controlados por este caballero que te menciono.

Helena no pudo sostenerse por más tiempo de pie, así que tomó la silla y se

sentó.

-Atacaron el reino más cercano a nosotros. Fue una catástrofe. Arrasó con todo, Helena. Todo...

-¿Qué se puede hacer, padre? Debe existir una manera de frenar el hambre de poder de este hombre. No puede ser que todos sucumbamos a él.

-Eso he tratado apenas tuve información. Al principio pensé que sólo era asunto de destruir a sus dragones ya que son el arma más poderosa que tiene, sin embargo, es un gran combatiente. Es feroz en la batalla y ningún rival se le iguala. Cuando va a pelear, lo hará hasta las últimas fuerzas.

Helena pareció escuchar la noticia más amarga en mucho tiempo. Trató de encontrar algo más que decir pero las palabras estaban soldadas a su garganta.

-Viene a por nosotros, hija. Mis oficiales más cercanos han confirmado la noticia esta tarde.

Ella recordó inmediatamente a la guardia real galopando velozmente en medio del pueblo.

-No sé qué hacer. Mi ejército es considerablemente menor después de que varios reinos firmamos el pacto de paz. Sus hombres nos triplican, temo que más.

-¿Será posible hacer una audiencia con él, padre? Quizás tiene un poco de sensatez en la cabeza y no lo sabemos porque estamos sumidos en presunciones y supuestos.

-No lo sé, hija mía. Temo que estaríamos guardando falsas esperanzas.

-Tenemos que hacer el intento. Hay gente inocente...

Justo en ese momento se le quebró la voz. Trató de permanecer fuerte pero no pudo. El mundo alrededor se le derrumbaba a pedazos. Pensó en los niños, en las mujeres que vendían dulces en la fuente, en la gente que saludaba y trataba como si fuera su familia. No podía desampararlos, no podía dejarlos a su suerte.

-Podría enviar una comunicación para que hablemos con él. Es lo único que creo que podría funcionar. Pero te seré sincero, hija mía. No albergo grandes esperanzas al respecto.

Helena bajó la mirada al suelo, trató de encontrar un alivio en la propuesta de



su padre, sin embargo, supo que aquello era un absurdo. Si las cosas eran como él se las relató, el panorama no era nada alentador.

### III

Un mapa gigante estaba expuesto sobre la pared de piedra. En él, estaban dibujados los continentes. Sobre aquellos trozos de tierra de papel, descansaban unos puntos de rojos que indicaban la conquista de los reinos. El dedo blanco y grueso de El Padre se paseó por toda la superficie suave. A medida que lo hacía, una sonrisa se le dibujó en el rostro.

-Mi señor, estos son los planos para construir la nueva fortaleza. Las catapultas también están acondicionadas para que sean más potentes en batalla.

-¿Cuántas vienen en camino?

-Unas trecientas, señor.

-¿Y la caballería?

-Los caballos están en el establo siendo revisados. Pocos heridos y los que están, se recuperan satisfactoriamente.

-Excelente. En cuanto tengas más información, repórtate de inmediato.

-Sí, mi señor.

El comandante general de sus ejércitos se retiró velozmente de aquel estudio en ese imponente castillo negro. El oscuro habitante, permaneció un rato allí, en silencio.

Luego, se sentó en una opulenta silla de madera con finos relieves los cuales eran cabezas y cuerpos de dragones de todo tipo. Miró hacia el frente y se encontró con el paisaje de la tarde. El cielo estaba despejado aunque el viento frío le golpeaba el rostro.

Pestañeó un par de veces y se levantó para volver al mapa que tanto orgullo le daba. Sus ojos quedaron justos sobre uno de los reinos más prósperos y libres del país. Soñaba con tener sus arcas repletas de oro, sus tierras fértiles y la envidiable ubicación cerca del mar.

Con los ciertos ajustes que se hicieran, sería posible convertirla en uno de los puntos más fuertes de entre sus conquistas. Además, con ello estaría más cerca de ser el hombre más poderoso de la tierra.

Antes de que la ambición y el hambre de poder formaran parte de su vida, El Padre y Señor de los Dragones, era conocido por el círculo familiar e íntimo como Gabriel.

Él provenía de una familia de guerreros temidos por todos los reinos. De gente alta, blanca y de cabellos color fuego, hombres y mujeres estaban destinados a conquistar cada rincón que les apeteciera. Sin embargo, gracias a una traición, el Rey Dragón, padre de Gabriel, fue asesinado en su propio castillo y su familia desterrada. Jamás volverían a la vida de prosperidad y triunfo a la que estaban acostumbrados.

En medio de la desgracia, la madre de Gabriel le recordó que tenía sangre real corriendo por sus venas por lo que, además, era un luchador nato. Si bien no estaría rodeado de los lujos dignos de un heredero, al menos desarrollaría las habilidades propias de su familia.

Pasó años aprendiendo equitación, lucha con espadas, combate cuerpo a cuerpo y estrategia militar. A medida que crecía, sus padres lo comenzaron a reconocer como alguien con increíble talento e ingenio, con un liderazgo natural y con dotes de ser un gobernante poderoso.

Tras la muerte de su madre, Gabriel se juró a sí mismo que regresaría a sus tierras para recuperarlas. También tomaría todo aquello que querría con sólo un chasquido de sus dedos.

Paralelamente, el rumor de que había un heredero, corrió por las calles de todos los reinos y casas enemigas. Trataron de buscarlo, de dar con su rastro y matarlo. La sola presencia de uno, representaba una amenaza, así que Gabriel escuchó cualquier cantidad de historias de muerte sólo porque lo buscaban a él. Ahora, su objetivo no sólo era vengar a su familia sino a aquellos que también murieron. Sus enemigos también pagarían con sangre.

Tuvo que esperar un poco más de tiempo para descubrir un secreto familiar sorprendente. Un día, de regreso de un entrenamiento, fue emboscado por un grupo de ladrones de poca monta. 10 hombres lo rodearon y le quitaron el paso. Gabriel, supo que no podría enfrentarse a todos y salir victorioso, pero al menos haría el intento.

Pelearía hasta el final. Desenvainó su espada y luchó fervientemente con cada uno. Resistió golpes, insultos y humillaciones. Todo su esfuerzo, no obstante, se vio mellado y cayó al suelo gravemente herido. Sus ojos quedaron ciegos

por la sangre y por la frustración.

Fue entonces que sintió la ira despertar en la boca del estómago, una especie de manifestación extraña que le hizo experimentar un fuego que le recorrió todo el cuerpo. Se volvió más intenso a medida que recibía más golpes.

De repente, se levantó con increíble poder y su cuerpo se cubrió de llamaradas rojas y azules. Sus ojos grises, acabaron por verse carmesí y gracias a su altura, pareció un monstruo. Los atacantes se encontraron fascinados por la criatura pero luego corrieron por su vida.

Gabriel parecía una fiera. Su ferocidad fue descomunal. Sus pasos se marcaron en la tierra a fuego, como si sus pies fueran un par de hierros candentes. El combate no duró mucho después de ese episodio.

Cuando las cosas se calmaron un poco, Gabriel cobró consciencia de que había algo oculto en su familia. Aquella transformación debió corresponder a un fenómeno y de inmediato trató de encontrar la explicación.

En los pocos afectos de su familia, encontró un árbol genealógico y el diario de su madre. Al tomar el primero, reconoció los nombres de sus abuelos, abuelas, tíos, primos y hasta sus padres. Todos ellos tenían ascendencia y descendencia impresionante. Se unieron familias poderosas en lo militar como en lo económico. Sin embargo, siguió leyendo hasta que notó el símbolo del dragón en unos cuantos nombres. Incluso el suyo. No lo entendió bien y buscó el diario de su madre para encontrar más respuestas.

Encontró experiencias, relatos y hasta canciones de su país natal. En ese instante, conoció la habilidad de su madre para la pintura. Estaba maravillado. Aunque tenía emociones encontradas por lo que estaba viendo, Gabriel dio con lo que estaba buscando.

*“Mi hijo heredó el rojo fuego de su padre, aunque he de decir que goza del color de mis ojos. Verlo es enamorarme más de él. Pero he de describir un episodio que me confirmó la sospecha que tengo. Un día, cambiándole las ropas, se enojó por algo que ahora no recuerdo. En ese momento, su llanto se ahogó y su carita cobró una mueca poco agradable. Su piel blanca se tiñó de colores rojos y azules. Incluso pude ver pequeñas llamaradas que emanaron de él. Asustada, no supe qué hacer. De repente, él volvió a su carácter tranquilo como si nada hubiera pasado. Deberé contarle a mi señor esposo para que me ayude a entender mejor esto. Pero estoy casi*

*segura que Gabriel es El Señor de los Dragones como algunos de su familia”.*

El hecho lo dejó perplejo. No sólo su madre sospechaba de sus poderes sino que también algunos de los suyos también lo tenía. Más sorprenderte aún, sin embargo, la historia no llegó hasta allí. Luego de comenzar la empresa para limpiar el nombre de su familia, Gabriel se topó con unos huevecillos entre las penumbras de su castillo.

Eran tres y resultó ser la herencia de su padre. Los huevos eran de dragones. Él no sólo tenía un poder extraordinario, sino que también tenía la capacidad de controlar a los dragones a su antojo. Sólo le respondían a él.

Gracias a su preparación y a sus nuevos descubrimientos, fue cuestión de tiempo para que los reinos supieran de él. Se presentaba en el campo de batalla como un enorme hombre vestido de plata y con el cabello de fuego ondeando en el viento. La mirada fría de sus ojos grandes y grises, dejaban intimidados tanto aliados como enemigos.

Su habilidad en batalla era más que suficiente para la derrota aunque le pareció divertido usar la sola presencia de sus queridas bestias para infundir el miedo que quería. Se reía a sus adentros mientras observaba a hombres corriendo por el campo rogando por sus vidas.

Gabriel, El Padre, El Señor de los Dragones, todavía miraba el mapa frente a sus ojos. Deseaba tanto ese lugar, que casi sintió como si fuera un niño ansioso por jugar.

-Mi señor, disculpe que lo interrumpa. Nos ha llegado esta comunicación urgente para usted. Del reino del Norte.

-Vaya... Si se trata del mismo lugar a donde queremos ir. ¿Será invitación? Ja, lo dudo mucho. ¿Qué dice?

-¿Se lo leo, mi señor?

-No pierda tiempo.

-“Mi estimado señor, hemos encontrado que desea llegar a nuestras tierras para reclamarlas como suyas. Sin embargo, este es el hogar de cientos de mujeres, hombres y niños que encuentran estas tierras como su hogar. El ejecútese de sus planes, sólo representarían la destrucción de estas vidas y de la paz que he asegurado a mi reino. Le propongo, mi buen señor, que se

acerque para que hablemos civilizadamente y...”

-Callaos. Suficiente.

-¿Qué haremos, mi señor?

-¿Para cuándo es la invitación?

-Pues, según desee. No tiene fecha estipulada.

-Bien. Que así sea entonces.

-¿Quiere decir que iremos, mi señor.

-Eso es correcto. No podemos rechazar algo así. Además, también aprovecharemos la ocasión para mirar más de cerca nuestra próxima conquista.

-Entendido, mi señor.

-Preparen todo. Partiremos mañana al amanecer.

El comandante dejó el estudio y Gabriel volvió a quedarse solo. Estaba pensativo pero también divertido. Quizás ni tendría la necesidad de romper puertas ni abrir fuego, aquello era una oportunidad de oro, sencillamente.

Se sentó en su silla de madera y siguió mirando el infinito. Las cosas estaban saliendo mejor de lo que esperaba.

## IV

*“Mi señor,*

*Mañana en la mañana, mis tropas y yo saldremos al encuentro que usted muy amablemente ha propuesto. Estoy ansioso por el que llegue el día y hablar más sobre nuestros planes.*

*Señor Gabriel del Reino de los Fuegos y Padre de los Dragones”.*

-Esta correspondencia llegó en poco tiempo, señor. Estimamos que fue enviada con carácter de urgencia.

-Bien, quiere decir que hay posibilidades que este hombre tenga algo de sensatez. Es algo que necesitamos con urgencia.

El rey se sentó en el trono con el entrecejo fruncido. Con la mente dándole vueltas. Por un lado, tendría la ocasión de conocer al famoso El Padre. Finalmente se daría cuenta si eran ciertas todas aquellas habladurías de su poder y de sus logros en batalla. Por otro lado, no estaba muy seguro cómo reaccionaría ante su presencia. Temió también por su hija y una sensación de protección le invadió el cuerpo. No sabía qué paso debía tomar.

Desde el otro lado de la habitación, sin que él advirtiera de su presencia, Helena miró a su padre con desesperanza. Supo que recibió una correspondencia pero no supo el contenido de la misma, así que estuvo entre las cortinas y las grandes columnas de mármol con la expectativa a flor de piel.

Caminó con cuidado y se escabulló hasta llegar a la fuente principal del castillo. Mojó sus dedos en el agua cristalina y fresca. Sus pensamientos estaban enfocados en recuerdos y momentos felices. Sin embargo, tenía la sensación de que aquello era una pérdida de tiempo y que más bien parecía que se acercaba una amenaza inminente. Fuera quien fuera, estaba por cambiar su vida por completo.

La noche cayó de repente. Después de una cena silenciosa y pesada, Helena y el rey fueron hacia sus aposentos con los nervios agitados. Ella, con las sábanas entre las manos, miró el techo abovedado. Sus ojos estaba abiertos como dos platos. Los párpados no cedían a pesar del sueño y el cansancio.

Gabriel se encontró en una situación similar. A pesar de estaba seguro que esa tierra sería suya, algo no lo dejaba dormir. El sonido de los grillos o la completa oscuridad no eran suficientes para arrullarlo. Era como sentir que estaba acercándose a algo y que estaba a punto de tomarlo entre los dedos.

-Falta poco. Falta muy poco.

La mañana siguiente el ruido del galope de cientos, miles de caballos estremecieron los valles verdes del norte. Entre los bosques, ríos y riachuelos, caballos, carretas y hombres manifestaron su presencia por el ruido constante a su paso.

Frente a todos ellos, estaba Gabriel. Junto a él, el comandante general quien llevaba el estandarte de la casa de su señor. Era un enorme dragón rojo enroscado en forma de anillo, rodeándolo, llamaradas del mismo color. La tela negra en donde estaba estampada la imagen, ayudaba a resaltar aún más el temido símbolo. Uno que cualquier reino estaba ansioso por escapar.

Las tierras se volvieron más bellas y brillantes a su paso. Sin duda era un lugar impresionante y rico. Había sembradíos y pequeñas cabañas. Animales pastando y aves por los cielos. Era una especie de paraíso en la tierra.

Gabriel reconoció que prefería verlas así que destruidas por el fuego de su cuerpo o por el de sus adorados dragones. Sí, sería una verdadera lástima.

Galoparon a toda velocidad hasta que llegaron a su destino alrededor del mediodía. Él se sorprendió porque resultó que estaban más cerca de lo esperado. Se detuvo frente a las grandes puertas de madera hasta que estas bajaron lentamente para dejarlo pasar. Antes de llegar allí, destinó el resto de su ejército a un campo grande para que acamparan. Mientras, él iría con el comandante y varios miembros de su guardia real.

Cuando finalmente se abrieron las puertas, su caballo dio unos cuantos pasos y avanzó con lentitud. A pesar que estaba ansioso por demostrar su poderío, sabía que tenía que actuar con cautela. Era posible que esa bienvenida más bien se trataba de una emboscada. Estaba preparado para cualquier tipo de terrible escenario.

Las calles de piedra y tierra, las miradas de miedo de los súbditos, el verdor que también se extendió hasta el centro del pueblo, el aire fresco. Cada detalle que observó y sintió Gabriel le resultó más que agradable. El lugar le gustó tanto que ya estaba planificando la manera de mejorar las construcciones y de



hacerlas más fuertes. La ansiedad no le hizo notar que estaba llegando al castillo sino hasta que su hombre de confianza se lo advirtió.

-Mi señor, allí está el rey y creo que ella es la princesa Helena.

-¿Princesa?

-Sí, mi señor.

Terminaron de hablar cuando observaron el comité de bienvenida en la escalinata en la entrada del castillo. Gabriel se sorprendió a ver la majestuosidad de aquella construcción. Indudablemente era hermosa, preciosa.

Se bajó del caballo con una facilidad y gracia que casi dejó en ridículo al resto de sus acompañantes. Se quitó el casco de metal y dejó en evidencia el fascinante rojo del cabello. La brisa pareció que acarició las hebras con delicadeza, haciéndolo ver como un dios nórdico.

Él caminó unos pasos hasta que se encontró de frente con el monarca. Le hizo un gesto con la cabeza.

-Mi señor, muchas gracias por recibirme con amabilidad.

-Más bien tengo que agradecerle a usted por aceptar mi invitación.

Aunque estaba paseando sus ojos sobre lo que sería su nueva conquista, Gabriel notó el resplandor del color verde de la mirada de una joven hermosa. Alta, blanca, de cabellos dorados, con el rostro más hermoso y perfecto que jamás había visto. Internamente, gozó con la idea de tomarla también para sí, como un precioso botín.

-Junto a mí se encuentra mi hija, Helena.

Gabriel ascendió unos escalones más hasta acercarse casi con descaro. Le tomó una de sus manos y la besó con suavidad. Sus labios se regocijaron al probar la piel delicada de Helena, tan blanca, tan suave.

-Mucho gusto, su majestad. Es un placer.

Ella apenas alcanzó en ofrecerle una sonrisa evidentemente forzada. Sin embargo, no pudo retirar la mano de esos labios ni de esa galantería que la atrapó en un primer momento. Salió del trance al recordarse a sí misma que se trataba de un hombre que dejó en claro sus intenciones de poder. Así pues que lo miró con aire frío y con distancia.

-Venga conmigo, le hemos preparado una velada agradable.

-Agradezco sus esfuerzos pero debo detenerlo. No quiero que pierda más el tiempo. He venido con el objetivo de serle franco, tan franco como me sea posible. ¿Podríamos destinar un lugar para hablar más cómodamente?

Esgrimíó una amplia sonrisa mientras que hizo una mirada insistente. El rey no le quedó más remedio que guiarlo hasta el salón principal. Mientras caminaba, Helena sintió que debía también ir, era una cuestión de deber.

-Hija, es mejor que te mantengas al margen de esto.

-No, padre. No puedo. Tengo que intervenir por esta gente tanto como tú. También ellos me preocupan y lo mínimo que puedo hacer es escuchar lo que este hombre tiene que decir.

Su padre no pudo objetar con la pasión de su hija así que accedió casi resignado. Así pues que los tres, más el comandante general, pasaron al gran salón. El lugar estaba vacío con un ambiente más pesado que nunca. El rey tomó su lugar en el trono y Gabriel permaneció a unos cuantos metros lejos de él.

-Le agradezco que me dé la oportunidad de hablar con usted. Lo haré con toda la franqueza posible porque creo firmemente en la necesidad de la honestidad por sobre todas las cosas. Su reino, mi buen señor, forma parte de uno de mis objetivos a lograr. Tiene tierras excepcionales y una ubicación envidiable. Este lugar podría convertirse en una fortaleza. Por lo cual, deseo tomar esto para mí. Se lo planteo de esta manera porque creo que podríamos evitar un derramamiento de sangre innecesario.

Las palabras de Gabriel produjeron una cólera al rey que sólo se manifestó a brotársele una vena de su frente. Helena, mientras, miraba la escena horrorizada, como si no pudiera dar crédito a las palabras que estaba escuchando.

-Usted cree que puede tomar las cosas a su antojo, que todo esto le pertenece. Pues déjeme decirle que está muy equivocado. Yo me debo a mi pueblo y mi trabajo es hacerles vivir en paz y prosperidad. Sus ansias de poder no me interesan, así que váyase.

-Mi señor, le insisto, esa decisión no le conviene en absoluto. Vidas inocentes podrían perderse. Verá, a pocos kilómetros se encuentra mi ejército y usted sabe tanto como yo que los supero en número y en armas. Con un chasquido, puedo convertir todo esto en sangre y fuego. Mida sus palabras.

Helena sintió un frío helado por su espina. Debía actuar. Tenía que actuar como diera lugar, así que se levantó de repente.

-¡Usted no puede hacer esto! ¿Qué clase de persona es?

Todo quedó en silencio. La voz dura pero quebrada de la princesa hizo eco por segundos que se hicieron sentir como la eternidad.

-Bien, me parece que no tenemos más nada de qué hablar. Ya veo que tomó su decisión, así que prepárese. Usted y su reino se convertirán en cenizas. Se lo aseguro.

Tango él como su comandante, dieron la vuelta y caminaron hasta las puertas del salón. El paso firme no les permitió escuchar lo que pasó inmediatamente después. El padre de Helena cayó desmayado en el trono. Ella emitió un alarido y corrió rápidamente hasta alcanzar a Gabriel.

-Señor, ¿por qué hace esto? ¿Por qué no para en sus intenciones? Nosotros no tenemos nada que ver.

Gabriel le hizo una seña a su acompañante para que los dejaran solos.

-Princesa, todo lo contrario, tienen mucho que ver. Ustedes están en medio de mi camino y si tengo que quemar el reino entero para que se rindan, lo haré. – En ese momento, cambió drásticamente de expresión – Sin embargo, creo que podría aceptar otra alternativa que también podría ser beneficiosa para ambas partes.

Ella comprendió las palabras.

-Usted es un bárbaro.

-Y usted una hermosa mujer que puede hechizar a cualquiera, princesa. Sólo basta con posar los ojos sobre usted para que cualquiera se dé cuenta de la joya que es. Apuesto que su padre también lo sabe. Entonces, esa es mi oferta. Cátese conmigo o si no convierto esto en cenizas.

Los ojos filosos y grises se volcaron hacia ella con una intensidad casi insoportable. Helena, tratando de mantener la compostura, se giró para ver el cuerpo lánguido de su padre. Volvió hacia donde estaba Gabriel y lo miró con desprecio. No obstante, había algo en él que pareció atraerla más, cada vez más.

Se mostró dudosa, con miedo, estaba desesperada y su mente sólo recreaba

escenarios fatales. Su consciencia nunca le permitiría descansar en paz. Ni un minuto.

-Está bien...

-¿Está bien qué?

-Me casaré con usted...

Gabriel volvió a sonreír victorioso por aquel encuentro. Estaba satisfecho porque no tendría que ni mover un dedo. Obtuvo lo que quiso ejerciendo un poco de presión.

-Excelente, princesa. Excelente elección. Ya verá que no se arrepentirá.

Se giró bruscamente y salió por las puertas como alma que lleva el diablo. Helena, mientras, regresó a su padre con un sentimiento de alivio y terror.

## V

Los arreglos para la boda fueron los días más tristes de Helena. Las telas brillantes y finas, las hermosas flores, los dulces, la comida, la música. No había nada en el mundo que la consolara de su inmensa tristeza. Estaba por unirse al hombre más despiadado jamás conocido y no tenía forma de escapar.

Encontró consuelo en los días en los que paseaba por el bazar, en donde caminaba por allí, distrayéndose entre los olores y los colores de los puestos. Las ofertas, el olor a tierra y las risas de quienes estaba allí, ignorando por completo que estaban vivos gracias al sacrificio de ella.

Sin embargo, durante las noches, enterraba su cabeza en la almohada. Lloraba sin parar. Imaginaba su vida infeliz y todos sueños rotos por la ambición desmedida de un hombre.

Las cosas no eran muy diferentes para el rey. Si bien aquello representó una solución al problema, también era doloroso ver cómo la alegría de su hija, cómo sus ganas de vivir se vieron reducidas a un pacto doloroso. Por más vueltas que le diera, aquella boda era una victoria al mismo tiempo que una derrota.

Para Gabriel, el hecho de que se acercase la fecha lo tenía entusiasmado. Enseguida preparó su castillo para albergar a quien sería su reina y se aseguró de explorar un poco más las tierras de la familia de Helena. No podía creer en su buena suerte.

Por otro lado, cuando estaba convencido de haber tomado la mejor decisión, recordó los ojos verdes suplicantes de ella al pedirle que no hiciera más daño. Recordó ese rostro bello, perfecto, resplandeciente como un día de sol. El cabello atado en trenzas, el porte al caminar, incluso la sonrisa falsa que le esgrimió cuando se conocieron. Aquel recuerdo le produjo una sonrisa. Era extraño que lo hiciera cuando el motivo era una mujer.

Finalmente el día llegó. Las calles y casas del reino del Norte, se vistieron con las mejores galas. Flores blancas y perfumadas adornaban cada rincón para celebrar el matrimonio de Helena y Gabriel. Aunque los súbditos desconocían al misterioso hombre de mirada fría y cabello encendido, estaban felices porque su princesa se convertiría en reina.

Las canciones de celebración y fiesta no animaron ni a Helena ni al rey. Los dos trataron de mantener cierta compostura pero no pudieron, menos cuando se encontraron solos.

-Hija mía, no puedo entender el tamaño de tu sacrificio y del dolor que sientes ahora.

-Padre, es mejor que pensemos de esta manera. Mucha gente se salvará y estará bien. Todo estará bien...

Estalló en lágrimas. El rey la abrazó y los dos permanecieron juntos en el sollozo. Ese fue el día en donde la princesa más bella del mundo era increíblemente infeliz.

El gran salón lucía como un cuento de hadas. Velas blancas, flores y perlas adornaban los asientos de madera de color oscuro. Al final, se encontró Gabriel vestido de negro absoluto. Tonalidad que le hizo resalta aún más el color de su piel y cabello. Lucía más poderoso así como sensual.

Severo y tranquilo, estaba allí esperando a su futura esposa. Los asistentes de la ceremonia, estaban aún pasmados con la decisión de tal unión.

La imagen ruda de Gabriel contrarrestó con la de Helena quien entró al salón con aire solemne. Tenía un velo de tul con destellos que la cubrió por completo. Sin embargo, la imagen sola de su hermosa figura conmovió a todos los corazones, incluyendo el de Gabriel.

Ella caminó sola hasta que se reunió junto a él. Las grandes manos de El Padre, retiraron el velo del rostro de Helena, mostrándola pálida y hermosa. Tenía las mejillas rosadas y carmín en los labios. El verde de sus ojos, sin embargo, lució apagados pero aun así, era tan hermosa que costó explicarlo con palabras.

La ceremonia fue corta y sencilla. Los dos intercambiaron sus manos para salir de allí y celebrar una reunión en los jardines. Al salir juntos por primera vez como marido y mujer, Helena se sintió casi descompuesta. Quería salir corriendo, quería dormir y despertar de esa pesadilla. Pero todo aquello le resultó tan real y doloroso que tuvo que escarbar dentro de sí para encontrar fuerzas para continuar.

Se sentaron en una mesa preparada para los dos mientras la celebración comenzó. Un grupo de música comenzó a tocar alegres canciones. El rey estaba en el otro extremo, pálido y desanimado al igual que su hija.

-Querida, ahora que eres mi esposa, me encantaría que al menos fingieras que estás feliz. No resulta confiable tener esa expresión que tienes ahora.

-No puedo fingir algo que no siento.

-Bien, no estaría mal que hicieras el intento. ¿Qué esperas para hacerlo?

Helena sintió tal desprecio que se levantó de repente, fingiendo que quería tomar algo de una de las mesas. Sonrió a la gente y se acercó a varios, agradeciéndoles su presencia. Trató de distraerse y de despejar su mente, pero no pudo. Él estaba allí, mirándola como un centinela.

Cuando se dispuso a sentarse de nuevo, al darse cuenta que no podía escapar de la situación, Gabriel se levantó y fue hacia ella. Todos estaban muy atentos con los novios.

Él le tomó la mano, hizo un gesto al grupo de música y tocaron una canción muy suave. Fueron al medio del salón y comenzaron a bailar. Sorprendentemente, los pasos de Gabriel eran suaves y delicados, sus manos, grandes y toscas, se posaron sobre su cintura como si no se sintieran. La guió por toda el espacio ante la mirada de los invitados.

Helena no pudo evitar mirar a Gabriel. Ciertamente, sus ojos grises eran penetrantes pero sin duda, tenían un fuerte magnetismo. Ella se sostuvo de su mano y casi sintió por un instante que él era esa imagen de los príncipes de ensueño que tanto leyó en los cuentos e historias.

Siguieron danzando hasta que la pieza terminó. Los dos se juntaron en una sola mirada hasta que él tuvo el valor de darle un beso. Al principio, Helena trató de zafarse de entre sus brazos, aunque, el forcejeo terminó en un abrazo y en un beso más intenso.

Los labios de Gabriel se sintieron cálidos y suaves. Sus manos rozaron la piel de ella con una dulzura inexplicable, como si fuera otro hombre quien lo hiciera. Helena estaba tan embebida por las sensaciones que casi sintió que estaba en una especie de éxtasis. Al abrir los ojos, encontró un ápice en los de él como no había visto, un ápice de algo bueno. No estaba segura si aquello fuera capaz.

Al retirarse la gente comenzó a aplaudirlos eufóricamente. Esa demostración de amor daría tranquilidad a quienes vivían en el reino con el fin de celebrar esa nueva unión.

Al caer la noche, el rey abrazó a su hija por un rato.

-Hija mía, que mis buenos deseos y de quienes te hemos amado durante toda vida, te acompañen siempre. Eres ahora una mujer de bien que debe velar por sí misma. No dudes nunca, sin embargo, que si te encontrases en problemas, acudas a mí. No lo dudes ni un instante.

Ella se aferró a él con desesperación. No sabría cuándo sería capaz de volverlo a ver. Temió por él porque, a pesar de su matrimonio, era probable que todavía siguiera siendo blanco de las intenciones de poder de Gabriel.

Soltó sus brazos y en medio de una lluvia de pétalos de flores blancas, Helena tomó la mano de su esposo y se subió a un carruaje. Echó un último vistazo del lugar y trató de no llorar. Era la imagen de ese hogar que dejaba para siempre.

El camino comenzó poco después de esa amarga despedida. Helena tenía la mirada fija hacia sus pies mientras que Gabriel estaba concentrado en los próximos objetivos a alcanzar. Con la alianza que acababa de hacer, tendría acceso a las arcas del reino del Norte así de un mayor número de hombres para su ejército. Obtuvo más de lo que pudo pedir en un principio.

Luego de esos pensamientos, se concentró en Helena. Ciertamente lucía desecha y más blanca de lo normal. Pudo comprender a través de su lenguaje corporal, que ella estaba a poco tiempo de llorar.

-Pronto conocerás tu nuevo hogar. Te encantará lo que tengo preparado para ti.

-Nada que venga de usted es bueno para alguien. Sólo trae desdichas y dolor.

-No me interesa lo que pienses sobre mí. Además, es un poco tarde para eso, ¿no crees? Estamos casados y ahora tienes que comportarte como una buena esposa. Ese es tu deber de ahora en adelante.

Le dirigió una mirada gélida y ella suspiró de dolor.

Los kilómetros siguieron acumulándose hasta que se acercaron a unas tierras oscuras. Helena, miró por la ventana y observó un paisaje muy diferente al suyo. La tierra era de hecho negra y el cielo, gris. Poco a poco, emergió en el horizonte un gran castillo del mismo color. La superficie de sus paredes parecía brillar de una manera misteriosa.

-Bienvenida a El Castillo del Fuego.

Ella entreabrió la boca por la sorpresa. El antiguo hogar de la familia de



Gabriel, fue retomado por él en batalla. No podía tener un reino si no contaba con un lugar para establecerlo. Así que se enfrentó con los usurpadores, los despellejó y luego los quemó vivos. No hubo rastro del daño que hicieron sobre su territorio.

Al recuperar el castillo, Gabriel se aseguró de hacer las refracciones necesarias. Las paredes de piedra se alisarían para que fueran imposibles de escalar, habría trampas por los alrededores, parte de la guardia real estaría alerta ante cualquier intento de ataque y, para el final, sus dragones estarían libres, tan libres como ellos quisieran para que su sola presencia bastara para convencer a los visitantes indeseados que lo pensarán un par de veces. Al final, el lugar retomó el resplandor de sus días de gloria y se convirtió en una morada digna de un rey como él.

Llegaron al poco tiempo. El carruaje se detuvo en la puerta y los dos caminaron por una larga senda. A diferencia de la belleza verde del norte, el castillo de Gabriel, oscuro y frío, tenía sin embargo su propio encanto. Tenía un paisaje abierto, de tierra negra y compacta, como si fuera de otro mundo.

Para Helena, esto le resultó interesante porque no pensaba que El Castillo del Fuego tuviera ese aspecto. Su mente le dibujó otro escenario.

Ella caminaba frente a él, admirando todas las grandezas que había construido en poco tiempo. Se divirtió al saber que eso la sorprendió. Por otro lado, también se dedicó a mirar un poco más las formas que ella tenía.

La manera de caminar, las hebras de cabello que se movían en el viento, la blancura de su piel. Incluso el perfume de las flores que tenía en el tocado. Helena tenía una condición etérea que casi la hacía ver como si fuera un ser de otro mundo. Y para él, estaba comenzando a verse así.

Finalmente llegaron las altísimas puertas del castillo. Un par de guardias custodiaban el lugar, así que saludaron a su monarca con respeto. Se adentraron y Gabriel le dijo a Helena:

-Sígueme, te llevaré a los aposentos.

No había sirvientes y el ambiente estaba desolado. De nuevo esa sensación de vacío y dolor la embargó. Era arrastrada de nuevo a la tristeza.

-Esta es tu habitación.

Ella miró el lugar un poco extrañada. Aunque era un espacio grande, la piedra

negra le resultó demasiado agobiante. Por si fuera poco, además del aspecto lúgubre, también notó un grillete que salía de una de los postes de piedra de la cama.

-¿Qué es?

-También es para ti. Como quiero preservar mi inversión, no quiero que se te cruce por la mente la idea de escaparte. No hay manera y menos con esto. Siéntate.

Ella no pudo emitir palabra. Él, por su parte, estaba ocupado atándola a ese trozo de metal pesado.

-Podrás caminar con esto e incluso dormir. Pero no, ni lo pienses. Serás incapaz de salir por la ventana. Primero porque la cadena no llega hasta allá y segundo por las paredes... Bueno, si logras hacerlo, de seguro uno de mis dragones te harán cambiar de opinión.

Le sonrió con malicia y se fue de allí tan pronto como terminó. Helena, en vista de todo lo sucedido, se dejó caer en la cama para llorar.

## VI

Los días y las noches transcurrieron como una pesadilla sin fin. Esta no era la idea que tenía Helena sobre el matrimonio. Esto que estaba viviendo era una completa tortura, una que ansiaba ver terminar algún día.

Encerrada en esa habitación, comía y dormía como si ese espacio era lo único de lo que podía disfrutar de ese mundo. Cuando su espíritu se lo permitía, se asomaba un poco a la ventana y veía atenta el aletear de las enormes alas de los dragones.

Desde que estaba allí, los veía cuando se mostraban. Los tres tenían la piel escamosa pero de un rojo brillante, como el del cabello de Gabriel. Aunque a veces, incluso, parecían ser tornasol. Cuando caía la tarde, las bestias volaban en patrones indefinidos, en una danza con el aire.

Aquel espectáculo era lo poco que le alegraba, de resto, lamentaba su suerte todo el tiempo. Al dormir, añoraba que la muerte fuera a buscarla, deseaba desesperadamente que fuera así... Pero, sucedió todo lo contrario, pareció verse más fuerte y más sana. Era un castigo.

Gabriel, mientras, pasaba largas horas en su estudio. Marcando nuevos destinos y fronteras para sumar lo que ya tenía.

Aunque los objetivos eran los mismos, ahora su mente parecía divagar hacia otro lado. No podía dejar de pensar en Helena.

Tenerla encerrada en el punto más alto del castillo fue un plan que concibió desde el primero momento en que acordaron casarse. Al tenerla allí, sería su prisionera y así aseguraba las tierras, el dinero y más.

Sin embargo, de a ratos, sentía lástima por ella. Lástima por limitarle el espacio y por empujarla a una situación en donde su mente y espíritu se quebrarían en cualquier momento.

Así es que se levantó de repente y caminó hacia puerta para dirigirse a la habitación de ella. Algo pasó en su cuerpo que salió convencido de querer decirle algo pero sin estar seguro de qué era.

Caminó por los pasillos a toda velocidad. Sus pasos se escucharon hacer eco por las paredes frías de piedra negra. Subió las escaleras al mismo ritmo y

abrió la puerta de un solo golpe. Se quedó impresionado por lo que vio: Uno de sus dragones pareció embelesado por Helena.

La mano de ella descansaba en el vidrio, como haciendo si quisiera acariciarlo. Obviamente no pudo porque la cadena no era lo suficientemente larga como para abrir la ventana, aunque ese no fue obstáculo para ella.

La bestia inmediatamente reconoció a su amo y aleteó un poco más hasta que se fue dando vueltas por los aires. Helena no advirtió de la presencia de él hasta que escuchó un carraspeo.

-¿Desde cuándo puedes hacer eso?

-¿Hacer qué?

-Lo que acabas de hacer.

-No lo sé.

Gabriel no estuvo satisfecho con la respuesta sobre todo por lo que se sabía de los dragones. Sólo unos cuantos pudieron realmente dominarlos y él, era uno de ellos porque tenía una condición especial heredada de su familia.

Pero, ¿por qué una mujer como ella tendría esa capacidad? Cuando terminó de reflexionar al respecto, la miró y pareció encontrar la razón. Helena tenía una mirada compasiva y dulce, de seguro tenía el poder de doblegar a cualquiera aunque en ese momento fuera su esclava.

Se acercó hacia donde estaba, haciéndola que se pusiera de pie de repente. Helena dio unos pasos hacia atrás mientras estaba aterrada. Temió que le hiciera daño aunque los ojos de él le decían lo contrario.

-¿Qué es lo que tienes?

-¿A qué te refieres?

-Estoy así de cerca, junto a ti y me produces algo que no puedo explicar. Algo que nunca sentí.

Helena estaba impresionada por aquellas palabras. Fue la primera vez en que sintió a Gabriel con una actitud tan diferente desde que se mudó al castillo.

Volvió a juntarse a ella y Helena sintió que sus piernas comenzaron a flaquear. La presencia de Gabriel le intimidaba pero también le gustaba. Su piel, su mirada, sus modos, el cabello rojo intenso, encendido que parecía por sí mismo como un conjunto de hermosas llamas, la impresionante altura y la

contextura gruesa de su cuerpo. Cada parte de él resultaba un fenómeno incomprensible para ella.

-¿Por qué me tienes encerrada aquí? ¿Por qué no me dejas salir?

-Porque temo que escaparás.

-¿Y si te prometo que no lo haré? ¿Me dejarías salir?

-No lo sé, no sé si debería confiar en ti.

-No me escaparé... Estoy aquí por una promesa y estoy cumpliendo con mi parte. Por favor, al menos déjame salir.

Gabriel no escuchó nada más porque quedó atraído por los labios de Helena que se movían. Extendió sus manos y las llevó hacia ese rostro blanco y frágil. Cerró los ojos y juntó los labios con los de ella.

El aliento de Gabriel, cálido y agradable, la envolvió por completo. La sensación que ella tuvo con ese beso fue muy similar al que sintió cuando lo hicieron en el día de su boda.

Ella estaba conmovida hasta los huesos, con esa sensación de sentirse flotando por las nubes, en ese trance que la llevaba a estar tranquila, en paz, querida. Helena también sentía lo mismo que Gabriel. Él también tenía algo que la arrastraba hacia él, una especie de fuerza desconocida.

Sus pequeñas manos rozaron los enormes músculos de sus brazos hasta que fueron a parar sobre los hombros. Se colocó de puntillas para afincarse más a él. Le pareció gracioso la enormidad de ese cuerpo que la envolvía por completo, pero también le regaló la sensación de protección que tanto le gustaba sentir.

Se mezclaron en un abrazo intenso y poderoso. Mientras más tiempo estuvieron allí, Helena comenzó a percibir que su entrepierna comenzó a sentirse extraña. Una especie de palpito que incluso le aceleraba el corazón.

La lengua de Gabriel tomó y exploró la suya. Se entremezcló con la de ella, la chupó y lamió, haciéndola gemir suavemente, como un animal dulce y manso. Él estaba siendo dominado por el fuego de su cuerpo, ese mismo que lo transformaba en una bestia.

Helena estuvo a punto de perderse entre los deseos de su coño hasta que se separó de él de golpe. Los ojos los tenía abiertos y llevó sus manos sobre el

pecho.

-¿Qué pasó? ¿Estás bien?

Ella se sintió tan avergonzada que se dejó caer sobre la cama.

-¿Podrías dejarme sola, por favor?

-Vale.

Gabriel se echó para atrás tan confundido como ella. Cerró la puerta tras sí y regresó a al camino a su estudio.

Helena miró hacia ventana con esas sensaciones que no supo dar explicación. Todavía tenía la respiración agitada y el miedo de que estuvo a punto de entregarse... Sí, de entregarse. Era como si su cuerpo supiera exactamente qué era lo que tenía que hacer.

Su instinto habló por si solo y era algo nuevo para ella. Hizo una retrospectiva de su vida y deseó que alguien le hablara de los deberes de una esposa. Ahora era un mundo extraño y difícil de entender porque no tuvo la oportunidad siquiera de hablar de ello.

Se levantó de la cama y dio unas cuantas vueltas con el grillete en el tobillo. Volvió a pensar en él, en la intensidad que le hacía sentir, en la alegría que sentía cuando estaba entre sus brazos. Los deseos de perderse en ese gran cuerpo, en esa boca, fueron pensamientos que se manifestaron más fuertemente en ella.

Después de una larga caminata, Gabriel, como de costumbre, analizó la situación lo mejor que pudo. Le pareció dulce la reacción de Helena ya que era obvio que no sabía del mundo del amor y el deseo. Recordó, sin embargo, el sabor dulce de sus labios así como el sutil sonido de sus gemidos cuando los hacía. El contacto de su piel con la suya y el compartir del aliento.

El calor que ella le transmitió, le llegó profundo a él. Sintió que toda la ambición, el hambre de poder, la frialdad que albergaba su cuerpo y que tanto le sirvió para lograr lo que había logrado, quedó atrás al quedar entre esos delicados brazos que trataban de abrazarlo. La pequeña figura de Helena le pareció tan sublime que sólo era comparable con las obras de arte más hermosas de la tierra.

Pensó además en la solicitud que ella le hizo. Una parte le decía que no podía confiar en ella pero por otro lado, no tenía nada que perder. Darle un poco de

libertad quizás sería hasta beneficioso para los dos.

Era momento de quitarle esa cadena... Al menos por un tiempo.

## VII

-Listo, ya está. Ahora puede moverse, mi señora.

Un sirviente pequeño y muy delgado, se encargó de removerle las cadenas a Helena apenas despuntó el alba. Se impresionó tanto que temió que todo aquello se tratara de un sueño.

-¿Cómo se siente? ¿Puede moverse sin problemas?

-Sí, sí... -Dijo con cara de emoción- Está muy bien.

-Creo que después podríamos enviarle al médico. Aunque no tiene heridas, quizás el roce de la cadena le produjo un poco de daño...

-No, no, no. No me duele nada. Estoy bien. Créame.

-Vale. Estaré atento a su llamado por si necesita algo más, mi señora.

-Muchas gracias.

El sirviente hizo una larga reverencia y salió de la habitación aún con la mirada en el suelo. Al terminar de irse, Helena se sintió con euforia, capaz de hacer todo lo que quisiera aunque estuviera en ese pequeño espacio. Dio unos cuantos pasos y no pudo creer lo que estaba sucedía. No recordó la última vez que podía moverse con libertad.

Se acercó a la ventana y los dragones estaban apostados en una montaña un poco lejos de ella. Tuvo la sensación de bajar y estar cerca de ellos.

Abrió la puerta con timidez. El crujido de la madera vieja le hizo retroceder. Pensó que en cualquier momento, Gabriel se aparecería para volverla encerrar. Aunque quiso no avanzar, sus pies decidieron por ella.

Asomó la cabeza y bajó la larga escalera hasta la planta principal. Mientras lo hizo, recordó la belleza del castillo y de sus paredes altas y negras, las mismas que la recibieron hacía meses. Sus dedos rozaron la superficie con delicadeza, la superficie lisa y suave era casi tocar como una seda.

Cerró los ojos fantaseando la idea de que estaba en otro lugar. Finalmente llegó a mitad de camino. Giró su cabeza varias veces para cerciorarse que estuviera sola. Como no encontró ninguna alma, Helena fue directo a la puerta



principal.

Empujó con esfuerzo hasta que esta cedió por completo. Al tener el espacio suficiente para salir, se encontró con un viento frío que casi la tumbó. Recogió un poco sus ropas y se aventuró a encontrarse con el amplio panorama de tierras negras.

Aunque el día estaba gris como era usual, ella se sintió plena, tanto, que estuvo tentada a dar unos pasos de baile en forma de celebración.

Caminó hacia un desfiladero y se sentó sobre la gravilla negra. Sus pulmones se llenaron del aire frío de ese reino tan lejano. Cerró los ojos y tuvo una sensación de paz como nunca había sentido.

Mientras se encontraba allí, percibió el aleteo de las gigantes alas del dragón más viejo del trío de Gabriel. Este se acercó a ella con cuidado y hasta aterrizó a pocos metros para aprovechar su cercanía. Helena sonrió y extendió su mano sobre el hocico rugoso y frío. El resoplido la hizo reír y sentirse que al menos recibió el afecto sincero de uno de los seres que vivían en ese lugar.

-¿En dónde está la reina?!

-Mi señor, la reina salió a dar un paseo.

-¡Joder!, ¿por qué nadie me avisó? No la he visto por ninguna parte.

-Mi señor, permítame... Allí está.

El dedo huesudo del sirviente le indicó a Gabriel en lugar en donde se encontraba Helena. Por un momento, pensó todo lo peor, que se había escapado y que, por ende, traicionó el acuerdo que habían pactado. Luego que se disipara ese temor, salió corriendo hacia el desfiladero como alma que lleva el diablo.

A medida que se acercaba, podía escuchar sus carcajadas desde la distancia. Helena estaba sonriendo. Esa imagen para él fue mucho más poderosa y contundente. La mano blanca de ella, terminó de rozar el otro hocico de otro de los dragones.

-¡Helena!

Ella se giró violentamente y cobró un gesto de miedo, como si hubiera hecho alguna travesura.

Él se acercó y los tres dragones se apostaron sobre la gravilla en gesto de

respeto y consideración hacia su presencia. Los tres mantuvieron la cabeza gacha hasta que Gabriel les hizo un gesto para que se retiraran.

-¿Estás bien?

-Sí, sí... Perfectamente. Vine aquí porque tenía ganas de tomar aire fresco. Me quedé aquí con buena compañía. –Respondió mirando el horizonte.

-¿Sabías que no todo el mundo tiene la suerte de encontrarse a un dragón y salir vivo?

-Lo sé. Escuché de ellos desde muy niña y siempre pensé que eran producto de la fantasía de alguien. Pero no. Es increíble que sean de verdad.

-Se te acercaron con dulzura. Pocas veces los he visto así.

-Supongo que tiene que ver con que no represento una amenaza. No me interesa hacerles daño.

Ella le dijo estas últimas palabras con severidad. Gabriel entendió que se refirió a las circunstancias de su matrimonio.

-Me gustaría enseñarte algo.

Le tomó la mano con fuerza y la llevó por el desfiladero. Cada paso que daban, Helena estaba impresionada por la actitud de Gabriel.

Los dos tomaron el camino hacia una de las entradas laterales del castillo. Permanecieron en la oscuridad por un momento y Helena temió de lo que se trataba. Sin embargo, la fuerza de la mano de Gabriel, le dio la seguridad que necesitaba.

-Abre los ojos.

Helena lo hizo y recibió un rayo de luz en el rostro. Tardó un poco en acostumbrarse hasta que se dio cuenta en el lugar en donde estaba. Era un hermoso jardín repleto de flores, arbustos y árboles frondosos.

Él le soltó la mano para que ella explorara por su cuenta. Los pasos tímidos de Helena finalmente dieron rienda a conocer lo que estaba a su alrededor. Se acercó a las mariposas y hasta vislumbró los pájaros que descansaban en las ramas de los árboles. El sol se coló por los espacios, bañando de luz cada rincón. Era como si estuviera en un sueño.

-Esto es hermoso.

-Lo es. Lamentablemente, es el único espacio en donde podrás ver algo así. Todo el reino es como lo que has visto hasta ahora: una superficie de tierra negra y desértica.

-¿Por qué?

-No lo sé. He tratado de buscar información al respecto. Sin embargo, hemos procurado los esfuerzos para mantener esto.

Helena no paró de sonreír y Gabriel sintió ese fuego que experimentó la segunda vez que se besaron. Era algo que se le hizo más violento, más intenso. Ella se giró para verlo.

-¿Podría venir aquí? Esto me recuerda mucho mi hogar y me encantaría pasar más tiempo aquí.

-Por supuesto. Mi castillo y mi reino son tuyos también. Eres mi reina, la reina de todo lo que ves y más allá.

Hizo una pequeña pausa para acotar después.

-Pero es preciso que recuerdes algo, escapar será inútil...

Volvió su mirada fría y hostil. A pesar de ser así, Helena se mantuvo firme.

-No lo haré.

-Bien, más tarde te llamaré para que bajes a cenar. Me gustaría también que conocieras más sobre el castillo.

Se retiró sin decirle más. Helena, en la soledad de esa inmensidad, agradeció poder quedarse allí aunque también quiso quedarse con él un poco más.

Ella aprovechó su nueva condición de libertad para quedarse un poco más en ese jardín. Logró ver incluso los símbolos de la casa de Gabriel, ese dragón rojo enroscado rodeado de llamaradas. Aunque quiso quedarse para siempre, se fue para regresar a su habitación hasta el anochecer.

Estando allí, comenzó a pensar sobre todas las cosas que estaban sucediendo en ese momento. Pensó en lo alto y fuerte de la figura de Gabriel, en la expresión amable que poco a poco comenzaba a tener aunque de vez en cuando sus ojos se sentían fríos y distantes. Sentía curiosidad de él, de probarlo, de acercarse. Quería besarlo de nuevo pero la sola idea le provocaba temor.

Se distrajo al recibir el llamado para cenar. El castillo estaba más oscuro que nunca salvo por las bolas de fuego encendidas en las antorchas. Helena bajó al

comedor y se encontró a un Gabriel ansioso por verla.

-Hola, buenas noches. ¿Tienes hambre?

-Sí, un poco.

-Qué bueno, he mandado a preparar un festín de todo lo que más te gusta.

Ella se mantuvo perpleja. La mesa, dispuesta para dos, estaba repleta de deliciosos platillos. Él se acercó a ella y le apartó la silla para que se sentara, los dos no paraban de sonreírse.

-¿Y bien? ¿Qué te parece?

-Es impresionante. Hay tantas cosas, incluso las que solía comer de niña. Esto me trae tantos recuerdos.

La voz de ella se escuchó un poco quebrada, así que él aprovechó para servirle un poco de comida.

Helena le llamó la atención la falta de servidumbre, sin embargo, se encontró mucho más cómoda que las costumbres fueran más bien informales. Durante toda su vida, fue educada para tener una vida como la de sus antepasados y ahora se sentía más bien moderna y diferente.

Finalmente, él se sentó en la mesa y se miraron a los ojos.

-Es nuestra primera cena como casados. –Dijo ella.

-Así es.

Comenzaron a comer y el ruido de los tenedores y platos era lo único que se escuchaba. Por un lado, Gabriel estaba en silencio con ganas de ir a por ella y besarla. Por otro, Helena quiso acercarse a él pero no sabía cómo hacerlo. Le resultó un hombre indescifrable.

Después de un rato, ella se atrevió a decir.

-En el desfiladero, mencionaste que no muchos podían dominar un dragón.

-Sí, sólo aquellos quienes tenemos la marca De Fuego. Yo la tengo y unos parientes más que ya murieron. Por eso me sorprendió de que fueras capaz de hacerlo. No es algo que ves todos los días.

-Entiendo.

-Sin embargo, me hace pensar que tienes algo que logra que las bestias te

obedezcan. Tienes algo que... No sé muy bien cómo explicarlo.

Helena miró fijamente a Gabriel. Él también lo hizo y fue como si entre los dos por fin se desatara una intensa fuerza. Ella se colocó de pie, dejando toda formalidad atrás, dejando el miedo y el sudor que le recorrió la espalda. En ese punto, no pudo esconder más las sensaciones que le producía ese hombre, no quiso negar más que quería estar con él a toda costa.

Como si leyera sus pensamientos, Gabriel hizo el mismo gesto de ella. Su gran tamaño y altura, pareció cubrirla por entero. Sin embargo, no estaba en modo de defensa, sino como un hombre que ansiaba la carne de su mujer.

Así pues que la tomó de la cintura para que estuvieran más juntos. Sus rostros comenzaron a acercarse, sus ojos cerrarse, hasta que sus alientos volvieron a entrelazarse. Por fin, se basaron en medio de la luz de las antorchas y en el silencio de El Castillo de Fuego.

La cercanía de sus cuerpos y la intensidad de la pasión que cada vez más quedaba expuesta. Helena volvió a aferrarse en la impresionante musculatura de él y Gabriel estaba anclado en la cintura de ella. Los besos fueron más fuertes, sus lenguas y labios se unían en una hermosa melodía.

El cuerpo de ella cedió cada vez más, estaba ansiosa por que él la tomara entre sus brazos y así fue. Gabriel la levantó como si pesara como una pluma y dejó la estancia para subir las escaleras con cuidado. Mientras lo hacía, sus manos seguían explorándola y su aliento abrasándola.

Con una mano, abrió la perilla de la puerta de su habitación. Iluminada sólo con un par de velas, la inmensidad del lugar abrumó a Helena. Una cama enorme, muebles del mismo tamaño y un gran ventanal con vista panorámica. Tenía sentido ya que él era el rey y líder de una familia imponente.

-Desde ahora, estos también serán tus aposentos.

Las palabras que salieron de esa boca divina, le volvieron el alma al cuerpo. Helena no pudo resistirse y se impulsó para besarlo. Estaba desesperada por entregarse, el momento estaba cada vez más cerca.

Él la dejó tendida sobre la cama. Pareció un hermoso ángel y por un instante, Gabriel se sintió culpable de recibir tan hermoso regalo. Sabía que ella todavía era virgen así que haría todo lo posible para darle una experiencia hermosa.

Comenzó a quitarse varias capas de su ropaje para sólo dejar un par de pantaloncillos. Helena se ruborizó al verlo de esa manera. Las enormes piernas, la espalda ancha, los hombros tallados a la perfección así como el torso marcado por los abdominales.

Por si fuera poco, el bulto de su pene le hizo suponer que ciertamente era un hombre con una importante envergadura. A pesar de la intimidación que le produjo ese cuerpo tan sensual y fuerte, Helena lo llamaba con los ojos, desesperada.

Él entonces fue junto a ella. Comenzó a besarla de nuevo con dulces caricias hasta que el deseo tomó control de su cuerpo. Sus manos comenzaron a quitarle la ropa con sutileza para con decisión. Cada vez que lo hacía, podía escuchar un largo suspiro de ella. También la miraba, quiso hacerle entender que las cosas estarían bien y que no le haría daño. Por suerte, Helena comprendió ese mensaje sin palabras y se entregó ante sus deseos.

Al quitarle la última pieza, Gabriel se echó para atrás para observar mejor lo que tenía frente a sus ojos. Se trató de una belleza casi fuera de este mundo. La piel de Helena, tan blanca y reluciente, era un placer para la vista. Sus pechos eran de tamaño mediano, redondos y firmes.

Los pezones eran pequeños de color rosado y con un aspecto de botón de rosa. Las piernas eran largas y hermosas, las caderas pequeñas y el coño cubierto de vellos dorados. Luego de mirarla por completo, él volvió a esos ojos cargados de miedo y ansiedad. Miró la agitación de su pecho y el temblor de sus extremidades.

Le acarició el borde de la cara con tal suavidad que ella cobró una actitud de pequeña gatita y se dejó dominar por él. Los labios de Gabriel comenzaron el recorrido desde la boca, pasando por el cuello, sus deliciosos pechos, así como el torso. Sus manos, al mismo tiempo, la acariciaban sin parar. Sus dedos viajaban a una exquisita velocidad. Helena no pensó que fuera posible sentir aquellas sensaciones.

Mantuvo los ojos cerrados hasta que experimentó un nuevo nivel de placer. Gabriel separó sus piernas con cuidado e introdujo su cabeza entre ellas. Su lengua hizo una primera lamida a su clítoris y entre los labios vaginales.

Ese contacto fue suficiente para hacerle perder la cabeza casi por completo. Ella se incorporó de inmediato y se aferró de las sábanas. No sabía qué era

pero sintió cómo la lengua de él estaba hecha fuego y que, gracias a ello, también le transmitió el calor que emanaba.

Gabriel quiso someterla un poco al sostenerle las manos. De esta manera, le impidió que hiciera movimientos y la forzó a sentir tanto como le fuera posible. Mientras, él se encargaría de darle placer con su boca.

Helena no paraba de gemir ni de gritar. Estaba tan excitada que sus fluidos terminaron por empapar el rostro de Gabriel. Esto, por supuesto, fue motivación suficiente para que él fuera con más decisión hacia dentro de sus carnes, tan dentro como fuera posible.

Continuó haciéndolo hasta donde su desesperación le permitió. Se incorporó con violencia, relamiéndose la boca. Fue entonces cuando introdujo lentamente uno de sus enormes dedos y comenzó a masturbarla suavemente. Helena exclamó un fuerte gemido mientras él movía su dedo dentro de ella, como si la follara él mismo.

Se apoyó aún más cerca de ella para escuchar con detalle los gemidos deliciosos que salían de su boca. Estuvo así un rato hasta que no pudo más. La miró con la misma desesperación de antes y se acomodó sin quitarle los ojos de encima.

Con una mano, terminó de quitarse el pantaloncillo de lino, por lo que dejó libre aquel miembro grueso e imponente. Estaba, además, repleto de venas, el glande repleto de la humedad de la excitación y duro y firme como una roca.

Primero lo rozó un poco, para hacerla gemir como quería. Ya después cambió la posición para penetrarla. Poco a poco, introdujo su grande dentro de su coño caliente y palpitante. Sintió la presión de sus carnes y siguió más adelante con todo el cuidado posible. Mientras lo hacía, Helena, aún inmóvil por las manos de Gabriel, no paraba de gemir, no paraba de chillar debido al dolor de la virginidad que dejaba de ser.

Requirió un empujón más para que Gabriel desflorara a Helena. Ella exclamó un pequeño grito y luego se dejó vencer por el placer intenso que ahora sentía. Así pues, él aprovechó la ocasión para adentrarse más en ella y para embestirla con gusto, con placer.

Su pelvis comenzó un movimiento lento pero constante. Su gran pene entraba y salía con cuidado hasta que cobró la confianza gracias a las reacciones de ella. Sin duda, lo estaba disfrutando así como él.

El tenerla así, el rozar la piel contra la de ella, en sentir las pulsaciones y el pecho acelerado por el deseo, así como el calor y la humedad de su coño, le producían una serie de intensas sensaciones. Estar con esa mujer era como tener la capacidad de tocar el cielo varias veces.

Las piernas de ella, aún más abiertas, aún más dispuestas a él, lo recibieron mejor que antes. Helena no paraba de gemir y de hacerle entender que ella también lo deseó a él desde el primer momento que se vieron.

Gabriel colocó entonces las manos de ella sobre su cabeza, mientras seguía sosteniéndola. Siguió penetrándola con cierta suavidad hasta que experimentó el calor propio de cuando surgían momentos intensos.

Cerró los ojos, tratando de que no se escapara ese fenómeno sobrenatural en ese momento pero no fue así. Gabriel quedó cubierto de llamaradas azules intensas. Sin embargo, Helena, por alguna razón, no sintió miedo y siguió entre sus brazos. Ella se convirtió en el receptáculo de tan increíble situación.

Los cuerpos de los dos quedaron envueltos en la intensidad del sexo y en la pasión animal de Gabriel. Las llamas los envolvían hasta que él volvió en sí. Ella lo miró tranquila, por lo que siguieron unidos por las carnes.

Gabriel volvió a tomarla por la cintura e hizo que cambiaran de posición. Él se quedó sobre la cama mientras que ella lo montó como una bestia. Su hermosa figura, el cabello suelto y brillante que cayó sobre su espalda como una hermosa cascada dorada, le dejó convencido de que ella era alguna especie de diosa que había llegado a su vida para domarlo.

Helena comenzó a moverse un poco. Primero lo hizo con cierta timidez hasta sintió un poco más de confianza y soltura. Sus pechos iniciaron un movimiento ascendente y descendente gracias al rebote, sus labios emitían algún sonido incomprensible para él y sus manos buscaron las suyas desesperadamente.

Entrelazaron sus dedos y se unieron con fuerza. Ella siguió moviéndose sin parar y con una fuerza que desconoció tener. Mientras no estaba concentrada en la presión deliciosa de tener un pene así dentro de ella, Helena comprendió que esa unión de ambos cuerpos era una de las sensaciones más gloriosas que existían.

El estar desnuda y tan vulnerable ante un hombre como ese, el de haber compartido un momento tan extraordinario como quedar envueltos entre las llamas del deseo, el que ambos dejaran libre sus verdaderas esencias era algo



que a ella le pareció increíblemente poderoso.

Al final, Gabriel sintió un cosquilleo que recorrió la planta de sus pies hasta la punta de la cabeza. Sus manos se aferraron esta vez en las caderas de ella y fue cuando comenzó a gruñir y a quejarse. Estaba a punto de correrse.

Aunque deseaba hacerlo con premura, pensó que lo más adecuado era darle ese regalo a esa mujer divina. Así que hizo que se levanta y la colocó de nuevo sobre la suavidad de las sábanas. Volvió a penetrarla pero esta vez con suavidad, con dulzura. Para hacerlo con más intensidad, colocó el dedo pulgar sobre el clítoris y comenzó a masajearlo con lentitud. Poco a poco a medida que la penetraba.

Aumentó el ritmo y la intensidad hasta que vio que ella pareció perderse en un trance intenso de placer. Lo hizo con un poco más de ahínco puesto que quería que ella se corriera pero que también disfrutara cada instante.

Helena, en medio de esas sensaciones, no supo muy bien cómo explicar la situación. Su coño pareció que iba a estallar así como algo dentro de ella. No estaba muy claro qué era hasta que volvió a cerrar los ojos, apretó los labios y las manos sobre el cuerpo macizo de Gabriel. Y fue allí cuando sintió que sus fluidos salieron de su cuerpo gracias a un potente orgasmo. Helena quedó cubierta por la oscuridad de la excitación y se dejó vencer sobre la cama.

Gabriel, por otro lado, satisfecho de haber logrado uno de sus principales objetivos, sacó su pene de ese cuerpo perfecto y con su mano, comenzó a masturbarse con violencia. Helena tenía los ojos entreabiertos pero también deseosos de saber qué sería lo próximo que sucedería.

Así pues, que sólo pudo agudizar sus oídos para escuchar cómo su hombre volvía hacer los quejidos de placer. En pocos segundos, Gabriel se corrió sobre el torso y los pechos redondos de Helena, los cubrió por completo de un semen caliente que fue una clara señal de que ella era suya y que sólo él era su dueño.

Al terminar de hacerlo, Gabriel se echó al lado de la cama a duras penas. Las manos de Helena acariciaron la cabellera sedosa, brillante y roja de Gabriel. Él, echado cerca del cuerpo de ella, pudo sentir que los corazones de los dos latían con la misma fuerza y agitación producto de un momento tan mágico e inesperado.

Él no quiso pensar más, no quiso cubrir sus pensamientos con nada que no

fuera la euforia deliciosa del momento. Se encontró satisfecho y pleno de compartir la cama y la piel con ella. Nunca pensó que fuera posible pero así fue. Afortunadamente.

## VIII

El Castillo de Fuego era consumido por las llamas ante la mirada desgarradora de Gabriel. Sus hombres corrían de un lado para el otro como gallinas sin cabeza. Junto a él, los cuerpos de sus amados dragones, haciéndose cenizas en medio del caos. La falta de comprensión también le impidió ver a una Helena que gritaba desde lo alto, suplicando por su ayuda. Los alaridos rompían el viento así como su corazón.

El reino negro, el del fuego eterno, el de la sangre imbatible, se derrumbó a sus pies y sin poder hacer nada. Gabriel perdió todo, completamente, en cuestión de minutos. El destino volvió a patearlo, a escupirle la cara con descaro.

Ante el calor, la muerte y la sangre, Gabriel abrió los ojos y se encontró en la habitación. Se levantó y comenzó a tocarse compulsivamente, estaba asegurándose que aquello se trató de una terrible pesadilla. Hizo un suspiro y miró a su lado, con el terror aún en la espina. Helena dormía junto a él con una tranquilidad que le alivió por completo.

Permaneció un rato sentado, sintiendo las gotas de sudor en la frente cuando ella despertó.

-¿Qué ha pasado? Estás empapado.

-No es nada. Tuve una pesadilla pero todo pasó.

El intento de no preocuparla fue en vano. Ella se levantó y le tocó la frente. Él se sorprendió por el gesto.

-Estás sudado, Gabriel. Déjame buscar un poco de agua...

-No... Quédate aquí. Hazlo, por favor.

Ella lo miró con dulzura y así lo hizo. Se recostó de él y permanecieron en silencio por un momento.

-Hay algo que quiero preguntarte pero creo que sería fuera de lugar.

-Hazlo.

-Hay una leyenda en tu familia que dice que sólo unos pocos tienen poderes de dragón. Cuando estuvimos juntos, ¿fue una manifestación de eso?

-Sí. Yo lo heredé de mi padre. La primera vez que lo experimenté era un chiquillo. Después supe que era posible controlarlo y canalizarlo a mi favor pero hay veces que simplemente no puedo. –La miró a los ojos. – No sé qué tienes, Helena y tampoco lo quiero saber, no me importa. Lo único que me importa es que quiero que te quedes.

Ella no supo qué responderle. No obstante, la sensación de alegría no le cabía en el cuerpo. Ya no tenía miedo de él, no estaba intimidada.

Le tocó el rostro con sus pequeñas manos y apoyó su frente sobre la de él. Acarició sus cabellos, le trató de transmitir la paz que sentía ella por estar con él de esa manera. Entonces Gabriel se decantó por abrazarla, por traerla hacia sí y sentir el calor de su cuerpo en esa noche fría.

En ese instante, quiso volver a unirse a ella así que la besó con suavidad y luego con intensidad. Helena permaneció desnuda entre los brazos de su hombre dispuesta a entregarse a él de nuevo... Y las veces que él quisiera.

Siguió tocándola, besándola, deseándola. El hombre dulce se entremezcló con el animal que vivía dentro de su cuerpo. Entonces la colocó en cuatro en un santiamén. Separó un poco sus piernas y desde esa posición, se deleitó al ver cómo su culo se veía firme y suave como un durazno.

La piel aterciopelada y la blancura de su piel, fueron una tentación para sus manos las cuales comenzaron a darle nalgadas unas tras otras. Al hacerlo en un ritmo constante, pudo observar cómo quedaban marcadas sus palmas y cómo la piel de ella se tornó roja.

Helena sintió el ardor de los impactos pero, para su sorpresa, encontró esos estímulos increíblemente deliciosos. Ansió más, deseó más de él y de eso que le daba. Así estuvo un rato hasta que el rostro de Gabriel quedó entre las nalgas de ese culo divino, con la intención de lamerla desde atrás.

Así lo hizo por un rato hasta que comenzó a ver cómo los hilillos de saliva y flujo cayeron sobre la cama. Introdujo un par de dedos y esperó un momento más para dilatar el coño. Mientras lo hacía, su boca se hacía agua y su pene estaba más duro que nunca.

Dejó de masturbarla hasta que se incorporó. Tomó su verga con una mano y se tocó un poco para ponerlo más firme aunque creía que, de ser así, explotaría en cualquier momento.

Colocó sus manos sobre las caderas de Helena e introdujo su pene con ganas.

Apenas entró su glande, sintió la deliciosa presión de esas carnes vírgenes completamente suyas. Helena comenzó a gemir y él también. Adoraba sentir su calor, sus flujos sobre su verga. Ella lo hacía sentir como todo un semental.

Inició una serie de movimientos sensuales con su pelvis. Su pene iba adentro y afuera sin parar. Luego cobró más intensidad y rapidez hasta que prácticamente no hubo necesidad de hacer esfuerzo.

Aunque era una situación más que deliciosa, él se encontró en la situación en la que se percató que no aguantaría demasiado tiempo, así que cambió de posición a una en donde ansiaba tenerla. La tomó por el cuello y la apoyó sobre la pared, con una de sus manos, hizo curvar la espalda para mostrar esas nalgas que tanto lo llamaban. Antes de volver a meterlo, dio un par de mordiscos en las dos. Observó la marca de sus dientes y sonrió.

Le separó las piernas y volvió a posicionarse. Respiró profundo y echó su cabello para atrás. Tomó el de Helena para tener impulso y la penetró con fuerza. Las manos blancas de ella, trataron de aferrarse ante la piedra negra de las paredes aunque sin éxito. Las embestidas de Gabriel eran fuertes, mucho para su cuerpo delicado. Su pene se adentraba en ella con tan profundidad que pensó que no sería capaz de soportar por más tiempo. Sin embargo, él la traía de vuelta a la realidad de alguna forma u otra. Él se aseguraba que sentiría cada centímetro de él. Tanto como fuera posible.

En medio del gozo y del placer, Gabriel decidió ir un poco más lento para sentir bien el cuerpo de su mujer. Así que se apoyó más en ella para penetrarla más aún mientras que, con su otra mano, aseguró mantener viva la excitación al masturbar su delicioso clítoris. Dio unos cuantos movimientos circulares, se aseguró que ella sintiera sus dedos ya que también deseaba que estos quedaran empapados de sus fluidos. Cuando pasó, los llevó a su boca y le dijo al oído.

-Me encanta tu sabor.

Ella emitió una especie de alarido en señal de que su cuerpo estaba sujeto a las órdenes de él. Ya no valía la pena resistirse más.

Siguió follándola y penetrándola en esa inmensa habitación. Después retomó un ritmo más acelerado. Sus dedos y su pene se concentraron en los puntos deliciosos de placer de Helena. Gabriel expuso esa noche, sus habilidades amorosas a la perfección, supo complacerla desde el primer beso y eso que sólo era el comienzo.

El final se acercó cuando los comenzaron a experimentar los espasmos propios de la llegada del orgasmo. En Helena se manifestaron en temblores violentos en las piernas y en Gabriel en los gruñidos y en los extraños ruidos que emitían sus labios. Los dos parecieron ir en la misma sintonía.

Ella cerró los ojos para quedar embebida en el placer que él le hacía sentir, mientras que él, apenas pudo hacerlo porque no quería perderse cada manifestación de la lujuria que los dos compartían.

Gabriel la tomó con más fuerza pero esta vez en el cuello. Las embestidas se volvieron más violentas y fue tan rápido o más. A ese punto, no era seguro ya que los dos estaban en estados emocionales y físicos difíciles de explicar.

Helena gritó con fuerza al tener todavía la verga de Gabriel dentro de ella. Él también se corrió adentro de las carnes de su mujer.

... Aún unidos, permanecieron entrelazados por un buen rato.

## IX

-Si no lo detenemos, arrasará con todo a su paso.

-Ya lo está haciendo.

-Exterminó con un par de reinos en un mes. UN MES. Este hombre tiene un arsenal y nosotros hablamos de la amenaza que podría representar. Es algo real, mis señores. Tan cierto como les digo.

-Le he visto en el campo de batalla. Es tan letal como se dice.

-Yo he visto sus dragones. No los usa a menos que corresponda a su placer.

-Así que no son inventos.

-No, mi señor. Existen y son tres. Escupen fuego, un fuego que extermina todo a su paso. Para peor, no existe alguien capaz de dominarlos, sólo él.

-Su familia siempre fue un peligro latente para el resto. Así será con la existencia de alguno.

-¿Qué podemos hacer? ¿Debemos rendirnos ante él?

La mesa redonda con los pocos monarcas de los reinos sin conquistar, hablaban sin parar. A pesar que había pasado tiempo sin noticias de él, Gabriel, El Padre, era una figura latente ante cualquier conversación.

-Dicen que se casó con la princesa del reino del norte. Podríamos secuestrarla y obligarle a que deje sus planes.

-Da lo mismo. Se casó con ella por la fuerza. Le da igual la vida de la gente. Podríamos tenerla sentada aquí, con un cuchillo en el cuello y él mismo la mataría. No. Eso es un juego para niños.

Quedó el silencio tras la discusión. Los rostros de los reyes denotaban una preocupación alarmante, se estaban quedando sin opciones.

-Hay que matarlo. Es la única forma en que podríamos destruir a sus dragones.

-¿Pero cómo? Es imposible.

-Existe un manuscrito que describe la debilidad de esa maldita familia. Si uno de sus miembros, el capaz de manejar a los dragones, muere o es herido, los dragones sufrirán el mismo destino.

-Es un caballero con grandes habilidades.

-No desconfíes de una flecha bien colocada. O de un veneno poderoso. Sin él en el medio, sus ejércitos son nada y será la oportunidad de acabar de una vez por todas con esta estupidez que nos ha molestado por demasiado tiempo.

-Entonces, ¿qué haremos?

-Reunir todas nuestras fuerzas y escoger a los mejores para que se centren sólo en matarlo. Si lo hacemos, tendremos la misma cantidad de hombres que él y la batalla, la real batalla, será entre sus verdugos y él. Y créanme, amigos, lo lograremos.

A pesar del silencio producto de la duda y el miedo, todos asintieron en conformidad con la propuesta.

-Muerte al El Padre. Ya es hora.



## X

Mientras una confabulación se fraguaba, Gabriel estaba en las mieles del amor. La decisión inesperada de estar con una mujer como ella, le trajo como consecuencia una nueva fase que desconocía de sí mismo.

Por primera vez en años, la amargura de la venganza, así como las experiencias pasadas de dolor y abandono, dieron un paso atrás gracias a Helena. Este tiempo también lo aprovechó para enseñarle todo referente a la familia. El árbol genealógico, el origen y las penurias que pasó siendo un niño. Ella comprendió mucho de su actitud y ambición, la misma que produjo la separación de su padre.

Entre todas las cosas, Gabriel también le instruyó sobre algo muy importante. En vista del lazo que había hecho con los dragones, él le indicó voces de mando y señas para que estos la obedecieran por completo. Por alguna razón, él consideró que esto era un paso importante para ella y para él.

Después de un día de duro entrenamiento, los dos quedaron solos y a gusto con su compañía. Ya no hubo tensión, ni temor.

-Quiero que veas algo.

Gabriel la llevó al estudio que aún estaba a oscuras. Él encendió una vela que tenía cerca y así la habitación quedó completamente iluminada. Helena quedó atrapada por el enorme mapa expuesto en una de las paredes. Observó los puntos rojos e infirió que se trataba de los reinos conquistados por él.

-Todo lo marcado es mío y también es tuyo.

-¿Qué quieres decir?

-Mis tierras ahora son tuyas, Helena. Cada persona, cada mujer, niño, hombre, animal que pisa sobre estos lugares, te pertenecen. Como mi esposa, eres también monarca de El Castillo del Fuego y de todo lo que yace debajo de él.

-Es una enorme responsabilidad. No me había percatado de lo importante que es todo esto para ti.

-Es honor a mi familia. Ellos sufrieron de una conspiración y casi todos fueron exterminados.

La mirada de él terminó en el suelo. Sus ojos grises se volvieron tristes y

fríos. Era obvio que todavía sentía un odio muy profundo dentro de él y ella no podría hacer nada el respecto. Gabriel tenía que ser capaz de salvarse a sí mismo.

-Sé que extrañas tu hogar y sé que quieres ver a tu padre. Lo noto en ti todos los días, pero no puedo dejarte ir ahora, Helena. No puedo. Es algo difícil de explicar pero es así.

Helena sintió estas palabras como un duro golpe. A pesar del sabor amargo que le dejó, se atrevió a decir.

-Yo sólo quiero que me prometas que estarán bien. Todos, incluyendo mi padre. Yo no soy muy importante, yo puedo soportar lo que sea pero no quiero que él sienta dolor, no más...

-Claro que eres importante. Ojalá supieras lo importante que eres para mí, para todo esto. –Dijo mirando alrededor. –Ya no puedo hacer esto solo, siento que soy incapaz. Por eso te pido que tengas un poco más de paciencia, sé que es un proceso duro, muy duro para ti pero no puedo evitar ser egoísta contigo.

Ella se acercó a él y trató de comprender sus palabras. Lo miró a los ojos y se acercó para darle un suave beso. Después, las manos de él descansaron en la cintura y ese beso se convirtió en algo más. Más profundo, más intenso.

Así pues que él se le ocurrió subir un poco el nivel de su intimidad.

-Eres mía, ¿cierto?

-Enteramente.

-Entonces necesito que confíes en mí.

-Lo hago.

-Ven.

Le extendió la mano y fueron a un camino distinto a las escaleras que llevaban a la habitación. Fueron más bien hacia un pasillo que ella desconoció por completo. A diferencia de otras estancias en la casa, el lugar estaba a oscuras. Ella se aferró a la mano de él sintió como esa vez que descubrió el hermoso jardín del castillo. Así que respiró profundo y decidió confiar en él. Era lo correcto. Era lo que decía su corazón.

Finalmente llegaron a un lugar húmedo y poco iluminado. Era una especie de celda y en ella se encontraban un par de cadenas en puestas en la parte

superior de la pared del fondo.

-¿Confías en mí? –Le preguntó con aire severo.

-Sí. –Respondió ella sin dudar.

La guió hasta allí y tomó sus delicadas muñecas. Una por una, las colocó sobre la pared y las ató sobre las pesadas cadenas que se encontraban allí. Al terminar, sus movimientos, al menos en la parte superior, quedaron limitados. Gabriel se echó para atrás para mirar lo que había hecho, sin duda se sintió más que satisfecho.

De repente, como si tuviera dentro de su cuerpo una especie de fuerza contenida, le arrancó la ropa con ambas manos. Helena, desde donde se encontraba, sonreía a su señor con lujuria, la misma que él proyectaba en la mirada.

Quedó desnuda de golpe. Gabriel volvió a deleitarse de la desnudez de ella por lo que no tardó demasiado en acercarse a su boca y lamer sus pechos, en morder los pezones en apretarlos con las manos. Ella sintió la deliciosa lengua de él, devorando su piel como si fuera su alimento.

Luego, flexionó sus piernas para arrodillarse. Su boca quedó a la altura de su coño así que enterró su cabeza en ese lugar. Comenzó a succionarla, a morderla y probar los deliciosos jugos de su excitación. Sus manos se afincaron en los finos muslos mientras la chupaba. De vez en cuando, incluso le propinaba una mirada para saber cómo reaccionaba. Ella estaba perdida en la excitación, así que él continuó haciéndola suya cada vez más.

Cuando se halló satisfecho, se levantó y se apartó un poco de la iluminación de esa extraña celda. Al regresar, lo vio con una especie de látigo. Gabriel, se acercó a ella y le dijo al oído.

-Quiero marcarte porque quiero que sepas que eres sólo mía. Que me pertenesces. Quiero que, a través del dolor, sepas que soy tu dueño. ¿Me permitirías hacerlo?

La suavidad de su voz más la calidez de su aliento, fueron suficientes para convencer a Helena. Sólo alcanzó a asentir ligeramente por lo que Gabriel tomó esto como una señal inequívoca de que podía comenzar con el castigo.

Se echó para atrás entonces y alzó el brazo con el látigo con varias cintas de cuero negro gastado. Primero, lo hizo sonar contra el suelo para que ella

estuviera segura de su respuesta. Ante la firmeza de su mira, Gabriel se complació en saber que tenía el visto bueno de ella.

Volvió a hacer el mismo gesto pero de manera menos contundente, entonces, con un rápido movimiento, azotó las piernas de Helena con decisión. Como era natural, hubo un primer quejido pero eso no fue impedimento para Gabriel. Así que continuó con los impactos y los distribuyó en varias partes de su cuerpo. Los muslos, el torso e incluso parte de los brazos.

Luego, le quitó las cadenas pero con la intención de colocarla de espaldas. Gracias al frío de la pared de piedra, Helena lo sintió como un delicioso alivio con respecto a las heridas que tenía en su cuerpo.

Luego de volverla a encadenar, Gabriel miró la belleza desnuda de su esclava, de la esclava de fuego que tanto gozo le daba. Sus manos apretaron sus nalgas y las sostuvo por un rato así, manoseándolas con fuerza. Al terminar, se recordó a sí mismo que el castigo debía continuar por lo que se aseguró volverla azotar.

Se deleitó de nuevo con el castigo. Los impactos de los dio en las nalgas y en la parte baja de la espalda. Le encantó ver cómo el rojo de los azotes por el cuero, le rompían la piel a Helena.

Quiso terminar porque la dureza de su pene la encontró insoportable. Se quitó la ropa rápidamente y fue a encontrarse con ella en esa misma posición. Colocó su pene entre las nalgas y se masturbó allí por un rato.

Incluso, tomó su miembro e hizo unos cuantos golpes sobre el culo de Helena. La imagen la causó más placer y más ansiedad, por lo que se preparó para follarla desde atrás. Tomó el clítoris de ella con una de sus manos, apretándolas con fuerza y le penetró ese coño dulce y cerrado.

Lo metió lentamente y, cuando entró todo por completo, apoyándose con la mano en el coño, empezó las embestidas. Su pene entraba y salía con rapidez gracias al impulso que producía aquella extremidad. Adoró sentir el calor de ella entre sus dedos mientras la penetraba en otra posición.

Helena no paraba de gemir. Incluso, cuando podía salir del trance, nunca se imaginó a sí misma convertida en una especie de esclava y menos disfrutando de ello. Cerró los ojos con el gusto de experimentar la delicia de ser poseída por ese hombre tan grande e imponente, con esa verga dura, gruesa que la rompía por dentro pero que también le causaba una excitación difícil de

explicar.

No pensó que fuera capaz de sentir tales cosas, de conectarse con los sentimientos más oscuros y viscerales de sus ser para disfrutarlos a plenitud. Ya no sintió vergüenza de eso sino más bien todo lo contrario, se encontró satisfecha de haberse asumido con plenitud y de estar con un hombre como él, quien le dio la oportunidad de ser como era ahora.

Gabriel soltó el coño de Helena para concentrarse en el cuello. Al estar en esa postura, se aseguró gemir en el oído de ella. Helena se sintió más excitada aún porque su hombre la gozaba como quería.

Se mantuvo dentro de ella al mismo tiempo que la ahorcaba un poco.

-Eres mía... Eres sólo mía.

-Eres mi esclava.

-Eres mi reina.

-Eres mi mujer de fuego.

-Eres lo que me consume.

-Eres la que me domina.

-Yo también estoy a tus pies.

Le decía sin parar. Le decía una y otra vez.

El sonido de su pelvis sobre las nalgas de Helena también anunció la llegada del orgasmo. Así que colocó su mano sobre la espalda baja de ella, hizo que se inclinara un poco para ir más profundo. Cuando lo logró, la embistió con más fuerza, haciéndola gritar. A los pocos minutos, Helena se corrió aunque Gabriel quiso follarla un poco más, sólo un poco más.

Al estar cerca, sacó su pene apenas a tiempo. El glande ya tenía unas cuantas gotas de semen cuando por fin explotó sobre la espalda de ella. El semen caliente cayó sobre su espalda y nalgas, dibujando patrones indefinidos por esa piel suave y delicada, ahora rota por los azotes.

Gabriel se colocó junto a ella y buscó sus labios para besarla con dureza. Sus lenguas se entrelazaron con salvajismo a medida que recuperaban el aliento.

Después de limpiarse y de salir de allí corriendo y riendo como un par de niños, Gabriel y Helena se dirigieron a sus aposentos. Cayeron sobre la cama

y se tomaron de las manos. Juntos miraron el techo abovedado y negro, sonriendo como si estuvieran uno frente al otro.

Helena estaba vigorizada y todavía cubierta por el rubor. Gabriel se sentía como si fuera el hombre más fuerte del mundo, capaz de hacer lo que quisiera.

Poco a poco cerraron los ojos y se perdieron en el sueño.

## XI

Las pesadillas de fuego y muerte volvieron a despertar a Gabriel en la madrugada. La frente perlada por el sudor, la espalda contraída, le sensación desagradable en la boca del estómago. Cada uno de esas cosas era señal de que algo se aproximaba y que era inminente. Se incorporó y se bajó de la cama con cuidado. Procuró no despertar a Helena.

Tomó una larga bata para tapar su desnudes y salió para ir a su estudio y tener un rato a solas. Al llegar, se sentó en la elaborada silla de madera y apoyó su cabeza sobre sus manos. Respiro profundo y trató de relajarse mientras terminó de despuntar el amanecer.

Cuando se dio cuenta que el sol por fin había salido, se levantó con la intención de lavarse y empezar el día, sin embargo, en ese momento le interrumpió el comandante general con una expresión poco alentadora.

-Mi señor, nos han entregado esta comunicación urgente para usted.

-Léela.

El hombre hizo el intento de pero no pudo, los nervios no le dejaron. Así que él tomó el pergamino y comenzó a leer. Los reyes de los pocos reinos restantes se aliaron en su contra, al momento de llegar la comunicación, ya estarían acercándose a El Castillo de Fuego.

-Bien. Parece que los planes se adelantaron. Prepare las tropas y todo el armamento, apuesto que se quedarán en el bosque de sal a pocos kilómetros de aquí.

-Mi señor, ¿qué hacemos con la reina?

Cierto, él tenía que asegurar la vida de ella así que permaneció un rato en silencio.

-Llévensela al fuerte que está en el norte. La quiero protegida y a salvo. Que nadie además de ti y unos cuantos de la guardia real, sepan que ella está siendo trasladada. De inmediato. Venga.

-Sí, mi señor.

El hombre salió como flecha en dirección a los aposentos de Helena. Gabriel, por su parte, se giró hacia el mapa que tenía en frente.

-Ha llegado el momento. Por fin.

Helena despertó en medio de los ruidos de la puerta. Confundida y aún cansada, apenas pudo comprender las palabras del comandante general. Por ende, sólo tuvo tiempo suficiente para prepararse e irse de allí tan rápido como pudiera.

-Exijo ver al rey.

-Mi señora, es imposible.

Como pudo, se escabulló de la guardia y fue hacia el estudio. Al no encontrarlo, fue a los establos y lo halló preparando a la caballería. Estaba vestido ya con su armadura plateada. Al verlo, retrocedió un poco porque, de esa manera, cobró un aspecto más duro y fuerte.

-Helena...

-¿Qué ha pasado?

-Vienen para aquí, vienen a atacarnos. No deberías estar aquí, tienes que irte.

-No puedo dejarte. Esto es una estupidez, ¿por qué no renuncias a esto? No tiene sentido.

Con la mirada fría y cargada de desprecio, Gabriel se le acercó casi de manera amenazante.

-Para mí si lo tiene, Helena. Lo hago por mi familia y por las familias de que no tuvieron la suerte de defenderse. Esto no puede seguir así.

Ella trató de argumentar pero no pudo. El silencio tragó sus cuerdas vocales.

-Mi señora, debemos irnos.

Gabriel le dio la espalda para no verla con ese rostro de angustia ni miedo. Sólo alcanzó a ordenar que la alejaran de su vista. Fue entonces cuando Helena recordaría el brillo del metal alejándose de ella, como un recuerdo triste.

La subieron a un carruaje con unos cuantos guardias reales y la encaminaron a un fuerte un poco lejos del castillo. Apenas fue notificado, Gabriel suspiró de alivio al darse cuenta que ella estaría lejos del peligro.

-Reúnan a todos y cada uno, no quiero rezagados. El momento llegó y es ahora cuando tenemos que pelear verdaderamente por nuestras vidas.



Cientos, no, miles de soldados fuertes, altos, intimidantes, se preparaban para la batalla. Gabriel percibió en el aire que la presencia del enemigo se hacía cada vez más palpable.

-No falta demasiado para que estén aquí.

-Mi señor, estamos listos.

Él se subió a su caballo e hizo un recorrido entre las filas de hombres. Se sintió orgulloso de verlos así, con ese aspecto aguerrido, fuerte, inquebrantable. Se colocó al frente de todos ellos, junto a él como de costumbre, el comandante general con el estandarte de la casa. El banderín con la imagen del dragón rojo ondeaba en el viento del día. Gabriel supo que faltaba poco para el enfrentamiento final.

Esperó ansiosamente. Encontró sospechoso el silencio del campo abierto así que estuvo atento de los próximos movimientos. De repente, una flecha con punta de fuego cruzó los aires y cayó muy cerca de él. Todos permanecieron atentos ante su señal y fue cuando vio una línea de hombres que se dirigían ante ellos.

-ESPEREN LA SEÑAL.

Gritó a todo pulmón.

A pesar de la distancia, se pudo escuchar los gritos de los hombres que venían hacia ellos. Siguieron esperando pacientemente porque sabían que su rey, quien había estado en batallas con ellos, sabía cuál era el mejor paso para continuar.

Acortaron los metros y él finalmente desenvainó la espada y alzó el brazo con fuerza.

-PREPARAOS. PREPARAOS.

Todos se colocaron en posición y Gabriel descendió la espada hasta el suelo.

-FUEGO.

Las catapultas lanzaron bolas de fuego y hierro, tan grandes que parecían proyectiles para tumbar gigantes. Los primeros lanzamientos hicieron retroceder a la primera línea ofensiva y ellos pudieron avanzar.

-PREPARAOS.

En un costado, como una táctica sorpresa, apareció la caballería. Gabriel

dedujo que aquello se debió a una estrategia para rodearlos y acabar con ellos rápidamente. Pensó en un momento si era adecuado llamar a sus dragones o si aquello más bien era una especie de trampa.

Se decantó por esto último, así que esperó un poco más.

**-PREPARAOS. HACED LA ALINEACIÓN ACORDADA.**

Mientras la catapulta se concentraron en el frente, el resto se preparó para la embestida de la caballería. No obstante, la sonrisa de Gabriel brilló en el horizonte ya que hizo una señal. Una ola de flechas cayó sobre el enemigo, haciéndolos retroceder. Él, aún en la punta, avanzó con rapidez abriéndose paso entre los hombres que ya estaban sobre ellos.

Fue en ese instante cuando los atacantes se prepararon para la segunda fase, dejar que él peleara solo para aprovechar la vulnerabilidad y matarlo. Sería con una flecha envenenada. De no resultar, Gabriel moriría por la estocada de un guerrero que lo tomaría por sorpresa. Trataron de cubrir todas las posibilidades y escenarios. Estaban preparados.

El Padre descendió del caballo con tan agilidad que tomó por sorpresa a quienes estaban esperando combatir contra él. Adoptó una postura de ataque y enseguida comenzó a pelear con increíble destreza. Quienes estaban allí, no se encontraban muy seguros de pelear contra él. Pero no había nada que hacer, al final del día él era una amenaza que había que aplastar.

Gabriel sintió que estaba entrando en calor, confió en sus hombres y en la estrategia que había establecido para vencer. Sin embargo, tuvo la extraña sensación de que algo no estaba bien. ¿La razón? Se encontró en un punto aislado sin darse cuenta.

Enterró la espada en un cuerpo que trataba de abalanzarse sobre él cuando decidió reunirse con su ejército. Silbó para que su caballo fuera a por él pero no sucedió. Miró para todas partes y vio a su fiel amigo echado en la tierra con una herida mortal. Trató de ir hacia él cuando observó que una flecha fue hacia su dirección. Logró esquivarla a duras penas. Fue allí que confirmó que estaban buscando matarlo.

Como ese terreno lo conocía como la palma de su mano, corrió rápidamente en una de las adyacencias en el bosque de sal. Aunque no había demasiados lugares para esconderse, al menos le daría suficiente tiempo para pensar qué hacer. Respiró profundo y cuando decidió salir, fue acosado por una nueva

ráfaga de flechas.

-JODER.

Estaba solo y sin posibilidad de moverse demasiado. Trató pensar en un plan. Sin duda estaba acorralado.

Podría llamar a uno de sus dragones pero sabía que herirlos también sería un golpe duro para él debido a la conexión que tenía con los tres. Además, los consideraba como parte de sí mismo por lo que se negó con insistencia en tomar ese recurso.

La indignación de aquella provocación, la ira de no tener la manera de cómo escapar, le produjo esa misma sensación que tuvo cuando se enfrentó a los ladrones cuando era un muchacho. Hizo un esfuerzo para controlarse pero no pudo... Fue demasiado tarde.

El calor que nació en la boca del estómago, se redirigió a todas sus extremidades. De repente, su piel blanca cobró un color rojizo como su cabello. Los ojos grises también se tiñeron de ese tono. Gabriel abrazó por completo su ser como hombre y como dragón.

Se levantó del suelo y sostuvo con fuerza su espada. La misma, pareció transformarse en una larga lengua de fuego. Caminó hacia su instinto le dijo, pudo percibir la presencia del enemigo muy cerca y fue hacia él.

Encontró el escondite de sus asesinos en cuestión de minutos. Ellos, entre los gritos de desesperación y terror, quedaron consumidos por las llamas del cuerpo y la espalda de Gabriel. Él, en ese punto, ya no era el mismo.

Su hambre de destrucción arrasó con todo lo que encontró a su paso. Destruyó carrozas así como todo tipo de armas, se abrió camino con el fin de encontrar a los conspiradores. En su mente, la imagen de su familia brutalmente acosada y destruida estaba tan latente como un recuerdo imposible de borrar.

Sus gritos retumbaron sobre toda la tierra negra. Sus enemigos no pudieron huir demasiado lejos. Los encontró con la misma expresión de miedo que tuvo él cuando sintió la espada que amenazó con su vida cuando tan sólo era un chico.

Sin embargo, la imagen de Helena apareció de repente en su mente. La sonrisa y los ojos verdes amables, las carcajadas así como la suavidad de su piel. Tan blanca, tan perfecta. Entre toda la tragedia ella era lo único real y sincero.

Fue allí cuando encontró la calma, cuando decidió que ya no era quien para hacer justicia y en ese instante, el filo de una espada casi lo atravesó por completo.

## XII

Los caballos galopaban a toda velocidad. El carruaje parecía flotar sobre el suelo y algunos soldados de la guardia real apenas podían mantener el paso. Helena no paraba de mirar hacia el exterior como si tuviera la esperanza de que Gabriel apareciera en cualquier momento.

Se aferró a la voz interior de que él estaba bien hasta que sintió una aguda punzada en el pecho. Se llevó las manos en donde sintió el dolor y cerró los ojos. Algo no estaba bien y se encontró segura de que tenía que ver con Gabriel.

Quiso gritar, quiso decir algo pero no pudo. Era como si su garganta se hubiera cerrado para evitar que dijera palabra alguna. Estaba cargada de un sufrimiento que le atravesó el cuerpo.

Finalmente llegaron a destino. Los guardias la guiaron con cuidado y procurando que lo hiciera rápido para evitar las miradas de los curiosos. Sin embargo, para Helena las cosas sucedían con lentitud. La realidad la sintió distorsionada, transformada en algo que no pudo ni quiso entender.

La dejaron en una habitación sola. Ella se levantó y se dirigió hacia la ventana a la espera del aleteo noble de los dragones. Permaneció allí por un largo rato, con la esperanza en el borde de los ojos. No hubo respuesta, no hubo nada más que el silencio y el frío que se volvieron más intensos con el paso de las horas.

Los días transcurrieron tan iguales como el momento que llegó al fuerte. Siempre sentada allí, en la cama o entre los pasillos en la búsqueda de un guardia real que le diera una respuesta de la situación. Nadie le decía nada.

Esperó ansiosamente. Incluso pensó que faltaba poco para volverse loca. El tiempo transcurrió y el dolor no desapareció.

Mientras caminaba por los pastos del fuerte, se le acercó un guardia.

-Mi señora, le ha llegado una comunicación urgente para usted.

Le entregó el pergamino y ahí mismo se fue. El corazón le latió con fuerza, especialmente porque sintió que la conexión que sintió con él desapareció de un momento a otro.

*“Su majestad.*

*Lamento ser portador de malas noticias. El Padre fue herido en batalla mientras defendía el honor de su casa y de su familia. Se han hecho grandes esfuerzos por mantenerlo vivo pero no sabemos si resistirá lo suficiente. Le envió esto con la esperanza que llegue a sus manos lo más rápido posible. Es urgente su presencia aquí. Haremos lo necesario para trasladarla con la seguridad que merece.*

*Quedo atento ante su respuesta”.*

Helena sintió que la vida cayó sobre sus pies. No obstante, un rayo de esperanza la hizo reflexionar que, afortunadamente, él al menos estaba vivo. No en las mejores condiciones pero vivo.

Así que salió corriendo y ordenó que la llevaran al campamento en donde todavía estaban atrincheradas las tropas.

Ella no esperó comer ni dormir, mucho menos prepararse para un viaje tan largo. Sólo estaba motivada con las ansias de verlo y de tenerlo entre sus brazos.

Las horas se convirtieron en días. A pesar que la distancia no era muy grande, los estragos en el campo de batalla fueron suficientes para retrasar la llegada de la reina de fuego. Después de sortear una serie de obstáculos y dificultades, lograron atravesar los campos maltrechos y la tierra herida por la guerra.

Las tropas supieron de la presencia de Helena al bajar del carruaje sin mucho protocolo. Los hombres la observaron correr en medio del caos para reencontrarse con el Gabriel. Ella no escuchó palabra alguna en el proceso, sólo estaba concentrada en encontrarlo.

Abrió las telas que la condujeron en la estancia principal. Gabriel estaba acostado sobre una ancha tabla, rodeado de velas. Junto a él, se encontró el comandante general quien dio un sobresalto cuando miró a Helena.

-Su majestad, ha venido con tanta rapidez...

-Dígame, ¿qué ha pasado?

El pobre hombre dio un largo suspiro.

-Mi señora, aislaron a nuestro rey de sus tropas. Quedó rodeado de unos cuantos hombres pero pudo sortear el ataque. Es un señor con grandes

habilidades en batalla, por eso nadie de extrañó de que se encontrara solo. Sin embargo... -Tragó fuerte- Recibió una herida que casi lo mató, mi señora. No pasó así quizás por un juego del destino.

Helena se acercó a él con cuidado y miró la palidez de su rostro. Incluso el rojo de sus cabellos perdió el brillo. Presintió que estaba mal porque a pesar de todo, era una persona fuerte y voluntad de vivir.

-... Ahora solo estamos esperando. Los médicos lo han observado y sus pronósticos son reservados. Por eso la llamé, mi señora. La llamé porque sé lo importante que es esto para usted y para nuestro rey.

-Gracias. Gracias. Estaba tan preocupada y sus palabras fueron arte de la respuesta que necesitaba entre tanta angustia. Así que no se preocupe, me quedaré con él tanto tiempo como sea posible. Todo el tiempo. Vaya a descansar.

Helena olvidó el sueño y el hambre. Todo ahora giró en torno a él.

Tomó sus manos y las frotó con suavidad. Algo dentro de ella la convenció que ciertamente tenían una fuerte conexión, por lo que pensó en transmitirle todo lo que pudo a través de la piel. Cerró los ojos y se concentró.

Pensó en la vez que la miró dominar los dragones, la vez que sus cuerpos quedaron envueltos en las llamas de la lujuria mientras estuvieron juntos. Recordó las veces en las que él le dijo la historia, su historia, el sufrimiento que pasó y la necesidad de vengar a aquellos inocentes como él.

Cayó la noche y todos estaban en la expectativa de lo próximo que pasaría. Helena estaba cansada pero el tenerlo así, entre la vida y la muerte, le dio las fuerzas que necesitó para insistir. Porque estaba determinada en insistir. Así pues que se quedó dormida acompañada por las luces de las velas y el silencio de la noche.

Gabriel estaba sumido en una oscuridad en la que tuvo consciente por segundos. Después de esa estocada, sus enemigos celebraron momentáneamente su triunfo, lo que no se esperaban era que él regresó a la vida un instante para lanzar un último ataque que los fulminó al instante. Después de regocijarse de la victoria, cayó al suelo sintiendo el filo que le atravesó hasta el espíritu. El último recuerdo fue el rostro de Helena difuminándose entre los pensamientos.

De a ratos logró estar consciente de lo que sucedía a su alrededor. Escuchó la

voz del comandante general que le gritaba, que le pedía que reaccionara. Sintió que lo trasladaban y casi pudo sentir el calor de la sangre que corría por su piel. El olor a óxido, el olor a muerte.

Se dejó vencer por el cansancio y cuando ya estaba entregado a su destino fatal, escuchó los sollozos de su mujer, de su reina que le reclamaba su presencia.

-Ven a mí, Gabriel. No me dejes sola. No me dejes sola aquí. No podría seguir... No podría.

Su voz estaba desgarrada por la desesperación. Incluso le pareció un poco gracioso que tuviera esos sentimientos por él cuando inicialmente le profesaba un profundo desprecio.

Como si hubiera recibido una inyección de vida, la piel de Gabriel se volvió un poco más brillante y el rojo de su cabello retomó ese rojo encendido. Poco a poco, abrió los ojos y se encontró con la cabeza de Helena sobre la mesa de madera.

-Mi señora...

Alcanzó a decir las palabras con cierto esfuerzo. Ella lo miró feliz porque realmente sí tenían la conexión que supuso desde un principio.

-No te muevas demasiado... Quédate tranquilo.

-Estoy tranquilo... Ya lo estoy contigo aquí.

Ella sonrió entre las lágrimas.

La recuperación de Gabriel tomó tiempo. Sin embargo, la fuerza de voluntad de un hombre como él, era algo que se podía ver a leguas.

Gracias a ello y gracias a la victoria que casi le costó la vida, Gabriel se convirtió en el soberano de un imperio grande y poderoso. Apenas supo la noticia de los reinos adheridos al suyo, sintió que por fin cumplió con el objetivo que tanto deseó desde que su familia fue despojada y vejada. Aun así, no se sintió satisfecho ni remotamente alegre. Faltaba algo más.

Helena estaba decida a apoyarlo pero la vida de su reino y la de su padre, seguían en peligro así que estaba en una situación particularmente difícil.

Esto hizo que El Padre, El Señor de los Dragones, pensara mejor las cosas. Estuvo a punto de morir por una causa y ahora, que ya la había logrado, tuvo



una sensación de vacío. Tomó esto como una especie de señal, quizás era mejor echar un poco para atrás y reconsiderar algunas cosas.

Miró a su esposa y supo que no era justo para ella la lejanía que le forzó tener desde un principio. Así que le permitió visitar a su padre por el tiempo que quisiera. No estaría mal incluso desde el punto de vista estratégico.

Esos días los tomó para encerrarse en el estudio y para mirar fijamente el mapa que tenía frente a sí. Los puntos rojos llenaron casi toda la superficie. Se tocó la herida cerca del pecho, aunque cerrada, a veces sentía que le molestaba.

La acarició con suavidad y luego se percató que la solución la tenía frente a sí. Él debía actuar como el ente de unión entre las tierras que ahora son suyas. Formar así una sola nación y hacerla fuerte, próspera. Sin divisiones, ni más disputas.

Tomó tiempo para hacer y más para convencer que ya no era una amenaza sobre los demás. Sin embargo, fue un proceso interesante ya que sus decisiones dejaron de sentirse incómodas o mal recibidas. Como señal de que las cosas iban por buen camino, fue a encontrarse con su reina en la tierra natal de ella.

A diferencia del primer día, lo recibieron con todas las pompas de un nuevo monarca. Ella lo esperó más hermosa que nunca en la escalinata que sirvió de encuentro entre los dos mundos más opuestos que existían.

Vestía un hermoso vestido blanco y parte de su cabello largo estaba suelto. El viento pareció acariciarla con la misma gracia con la que estaba esperándolo. El encuentro bastó para una gran celebración.

Los días posteriores fueron de júbilo. Los recuerdos de guerra y destrucción quedaron en el pasado.

Al regreso, Helena no pudo evitar sentirse satisfecha con que, gracias al capricho del destino, ahora estuvieran juntos.

Después de todos los tragos amargos y del miedo, ella ansiaba estar de nuevo con él, ansiaba entregarse como solía hacerlo antes de todo. Por otro lado, y ya con las fuerzas recobradas, Gabriel deseó lo mismo. Por eso apretó la mano de su mujer y la miró con intensidad. En ese instante le desnudó por completo, le despojó del pudor escondido detrás de las ropas.

Llegaron al gran castillo negro, en cuya torre más alta, danzaban los dragones en tono alegre. Se dirigieron al mismo pasillo oscuro que los conducía a las mazmorras. Caminaron juntos de la mano y con la actitud preparada a asumir la pasión de sus carnes.

Al llegar, ella notó las cadenas en el suelo aparte de las que estaban en la pared. Sin que él le dijera nada, se quitó la ropa y quedó desnuda sólo para él. Se giró para que los ojos de su dueño se pasearan sobre la piel. Extendió sus brazos y piernas para que Gabriel la atara y así ella volviera a la condición de esclava.

Los dedos de él rozaron su cuerpo, desde las piernas, pasando por el torso y los pechos. Los pezones duros, la respiración agitada y el coño que percibió húmedo y palpitante. Se acercó a ella y la tomó por el cuello con fuerza.

Se besaron como nunca antes. Fue tan intenso que Helena sintió una especie de bola de fuego que creció por dentro y que se expandió hasta el último centímetro de ella. Quedó envuelta en una llamarada azul como le pasó a Gabriel en la primera noche.

Sus cuerpos se unieron entre sí en una armonía de lujuria. Gabriel se consolidó como dueño de ella y Helena en la esclava de fuego.

## *Título 7*

# **Mosquita Muerta**

## *Joven Virginal convertida en Esclava del Amo Millonario*

### **I**

El resplandor de la máquina copiadora iluminaba el rostro su rostro. Andrea miraba los recuadros y gráficos sin interés... Para variar. Mientras lo hacía, escuchaba a un grupo de compañeros en la esquina de la sala de copiado.

-¿Vas a la fiesta este fin de semana?

-Sí, creo que sí. Aunque estoy muerta, me encantaría dormir pero sabes como soy, me encanta salir de farra.

-Por eso te lo pregunto. Yo también estoy como tú pero dicen que es una mansión y que servirán champaña. ¿No es majísimo?

Convirtió el sonido de las voces en ruido de fondo. Volvió a concentrarse en lo que tenía en frente.

-5 carpetas. 5 informes. Todos a la sala de reuniones.

Al terminar, salió para ir al gran salón en donde los gerentes solían reunirse para hablar de planes y estrategias para la empresa. Cada vez que le tocaba esa tarea, fantaseaba con las conversaciones.

Hablaban de negocios, por supuesto, también de las cenas con langostas, las fiestas de lujo, las mujeres hermosas con quienes salían. No como ella, claro, no como una mujer tan gris y entregada a la rutina.

Volvió a su pequeña oficina, tomó el teléfono y marcó la extensión de su jefe:

-Todo listo, sr. González.

-Excelente. Siempre tan rápida y eficaz, Andrea. Muchas gracias.

En pocos segundos, pretendió que estaba ocupada frente a la computadora pero realmente observaba de reojo a los hombres elegantes que salían de sus oficinas con la misma actitud de tíos inalcanzables. No podía evitar preguntarse qué se sentiría estar con uno de ellos.

La tarde transcurrió como si nada aunque era viernes. Algunas chicas salieron temprano para prepararse para la noche, así como unos cuantos hombres. Poco a poco la oficina quedó vacía salvo por algunos con tareas pendientes por hacer y, claro, Andrea, quien ya tenía la costumbre de quedarse hasta tarde planificando y organizando lo urgente para el día siguiente y hasta de la semana.

A las 8:00 p.m., escuchó que el señor de la limpieza preparaba la aspiradora. Señal inequívoca que tenía que irse en poco tiempo. Se levantó con tranquilidad, recogió algunos papeles, los colocó dentro de una carpeta roja (porque se trataba de información importante), apagó la luz de la lamparita de su escritorio y tomó tanto el bolso como el abrigo.

Pasó por el alfombrado gris de la oficina. Siempre la veía cuando le tocaba irse. La verdad era que la detestaba, detestaba tener que sentir cómo sus zapatos se hundían levemente sobre la superficie suave.

Trataba de menguar la incomodidad al fijar la mirada a los elevadores. Por suerte, no había nada así que no tendría que dar una explicación burda sobre lo que haría el fin de semana.

Presionó el botón y entró. Se encontró con esa imagen suya que le sorprendió un poco. Su expresión estaba particularmente severa, tanto, que se le marcaba la vena de frente con fuerza. Debajo de sus ojos negros y grandes, estaban un par de bolsas. No estaba descansando lo suficiente.

El cabello corto y oscuro, se le veía opaco; algo que, además, le acentuaban unas cuantas canas que le habían salido apenas cumplió los 30. Los labios gruesos, ya estaban descoloridos. El labial se había corrido casi por completo.

Trató de peinarse un poco apenas las puertas se cerraron. Como un acto de vanidad para convencerse que no todo estaba perdido. Sin embargo, agachó y miró el suelo brillante. También pudo ver su reflejo allí. Suspiró.

La vida de Andrea siempre fue, digamos, lineal. Nunca destacó

particularmente en la escuela ni en la universidad. Se esmeró lo suficiente para graduarse y evitarle dolores de cabeza a sus padres.

En esos años, trató de encontrar algo que realmente le apasionara, así que participó en clases de piano, pintura y hasta ballet. Fue bastante buena en danza contemporánea pero de un momento a otro, perdió por completo el interés. Tuvo esta misma actitud con casi todo.

El sexo era un tema que le causaba un poco de ansiedad. A pesar de andar por la vida como ausente, Andrea era una chica atractiva. Los chicos buscaban acercársele pero ella tenía este método de no prestarles atención en lo absoluto. Su mirada fría los convencía que era mejor que retrocedieran. No por ello perdió la oportunidad de tener relaciones. Todo lo contrario.

Su primera relación sexual fue con un vecino de la cuadra. Ambos estudiaban en la secundaria y tenían la misma edad. Por algún tiempo, intercambiaron miradas y hasta unas cuantas palabras, sin embargo, no pasó nada más. Las cosas cambiaron en fiesta de fin de curso. Por lo general, era un evento tedioso en donde los chicos tenían miedo de invitar a las chicas a bailar.

Andrea estaba sentada en las gradas de la cancha de básquet con un vaso de ponche en la mano. Tenía un vestido sencillo y el cabello más esponjado de lo normal. Como quería esconderse de la gente, se quedó al margen de lo que sucedía. En ese momento, se acercó el chico que tanto le gustaba, le extendió la mano y le sonrió.

-¿Bailamos?

Era la primera vez que le pasaba algo así. No lo podía creer.

Dejó el vasito a un lado y fue con él a la pista de baile. La música de fondo era una canción de Alt-J. Un poco extraño para un encuentro romántico. No obstante, Andrea estaba por las nubes.

Gracias a ese primer encuentro, los dos estaban juntos casi la mayoría del tiempo. El primer beso fue cuando estaban sentados en el césped, mirando el cielo, mientras hablaban de películas.

Él se acercó a ella, le acarició el mentón y colocó sus labios sobre los suyos. En ese momento, sintió que algo le nació en la boca del estómago y que viajaba con rapidez por todo su cuerpo. No pudo identificar qué fue pero lo encontró increíble.

El próximo paso lo dieron cuando los padres de Andrea se ausentaron por una cena con amigos. Ella lo invitó a ver películas aunque sabía que sería lo menos que harían. Subieron por las escaleras, se desnudó frente a él y comenzaron a besarse con intensidad. Ese momento representó mucho para ella, fue la primera vez que realmente le encontró el sentido a las cosas a pesar de ser tan joven.

Terminaron tendidos en la cama. Andrea abrió las piernas y sintió como el pene de él se adentró en ella. Se sostuvo fuerte de sus hombros, sintió un dolor agudo por unos minutos hasta que por fin la molestia cedió. Cruzó el umbral para encontrarse excitada y hambrienta de más.

Estuvieron allí durante un rato. Andrea llegó a un par de orgasmos (cosa que supo después en su clase de Biología) y el chico también. Al final, permanecieron acostados, mirando el techo y con amplias sonrisas en los rostros.

Tuvieron sexo tanto como pudieron. En la cocina, sala, en el garaje e incluso se aventuraron en los salones de la escuela. Quedaban en verse al final de las clases y se comían a besos en la biblioteca.

Cuando no podían más, salían de allí y buscaban algún sitio que les permitiera tener intimidad. Hubo un par de veces en donde casi los descubrieron pero eso no los detuvo en absoluto, más bien los alentó a seguir más.

La felicidad duró poco. Los padres de Andrea le notificaron que pronto se mudarían a otra ciudad. Ella, acostumbrada a no pelear ni resistirse, asintió con tristeza. El día que se marchó, su primer amor le regaló la uña que usaba para tocar guitarra.

-Para que no te olvides de mí.

Y así fue. Nunca lo olvidaría.

Pasaron los años y también los amantes. Andrea reafirmó el gusto por el sexo pero sabía que quería ir más allá. Quería experimentar con cosas un poco más intensas.

Durante un encuentro con un tío, le pidió que le diera nalgadas. Las palabras desconcertaron a su acompañante. Incluso le profirió unas palabras de desagrado que fueron suficientes para que ella tomara sus cosas y se fuera de allí.

Desde ese momento se transformó. Andrea se volvió más tímida tanto en la vida como en la cama. El misionero era la posición preferida aunque eso no conllevara a un encuentro inolvidable. Con el tiempo, priorizó su carrera profesional y dejó de lado el sexo porque lo llegó a considerar como una distracción.

Después de tomar el subterráneo y de pelearse con unos cuantos para poder salir del vagón, Andrea caminó hasta su calle para ir a casa. La zona en donde vivía era bastante tranquila y bonita por lo que se sentía bien cada vez que regresaba.

En el tapete de la entrada se encontró con unos sobres de correspondencia, los tomó y abrió la puerta de su casa. Encendió la luz y apagó la alarma. Dejó las llaves en un pequeño bol de azulejos que le había hecho su madre y fue hacia la cocina. Estaba hambrienta.

Miró el reloj y suspiró. Había llegado más tarde que de costumbre. Así pues que ignoró este hecho y abrió el refrigerador. Sacó una pizza fría y una cerveza. Sonrió como si aquello fuera el manjar más exquisito del mundo.

Se sentó en el sofá y encendió la televisión. Enseguida buscó el canal de documentales y se enganchó mirando uno sobre la Segunda Guerra Mundial. Estaba tan embebida hasta que después recordó que su vida eso. Una rutina incansable. Una rutina aplastante.

Trató de dejar ese asunto hasta allí. Terminó de comer y de beber. Se quedó un rato más y luego subió a su habitación para darse un baño. Dejó los zapatos en una esquina y su traje de asistente eficiente sobre la cama. Al quedar desnuda, el cansancio pareció que la consumió por completo, así que se consintió un poco más al ducharse con agua tibia un poco más caliente.

Salió y se secó mientras buscaba el control remoto por la habitación amplia. Lo encendió y volvió a sintonizar el mismo canal. Sí. Era un animal de costumbres.

Se puso unos pantalones de algodón y una camiseta vieja de The Rolling Stones. Se acostó en su amplia cama y se arropó porque, a pesar de que era verano, hacía un poco de frío por las noches. Antes de olvidarlo, ajustó el reloj despertador para las 6:00 a.m., del lunes. Lo dejó sobre la mesita de noche y se abrazó a una de las almohadas.

Mientras el narrador contaba las atrocidades del Tercer Reich, Andrea

observó su alrededor. Las paredes blancas y vacías salvo por la del fondo en la cual colgaba unas fotografías. Un par de mesas junto a la cama, un clóset y un gran ventanal a un lado de la habitación que daba hacia los jardines del vecino.

Una vista hermosa sin importar la estación que se encontrara. Todo se veía pulcro, en orden... Demasiado para su gusto. De nuevo esa punzada de excesiva rutina y complacencia con la norma. Era una especie de picadura que no podía rascarse pero que esta se volvía más grande e incómoda.

Programó el sleep del televisor y dejó el control cerca del despertador. A medida que pasaban los comerciales de electrodomésticos y artefactos milagrosos para cocinar, Andrea se quedó dormida con el rostro iluminado por el brillo de la televisión.



## II

Los dos días del fin de semana transcurrieron como una copia del otro. Las compras usuales, la limpieza de rutina y la costumbre de ir el viernes al cine para ver el estreno del que tanto hablaban en la televisión y en las redes sociales.

El domingo en la noche, Andrea preparó todo para el lunes. Apoyó la cabeza sobre la almohada y cerró los ojos buscando el sueño. Sería una noche difícil y así fue.

Antes de que sonara el despertador, se levantó de la cama y bajó para hacerse un café. A pesar de haberse quedado dormida con relativa rapidez, pasó la noche prácticamente en vela. Se molestó consigo misma cuando observó el reflejo de su rostro en la superficie del microondas.

-Joder.

Las bolsas se veían más pronunciadas y los ojos los tenía enrojecidos. Nada que hacer.

Luego de hervir el agua para el café, se sentó en la mesita de la cocina para aprovechar el tiempo que tenía antes de prepararse. La mañana estaba nublada pero se sentía muy tranquila. Llegó a escuchar el ladrido de un perro a lo lejos y el sonido del camión de la basura. Cerró los ojos mientras tomaba el café.

Al terminar, lavó la taza y preparó el baño para ducha. Todo siguió el curso normal. Se desnudó, se duchó y salió. Al verse en el espejo, se miró las bolsas y volvió a maldecir su mala suerte.

Como era tan metódica y ordenada, la ropa de oficina ya estaba lista sobre la cama. Apenas terminó, comenzó a vestirse pero con esa sensación pesada que ya tenía sobre sus hombros desde hacía días. Era como una sombra, como sentir un grillete en el tobillo. Suspiró de cansancio.

Terminó de arreglarse. Por suerte, su cabello se veía bonito y gracias al maquillaje, su rostro ya no se veía tan demacrado.

Desayunó un poco y salió hacia la parada de autobús. No tenía ganas de darse golpes con la gente, así que prefirió esa alternativa.

Para variar, llegó antes que la gran mayoría. Encontró a los chicos del

departamento de IT concentrados en la pantalla y con grandes tazas de café. Le resultó gracioso que, cada vez que pasaba cerca de ellos, escuchaba una especie de lenguaje poco comprensible. Siguió de largo para ir a su oficina. Al llegar, se encontró agradecida de tener un espacio para ella misma, por más pequeño que fuera.

Poco a poco, a medida que transcurrieron las horas, notó cómo la gente llegaba. Algunos lo hacían solos y otros en pequeños grupos. Llegó escuchar pequeñas manifestaciones de euforia y de historias del fin de semana. Ella no tendría nada interesante que decir.

Se quedó en el escritorio, tecleando las órdenes de costumbre. En ese momento, escuchó el teléfono. Las 9:00 a.m. Su jefe también era puntual.

-Hola, Andrea. Buenos días. ¿Qué tal el fin de semana?

-Buenos días, sr. González. Bastante divertido. ¿Y el suyo?

-Pues, digamos que movido. Oye, olvidé decirte que al mediodía tendremos una junta con unos inversionistas. Es muy importante. Así que necesito que, por favor, imprimas los mismos informes del viernes pasado. Cinco.

-No hay problema. ¿Algo más, señor?

-No, creo que con eso estaremos estupendos. Disculpa las molestias, eh.

-No se preocupe.

-Vale. Muchas gracias.

Colgó y se concentró de nuevo en la pantalla. Los informes estaban allí así que imprimió uno y fue hacia la misma sala de copiado. Al llegar, sintió el dejà vú del viernes. La misma gente hablando en el fondo, la luz iluminándole el rostro. La cara de decepción de todo.

Dejó las carpetas en los puertos y hasta preparó un pequeño termo con café. Preparó todo. Antes de salir de la sala de reuniones, se echó para atrás y se felicitó por el orden y pulcritud de siempre.

Cuando volvió a su puesto, marcó la extensión de su jefe:

-Sr. González. Ya todo está listo. Incluso hay un poco de café y bocaditos.

-Andrea, como siempre, muchas gracias. No podría vivir sin ti.

-No se preocupe, señor.

Colgó y fantaseó con la idea de que aquello realmente fuera así. Se preguntaba cómo sería. Dejó de pensar en eso y se encontró en la pila de quehaceres que parecía nunca acabar. Siempre había algo por hacer.

Las puertas de los elevadores sonaron indicando que alguien había llegado. Lo cierto era que se trataba de un grupo de cuatro hombres que hablaban animosamente sobre cualquier tema.

-Buenos días, señorita. Venimos para una reunión con el Sr. González.

-Por supuesto, adelante, señor.

Les indicaron el camino con una sonrisa. Eso se debió por supuesto porque los cuatro eran hombres increíblemente guapos. Sin embargo, destacaba Erik. El más alto de todos y el que parecía de mayor poder.

-Gracias.

Le dijo a la recepcionista con una amplia sonrisa que dejó en evidencia sus grandes y blancos dientes.

Además de alto, era moreno, de ojos azules, nariz larga y recta y boca fina. Sobre el labio superior tenía un lunar negro. Un pequeño punto que le hacía tener un aspecto atípico pero al mismo tiempo atrayente.

El encabezó el grupo así como los suspiros de quienes los veían pasar. Sin duda, les gustaba tener toda la atención.

-¡Joseph! Tío pero te ha salido barriga y todo, eh.

-Ja, ja, ja. ¿Cómo estás, Erik? Cantidad de tiempo sin vernos. Años, desde la universidad, ¿cierto?

-Así es. Qué gusto el verte, amigo mío. De verdad.

Los dos intercambiaron un fuerte abrazo y rieron un poco hasta llorar.

-Ven, te presento a mi excelente equipo. Ellos son lo mejor de lo mejor y tengo suerte de tenerlos en mi empresa.

-El honor es mío al tenerlos ustedes por aquí. Así que, síganme para que vayamos a la sala y hablemos un poco de negocios.

-Así es el viejo Joseph. Directo al grano.

-Sabes que odio los rodeos.

El grupo entró a la sala y en seguida comenzaron a bromear y a hablar.

-A ver, creo que me falta algo... Déjame llamar a mi asistente. –Joseph tomó el teléfono y marcó la extensión de Andrea-. Hola, Andrea. Sí. Exacto. Vale, te espero.

Ella de antemano sabía que le faltaba la agenda en donde solía anotar los puntos importantes. Así que se apresuró en buscarla para llevársela.

Mientras se acercaba a la sala, sintió un fuerte latido en el corazón, como una especie de presentimiento. No le prestó la atención y se acercó hasta la puerta de cristal. Sintió las miradas de los hombres e hizo un esfuerzo por ignorarlas. Su jefe le hizo una seña para que entrara.

Reunió todo el valor posible. Empujó la puerta de vidrio y extendió la mano con la libreta de cuero.

-Chicos, ella es Andrea. La persona más valiosa de esta empresa. Me ha salvado la vida tantas veces que es imposible contarlas.

Ella saludó con la mano mientras los demás la miraban sonrientes. Sin embargo, Andrea se sintió hipnotizada por la mirada de Erik quien se encontraba al fondo.

-Parece que no ha cambiado mucho. Sigue siendo tan olvidadizo como siempre. Pero a ver, ¿cómo se llama la salvadora de mi viejo amigo?

-Andrea, mucho gusto, señor.

-El placer es mío. Me llamo Erik y ellos son, bueno, un grupo de tíos pretenciosos.

Rompieron la formalidad con las carcajadas. Todos reían menos ellos dos. Erik tenía la vista fija en Andrea y ella, con el miedo calado en los huesos, también.

-Bien. Les dejo para que continúen. Disculpen la interrupción. Permiso.

-Nos vemos, Andrea.

Dijo esa voz grave y melodiosa. La sonrisa de él fue lo último que vio antes de salir.

Al sentarse frente al escritorio, Andrea alzó la vista. Todavía era posible escuchar las risas. Hizo el esfuerzo de identificar a Erik entre todo el ruido. Logró hacerlo y una sensación de calor le abrumó por un momento.

Nadie le hizo sentir así, al menos no para un primer encuentro. Esa mirada, esos labios, esa sonrisa que la desarmó en un instante. Las mejillas se le encendieron rápidamente por lo que trató de calmarse como pudo. Respiró profundo y retomó la faena de siempre... O pretendió hacerlo.

Erik siguió hablando desde la silla en donde se encontraba. Su humor chispeante, hizo que una reunión de negocios realmente fuera el encuentro de unos amigos que no se veían en mucho tiempo. Mientras las risas iban y venían, su mente estaba concentrada en esa chica tímida de ojos asustadizos.

La falda estilo tubo y de corte alto, marcaba su silueta curvilínea. La blusa blanca de rayas azules finas, le dió a entender que, a pesar de estar consciente de su figura, trataba de presentarse como una mujer formal.

El cabello corto le acentuaba suavizaba el mentón cuadrado aunque los labios carnosos fue lo primero que le llamó la atención. Se veía tan tranquila y tímida que sintió la curiosidad de quitarle todo ese miedo que albergaba su cuerpo.

-Bien. La semana que viene podemos hablar más de este proyecto. De verdad es que me interesa mucho y creo que vendría bien para la empresa.

-Excelente. ¿La hacemos aquí o allá?

-Allá, mejor. Así podrás ver los procesos que tenemos al mismo que te familiarizas con el ambiente. ¿Te parece?

-Claro que sí.

-Si sigues así de olvidadizo, creo que será mejor que lleves a Andrea. No te queremos distraído, eh.

-Ja, ja, ja. Quizás no sea tan mala idea después de todo. No estaría de más que ella supiera de lo que queremos hacer.

-Estupendo. No se diga más. Nos vemos la semana que viene.

Joseph y Erik se dieron un abrazo y se despidió de él con un par de bromas más.

-Jefe, creo que esta inversión será muy interesante para nosotros.

-Apuesto a que sí.

Lo dijo pensando todavía en Andrea.

### III

Ellos hablaban sin parar. Intercambiaban números y cálculos, propuestas y estrategias. Incluso planificaron el momento de recibir a su nueva empresa aliada. Cada quien estaba trabajando desde ya en lo que tenía que hacer. Erik, mientras estaba en silencio, pensaba en las formas para seducir a Andrea.

Erik era un hombre acostumbrado a llamar la atención. Desde que recuerda. Primero fue cuando demostró un gran talento para los negocios a temprana edad. Cuando sus compañeros de clase soñaban con las vacaciones de verano, él deseaba comenzar los cursos intensivos de matemáticas y cálculo.

Por varios años se obsesionó con la estadística y economía, y hasta pasaba días leyendo los índices bursátiles. De hecho, tomó el dinero de sus mesadas para invertirlo en la bolsa. Su padre tenía el pecho inflado de orgullo. Su hijo demostró que era su digno sucesor.

Al crecer, se interesó aún más en estas áreas. Paralelamente, se hizo campeón de natación regional y nacional. Erik, sin duda, era el orgullo de toda familia rica.

Sin embargo, había un detalle que lo hacía más especial todavía. Tras esa fachada de chico guapo e inteligente, el secreto que guardaba dentro de sí, comenzó a sentirse como una carga.

En la universidad fue donde descubrió el BDSM, un conjunto de prácticas atípicas en el sexo. Ya sabía que le gustaba controlar pero con el BDSM su mundo de posibilidades se amplió mucho más.

Podía torturar, hacer sufrir, humillar, producir dolor y en cambio recibiría la completa devoción de alguien. Experimentaba una gran sensación de poder y control. Era lo que buscaba.

Pasó tiempo investigando, leyendo y encontró las palabras exactas para lo que sentía. Estaba feliz pero también confundido. Estaba consciente que esas prácticas no eran bien vistas por la gente, así que tendría que tener cuidado al respecto.

Tuvo novias y amoríos. Le gustaba mucho la compañía de las mujeres y se volvió adicto a la atención que recibía de ellas. Todo bien. Todo perfecto. Era el tío más guapo y exitoso del lugar. ¿Quién no querría estar con él? Al mismo

tiempo, estaba consciente que eso no sería suficiente. Quiso más. Siempre.

Cuando presentía que las cosas no irían a ninguna parte, terminaba y saltaba a otra relación... Y así iba hasta que conoció a Nell. Una mujer madura con la que su trabajaba con su padre.

Nell tenía un conjunto de características que le llamaban la atención. Era alta, rubia, voluptuosa, inteligente y fría. Tenía una mirada distante lo que le causaba un morbo indescriptible.

La conoció en una fiesta navideña de la empresa de su padre. Fue básicamente por la comida y los tragos. Su novia del momento lo acompañó así que pensó que no se aburriría tanto.

La vio bajar las escaleras con un traje negro que insinuaba sus curvas. Tenía el cabello recogido así que se deleitó con su cuello largo como un cisne. Su piel blanca, sus ojos verdes y los labios pintados de rojo. Esa imagen de ella lo hacía sentir como un pigmeo ante semejante amazona.

Por dentro le carcomía la curiosidad de estar con ella, pero de seguro lo lanzaría al agujero de la indiferencia. Así pues que permaneció en la mesa, mirando el resto de la fiesta mientras campaneaba un vaso de whiskey.

-Ya vengo. Voy a recargar.

-Vale.

Se levantó para ir a la barra. Se quedó de pie con ganas de irse y se lo propuso luego de terminar de beber. Aquella decisión cambió drásticamente cuando sintió una mano sobre su hombro. Él giró desinteresadamente porque pensó que se trataba de su novia. La sorpresa le congeló la expresión. Era Nell.

-¿Qué tal? ¿Te diviertes?

Trató de sacar las palabras pero estas estaban atrapadas en el paladar. Por más que lo intentara, le fue imposible. Así que, ante la mirada divertida de ella, él tomó un trago apurado. El alcohol lo ayudaría a solucionar ese problemita.

-Eh... Ehm... Sí. No... Bueno. Estas fiestas son así de predecibles.

-Entonces, ¿por qué estás aquí?

-Por si me encuentro con algo interesante.

-Siempre surge la oportunidad.

-No lo dudo.

Se miraron por un rato y ella le tomó el brazo.

-¿Estás ocupado?

-No. Para nada.

-¿Y ella?- Dijo señalando a su novia quien estaba sentada sola y aburrida.

-Ella estará bien.

-Vamos.

Lo llevó a través de la pista y se metieron por un pasadizo en esa inmensa mansión. Caminaron un poco más y llegaron a una pequeña habitación poco iluminada. La falta de luz, sin embargo, hacía que el ambiente se sintiera más íntimo.

Ella se volteó y le acarició el mentón. El corazón de Erik estuvo a punto de estallar porque no podía creer que una mujer así le deseara. Su fantasía se hacía realidad.

Se besaron suavemente al principio. Pero luego todo se volvió más intenso. Las manos de él fueron hacia su cintura y la acariciaron con delicadeza. Subió un poco más porque la curiosidad de perderse entre esos grandes pechos le tenía desesperado.

-No, no. Espera un momento.

Se sintió un poco descolocado porque tenía la costumbre de tener el control. Sin embargo, no se arrepintió de hacerle caso. Nell le tocó como nunca, su lengua fue hacia la de él con decisión y le dejó en claro que desde hacía tiempo que también quería estar con él.

Siguió acariciándolo hasta que Erik escuchó el sonido del cierre del pantalón que cedía entre sus dedos. Seguidamente, experimentó la presión de una de sus manos sobre su pene. Ella lo masturbaba con una destreza impresionante. Era obvio que se trataba de una mujer experimentada. Sabía cómo debía hacerlo.

Después de un rato y a pesar de los jadeos de la excitación, Erik observó de reojo cómo Nell se colocó de rodillas ante él. Siguió masturbándolo un poco más hasta que por fin sintió esos labios sobre su pene.



Estaba tan duro, tan venoso que ella apenas comenzó a chuparlo, tuvo algunas dificultades en tenerlo todo en su boca.

-Dios pero qué grande es.

Erik sonrió orgulloso de ese cumplido así que tomó la cabeza de ella para penetrarle la boca con más fuerza. Iba suave y lento, intercambiaba los ritmos y las intensidades por lo que hubo un punto en el que sintió que estaba a punto de correrse.

Los hilos de saliva mojaban el delicado vestido negro de Nell e incluso sus grandes pechos. En ese momento, cuando pensó que no podía más, la tomó con fuerza y la arrojó sobre la cama. Estaba fuera de sí, como si se hubiera transformado en otra persona.

Fue hacia ella, puntualmente a la altura de su entrepierna. Destrozó las medias y la ropa interior, le abrió las piernas y la miró con lujuria. Nell cedió todo el control y estaba excitada por el animal que se había transformado Erik.

Alzó su vestido y olió su coño.

-No sabes cuánto tiempo esperé por esto.

Ella, sin tener oportunidad de hablar, sintió cómo la lengua de él se hundió entre sus carnes. Sus labios chupaban los de ella, absorbiendo sus fluidos por la excitación. Sus dientes mordieron un poco el clítoris, pero sólo un poco, lo suficiente para hacerla estremecer.

La comió por entera, con pasión y desesperación. Se aseguró de que ella caminara por el borde de la locura y así fue. En la habitación sólo se escuchan gemidos y gritos. Tanto, que ella buscó una almohada para taparse la boca, no podía controlarse.

Siguió devorándola hasta que no pudo más. Se incorporó velozmente y la penetró como un semental. Duro y fuerte. Erik se sostuvo de sus suaves piernas mientras la embestía sin parar. Ese calor que abrasaba su pene, esa estrechez de su coño, las tetas que se movían descontroladamente. Era un placer para todos los sentidos.

Fue hacia ella para besarla, para halarle el cabello, para morderle los labios. Al afinarse, aseguró ir más profundo dentro de ella. Nell lo miraba a los ojos, trataba de acariciarlo pero tuvo que admitir que la intensidad de ese cuerpo joven le hacía volar por los aires. Esa piel morena, los ojos azules que

denotaban una pasión impresionante.

Erik, en el medio de ese trance, le tomó por el cuello y lo apretó un poco. Se excitó aún más al verla con la respiración limitada. Era la máxima expresión de poder y control. Era eso lo que más le gustó.

Apretó más y la penetró con más crudeza. Estaba decidido a calarse en su piel. Nell, por otro lado, con los ojos cerrados, con la boca que no paraba de lanzar gemidos, apenas tuvo la fuerza para decirle a Erik que se corriera dentro de ella.

-¿Estás segura?

-Sí. Hazlo por favor.

-Lo haré cuando me dé la gana.

Siguió follándola, esta vez, en cuatro. El ruedo del vestido le sirvió de agarre por lo que pudo lograr un movimiento intenso y constante. Cada tanto le daba nalgadas mientras le decía palabras humillantes.

-Perra.

-Zorra.

-Ramera.

-Así es que me gusta que chilles.

Continuó hasta que sostuvo finalmente en sus caderas para empujar más hacia adentro. En cuestión de minutos, se corrió dentro de su coño con fuerza. Al terminar, cayó sobre la cama completamente cansado.

Luego de un rato, Erik ya se encontraba frente al espejo del baño, arreglándose la corbata. Nell, se acomodó el vestido y tomó las medias y bragas rotas para botarlas a la basura. Acomodó su cabello con cuidado y retocó su maquillaje. Por fuera parecían dos extraños compartiendo espacio pero internamente todavía estaban encendidos por la pasión.

-Déjame salir primero –Dijo ella.

Él asintió pero antes le dio un largo e intenso beso.

-Está bien.

Ella volvió a excitarse pero debía salir. Pasó un poco de tiempo ausentados.

Erik, al regresar a la fiesta, fue directo a la mesa que había dejado. Su novia no estaba allí. En su lugar, encontró su móvil con un mensaje.

“Me fui porque tenía mucho sueño. Avísame cuando llegues a casa. Te amo”.

Él sonrió. Todo le salió a la perfección.

Después de ese día, Erik y Nell tuvieron más encuentros sexuales. En la oficina, en la piscina de la mansión de ella o en la habitación de él. No importaba el lugar. Las ganas eran muchas, demasiadas.

Paralelamente, Erik se convirtió en Dominante. Con Nell supo lo que era ser el dueño de alguien por entero. Controlar los deseos, fantasías y hasta orgasmos. Asimismo, supo los grandes beneficios de los amarres y del shibari, de la tortura eléctrica, los latigazos y las pinzas de ropa sobre los pezones y labios vaginales. Sometió a Nell a largas sesiones en donde la humillaba. Claro, con su previo consentimiento.

Se sintió pleno y poderoso. Sin embargo, desarrolló sentimientos por ella. Se enamoró perdidamente y hasta estuvo dispuesto a dejarlo todo con tal que lo aceptara. Por supuesto, eso no estaba en los planes, por lo que Nell, comenzó a distanciarse de él. Fue un proceso duro y muy doloroso pero necesario. Entendió que no todo el mundo con quien tuviera una gran química sexual, era una pareja potencial.

El adiós definitivo fue cuando ella se mudó a Noruega por negocios. Al poco tiempo se casó con un empresario importante del país y Erik se convirtió en un recuerdo más. En un capítulo divertido.

Él, por su parte, se dedicó a aventurarse más y más. Gracias a su atractivo y a su posición de hombre importante, era el objeto del deseo de muchas mujeres. Cosa que le agradaba muchísimo.

Sus inclinaciones se vieron alimentadas aún más al involucrarse en un grupo que le aseguraba la protección de su identidad así como el disfrute de más inimaginables placeres de la carne.

Así pues consolidó su personalidad dominante, a tal punto que no se vio haciendo otra cosa de las puertas para dentro. Eso, por supuesto, no quería decir que perdía la oportunidad de involucrarse con las mujeres más deseadas del momento. Aquello también le resultaba divertido.

-Tomarla por el cuello, quitarle la ropa mirándole a los ojos. Arrancarle lo que quedara restante y besarla. Besarla con tan fuerza que no tuviera oportunidad... Porque no tendrá oportunidad de hacerlo.

Erik repasó esa fantasía durante el tiempo que pasó en el coche, vía a su trabajo. Se bajó, siguió hablando, rió un poco, dio unas cuantas instrucciones y se separó del grupo hasta que llegó a su oficina. Se sentó en su amplia silla y giró hasta concentrar la mirada hacia el gran ventanal con vista a la ciudad.

-Andrea, la salvadora. Veamos si es cierto.

## IV

-Necesito que vengas conmigo.

-¿A la reunión, señor?

-Sí. Te necesito allí conmigo. Sé que se me pueden escapar algunos detalles y sé que eres excelente observadora. No está de más que cuente con un par de ojos y oídos. Además, sé que tienes ganas de escalar así que puedes ver esto como una oportunidad de conocer el terreno.

Andrea sintió como si tuviera ganas de vomitar. Sí, ciertamente le había dicho a su jefe las ganas de mejorar su vida profesional pero pensó que él no tomó en serio el comentario pero, por lo visto, no fue así.

-Uy. Debemos irnos ya. No quiero hacerles esperar. Lleva lo que creas necesario y reúnete conmigo en mi oficina.

En seguida recordó la reunión de la vez pasada. La insinuación de Erik. ¿Sería él quien insistió en ello? ¿Pero cómo? Imposible. ¿O sí?

Tomó un poco de aire y buscó su agenda, un bolígrafo y su bolso. En medio de las sensaciones que tuvo en ese momento, miró su reflejo en la pantalla de la computadora. Tenía el rostro arrugado y preocupado.

-Vale, que no pasa nada, es una reunión como cualquier otra. No es gran cosa. Vamos... Vamos... Relájate.

Hizo un par de ejercicios de respiración que había visto una noche cualquiera en YouTube y salió de la oficina.

-¿Lista?

-Venga.

Luego de despejar la inseguridad que sentía por lo que estaba pasando. Su vista se encontró de frente con un gran edificio en el medio de la ciudad. Perdió la cuenta sobre la cantidad de pisos que había así que se concentró en el lujo que rodeaba el lugar. Incluso la gente se veía muy diferente.

-Sí... Es impresionante, ¿cierto? Por eso es tan importante este trato. Son gente muy influyente en el mundo de la tecnología y esta alianza podría ser muy beneficiosa para nosotros. La primera vez que vine tuve que hacer el

esfuerzo de recoger la quijada, así que deberías hacer lo mismo.

-Ja, ja, ja. Disculpe.

-Creo que es la primera vez que te escucho reír. Es agradable.

-Gracias, señor.

-Bien, Andrea. El show está por comenzar.

Aparcaron en una calle cercana y se bajaron del coche. El edificio le hizo sentir a Andrea que sólo era una pequeña hormiga entre aquella inmensidad.

Caminaron entre la gente hasta que entraron al lobby del edificio. Suelos y paredes de mármol, una recepción con un mesón de madera y detalles finos de gran calidad. De verdad que ella estaba impresionada.

Inmediatamente, identificaron al jefe de Andrea por lo que les dieron pases con acceso a todo el edificio y fueron directamente a los elevadores.

-Este Erik no se anda con cuentos.

-¿Cómo se conocieron, señor?

Andrea se atrevió a hacer esa pregunta. Retuvo por mucho tiempo esa necesidad que tenía en su interior.

-Verás, fue en la universidad. Era uno de los estudiantes avanzados a pesar de su corta edad. Además, también estaba en el equipo de natación... Como yo. No pensé que nos llevaríamos tan bien pero así fue. Somos amigos desde ese entonces.

-Entiendo.

-Me ha ayudado mucho. Y, aunque no lo parezca, es una persona muy noble.

Ella asintió y en ese mismo momento se abrieron las puertas de los elevadores.

-Bueno, parece que ya llegamos.

Los dos estaban un poco intimidados con las oficinas. Lucían mucho más modernas y lujosas que las suyas.

-Bienvenidos. Pasen por aquí, por favor.

Una hermosa chica los condujo hacia la oficina principal. Allí estaba Erik, sentado en su escritorio con el teléfono en la mano y mirando un trozo de

papel.

-Ajá. Sí. Ajá. Sí, ya vi el documento y me parece bien. Mmm. Podemos intentarlo mañana. Excelente. Quedamos así.

Colgó el teléfono y se acercó a Joseph para darle un abrazo.

-Amigo mío, tan puntual como siempre.

-Venga, venga. Sin bromas.

-Que lo digo en serio hombre. –Dirigió una mirada muy diferente a Andrea. – Supongo que la salvadora tiene algo que ver con esto, ¿o me equivoco?

Ella sintió la tensión del momento y quiso hundir la cabeza bajo la tierra.

-A ver, Erik, es un esfuerzo en conjunto. ¿Qué tal si vamos a hablar de lo que nos compete?

-Bien, entonces vayamos.

Erik tomó unos papeles y los condujo a una sala de reuniones. Era un sitio rodeado de vidrios y con muebles de lujo. Parecía un lugar impresionante y muy bien decorado.

-No tengo a mi grupo hoy porque quiero atender esto por mi cuenta. Analizamos los números y estadísticas y es una propuesta que nos gusta mucho. Tendremos que evaluar los porcentajes de ganancia y la inversión total para comenzar con el proyecto. Aquí les preparé una presentación que espero esté sencilla.

Encendió el video beam y comenzó a hablar con naturalidad. Andrea, sentada con el rostro como un ratón asustado. Escuchaba las palabras que salían de su boca. Supuso que se trataba de una persona que estaba acostumbrada a hablar para cualquier cantidad de personas porque no le notó ni una pizca de nerviosismo.

Él se movía por el lugar con confianza. Se dedicaba a responder las preguntas de su jefe y a explicar con detalle los aspectos importantes de la presentación. A veces se acercaba a la luz, haciéndolo ver como algo fuera de este mundo. Quizás así era.

Concentrada en sus apuntes, calculando en su mente lo conveniente y lo que no, Andrea no se percató que Erik poco a poco tomó lugar detrás de ella. Ciertamente sintió su voz más cerca pero no le dio importancia. Al

incorporarse para verlo, no estaba allí y fue cuando sintió cómo las manos de él se apoyaron repentinamente en el espaldar de su silla.

-Ese es el estudio que hicimos conforme a su empresa. ¿Qué te parece, Joseph?

-Pues, estupendo. Me gustó mucho el planteamiento.

Siguieron intercambiando palabras al mismo tiempo que el corazón de Andrea le latió como una locomotora. No se esperó aquella presencia tan cercana. Trató de mantener la entereza tanto como pudo y se separó de la silla, dando a entender que no estaba conforme con esa conducta.

Erik, atento siempre a los detalles, se percató de la incomodidad que había producido, así que tomó un poco de distancia y respetó la señal de Andrea.

-Bien, tendré que andar con más cuidado –Dijo para sus adentros.

Luego de la reunión, los tres caminaron por toda la oficina conociendo los departamentos y sus funciones. Incluso llegaron a encontrarse con el equipo de Erik. Después de más saludos, siguieron caminando.

Andrea, se sintió inspirada por lo que veía. Se proyectaba a sí misma asumiendo un cargo importante que resultase un desafío todos los días. Aquellas nubes de fantasía se disipaban cuando reflexionaba sobre su presente. Su timidez era, de cierta manera, un impedimento para que se aventurase un poco más.

-Bien, entonces creo que podemos dar por concluida esta reunión. Muchas gracias por recibirnos, Erik.

-El placer ha sido mío. Siempre son bienvenidos aquí, ¿vale?

-Vale.

En ese momento, sonó el móvil de Joseph.

-Disculpen un momento.

Andrea lo vio alejarse y una sensación de ansiedad albergó en su cuerpo. Erik se acercó un poco hacia ella pero tomando en cuenta que debía ir con cuidado.

-Gracias por venir, Andrea. Ha sido muy agradable el tener tu presencia.

-Gracias a usted, señor.

-Venga, deja de decirme señor. Me gustaría que te sintieras un poco más en



confianza conmigo... Lo juro, no muerdo. –Le sonrió con la sonrisa más seductora posible. Ella estuvo a punto de desarmarse.

-Soy un poco tímida, como habrá notado.

-Por supuesto, por eso le quiero pedir disculpas por si he sido un poco agresivo en cuanto a mi lenguaje corporal. Es la costumbre. En el mundo de los negocios tienes que jugar de esa manera y es una actitud que siempre me recuerdo a mí mismo. Aunque sé que no es fácil de asimilar para todos. Lo siento.

La disculpa fue sincera y el rostro de Andrea pareció sonrojarse salvajemente. No pudo controlar aquella reacción por lo que Erik se sintió conmovido.

-En unos días tendremos una fiesta de Navidad en la oficina. No es gran cosa, realmente son aburridas pero creo que se divertiría. Además, puedo extenderle la invitación a sus compañeros de trabajo. ¿Qué le parece?

Nunca nadie le preguntó su opinión para algo. Siempre fue vista como una especie de pared blanco. Se sabía que estaba allí y no más. Por lo tanto, se sintió un poco halagada por la pregunta.

-Como usted crea más conveniente, señor.

Antes de responderle, Joseph se incorporó a la conversación.

-Lo siento.

-Oye, le he dicho a Andrea que me gustaría teneros en la fiesta de Navidad de la compañía. Seguramente ustedes también tendrás una pero creo que sería divertido que nos acompañaran.

-Ah, claro, claro. Estaremos encantados.

-Pues, que no se diga más.

-Muchas gracias, Erik.

-Gracias a ustedes... Ah, Andrea, espero que nos veamos en la fiesta.

-Seguro, señor.

Le sostuvo la mirada y fue como si la hubiera desnudado en un santiamén. Erik tenía algo que daba a entender el poder y la pasión que estaba en su cuerpo. Ella trató de ignorar esto pero no pudo, no pudo resistirse a ese hombre que se mostró tan intimidante y tan amable al mismo tiempo. Le causaba mucha

confusión.

## V

La pajarita negra de raso fino por fin quedó acomodada en el cuello blanco y pulcro e la camisa de Erik. Dio un paso para atrás y así ver la imagen por completo. La faja estaba perfecta, el saco también. Los pantalones le quedaban justo a la medida y los zapatos de charol era el toque ideal para terminar el look de fiesta.

Al salir, le provocó tomar un poco de whiskey. Por alguna razón, se sentía un poco nervioso, así que salió de la habitación y fue al bar que se encontraba cerca de la cocina. Destapó la botella de Old Parr y sirvió un poco del líquido en un vaso de cristal. Un par de cubos de hielo y fue suficiente. Era el trago perfecto.

Caminó unos cuantos metros hacia el ventanal y observó la belleza la ciudad en la noche. Las pequeñas luces de las casas y de los postes de luz, lucían como pequeñas estrellas en la tierra.

Desde donde se encontraba, en esa casa de tres pisos que emergía del pico de una meseta, se sentía el hombre más afortunado del mundo. Saboreó un poco más del whiskey y recordó los ojos negros de Andrea. Tenía una mirada cargada de timidez y también de curiosidad. Quizás dos cosas antagónicas pero convivían en ese ser.

Dejó el vaso en el fregadero y se terminó de arreglar. Estaba ansioso por que el espectáculo comenzara.

El lugar de la fiesta era una mansión en donde generalmente iban los ricos y famosos a hacer celebraciones de todo tipo. Había piscina, jacuzzi, amplios jardines y un salón central que ofrecía el espacio suficiente para unas 300 personas pudieran estar allí cómodamente.

Para más atractivo, había un par de fuentes: una que se encontraba en la entrada y se trataba de una imitación de El Rapto de Perséfone de Bernini y otra que estaba en uno de los jardines principales. Tan majestuosa como la primera.

A pesar de ser lujosa y elegante, la mansión también tenía cierto estilo kistch. Característica que le pareció divertida a Andrea. El grupo llegó justo en el momento en donde la banda tocaba una canción animada. Se sorprendieron al

ver la cantidad de personas que estaban allí.

-Nosotros somos nada. –Dijo un chico de IT.

Aunque nadie pareció escucharlo, esas palabras tenían sentido. Sólo era una veintena en compasión a los que estaban allí.

-Bueno, chicos. A divertirse.

Joseph dio la señal y cada quien trató de colarse en la fiesta que se sentía tan exclusiva. Andrea quiso resguardarse con algún compañero pero se quedó completamente sola. Estaba aterrada. Este tipo de situaciones le resultaban incómodas.

Así pues que bajó la escalinata y fue hacia la fuente de los jardines. Allí estaba una barra, la pista de baile y unas mesas. Por suerte, había algunas vacías así que podría sentarse allí y observar. Era su ejercicio favorito.

-Vino blanco, por favor.

-Enseguida, señorita.

Mientras esperaba la copa, miró su reflejo y se sintió muy bonita. Tenía un vestido negro, largo con una raja en una pierna, sandalias altas. Peinó su cabello de lado y se maquilló los labios de rojo. Era un aspecto muy diferente al que veían sus compañeros de oficina, incluso le valió un piropo de su jefe.

Tomó la copa y se sentó en una pequeña mesa. Bebió un sorbo y miró las luces que iluminaban la pista de baile. La banda tocaba una versión alegre de Creep de Radiohead por lo que le pareció un poco extraño que la gente no le molestara aquello. Siguió concentrada en lo que tenía al frente y no se percató en la presencia de Erik, quien estaba detrás de ella, observándola como un cazador.

Desde donde se encontraba, se relamió mirando el asomo del hueso de la nuca así como el de la espalda, la piel morena parecía brillar y hasta le pareció que sería suave al tacto. Estuvo muy tentado en tocarla, en acariciarla. Quería saber cómo era estar con ella.

Por fin avanzó hasta tomar una silla y sentarse junto a ella.

-Tienen rato haciendo covers. Algunos son una atrocidad pero a la gente le gusta, no hay nada qué hacer. Hola.

Ella se sobresaltó un poco. Lo miró y estaba más guapo que nunca. No tenía

esa sonrisa descarada pero sí un brillo en los ojos.

-Eh... Sí. Me di cuenta de eso. Es curioso. Hace rato escuché Creep y casi me dio una crisis pero venga, la gente está para divertirse.

-Estoy de acuerdo. ¿Tienes mucho rato desde que llegaste? Me hubiera gustado haberlos recibido.

-Unos 20 minutos, más o menos. Por allá están mis compañeros.

-Vale. Si te soy sincero, creo que me quedaré aquí porque me gusta la compañía. Espero que no te moleste la mía. –Lo dijo con una sonrisa muy sensual.

Andrea tenía un poco menos de miedo que la primera vez que lo conoció. Era por el alcohol, claro. La barrera de la timidez se estaba difuminando poco a poco.

-Está muy bien para mí.

-Excelente. Por cierto, qué bueno que ya no me llamas señor. Mejor, ¿no crees?

Ella asintió.

-Vale, traeré algo de comer.

-Gracias.

Se levantó con esa gracia de hombre divino y ella lo miró irse. Observó su espalda ancha y lo bien vestido que iba. Sin duda tenía muy buen gusto.

Cuando escapó de su campo de visión, bebió lo último que le quedaba en la copa y pareció recibir una descarga de energía. Respiró profundo hasta que sintió de nuevo la presencia de él.

-A ver. Rescaté un poco de sushi, sashimi y wakame. Ah, estos son una especialidad de un chef de comida china. Es increíblemente delicioso y creo que deberías probarlo primero.

Se trató de un bollo de masa blanca relleno de carne de cerdo. Apenas probó bocado, Andrea sintió una fiesta en el paladar.

-Esto es exquisito.

-Te lo dije.

-Gracias por esto.

-Bah. No es nada. Espero que te guste.

Comieron, hablaron, rieron. Erik quedó enganchado ante esa carcajada de ella. La sintió tan honesta, tan deliciosa que la imitó.

-Nada mal. Tengo esto ganado. –Se dijo él.

Y así era.

Andrea estaba deslumbrada por el humor de él, por sus comentarios y por los temas que hablaron durante el tiempo que estuvieron solos. Música, cine, historietas, comida, viajes.

En esa conversación, ella descubrió que él era amante de The Black Keys, del rock clásico y el soul. Le confesó que tenía una colección de discos de vinilo que guardaba en una habitación especial para que no se dañaran.

Igualmente, le dijo que odiaba levantarse temprano y que prefería las reuniones en la tarde. Sin embargo, como tuvo la oportunidad de hacer su propia empresa, tuvo que sacrificar algunas cosas.

-No creas. Lograr esto representó mucho trabajo. Mi papá me prestó algo de dinero, por suerte. Pero tuve en mente pagarle eso por lo que pasé días, semanas mejor dicho, partiéndome el lomo, haciendo trámites de todo tipo. Te sorprenderías del protocolo que hay en este país. Pero, al final, sí pude. Ahora tengo en la mira otras cosas...

Le dirigió una mirada encendida.

En ese momento, se escuchó que comenzaba una canción lenta. Erik se levantó de repente y le ofreció la mano.

-¿Bailamos?

-Soy muy mala. Tengo dos pies izquierdos.

-No te preocupes, yo te guío.

Insistió con esa sonrisa irresistible y ella no le quedó más que acceder. Así pues que se levantó y le tomó la mano. Era suave, cálida. Sus dedos rozaron delicadamente hasta que llegaron a la pista de baile.

Como si el Universo conspirara a favor de los dos, las luces se volvieron más tenues, como si se recreara un ambiente más íntimo. Él le tomó la cintura,

acariciándola suavemente. La atrajo a sí y comenzaron a dar pasos lentos al son de la canción.

Ella vio algunas parejas y trató de copiar la forma de bailar. Comenzaba a sentirse incómoda hasta que sintió el cálido aliento de él sobre su oído.

-Relájate.

Fue tan sutil que sintió una ola de calor en su cuerpo. Asintió levemente y se dejó guiar por él.

Poco a poco, Andrea sintió la necesidad de apoyar su cabeza sobre su pecho. Al hacerlo, cerró los ojos y fue como caminar sobre las nubes. Estaba con el tío más guapo del lugar y todo aquello le resultó sumamente único.

Siguieron bailando hasta que ella alzó la mirada. Los ojos azules de Erik la observaban y fue entonces cuando él le tomó el rostro y la besó.

El beso fue mágico. Los labios de él se sintieron suaves, tiernos. Su lengua se encontró con la de ella para acariciarla y probarla. Incluso hubo una especie de repunte en la intensidad pero en seguida las cosas se tornaron suaves. Erik era capaz de manejarse entre ambas cosas a la perfección.

Al terminar la pieza, los asistentes aplaudieron a la banda por su tan variado repertorio, mientras que Erik y Andrea estaban envueltos en su propio mundo.

La fiesta de Navidad transcurrió con normalidad para el resto de los presentes. Comida y bebida a granel así que no habría queja. Los compañeros de Andrea, al final, decidieron reunirse en una mesa un poco remota por mero gusto. No tenían muchas ganas de socializar con las altas esferas.

-Me gustaría que nos viéramos después, si te parece claro.

-Estaría encantada.

Él volvió a sonreír y a besarle.

-Vale.

Intercambiaron números justamente antes de que llamaran a Erik para que dijera unas cuantas palabras al público.

-En un momento voy. Andrea, estaré comunicándome contigo muy pronto, tenlo por seguro.

-Está bien.

Tuvo un impulso de querer besarla pero no pudo. Su presencia era requerida con urgencia.

Él subió la escalinata y tomó un micrófono. En la otra mano sostenía una copa de champaña. En ese momento, la música se detuvo y la gente le prestó toda la atención.

Andrea logró colarse entre la gente hasta dar por fin con su grupo.

-Tía, ¿pero en dónde has estado?

-Me perdí. Tuve que pedirle ayuda a uno de los meseros. Me da hasta vergüenza.

-No es para menos. Este lugar es inmenso.

Se sintió conforme de que la mentirilla hubiera funcionado. Después, escuchó las palabras de Erik. Él, hablaba pero también buscaba desesperadamente a Andrea con la mirada. Al lograrlo, prácticamente la miró durante el resto del discurso que no era más que un conjunto de palabras que iban dirigidas a la gente que ya a ese punto estaba a un paso de la embriaguez.

-¡Salud, amigos! Salud y que sigan disfrutando de la fiesta.

Todos alzaron su copa alegremente y aplaudieron al final.

Andrea esperó un tiempo más para verse con él pero no pudo. Erik tuvo que dedicarse a las relaciones públicas por lo cual ella optó irse con la gente de la oficina. El cansancio y el dolor de los pies pudieron más.

Al llegar a casa, apenas se quitó las sandalias y se sintió aliviada por sentir el frío de la cerámica bajo sus pies. Caminó un poco más hacia la cocina, abrió el refrigerador y tomó un poco de agua. Se dio cuenta que tambaleaba un poco y no sabía muy bien si eso se debía al alcohol o la noche que tuvo con Erik.

Se echó sobre el sofá y sintió que el mundo le daba vueltas. Estaba feliz, casi eufórica. Quería salir, tocarle la puerta al vecino y darle un abrazo. Así estaba.

Dudó que si aquello realmente pasó, si fue real o fue producto de su imaginación. Rozó sus labios y sí, todo fue de verdad. Su cuerpo y su mente se lo decían a gritos. Estaba impresionada además del magnetismo que sentía cuando estaban juntos. Era como si el mundo entero desaparecía por completo.

Cerró los ojos para seguir aferrándose a ese sueño hasta que por fin se quedó



dormida.

## VI

La vida volvió a la rutina de siempre. El escritorio blanco, el pequeño espacio, el brillo de la computadora que le molestaba, el café instantáneo que más bien era un chiste. Después de esa fiesta, de esos besos, de esa mirada intensa, Andrea no supo más de él en los siguientes días.

Al principio pensó que quizás había anotado mal el número. Se aferró a esa idea hasta que le vino el pesimismo de que, quizás, él más bien se había aburrido de ella y que ya estaba con otra chica. Total, era uno de los solteros más deseados de la ciudad y tenía sentido que así fuera.

Sin embargo, le gustaba consolarse con la idea de que, sin duda, fue la noche más emocionante de su vida. Al menos en mucho tiempo.

Terminó la jornada de ese día. Los demás recogían sus cosas con parsimonia mientras que ella aún terminaba un informe. A diferencia de otros días, no se quedaría demasiado tiempo. Deseaba llegar a casa, tomar un baño caliente y recluirse en la aplastante rutina que parecía perseguirla sin control.

Después de un rato, entre los empujones propios de la hora pico, Andrea abrió la puerta de su hogar exhalando un suspiro. Miró la oscuridad, apagó la alarma y encendió las luces para no sentirse tan sola.

Subió inmediatamente y comenzó a desvestirse para ducharse. El agua caliente resultó tan reconfortante como recordaba. Salió, se puso una bata y pensó en prepararse un chocolate caliente. La idea la animó un poco y justo cuando se destinaba a ello, escuchó el móvil. Pensó inmediatamente en su madre, tenía un par de días que no sabía de ella.

Lo buscó entre su bolso y miró la pantalla. El nombre que observó la hizo dudar de que sí realmente estaba bien.

“He tenido días terribles. Apenas he logrado dormir pero ya me encuentro desocupado. ¿En dónde estás? ¿Qué tal si nos vemos?”.

Por un momento, pensó que era mejor idea inventarle una excusa o pretender que no le había llegado ese mensaje. Total, no es poco común esos problemas con la conexión.

Sin embargo, se observó a si misma tecleando con el deseo de verlo. De

verdad quería hacerlo. Tenía el pecho agitado. Aquel temblor se le transmitió en el resto del cuerpo. Incluso pensó que sería incapaz de escribir con tranquilidad. Finalmente, se espabiló.

-Venga, que no soy una niña, eh. –Se dijo a sí misma con la intención de reprenderse.

“Estoy en mi casa. Y claro, claro que me encantaría verte. ¿En dónde nos encontramos?”.

Envió la respuesta y en seguida comenzó a caminar rápidamente por su habitación. Iba tan rápido que pareció que casi estaba a punto de hacer una zanja gracias a sus pasos.

Esperó un poco más hasta que escuchó el móvil, era él quien la estaba llamando.

-Lo siento, tuve que llamar porque estoy manejando. ¿En dónde te encuentras? Puedo buscarte ahora mismo.

-Eh... Eh...

Tardó un poco en reaccionar. Al final, pudo decirle con lujo de detalles en donde vivía. Hasta le mencionó algunos puntos de referencia para que se ubicara mejor.

-Vale, ya me ubiqué. Creo que estaré allá en unos 15 minutos.

-Bien, te estaré esperando.

-No sabes las ganas que tengo de verte.

-Yo... Yo también.

Colgó y creyó que iba desmayarse ahí mismo. Entonces fue hacia el clóset y comenzó a buscar desesperadamente alguna ropa que fuera cómoda y práctica. Lamentablemente, no tenía tiempo para verse tan deslumbrante como en la fiesta, pero al menos haría el intento.

Peinó su cabello, pintó sus labios de rojo, se colocó unos jeans oscuros y una camiseta negra. Buscó un cárdigan que le quedaba un poco ancho y unas zapatillas deportivas que casi no usaba.

Les quitó un poco el polvo, se vio en el espejo para cerciorarse que todo estaba bien y, antes de irse, se dio cuenta que ya no tenía las bolsas y que más bien había cobrado una expresión hasta rozagante.

Bajó las escaleras y tomó un vaso de agua para calmarse un poco. A los pocos minutos, escuchó el sonido de una corneta. Apagó todas las luces y se detuvo en la perilla de la puerta. Por un momento quiso echarse para atrás pero sus pies, pesados como un par de plomos, le impidieron hacerlo; así que giró y abrió. Ahí estaba él, luciendo como el hombre más guapo del mundo.

Ella le saludó con un gesto con la mano y se giró para introducir la clave de la alarma y cerrar con llave. Esos segundos tan anclados a su rutina, le parecieron eternos.

Erik, estaba recostado en el coche. Era un Mustang del 70. Negro y brillante como esa noche. Estaba vestido con un traje azul oscuro. La elegancia la rompió al deshacer el nudo de la corbata. Ya a esa hora lo que deseaba era despejarse un poco de la formalidad a la que estaba acostumbrado.

Mientras estaba allí, miraba a observando a Andrea. Los jeans ajustados le marcaban las caderas y las piernas anchas. La camiseta hacía lo mismo con su cintura. Notó el rojo de sus labios gruesos, esos mismos que le producían tanto morbo. Además, no pudo evitar sentir una vibrante alegría apenas la vio. Ella se presentó como un destello de luz.

Finalmente la vio acercarse a él. Adoraba verla con la informalidad de su ropa, esa misma que contrarrestaba tan bien con su estilo empresarial.

-Hola, guapa.

-Hola. ¿Cómo estás?

-¿Hasta para saludarme tienes un protocolo? Venga.

Fue hacia ella, le tomó por la cintura y le besó los labios con pasión. Andrea sintió que el mundo se le movió bajo los pies.

-Bien, ¿nos vamos?

-Eh... Sí, sí.

La abrió la puerta con galantería. Al montarse, notó el olor y el sonido del cuero apenas se sentó. Ciertamente se trataba de un coche clásico pero que tenía todos los detalles de lujo. Incluso le llamó la atención los rines. Eran brillantes y relucientes. Se impresionó porque realmente no le interesaban esos detalles.

Él se montó junto a ella y esperó un momento, le dirigió una sonrisa pícaro y

puso la mano sobre la palanca de cambios y el pie en el acelerador.

-Espero que te guste la velocidad.

Hizo un par de movimientos rápidos y el coche pareció suavemente por el asfalto. Los neumáticos patinaban sobre la superficie y el rostro de Erik se transformó por completo. Estaba casi eufórico. Era, sin duda, amante de las emociones fuertes.

Estuvieron así por un largo trayecto. Ella comenzó a saborear otros tipos de placeres. Pasó su vida siendo reservada, precavida con todo, tímida y hasta preocupada por lo que pudiera pasar. Ahora estaba con alguien que le ofreció todo un mundo de posibilidades.

-Quiero llevarte a un lugar que es perfecto para beber y relajarse un poco. No, no pongas esa cara. Estoy casi seguro que te gustará. De no ser así, ten la confianza de joderme con eso.

-Ja, ja, ja. Vale.

La noche estaba espléndida. El brillo de las estrellas y de la luna, daban una sensación única. Había una brisa refrescante pero no fría. Cerró los ojos por un momento y experimentó lo que sentía la gente de espíritu libre.

En medio de su emoción, el coche aparcó cerca del centro de la ciudad. En un callejón repleto de bares. Andrea trató de disimular la ignorancia que tenía sobre ese lugar. Lo cierto, es que era fascinante ver las luces en las calles, escuchar las risas de las personas, admirar los espectáculos afuera de los bares. Era un sitio lleno de vida.

-A ver... venga, este es el lugar. Te encantará.

Empujó la puerta de madera y se encontró con un bar pequeño pero acogedor. En el fondo, había una tarima y justo allí se presentaba un grupo de jazz. La música animaba más el ambiente.

Las paredes y muebles oscuros, más el denso humo de cigarro que se colocaba sobre las cabezas de quienes estaban allí, le resultó curioso a Andrea. No le pareció asfixiante ni le dio esa sensación de encierro, más bien era casi como si pudiera ser como quisiera.

Se sentaron en una pequeña mesa de madera, un poco alejados del resto. Vieron un trozo de papel con los nombres de los tragos que tenían allí.

-Un Martini seco y una copa de vino blanco, por favor.

El misterioso mesero desapareció entre las mesas y los dos se quedaron envueltos en la sensualidad de la privacidad que tenían y en la música.

-¿Qué te parece?

-Nunca he venido a un lugar así como este. Es estupendo.

-Te dije que te gustaría.

-Lo sé. Debo reconocer que sí tenías razón.

Justo en ese momento, las bebidas descansaron sobre la mesa, frente a ellos.

-Bien, salud.

Chocaron las copas y el rostro de Andrea se iluminó. Estaba más que feliz, hacía mucho que no sabía qué era eso.

Erik tomó un sorbo de su trago y se dispuso a observar con cuidado las maneras de ella. La forma en cómo bebía y la el pequeño destello que tenía al degustar el trago. Él seguía observándola, de hecho le pareció un ejercicio interesante.

-Pensé que no nos hablaríamos más. –Dijo ella de repente.

La pregunta casi descolocó a Erik quien estaba acostumbrado a dar siempre el primer paso.

-Oh no, te prometí que nos veríamos y aquí estamos. Pero, como te mencioné, hay veces en donde mi trabajo me absorbe demasiado. Incluso olvido que soy un ser humano. –Se acercó un poco más a ella, a esos labios gruesos teñidos de labial rojo que resaltaban aún más esa forma sensual. – Pero no, no te olvidé. Imposible.

Dejó el trago a un lado y le tomó ligeramente el mentón. Lo acarició un poco hasta encontrarse con la mirada asustadiza de ella.

-Tranquila...

Notó cómo su pecho se inflaba rápidamente. Cerró los ojos y se besaron. La boca de Erik tenía acento amargo pero picante al final. Ella no supo si el trago tenía que ver o si era algo que sólo su cuerpo podía dar.

Gracias a la cercanía que tenían entre sí, era más fácil sentir el calor que desprendía su piel, así como los sonidos propios del placer que le

proporcionaba el juntas sus bocas.

Andrea sintió que perdía cada vez más el miedo, que perdía la timidez. Sentía que estaba paseando por el borde de un conjunto de emociones intensas y eso le produjo un frío en la boca del estómago. No quiso pensar en nada más así que siguió entregándose a él tanto como pudo.

A medida que se besaban, perdió cada vez más la fuerza de sus extremidades. La resistencia se alejaba de su cuerpo y la ansiedad de estar con él se hizo mayor. Erik, supo leer estas señales así que acercó su boca al oído.

-¿Por qué no nos vamos a un lugar un poco más cómodo?

-Sí.

-Vale. Déjame pagar.

Le dio otro beso y ella aprovechó tomarse la restante cantidad de vino blanco. Se pellizcó el brazo como para cerciorarse que todo eso no se trataba de un sueño. Luego de cancelar, Erik se reencontró con ella y salieron de espacio denso y lujurioso.

Como no pudo resistirse a ella, apenas llegaron al coche y comenzaron a besarse. Andrea, quien sufría ataques de pudor, se sintió un poco incómoda pero luego olvidó todo aquello. Él le transmitió un poco de esa confianza que tanto exudaba. Para su sorpresa, la gente los ignoraba por completo. Fue sumamente liberador.

Subieron al coche y de nuevo la emoción que corrió por sus venas. Bajó el vidrio de la ventana y fue como respirar adrenalina. Sacó una de sus manos con la intención de acariciar el viento. Las luces de las calles iluminaban su rostro ahora con expresión tranquila y conforme. Hasta incluso apostó que ya no tenía bolsas debajo de sus ojos.

Poco a poco, el coche disminuyó de velocidad. En ese momento, Andrea se percató que se encontraban en la entrada de unos de los hoteles más lujosos de la ciudad.

La entrada resplandecía. El brillo de las luces que se encontraban allí, resaltaban la superficie lisa del mármol negro. Incluso el plateado del metal de las puertas corredizas y de los detalles, parecía que fueron hechos exclusivamente para ese lugar.

Apenas bajó, un valet se acercó a ellos con extrema amabilidad. Era obvio

que para Erick todo aquello era una cuestión de rutina, sin embargo no era lo mismo para Andrea. El servilismo, el lujo, el extremo lujo, llegó un punto que le produjo cierto escozor.

-Bien, ¿y qué te parece?

-Pues... Es hermoso.

-No te sientas incómoda, ¿vale? Quiero que te diviertas y que la pasemos bien. Ten eso presente.

-Vale.

Trató de despejar su mente de todas esas reflexiones. Él, de cierta manera, tenía razón. Así que Andrea trató de fingir que también formaba parte de ese mundo exclusivo.

La recepcionista los atendió con una amplia sonrisa. Mientras Erik terminaba de hablar con ella, Andrea observó la gran araña que colgaba del techo. Los múltiples cristales servían para reflejar la luz en varias direcciones, era como dejarse hipnotizar por una gran supernova.

-Listo. Ven.

Fueron hacia los elevadores. Mientras esperaban. Erik miraba fijamente el número que se marcaba en la parte superior de los mismos, ella notó su reflejo junto a él.

Erik se veía alto, demasiado alto. El traje y la camisa medio abotonada, le resaltaban esa personalidad divina. Los ojos azules, un poco más claros, era el acento que atraía a cualquiera aunque, para ella, lo más hermoso era ese lunar sobre la boca. Luego se detalló a sí misma.

Todo le pareció bien pero se impresionó aún más al ver su rostro. Se veía tranquila y hasta entusiasmada. Si echaba una ojeada a esos días antes de conocer a Erik, muy probablemente se hubiera encontrado con una imagen completamente distinta. Quizás amargada, quizás triste. Pero ya no se veía así.

Subieron y con ellos, unos cuantos más. El silencio incómodo se rompió con el sonido que anunciaba la llegada a los pisos. Finalmente, se quedaron solos y esa fue la oportunidad para que Erik la abrazara desde atrás.

Sus fuertes brazos rodearon su cintura con firmeza y su aliento descansó en el cuello. Los labios finos rozaron un poco la piel y ella sintió cómo se le



erizaba la piel. Sus manos encontraron las de él y las acarició un poco. Incluso se entretuvo un rato con las venas que se le veían en el dorso y en los brazos.

El ascensor los dejó en el piso y ambos caminaron por un pasillo iluminado y grande. La alfombra era de color oscuro así como las paredes. Unos cuantos pasos más y llegaron finalmente.

Él pasó la tarjeta magnética y la puerta se abrió automáticamente. Andrea, de nuevo quedó deslumbrada por el lugar. Era una habitación enorme, tan grande que incluso contaba con una pequeña salita de estar. La cama, blanca y perfectamente acomodada, tenía un par de chocolates Rocher.

En ese momento, alguien tocó la puerta.

-Buenas noches, señor. Servicio a la habitación.

Un mozo tenía una bandeja con unos cuantos platillos de sushi y frutas frescas. Además, en la otra mano cargaba una pequeña botella de vino espumante.

-Excelente, muchas gracias.

-Gracias a usted, señor. Feliz estadía.

Se retiró y Andrea todavía daba vueltas por la habitación como una niña. Él fue a encontrarse con ella. De nuevo volvió a besarla y ahora sí que no tuvo reparo en hacerlo como quiso. Tanto su lengua como su lenguaje corporal, fue agresivo. La intención de Erik era hacerla sentir que era su prisionera, su esclava.

Las caricias y los agarrones se volvieron también más intensos. Las manos de Erik exploraba el cuerpo de Andrea a su antojo. Ella, debido a la excitación, se quedó allí, siendo el objeto del deseo de él, incapaz de moverse un poco más. Estaba entregándose a él.

El sushi, las frutas y el vino tuvieron que esperar un poco más por los dos. Erik y Andrea olvidaron por completo los días que pasaron sin verse así como el hermoso lugar en donde estaban. Ella olvidó la timidez y él dejó de lado el decoro. Fue directo a sus carnes, a sus gemidos, a las súplicas de más.

Comenzó a desvestirla poco a poco pero eso sí, con ciertas reservas. Con moderación, con tacto, quería mantenerse allí, junto a él.

Andrea cerró los ojos y fue como encontrarse con todos los sentidos desde el interior. Era un instrumento musical que era tocado por manos expertas. La

melodía eran los gemidos que se producían gracias a los estímulos que recibía. Su interior era una fiesta de sensaciones.

Es obvio decir que su coño estaba empapado. Latía con tanta fuerza que ella incluso pensó que no podría aguantar más y terminaría por gritarle que le poseyera.

La destreza de las caricias de Erik era tal que Andrea no se percató que él la desnudó por completo. Sólo faltaban los jeans y las zapatillas.

Escuchó cómo desabotonó el pantalón y cómo estos cayeron sobre sus pies. Los brazos de ella lo rodearon por el cuello. Se desprendió de lo último que le quedaba en el cuerpo y lo miró a los ojos. El mensaje fue claro.

Erik la depositó en la cama con sutileza y procedió también a quitarse lo que tenía puesto. Andrea estaba embebida por el cuerpo caliente que estaba sobre ella. Fue así hasta que miró la estampa de ese hombre.

La piel morena era reluciente y sin imperfecciones, los pectorales y los abdominales marcados, los muslos fuertes y las piernas anchas. Sus brazos estaban apoyados sobre la cama y enmarcaban el rostro de Andrea.

La boca de él fue directo al cuello de ella, finalmente sintieron el roce de sus pieles que se mezclaban entre sí.

Ella abrió las piernas para recibirlo, inmediatamente sintió el roce de su pene contra su coño caliente. Continuó haciéndolo hasta por un buen rato. Aquella táctica, por supuesto, fue intencional. Erik buscaba con esto tentar aún más a Andrea, pretendía empujarla hasta la desesperación.

La excitación era tal que los ojos de Andrea se llenaron de lágrimas. Estos estaban entreabiertos y apenas podía verlo porque ella estaba flotando en una nube de emociones. Se aferró a la cama con ambas manos y siguió gimiendo. Esas chipas de calor, de electricidad, se propagaron por todo el cuerpo.

En ese instante, cuando pensó que era imposible atravesar otra frontera que fuera más allá de lo que estaba experimentando en ese momento, la lengua de Erik acarició el clítoris. El resto de su boca, succionó los labios vaginales, con el fin de degustar esos deliciosos sabores y fluidos.

Apenas dio la primera lamida, Andrea exclamó un fuerte alarido. Tan fuerte que pensó que podría pasar la barrera de las paredes. Pero luego se olvidó de eso, olvidó ese detalle mínimo porque él volvió hacia ella con gran decisión.

Esa lengua se movió rápido y con violencia, daba vueltas, giros, entraba y salía con rápidamente. Andrea no pudo creer que alguien la arrastrara a la perdición de esa manera.

Erik se encontró más que a gusto entre esas piernas gruesas y deliciosas. Sus manos apartaron un poco de esas carnes para tener vía libre para ir más adentro de ella. Lo hacía tan salvajemente que se escuchaba a sí mismo. Por lo general, no le prestaba atención.

Cada roce, cada lamida, lo acercaba más a ella, a ese mundo complejo que era Andrea. De vez en cuando le dirigía una mirada para saber cómo lo estaba llevando. ¿Conclusión? Iba bien. Mucho más que bien.

Empezó a sentir dolor en el cuello y parte de los brazos. Relajó un poco estos últimos y trató de limitar el movimiento a la boca pero se le hizo complicado. Así que se mantuvo un poco más allí hasta que se incorporó.

Andrea abrió los ojos apenas él se detuvo. Lo vio sobre ella, sonriéndole, mirándole con descaro. Ese mismo que le parecía tan atrayente, tan sensual. Se puso a la altura de su rostro y le dijo, mirándola sin pestañear.

-Sabes delicioso.

Ella se excitó aún más. Mientras, Erik se puso de pie. Andrea aprovechó para verle la espalda, los glúteos y el pene. Este último no lo pudo detallar bien porque justo allí, la mano de él fue a parar a su cuello. La sostuvo con fuerza y pudo notar una actitud muy diferente. Sin embargo, no le pareció incómoda, más bien... Le excitó.

-Arrodíllate y chúpalo.

Andrea, húmeda y desesperada, asintió como una niña buena. Al fin tuvo la oportunidad de verlo de cerca. Tal como deseaba.

El glande de Erik tenía un tono rosáceo. La forma era grande y la superficie estaba brillante gracias al flujo pre-seminal. El cuerpo era grueso, no tan largo pero sí repleto de venas. Andrea las palpó suavemente, como si estuviera fascinada por ellas. Erik, mientras, la veía entre divertido y excitado.

Sus dedos siguieron explorando ese miembro que debía producirle sensaciones gloriosas, así pues que se apresuró en lamerlo. Primero rozó su lengua en la punta, hasta concentrarse allí un buen rato.

Sus labios descendieron hasta que el glande quedó completamente dentro de la

boca. Poco a poco, Andrea se lo introdujo hasta que lo logró. No hizo movimiento alguno, a ella también le gustaba jugar.

La mano de él situó sobre su cabeza y haló un poco el cabello corto. El largo fue suficiente para apretar con fuerza. Entonces él tomó el control de ella, de los movimientos que haría y de la intensidad de los mismos.

Andrea le dio una última mirada antes de comenzar con ese vaivén delicioso. Al hacerlo, sintió los relieves de ese pene, la humedad y la excitación que tenía Erik. Incluso le llegó escuchar unos cuantos quejidos, los cuales, le hizo sentir orgullosa de sus talentos.

Cuando se cansaba de chupar, dejaba que sus manos tomaran su lugar. Sus dedos acariciaban el glande y la palma abrazaba el resto del cuerpo. Gracias a que el pene estaba mojado por el flujo de él y por la saliva de ella, masajeaba y presionaba con fuerza.

Hubo un punto en que conjugó los movimientos de su mano con las succiones que hacía su boca en el glande. Erik sintió que las piernas le iban a fallar en cualquier momento.

Quiso quedarse allí, quiso dejarse perder entre las sensaciones que ella le regalaba con tanto gusto pero no. La detuvo colocándole la mano de nuevo en el cuello. Le apretó nuevamente e hizo que se levantara con suavidad. Cuando ella finalmente se puso de pie, la acercó hacia sí y la besó con fuerza. De hecho, le mordió los labios y hasta se los rompió un poco.

El dolor y el olor de la sangre no asustaron a Andrea, más bien la colocaron en un modo especial. Se quedó esperando que él le diera más órdenes. Erik supo leer las intenciones que demostraban sus ojos.

-Contra la pared. No. Dándome la espalda. Bien, buena chica.

Instintivamente, ella arqueó la espalda para exaltar las formas de su culo. Grandes, firmes, duras. Erik no aguantó la tentación y le dio una nalgada. Ella gimió y giró su cabeza para darle a entender que siguiera. Él sonrió maliciosamente y continuó con los impactos. Probó con todo tipo de ritmos e intensidades.

Ese par de deliciosas nalgas se volvieron de un color rojizo con diferentes tonalidades. En unas zonas eran rosadas y otras más intensas. Incluso pudo deleitarse con la figura de su mano estampada. Volvió a imprimirla sobre la piel para que ella recordara que él era el que mandaba.

Estuvo admirándola por un rato hasta que comenzó a rozar su pene entre los labios de su vagina. Mientras lo sostenía, pudo sentir la firmeza de su carne, la dureza que tenía producto de la excitación.

Tomó un poco de aire para controlar los impulsos que sentía. Sabía que, de lo contrario, alguna reacción acabaría pronto con lo que estaba haciendo y esa no era su intención.

Respiró un poco más y se sostuvo de las caderas de Andrea. La suavidad de ese contacto le hizo perder de nuevo la razón y no se resistió más. Comenzó a follarla con fuerza desde esa posición.

Ella, por suerte, contó con el soporte de la pared porque de lo contrario, era seguro que se desvanecería en cuestión de minutos. Estiraba o flexionaba los brazos. Gemía sin parar gracias a las embestidas de él que no cesaban. Sentía las manos de Erik sobre ella, como queriéndole traspasar la piel.

Le pareció impresionante que fuera que ese hombre pusiera tanto empeño, tanta fuerza sobre ella y que, a su vez, lo resistiera bastante bien. Estaba hecha para esto.

Más embestidas también significó más nalgadas. La mezcla de ambas cosas le producía un sinfín de sensaciones. Su vida cobró sentido en ese instante. Había esperado demasiado pero tuvo su recompensa.

Siguió follándola hasta que sintió que la sangre le corrió por el cuerpo a toda velocidad. Erik la volvió a tomar del cuello e hizo que se arrodillara. Andrea tenía las mejillas encendidas, la frente y el pecho, sudados y la agitación que la hacía respirar con fuerza.

Desde esa posición, le introdujo su pene con fuerza, hizo que se lo metiera todo en la boca. Ella hizo unas cuantas arcadas pero soportó muy bien el tenerlo allí. Procuró empapar con su saliva aquel miembro grueso y delicioso.

Intentó mover el cuello para chupárselo con más arte. Él se lo permitió y dejó que luciera todas sus habilidades. Se reclinó un poco sólo para verla mejor y de verdad que esa imagen le produjo cualquier cantidad de sensaciones. Estaba a punto de reventar.

Cuando el orgasmo estaba por manifestarse, la sujetó con fuerza por el cabello y la miró a los ojos. Hizo que se detuviera en su glande para que chupara con más fuerza hasta que por fin eyaculó sobre su cara y labios. Fue una sensación tan intensa que gimió y rugió como un animal.

El esperma se esparció por hasta en los rincones más hermosos de ese rostro que demostraba una gran excitación. La lengua de Andrea se paseó hasta por donde pudo para saborear el regalo que él le había dado.

Se relamió un par de veces más hasta que sintió las manos de Erik que la tomaban para colocarla sobre la cama. Le abrió las piernas con fuerza y colocó su cabeza entre ellas. Cerró los ojos y se concentró en comerle el coño con salvajismo, ese mismo que le caracterizaba como el Dominante que ella.

Mordió los labios vaginales, el clítoris y succionó sus fluidos. Al final, su boca se apostó sobre ese punto de placer con el objetivo de hacerle retorcerse en sí misma. Ella sostuvo las sábanas entre sus manos hasta que todo se apagó de repente.

Sus ojos quedaron consumidos por una oscuridad absoluta, una que no le produjo miedo sino más bien un placer indescriptible. Supo que emitió un grito porque, al salir de ese umbral, llegó a escuchar el último rastro de esa manifestación.

La tensión de su cuerpo desapareció y se dejó vencer por el cansancio de ese conjunto de sensaciones. Permaneció en esa galaxia. Deseaba quedarse allí por mucho tiempo.

Con rapidez, Erik fue al baño para buscar unas cuantas toallitas y limpiar a Andrea, quien todavía se encontraba en una especie de trance. Al verla así, tan deliciosa y dormida como una ninfa, procuró darle el espacio y el descanso que merecía.

Observó con más detalle los rastros de sus manos por su cuerpo. La piel morena de ella, brillante y suave, contrastaba con las impresiones que él le produjo. Volvió a sonreír.

Regresó para botar los desechos y para refrescarse un poco el rostro. El agua fría pareció regresarlo a la realidad porque se quedó mirándose a sí mismo al espejo. Estaba impresionado por el aspecto que tenía. Estaba colorado, sudado y emocionado. Una emoción que trató de reflexionar pero no encontró una verdadera razón.

Un poco más de agua y de tranquilidad, le hicieron concluir que era ella quien le producía eso. Inesperadamente, esa idea de arrastrar a Andrea a un mundo de placer desconocido, también trajo como consecuencia el que él experimentara algo que hacía mucho no sentía. El estar cómodo ante la

compañía de una mujer después del sexo.

Erik era un hombre indiscutiblemente muy sexual pero también desprendido para las relaciones. Saltaba de una a otra porque adoraba la compañía de una mujer atractiva pero lo cierto era que muchas veces no se permitía ser como era. Se escondía tras la fachada de galán irresistible, de soltero cotizado.

Dejó un momento la reflexión para acercarse a Andrea. Quería asegurarse que ella estuviera bien. Apenas rozó su mano sobre su mejilla, ella abrió lentamente los ojos, como despertando de un plácido sueño.

-¿Qué... Qué ha pasado?

-Creo que tu orgasmo fue un poco intenso y quedaste, pues, inconsciente. ¿Estás bien? ¿Cómo te sientes?

Ella trató de incorporarse pero olvidó que ese torrente de emociones era algo nuevo por lo que tuvo que tener cuidado.

-Me siento bien pero creo que estoy un poco mareada.

Él fue directo a la mesa y tomó un platito. Le puso un par de fresas, trozos de duraznos y un par de piezas de sushi.

-Ven, come un poco. Te sentirás mejor.

-Gracias...

Unos cuantos bocados fueron suficientes para que le regresara el color a las mejillas a Andrea. La sonrisa de satisfacción después de comer el alimento, también le generó una sensación de bienestar.

-Nunca experimenté algo así. ¿Es normal?

Tuvo un poco de timidez cuando hizo la pregunta. Especialmente, porque estaba frente a alguien que tenía mucha experiencia al respecto. Quiso amortiguar el efecto comiendo un trozo de sashimi en silencio.

-A ver, lo que tuviste se llama Petit Morte. Sucede justo en el orgasmo. Tu mente y cuerpo se desconecta y, digamos, “mueres” por unos segundos o muy cortos minutos. Luego reaccionas. Como pasó hace poco. –Al terminar, se sentó junto a ella- No debes sentir pena ni vergüenza de no saber. Es más, es genial que preguntes. Puedes preguntarme lo que quieras.

-¿Tienes algún secreto?

La respuesta le cayó como anillo al dedo.

-Sí, de hecho. En el sexo soy alguien que no le gusta demasiado lo convencional. ¿Sabes a lo que me refiero?

-No... Realmente no.

-A ver. Supongamos que las cosas se dividen en dos. Aquellos que prefieren el sexo vainilla y los que no. Ya, ya te explico es de "vainilla". Se refiere al sexo normal, común y corriente. Tu abajo y yo arriba o viceversa y sin tantas complicaciones. Un par de minutos y listo.

De repente, se le vino a la mente, todas esas veces en las que tuvo relaciones. Se percató que todas eran así. Aburridas.

-... Eso no quiere decir que esté mal. Son preferencias nada más. Lo que no es vainilla forma parte del mundo de BDSM. Las siglas se refieren, básicamente, a sumisión, dominación, masoquismo, sadismo. Sin embargo es una palabra que incluye muchas más, como el fetichismo. Hay tantas vertientes que te sorprenderías. Es todo un mundillo.

-Vaya... ¿Cómo es una relación de dominación y sumisión?

-Eso depende de las personas que estén involucradas. Pero la condición es que el sumiso o sumisa debe entregarse por completo ante su Amo o Ama, ya que esta es la persona que tomará el control de las emociones y sensaciones. Marcará la pauta de las sesiones y un largo etcétera. Cabe decir, que lo que hagan forma parte de un acuerdo ya establecido. Por eso es muy importante que establezcan los términos y condiciones. Así se evitarán los malos ratos.

-¿Qué tipo de Dominante eres?

Andrea estaba demostrando tener más seguridad en sus palabras, así que no temía en saber un poco más.

-Pues, me gusta controlar mucho y humillar también. Adoro torturar pero está claro que eso depende de a quién se lo hagas. No creo en la dominación mental, es un absurdo ya que le restas sentido a la relación. Pero eso es una opinión personal.

-Entiendo...

-¿Cómo te sientes con lo que te acabo de decir? Si no lo has notado, he confesado algo muy delicado.



-¿Por qué?

-Siento mucha confianza contigo. Además, tengo el leve presentimiento que sé que te gustará mucho esto. ¿Te gustaría probar?

Por un instante, Andrea quiso echarse para atrás. La costumbre de huir a todo dar, era una costumbre que todavía albergaba. Pero esta vez era diferente, el hombre que tanto le gustaba le insistía que probara algo diferente. Sabía que contaría con su asistencia así que no estaría a la deriva. También tuvo el presentimiento que todas esas experiencias la cambiarían para siempre.

-Sí... Claro que sí.

Él sonrió ampliamente y dejando entrever que maquinaba un sinfín de cosas.

-Vale. Primero lo primero. Tenemos que hablar de aquello que no nos gusta y que queremos como límites.

-¿Qué quieres decir?

-Los límites son aquellas cosas que no quieres que formen parte en la sesión ni en la actividad sexual. Es algo que se toma muy seriamente porque, de infringir esa norma, es suficientemente válido para la sesión termine, incluso la relación. Sí. Se han visto casos de casos.

-Vale. Suena importante.

-Lo es. Así pues, dime, ¿qué no te gustaría incluir?

Andrea tardó un poco en responder pero luego pudo hacerlo. Él también le compartió algunas cosas y quedaron de acuerdo con los términos.

-¿Te sientes satisfecha? –Preguntó él sin dejarle de mirarle los pechos.

-Sí. Creo que está todo bien.

-Vale, entonces creo que nos podemos concentrar en otra cosa.

Se levantó por un momento y caminó en dirección a su ropa. Levantó el saco y sacó del bolsillo interno una cuerda no muy larga. Era de color negro y de grosor fino. A pesar de la distancia, Andrea pudo apreciar que brillaba un poco, así que asumió que era suave al tacto.

-Quiero que probemos con esto ya que, verás, me gusta mucho, mucho amarrar y me encantaría a que ti también... Si sabes a lo que me refiero.

Como si hubiera producido un clic en su cerebro, ella extendió los brazos

sobre la cama hasta que quedaron por encima de su cabeza. En su mirada era fácil percibir que estaba dejándose por él, deseaba que él tuviera el control de su cuerpo.

Erik le pareció que ella le leía la mente, así que no tardó demasiado en ir hacia ella y amarrarle las muñecas. Le hizo un nudo delicado para que se sintiera cómoda con la sensación.

-Avísame si lo sientes bien así o si quieres que te suelte.

-No, me gusta. Me gusta mucho.

Y de verdad así era. El roce de la cuerda sobre su piel y la firmeza de los nudos que él le hizo, le produjeron que una excitación como nunca había sentido. Incluso cerró los ojos en todo momento como una forma de darle a entender que realmente confiaba en su criterio. Quizás, después de todo, su destino era convertirse en sumisa y nada mejor que recibir el cuidado y la guía de un Dominante como él.

Luego de amarrarla, Erik bajó poco a poco sobre su cuerpo. Rozaba sus labios sobre el cuello, pechos y el torso. Descendió hasta encontrarse con ese punto divino, con su coño caliente y húmedo que esperaba ansiosamente por él.

Su boca, de nuevo se encontró con esos pliegues de carne y piel que lo volvían cada vez más adicto. Andrea mordió sus labios al mismo tiempo que se entregaba a las sensaciones que él le proporcionaba.

La comió, la devoró por completo. Sus manos se aferraron sobre sus muslos gruesos y su aliento envolvió todo esa zona. Ella no paraba de gemir y los únicos intentos para sostenerle la cabeza o acariciarlo, fueron inútiles. Estaba inmovilizada, no sólo por los amarres sino también porque esos brazos de él también la sujetaban. Le adoraba ser objeto de su control y dominio.

Hundió más su cabeza entre las piernas porque estaba determinado en hacerle llegar. Quería saber cómo era aquella Andrea que explota dentro de su boca, cómo era cuando los sentidos no se apagaban sino que estaban allí.

Al tener los ojos cerrados, Andrea miraba imágenes que iban de un lado para el otro, algunas sin formas y otras sí. Se conjugaban entre sí, bailaban, se movían lento. A veces incluso parecía ver como especies de fuegos artificiales que se expandían en la oscuridad de su mente.

Asimismo, sus sentidos también se elevaban como si flotaran por los aires. La

extrema emoción y hasta ciertos picos de dolor y ardor, parecían convivir dentro de su ser sin mayor problema. Aferró entonces sus manos sobre las cuerdas y la piel que pudo sostener. Continuó navegando en ese mar de emociones.

De repente, las lamidas de Erik se volvieron más rudas y salvajes, era obvio que quería que ella llegara al orgasmo, así que insistió un poco más. La presión que ejercía sobre su clítoris y labios gruesos, le parecieron que tenían el resultado que buscaba. La expresión de ella se contraía y cambiaba.

-Córrete para mí... Ven...

Le dijo en una especie de susurro. Fue tan sutil, tan suave, que por un momento pensó que se trataba de una ilusión pero no, no era así. Entonces se dejó ser por completo. Soltó su cuerpo y mente, decidió que ambos fluyeran con las energías que sentía así que fue mucho más sencillo.

Los años de negación del placer, las veces en que se sintió inútil e incapaz de regalarse sensaciones deliciosas, el sentimiento de culpa de querer un poco más de lo que los demás querían para ella. Todo eso y más, quedó guardado y olvidado ya que su presente insistía que continuara ese camino, que siguiera con él, que se entregara a esa locura.

Sus piernas comenzaron a temblar salvajemente, así como sus brazos. La tensión regresó a su cuerpo como si previera que se encontraría con algo intenso... Y así fue. Él hizo una última lamida.

Esa fue suficiente para que Andrea gritara y estremeciera el silencio de ese gran espacio. Expulsó una gran cantidad de fluidos que terminaron en las manos, boca, lengua y rostro de Erik. Él se encargó de lamerlos por entero.

Esa oscuridad que conoció rato antes, volvió a ella pero un poco más fuerte. ¿Acaso eso era posible? Sin duda, para Erik no había límites al respecto.

Él se levantó poco a poco. Acarició su cuello porque le molestó un poco debido a la posición en la que se encontró por tanto tiempo. Mientras lo hacía, observó que Andrea todavía parecía encontrarse entre las mieles de la Petit Morte, así que fue al baño para volver a lavarse la cara.

Se tomó un poco más de tiempo la primera vez, básicamente porque el cansancio por fin le cayó sobre los hombros. El sueño y el esfuerzo de un largo día de trabajo más el sexo intenso de hacía minutos, le dejaron tan exhausto que el agua fría era poco suficiente para hacerlo despertar un poco

más. Sin embargo, miró su reflejo en el espejo y notó de nuevo esa alegría que tenía. Esa colección de sentimientos que desconoció y que le gustó.

Al regresar a la habitación, Andrea pareció que cayó en el sueño profundo así que procuró cubrirla con una sábana. Apagó las luces e inmediatamente ella se abrazó a la almohada, acomodándose.

Erik se acostó junto a ella. La observó un rato más hasta que poco a poco, sus párpados se rindieron ante el sueño.

## VII

La mañana siguiente, Andrea estaba todavía abrazada a la comodidad de la almohada cuando Erik se despertó. Miró el Rolex que dejó sobre la mesa de madera y se fijó que eran las 7:00 a.m.

Después de suspirar, miró a su acompañante quien dormía plácidamente. Por un momento pensó en entregarse al sueño pero no podía. El día demandaba su máxima atención, así que se levantó con cuidado.

Podría despertarla y hacer que se vistiera para que se fuera antes, tal y como solía hacer con sus amantes de una noche. Sin embargo, Andrea le generaba una sensación diferente, como si tuviera que cuidarla y protegerla.

Fue hacia el baño, cerró la puerta con cuidado y abrió la ducha. Al poco tiempo, se dejó acariciar por el flujo de agua caliente y fría. Se apoyó sobre los brazos ayudándose de la pared y cerró los ojos. Vaya que sí quería volver a dormir... Pero junto a ella.

Al terminar, tomó la ropa del día anterior y se dispuso a vestirse de nuevo. Luego iría a casa o a la misma oficina para terminar de cambiarse y comenzar la jornada. Cuando quiso irse de allí, en ese último instante, la miró.

Se acercó a ella haciendo grandes zancadas y procurando el menor ruido posible. Le quitó un mechón de pelo que tenía en la frente y dejó una pequeña nota que escribió velozmente. Se volteó y se fue, dejándola allí, en el mundo de los sueños y el lujo.

Los ojos de Andrea se abrieron cerca de las 9 de la mañana. Cuando se percató de la hora, dio prácticamente un brinco del susto.

Miró para todas partes y se dio cuenta que estaba sola. Frotó su cabello por un rato, preguntándose qué había pasado hasta que vio una notita en el borde de una lámpara que estaba allí. La tomó entre sus dedos y la miró con curiosidad.

*“Tuve que irme rápido, lo siento. Aquí tienen un excelente servicio de taxis, ya les pedí que apenas llamas, se encargarían de llevarte a donde quieras. Te llamaré pronto”.*

La dejó de nuevo en donde la encontró y se levantó poco a poco. Como se sentía débil, trató de no hacer demasiada fuerza. Al dar unos pasos más allá de

la cama, sobre la mesa central, se encontraba un plato nuevo de frutas y pan tostado. El café se veía recién hecho así que se lamentó un poco que la encontraran babeando sobre la almohada.

Tomó un sorbo y le pareció una exquisitez, así que bebió el resto y luego se fue a tomar un baño. Por suerte, no tendría que vestirse con ropa de oficina, sino con la que tenía el día anterior. Se apresuró en vestirse aunque sabía que ya iba más que tarde para la oficina, ya no tendría sentido apresurarse porque no ayudaría en nada.

Así que se acercó de nuevo a la mesa, comió unas cuantas piezas de fruta y un poco del pan. Llamó a la recepción y bajó para esperar el taxi. Le echó un último vistazo de ese increíble lugar en donde se había quedado.

Esperó entonces en el lobby. En cualquier otra ocasión, se hubiera sentido extraña, como si no fuera sí misma pero resultó que fue distinto esa vez. No hubo impresiones de culpa ni de remordimiento. No se sintió mal porque hubiera amanecido sola en un lugar ajeno. Era como si fuera libre de alguna manera.

La llegada del coche y del aviso de uno de los chicos del valet, le indicaron que ya era momento de irse. Tomó el bolso y dio unos cuantos pasos.

-¿A dónde la llevo, señorita?

La pregunta le hizo dudar sobre la respuesta.

-El centro de la ciudad, por favor.

El hombre ingresó rápidamente la dirección en el GPS y se dispuso andar. Sintonizó una estación de pop-rock clásico. Andrea, mientras estaba en el asiento de atrás, apoyó la cabeza sobre el cuero suave y casi pensó que se quedaría dormida. ¿Qué tal si se tomaba el día libre? ¿Qué tal si por primera vez rompía con todas sus reglas?

Tras pensarlo mucho, Andrea decidió que iría a la oficina. El deber y la costumbre le ganaron. Sin embargo, presentía que la gente le haría preguntas sobre todo porque era una mujer de costumbres, sabían que ella era en extremo puntual y que estaba a un paso de vivir dentro de la oficina. Le resultó divertido pensar en lo que dirían sus compañeros de trabajo.

Se colocó un vestido, medias y tacones no muy altos. Quería algo práctico y sencillo, especialmente porque todavía estaba cansada y con sueño. Por

suerte, el taxista le informó que recibió la orden de hacerle otro viaje así que tomó la palabra y fue con él a la oficina. Al menos se ahorraría la pesadez de esa rutina del subterráneo.

Llegó a las puertas del edificio con la sonrisa en el rostro. El gesto le sorprendió al vigilante que se encontraba en las puertas e incluso a los recepcionistas. Sin duda, aquello quería decir que estaban acostumbrados a verla con una actitud mucho más gris y agria.

Ella caminó por la cerámica lustrada con orgullo y alegría. Andrea sintió que su andar estaba soltándose a pesar del condicionamiento que adquirió hacía años antes, al hacerlo con la espalda doblada.

Marcó el piso y llegó con la misma actitud. Los grupos de empleados la miraban con sorpresa y curiosidad. Tenía algo muy diferente a lo de siempre.

Llegó a su oficina y se apresuró en tener todo en orden. Luego se encargó de avisarle a su jefe que se encontraba allí. Le inventaría alguna excusa así que no le prestó demasiada atención al asunto. Respondió algunas llamadas, anotó unos cuantos encargos y salió para encontrarse con su jefe.

Al tocar el vidrio de la oficina, miró que este abrió mucho los ojos. Pareció que estaba sorprendido de verla.

-Hola, Andrea... Vaya, estábamos preocupados por ti, ¿cómo estás?

-Hola, señor. Pues, bien. Me ausenté varias horas porque no me sentía muy bien. De hecho, ni pude comunicarme con usted debido al malestar.

-Vaya, ¿pero estás mejor? ¿No prefieres ir a casa?

-No, señor. Ya me encuentro bien.

Joseph permaneció incrédulo pero decidió confiar en la palabra de ella, así que le encargó varias tareas. Esto también serviría para determinar si su estado de salud estaba delicado. Tampoco quería que su mano derecha se volviera más débil.

-Bien, me pondré manos a la obra.

-Eh, Andrea. Si te sientes mal, no dudes en decírmelo. Podemos dejarlo para otro momento.

-No se preocupe, señor.

Ella salió del lugar como si no hubiera pasado nada. Por dentro, era otra cosa.

Sentía que había cometido el máximo acto de rebeldía y que, por si fuera poco, se salió con la suya. Volvió a sentarse sobre su silla, encendió la computadora y se dispuso a teclear como si fuera un día cualquiera, con la única diferencia de que se sentía mejor que nunca.

A varios kilómetros de allí, un Erik pensativo estaba solo en su oficina y a punto de tomar una decisión importante para él.

Dio unos pasos hacia el ventanal que tenía frente a sí y se concentró en los diminutos coches que se veían desde las alturas. Eran como juguetes para niños.

La idea le dio vueltas en la cabeza durante varios días. Pensó tanto que hasta dedujo que sus neuronas se quemarían. Al final, se percató que no había nada más que analizar, la respuesta la tenía frente a sus ojos así que sólo le restaba darle el ejecútese. Ya no quería darle rodeos.



## VIII

*“¿Qué tal si nos vemos para cenar? Tengo algo importante que decirte”.*

Ese mensaje le produjo cierta ansiedad a Andrea pero también emoción. Pensó que la mejor opción era esperar a que se encontraran y listo. Pronto saldría de dudas.

Como no quiso repetir la misma situación de la primera vez que salieron a solas, se preparó de la mejor manera posible. Peinó su cabello como en la fiesta de Navidad y se colocó un vestido de flores porque el verano era más que evidente, así que usar algo fresco y ligero no parecía tan mala idea después de todo.

Se colocó unas sandalias trenzadas de color plateado, las cuales resaltaban su color de piel y se pintó los labios de rojo porque sabía que resaltaban la forma sensual de su boca. Miró su reflejo y se sorprendió del cambio que tuvo en los últimos días. Erik le había hecho sentir más segura de sí misma, por lo cual se atrevió a experimentar un poco más su lado femenino.

Después de terminar, se asomó por la ventana y miró el coche de él. Así que apagó las luces, tomó un bolso pequeño y un chal ligero y salió con animosidad. Tenía el presentimiento que las cosas cambiarían aún más drásticamente.

Él vestía unos pantalones vaqueros y una camisa blanca arremangada, más unos tenis. Aunque prefería los trajes, no estaba mal cambiar las cosas de vez en cuando. Esperó a Andrea hasta que la vio salir. El vestido de flores la hizo ver más suelta y confiada, cosa que le encantó. Por si fuera poco, pudo ver algunas marcas que le hizo un par de días atrás. Ella las mostraba con orgullo.

Al encontrarse, se dieron un largo beso y se subieron al coche. Cuando Erik tomó la palanca de velocidades, se sintió nervioso como nunca.

Pisó el acelerador y anduvo por las calles de la ciudad con rapidez. Bajó la velocidad cuando se acercaron a una calle repleta de restaurantes. A pesar de ser día de semana, había un montón de gente que iba de aquí para allá.

Aparcó y bajaron frente a un restaurante con aspecto bastante informal. Andrea se sintió un poco más cómoda al respecto ya que no hubo necesidad de lujos extremos.

Se trató de una especie de bar de baguets. Había una larga barra en donde se podían ver los ingredientes para maridar el bollo de pan, más un par de mesas que estaban puestas sobre la pared. Aunque era un espacio pequeño, se sintió agradable estar allí.

Tomaron una mesa y se sentaron. Erik revisó el corto menú y fue a comprar. Andrea estaba nerviosa porque él se mostró el completo silencio durante el camino. ¿Le esperaba una mala noticia? De ser así, trató de no preocuparse demasiado ya que estaba acostumbrada a recibir noticias desagradables.

Él regresó con un par de platos de cartón más unas latas de Coca-Cola fría. Se sentó finalmente frente a ella.

-Este es otro de mis lugares favoritos. Sé que es ir de un extremo a otro pero estoy tratando de probar que soy un hombre encantador.

Ella sonrió y se llevó el primer bocado del baguel con queso crema y salmón. Cerró los ojos al probar el placer de lo que comió. En ese instante, Erik aprovechó el momento para tomar aire y decirle lo que tanto había pensado.

-¿Te gustaría ser mi sumisa?

-¿Era eso lo que me querías preguntar?

Él pareció sorprendido.

-Sí.

-Pues, pensaba que ya lo era.

Respondió con tanta tranquilidad y naturalidad que se quedó perplejo. Luego, se espabiló porque recordó que tenía una pequeña caja guardada en el bolsillo.

-Vale... Entonces creo que es hora de darte esto. Sé que quizás es un poco apresurado pero me parece que no hay que esperar demasiado.

Ella abrió bien los ojos y tomó un sorbo de la gaseosa para despejar la garganta. Erik buscó la caja rectangular y compacta. La abrió y dejó que Andrea observara el contenido de ese pequeño objeto. Le pareció ver una pulsera de color plateado.

-¿Qué te parece?

-Es hermosa.

El diseño sencillo y minimalista de la prenda, le hizo ver que Erik tenía ciertamente muy buen gusto.

-Verás, en el BDSM, cuando un Amo y su sumisa establecen el contrato y luego de cierto tiempo para probar si hay química y esas cosas, el próximo paso es establecer que la relación vaya a otro nivel. Cuando eso sucede, se formaliza mediante un collar.

>>Los más ortodoxos toman este accesorio y lo imponen a su sumisa pero otros, como yo, no somos tan literales y preferimos interpretar esto de una manera más libre. En este caso, una pulsera. Aunque puede ser cualquier cosa, lo que importante es que quede claro el compromiso que adquieren los dos. Un compromiso que requiere de responsabilidad y dedicación.

Andrea estaba sin poder decir palabra. Esa respuesta de ese hombre le había dejado en el sitio. Al principio tomó toda la situación con ligereza pero se percató que para Erik se trataba de un asunto mucho más serio. Le miró los ojos azules y el pequeño fruncido que hacía con su boca cuando hablaba seriamente.

Ella estiró una de sus muñecas, haciéndole entender que le pusiera lo que sostenía esa caja. Erik lo hizo y le gustó ver el accesorio en su muñeca, así como la sonrisa de ella de satisfacción. Tenía esa misma expresión que tienen los niños cuando descubren algo nuevo y que eso mismo les produce emoción. Era una mirada que le recordó lo mucho que le gustaba ser Dominante.

Así pues que se dedicaron a comer y a beber con tranquilidad. El nerviosismo de Erik desapareció por completo así que fue obvio que se relajó lo suficiente como continuar la conversación sobre cualquier tema. Andrea, en su interior, estaba entusiasmada por lo que el futuro le preparado.

Por otro lado, Erik mientras hablaba sin parar, decidió que ya era hora de que Andrea conociera un poco más sobre sí mismo.

## IX

Después de pasar un par de horas hablando, Erik se levantó.

-Es momento que conozca mi casa.

-Vale.

Se levantaron y fueron hasta el coche, Andrea supuso lo que vería así que fue ella ahora la que estaba comenzando a sentirse nerviosa.

Fueron por unas cuantas calles hasta que se adentraron a una zona exclusiva. Las casas, edificios y mansiones ostentaban lujo a todo dar. Jardines prolijos, calles y aceras limpias, impolutas. Los coches aparcados a los costados, parecían ser de marcas sólo accesible sólo por ricos y famosos. Los postes de luz parecían iluminar lo más hermoso de la arquitectura de la ciudad.

Poco a poco, el coche de Erik disminuyó la velocidad hasta que aparcó en una casa de tres pisos. Después de sentir una gran impresión, ella se preguntó qué haría alguien con una casa de tales dimensiones y más si vivía sola. Eso formaba parte de las grandes incógnitas que más tarde le encontraría respuesta.

Tuvo la amabilidad de abrirle la puerta para que saliera. La entrada resultó ser mucho más espectacular de lo que observó desde adentro del coche. El garaje estaba abierto por lo que pudo mirar la colección de coches y motos. Todos con estilo clásico. La gran puerta de madera, era más alta y ancha del común por lo que infirió que fue hecha con la intención de darle un acento más moderno.

Él introdujo una clave en un pequeño tablero e inmediatamente se abrió la puerta. Unas cuantas luces del recibidor se encendieron con una intensidad tenue por lo que fue suficiente para observar el espacio que tenía ante sus ojos.

Era una gran sala con forma elíptica y rodeada de altísimos ventanales enmarcados con bordes de metal. El exterior era un hermoso jardín con unos cuantos muebles sencillos. La escalera que llevaba el piso superior, fue lo otro que le llamó la atención a Andrea.

Erik, dejó las llaves y fue directo hacia donde ella estaba. Se le abalanzó

como si fuera una presa y en seguida comenzó a llenarle de besos. Apostó su boca en el cuello mientras que sus manos se dedicaron a quitarle la ropa. Eso no le costó demasiado trabajo, gracias a que ella sólo tenía un vestido así que apenas pasó tiempo para que sus dedos rozaran esa deliciosa extensión de piel.

Andrea no tardó demasiado para que se rindiera ante la excitación. Pero, siendo sincera con ella misma, ya lo estaba, incluso antes de verlo. Sencillamente le producía demasiado morbo la sola idea de él, de estar con él, de besarlo, de pertenecerle las veces que quisiera.

Los gemidos que exclamaba su boca era gracias a las caricias que Erik le producía en su cuerpo. Se dio cuenta el mismo tiempo que había desperdiciado tiempo valioso con gente inútil que sólo la utilizó para satisfacerse a sí mismas, así que cada momento que tenía con él, era invaluable.

Poco a poco quedó desnuda y fue la oportunidad de Erik para que entraran en calor.

-Espera un momento.

Ella asintió y se quedó de pie, entre la desesperación y la duda. La sombra de Erik se extendió sobre el suelo por lo que le dio a entender que él estaba cerca, así que lo miró de frente y se dio cuenta que traía consigo una cadera unida a una cinta de cuero negro. Al llegar a ella, él le volvió a dar una orden.

-Arrodíllate.

Lo hizo sin chistar, como si su mente y cuerpo lo hubieran hecho así desde hace mucho tiempo.

Él se encargó de colocarle el curioso objeto. Estando así, Andrea se percató que la cinta de cuero era para su cuello y el resto de la cadena, sería maniobrada por él a través de sus manos.

Cuando se encontró conforme con la imagen, Erik se colocó frente a él y la hizo gatear por el gran espacio. La guió por las escaleras. Pasaron un piso y después otro. Con cuidado, las manos y rodillas de Andrea conocieron lo que era ser una esclava, lo que era entregarse a su Amo sin reclamar, sólo obedecer.

Finalmente llegaron a un oscuro pasillo. En él, Andrea sólo observó dos

puertas. Recordó las dimensiones del último piso y asumió que se trataría de un par de habitaciones bastante amplias.

Erik se detuvo y avanzó solo hasta la puerta más lejana, él quedó consumido por la oscuridad de ese lugar hasta que después se reunió con ella. Haló de la cadena y los dos se adentraron en una de las habitaciones.

Ella se quedó quieta mientras él buscó el interruptor de luz. El clic fue lo que interrumpió el silencio. Como supuso, la habitación era grande pero estaba rodeada de ciertos muebles extraños y pocos comprensibles para ella. No reconoció nada salvo por el bombillo que tambaleaba en el techo y la cama que estaba en el medio, iluminada por ese brillo blanco.

Erik se aproximó y le hizo colocarse de pie. Se acercó a su rostro y la besó con fuerza, mordió sus labios y hasta chupó su lengua.

-Este es el lugar en donde puedo ser yo, siempre.

Tomó un extremo de la cadena más cerca de la cinta de cuero. Andrea sintió otro jalón ya que la intención de Erik era mostrarle ese mundo que él construyó de a poco.

-Estos son los látigos... Y estas las cuerdas. Como verás, me encanta hacer amarres. Estos de aquí son consoladores, arneses... Pedí que hiciera uno a tu medida así que espero que lo uses pronto, si te portas bien.

Se acercó a su cuerpo desnudo y la miró como si estuviera poseído por alguna fuerza sobrenatural. Volvió a besarla con agresividad y llevó su mano a su coño que ya estaba palpitando con una increíble energía.

-Así... Así es que me gusta, mi pequeña puta. Mi pequeña ramera.

Las palabras de Erik le retumbaron en el oído de ella. Hicieron eco sobre su cabeza y se esparcieron sobre el resto de su cuerpo como si quedara empapada de él. Cerró los ojos y gimió un poco.

Jaló de nuevo y así fue cuando ella conoció la curiosa cruz de San Andrés, vio unas cuantas cajas de madera, más látigos y un mueble de madera sencillo a un costado de la pared. También había un baño. Sin duda, muy conveniente.

-Tengo muchas ganas de que disfrutemos mucho. Si supieras que no sé por dónde comenzar contigo. Me siento como un niño de lo emocionado que me tienes. Pero siempre concluyo en lo mismo, en destrozarte, en arrancarte la piel y en quedarme con todo lo que eres. Sólo para mí.

-Hazlo. No lo dudes más.

-Pequeña, pero si nunca lo he dudado. Sólo estoy cumpliendo con mi deber de decírtelo.

Inmediatamente la llevó hasta la cama. La dejó sobre esa superficie pero de rodillas. Él se incorporó pero hizo que ella se sentara sobre su cara. Andrea sintió un poco de miedo debido al ancho de sus piernas, no quería hacerle daño.

-Ven...

Insistió con esas suaves palabras hasta que Andrea accedió. Las manos de Erik se sostuvieron en sus caderas y ella, lentamente, descendió hasta que su coño quedó justamente en su boca. Apenas terminó, él comenzó a devorarla como esa vez en el hotel.

Lo más interesante del caso, es que él, a pesar de estar concentrado en la faena de darle placer a través de su boca y lengua, con una de sus manos todavía sostenía parte de la cadena de metal. Así que también regulaba un poco la respiración de ella y hasta jugaba con jalones.

Para Erik quedó claro que esos sabores habían calado sobre su cuerpo y su mente. La suavidad de las carnes de Andrea, así como ese flujo divino que salía de ella cuando se excitaba. Quería asegurarse de beber y comer de ella. Era un hambre que no se calmaba nunca.

Gracias a esa posición, su cuello descansó aún más por lo que pudo mantenerse allí por un largo rato. Andrea pensó que faltaría poco para desvanecerse pero, cuando parecía que sí, Erik se encargaba de jalar la cadena o de enterrar sus manos sobre esos muslos para hacerla reaccionar. Era un claro mensaje de que, al final, ella tendría que doblegar su desesperación. Su voluntad ahora era la de él.

Aunque podría quedarse allí toda la noche, Erik no quiso quedarse con una sola cosa, así que se levantó y Andrea quedó sobre la cama, acostada. Él comenzó a desvestirse, a dejar las prendas de ropa y a dejar visible ese cuerpo glorioso.

Sin importar las veces, Andrea siempre encontraba algo nuevo para quedar prendada de él. Era un hombre cuya belleza resultaba aplastante para cualquiera. Se sentía como la mujer más afortunada del mundo.

Erik tomó su pene entre sus manos y comenzó a masturbarse, le gustaba hacerlo frente a ella porque observaba que en su mirada, se leía la ansiedad de tenerlo en su boca. Estuvo un rato así y, como estaba de buen humor, jaló de nuevo la cadena, hizo que se arrodillara y le colocó el pene entre sus labios.

-Chupa. No, no. Sólo tu boca.

Bajó el pene hasta sus labios y hasta le dio unos cuantos golpecitos en ellos. El glande estaba empapado de líquido preseminal. Le gustaba ver cómo los hilillos de su flujo pintaban los labios de esa mujer. Aunque Andrea tenía poco tiempo en esa posición, algo desesperó a Erik. La volvió a levantar la llevó hacia esa curiosa cruz de madera.

La posicionó dándole la espalda a él, la sujetó con los amarres que estaban unidos a la estructura y se incorporó. Se echó el cabello para atrás, respiró profundo. Se percató que su pecho latía con fuerza.

Aunque su misión era llevarla a ella a las profundidades del placer y la lujuria, pareció que Andrea también hacía lo mismo con él. Gracia a sus gemidos, a su piel, a sus expresiones en ese rostro divino, cada cosa de ella lo llevaba a un nuevo nivel.

Luego de tranquilizarse un poco, se acercó a un mueble en donde colgaba toda la colección de látigos. Había de cuero, látex e incluso de cuerda de cáñamo. Algunas de ellos también tenía puntas de metal por lo cual, era perfecto para causar más daño. Sin embargo, supo que aún no era momento de dejar libre su sadismo. Después tendría oportunidad para eso.

Tomó uno sencillo, cuyo material lucía bastante gastado y no era tan pesado al tacto. Se sintió satisfecho con su elección así que fue a donde estaba ella. A medida que se acercaba, escuchaba los gemidos y la respiración agitada de Andrea.

Observó sus nalgas prominentes y no se resistió. Le dio unas cuantas nalgadas e incluso las mordió. Les dejó estampados los dientes producto de la lujuria que ella despertaba en él.

Se agachó un momento y volvió a lamerla, a poseer su coño con su lengua. Ella volvió a gemir debido al placer que sentía y porque también le excitaban los amarres que impedían moverse libremente. En definitiva, había completado su transformación como sumisa.

Él se volvió a levantar y comenzó a darle latigazos en la espalda. Lo hizo



despacio y con cuidado para no asustarla, para que se volviera adicta a ellos. Poco a poco, imprimió un ritmo más intenso. Los impactos fueron más fuertes y más intensos. La piel morena de Andrea, se marcaban por el cuero.

Esas zonas rojizas y rosáceas, además, no se limitaron allí, también se esparcieron por sus nalgas divinas y por los muslos gruesos. Incluso él se aventuró hasta las pantorrillas. Deseaba que todo lo que fuera de ella, quedara dominado y poseído por él. Más aún, que la gente lo supiera cuando la mirara.

Cuando sintió el cansancio en su muñeca, presintió que había sido suficiente. Así que soltó el objeto sin importarle que cayera al suelo. Se colocó detrás de Andrea, le jaló el cabello y le dijo muy cerca al oído.

-Apenas estoy comenzando.

## *Título 8*

# **La Sociedad B**

## *Nueva Esclava en el Club Secreto del Amo Millonario*

### I

El vestido corto mostraba esas piernas gruesas que gracias al sol brillante de verano, resaltaban, luciendo relucientes y suaves. Cualquiera que pasara por allí, quedaba inevitablemente atrapado por la belleza de las mismas o por el rostro tranquilo de la mujer que estaba sentada en ese banco. Era pleno diciembre y el día estaba demasiado bonito como para no regalarse un paseo por ahí.

Lo cierto es que Andrea cambió muchísimo en los últimos días. De hecho, cree que las cosas dieron un giro de 180°. Algo que no se esperaba en lo más mínimo. Por supuesto que no se arrepentía, a ese punto era una mujer diferente y le gustaba tener esa sensación.

Cerró los ojos para sentir el calor del mediodía cuando de repente su mente la llevó a recuerdos muy intensos. Su cuerpo encadenado y siendo torturado, su entrepierna empapada de fluidos, sus nalgas con marcas de látigos así como sus piernas y espalda. Incluso sintió un poco de dolor al pensar en eso. Sin embargo, lo que más le gustaba eran esas palabras que él le gustaba tanto decirle:

-Mi pequeña puta, mi pequeña ramera. Eres mía, me perteneces.

El sonido de su voz tenía un efecto sumamente poderoso en ella. El calor del aliento de ese hombre sobre su oído, era un estímulo que la estremecía por completo. Así pues que sintió cómo su coño comenzó a mojarse violentamente, a palpar como si gritara su nombre desesperadamente.

Abrió los ojos y tomó un poco de la gaseosa que le sobró del almuerzo. Se puso los lentes de sol y respiró profundamente. Debía regresar al trabajo.

Tomó sus cosas y se levantó, comenzó a caminar con un andar sensual. Las caderas parecían emular el movimiento suave de las palmeras ante el viento. Incluso ella podía sentir cuando robaba las miradas de los otros. Sonreía para sus adentros.

Se detuvo en el paso peatonal mientras la luz estaba en verde. Los coches pasaban velozmente y la vida de la ciudad era más espléndida que nunca. En ese momento, ella recordó a su antigua yo y sintió cierta nostalgia.

Antes de sentirse como una femme fatale, la Andrea del pasado era una persona diferente. Vaya que sí. Era sumamente tímida en todos los aspectos posibles. Evitaba tener contacto con la gente para no sentirse incómoda o decir algo inapropiado. Solía vestir ropa gris y de colores tristes, tenía bolsas debajo de los ojos gracias a la falta del sueño reparador. Cada día de su vida parecía el mismo. Era interminable e insufrible.

Agachó la cabeza al verse a sí misma, en la sala de copiado con la expresión ausente ante las conversaciones de sus compañeros de trabajo que hablaban sin parar de lo emocionante que eran sus vidas. Pensaba con el brillo de la luz copiadora en el rostro. Pensaba que era una mujer que se había condenado a un destino vacío.

Recordó las veces que llegaba sola a casa, a ser devorada por la oscuridad y el silencio de esas paredes. Encendía el televisor para que hubiera un poco más de ruido pero, aun así, la sensación de derrota era más fuerte.

Eso, por supuesto, es el ámbito laboral. Cuando se trataba del amor y de sexo, era prácticamente lo mismo. Aunque intentó varias veces entregarse a ese instinto que le decía que fuera más allá, que pidiera algo que realmente le llenara, sus amantes tuvieron reacciones contradictorias. Así que se refugió en el sexo vainilla.

Sólo abrir las piernas, dejar entrar un miembro que no tendría ni pena ni gloria y luego irse a casa para comer un poco de helado y palomitas de maíz. Pasó muchas noches preguntándose si tendría la oportunidad de experimentar algo que realmente le hiciera sentir viva.

Dejó a un lado las expectativas así que se concentró en su trabajo de asistente en una empresa de tecnología. Se entregó a ser puntual, eficiente y casi

indispensable. Su jefe incluso la llegó a considerar una salvadora. Se acostumbró a que Andrea lo rescatara de las situaciones más difíciles.

Elaboró una rutina intensa: salía de casa muy temprano y regresaba muy tarde. La conducta propia de un adicto al trabajo que sólo deseaba escapar del ruido que hacía su cerebro justo antes de dormir.

Todo siguió igual hasta que conoció a Erik en una fiesta de Navidad. Algunos de sus compañeros, su jefe y ella asistieron a una celebración que era un derroche de todo cosas. Había licores, variedad de comidas y platillos y hasta una banda que se encargó de destrozar una canción de Radiohead con el fin de hacerla bailable.

Bueno, la verdad es que se vieron antes pero fue allí cuando tuvieron la oportunidad de intercambiar algunas palabras. El tío era simplemente irresistible. Alto, moreno, de ojos azules, cabello negro, nariz larga y recta, boca fina y un pequeño lunar justo en el labio superior. Por si fuera poco, resultaba un placer verlo sonreír. Los dientes blancos era el broche de oro para un rostro tan único y atractivo.

Con él aprendió a salir de su zona de confort y experimentó todo un mundo de posibilidades. Desde el primer beso, él fue capaz de dominarla y de llevarla hacia el BDSM como su Dominante.

El primer encuentro fue mucho más de lo que hubiera esperado, él la tomó por el cuello y le hizo chuparle su pene. Ella, al apenas rozar sus labios en ese delicioso pene, descubrió que tenía una fuerte fijación oral y que, de paso, era muy buena haciéndolo. Disfrutó cada minuto en donde le regaló también el placer por medio de su boca, se sintió satisfecha porque poco a poco perdía el temor y la confianza invadía su cuerpo.

Esa misma noche, cuando por fin su coño y el pene de su amante se unieron a través de las embestidas y del deseo que se tenían entre sí, Andrea experimentó lo que realmente era estar con un hombre experimentado. Cuando pensó que todo había terminado, cuando recibió más de lo que esperaba, él se aventuró entre sus carnes para darle el máximo éxtasis, uno que nunca pensó que sería capaz de experimentar.

Mientras su lengua acariciaba su coño con violencia, con fuerza, sus ojos se cerraron para explorar un mundo aparte. Mordió su labio y se entregó al orgasmo más intenso y más hermoso del mundo. Sus fluidos salieron de su

cuerpo como disparados de ella e inmediatamente, perdió toda conexión con la realidad. Su cerebro y su cuerpo se apagaron al mismo tiempo. Perdió el conocimiento para luego darse cuenta que eso lo produjo ese hombre misterioso.

Sí, era él, era él quien extendió la mano y la acercó a un nuevo nivel de placer. Al entregarse a él, al aceptar cargar la pulsera plateada, aceptó los términos para una relación como Amo y sumisa. La primera noche en que lo hicieron oficial, estrenaron sus nuevos roles y fue mucho más increíble de lo que ella hubiera pensado.

Todavía podía escuchar sus palabras:

*“Apenas estoy comenzando”.*

Claro que sí. Sabía que sí.

La luz del semáforo no cambiaba por lo cual se impresionó con la velocidad de aquella retrospectiva. Suspiró de nuevo y miró de frente a un gran edificio. Sonrió.

Lo cierto es que gracias a esos encuentros, Andrea pudo también tomar valor sobre otros aspectos de su vida. Concluyó que no pasaría el resto de su vida como una asistente, así que renunció. La Andrea leal, puntual y eficiente, tomó el timón de su carrera ante las miradas de desconcierto de sus compañeros de trabajo. Nadie pareció creer que esa chica tímida y callada tomara una decisión tan radical.

El primer indicio que le dio a entender que estaba haciendo bien las cosas, fue su instinto. El no sentir miedo ni arrepentimiento fueron claves en todo momento. Así pues que Andrea se dedicó a buscar en anuncios de prensa y en aplicaciones de ofertas de trabajo, opciones que le pudieran acercar a lo que realmente quería.

Tanto leer y considerar, que se postuló para un puesto de liderazgo en una pequeña empresa de editorial de libros para niños. Pondría en práctica sus habilidades como rápida redactora pero también asumiría un poco más de responsabilidades.

Aunque no quiso hacer una apuesta muy alta, se mantuvo optimista y esperó un poco más hasta que recibió la agradable noticia de que había sido contratada. Estaba emocionada porque era un trabajo diferente y, además, estaba ubicado en un muy buen lugar, repleto de oficinas, edificios y, en general, vida.

Tardó unos días en adaptarse pero logró hacerlo gracias a su determinación. Se dio cuenta que era una mujer tenaz y que era capaz de hacer lo que quisiera si era constante. Así pues que ahora estaba como pez en el agua.

Pocos segundos después, la luz cambió a verde y la gente que se había acumulado en el paso, comenzaron el camino hacia las direcciones que querían tomar. Andrea estaba concentrada en sus pensamientos cuando notó una incomodidad. Sabía de qué se trataba, así que se apresuró en llegar a las puertas del edificio en donde trabajaba.

Saludó cordialmente al vigilante y a la chica encargada de la recepción. Llamó a uno de los elevadores y subió como si todo fuera normal. Sin embargo, internamente deseaba llegar con premura. El sonido del elevador le hizo suspirar de alivio, finalmente llegó a su destino.

Empujó la pesada puerta de vidrio y saludó a la secretaria.

-Señorita Andrea. Tiene unos cuantos mensajes que acaban de llegar. Los recados están sobre su escritorio.

-Muchas gracias, Helena. Ya los reviso.

Pasó por el pasillo en donde se encontraban los redactores y editores. Algunos estaban discutiendo ideas nuevas y otros estaban probando nuevas formas para hacer que los textos fueran más atractivos.

Ella estaba encargada del área de arte y literatura para libros destinados a los dos años primeros años de secundaria. La nueva temporada escolar estaba por comenzar así que era necesario ponerse en manos a la obra... Pero primero había que hacer algo muy importante.

Fue al baño de mujeres y pasó el seguro. Sabía que a esa hora nadie pasaría por allí sobre todo porque todavía era hora del almuerzo. Alzó lentamente el vestido, se giró y miró el brillo del extremo del buttplug.

Miró con detenimiento y con un par de dedos volvió a empujarlo para que calzara bien. Probablemente se desacomodó al estar ese rato en los bancos. Volvió a mirarse e hizo una expresión de satisfacción.

Se acomodó el vestido, se miró al espejo y se limpió un poco el resto de las migas del pan que devoró cuando fue a comer. Retocó el labial rojo que ahora era inseparable y salió mucho más tranquila.

Desde hacía unos días, mientras investigaba más sobre el BDSM, se encontró

con el mundo de los consoladores y buttplugs. Se maravilló con la cantidad y la variedad. Unos consoladores tenían forma de labial y algunos buttplugs tenían cola.

Este último accesorio le llamó la atención porque tenía la curiosidad de probar sexo anal y, gracias a sus investigaciones, dedujo que lo que podía hacer era entrenar su ano para tener mayor placer sexual.

Cuando tomó la decisión, fue a una tienda especializada, compró el buttplug, suficiente lubricante y se armó de paciencia. Supo que no era una carrera de velocidad más sí de resistencia.

Él no sabía nada porque quería que fuera una sorpresa, quería entregarle algo que nunca le había ofrecido a alguien y lo cual estaba segura que ambos disfrutarían, así que guardó el secreto aunque estaba entusiasmada y ansiosa por compartirlo.

-No, no. Todavía no. –Se decía a sí misma.

Aprovechó que él viajaría para incrementar el entrenamiento. Cuando se masturbaba pensando en él, aprovechaba para acariciar su ano suavemente con su saliva o con el lubricante. Al principio la sensación le pareció extraña pero debido a su tenacidad, se encontró que era sumamente delicioso, incluso presintió que era capaz de tener orgasmos sólo al estimular ese punto. Sin duda estaba impresionada.

-Regresaré en un poco menos de un mes. Tenemos que hacer unas cuantas inversiones y me toca presentarme.

Como el Ceo de una compañía importante, le tocaba responsabilidades que ella al menos comprendía mejor ahora. Asintió y el día de la despedida antes de pasar bastante tiempo sin verse, Andrea se colocó un arnés de cuero que había comprado el día anterior. Le resaltaba sus pechos, el coño y las nalgas. Dejaba su torso y espalda casi completamente despejados para que recibiera todos los azotes que él quisiera.

Así pues que fue a su casa y, justo antes de que él abriera, ella se arrodilló sólo ataviada con el arnés y una cadena de metal en el cuello. El cinto para tomarla lo llevó en la boca como si fuera una mordaza. Esperó unos pocos segundos y la expresión de él le valió todo el esfuerzo del mundo.

-Andrea...

Ella no dijo nada. Estaba en silencio, esperando alguna orden de él. Fue entonces cuando tomó la pieza de la boca y jaló hacia dentro de la casa. Ella gateó, dejándole ver esas protuberantes nalgas, exhibiéndolas sólo para él.

Su amante, su Amo, se transformó por completo. De tener la expresión de preocupación, se transformó en Dominante. Sus ojos azules se tornaron un poco más claros y la boca la puso un poco tensa.

Jaló con más fuerza hasta que hizo que Andrea se levantara del suelo. Al estar de cuerpo entero, miró el arnés y sonrió. Le gustó saber que su sumisa tenía iniciativa y que era capaz de anticipar sus propios deseos.

Llevó una de sus manos y comenzó a acariciarla por el torso. Sus dedos rozaron suavemente su piel. Subió hasta tomarla por el cuello, apretándolo. Estando detrás de ella, la sostuvo con fuerza. La mano que le quedó libre, la usó para colocarla sobre su coño. También lo apretó. Y, al hacerlo, le provocó una gran excitación. Ella se retorció un poco, afincándose más en él.

-Una sumisa con iniciativa. Eso sí que me gusta.

Le dio una suave bofetada. Ligeramente. Delicada.

-Así... Así...

Subieron a la última habitación de la casa de él. Una donde estaba hundida en la oscuridad. Andrea, al esperar, recordó la primera vez que entró allí. Esa noche su vida dio un vuelco. Se convirtió en otra persona.

Abrió la puerta y jaló la cadena para que ella entrara primero. Dio pasos lentos para encontrarse con ese mismo lugar que tanto le gustaba. La habitación estaba a oscuras y esperó a que él encendiera la luz. Por supuesto que no lo hizo. Y no lo hizo porque quiso jugar con ella, con el desconcierto.

Así pues que se paseó por la habitación en silencio. De vez en cuando, sus dedos rozaban alguna parte de su cuerpo. Andrea, en medio de la oscuridad, no sabía qué hacer. Al principio sintió mucho temor pero después se tranquilizó. Era él, claro. Así que respiró profundo y alejó la impaciencia. Ahora le tocaba a él tomar acción al respecto.

Sintió que era guiada a otro lugar. Aunque sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad, aún daba pasos inseguros. Él, para poner el asunto más interesante, procuró colocarle una venda sobre los ojos. Se quedó un poco más limitada.



La mano de su Amo tomó la suya para llevarla a otro lugar. Andrea escuchó el sonido de una puerta y pensó en la otra habitación que también estaba en el mismo pasillo pero que desde siempre permaneció en completo misterio.

La colocó en medio del lugar y en seguida encendió la luz. Él le quitó la venda y ella observó lo que estaba a su alrededor. No había nada salvo por un gancho metálico que estaba en el techo. Este estaba conectado a una serie de mecanismos y poleas. Andrea supuso de lo que se trataba así que esperó que su Amo le aclarara la situación.

-Nos vamos a divertir con esto.

Le quitó la cadena y, mientras lo hacía, rozaba su cuerpo para manosearlo, tocarlo como le diera la gana. Al terminar, se alejó de ella por un momento para luego regresar con unas cuerdas que sostenía en una de sus manos.

Él se colocó a los pies de ella y comenzó a amarrarla. Unos nudos sobre los tobillos, otros más arriba de los muslos, los brazos hacia atrás, también unidos con una serie de amarres que aseguraban que quedaría inmobilizada.

Se echó para atrás y reforzó algunas otras partes. Luego de estar satisfecho, trajo consigo una mordaza de tela y se la colocó en la boca. Él tenía esa mirada de hombre imposible, frío. De Dominante animal y salvaje. Así que comenzó a actuar con tal. Tomó uno de los extremos de cuerda, fue hacia una pared y descendió el gancho de metal, lo suficiente para sostenerse de la cuerda que había dejado libre.

La acomodó y se preparó para subirla. Poco a poco, lentamente. El cuidado que le imprimió se le transmitió a Andrea quien estaba un tanto nerviosa. Sus pies comenzaron a dejar el suelo para elevarse gracias a la fuerza del gancho.

Dejó de escuchar el sonido de las cadenas y de la polea. Él se acercó a ella y la miró con una amplia sonrisa. Llevaba consigo un pequeño látigo el cual usó para rozarlo por todo su cuerpo. Se concentró en sus pechos, en su coño incluso. Allí pasó más tiempo acariciando, tocando, como si fuera su propia mano.

Al terminar, no esperó demasiado tiempo en comenzar a darle latigazos con ferocidad. Andrea entendió por qué tenía esa mordaza. Los gritos y los gemidos de desesperación quedaron amortiguados por ese trozo de tela.

Él miró los sollozos, los impulsos que le provocaban el ardor y el dolor que se registraban en la piel de esa mujer, en su mujer. La veía retorcerse y mirarle

con desesperación, rogándole. Pero no había nada que suplicar, ella tenía que entender que, al dejarse, al entregarse a él, lo que tenía que hacer era eso, olvidarse de sí misma porque la satisfacción que realmente importaba era él.

Andrea perdió la noción del tiempo. No supo cuánto pero soportó lo suficiente, o al menos eso creyó. Su Amo la miró y se detuvo. Había tenido suficiente así que era bueno pasar a otra cosa.

La descendió hasta que sus pies de nuevo tocaron el suelo. Deshizo el amarre de la espalda, y continuó con los restantes. A medida que le quitaba la cuerda, observó los puntos de presión que ejercieron los nudos sobre la piel de su sumisa. Los acarició un poco para hacerle entender que así como le gustaba torturarla, también hallaba satisfacción en cuidarla y complacerla.

Andrea estaba en una especie de trance y logró conectarse a la realidad cuando él la tomó en brazos y la llevó hacia el otro lado del pasillo. Sus manos se aferraron esos hombros fuertes y musculosos. Era como nada malo le sucedería.

Él la dejó sobre la cama y comenzó a desvestirse. A diferencia de otras veces, incluso de hacía minutos atrás, estaba tranquilo y dulce. Se colocó sobre su cuerpo y comenzó a besarla con mimos. Rozó sus labios carnosos y perfectos, entremezcló su lengua con la de ella. Sus manos acariciaron su cuerpo. Primero su cuello, después sus pechos para seguir con los muslos y piernas.

Se detuvo allí, se concentró en ese centro de placer que tanto le gustaba. Percibió el aroma del coño de ella, sus dedos acariciaron los labios vaginales y la hermosura de su clítoris. La masturbó un poco más hasta que por fin colocó su boca allí. La abrió lo suficiente porque deseaba devorarla por completo. Deseaba comerla.

Succionó su clítoris y luego hizo lo mismo con las otras partes. Adoraba sentir las diferentes texturas entre sus labios. Su boca le sirvió para explorar cada parte de ella con libertad. Apoyó sus manos sobre sus muslos para concentrarse allí tanto como pudiera. Sus dulces lamidas, hacían gemir a Andrea sin parar.

Las veces que sentía que no podía más, que de repente la desesperación lo embargaba, pensó que también era su deber el de dar placer y que aquello le resultaba tan satisfactorio como recibirlo.

Ella comenzó a temblar violentamente hasta que escuchó la orden de su Amo.

“*Córrete para mí*”.

Andrea buscó sus manos con ansiedad hasta que por fin llegó al orgasmo gracias a la boca de su amante.

Después de ese episodio, se quedó rendida en la cama, con los ojos entornados y la con la expresión final de tranquilidad. La energía, la electricidad que nació en alguna parte de su cuerpo, de distribuyó hasta lo último de sus extremidades.

Esa noche fue dedicada a ella. Su amante se desprendió de todo deseo de querer satisfacer sus necesidades carnales, así que dejó ese detalle de lado.

Después de salir del baño de la oficina, recordó que todavía tenía marcas en su cuerpo. Sonrió porque descubrió que le gustaba tenerlas y, además, lucirlas. Lo dejó en evidencia al usar el vestido corto, al cruzar sus piernas y con la expresión de descaro que tenía en su rostro.

A pesar de tener poco tiempo en el mundo BDSM, Andrea había aprendido muchas cosas hasta el momento. Primero cedió su cuerpo a la merced de él. Dejó que la marcara como le diera la gana, que la azotara, nalgueara y humillara. Cada palabra, cada castigo y tortura, parecía tener sentido para ella, siempre.

Sin embargo, había un detalle que tenía claro, era obvio que su mente todavía demostraba cierta resistencia al respecto. Algo dentro de sí le insistía en que debía preservar su esencia. Ese *nosequé* que todavía no había podido descubrir. Pero vale, un paso a la vez, no tenía sentido apresurarse. Antes de correr, es necesario aprender a gatear.

Ese impulso por probar cosas nuevas, salió dentro de ella cuando supo que podía desafiarse a sí misma. Salir de la zona de confort fue un ejercicio que podía resultar muy satisfactorio.

Encendió la luz de su oficina. Le echó una mirada como si tomara una panorámica de la misma y se encontró contenta con lo que logró.

-Hay que ir a por más.

Se dijo antes de sentarse en su silla.

## II

Erik estaba en la fila antes de subirse al avión. Para mala suerte, el vuelo se había retrasado así que no tenía la certeza de cuándo llegaría a casa. Esas tres semanas y un poco más, fueron largas, casi eternas.

Entre las reuniones, cócteles y cenas formales, él estaba cada vez más ansioso de ver a Andrea. Quién diría que el llamado soltero más deseado de la ciudad, estuviera involucrado con una mujer que sólo le hacía pensar en ella. Quizás era algún tipo de hechicera y no sabía.

Sostuvo el ticket entre sus dedos, observó la gente que estaba cerca. Algunos escuchaban música, otros, como él, tenían esa expresión de nada, de vacío. Era la entrega ante una situación que no podía controlar.

Para distraerse un rato, sacó el móvil. Tendría algún correo que responder o algún juego para hacerle pasar las horas con más tranquilidad. Para su sorpresa, lo primero que observó en la pantalla fue un mensaje de Andrea. Debido al estrés de los negocios, pensó que trataría de un problema o crisis. Desbloqueó la pantalla y la imagen que observó fue algo que casi le hizo temblar de pies a cabeza.

Sí, era ella pero con una actitud muy diferente. Era una foto muy reveladora. Tanto que casi tuvo que esconder el móvil para que nadie viera aquella fotografía no apto para cardíacos.

Infirió que se encontraba en la oficina por el aspecto de los baños pero eso pasó a un segundo plano cuando se dio cuenta de un pequeño resplandor en entre sus dos portentosas nalgas.

Hizo zoom con ambos dedos y lo que descubrió lo maravilló aún más. Era un buttplug, estaba seguro que era así. Comenzó a sacudir la cabeza, su sumisa lo estaba provocando. Lo encontró más que estupendo.

Cerró la imagen pero esta permaneció en su memoria. En seguida, comenzaron a llamar a abordar por lo cual, pronto estaría en casa y con su sumisa.

Entró al avión y se ubicó rápidamente en su asiento. Mientras lo hacía, pudo darse cuenta que era objeto de miradas y comentarios entre las azafatas. Bien, él estaba más que acostumbrado a ese tipo de situaciones. Una de las principales razones era su gran atractivo. Incluso una vez lo confundieron con

un actor famoso. Sin duda le gustaba sentir ese tipo de atención.

Pero, a pesar de que era un hecho, desde que conoció a Andrea, Erik estaba más entusiasmado de lo que pensó en un principio. Desde que hablaron en esa fiesta de Navidad, quedó encantado con esa personalidad dulce y tímida, aunque también tenía la seguridad de que detrás de toda esa fachada de niña buena, se escondía una mujer realmente pervertida y con ganas de explorar el mundo. Se percató de ello en el primer beso, fue suficiente para seguir adelante.

Así que todo el historial de mujeres, relaciones y hasta artículos de la prensa del corazón quedaron en el pasado. Era un tío diferente. Ahora se encontraba sentado, tomando un vasito de whiskey mientras las azafatas deban las explicaciones sobre qué hacer en caso de emergencia. Paralelamente, él maquinaba qué podía hacer para castigar aún más a su sumisa.

Sin embargo, había algo que lo tenía pensando. Más bien unas cuantas cosas. Si bien ella demostró completa confianza, Erik presentía que había algo más que ofrecía resistencia. Por supuesto que aquello era normal, quizás como un modo de protegerse a sí misma. Ella fue capaz de contarle la mayoría de los problemas que tuvo debido a su timidez.

Las situaciones que tuvo que enfrentar fueron terribles por lo que se encerró más y más en sí misma. Por otro lado, también tenía que tener cuidado con las cosas que ponían en práctica. Aunque su mente volaba cada vez que pensaba en ella, también tenía sentido esto de ir con cuidado. Todavía estaba en esa fase de “entrenamiento” por así decirlo.

Campaneó un poco el trago. Los cubos mínimos de hielo danzaban en el licor cuando se le ocurrió una idea.

-La Sociedad B.

Se dijo para sus adentros.

Inmediatamente rechazó la idea así que se puso a ver las nubes en la ventana. Sólo ansiaba encontrarse con ella.

### III

-Sí. Esto es lo que debemos hacer para el próximo periodo. Por lo tanto, hay que tratar de hacer textos un poco más dinámicos. Incluso pensé incluir ilustraciones. Según el focus group del miércoles, a los chicos les encantó así que me gustaría probar.

Andrea terminó una presentación con esa sugerencia. Su equipo pareció satisfecho y dieron el visto bueno. Así que se retiraron y la dejaron sola en la sala de reuniones. Ella, mientras recogía los papeles y carpetas, le vino a la mente los días en los que trabajó como asistente. Esos días que también sentía que su vida era una rutina sin fin.

Al terminar, fue a su oficina, una amplia y bastante iluminada, para sentar a hacer la planificación de siempre. Mientras revisaba el calendario del mes con cuidado, se percató que Erik se regresaba el mismo día. La emoción de verlo le subió hasta las mejillas y trató de mantenerse tranquila pero no pudo. El experimento con el buttplug estaba saliendo más que bien así que estaba preparada para darle a su Amo una gran sorpresa.

Transcurrió la tarde velozmente, tanto que ella no notó siquiera que cayó la noche. Su vista estaba tan concentrada en la pantalla que incluso sus subordinados tuvieron que acercarse más de lo de costumbre para que ella advirtiera de su presencia.

Como estaba haciendo cambios en su vida, uno de ellos era no quedarse en la oficina por más tiempo del debido. Así que apagó la luz de la lámpara que tenía cerca e hizo lo mismo con la computadora. Pasó la llave al archivero y tomó su bolso para salir.

En los elevadores, mientras pensaba en comer un delicioso pasticho, escuchó el sonido del móvil.

*“Ya llegué. ¿En dónde estás”.*

Erik por fin estaba en la ciudad. Se apresuró a ir al subterráneo. Tomó el primer vagón a pesar que estaba repleto de gente. Olvidó que aquello era su máxima pesadilla puesto que sólo deseaba encontrarse con él y darle una noche espléndida de placer.

Llegó a casa un poco agotada. Él insistió aún más y ella apenas estaba

entrando a la ducha. Incluso ni quiera tuvo tiempo para abrir la llave de agua caliente. Tampoco se detuvo en eso.

Al terminar, salió a la habitación, escogió un vestido fresco, unas zapatillas y un suéter ligero por si la brisa fría aparecía de repente. Aunque estaba segura que eso era un detalle mínimo porque él le quitaría todo eso en cuestión de segundos. Se dispuso a salir cuando notó un brillo sobre la mesita de noche. Se trató de la pulsera que él le regaló al momento de formalizar la relación como Amo y sumisa.

-Tonta...

La tomó, se la colocó después de batallar un rato con el broche y bajó las escaleras. Temió llegar tarde, así que salió como una flecha. Apenas abrió la puerta, ahí estaba él. Con esa actitud de chico malo que tanto le gustaba y que era irresistible.

Apenas la vio, Erik fue hacia ella. Andrea apenas pudo introducir la llave en el cerrojo porque de inmediato fue hasta donde se encontraba. Con sus brazos bordeó su espalda, acarició su cintura y le dio un beso en el cuello. Sin duda, los dos extrañaban estar envueltos en el calor del otro.

-Te extrañé.

-Yo también. Pensé que nos veríamos en el restaurante.

-No quise esperar más. ¿En dónde estabas?

-En la oficina. Tuve una reunión y luego me senté a hacer unas planificaciones pendientes. El tiempo se me fue súper rápido.

Iba a seguir contándole sobre su día pero él le quitó la oportunidad al darle un beso. Las grandes manos de él, sostuvieron el cuello y el mentón de Andrea mientras se besaban. Ella terminó por acomodarse y acoplarse en él. Sus brazos como los de él, parecían hechos para que se conjugaran entre sí.

Dejaron sus labios para mirarse. Por un lado, Erik estaba cansado pero también satisfecho de estar allí, de estar junto a ella. Estar afuera de su casa, abrazándola le valió más que estar en cualquier lugar del mundo.

-Venga, que muero de hambre.

Se subieron al Camaro del 70. Ese modelito retro que tanto le gustaba a Andrea y que tanto le recordaba ese espíritu rebelde que había salido a la luz.

Dieron unas cuantas vueltas hasta que por fin ella reconoció que estaban cerca de llegar a la casa de Erik. Mientras hablaban de las incidencias del vuelo y de las cosas que hicieron en la ausencia del otro, Andrea se acomodó un poco el arnés y guardó que tuviera la postura correcta para no desencajar el buttplug.

Salieron del coche y fueron a la entrada de la casa. Aquella puerta de madera grande que imitaba una forma atípica a las que había visto antes. Sin duda, extrañó verla aunque en el pasado le produjo cierto escozor.

Entró y las luces tenues iluminaron parte de su piel. La quedó expuesta por el vestido. Dio unos cuantos pasos más atrás y luego de volteó para encontrarse con la mirada de él.

-¿Me extrañaste?

-Mucho.

-Quítate la ropa.

Ella se levantó el vestido con suavidad. Erik observó cómo la tela de estampado floral, dejó al descubierto sus muslos, el torso, los pechos... Sin embargo, hubo algo que lo hizo estremecer, tenía puesto un arnés de látex que resaltaban esos puntos deliciosos de su cuerpo.

Al terminar, Andrea se quitó los zapatos y luego volvió a girar para quedar a espaldas de él. Con ambas manos, apartó sus nalgas, se inclinó un poco y le dejó ver el brillo del buttplug, ese mismo que miró en la fotografía que ella le envió en plena fila para abordar el avión. La imagen en vivo y directo, resultó ser mucho más que mejor.

Lo buscó con los ojos, atenta ante lo que pudiera hacer o decir. No recibió nada más que una mirada llena de fuego y pasión. Así que se apresuró en decir:

-Esto es para ti. Todo, todo es para ti.

Erik sintió que el corazón se le iba a salir del pecho. Avanzó un poco hacia ella, conteniendo a su vez las ganas de destrozarla. Tuvo que echar su cabello hacia atrás y respirar profundo. Era demasiado para asimilar.

Luego de encontrar un poco de calma, fue hacia donde estaba ella, en la misma posición en donde estaba. Le un par de nalgadas y miró cómo estas se movieron al retumbar ante el impacto de su mano. Unas cuantas más. Muchas



más Ella tenía que aprender que al tentar a su Amo, tenía que enfrentar las consecuencias.

No hubo tiempo para ir al último piso, así que la llevó hasta la encimera de la cocina la cual servía como también como desayunador.

Hizo que se inclinara y apoyara sobre la superficie fría. Le separó las piernas y le haló un poco el cabello.

-Cómo te gusta comportarte como una ramera, ¿cierto?

-Sí, Amo.

-¿Por qué?

-Porque soy tuya, soy tu esclava.

-Así es. Eres mía. Mi puta, mi ramera, mi esclava.

Dejó de hablar para seguir dándole nalgadas. Al terminar, cuando sintió cierto dolor en la muñeca, Erik tomó ambas manos y las colocó sobre las nalgas de Andrea. Las apretó, las agarró con fuerza. Tanto que casi la hizo gritar. De verdad que estaba desesperado.

Entonces se agachó, y poco a poco le quitó el buttplug. Ella hizo un gemido de dolor y placer cuando quedó afuera. Erik lo apartó y enseguida hundió su cabeza entre las nalgas. Primero lamió su coño, chupando sus labios y succionando el clítoris. Hasta lo mordió un poco, lo suficiente para que se mojara aún más.

Luego llevó su lengua hacia su ano. Ese botón delicioso y perfecto, que había quedado dilatado gracias al plug. Después de una primera lamida, mojó su pulgar y lo introdujo poco a poco. Poso su mano entre sus nalgas y comenzó a masturbarla. Andrea recibió una descarga poderosa e increíble de excitación. Su coño comenzó a palpar salvajemente, pidiendo a gritos la lengua o el pene de Erik.

Como si él hubiera leído su mente, se bajó el cierre del pantalón, se quitó la camisa y se sostuvo de sus caderas. Con el dedo aún dentro de su ano, llevó su pene hasta su coño. Hizo un gemido cuando rozó ese calor y sintió la humedad de sus fluidos que en seguida lo empaparon. Rozó un poco más hasta que por fin se lo metió con fuerza. De una, de golpe.

Al tenerlo todo adentro de ella, lo dejó allí y procedió a masturbar su ano. El

dedo entraba y salía, en un vaivén delicioso. Después comenzó a mover la pelvis hasta al mismo tiempo que el pulgar. Los gritos y gemidos de Andrea fueron más intensos que nunca.

Siguió follándola hasta que la tomó del cuello, le sacó el pene y la hizo arrodillarse.

-Ya sabes qué hacer, ramera.

-Sí, Amo.

Abrió bien la boca y se introdujo el pene de él por completo. Sus grandes ojos negros no pararon de mirarlo en ningún momento. Cada tanto, Erik le proporcionaba un par de buenas cachetadas. El bulto de su glande que se perfilaba en la piel de una de sus mejillas, le despertaron más el morbo. Así que también le tomó del cuello, apretándolo un poco con el fin de también de jugar con su respiración.

Cerró los ojos disfrutando la manera en que ella le daba placer con la boca. Aunque quiso quedarse allí, disfrutando de ella y de sus maneras. Hizo que Andrea se levantara. Tomó el cinturón de su pantalón y lo ató a su cuello. Irían al último piso, al piso de los placeres.

Subieron poco a poco hasta que entraron a la habitación. Él encendió la luz y se preparó. Por un lado, no sabía bien por dónde empezar ya que la misma emoción parecía hacerle perder el control. Así que entonces se le ocurrió una alternativa interesante para mantenerse tranquilo y ocupado al mismo tiempo.

-Ponte en cuatro.

-Sí, Amo.

Ella avanzó hasta la cama hasta que sintió un ligero jalón. Era él que la atrajo de nuevo hacia su regazo para darle un beso intenso. Una bofetada después, la soltó para que hiciera lo que le ordenó. Se colocó entonces sobre la superficie de la cama y adoptó que le ordenó su amo. A pesar de la distancia en la que estaban, Erik pudo ver ese ano palpitante y dilatado.

Buscó unas cuerdas de cáñamo en un mueble de madera que tenía cerca y se preparó para hacer unos amarres especiales. Fue de nuevo hacia la cama y colocó las codos y rodillas de ella juntos. Con las cuerdas, procedió a juntas los brazos y los muslos para que, al final, Andrea quedara completamente abierta.

Lo hizo con tiempo ya que quería mantenerla lo más inmóvil posible y más con lo que tenía en mente. Remató los últimos nudos y se encontró satisfecho con el producto. Cualquier maestro del shibari le daría el visto bueno.

Pensó en darle latigazos con la cuerda sobrante o incluso con cualquier que estaba allí, formando parte de su colección. Sin embargo, se decantó por algo diferente.

Volvió hacia donde estaba ella y lamió esa zona divina. Al terminar, su pene estaba a punto de explotar por lo cual se apresuró por follarla.

-¿Lista?

-Sí, Amo.

Mojó el glande con un poco de su saliva para lubricarlo. Se subió a la cama y se posicionó para estar cómodo. Sostuvo sus caderas y la penetró suavemente en su ano. Poco a poco, lentamente.

Andrea empezó a chillar de la desesperación. Al sentir ese pene grueso y venoso dentro de ella, no pudo evitar sentir que en cualquier momento se correría. Por lo tanto, hizo un gran esfuerzo por no hacerlo. Así que trató de respirar profundo y lento para concentrarse en otra cosa... Fue imposible.

Erik fue más adentro, más profundo hasta tenerlo todo en ella. Al quedarse allí, exclamó unos cuantos gruñidos. La estrechez de ese ano, la presión que le hizo sentir sobre su pene, era sencillamente la gloria.

No se hizo esperar el vaivén de su cadera. Él se sostuvo más fuertemente de ella por lo que cobró el impulso necesario para continuar. Siguió así hasta que se sintió confiado. Además, otra buena señal era los gemidos descontrolados de Andrea.

La vista del ano abriéndose más gracias a él, la dejó por un momento con el fin de buscar estimular su coño. Cuando quiso hacerlo, observó cómo un hilillo de flujo salía de allí. Aprovecho para tomar un poco con los dedos y chuparlo. Era ese sabor lo que tanto lo enloquecía.

Mientras la penetraba con fuerza, procedió a dar pequeños pellizcos a su clítoris. La doble estimulación, hizo que ella se buscara de algo en qué apoyarse. La desesperación de no poder hacerlo, hizo que el momento se volviera realmente exquisito.

La penetró con más fuerza hasta que sintió un calor intenso que le nació en la

boca del estómago y que se esparció por todo el cuerpo. Sí. Estaba a punto de correrse.

Como no pudo aguantar más, como el peso de la ausencia se hizo más fuerte que nunca, se sostuvo con más fulgor de las caderas de Andrea. Siguió hasta que por fin dejó salir toda esa fuerza de su cuerpo. Por otro lado, ella también se corrió al mismo tiempo que él. Una sincronía perfecta.

Erik eyaculó dentro del culo de Andrea. Fue tal la cantidad de semen que incluso se desbordó. Algunas gotas cayeron sobre la superficie de la cama.

Andrea, por su parte, expulsó sus fluidos al mismo tiempo que él se corrió dentro de ella. Le encantó la sensación de recibir el semen caliente de su Amo por lo cual, no pudo zafarse de aquello y se dejó vencer por el orgasmo.

Cuando los dos pudieron recuperarse de la intensidad del momento, Erik se adelantó para ir al baño para buscar algo, limpiarla y luego desatarla. Así como se tomó el tiempo para amarrarla, también lo hizo para quitarle las cuerdas. De hacerlo con brusquedad, podría causarle daño.

Mientras lo hacía, descubrió que hubo algunas partes que el roce fue tan intenso que incluso rompieron la piel. Claro, no era algo necesariamente grave pero su rol como Dominante también implicaba saber cuidarla y protegerla. Así que terminó de hacerlo y procedió a curarle las heridas.

Andrea, estaba flotando en la nube del éxtasis. Nunca creyó que tener sexo anal pudiera gustarle tanto. Eso se debió, en gran parte, a la paciencia que tuvo en entrenárselo y preparárselo para ofrecerlo como un regalo.

Cuando despertó, se incorporó y vio a Erik acostado, junto a ella. Le rozó los dedos sobre el rostro. Pensó en comer algo pero el cansancio del día fue tal que prefirió volverse a acostar y dormir un poco.

Al refugiarse en el calor de su amante, se le dibujó una gran sonrisa que la convenció de que su iniciativa era la correcta. Antes de quedarse dormida, se dio cuenta que eso quizás tendría que ver con una actitud un poco más dominante por lo cual lo recibió de buen agrado.

¿Sería eso lo que tendría que probar la próxima vez? ¿Tendría que probar también el gozo de mandar y controlar? Todavía no estaba segura en parte porque apenas estaba comenzando y aún le faltaban cosas por aprender. Aun así, era una idea que comenzó a darle vueltas sin parar.

Mantuvo la mirada fija en el techo y poco a poco sintió la pesadez de sus párpados.

## IV

El sonido de un camión, hizo que Andrea despertara con pereza. Para su sorpresa, estaba en la habitación principal de Erik. Se frotó los ojos porque no pensó que tendría la oportunidad de verla. Era mucho más grande y con una decoración minimalista.

Por el estilo de los muebles y la distribución de los mismos, infirió que se trataba de alguien que tenía particular gusto por las cosas de buena calidad. Cuando se incorporó, incluso sintió un poco de miedo de desordenar demasiado.

Su ropa estaba doblada en una silla. Bien. Otro dato de Erik que no conocía. Tomó el vestido y bajó las escaleras porque el aroma a café la llamaba.

A medida que bajaba, era capaz de escuchar con mayor claridad, el sonido suave del tarareo de la voz de Erik. No logró definir de qué canción se trató y ni tampoco le dio mucha importancia. Sólo le pareció dulce escucharlo de esa manera.

Se sentó silenciosamente en una de las sillas de la cocina. Él tenía un pantalón de pijama y andaba descalzo. El pelo, generalmente bien peinado, parecía un revoltijo negro y plateado. Estaba silbando mientras freía unos huevos.

-Hola, guapa. Buenos días.

-Hola. –Ella le sonrió- Nunca pensé que te vería cocinar.

-Bien, esto es una muestra de mis incontables talentos. Aquí van, un par de huevos fritos y gofres. Te gustará el contraste de salado y dulce. Créeme.

El hambre de Andrea no tuvo contemplación con ese plato de desayuno. Así que apenas dio las gracias y comenzó a devorar la comida.

-Calma, calma, que todavía falta el café.

Ella asintió.

Erik la miró al mismo tiempo que se sintió desconcertado consigo mismo. No pudo creer que después de tanto tiempo, se encontrara en esa situación de hacerle desayuno a alguien.

-¿Cómo dormiste?

-Muy bien. El día en el trabajo fue eterno, pensé que no saldría de allí.

Él no quiso desayunar así que sólo se tomó una taza de café. Se sentó frente a ella, mientras comía. De nuevo esa sensación de gusto y bienestar que no quería que se terminara.

-¡Joder!, mira la hora que es. Debo irme. Oh no.

-Tranquila. Al menos termina de comer lo que te falta que ya te llamo el Uber. No me mires así, venga.

Comió el resto del plato y subió rápidamente a la habitación para terminar de vestirse. Apenas tendría tiempo para ir a su casa e ir a la oficina.

-Joder, joder, joder.

-Ya llegó. Apúrate.

-Joder.

Dio unos cuantos saltos más y, antes de salir por la puerta, le dio un beso a Erik.

-Muchas gracias por el desayuno.

Él se apoyó en el marco de la puerta, sosteniendo aun la taza de café humeante. Le hizo un gesto de despedida y vio el coche alejándose. Cuando lo perdió de vista, cerró la puerta y se relamió la boca. Le supo a azúcar.

Entre las cosas buenas de ser el líder de un gran consorcio, es que de vez en cuando podría darse el permiso de llegar a su propio trabajo. Así que terminó de tomar el café, miró la hora y con mala gana subió los escalones para tomar un baño. Apenas tuvo tiempo para darse cuenta que era necesario regresar a la realidad.

Entró a la habitación y vio las sábanas arrugadas de su cama. Fue hasta el sitio en donde dormía Andrea y sintió la superficie. Todavía estaba tibio. Sonrió y se apresuró a ir al baño. Abrió las llaves de agua fría y caliente, inmediatamente sintió la tibieza del líquido sobre su cuerpo. La tensión de los músculos se fue por el desague al mismo tiempo que las preocupaciones.

Lo que no le contó a Andrea, en todo el tiempo que estuvieron juntos, fue que, apenas llegó a la ciudad, recibió una llamada de uno de los miembros de La Sociedad B. La próxima reunión se celebraría el viernes de esa misma semana, por lo que, además, le tocaba a él organizar los pormenores del

evento. Otro trabajo extra.

En ese instante, deseó olvidar los deberes y repetir el momento del desayuno con Andrea. Pero no, no era así. No fue así.

Cerró las llaves de agua y se preparó para ir a trabajar. Abrió el amplio clóset y se detuvo un momento a pensar el traje que llevaría al trabajo. Otra característica de Erik era aquella necesidad de tener todo con cierto orden regla que, además, también aplicaba para sí mismo. Eso lo aprendió de su madre: “así seas pobre y comas piedras, lo importante es que no pierdas el amor propio”. Y el usar trajes finos era una muestra de que se quería mucho.

Sacó por fin un conjunto de saco y pantalón de color gris plomo. Una camisa blanca y una corbata morado oscuro de estampado de bacterias. Se sintió conforme con la decisión y comenzó a vestirse.

Aunque no quiso pensar en ello, la planificación de la reunión de La Sociedad B, lo puso inmediatamente ansioso. Debido a su personalidad perfeccionista, sabía que al final de la semana le saldrían canas verdes. Sin embargo, la idea de presentarle a Andrea otra faceta importante sobre él, tuvo sentido. Aquella era la oportunidad perfecta para que presentarla ante la sociedad y que descubriera parte de los mundos que conformaban el BDSM.

Así que se animó un poco más y apenas estuvo vestido, se apresuró en comenzar a hacer la organización. Aunque todavía tenía unos cuantos días por delante, lo mejor en su caso era adelantar trabajo.

Luego de peinarse y de arreglarse, salió velozmente al garaje. Se montó en su coche favorito, en el Camaro negro del 70, y se marchó a toda velocidad por el asfalto. La suavidad del roce de los neumáticos, el viento y la música de Audioslave que sonaba en la radio justo en ese momento, le hicieron sentir como el hombre más poderoso del mundo. Esa imagen se diluyó un poco a recordar sus manos sobre el cuello de Andrea.

-Vaya que sí nos vamos a divertir.



## V

Los compromisos que tuvo que asumir Erik durante esa semana, fueron lo suficientes como para volverlo loco. Casualmente, durante esos días, se estaba preparando una presentación en una convención de empresas de tecnología y entre ellas, estaba la de él.

El objetivo del evento consistió en mostrar los nuevos avances en una serie de charlas y talleres abiertos al público. Aunque esto lo podía delegar al departamento de Marketing, Erik sintió la enorme responsabilidad de asumir una participación un poco más activa al respecto. Se trató de nada más y nada menos que de su propia empresa y deseaba darle el trato que merecía.

Paralelamente, la demanda de atención de la reunión de La Sociedad B también era un constante recordatorio de que tenía que hacer las cosas más que bien. Todos los miembros resultaban ser como él: personas de influencia y poder que se permitieron un espacio para ser tan libres como quisieran. Este era un grupo exclusivo pues porque estaba la necesidad de proteger la identidad de quienes formaban parte de él. La discreción es un valor importante.

Cuando supo que era Dominante gracias a una ex amante, Erik tuvo dos tipos de sentimientos: Alivio porque por fin podría ser lo que siempre quiso ser; y temor, básicamente porque si quería tener una sesión o algo remotamente similar, tendría que estar con alguien que al menos supiera del tema y que guardara sus gustos con celo.

Sin embargo, aquello se volvió una tarea titánica. El ejercicio de encontrar a una mujer que supiera guardar el secreto, no era tan fácil después de todo. La gran mayoría, al escuchar siquiera la idea de BDSM, se escandalizaban profundamente o manifestaban asco.

Erik tuvo que reprimir las respuestas hostiles que pasaban por su cabeza y más bien se dedicó a pasar el rato con ellas. No era un desperdicio después de todo ya que adoraba estar rodeado de mujeres hermosas.

La atención tuvo su precio, los tabloides comenzaron a notar que él estaba en los círculos más exclusivos e inmediatamente corrió en riesgo su imagen como empresario serio. Incluso, llegó a tener situaciones un poco embarazosas en reuniones de gran importancia.

Por otro lado, también estaba molestándole el hecho de que gracias a ello, su intimidad sería aún más difícil de complacer. No podría acostarse con cualquiera porque cualquiera podría aprovecharse de la situación vilmente.

Fue por unos años con actitud calmada hasta que se topó con una invitación particular. La misma, estaba presentada en una carta sin remitente ni sellos postales, sólo un mensaje corto y conciso con una dirección.

Él sintió un hilo frío de miedo por su espalda. Temió en lo más profundo que alguien lo chantajeara, el juego se le trancó por completo. No sabía qué hacer.

Por más absurdo que fuera, fue al sitio en donde lo citaron para saber de qué se trataba todo el asunto. Con los nervios a flor de piel, Erik llegó a un sitio en las afueras. Se trató de un bar. La fachada le causó cierto recelo puesto que no había ningún aviso, salvo por un nombre pintado en una de las paredes pero cuyas letras ya no eran legibles. De resto, sólo le restó tocar la puerta de madera oscura y vieja y esperar ansiosamente a que alguien le abriera. Si es que no se trataba de un pesado juego.

A los pocos segundos, escuchó unos pasos que se acercaban y una rejilla se abrió dejando al descubierto un par de ojos negros que lo estudiaron de pies a cabeza.

-¿Invitación?

Erik, instintivamente, enseñó el sobre. La rejilla volvió a cerrarse hasta que escuchó que le quitaban el seguro de la puerta. Al abrir la puerta, un hombre de baja estatura y de mirada intensa, le guió hasta la parte posterior del local.

Él entró con un nudo en la garganta. Sus suposiciones fueron correctas, se trataba de un bar pero el lugar estaba vacío. Incluso se podía ver polvo en la superficie de las mesas y de la barra.

El pequeño hombre se detuvo y tocó la puerta un par de veces. El mismo procedimiento que el anterior sólo que más rápido.

-Déjenlo entrar.

Cuando abrieron la puerta, un mundo completamente diferente se le presentó ante los ojos de Erik. Había sillas, gente sentada en un bar tomando tragos, una banda de jazz tocando. El ambiente era oscuro, denso pero también sensual. Como él no entendió nada, se quedó de pie en una esquina, esperando alguna respuesta.

Mientras lo hizo, observó con más detalle el ambiente que tenía alrededor. Algunas chicas estaban vestidas con arneses o atuendos provocativos. En sus cuellos, lucían cadenas o collares. Otros grupos de hombres y mujeres, lucían atavíos más formales y que denotaban un rol dominante. Incluso llegó a ver a un par de chicas vestidas de pony, paradas junto a un hombre muy alto y fornido que hablaba muy cerca con una mujer. Otros más usaban máscaras, supuso que estaban ocultando su identidad.

De repente, un hombre alto y canoso se le acercó con una sonrisa.

-Bienvenido a La Sociedad B, Erik. Es un placer para nosotros tenerte aquí.

-No entiendo nada de lo que está pasando.

-Por supuesto. Qué descortesía de mi parte. Venga, te explicaré todo al respecto.

Se dirigieron a una mesita de madera cerca de la banda. El hombre ordenó un par de Martinis y luego miró a su visitante.

-Bien, recibimos información de una fuente anónima que tienes gustos por ciertas tendencias. No se preocupe, su secreto está a salvo con nosotros.

-Entonces, ¿por qué me invitaron?

-Queremos tener una comunidad fuerte en la que todos nos sintamos cómodos. Aunque el BDSM es una tendencia que es cada vez más aceptada, unos cuantos no se sienten en la libertad de expresar lo que realmente son.

>>Es por ello que hacemos un esfuerzo de reunirnos a todos y disfrutar de lo que nos gusta sin miedos ni prejuicios. Por supuesto, no es obligatorio formar parte de nuestra sociedad, sólo queremos darle la oportunidad de que considere la idea. Bien. Le dejaré para que conozca lo que tenemos. Pásela bien.

El hombre tomó su copa y se perdió entre la oscuridad y el humo de cigarro. Erik, mientras, todo le pareció extraño, como si estuviera en un sueño. Tomó el consejo de su anfitrión y trató de mezclarse entre la multitud.

Todo lo que veía, le resultó familiar y cómodo. Sumisas y sumisos con los ojos clavados en el suelo, esperando las órdenes de sus Amos y Amas, máscaras, sonidos de látigos que se escuchaban en algún lugar recóndito. Era como si hubiera llegado finalmente a casa.

Después de esa reunión, Erik se convirtió en uno de los personajes más importantes de La Sociedad B. Era un Dominante estimado y respetado por todo aquel que estuviera en ese círculo. Gracias a él, se establecieron normas y estatutos con el fin de respetar la vida privada de los participantes. Su influencia y poder se hizo cada vez más notable.

Al tener un lugar en donde podía pertenecer ampliamente, Erik mantuvo dos vidas paralelas. El del soltero cotizado, rodeado de chicas guapas y el de Dominante fuerte y controlador que con sólo una palabra, era suficiente para tener una cantidad absurda de sumisas a sus pies.

Le gustaba andar en esos dos mundos. Pero ahora, la situación se puso más interesante. Al ya establecer una relación con una sumisa, era claro que tarde o temprano tendría que presentarla para que ella conociera de primera mano todo lo concerniente al BDSM y de paso llevara su entrenamiento a otro nivel.

-No puedo creer que lo hayamos logrado. Iba a colapsar en cualquier momento.

-Yo también. Valió la pena pasar esos días sin dormir.

Erik despachó a su secretaria lo que se celebraran el éxito de la convención. Él respiró profundo y tachó el evento como un logro cumplido. Así que sólo faltaba uno más.

Se levantó de la silla, caminó un poco por la habitación y miró la pantalla del móvil. Lo introdujo en el saco y lo volvió a sacar. Le dio unos pequeños golpecitos, se quedó observándolo como si quisiera hacer algo con él. Algo, de lo que estaba completamente seguro. Así pues que dejó la indecisión por un lado y comenzó a teclear.

*“Quiero que salgamos esta noche. Te llevaré a un sitio especial”.*

## VI

Andrea no vio el mensaje de Erik porque estaba frente a una pila de papeles que debía revisar. Las muestras de los libros más las ilustraciones, llegaron a pocas horas de salir de la oficina, por lo que ella tuvo que quedarse un poco más. Debido a eso, tampoco fue capaz de escuchar el móvil, aunque lo tuviera pegado al oído.

Se colocó los lentes y revisó página por página, con toda la tranquilidad del mundo para evitar los errores. Cuando se desocupó, sus ojos lloraban por el esfuerzo y el hambre se le manifestó de inmediato.

Cuando se puso de pie, le sonaron los huesos de la espalda y hasta de las piernas. Miró por la ventana y se percató que ya era de noche.

-Joder.

Respiró profundo y comenzó a organizar sus cosas para irse a casa. De repente, pensó en revisar el móvil como quien no quiere la cosa. Esa era la costumbre que le quedó de trabajar como asistente y de no tener ningún tipo de espacio para sí misma.

Leyó los mensajes y el último fue de Erik que le invitó a una cita. Sonrió pero luego se dio cuenta que el mensaje lo envió bastante más temprano así que se apresuró en responderle. Era obvio que lo quería ver.

Mientras esperó la respuesta, arregló la oficina, tomó sus cosas y se preparó para irse. Deseó con fuerzas que el subterráneo fuera amable con ella, al menos una vez. Al salir a la calle, se sorprendió que, aunque la temperatura bajó un poco, todavía hacía un poco de calor. Se alegró por ello ya que se recordó a sí misma los días de frío que pasó durante el invierno.

Llegó a la estación y recibió una respuesta de su Amo.

*“Paso por ti en una hora. Avísame cuando estés lista”.*

Se emocionó porque pasaron unos días desde la última vez que se vieron.

Entró al vagón, se sostuvo de uno de los tubos fríos y pensó en lo mucho que quería besarlo y en entregarse a él. La piel se le erizó a pensar en la forma en la que él siempre le besaba y le hacía sentir como si caminara entre las nubes.

Finalmente, el sonido que indicó que llegó a su destino. Se bajó entre

empujones aunque ese día no le importó demasiado. Subió las escaleras y se dispuso a caminar la corta distancia que había hasta su casa. Para variar, la noche estaba espléndida. Le dio una buena sensación.

Abrió la puerta, dejó sus llaves en el mismo bol de cerámica que su madre le dio de regalo y se dispuso a subir las escaleras para comenzar a prepararse. Se desvistió rápidamente y tomó una corta ducha ya que no quería tardarse demasiado. El tiempo apremiaba.

Se colocó frente al clóset y estuvo pensativa por un rato. Quería ponerse algo fresco pero también bonito. Así que optó por un enterito negro de algodón, unas sandalias doradas y una pashmina por si hacía frío. Procedió a arreglarse. Cuando ya estuvo vestida, fue al espejo del baño para dar los últimos toques.

Peinó su cabello de lado y se maquilló de forma sencilla salvo por los labios. Usó aquel color rojo que sabía que lo enloquecía. Se echó para atrás y se miró a sí mismo. Corrigió un cabello mal arreglado y una tira enredada. Y luego, listo. Perfecta. Sonrió para sí misma y en ese mismo momento sonó el móvil.

-Ya estoy aquí.

-Voy saliendo.

Apagó las luces y bajó las escaleras. Cerró la puerta y lo vio como siempre, apoyado sobre el coche y con esa mirada encantadora.

Vestía un traje negro y una camisa blanca sin corbata. Lucía elegante pero no demasiado. En ese instante, ella se dijo la suerte que tuvo de arreglarse un poco más de lo común.

-¿Tardé demasiado?

-No. Para nada.

Se dieron un beso y él la ayudó a subir al coche. Cuando los dos estuvieron adentro, Erik miró fijamente a Andrea.

-Iremos a una reunión de una comunidad BDSM. Se llama La Sociedad B.

-Oh, vaya. ¿Por qué no lo habías mencionado antes?

-Pues, es un grupo pequeño y selecto. No todo el mundo tiene la oportunidad de formar parte de él, básicamente porque los miembros desean resguardar su privacidad e identidad.

-Parece que estuvieras hablando de espías o algo así.

-Es algo muy serio. No estoy jugando con eso.

-Vale. Vale.

-Quiero que conozcas mucho más de este mundo y más porque estás en una especie de entrenamiento. Habrá cosas que te resultarán increíbles y otras desagradables, pero es como la vida misma. Lo importante es que recuerdes que cada persona que veas, está allí por su propia decisión. No ha sido violentada bajo ningún concepto.

Luego de terminar esas palabras, pisó el acelerador y continuó en lo que fue prácticamente su monólogo.

-Otro detalle es que no debes revelar la identidad de quienes estén en la reunión. Hay normas y sanciones que se aplicarán si no acatas lo que te comento.

Andrea adquirió una expresión severa y hasta de preocupación.

-Si es tan estricto y secreto, ¿por qué me llevas?

-Porque quiero que lo conozcas y más porque me tocó organizar el evento de hoy. Fue por ello que no pudimos vernos. Las cosas cayeron justamente casi al mismo tiempo y casi me vuelvo loco. Pero el asunto no es ese, más bien tiene que ver con el hecho de que debes conocer cómo son las cosas. Hay quienes toman esto como un estilo de vida, una forma de pensar y actuar las 24 horas del día. Además, hay relaciones de todo tipo. Unas ni siquiera incluyen sexo.

-Entiendo.

-Trataré de estar contigo en todo momento pero también quiero que sientas la libertad de ver y explorar.

-Vale.

Al terminar la conversación, aparcaron en una acera en un vecindario un poco alejado de la ciudad. Andrea se sorprendió de haber llegado tan rápido. Al bajar, le echó un vistazo a la gran casa que tenía frente a sus ojos. Tenía tres pisos más una azotea y quedaba justo encima de una colina, por lo cual se veía más imponente. Alrededor de esta, se encontraban coches de lujo aparcados en todas partes, como dispuestos en forma de corona.

Caminaron juntos hasta la entrada. Erik tocó la puerta y los recibió una

pelirroja voluptuosa y muy hermosa.

-Señor E. Qué gusto tenerlo por aquí. Veo que también trajo a la invitada de la que tanto nos habló.

Andrea se quedó muda al ver la belleza de la mujer así como las prendas que tenía puestas. Era un vestido muy corto, parecido a los uniformes de las trabajadoras domésticas francesas. Medias de red, tacones muy altos de charol y gruesos bucles que cayeron sobre el pronunciado escote.

-Por favor, pasen adelante.

-Gracias, Diana.

Erick le dirigió una mirada a Andrea, le tomó la mano y se adentraron por fin a los terrenos de La Sociedad B.

El gran espacio de la mansión alojó diferentes grupos. Lo primero que vio Andrea, fue un par de chicos sumisos con cadenas en el cuello y colocados en cuatro patas. Sobre sus espaldas, descansaban los filosos tacones de sus Amas quienes hablaban entre sí animosamente.

-Eso tiene que ver un poco con disciplina y humillación.

Dijo él interrumpiéndola de sus pensamientos.

-Se ve intenso.

-Lo es.

Los dos caminaron entre la gente. Ella notó que algunos tenían máscaras de animales y otros, estilo carnaval. Unas sumisas estaban de pie sosteniendo bandejas con comida o bebidas. Otras caminaban detrás de sus Amos. En dirección al jardín, había una especie de presentación de ponys. Mujeres y hombres vestidos de trajes de látex o cuero, demostraban sus habilidades como “caballos” de paseo o exhibición.

Andrea se sintió tan impresionada que Erik tuvo que tomarla del brazo para que tomaran una mejor ubicación. Cuando lograron sentarse en una de las mesas que estaban alrededor, él comenzó a explicarle:

-Esto es el pony play. Una de las prácticas del BDSM. Quienes asumen el rol de ponys, son los sumisos y sus Amos vendrían siendo sus dueños. Ellos se comportan como tal, son animales según la función que asuman. Pueden ser transporte de sus Amos o pueden hacer lo de ahora, exhibición. Existen



muchos más pero es uno de los más populares.

-¿A ellos les gusta?

-Por supuesto que sí. Recuerda lo que te dije: cada quien está aquí porque realmente lo quiere.

-¿Pueden tener sexo aun estando así?

-Mmm. Depende de lo que acuerden ambas partes. Pero es posible, claro.

Andrea volvió a fijar la mirada en el centro del jardín. Estas personas incluso hicieron ruidos de caballos. Estaba impresionada y un poco abrumada.

-Señor E, solicitan su presencia.

La voluptuosa chica interrumpió la conversación de repente.

-Vale. Regreso pronto.

Se levantó, dejándola sola en la mesa. A pesar que el espectáculo le resultó interesante, ella quiso explorar aún más. Así que se levantó y comenzó a deambular por los diferentes espacios de la casa.

Subió las escaleras porque escuchó el ruido de unos gritos. Cuando pensó que alguien corría peligro, se trató de varias mazmorras ocupadas por sus Amos y sumisos, en plena sesión de latigazos. Andrea se asomó tímidamente aunque había un grupo de personas observando la situación. Los gemidos y gritos de los torturados, le recordaron a sí misma. No pudo evitar excitarse.

Se adentró un poco más y se sintió atraída por el resplandor de una luz. Dio con el origen en una habitación contigua en donde un Amo y un chico sumiso practicaban shibari.

Había un círculo de personas sentadas en la oscuridad de la habitación. Como no eran demasiados, Andrea se aventuró y se sentó en el suelo como el resto.

El hombre, un tío alto, delgado y con lentes, vestía completamente de negro a pesar de la desnudez absoluta de su sumiso. El chico era notablemente más joven que él. Tenía una expresión tranquila pero de concentración.

Los amarres comenzaron a manifestarse sobre su cuerpo. El chico, de rodillas, no decía palabra. En cambio su Amo le susurraba palabras al oído, las cuales le causaron una gran erección al joven.

Las piernas quedaron juntas así como los muslos. El torso estaba bordeado

por más cuerda así como los brazos que estaban puestos hacia atrás. El Amo, luego de cerciorarse que todo estaba en orden, fue a un extremo de la habitación y comenzó a accionar un mecanismo de poleas. Poco a poco, el chico ascendía en medio de esa luz blanca que lo hizo ver como un ser sobrenatural.

Al quedar en una distancia más o menos considerable sobre el suelo, el hombre de negro se acercó a su sumiso. Le acarició el rostro y justo en ese instante él lo miró.

-Te dije que no me vieras a los ojos.

-Disculpe, Amo.

Respondió el chico. Lo que ella vio después, le puso la piel de gallina.

El Amo, con látigo en mano, se ubicó cerca de sus piernas y comenzó a darle latigazos casi de manera descontrolada. Ella observó al resto de los espectadores y todos estaban concentrados en esa imagen. El chico no tardó demasiado en hacer ruidos y gemidos.

Ella, en la oscuridad, no supo exactamente qué fue lo que le excitó más. Pero estuvo segura que tuvo que ver con la forma en cómo el Amo castigó a su sumiso.

Tragó fuerte y salió de allí porque sabía que se perdería en ese ambiente denso. Caminó hasta bajar las escaleras y justo en el medio de la sala, una chica sumisa, alta y rubia, tenía un par de pinzas en los pezones con una cadena de metal que las unía.

Ella, con la mirada fija al suelo y completamente desnuda, respiró agitadamente hasta que su Amo estiró la cadena. Gimió, gritó un poco, incluso quiso moverse debido al dolor pero, aun así, no lo hizo. Tenía un nivel de concentración increíble.

Al terminar de bajar, Andrea notó que la joven tenía un pequeño aparato en el coño. Era un vibrador.

El Amo se paseó cerca de ella, torturándola. Jalaba la cadena o la abofeteaba. La humillaba frente a una mayoría de público masculino que disfrutaba ver la escena. Nadie decía nada, el silencio del lugar sólo era interrumpido por los quejidos reprimidos de la rubia. Otro estímulo que hizo que el coño de Andrea palpitara violentamente.

Justo en ese momento, la tortura se terminó para dar paso a las palabras de Erik frente a un público que se encontraba allí. Ella respiró aliviada y se concentró en la mirada de él.

-Amigos, esta noche es especial porque hemos creado espacio para que cada uno sienta la libertad de expresarse como desea. Es por ello, que hoy haré una demostración de tortura con elementos calientes. Una de mis especialidades.

La gente aplaudió y allí se presentó junto a él una mujer joven, más o menos de la edad de Andrea. Ella, al igual que la rubia, estaba completamente vestida salvo por una máscara de encaje que cubría su rostro. Junto a ella, una silla de madera ornamentada y de aspecto pesado.

Se sentó allí y esperó un rato más. Erik se quitó el saco, arremangó su camisa y tomó un velón blanco con una llama intensa. Esperó unos segundos hasta que comenzó notar que se acumulaba la esperma. Así pues, alzó el brazo considerablemente y vertió el líquido caliente sobre los muslos. La mujer tuvo que hacer un gran esfuerzo por no gritar.

-Apuesto que te gustó.

-Sí, señor.

Le dio una bofetada.

-No te escuché.

-¡Sí, señor!

-Muy bien, muy bien.

Volvió a verter cera de vela pero esta vez en los brazos y parte de los pechos. En el ínterin, él le jaló el cabello mientras lo hacía. Le vio sonreír, estaba completamente transformado.

Dejó la vela a un lado y siguió con un hierro caliente. Andrea abrió la boca para gritar pero nadie pareció alarmado. Así que permaneció allí, en silencio pero sin dejar el estado de alerta.

Cuidadosamente, Erik paseó el hierro al rojo vivo cerca de la piel de las piernas de la mujer. A veces un poco lejos, a veces cerca. Hizo lo mismo con uno de sus pechos, puntualmente cerca de los pezones. La distancia fue tan corta, que Andrea temió que en cualquier momento la mujer gritaría del dolor... Pero no. No fue así.

Ella echó su cabeza para atrás y abrió un poco sus piernas. Andrea observó cómo un hilillo de flujo corrió por entre sus piernas. Al final, Erik dejó el hierro cerca de la chimenea y se acercó al oído de la sumisa.

-Muy bien. Ahora regresa con tu Amo.

Volvió a abrir los ojos, respiró profundo y se levantó con cierta dificultad. Apenas tuvo fuerza para acercarse a un hombre vestido de negro.

-Amigos, espero que sigan disfrutando la velada. Esta noche es para entregarnos a los placeres. ¡Salud!

Alzó una copa de champaña y todos bebieron a excepción de Andrea. Ella todavía tenía la imagen del joven balanceándose por los aires.

Aprovechó la algarabía para salir de nuevo a los jardines. A diferencia de la primera vez, ahora había una charla sobre cómo potenciar los cuidados con una little o brat. Andrea, aunque no estaba interesada en el tema, se sentó en una de las sillas. Un sumiso le ofreció un trago y ella lo aceptó amablemente. Casi se bebió todo el contenido.

En ese momento, trató de entender lo que estaba sucediendo en su interior. Cada vez se le hizo más vívida esa imagen del hombre amarrando al chico. Esa caricia en el rostro, era mirada severa, el castigo. Todo le daba vueltas.

Otro sorbo del trago que tenía en la copa que tenía en frente. Recordó la forma en cómo Erik tomó el control de ese instante. La mirada de la sumisa, esa misma que suplicaba por el dolor pero también por el placer que sentía, pareció ir de la mano con la que tenía él cuando la torturaba un poco.

El ruido de la silla corriéndose, distrajo enseguida a Andrea.

-Te busqué por todas partes. ¿Estás bien?

-Sí. Sí. Es que necesitaba un poco de tiempo para asumir todo lo que había pasado.

-Lamento no haberte dicho lo de esa mini sesión. Se presentó de un momento a otro.

-No te preocupes. Me pareció interesante.

-¿Qué fue lo que te pareció interesante?

-No lo sé. La manera en cómo te dirigías a ella y también la actitud que tenía. Con los ojos hacia el suelo. También me di cuenta de eso cuando vi una sesión

de shibari. El Amo ató a un chico pero este estaba en una especie de trance y con la mirada al suelo. ¿Es normal?

-Pues, eso son términos que se establecen en cada relación. En general, un sumiso no es desafiante y adquiere una actitud pasiva. Una forma de demostrarlo es con la mirada. De lo contrario, se produce un castigo. Pero, como te digo, eso depende de las condiciones que establezcan los dos.

-Vaya, es más complicado de lo que pensé.

-Absolutamente. Eso también está sujeto a otras cosas. Por ejemplo, la confianza y el tiempo que tengan conociéndose. Son dos elementos que van de la mano. De hecho, conocí una vez una sumisa exclusiva en donde su Amo, para avisarle que habría una sesión, le daba una fuerte bofetada. Sin importar lo que ella hiciera. No, no te alarmes. Eso forma parte del consenso. Si a ti no gusta, no tienes por qué aceptarlo.

-Entiendo. Por un momento pensé que todo era intransigente.

-Para nada. La comunicación es vital en todo esto. Nosotros establecimos los términos. Tú me dijiste lo que no querías y yo también. En base a eso, vamos creando las mejores condiciones para nuestras sesiones. Al final, Andrea, es entender que esto es como una especie de juego. Un juego cuya meta es que ambas partes la disfruten de igual manera.

Ella se sintió un poco más tranquila al respecto. Pero el gusanillo de la dominación tomó control de sus pensamientos. Al mirar a Erik, el brillo de sus ojos azules, le hizo preguntarse si sería igual teniéndolo sometido, amarrado y suplicando por piedad.

Se espabiló cuando él le repitió una pregunta.

-¿Quieres que nos vayamos a mi casa?

-Eh... Sí. Sí.

-Vale, déjame terminar unos arreglos y después te busco.

Se acercó a ella y le dio un beso en los labios con suavidad. Se apartó y la dejó en la mesa con una tormenta en la cabeza. ¿Qué era lo que estaba pasando?

Mientras veía una exhibición de máscaras, Erik la tomó por el brazo. De nuevo, se adentró a ese mundo extraño pero igualmente atrayente. Después de

unos cuantos apretones de mano, él finalmente cerró la puerta tras ello.

-Parece que la fiesta seguirá hasta tarde.

-¿Cada cuánto tiempo se reúnen?

-No tenemos fechas establecidas. Es difícil que todos coincidamos así que tratamos de hacerlo lo suficientemente seguido para tratar de incluir al grupo. De hecho, hicieron una reunión semanas atrás y no pude ir por cuestiones de trabajo. Es una forma interesante de hacer sentir que formas parte de algo. Hablando de eso, ¿te pasó estando aquí?

-Un poco. Lo que pasa es que tengo mucho que aprender. Hubo veces en las que me sentí abrumada y no supe qué hacer.

-No te preocupes. Es normal. Por más preparado que estés, no es sencillo enfrentarse a las perversiones de otros y las de ti mismo. A la primera que fui, cuando supe que me gustaba esto, una chica recibió una marca de fuego por su Amo.

>>>Para mí fue demasiado. Incluso me cuestioné. Pero, después de investigar, leer y asistir a más reuniones, me sentí más seguro. Todos pertenecemos a un lugar pero sucede que nos hacen creer que no y, cuando encontramos a nuestros iguales, nos da miedo asumir lo que verdaderamente somos.

Esas últimas palabras resonaron en la mente de Andrea. Estaba ya pensativa pero aquello tenía sentido. Demasiado. Así que se apoyó sobre el asiento y miró hacia la ventana. Estaba concentrada en la vía, en las luces, en el brillo de la luna en lo alto en el cielo. Los dos compartieron ese silencio y tácitamente lo agradecieron.

Erik aparcó cerca de la entrada. Llegaron en cuestión de minutos así que bajaron y entraron. La casa estaba completamente a oscuras pero las luces del pasillo principal, se iluminaron con una luz suave.

-¿Quieres algo de beber?

-Aceptaría un whiskey.

-Bien.

A pesar de todo, Andrea necesitaba algo más fuerte. Mientras él se ocupó de servir los tragos, ella se acercó al ventanal de la sala para observar la noche. Le gustaba estar allí porque sintió una tranquilidad como nunca. El silencio de

ese gran espacio, a pesar del sonido de los cubos de hielo cayendo y chocando contra el cristal de los vasos, le proporcionaba paz. A veces se preguntaba si aquello duraría lo suficiente como para convencerse de que realmente pasó.

-Aquí tienes. Creo que es la primera vez que te veo beber un poco más. ¿Segura que estás bien?

-Sí, sí. Segura.

-Vale.

-Fue una reunión interesante. De seguro recibiste muchos halagos.

-No es por jactarme pero sí. Por suerte conté con ayuda para las actividades así que eso era como tener la mitad del camino asegurado.

Ella bebió un sorbo del licor. La amargura del mismo le empapó los labios y la garganta. Saboreó un poco más y luego dirigió una mirada a Erik quien estaba atento a lo que estaba a punto de decir.

-¿Qué pasa?

Se adelantó. Andrea trató de no parecer desconcertada así que lo miró un poco más y hasta que se atrevió a decir lo que dudaba tanto.

-¿Has sido sumiso?

-No. Mi propia personalidad me llevó a ser Dominante.

-¿Pero te has imaginado siéndolo?

-Mmm. La verdad es que no. ¿Por qué?

-Pues, por nada en específico. Quería saber si era posible tener esa dualidad.

-Ah, entiendo. Claro, claro. Ese tipo de personas se le llaman “switch”. Pueden ser Dominantes o sumisos según con quienes estén. Sin embargo, a mi parecer, siempre va a haber un rol más predominante sobre el otro. Es algo que siempre sucede.

-¿Es problemático eso?

-No. Para nada. Como te digo, todo depende de los acuerdos y los consensos de la pareja.

-Vale.

Andrea ya tenía en mente una definición un poco más clara de las cosas. No

obstante, la respuesta tajante de Erik le hizo reflexionar un poco más.

-Todo a su tiempo. –Insistió para sus adentros.

Aun con los pensamientos hechos un revoltijo, sintió la mano de Erik que le rozaba los dedos con los que sostenía el vaso con el whiskey. Se lo quitó y la miró fijamente a los ojos.

-A jugar.

Aunque Andrea supo en ese momento cuáles fueron las intenciones de Erik, él realmente no tenía un método o señal para hacérselo entender. Sin embargo, dentro de todo, a ella le gustaba que él tuviera el don de la espontaneidad. Le gustaba que lo hiciera porque quería decir que no había nada predeterminado en la dinámica que tenían.

Ella se incorporó, colocando la espalda derecha. Enfocó la mirada en el suelo como recordó en la reunión de La Sociedad B y permaneció en silencio hasta que él le tomó por el cuello.

-Muy bien. Parece que has aprendido mucho. Me gusta que mi sumisa sepa qué es lo que tiene que hacer. Ahora, ven.

La jaló un poco y la llevó hacia las escaleras. Aunque ella estaba preparada para ir hacia la mazmorra, hubo un cambio de planes. Él la condujo a la habitación.

-Quítate la ropa.

Andrea se alejó un poco de él porque a Erik le gustaba verla desnuda desde cierta distancia. Ella poco a poco se quitó el enterito negro. Las telas holgadas y suaves que cubrieron su cuerpo, cayeron a suelo para dejarla casi desnuda. Lo único que tenía puesto, eran las bragas negras de encaje de corte alto. Luego, ella apartó con sus pies la pieza de ropa para proceder y quitarse las sandalias. Lo hizo despacio, como alimentando el suspenso de la situación.

Terminó y se irguió frente a él. En ese instante, Erik se dio cuenta lo mucho que le gustaba ver la piel así como la desnudez de Andrea. Los tonos de esa epidermis, le hacía pensar que ella era en sí una especie de mundo propio. Mantuvo los ojos al suelo y esperó que la voz de su Amo le dijera qué hacer.

Erik respiró profundo porque le invadió esa sensación de desespero de tomarla por el cuello, lanzarla sobre la cama y follarla sin control. Sí, habría tiempo para eso pero todo en su momento.



-Acuéstate boca arriba.

Ella avanzó hasta la cama, dejó su cuerpo en la superficie suave y permaneció allí. En esa posición, no podía ver las cosas que él hacía, así que se mantuvo a la expectativa. ¿Qué sería lo próximo?

Erik se dirigió a un pequeño mueble de madera cerca del clóset. A simple vista parecía un cubo sin mayores pretensiones, sin embargo, él hizo unos rápidos movimientos con los dedos y se escuchó un clic. Uno de los lados del cubo cedió y dejó salir una pequeña gaveta. Al jalarla, extrajo un rollo de cuerda. Había un grupo de cuatro.

Tomó la que estaba más próxima a él y se levantó con la intención de ir hacia donde se encontraba Andrea.

-Estira los brazos y piernas.

Al hacerlo, su cuerpo quedó completamente extendido y a la espera de lo próximo que pasaría. Ella respiró profundo y de inmediato sintió sus manos sobre las muñecas y los tobillos. A diferencia de la primera vez, Erik fue mucho más firme. Por lo cual no cupo duda que ella estaría completamente inmóvil.

Piernas y brazos extendidos. Todo bien, todo perfecto, sin embargo Erik sintió que faltaba algo, un pequeño toque. Al encontrar qué era, optó por regresar al cubo de madera y traer el accesorio ideal. Una mordaza de bola.

Se la colocó con cuidado y paciencia. Trató de no apretarla demasiado para que se sintiera segura de lo que estaba pasando.

-Recuerda de la palabra de seguridad.

-Rojo.

-Bien. Dila cuando sientas que no quieres seguir más.

Asintió lentamente ya que su boca quedó limitada por la pelotita de goma que tenía entre los dientes.

La respiración se volvió agitada pero recordó las palabras de su Amo. La palabra de seguridad le daba cierto margen para manejar las cosas, aunque, hasta ese momento, no se le presentó razón para ello.

Erik se quitó la ropa a excepción de los pantalones. Por alguna razón, el estar así, le daba una sensación más fuerte de poder y control.

Después de hacerlo, buscó una vela y un encendedor. Quería divertirse un poco al estimularla con un juego de sensaciones en las que intervendrían el calor y el frío. Primero sería con la cera caliente.

La encendió y esperó un rato, al ver lo que estaba por suceder, Andrea recordó a la mujer sentada en la silla, los ojos llorosos y el hilillo de flujo que recorrió su pierna. Esta sería la primera vez que experimentaría algo así, por lo que era normal que sintiera un poco de miedo.

Finalmente, él se colocó junto a ella y le dirigió una amplia sonrisa. Seguidamente, giró la muñeca lentamente para que cayeran unas gotas de cera de vela en no de sus muslos. Cuando lo hizo, Andrea se retorció un poco debido al ardor que le produjo el líquido caliente.

Cerró los ojos por instinto pero luego los volvió a abrir. Al hacerlo, se encontró con la sonrisa de su Amo y con la sorpresa de que ese dolor le produjo que su coño palpitara violentamente. Él continuó vertiendo la cera sobre sus piernas y torso. Incluso se atrevió a ir un poco más lejos, en sus pechos para ser más exactos.

Aunque Erik, al ver cómo se marcaban los pequeños círculos rojos sobre su piel, sintió la urgencia de ser un poco más agresivo, tuvo que reprimirse para evitar malos ratos. Quería que la experiencia fuera deliciosa y no traumática.

Después de disfrutar un rato de los gritos contenidos por la mordaza, Erik dejó la vela a un lado. Seguidamente, bajó por unos momentos a la cocina. Sacó del refrigerador algo que sabía que sería muy estimulante.

Entre sus manos pareció tener un consolador. Pero este tenía algo especial. Este estaba hecho de metal. Erik, al querer pasar del calor al frío extremo, pensó que introducir al congelador este consolador nuevo que adquirió especialmente para esa ocasión.

Se subió y quedó de rodillas sobre la cama. Masturbó a Andrea con una de sus manos hasta que le abrió las piernas. Poco a poco, introdujo el consolador de metal frío.

A medida que entraba en su coño, ella experimentó una sensación que se le hizo difícil de explicar. El frío que estaba dentro de sus carnes contrarrestaba con la intensidad del calor de su cuerpo. En su interior, trató de encontrar algún sentido pero no pudo. Entonces, no le quedó de otra que rendirse ante ese estímulo que la hacía excitarse más y más.

Eventualmente, la temperatura del consolador subió y Andrea pareció que las cosas se calmaban eventualmente. Pero Erik era una caja de sorpresas. Al terminar, introdujo un trozo de hielo en la boca y fue directo a su clítoris.

Él chupó los labios gruesos vaginales y succionó los fluidos de ella al mismo tiempo que su lengua, ahora fría, recorría ese terreno repleto de placer. Andrea volvió a flotar por los aires, perdiéndose en esa galaxia de sensaciones que él siempre le proporcionaba.

Erik se incorporó hasta que se acomodó sobre ella. Una de sus manos fue hacia la garganta y la otra a un pezón. Lo pellizcó con fuerza y apretó también con la misma intensidad. Su pene, poco a poco, se adentró en ella.

Las embestidas de Erik se hicieron con fulgor gracias a la desesperación que él sintió al escuchar los gritos y gemidos de ella. El juego de frío y calor funcionó a la perfección y se sintió orgulloso de haberse superado a sí mismo.

Aun así, procuró ir con cuidado porque, a pesar del progreso de Andrea y de su interés por el BDSM, todavía era una principiante. Este mundo en sí es complejo e intrincado así que debía ser prudente y asegurar una guía paciente. Una que le hubiera gustado tener en un principio.

Volvió a concentrarse en ella al verle la expresión de placer. Los ojos los tenía llorosos y a veces se mordía la lengua. Con su pulgar, acariciaba esos labios gruesos o se decantaba por ahorcarla un poco más al mismo tiempo que la destrozaba. Le gustaba la idea de hacerla suya de una manera tan fuerte intensa porque el sabor del control era lo que más le gustaba.

Quiso cambiar de posición así que se detuvo a quitarle los amarres. Primero la de las muñecas y luego los tobillos. Acarició rápidamente esas zonas para luego tomarla de la cintura y hacerle que se colocara en cuatro.

Al ver ese culo tan grande y expuesto sólo para él. No pudo evitar colocar sus manos en respectivas nalgas, apretarlas y manosearlas como le diera la gana. Enterró su cabeza entre ellas, sintió el aroma de esa piel y se dedicó a morderlas y lamerlas como quiso. Era un animal salvaje que disfrutaba de su presa.

Finalmente, se incorporó de nuevo y se levantó sobre la cama, flexionó un poco las rodillas y escupió un poco hacia el ano, para que este estuviera lubricado lo suficiente como para meterlo. Lo sobó un poco e introdujo el glande con paciencia.

Al doblar más las rodillas, aseguró ir más adentro, estaba decidido a meterlo todo, entero en ella. Enseguida, Andrea exclamó un gemido de placer por lo cual Erik no renunció a la tarea de darle placer. Continuó hasta que metió todo su pene y comenzó a hacer embestidas para provocarle más gritos.

Ella se aferró a las sábanas y a una serie de palabras incomprensibles que exclamó con la boca contra la cama. Erik, cada vez más excitado, fue con más fuerza. Luego de un rato, cambió de nuevo de posición hasta que hizo que se acostara por completo. Esto fue con el objeto de llegarle con más profundidad. ¿Otra ventaja? Estando así sentía mucho más control de la situación y era una postura que resultaba agradable para los dos.

Así pues que su pene volvió a la posición inicial dentro del ano de Andrea. Ella no paraba de gritar, por lo cual él se acercó hasta su oído.

-Me encanta como chillas. Chillas como una ramera.

-Sí... Oh, sí.

-¿Quién es tu Amo?

-Tú eres mi Amo.

Él tomó el cabello con una mano y lo jaló un poco. Gracias a ello, las embestidas fueron más intensas. Ella no pensó que aquello fuera posible.

Siguieron así hasta que Erik sintió que en cualquier momento iba a correrse, por lo tanto, retomaron la posición anterior para que él pudiera masturbarle el coño al mismo tiempo que la penetraba. Con la otra mano, se sostuvo de la cadera.

Más rápido, más intenso, más salvaje. Erik estaba poseído por una especie de fuerza sobrenatural. Esa misma que logró transmitírsela a Andrea. Entonces, los temblores de los muslos de ella se hicieron más fuertes hasta que, al final, un chorro de líquido terminó entre sus dedos.

Erik, por otro lado, aliviado de que su mujer se corriera, se relajó y llegó al orgasmo. Justo antes de correrse, sacó su pene y se masturbó fuertemente. Los hilos de semen fueron a parar dentro del ano de ella y en las nalgas.

Andrea respiró profundo y casi se desplomó sobre la cama sino fuera por él. Sintió que sus manos la sostenían con cuidado, mientras la limpiaba. Erik, también sometido por el trance del orgasmo, se permitió un poco de tiempo al hacer todo eso.

Al regresar junto a ella, la acomodó suavemente sobre la cama. Se acostó a su lado y la abrazó por detrás.

-¿Cómo te sientes?

-Como si la adrenalina siguiera recorriendo mi cuerpo. De resto, estoy bien.

-Vale.

Le dio unos cuantos besos en el cuello antes de quedarse dormida. Ella, por otro lado, miró hacia el extremo de la pared aún pensativa.

## VII

Erik volvió a la rutina intensa de trabajo. Las reuniones, acuerdos, contratos y demás no le dieron ni un respiro. Eso se debió gracias al éxito que tuvo durante la convención de tecnología. Su empresa resultó la joya de la corona del evento y ahora tenía una serie de ofertas que debía estudiar con cuidado si quería diversificar su negocio.

Esto también implicó una larga ausencia que Andrea aprovechó para su beneficio. Desde la última sesión, quedó más intrigada sobre el control y la Dominación, además de la posibilidad de que una misma persona fuera switch. Empezó a analizar cuidadosamente sus ansias y deseos y el panorama fue más claro como el cristal: ansiaba probar aquello pero ¿cómo?

Primero comenzó a investigar. Tomó un cuaderno de apuntes y escribió todo lo que recordó de la reunión de La Sociedad B, incluyendo el comportamiento de los Dominantes y de los sumisos. La forma en cómo se expresaban y hasta se vestían.

Luego, buscó la mayor cantidad posible de información sobre la conducta de este grupo de gente, sus rituales y hasta su forma de pensar. Pasó horas y horas frente a la pantalla tratando de entender las emociones que tenía.

Entre todas las cosas que se encontró, halló un blog de una Dominatriz. Ella se describía a sí misma como “una mujer ávida de control y poder. Dispuesta a ponerte a rogar por dolor y placer”. Esas palabras bastaron para que ella se atreviera a enviarle un correo pidiéndole ayuda. Quería saber su historia y consejos sobre cómo dar el primer paso.

Al terminar de escribir un largo correo describiéndole la situación, Andrea le dio a enviar y enseguida se sintió como una tonta. Supuso que esa mujer, apenas leyera ese escrito, seguro se reiría de ella. Entonces, se dejó abatir sobre la silla y trató de olvidar el asunto, total, tampoco era de vida o muerte.

Pasaron un par de horas hasta que escuchó el aviso de correo nuevo en la bandeja de entrada. No le prestó demasiada atención, así que siguió ocupada revisando muestras y corrigiendo escritos. Después de tomarse un café y de hablar un rato con su equipo, por fin recordó lo que recibió. Se colocó los lentes y comenzó a leer.

*“Estimada, A. Leí tu mensaje y no pude evitar sentirme identificada contigo. Si te soy sincera, pasé por lo mismo hace muchos años y me encantaría poder ayudarte para que no cometas los mismos errores que yo. ¿Qué te parece si nos encontramos para almorzar? Trabajo en el centro de la ciudad y conozco un lugar en donde la comida es deliciosa y el ambiente es tranquilo. Quedo atenta ante tu respuesta”.*

Andrea sintió como si el corazón le saltara del pecho. Eran buenas noticias y la verdad es que no quería desaprovechar la ocasión. Respondió de inmediato y concertaron en una hora. Ella tendría las preguntas al respecto, sin sentir presión ni miedo. Era el momento ideal para saber más.

Se acercó el mediodía y Andrea interrumpió lo que estaba haciendo para prepararse y encontrarse con Lady M. Así era el nombre con que se daba a conocer en el mundillo del BDSM.

Tomó sus cosas, avisó que se tomaría un par de horas y salió en plena hora pico. Las calles estaban repletas de gente y coches. Caminó unas cuantas calles y se encontró con un pequeño bistró. Hay mesas y sillas afuera por lo que tuvo sentido ya que el día estaba brillante y despejado.

Se acercó a una mujer que estaba sola en una mesa y le tocó el hombro.

-¿Lady M?

-¡A! ¡Hola! Mucho gusto, me llamo Ema.

La imagen mental que tenía Andrea de Lady M resultó ser muy diferente a lo que vio en persona. Era una chica baja, más o menos de su tamaño, delgada, de cabello negro corto con flequillo, ojos grandes y negros y con una sonrisa dulce. Lucía un vestido de flores pequeñas, zapatillas negras y un cárdigan rosa palo. La mirada amable le hizo sentir un poco menos tranquila.

-El placer es mío, me llamo Andrea.

-Venga, siéntate. Tengo un hambre atroz y creo que tenemos mucho de qué hablar.

Apenas pidieron la comida, Ema cruzó las piernas y se acercó hacia donde se encontraba Andrea.

-Muchas gracias por escribirme. Por lo general no respondo tan rápido pero tu caso me llamó la atención. Sé qué es lo que sientes ahora y lo importante que es encontrar las respuestas a tus preguntas. No es fácil y no todo el mundo está

dispuesto a ayudar. Ahora, necesito que me digas cuál es tu situación actual.

-Pues, verás, no tengo mucho tiempo en esto. Quizás sea precipitado de mi parte pero es que hace poco fui a una reunión BDSM y todo lo que vi, tuvo un efecto en mí que estoy tratando de entender desde hace varios días. Tengo Dominante ahora pero siento la necesidad de probar con el control.

-Vale, entiendo. Primero, eso no tiene nada de malo. La curiosidad de saber qué siente el otro en una sesión, es normal. En mi caso, pasé mucho tiempo confundida hasta que probé ser Dominatriz de un chico. Fue una experiencia que cambió toda mi percepción.

-¿Cómo fue todo aquello?

-Pues, verás, tuve que informarme por mi cuenta. Guiarme por lecturas que encontraba en Internet. Apenas pude preguntarle a unos cuantos Dominantes al respecto. Por suerte, no tenía uno en aquel momento pero de todas maneras fue todo un reto. En fin, el chico lo conocí en una reunión de gente que nos gusta el BDSM.

>>Todos estábamos en plan de conocernos y nada más. Así que él se me acercó a conversar conmigo. Fue muy agradable y poco a poco me dio a entender que se trataba de un sumiso. Aproveché para preguntarle tanto como pudiera sobre sus experiencias anteriores. Mi mente estaba captando todo.

Justo en ese momento, los platos de comida se les presentaron al frente de las dos. Andrea temió preguntarle si quería continuar, por lo que esperó un rato más.

-¿En dónde me quedé? Ah, ajá. Bien, estuve escuchándolo hasta que llegó el momento de la verdad. Me preguntó si era sumisa o Dominante. Esto lo vi como una gran oportunidad para el éxito o el fracaso, así que le respondí que era Dominante pero que estaba aprendiendo. Puedo jurar que sus ojos se iluminaron de repente.

>>El hecho es que fue un proceso gradual. Él me ayudó mucho y eso me sirvió para ganar más confianza en lo que quería lograr. Lo importante es no presionarse demasiado, es entender que todo forma parte de un proceso y que hay que disfrutar cada instante... Por más difícil que sea.

-Vale... Creo comprender.

-Mira, lo más sano para ti y tu Dominante es que le expreses que sientes la



necesidad de explorar ese lado de ti. Eso puede incluso mejorar la dinámica que tienen ahora. Dependerá de lo receptivo que sea él y si está dispuesto a probar. Es un asunto un poco complicado que requerirá que pienses las cosas con cuidado.

Andrea detuvo su mirada en frente al plato de pizza. Suspiró porque, gracias a la conversación con Ema, tuvo la sensación de querer continuar con sus intenciones pero no sabía cómo reaccionaría Erik.

-Hey, no te angusties. Esto no es física nuclear ni es la cura para el cáncer. Son relaciones humanas, si te soy sincera, soy optimista en estos casos porque casi siempre se puede encontrar una solución y hay que pensar que es así. Mi único consejo es que vayas por lo que quieres. Tienes que buscar tu tranquilidad y felicidad.

Después de estas palabras, Ema se concentró exclusivamente en algunos secretos que pensó les serían útiles a Andrea. Los cuales estaban concentrados en ilustrar los deberes y placeres de los Dominantes, las fórmulas para amarrar y para someter, para humillar y para perder el miedo.

Hacer entender que a pesar del tamaño o aspecto que tuviera, era posible asumir una postura que impusiera poder. Las ideas y planteamientos de Ema hicieron que los ojos de Andrea brillaran con fuerza. Estaba más entusiasmada que nunca.

-Bueno, Andrea, espero de verdad que te haya servido lo que te dije. Cualquier cosa, este es mi número. Trataré de ayudarte en todo lo que pueda, ¿vale?

Ema le dio un fuerte abrazo y se despidió de ella con la mano. Ella se quedó allí, mirándola difuminarse entre la gente. Luego regresó a su torbellino de pensamientos, tratando de entender la situación tan extraordinaria que acababa de tener.

Tomó sus cosas y regresó a la oficina. Encontró todo como si no hubiera pasado las dos horas que pidió. La misma gente en los escritorios, dibujando o escribiendo. Sus jefes en reuniones y ella caminando hacia su oficina. Dejó las cosas en una gaveta y se dejó caer sobre la silla. En esos minutos de soledad y reflexión, recibió un mensaje de Erik preguntándole cómo estaba. Ella miró la pantalla del móvil por un rato, como temiendo responder ante esas palabras.

Finalmente comenzó a teclear cualquier cosa, palabras vacías y sin sentido.

Dejó el móvil de nuevo en el escritorio y se preguntó cuándo sería el momento adecuado para decirle que quería tener la oportunidad de ser Dominante.

-Apuesto que se reirá de mí.

## VIII

Erik volvió a encontrarse en una fila para abordar el avión. Le pareció particular tener que lidiar con una situación que ya parecía un deja vu. Así pues que sostuvo el ticket de manera desinteresada entre los dedos, con la expectativa de que en cualquier momento recibiría una sorpresa de su sumisa. Esperó y esperó hasta que finalmente lo llamaron para abordar.

Quizás estaba deseando demasiado, lo cierto es que pensaba en que quería reencontrarse con ella y romperle la piel como en otras ocasiones. Soñaba con la piel desnuda, reluciente y brillante, siendo sometida a cualquier cantidad de castigos. Suspiró de la emoción al mismo tiempo que descansó su cuerpo sobre la silla del avión.

Giró su cabeza hacia la ventana y cerró los ojos. No tardó demasiado tiempo en ponerse a soñar con su mujer.

Andrea tecleaba violentamente hasta que escuchó el móvil. Era él diciéndole que ya estaba en la ciudad y que moría por verla. Era la primera vez que decía algo así por lo que le pareció extraño que usara esas palabras.

*“Aún estoy en el trabajo. ¿Nos vemos luego para almorzar”.*

No recibió respuesta así que volvió a colocarse los lentes y se entregó al sonido de los dedos sobre el teclado. De repente, algo la distrajo. No le quiso prestar atención hasta que recibió una llamada de la recepcionista.

-Señorita Andrea, alguien está esperándola en el lobby.

-Vale, voy para allá.

Al salir, notó algunas mujeres que hablaban entre ellas. Unas estaban impresionadas y otras no podían quitarle la mirada a aquello que observaban con fascinación y admiración.

Ella pensó que se traba de otra cosa hasta que lo vio. Era Erik en la recepción, sentado y leyendo una revista mecánicamente. Él, apenas sintió su presencia, se levantó y le sonrió.

-Lo siento, muero de hambre.

Andrea se ruborizó de inmediato.

Erik había sido, hasta ese momento, un hombre que sólo limitaba su interacción en la habitación o en la mazmorra. De hecho, dejó bien en claro que era una persona que no le gustaba mezclar los aspectos de su vida y, aunque tuvo la confianza de decirle a Andrea que era Dominante, no hubo nada más allá de eso. Sin embargo, se presentó en su oficina poco después de llegar de viaje y con la expresión más dulce que le había visto hasta el momento. Ella no pudo evitarse sentirse conmovida.

Se acercó a él y le dio un beso en la mejilla. Todavía tenía el calor en la cabeza y deseó por un momento hundirla en la tierra.

-¿Qué dices?

-Dame un momento que tengo que terminar de hacer unas cosas. Prometo no tardarme demasiado. ¿Quieres quedarte aquí o prefieres ir a mi oficina?

-Aquí, no quiero interrumpirte.

-Vale.

Cuando hizo el gesto de irse, él le tomó por el brazo y la acercó a sí. La miró con deseo y le dio un beso en la boca. Andrea volvió a ruborizarse con violencia y hasta pudo sentir la mirada del resto de sus compañeras de trabajo que la miraban como si fuera la mujer más afortunada del mundo.

-Bi... Bien. Ehm, iré a terminar y me reúno contigo pronto.

-Vale.

Él le picó el ojo y le sonrió. A pesar de todos los pensamientos que tenía en su cabeza, Erik le hacía sentir que era afortunada en todos los aspectos.

Así pues que se regresó a su oficina y hundió la cabeza en la pantalla con la apariencia de que realmente estaba ocupada. Sin embargo aquello no fue más que una treta para que la gente no notara que realmente estaba perdida en la timidez.

Tras unos minutos, tomó sus cosas y se reunió con él en el lobby. Tenía las piernas cruzadas mientras revisaba el móvil. De seguro estaría respondiendo correos de trabajo porque, bueno, así era él.

Se detuvo en el umbral que llevaba al pasillo de las oficinas y se dispuso a mirarlo con atención. Tenía un traje azul oscuro de rayas finas, camisa blanca y una corbata morada claro. Erik tenía una gracia incluso en los momentos en

los que no tenía que reservar la apariencia de hombre de poder.

-Lista. ¿Qué te apetece comer?

-Si te soy sincero creo que ya no estarías aquí.

Ella entendió el mensaje por completo por lo que se rió del comentario.

-Dime, en serio.

-La verdad es que me da igual, deseaba verte. No creí que iba a esperar demasiado.

Volvieron a mirarse como si el mundo sobrara. Andrea tuvo que espabilarse porque, de lo contrario, se comerían ahí mismo.

Se despidió de la recepcionista que todavía estaba hipnotizada por la presencia de ese hombre tan guapo y de aspecto poderoso. Andrea tuvo el presentimiento de que al menos tendría que acostumbrarse a que él siempre llamaría la atención.

Empujaron la puerta de vidrio y salieron hacia los elevadores. Justo en ese momento, Erik le tomó la mano como si fuera un gesto de lo más común. Esto le tomó por sorpresa puesto que de nuevo era un gesto que le provocó sorpresa.

Él de inmediato comenzó a compartir las incidencias del viaje, las cosas que tuvo que hacer e incluso la comida que degustó. Parecía un niño emocionado por contar sus cosas. Algo completamente nuevo.

Aunque le produjo cierto grado de agrado, pensó que así se le haría más difícil contarle lo que quería probar. Sospechaba que no estaría dispuesto a dar su brazo a torcer. Se debatía en la sinceridad y en la frustración.

Después de caminar unas cuantas calles, llegaron a un restaurante de comida china. Un sitio bastante informal y que resultaba muy diferente a lo que estaba acostumbrado.

-Joder, muero de hambre.

Después de pelear por encontrar una mesa libre, Erik y Andrea se dispusieron a sentarse en un lugar cerca de la entrada.

-Tuvimos suerte. A veces es simplemente imposible venir aquí.

Después de pedir un copioso menú, Andrea tomó un poco de gaseosa para

aclararse la garganta. Erik estaba ansioso por comer por lo que ella pensó que sería más conveniente que tuviera algo en el estómago en vez de arruinar el momento. Lo que ella no sabía era que él era un hombre sumamente observador.

Sabía desde hacía tiempo que ella tenía algo que no le compartía o con lo que no era abierta por completo. Dejó pasar unas cuantas oportunidades para preguntarle directamente ya que odiaba tener que esperar, sin embargo, también comprendió que eso dependía única y exclusivamente de ella. No podía acelerar el proceso. Respetar al otro también consiste en entender que cada quien tiene su propio paso.

-Estás muy callada. ¿Estás bien?

-Eh, sí... Tengo muchas cosas en mente, respecto al trabajo, me refiero. Estoy preocupada por una nueva edición y tengo los dedos cruzados puesto que es un proyecto en el que estoy trabajando desde hace tiempo.

-¿Segura? Has tenido episodios más complicados en el trabajo y creo que los has llevado mejor. ¡Ah! Llegó la comida.

Andrea supo que él tenía razón. Mientras veía los bollos rellenos de cerdo, el arroz humeante y los rollos primavera fritos, ella agradeció el tiempo fuera que manifestó justo en el momento indicado.

Comieron y bebieron como si se tratara de un día cualquiera. Andrea se distrajo pero Erik estuvo pendiente de las cosas que estaban sucediendo. La miraba fijamente como queriendo darle a entender que podía contarle lo que quisiera sin que hubiera problema.

El cansancio del viaje le hizo retroceder un poco y a dejar el tema de sus pensamientos. Sin embargo, justo cuando pensó que había perdido la batalla, Andrea le tocó la mano.

-Tengo que hablar contigo de algo pero siento que si le doy más largas al asunto, explotaré.

-Sería hora, guapa. Dime.

Ella tomó un sorbo de gaseosa y trató de continuar.

-Desde que fuimos a la reunión de La Sociedad B, siento que se manifestó algo muy importante para mí, como si mis deseos se materializaran y pudiera entender todo dentro. —Él no dijo palabra- Bien, lo que trato de decir es que

me gustaría ser Dominante o al menos probar un poco cómo es eso de tener el control en una sesión.

De repente, los hombros de Andrea se sintieron más livianos y la sensación de tensión desapareció, al menos de su parte. Sin embargo, el juego ahora estaba en manos de Erik quien estaba en silencio con una expresión de tranquilidad.

-Lo sé. Lo supe desde hace tiempo. Tuve mis sospechas y estuve atento ante lo que percibieras. Esa fue una de las razones por la cuales quise que caminaras y conocieras las diferentes cosas que estaban sucediendo. ¿Por qué no me lo dijiste antes?

-Temí a que no entendieras. Además, también estaba confundida. Mientras estabas de viaje, aproveché para investigar y conocer más del tema. Sé que me falta mucho por aprender y practicar.

-Es así. Me encanta saber que quieras saber y explorar más. Por lo general, la gente siente reacciones adversas con el BDSM y prefieren satanizarlo de plano. –Se acercó más a ella-. ¿Qué te gustaría hacer?

-No lo sé aún.

-Ya se nos ocurrirá algo. Podemos empezar por cuestiones muy elementales. Nada drástico para que puedas adaptarse con tranquilidad.

-Vale.

Los dos se miraron con complicidad y terminaron de comer rodeados del ruido de platos, vasos y conversaciones banales.

Después de las horas de sueño y del ajeteo en la oficina, tanto Erik como Andrea estaban preparándose para la sesión de ese día. Ella estaba más nerviosa que él porque temía que las cosas salieran mal. Para hacerla sentir segura, él le propuso que se vieran en su departamento. Así se movería en un terreno conocido y se le haría más fácil cambiar a su modo como Dominante.

Ella, luego de tomar una larga ducha, fue al baño y se miró al espejo. Ya no tenía esas bolsas grises debajo de sus ojos típicas de su anterior vida aburrida, ahora tenía una expresión de lozanía. Comenzó a maquillarse pero de una manera diferente a como solía hacerlo. Los ojos ahumados y los labios de color piel.

Al terminar, fue a su habitación y miró la ropa que tenía sobre la cama. Una falda negra larga estilo tubo, una blusa blanca sin mangas y, en el suelo, un par

de tacones negros de aguja. Por suerte, también encontró unas medias negras que irían perfecto con todo aquello.

Terminó de vestirse y volvió a mirarse. Estaba impresionada por el aspecto que tenía. Sin duda, exudaba poder, control y gracias a ello comenzó a sentirse de esa manera. Poco a poco ya no quedaban rastros de la sumisa o de aquella muy remota y tímida Andrea que por muchos años se entregó al mundo vainilla.

Escuchó el timbre de la puerta y se levantó lentamente. Echó un último vistazo y salió de la habitación. Bajó por las escaleras y el escenario de su vida anterior se le presentó ante sus ojos. Los pasos lentos los hizo para recordarse a sí misma que ahora era quien tenía el control. Así que se tomaría el tiempo que le diera la gana.

Al llegar a la planta principal, giró la perilla de la puerta y lo encontró allí. Con un aspecto más informal y con ese brillo tan sensual en sus grandes ojos azules. Sonrió un poco tímido y ella no tardó en decirle.

-Entra.

La voz firme y contundente de él, estremeció un poco a Erik y todavía más porque no sabía con qué se iba a encontrar.

La casa estaba a oscuras a excepción de una fuente de luz que salía de la habitación principal. Erik permaneció en la estancia, esperando a que ella le dijera algo más. Mientras, estaba concentrado en la belleza de esa mujer. En lo alta que se veía y en el aspecto serio y severo de su rostro. Sin duda, en un contraste significativo en relación a la mujer que conoció un par de meses atrás. Como si fueran dos personas diferentes. Ella se colocó frente a él. Le miró de reojo y le dijo:

-Sígueme.

Erik asintió y la siguió. Miró sus piernas mientras ascendía hasta esa luz. Quedó hipnotizado por el contorneo de sus caderas, por el movimiento de la cintura y de sus brazos que enmarcaban la figura desde atrás.

Andrea entró finalmente a la habitación y él pudo conocer por fin una parte del mundo de ella. Era un lugar espacioso, de paredes lavanda claro y de muebles de madera oscuro. Tenía un estilo minimalista y sobrio. No se detuvo a detallar más porque se concentró en lo que ella tenía para enseñarle.



-Quítate la ropa.

Ella se sentó en el borde de la cama cuando él comenzó a despejarse de las prendas que tenía puestas. Dejó el saco, los pantalones y la camisa en el suelo. Andrea, tomó la corbata entre sus manos, pensó en usarla después. Erik quedó completamente desnudo frente a ella, con esa actitud tranquila y pacífica en los ojos.

-Arrodíllate.

Aunque parecía muy confiada en sí misma, Andrea sintió un poco de miedo cada vez que trataba de decir palabras con ese tono de mando. No quería verse tonta o ridícula, sino más bien natural. Cada vez que quería terminar con el asunto y dejar las cosas hasta allí, recordó las palabras de Lady M: “Trata de disfrutar el momento”.

Respiró profundo y se concentró en el aspecto de Erik. Tan alto, tan fuerte y ella tan pequeña. Era un contraste que le resultó gracioso, ahora tenía el control y estaba empezando a disfrutar de ello.

Ella abrió las piernas lentamente. No tenía nada debajo de esa falda ni de la blusa. Él se dio cuenta al momento de tomar posición. La tela transparente de la blusa le hizo notar los pezones oscuros, mientras que, ella sentada y abierta, dejó ver esos hermosos labios gruesos.

Andrea tomó la corbata y la amarró al cuello de él. Hizo un nudo muy sencillo. Erik notó que las manos de ella temblaban terriblemente y la miró tratándole de decir que lo estaba haciendo bien.

Al terminar, ella jaló un poco el trozo de tela y le ordenó:

-Chúpamela.

Se subió un poco más la falda, dejando al descubierto la belleza de sus grandes muslos. Igualmente, vio con poco más de nitidez el coño que lo esperaba. Sus manos se apoyaron sobre el suelo y su boca fue directamente a encontrarse con el clítoris. Su cuello fue dirigido por la firmeza de la pequeña mano de Andrea.

Erik en seguida comenzó a comer y a lamer esa hermosa humanidad. El sonido de sus succiones y mordidas, hicieron que Andrea soltara la corbata y sus manos fueran a parar al cabello de él. Lo jaló con fuerza y le hizo ir más adentro, más profundo a su punto de placer.

Mientras él trataba de no tumbarla sobre la cama y hacerla suya como solía hacer, permaneció en esa misma posición hasta que ella se incorporó para retomar el rumbo de la situación.

-Para.

Él momentáneamente se asustó pero luego se percató que ella quería cambiar de estrategia. Se levantó y dio unos cuantos pasos detrás de él. Erik realmente estaba a la expectativa. Fue así hasta que sintió el ardor de un primer latigazo. Andrea, por su parte, lo hizo con cuidado para no herirlo demasiado ni parece muy brusca... Al menos no la primera vez.

El impacto del fuste sobre la piel morena de Erik, le produjo a Andrea una sensación increíble. La adrenalina le recorrió todo el cuerpo e hizo que el corazón se le acelerara con violencia. Como si tuviera vida propia, continuó con los impactos.

Uno tras otro, casi en descontrol. Él hizo lo que pudo por reprimir los gemidos y gruñidos pero se encontró demasiado excitado gracias al dolor que recibió su cuerpo. Cerró los ojos y de inmediato se encontró flotando en una especie de nube que casi le hizo perder la cabeza.

Ella paró en el momento en que sintió una presión en la muñeca.

-Tómalo poco a poco. –Se dijo para sí misma.

Así que soltó el látigo y pensó en hacer otra posición pero con un pequeño giro.

-Acuéstate.

Con la respiración agitada y con una fuerte erección, Erik se levantó para extenderse sobre la cama. Ella se encargó de acomodarlo mejor. Con el roce de sus dedos sobre la piel de él, la forma en la que ella lo miraba con severidad y los modos que tenía al caminar, le hicieron sentir que estaba en el paraíso.

Se sorprendió además porque nunca pensó que se encontraría en una situación así. Nunca se vio a sí mismo como un sumiso. De hecho, no lo llegó a considerar ni remotamente cerca. Pero le resultó gracioso cómo las cosas cambiaron de un día para otro.

Si bien él introdujo a Andrea a su mundo, sabía a la perfección que en algún momento ella querría tomar la iniciativa de hacer algo diferente. Así que

también aprovechó la oportunidad para experimentar cosas nuevas, hacer de esto una aventura agradable para sí mismo.

Andrea tomó unas cuerdas que tenía guardada en una gaveta en un mueble de madera. Supo que eso sorprendería a Erik pero así era ella, siempre tenía trucos bajo la manda. Mientras lo amarraba, trató de recordar con exactitud los tutoriales que llegó a ver en YouTube y las recomendaciones de Lady M. Como no tenía demasiada experiencia, no quiso complicarse demasiado así que prefirió hacer algo sencillo pero suficientemente firme como para que al menos a él se le hiciera difícil desatarse.

Cuando terminó con los brazos y tobillos, procedió a subir a la cama. Por suerte mantuvo el equilibrio y procedió a sentarse sobre la boca de Erik que parecía todavía ansiosa por comerla. Poco a poco, depositó su clítoris entre sus labios e hizo que la chupara tan rico como la primera vez que lo hizo.

La lengua de Erik, esa que no tenía rival, comenzó chuparla con ferocidad. Mientras lo hacía, ella observó cómo la desesperación le hacía mover los brazos y manos. Las cuerdas salieron lo suficientemente bien como para reprimir los movimientos. Aunque le gustaba encontrarse con los ojos de él mientras la devoraba, Andrea quiso volver a variar un poco.

Siguió sentada sobre él pero de espaldas. De esta manera, le obligó a comer su ano también. Ella se movía un poco, como si su lengua también fuera su pene. Se dio placer con ella tanto como le dio la gana. Al estar así, además, también le dio la oportunidad de tocar su pene, el cual estaba tan duro como una roca.

Así que ella se inclinó un poco y comenzó a acariciar el glande. De esta manera, pudo ver cómo este comenzó a lubricar profusamente. Mientras más lo hacía, con ese ritmo intenso y constante, Erik pareció que perdía la concentración, queriendo perderse entre las caricias que ella le hacía sobre su miembro.

-¿Acaso te dije que pararas?

El tono de voz le advirtió que debía continuar con la tarea. También le recordó que él no era un Dominante sino que su rol en ese momento era muy diferente.

Andrea quiso llevarlo aún más al límite, así que aprovechó para sobarle los testículos. Cuando notó que nuevamente se volvió a colocar tan duro, tan erecto, se inclinó hacia él con el fin de chuparlo. Lo sostuvo con fuerza con

una de sus manos y comenzó a lamerlo con determinación.

Erik comenzó a gemir, a gruñir, a moverse. Sus impulsos eran una señal clara de que deseaba que ella no parara y esas eran las intenciones de su Ama. Las lamidas continuaron hasta que ella se lo introdujo por completo en la boca.

Hizo movimientos ascendentes y descendentes. Para enloquecerlo, también lo masturbó. Después de un tiempo, lo hizo con más fuerza y más determinación. Cuando supo que estuvo a punto de correrse, se levantó de repente y se colocó junto a él. Lo miró fijamente a los ojos aún con las manos ocupadas en su pene.

-Ven... Córrrete para mí.

Él entrecerró los ojos y se dejó vencer por las sensaciones y las caricias. Exclamó un fuerte alarido hasta que sintió la calidez del aliento de ella en su oído.

-Y apenas estoy comenzando.

## *Título 9*

# **Virgenenventa.com**

## *Sexo Duro y BDSM con la Virgen y el Amo Millonario*

### I

Un sobre blanco se deslizó suavemente debajo de la puerta. Apenas el roce del papel con el piso sonó con delicadeza. Sin embargo, Elena pudo escuchar ya que no estaba muy lejos de allí. De hecho estaba sentada en la mesa de la cocina, comiendo un trozo de pan tostado, pensando en las deudas por pagar.

Asomó la cabeza con cuidado, esperando que se tratara de una oferta del delivery de algún restaurante o cualquier otra cosa. Aferró sus escasas esperanzas hasta que se destrozaron cuando miró el estado de cuenta de sus tarjetas de crédito. Tomó el sobre y respiró con dificultad. Ya no sabía qué hacer.

Su situación se volvió cada vez más vulnerable en los últimos meses. Aunque trabajaba en un buen lugar y no ganaba tan mal, las cosas se volvieron color de hormiga. Trató de asumir más trabajo por fuera pero no hubo buen movimiento. Aquella factura le hizo sentirse peor y más preocupada que de costumbre.

Volvió a la cocina y se sentó en la silla de madera que estaba allí. Comenzó a hacer cálculos mentales sobre lo que le quedaba en el banco y cómo podía aprovechar sus ingresos al máximo. Se dejó caer sobre sus brazos y se quedó pensando en el futuro.

De repente, en medio del silencio del piso, pensó en una alternativa que cada vez se volvió más y más real. Recordó una conversación que escuchó de manera casual mientras almorzaba en la oficina.

Ella, mientras esperaba calentar el almuerzo, permaneció de pie al lado de un grupito de tres chicas que hablaban un poco fuerte.

-Sí, tía, que te digo que se puede ganar mucho dinero vendiendo desnudos. Mira, yo ya lo he hecho un par de veces y eso me ha ayudado a llegar a fin de mes.

-¿Pero de verdad funciona?

-Sí, tía, tengo una prima que renunció a su trabajo y vive de hacer sesiones por la web.

-Sí, incluso te pagan para fingir que tienes una relación con el tío. Eso sí, tienes que tener PayPal porque es más fácil recibir los pagos por allí.

-¿Conoces de alguna página en donde podría ingresar?

-Sí, sí... Es la ostia, ya verás.

En ese momento, cuando Elena quiso saber aún más sobre lo que estaban hablando, las tres cerraron la conversación y se volvieron entre sí para que no las escucharan. Sin embargo, ya ella tenía parte importante de lo que quería saber.

La escena le quedó grabada en la mente y salió a flote justo cuando estaba al borde de la desesperación. Por más miedo que sintiera, estaba segura que esa no era la salida.

Así pues que se levantó de repente, recogió el desorden de la cocina y caminó unos cuantos pasos hasta la habitación. Al estar allí, fue al baño para cepillarse los dientes como religiosamente su madre le enseñó desde pequeña.

Enfrentó su reflejo en el espejo. Se miró a sí misma: el cabello por los hombros, liso y de color castaño oscuro, los ojos grandes cafés, la nariz larga, los labios finos y los lentes grandes de pasta fina. También se dio cuenta de su camiseta de vieja de Star Trek y de los pequeños muñecos de Sailor Moon que adornaban la encimera de la tina.

-Joder, nadie se fijará en mí.

Dio un largo suspiro entre la duda y las ganas de tomar esa decisión.

De aceptar, representaría un cambio muy drástico en su vida rutinaria, común y corriente. Elena, desde niña, tuvo una clara inclinación por los libros, en especial aquellos de ciencia ficción y de terror. De hecho, el primer contacto

que tuvo con aquel mundo fue gracias a su padre quien le regaló Viaje al centro de la Tierra de Julio Verne. Aquellas palabras calaron tanto en la memoria de Elena, que su mente ansiaba más y más.

En la escuela fue igual, no tuvo muchos amigos ya que prefería ir a la biblioteca y leer tanto como pudiera. Aquellas horas en donde el resto de sus compañeros salían a jugar, ella hundía su cabeza entre aquellas páginas repletas de aventura y emoción.

Los años transcurrieron y cobró un fuerte sentido de la timidez y el pudor. A veces escuchaba en los pasillos las experiencias sexuales de sus compañeras. Incluso, observaba cómo los chicos que estudiaban con ella, miraba con lascivia al sexo opuesto. Obviamente, ella no objeto del deseo.

La situación cambió un poco en la universidad. Al encontrarse en un ambiente más libre y menos tenso, se relajó lo suficiente como para darle la oportunidad de salir con unos cuantos chicos. Nada del otro mundo.

Lamentablemente, el sexo fue una completa decepción. La mayoría sólo optaba por hacer el mínimo esfuerzo de darle placer y el resto caía en la depresión post-alcohol o drogas. Elena, ávida por probar cosas nuevas, se encerró en su propio mundo como un intento para salvar la poca paz mental que le quedaba.

Mientras trataba de curarse de los malos ratos, ella insistió con la empresa de explorar su sexualidad. Leyó e investigó tanto como pudo con la intención de saber un poco más sobre sí misma. Se preparó lo suficiente para comenzar una temporada en donde conocería sus zonas erógenas y puntos de mayor placer.

Después de largas sesiones de estudios y reuniones con sus compañeros, llegaba a su habitación, se quitaba toda la ropa, tomaba una ducha, se acostaba sobre el colchón y cerraba los ojos. Sus dedos rozaban sus pechos y torso hasta desembocar a su coño. Respiraba lento, suave con la finalidad de no perder la concentración.

En el proceso, imaginaba cualquier rostro. Podría ser el profesor de Administración e incluso el chico que servía las bebidas frías en la fuente de soda. No importaba. Lo relevante era la fantasía que recreaba en el momento. Aquella que servía para que ella se sintiera cómoda y pensara que era la mujer más sensual del planeta.

A partir de allí, no tardaba demasiado en excitarse. Sus dedos rozaban el clítoris y los labios vaginales, en un movimiento hermoso y sensual. Poco a

poco aumentaba el ritmo para luego introducir un consolador o vibrador.

La imaginación reproducía el contacto de la piel caliente, los besos y las caricias de manera tan vívida que podría sentir que estaba en esa situación. El progreso de sus sensaciones, la llevaban a un orgasmo potente, fuerte. Tanto, que procuraba taparse la boca para no hacer ruido. Al final, acababa sudada, agitada, con los dedos llenos de sus fluidos pero con el rostro feliz.

De esta manera, Elena comprendió que tenía una fuerte fijación oral, que le prendían que le tocaran los muslos con suavidad y que adoraba el sexo oral (tanto darlo como recibirlo). Sin embargo, tenía la curiosidad de explorar más, de adentrarse a un mundo que no fuera convencional. Así que también investigó un poco sobre el BDSM.

Encontró lo importante de la entrega del sumiso, de la enorme responsabilidad del Dominante y que en ese mundillo podría encontrar cualquier cantidad de placeres para todos los gustos... Gustos que muchos ocultan normalmente.

Procuró guardarse eso en lo más profundo de su ser y dedicarse a tener una vida tranquila y nada agitada. Así pues que se graduó, dejó la casa de sus padres y se mudó a la ciudad. Con los ahorros de los trabajos que tuvo durante los estudios, pudo alquilar un piso pequeño cerca del Barrio Chino.

Eso, por supuesto, implicó vivir en medio del caos del tráfico y de los restaurantes que estaban cerca. Aun así, no lo encontró molesto porque era un contraste agradable entre su aburrida ciudad natal y el lugar en donde se encontraba.

Desde allí comenzó a buscar trabajo formal y se encontró con la oportunidad de formar parte de un conglomerado de empresas de tecnología. Aunque aspiraba a un mejor cargo, le ofrecieron el ser secretaria de la gerencia por lo que tendría la oportunidad de ascender. Así pasaron las semanas y los meses. Sentada frente a la computadora, haciendo formularios, respondiendo correos y redactando informes de todo tipo.

En realidad no le iba tan mal. Tenía un horario estándar, los dos días del fin de semana libres y algunos beneficios laborales. No obstante, las cosas se salieron de control, una serie de gastos se presentaron y ella tuvo que utilizar sus ahorros para poder salir a flote. Cuando por fin pasó la mala racha, se percató de las deudas, las cuales le preocupaban enormemente.

Acostumbrada a tener cierta estabilidad, todo lo que estaba pasando le



resultaba desalentador. La idea de ofrecer sus servicios en una página web o en cualquier lado, le asustó, todavía le daba miedo lanzarse. Así que apagó todas las luces, se acostó en su cama y miró el techo por un rato. Dejó sus párpados caer y quedó vencida por el sueño.

## II

Despertó como siempre. Apagó el reloj despertador y se levantó de la cama. Estiró su cuerpo y fue a la ducha. Encendió la radio que estaba sobre la tapa del inodoro y sintonizó una estación de rock. Se reproducía Digital Bath y comenzó a bañarse con la voz de Chino Moreno en el fondo. Tarareó la letra, cerró las llaves de agua y salió de la ducha. Revisó el rostro en el espejo y trató de sonreírse a sí misma.

-Venga, hagamos tripas corazón.

Todavía tenía en la cabeza los números en rojo de sus tarjetas de crédito y los mensajes del banco recordándole que tenía que pagar. Mientras encendía el secador de pelo, pensó que una buena opción sería pedirle dinero a sus padres. No obstante, no era buena idea. Desde hacía tiempo que no les hablaba y no quería hacerles pensar que había sido incapaz de lograr su independencia.

Apagó el secador y fue desnuda hasta el clóset para escoger la ropa. Si no se apuraba, llegaría tarde. Se vistió con rapidez y salió del piso con rapidez. Aun tendría oportunidad de tomar el autobús que la dejaba cerca de la oficina.

Después de una hora de golpes y de un tráfico infernal, Elena llegó al inmenso edificio negro en donde trabajaba. De hecho, le llamaban “El Cubo Negro” porque lucía exactamente igual. Entró y saludó a la chica que estaba en el lobby, sacó el carnet que la acreditaba a estar en el edificio y subió a los elevadores con paso firme. Suspiró al darse cuenta que llegaría a tiempo.

La oficina estaba tan movida como siempre. Corrió hasta su puesto para encontrar con una pila de requerimientos por parte de su jefe. Bien, al menos tendría suficiente para distraerse un rato. Dejó sus cosas sobre la silla, se preparó un café en la cocina y regresó para ponerse manos a la obra. Respiró profundo y comenzó a teclear.

Gracias a los pendientes, Elena olvidó por completo que faltaba poco para la hora de almuerzo. Sus compañeros, uno a uno, comenzaron a levantarse de sus sillas y se dispusieron a hablar entre sí como señal que era hora de comer. Ella, mientras, permaneció sentada un poco más hasta que se sobresaltó.

Miró el reloj del monitor y ya eran 20 minutos pasadas las 12. Cerró el sistema por un momento y aprovechó el tiempo para revisar Facebook.

Mientras miraba las fotos de su familia y de amigos, miró un anuncio que le llamó la atención y que apareció como una ventana emergente.

*“Conviértete en la muñequita preferida de un papá azucarado. No lo pienses más e ingresa a virgerenventa.com”.*

Le pareció particular porque era como si el Universo se estuviera manifestado en ese momento. Miró hacia los lados, asegurándose que no tenía a nadie alrededor e hizo clic. Se sorprendió de lo que vio.

Era una página web dedicada a vender servicios de “compañía”. Aparecían bloques de fotos con el nombre de las chicas, habilidades y gustos. Exploró y se percató que quienes estaban allí más tiempo, recibían más visitas las cuales también se traducen en más dinero. Le prestó atención al aspecto de las chicas y se sintió terriblemente mal. Eran mujeres bellas, exuberantes.

-No, en definitiva no tendré oportunidad. –Se dijo para sus adentros.

Siguió en la página hasta que recopiló suficiente información. Guardó el sitio en Mis Favoritos y cerró la ventana. Se levantó para ir a la cocina y prepararse para comer. Al estar allí, agradeció que esta tuviera sola. Puso el envase de vidrio con la comida en el microondas y esperó a que se calentara la comida.

Mientras esperó, miró el reflejo de su cuerpo en la superficie reflectante del aparato. Observó su cintura pequeña, sus piernas delgadas y el trasero redondo y firme. A pesar de los pechos pequeños, un buen escote podría resaltarlos. Se echó el cabello detrás de las orejas y pensó que no estaba tan mal después de todo. Volvió a mirar hacia los lados para que no la encontraran en una situación extraña.

La cuestión era esta: no podía ni quería darle más vueltas al asunto, ¿de qué serviría? Lo peor que podría perder sería prácticamente nada. Si no compraban sus servicios, daba igual, al menos lo había intentado. Así pues que se sentó a almorzar con el pensamiento en la cabeza. Estaba decidida a abrirse una cuenta en la página que había visto y listo. Ya no habría marcha atrás.

El día transcurrió con rapidez por suerte ya que Elena estaba ansiosa por hacer lo que tenía que hacer. Logró llegar a casa y tras cerrar la puerta, sintió que el cansancio del mundo se le acumuló en los hombros. Aunque quería comer y dormir, más bien recordó que tenía que prepararse para tomarse unas

fotos y abrirse el perfil de la página.

Así pues que se tomó una rápida ducha, peinó su cabello, se delineó los ojos con lápiz negro y se pintó la boca de rojo. Para darle un toque diferente, buscó una camiseta algo vieja de Star Wars y unas bragas negras de encaje. Al estar lista, se miró en el espejo y pensó que se veía muy tonta pero ya estaba, no había marcha atrás.

Buscó una pared blanca en la habitación, preparó el temporizador de su móvil y, antes de hacer clic, practicó unas cuantas poses. Unas que había visto en la propia página y que le sirvieron de inspiración. Respiró profundo y comenzó a tomarse un sinfín de fotos. Al terminar, escogió unas cinco que les parecieron bastante buenas. Buscó su laptop, se acostó en la cama y pasó las fotos del móvil. Mejoró la resolución y el brillo y buscó la página.

Tecléo virgenventa.com y miró de nuevo esa pantalla negra con bloques de fotos con mujeres hermosas. Quiso dar un paso hacia atrás pero insistió y llevó el cursor en hacer perfil nuevo. Llenó los datos personales y colocó el correo de su PayPal. Subió las cinco fotos y le dio a guardar. Inmediatamente, su perfil se colocó en la página. Estaba en los primeros lugares con un anuncio que le pareció un poco burdo.

“Disfruta de la compañía de esta sexy nerd que te llevará a galaxias inexploradas”.

Sí. Eres tonto pero ya estaba.

Se levantó, se quitó el maquillaje y se hizo una coleta. Volvió a la cama con la esperanza de que alguien le hubiera hecho clic, pero no, nada.

-Es muy pronto, hombre.

Se consoló por lo que apagó todo y se acostó a dormir. Lo único que le restaba era esperar.

### III

Julio se quitó los lentes después de leer un informe que recibió pocos minutos antes. Las cifras no eran alentadoras y se trataba de una sección importante de la empresa. Se levantó de la silla y paseó un rato por la oficina con una clara idea. Debía solicitar una reunión con los encargados de esa sección. Quería contar con el máximo de personal para que le explicaran lo que estaba sucediendo.

Bien, no se trataba de un problema demasiado serio pero si necesitaba atenderlo lo más rápido posible. Darle largas al asunto sería contraproducente.

Se estiró un poco y miró el reloj del escritorio. Eran las 11:30 p.m. El tiempo se le fue volando, sobre todo porque no paró durante el día. Una reunión aquí, un consejo de gerentes allá, un viaje rápido en una de las sucursales en el interior y el regreso a la oficina caracterizador por una pila de documentos por firmar y revisar. Estaba cansado y quería ir a casa pero tenía la costumbre de tontear un poco y esa noche no fue la excepción.

Cerró el documento y abrió el buscador. Revisó las noticias en Twitter y Facebook, ojeó el Instagram y la verdad es que todo le pareció aburrido. Después de un rato, se levantó de la silla, tomó sus cosas, entre ellas un pequeño maletín producto de un viaje en la mañana, y buscó su móvil para ponerse en contacto con un Uber. No tenía ganas de conducir.

Mientras caminaba, pensaba en lo mucho que le gustaría estar con alguien fascinante, alguien que le resultase un reto, alguien que no fuera como el resto del montón. Lo cierto es que para Julio esto era un mínimo detalle, incluso no tenía problemas de tener mujeres, y eso se debía, en gran parte, a su atractivo.

Era alto, de piel blanca y contextura gruesa, ojos cafés, mentón y frente cuadrados, labios un poco gruesos, nariz un poco ancha desde el puente – debido a una infancia y adolescencia cargada de juegos duros- y sonrisa amable. Tenía el gusto de llevar esa barba de tres días que le hacía lucir increíblemente viril. Por si fuera poco, prefería vestir de traje o al menos, casual en los días en donde no podía llevar corbata. Un hombre así era casi siempre el centro de atención.

Sin embargo, aquella no era su intención. Aunque siempre estaba rodeado de

gente, Julio prefería estar solo. Y siempre fue así desde chico. Su madre se dio cuenta que él, a temprana edad, prefería jugar sin los otros niños y que además tenía dotes para el cálculo y las matemáticas.

Esos talentos fueron explotados durante la escuela y la universidad. Estudió Economía y luego hizo estudios superiores en Administración y Negocios. Todo eso lo logró por medio de su inteligencia. Obtuvo becas que lo llevaron al punto que quería llegar.

Después de su graduación, se prometió a sí mismo que sería su propio jefe. Que no le trabajaría a nadie más y que haría lo posible de darle a su madre todas las comodidades posibles. Nunca más sería aquella madre soltera sufriendo penurias para sacar a su hijo adelante.

La muerte de ella representó un duro golpe para él. Para sentir cierto alivio, procuró enfocarse en sus empresas las cuales crecían vertiginosamente. Incluso llegó a aparecer en la portada de los empresarios más jóvenes y exitosos del año. Logro que le llevó a seguir con su objetivo.

En apariencia, Julio sólo vivía por y para el trabajo. No tenía espacio para dedicarse a otra cosa, sin embargo no era así. Sucede que desde muy joven descubrió que sus instintos controladores y dominantes iban más allá de los salones de clase. Era una tendencia que se repitió en la cama.

Al principio sintió un poco de miedo porque era como estar fuera de lugar. Aunque adoraba a las mujeres y disfrutaba inmensamente del sexo, por dentro sabía que había algo más poderoso.

Tras una serie de encuentros desafortunados, Julio encontró una Dominatriz que lo introdujo en el mundo BDSM. Se trataba de una mujer mayor que le proporcionó todos los conocimientos pertinentes al tema. Con ella aprendió la magia detrás del shibari, los amarres y la importancia de prestar atención a los detalles. Especialmente, de las reacciones de la persona que esté en el momento.

-Tienes que aprender a observar bien, a captar hasta el más mínimo detalle. Así te asegurarás que el otro disfruta tanto como tú.

Esas palabras le quedaron grabadas como fuego y formó parte de la conducta que tomaría después como Dominante.

Con el paso del tiempo, encontró un inmenso placer en producir dolor, sobre todo al azotar y torturar. De hecho, las pinzas en los pezones representaban un

punto muy interesante al momento de la sesión. Un imprescindible para él. Además de ello, los ganchos anales y el colocar las mordazas. Desde un trozo de tela hasta los de bola y aro.

Dejó a su Dominatriz luego que se sintió listo para emprender su camino como Dominante. Ella, infructuosamente, intentó convencerlo de lo contrario. Pero él ya no estaba interesado en la vida como sumiso. Quería algo más.

Como era un hombre importante y cuyo nombre estaba ligado a grandes y exitosas empresas, trató con cuidado su otra vida. No tenía problema de involucrarse con alguna u otra chica. Una noche de sexo casual no era mayor inconveniente, sin embargo, la situación se complicaba cuando quería algo más intenso. Por suerte, tenía un par de opciones que le ayudaban aliviar las ansias de control y humillación. Un par de mujeres que adoraban ser sometidas y tratadas como esclavas.

Fuera de ello, la vida de Julio era la típica de un hombre de negocios. Trataba de estar a la vanguardia y de producir tanto como fuera posible. Era un hombre en una especie de castillo, un tío que no se tomaba la molestia en prestarle atención en esos mínimos detalles sin importancia. Para eso estaban los demás. Pagó al hombre del Uber y bajó para subir la escalinata. Era un complejo de edificios muy modernos y de lujo.

La entrada, la cual era de vidrio y piedras, estaba iluminada por unas luces empotradas en el techo. Él alzó la mano con la intención de saludar al vigilante que estaba allí y fue directamente hacia los elevadores.

Cerró los ojos y sintió la desesperación de desvestirse y tomar un baño. Fantaseaba con la idea de un poco de agua tibia y acostarse a dormir.

Al llegar al pent-house, sacó las llaves del saco y abrió la puerta. Cerró la puerta tras sí e introdujo la clave de la alarma con prisa. Dejó la maleta y el sacó cerca de la encimera de la cocina y se dejó caer en el sofá. El ventanal frente a él dejaba entrar la luz de la luna y él se quedó allí por un rato. Alzó la vista y observó la escalera y los tres largos cables de los cuales colgaban tres enormes bombillos. Le gustaba ese toque industrial que le daba a la casa.

Tomó impulso y subió las escaleras hasta la amplia y abierta habitación. En la pared opuesta también tenía un ventanal aunque esta daba a los jardines del complejo. La gran cama, un par de mesas de noche, un closet y un televisor, el cual estaba unido por un par de controles y una consola de videojuegos. La

usaba las veces que necesitaba ideas para sus negocios.

No tardó demasiado tiempo en quedar desnudo y en meterse a la ducha. Abrió las llaves de agua y quedó bajo el chorro por un largo rato. Incluso pensó que se quedaría durmiendo allí. Después de espabilarse salió y se miró en el espejo.

El pecho amplio, robusto y con vellos le hizo considerar la idea de depilarse aunque inmediatamente desistió de la idea. Se acercó para verse el rostro y miró las bolsas debajo de sus ojos. Ciertamente estaba cansado, aquellos días de revuelo le obligaron a dormir poco, algo que detestaba.

Buscó un par de pantalones de pijama y se echó sobre la cama. Ni siquiera quiso encender el televisor. El cansancio llevaba su cuerpo.



## IV

Julio miró el reloj de su despacho y tomó las cosas para irse.

-Sí... Ya sé. La semana pasada hice un recorrido por las empresas y ahora voy camino a una reunión a una de ellas para revisar los números. Hay unas cuentas que me preocupan un poco. Sí... La junta directiva sabe de ello así que pueden remitirse a los informes. Todo está claro. Perfecto.

Colgó la llamada y ordenó a su secretaria que no lo molestaran durante la reunión que tenía ese día.

-Pásame los mensajes importantes, sólo los importantes.

-Sí, señor.

Se despidió y se preparó para ir hacia El Cubo Negro. Bajó al estacionamiento y encontró su Camaro del 79, negro y reluciente, esperando por él. Como era verano, quiso ir con los vidrios abajo y a toda velocidad.

Encendió el coche y pisó el acelerador, haciendo ronronear los motores. Sonrió de satisfacción y tomó el volante con ambas manos.

Iba a toda marcha a lo que sería una especie de visita sorpresa a una de sus oficinas principales. Estaba interesado en conocer aún más la situación de aquellos números que le llamaron la atención. Aparcó en una acera cerca del Cubo Negro y bajó con una gracia casi felina. Se dirigió a la puerta principal y saludó a la recepcionista del lugar. Ella le indicó la oficina y fue hacia los elevadores.

Él no era el tipo de hombre que se tomara el tiempo para estas cosas pero tuvo una enorme necesidad de hacerlo, era como si existiera un motivo más allá que revisar algunas cuentas. Lo cierto es que se abrió paso y llegó a la oficina. Habló con la recepcionista quien, asustada, se levantó rápidamente para atender las necesidades de su jefe.

Esperó un rato y le indicó el camino a la sala de conferencias.

-El equipo vendrá pronto, sr. Julio.

Su visita causó revuelo y aprovechó para inspeccionar sus alrededores. Todo se vio en orden hasta que hubo algo que le llamó la atención. Era una chica que estaba en su pequeño despacho. Estaba de pie, hablando por teléfono. Se

sintió atraído hacia ese cabello castaño, espeso que caía sobre los hombros.

La pasta fina de los lentes, el pantalón negro de corte alto que le marcaba la cintura y la blusa blanca de rayas que le hacía ver especialmente guapa. Ella, concentrada en lo suyo, no se percató ni por un momento de su presencia. Así que se quedó con la curiosidad de saber cómo sería encontrarse con la mirada de esa mujer.

Al llegar a la sala de conferencias, se sentó a esperar la reunión. Mientras estaba allí, la imagen de esa chica todavía le daba vueltas en la cabeza.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por la llegada del equipo que elaboró el informe. De inmediato comenzaron a hablar de números y gráficos aunque Julio todavía tenía en mente a esa chica.

Al terminar, estrechó las manos de todos. Salió un poco más conforme con la situación e hizo el ademán para ver si ella todavía se encontraba allí cerca. Como no la encontró, salió de nuevo con rapidez ya que el día apremiaba.

... Después tendría tiempo para saber quién era.

## V

Pasó el día pensando en ella. Por más papeles que tuviera en frente, por más responsabilidades se le presentara, el rostro de ella estaba marcado a fuego en sus neuronas. Esa sensación insistente le pareció suficiente para sentarse frente a la computadora para averiguar más de ella.

Aunque era tarde, se colocó los lentes para ver y trató de encontrar su nombre en la larga lista de empleados de esa compañía. Por supuesto, que fue una búsqueda inútil. Quienes podrían ayudarle mejor, estaban ya en sus casas y hacer una solicitud de ese tipo y tan tarde sería sospechoso.

Insistió un rato más y cuando estuvo a punto de dejar de tontear, hizo clic a un anuncio de una página web que vendía los servicios de damas de compañía. Le pareció un poco gracioso porque le recordó la recomendación de un amigo suyo. Una página en donde –y dicho por él- podría encontrar “gatitas muy lindas”.

El recuerdo de ese comentario le hizo reír por lo que hizo clic y se encontró con una portada de chicas voluptuosas y sensuales. Bajó las imágenes en búsqueda de alguien que le llamara la atención. Estaba con los ánimos de divertirse.

Lo cierto es que no hubo nada en particular salvo por una imagen que le gustó mucho. La chica tenía lentes, labios rojos y una camiseta de Star Wars que insinuaban sus pechos. La pose provocativa, así como la caída del cabello y esa mirada sensual, le llamaron mucho la atención. Hizo clic en la foto y miró el resto que tenía. Leyó su perfil y la encontró sumamente interesante. El gusto por lo nerd, la ciencia ficción y el horror, las películas clase B y los monstruos de Lovecraft.

Se acomodó en la silla para ver más de cerca a la joven. El color claro de la piel y el de sus ojos, el cabello espeso que caía por los hombros. Y ese destello de timidez que le despertó el morbo. Todo le resultó excesivamente familiar. De repente, se percató que era la misma chica que había visto en la oficina más temprano.

Se sorprendió de la coincidencia al mismo tiempo que se relamió y, al final, no lo pensó dos veces. Compró la compañía de ella por una semana. Como era un sistema de pujas, ofreció unos 5000 dólares. Esperó un poco más y la

página le confirmó que se contactaría con la chica lo más pronto posible para cerrar la transacción.

Aunque quiso quedarse allí para observarla un poco más, el cansancio le ganó el cuerpo, así que levantó de la silla, se quitó los lentes y se preparó para irse no sin antes sentirse como el hombre con más suerte en el mundo.

Mientras bajaba por el elevador, no paraba de pensar en ella. Aunque tenía un pseudónimo, quería saber su nombre. Así pues que aprovechó los cortos minutos que tenía antes de llegar al estacionamiento y se apresuró en escribir:

*“Me encantaría que nos viéramos lo más pronto posible. Estoy ansioso por verte”.*

-Sí... Nos veremos pronto. –Se dijo dentro de sí, esgrimiendo una amplia sonrisa.

Elena estaba acomodada en la cama cuando escuchó el sonido del móvil. Pensó que se trataría de un mensaje cualquiera por lo que no se apresuró demasiado en revisar. Después de un rato, cuando se encontró libre después de los comerciales, se topó con que era una notificación de la página. Un hilo frío recorrió su cuerpo y de inmediato se incorporó.

Poco a poco, abrió los ojos como platos. Un comprador ofreció 5 mil dólares por una semana. Nunca se imaginó que su compañía valiera tanto. De repente pensó que todo se trató de un sueño, de una ilusión, por lo que buscó sus lentes rápidamente para ver bien la pantalla. Efectivamente así fue.

Casi no pudo creer lo que pasó. Entre todas las chicas, entre todas esas bellezas, fue ella la elegida. Esta incredulidad le sobrevino porque supuso que nadie se fijaría en ella. Estaba más que equivocada.

Quiso responder pero sintió un enorme temor. Esa cantidad de dinero le resultaría más que un gran alivio. Podría hacer muchas cosas, podría retomar sus ahorros sin problemas, estaría más que holgada.

Dejó el teléfono a su lado, con una mezcla de sensaciones en su cuerpo. Con miedo, terror, esperanza. Cada una le decía que era posible salir de ese aprieto y terminar airosa. La otra parte sería, por supuesto, conocer a su salvador y próximo amante.

## VI

Salió el sol como una apología a la energía positiva y al optimismo. Elena bajó de la cama con energía y con ganas de enfrentar la situación con esperanza. Como no pudo dormir bien, se despertó antes por lo cual se tomaría el tiempo de ducharse y desayunar.

Cuando estuvo lista, fue a la cocina, puso un poco de música y se preparó un par de gofres con miel y frutas. Estaba tarareando y planificando el encuentro con “J”. Ese misterioso hombre que ofreció esa cantidad de dinero por ella. Rió para sí misma al darse cuenta que era demasiado pero qué demonios, ella bien lo valía.

Terminó de comer, salió y fue a enfrentarse a un tráfico más amable. Ya no se daría golpes en el autobús o en el subterráneo. Levantarse temprano tenía sus ventajas aunque lo odiara.

Llegó a la oficina de bien humor, incluso pensó que si todo salía bien, podría dedicarse a tiempo completo a ser dama de compañía. Podría refinar sus fotos e incluso tener su propia página. Su imaginación estaba por las nubes.

Dejó sus cosas sobre el escritorio. Cuando se dispuso a encender la computadora, observó una especie de tumulto en la oficina. Miró el reloj y le pareció extraño lo que sucedía hasta que le preguntó a uno de sus compañeros.

-¿Qué pasa?

-Es el jefe. Vino de nuevo.

-¿De nuevo?

-Sí, estuvo aquí ayer, ¿no lo viste?

-No, no. Imagino que estaba ocupada. Vaya...

-Es raro.

-¿Por qué?

-Por lo general el no viene ni a esta ni a ninguna de las demás empresas. Siempre resulta un gerente o algo así, incluso el vicepresidente. Nunca él. Ya van dos veces.

-Quizás haya algún problema y quiere que se solucione lo más pronto posible.

-La verdad es que todo este asunto me da un poco de miedo.

Elena se percató que esa imagen del CEO era más intimidante de lo que creía, así pues que se preparó para que fuera visitarla. Entró rápidamente a su oficina, encendió la computadora, organizó su escritorio y esperó a que la llamaran. Algo le decía que así sería.

A los pocos minutos, su jefe tocó la puerta.

-El señor Julio nos quiere ver.

-¿Es necesario que vaya? –Elena dejó escapar una voz con evidente preocupación.

-Sí. Ayer vino para revisar un informe y hoy quiere conocer a las personas que lo elaboraron. Tienes que ir, fuiste la primera persona que encontró la anomalía y me parece que es lo más conveniente. Venga, no tienes por qué estar nerviosa. Estaré contigo para prestar apoyo, además, quizás ni siquiera tengas que hablar.

Elena sintió un poco de alivio y se preparó para salir.

Ya en la sala de conferencia, Julio le pareció divertido el revuelo en la oficina. Sin embargo, comprendió que eso tenía sentido y más de un hombre como él que casi nunca se aparecía en sus empresas y menos de improviso. Así pues que esperó un poco más hasta que por fin escuchó las puertas de vidrio que se abrieron en ese instante.

Entre las personas que entraron, estaba esa chica. Tenía la expresión de miedo y timidez que tanto le gustó.

-Señor Julio, le presento a Elena. Ella fue quien descubrió la anomalía de las cifras y la redactora de los informes.

Él extendió la mano con segura hacia ella. Elena, con el rostro encendido, apretó esa gran mano y trató de responder con seguridad ante esa sonrisa amplia y amable.

-Mucho gusto.

-El-el placer es mío.

Procedieron a sentarse alrededor de la mesa con Julio en la punta de esta. Mientras comenzaron a explicar los gráficos y números, esas palabras vacías para él, Julio sólo estaba concentrado en la espalda y en el perfil de Elena. La

nariz larga, la boca fina y los ojos grandes que se escondían de él. El sonido de fondo perdió sentido y coherencia ya que sólo le importaba ella.

En un punto de la reunión, Julio se levantó de repente. Estaba buscando la excusa perfecta para tener tiempo a solas con ella por lo que esperó que todos terminaran la intervención y se preparó para decir.

-Bien, todo tiene sentido ahora que me lo han explicado mejor. Trabajaremos en función a mejorar esas cifras. Espero que a corto plazo podamos ver los frutos de una decisión así que estableceremos el tiempo para que podamos hacer las evaluaciones pertinentes. –Tras una breve pausa, mientras casi todos respiraban de alivio, dirigió la mirada a Elena- Sin embargo me gustaría hablar contigo, Elena. Tengo entendido que fuiste la persona que encontró el desperfecto por lo cual asumo que tienes un buen ojo para los detalles. Caballeros, ¿qué les parece si me dejan a solas con ella, por favor?

-Seguro, señor Julio.

Como no era raro pedir más información al respecto, salieron sin sospechar nada. Así pues que Elena se quedó con ese hombre alto e intimidante que se permaneció en silencio hasta que los dejaron solos.

Ella, desde su asiento, con el rostro asustado, con la mirada nerviosa, sólo le quedó observar a ese hombre que parecía desnudarla con los ojos. El porte, la altura, la manera de hablar y de moverse. Cada gesto, desde hablar con las manos hasta los lentes que se ponía para leer mejor. Julio, sin lugar a dudas, era un tío atractivo e increíblemente guapo.

-Leí los informes que me pasaron y me di cuenta que tienes buen ojo para los detalles.

-Sí, apenas noté la anomalía, le informé a mi jefe que aquello podría ser una tendencia peligrosa si no se prestaba atención.

-Entiendo –Se quedó un raro en silencio. –Verás, yo también lo soy. Y eso es muy importante en cualquier ámbito, no importa si son negocios o no. La observación es una poderosa arma que puedes usar a tu favor y así obtener los resultados que quieres.

Elena no entendía hacia dónde iba la conversación, no obstante, se quedó callada, atenta a lo próximo que él diría.

-... Lo cierto es que, después que te vi ayer, me quedé intrigado en saber más

de ti. Traté de buscar información pero ya era muy tarde y no podía molestar al jefe de Recursos Humanos. Sería un poco extraño. Sin embargo, comencé a tontear en Internet. Entré a una página web y te encontré, Elena. Por un lado, resultó una sorpresa pero después me di cuenta que fue más agradable de lo que pude pensar.

Ella se quedó en el sitio cuando lo escuchó. En ese momento, recordó el sitio web, las fotos provocativas, la extensa descripción de sí misma. Todos los recuerdos le vinieron encima como una aplanadora y no supo cómo actuar. Una especie de frío helado le recorrió el cuerpo y pensó que el mundo se le vino abajo.

Cuando se resignó ante el futuro que le esperaba, Julio se acercó a ella como una pantera.

-Fui yo quien te mandó ese mensaje, fui yo quien compró tu compañía. –Elena lo miró con sus grandes ojos- Quiero que vengas conmigo ahora.

-Pe-pero... ¿Acaso es prudente?

-¿Qué importa? Sólo tienes que venir conmigo y ya. –Se acercó más a ella. – Recuerda, estoy en mi derecho de reclamar lo mío. Lo que ahora me pertenece.

Elena pensó que todo esto que le estaba pasando era una situación extraña y muy confusa.

-Te espero en el lobby.

Se marchó de la sala, dejándola con la incertidumbre. Lo vio irse pero de inmediato sintió que sus pies comenzaron a andar. Como si su cuerpo supiera exactamente qué hacer.

Salió y se dirigió a su oficina. Recogió sus cosas y fue directo al lobby. Justo cuando se preparaba para irse, su jefe quiso saber adónde iba pero no tuvo tiempo. Los dos salieron y se dirigieron a los ascensores.

Tras cerrarse las puertas, Elena no pudo ocultar ni su nerviosismo ni su ansiedad. Comenzó a mover la pierna insistentemente. Ese detalle no se le escapó a Julio quien prefirió quedarse en silencio. En vista de que la situación no cambiaba, se acercó a ella por detrás.

-No tienes por qué preocuparte. Lo que nos pasó es una coincidencia sumamente agradable y ya conocerás las razones.



El calor de su aliento sobre su cuello, la cercanía a su cuerpo, el tono de la voz, todo actuó sobre ella de manera sumamente seductora. Hubo un punto en que no estaba segura si de verdad aquello era de verdad. Pasó de la incredulidad, de la incapacidad de creer que alguien fuera capaz de solicitar sus servicios a la sorpresa. Estaba con un hombre poderoso, millonario y de paso su jefe.

Salieron al lobby y el Camaro del 79 estaba aparcado en todo en frente. Elena no pudo evitar exclamar admiración al ver el coche. Eso, por supuesto, fue una caricia al ego de él.

Julio le abrió la puerta con galantería y ella entró. Se sorprendió aún más con los detalles dentro del coche. Era un hombre que no escatimaba en exponer su buen gusto. Luego de unos segundos, él se reunió con ella y encendió los motores con decisión. Pisó el acelerador, tomó el volante con ambas manos y se dirigió hacia una de las calles contiguas.

Mientras en el camino, Elena no paraba de preguntarse un montón de cosas: ¿Qué le dirían sus compañeros de trabajo? ¿Qué haría con él? ¿Cómo fue posible que diera con ella? ¿Por qué demonios no respondió con más rapidez el mensaje privado que le envió? Fueron tantas cosas que no se percató que él la miraba de reojo. El pecho de ella estaba agitado debido a la incertidumbre que estaba sintiendo.

-¿Qué te parece si tomamos un café? Aún no es mediodía y es muy temprano para tomar unos tragos. ¿Te gustaría?

-Ehm, sí, sí, claro.

-Conozco un sitio que queda por acá cerca. Creo que te gustará.

Luego de un par de vueltas más, Julio aparcó cerca de un café en una de las calles más concurridas y elegantes de la ciudad. Inmediatamente, Elena se sintió como pez fuera del agua aunque hizo un gran esfuerzo por ocultarlo.

Salieron del coche y entraron a un lugar increíble. Era un café de dos pisos cuya vida anterior fue una casa antigua. La acondicionaron y ahora era uno de los sitios más populares. Después de un cálido recibimiento, subieron unas escaleras de madera y se ubicaron en una pequeña mesa con vista la calle. Un par de puertas estaban abiertas y el sol entraba acariciando el piso de parqué.

Julio extendió la mano, pidió un par de capuchinos y esperó a que sirvieran la orden.

-¿Qué te parece?

-Es un lugar precioso.

-Lo es. A veces organizan veladas de arte y poesía. Pero ya eso son eventos en donde vienen los chavales a pretender que son cultos y lo publican en sus redes sociales.

El comentario le pareció gracioso a Elena quien trató de disimular una risita.

-Esa risa me hace entender que no estoy muy lejos de tener razón. Ahora, creo que es conveniente de que nos sinceremos – De repente cobró una actitud un poco más severa. - ¿Qué te hizo entrar en esa página?

Una pregunta que, sin duda, temía. A cualquiera le resultaría difícil confesar que presenta problemas de dinero. Así que permaneció callada por un rato y trató de encontrar una excusa que sonara más o menos valedera.

-Quise probar algo diferente. La verdad es que escuché unas chicas de la oficina hablar sobre el asunto y pensé que sería buena idea aventurarse con esto... Aunque no pensé que mi jefe me encontraría allí. –Trató de mirarlo mientras se colocaba un mechón de cabello detrás de las orejas.

-Es una casualidad que a mí también me asombra. ¿Quién lo diría? –La miró con más insistencia. –Entonces se trata de aventurarse, de hacer cosas diferentes. Vale. Entiendo.

Aunque él le siguió el juego, Julio sabía que no todo aquello era verdad. Algo le decía que existía una razón detrás de eso pero prefirió dejar ese asunto así. Cada quien se tomaría el tiempo para confesar en su momento las cosas. Por otro lado, quiso aprovechar la oportunidad de decirle algo que para él era un asunto muy personal. Si quería probar cosas nuevas, él le daría razones suficientes para hacerlo.

-Verás, para mí es muy importante esto de decir la verdad. Forma parte de un mantra que tengo. No creas, esto me ha valido situaciones incómodas y difíciles pero es una manera de vivir sin arrepentimientos y sin hacer que los demás pierdan su tiempo. Con esto quiero decir algo muy importante, pero primero una pregunta de rigor: ¿Conoces el BDSM?

Los ojos de Elena brillaron. Recordó las veces que investigó sobre el tema, las veces que leyó blogs y escuchó podcasts al respecto. Recordó las ganas que tuvo de experimentar y adentrarse a ese mundo, la necesidad de saber si

existía la posibilidad de probar un poco de eso. Como perdió las esperanzas, dejó ese asunto allí y se olvidó de eso. Sin embargo, las palabras de Julio retumbaron en su oído.

-Sí, por supuesto. Sólo la teoría. No he tenido oportunidad de experimentar.

De inmediato, él sonrió con esa sonrisa encantadora y aplastante. Ella quedó soldada en esa silla, mirándolo como si fuera una especie de dios griego. Acomodó sus lentes y como para terminar de espabilarse.

-Excelente. Entonces puedo hablar libremente al respecto. –Se acomodó para tomar un sorbo de café mientras sintió la mirada curiosa de ella- Bien, soy Dominante. Me gusta el control y la humillación. Me gusta que la persona que esté conmigo esté sometida a mis designios y a mis decisiones. Cuando yo pido algo, se tiene que hacer de inmediato. Sin chistar ni quejas.

Ella tragó con fuerza.

-Claro, esto no lo hago a la fuerza. Cada acción está discutida y consultada previamente. Así funciona en el BDSM. Nada, absolutamente nada se hace por obligación. En el primer momento que es así, tienes todo el poder de detener las cosas y dejar esa relación.

-Vale... Entiendo.

-Cabe acotar que todo esto que te estoy diciendo es información susceptible. Cualquiera podría usarla contra mí y perjudicarme. Por lo que, digamos, los dos estamos en igualdad de condiciones. Me parece justo, ¿no crees?

Ciertamente, Julio tenía razón. Aquella confesión podía arruinarle la carrera sobre todo tratándose de alguien tan poderoso y tan influyente como él. Incluso, en ese momento, llegó a recordar que su rostro apareció en una de las portadas de las publicaciones más importantes en el mundo de la economía y los negocios.

Un solo rumor podría ser suficiente como para sembrar la duda y arruinar su carrera. Así pues que se sintió un poco más segura con él. Tenía claro que no la manipularía ni la obligaría a hacer algo que no quisiera.

-Insisto. Todo esto te lo digo para que sientas confianza al respecto. También me sirve para dejar en claro el tipo de persona que soy y los gustos que tengo. Quiero tener la tranquilidad de que puedo ser yo a plenitud sin problemas. Cuando uno se vuelve más viejo, uno desea que le respeten su espacio en la

misma que respeta en de los demás.

-Tiene completo sentido.

-Bien. En vista de que dejamos esto en claro. –Se acercó a ella- Te recuerdo que estoy para cobrar lo que me pertenece.

Ella pensó de nuevo en la oficina, en las habladurías, en las responsabilidades.

-Casi me atrevo a decir que estás pensando en qué harás en la oficina. Francamente no deberías pensar al respecto. Ellos se las arreglarán sin ti. Además, soy tu carta blanca, soy la perfecta excusa.

Trató de asentir con cierta timidez. Julio se acercó hasta hablarle al oído.

-No tengas miedo. Sólo quiero que te sientas cómoda conmigo... -Hizo una pausa, incluso sintió la forma en cómo sonreía. El calor de su aliento sobre su piel, ese mismo que le ponía la piel de gallina. –Quiero que me digas si te parece bien. Quiero escucharte.

-Sí... Me parece bien. Hasta ahora estoy bien.

-¿Tienes miedo?

-Un poco... Lo siento. Esto es muy nuevo para mí.

-No te preocupes. Todos pasamos por situaciones así.

Volvió a incorporarse y sintió cómo sus mejillas rozaron entre sí. Por dentro, Elena sintió que su corazón iba a estallar, que estaba a punto de desfallecer y sinceramente era lo que quería. Cerró los ojos instintivamente y sintió el roce de los labios sobre los suyos. Julio dudó un poco, no porque no quisiera, sino porque le gustaba hacerlo para alimentar el suspenso y el morbo. Sonrió un poco más y tomó el rostro de ella entre sus manos la besó con suavidad.

Sus labios se entrelazaron así como sus lenguas. El calor del aliento de Julio invadió la boca y el cuerpo de Elena. Las manos de él, grandes y gruesas, descendieron poco a poco pasando por el cuello y los hombros. En ese punto, Julio se encontró muy cerca de volverse un poco más agresivo y más intenso. Sin embargo, se frenó en seco y se reencontró con los ojos de ella quienes lo miraban con ansiedad y deseo.

-Podría llevarte muy lejos de aquí. Podría tomarte sin miedo y sacarte de este lugar. Podría hacer muchas cosas contigo pero sé que tengo tiempo para

hacerlas. Sé que, aunque todavía me falta, no es mucho el recorrido que nos queda porque esto que siento contigo sé que también te pasa.

Elena se quedó en el sitio. Entre las sensaciones después de ese beso intenso y aquellas palabras. Por un momento, pensó en entregarse a él, en decirle que sí sin importarle nada, en continuar el camino sin mirar atrás.

-... Además, una semana es muy poco para lo que tengo pensado hacerte.

El fulgor de esos ojos cafés la estremeció por completo.

-No obstante, debo irme. Me hubiera encantado comer contigo y decirte más cosas divertidas –Dijo con una amplia sonrisa-, pero no puedo. Lo siento mucho.

-Entiendo. Tiene cosas que hacer, no es para menos.

-¿Me tratas de usted? Qué linda. –Le rozó los dedos en el mentón hasta que se volvió a acercarse a ella. –Mejor no. Trátame de tú, aunque luego tendrás la oportunidad de usar esos términos en otro contexto. –Le guiñó el ojo y ella comprendió completamente lo que quiso decir.

Se levantó de repente se levantó para pagar la cuenta. El café, todavía estaba desierto a pesar que estaba acercándose el mediodía. Este hecho pasó desapercibido en ella porque todavía estaba concentrada en las palabras de Julio y en la manera de tomar lo que consideraba suyo.

Pensó en su timidez y en las fotos, en las poses que preparó y en la aventura en la que estaba a punto de afrontar. La mano de Julio se posó sobre el hombro de ella para acariciarla suavemente, cuando se preparó para levantarse, él se acercó y le rozó los labios con los de ella.

-¿Nos vamos?

-Sí. Sí.

Elena se levantó y en seguida se enfrentó al sol del verano. Los rayos de sol incidieron sobre su piel y sobre el rostro. Respiró un poco el aire y sus oídos comenzaron a percibir el sonido de las cornetas, de la gente caminando y de los neumáticos sobre el asfalto. Percibía las cosas que estaban a su alrededor como si hubiera adquirido una nueva vida.

Caminó por la calle junto al hombre más poderoso y atractivo del momento, con un tío que cada paso que daba, robaba la atención de la gente. Uno con una

sonrisa que entremezclaba sensualidad y dulzura, como si fueran dos cosas que siempre van de la mano.

Por otro lado, pensó en esas duras palabras que se dijo a sí misma, a la duda que tenía sobre si era posible convertirse en el objeto de deseo de cualquiera, pero por suerte, la vida le demostró una vez más que estaba equivocada.

Llegaron al coche y repitieron el ritual de la primera vez. Él se abrió la puerta, esperó a que entrara para hacer él lo mismo. Al acomodarse en el asiento, giró hacia Elena quien lo miraba atenta.

Esta vez, la tomó por el cuello con un poco más de decisión y la volvió a besar pero con más fuerza. Incluso Julio pudo escuchar el sonido de sus lenguas lamiéndose y chupándose entre sí. Elena instintivamente le tomó por los hombros y se sostuvo de ellos como si tuviera temor de que él se desprendiera de su lado.

En ese momento, en donde no había nadie que los pudiera interrumpir ni molestar –así como ellos tampoco-, aprovecharon para comer sus bocas como era debido. Para Elena, cada roce de sus labios con los de él le provocaba una fuerte sensación en su entrepierna, como si la hiciera estremecer. Comenzó a palpitar con fuerza y sintió incluso cómo sus fluidos comenzaron a salir de ella con salvajismo. Estaba deseosa de que él la poseyera en ese lugar, por más incómodo que fuera.

... Pero claro, ese no era el estilo de Julio. Tenía la costumbre de hacer las cosas como debían hacerlas. Era un hombre y no un chiquillo, esas prácticas era permitidas quizás si eres un calenturiento de 15 años que está urgido de un coño caliente pero ya no era así, Julio era un hombre y como tal, sabía que no había nada mejor que explorar la piel y los placeres de una mujer con tiempo y espacio suficiente. Le gustaba el buen sexo y practicarlo bien, como se debía hacer, por lo que se separó de ella de nuevo, dejándola sedienta y hambrienta.

Ese rostro enrojecido y agitado le proporcionó un inmenso placer, sin embargo. Volvió a acariciarle el mentó y se preparó para arrancar. A medida que avanzaron, Elena notó que iban camino hacia El Cubo Negro. Así que trató de arreglarse un poco, tenía que disimular que estaba todavía excitada.

-¿Qué te parece si nos vemos esta noche?

-Pues, excelente.

-Muy bien. Cuando tengas oportunidad, mándame la dirección por Google

Maps. Así llegaré más rápido para buscarte.

-En donde vivo es un poco colapsado... -Dijo con algo de pena.

-No hay problema. Más razones para mí para buscarte. –Le guiñó.

-Vale. Lo haré.

Cuando aparcó al frente de la entrada del edificio, ella se preparó para salir rápidamente cuando sintió la mano de él sosteniéndola por el brazo.

-Ven acá.

Ella se sorprendió porque temió que alguien los viera. Era obvio que aquello no representaba un problema para él. Tan sensual, tan descarado.

Volvió a darle un beso pero uno ahora más suave que el anterior. Elena pensó que podría hacerse adicta a aquellos labios que parecían llevarla a una serie de sensaciones de todo tipo. La llevaba desde la pasión hasta la ternura en cuestión de instantes.

-Recuerda enviarme la dirección, ¿vale?

-Sí... Vale.

Le dio otro beso pequeño y la dejó salir. Ella cruzó la calle y él permaneció dentro de coche, mirándola hasta que se le perdió entre la gente. Retomó la vista al frente y pisó el acelerador.

Mientras manejaba, se lamentó de no haber tenido tiempo suficiente para seguir besándola y acariciándola. Deseó tanto jugar con su cabello entre los dedos, con seguir sintiendo ese miedo producido por su presencia. Pero bien, ya tendría tiempo para seguir tentándola, para seguir arrastrándola hasta un abismo que estaba seguro le gustaría.

Fue a la oficina con esa actitud resuelta de siempre. Apenas llegó, su secretaria lo atiborró de compromisos y una agenda que prometía dejarlo ocupado por mucho, mucho tiempo. Sin embargo, estaba acostumbrado a ese ritmo de vida que lo arrastraba al escritorio, a los papeles y reuniones. Aunque hubiera preferido tener un poco más de tiempo libre, pero tenía que regresar al ruedo.

Dejó sus cosas sobre un mueble grande en la amplia oficina y procedió a sentarse en la silla de cuero. Se colocó sus lentes y comenzó a mirar la pantalla ya con la concentración de siempre. Pocos minutos después, escuchó

el sonido del móvil, la costumbre de revisarlo constantemente le obligó dejar lo que estaba haciendo para concentrarse en la pantalla del aparato.

Aun con los lentes puestos y con la expresión de seriedad, poco a poco dibujó una sonrisa en su boca. Elena le envió un mensaje con una imagen con la dirección de su casa. Observó que estaba muy cerca del Barrio Chino y recordó esas palabras de ella de que vivía en un lugar un poco caótico. Guardó de inmediato la dirección y se apresuró en responderle.

-No ha pasado demasiado tiempo desde que nos vimos y ya ansío verte. Pasaré por ti a eso de las 9.

Dejó el móvil a un lado y se volvió a concentrar en la pantalla de la computadora pero esta vez con un rostro de alegría.

Después de leer ese mensaje, Elena no supo qué responder. Optó que lo mejor que podía hacer es sonreír y disfrutar el frío de la emoción que él le hacía sentir.

Llegó a la oficina con las miradas de interrogación de los otros quienes parecían estar a las expectativas de lo que ella tendría que decir. Elena se escudó en la excusa de que más bien el jefe quería saber una opinión sobre cómo estaban las cosas en la oficina.

Ella, como estaba allí, la escogió y le invitó a que fuera sincera al respecto. La excusa no le resultó muy convincente a su jefe pero prefirió no ahondar más sobre el asunto, sobre todo porque no parecía un problema grave. Las aguas volvieron a calmarse y Elena aprovechó para concentrarse y recordar el encuentro que tuvieron en ese café.

Se sentó en la silla de su pequeña oficina y miró andar de un lado para el otro a sus compañeros de trabajo que estaban concentrados en sus quehaceres de siempre. Vio cómo la rutina era la misma de todos los días salvo que para ella todo un vuelco inesperado. Sintió cómo la sangre golpeó sus mejillas violentamente por lo que trató de concentrarse en las cosas que tenía por hacer las cuales eran bastantes.

El día pasó velozmente y Elena se dio cuenta de ello cuando sintió que la oficina quedó vacía de un momento a otro. Se levantó y miró el reloj. Las 7:00 p.m. Dio una especie de brinco y se preparó para buscar sus cosas y salir. Mientras estaba en el proceso, leyó un mensaje de él que le había envidado hacía un par de horas atrás.



*“Contando las horas”.*

Sintió de nuevo ese fuerte palpitar entre sus piernas. El coño caliente y húmedo. La necesidad de sentir el cuerpo de él cerca del suyo. Se apresuró para salir porque tenía la leve sospecha que el tráfico no sería nada amigable.

Luego de una hora y un poco más entre la conglomeración de coches, autobuses y el subterráneo atestado, Elena pudo llegar al Barrio Chino sin mayor contratiempos, sin embargo, no tendría suficiente tiempo para arreglarse para él. Se dirigió hacia los elevadores con rapidez y entró al piso dejando sus cosas prácticamente en el suelo. El correr del tiempo le pisaba los talones.

Entró a la ducha, se bañó y salió medio desnuda para pararse frente al clóset. Buscó algo que fuera adecuado para la noche pero le abrumó saber en ese instante que su guardarropa básicamente consistía en franelas de Star Wars y Star Trek.

Lo cierto es que no tenía demasiadas opciones. Sin embargo, se topó con un vestido vaquero que le pareció adecuado para la ocasión. Se quitó la toalla, se colocó el vestido y volvió a correr al baño para secarse el cabello mientras se hacía la hora. Sintió que no faltaba demasiado para que él le avisara que estaba próximo a avisarle que estaría cerca así que hizo un mayor esfuerzo para arreglarse lo más rápido posible.

Julio tomó la vía más rápida para llegar porque, cuando era chico, el Barrio Chino era uno de sus lugares favoritos para estar. Como sabía que era el centro muy activo, optó por un camino más seguro y despejado. Al llegar, se concentró en la serie de edificios que estaban allí, preguntándose en dónde viviría Elena.

Le envió un mensaje avisándole que estaba esperándola y permaneció allí unos minutos, mirando los alrededores y pensando en la buena época que había vivido durante la infancia. Sus pensamientos fueron interrumpidos por un destello que le llamó la atención. Elena salió de una de las callejuelas mirando hacia los dados, buscándolo.

Julio hizo un ademán para salir aunque se detuvo. Permaneció un tiempo allí porque le gustó mirarla desde donde se encontraba. Admiró sus piernas, sus caderas pequeñas y su cintura. El cabello espeso que se movía sin parar y la expresión de duda en el rostro.

Entonces, se bajó del coche con la intención de acercarse y sorprenderla. Dio unos cuantos pasos hacia ella hasta que Elena sintió su presencia.

-¿Llego tarde?

Ella sonrió ampliamente y sacudió la cabeza. Las manos de Julio fueron directamente hacia su cintura con la intención de atraerla hacia él. Ese primer contacto hizo estremecer un poco a Elena quien estaba un poco oxidada en eso de establecer contacto tan íntimo con un hombre, sobre todo, después de un tiempo.

Se acercó a él para sentir el calor de su cuerpo y alzó la mirada hacia su rostro. Casi le hizo suspirar encontrarse con ese par de ojos cafés y la media sonrisa en los labios. Inmediatamente se puso se puntillas para poder alcanzarlo un poco y besarlo. Ansiaba tanto hacerlo que casi no lo podía creer.

Julio aprovechó la oportunidad para sostenerla entre sus brazos y estrecharla para sí. Sintió la delgadez de su cuerpo y percibió el olor suave de su piel, mientras quedó embebido por los labios de ella y esa manera tan dulce de besar. Esperaba ansioso por quitarle todo, por despojarle de lo último que tuviera para hacerla suya... Y para hacerla sufrir.

Le tomó la mano y la llevó hasta el coche. Se montaron y fueron camino a uno de los barrios más populares de la ciudad. Poco a poco, el caos del Barrio Chino quedó y se abrió paso un paisaje más agradable y hasta bohemio.

Se encontraron en un distrito muy diferente y hasta interesante. Los restaurantes, cafés y bistrós; y las tiendas de comida y diseñador, se entremezclaban con la arquitectura colonial del lugar. Se detuvieron a pocos metros de la plaza principal y se sentaron en uno de los bancos que estaban allí. Para sorpresa de Elena, la fuente que estaba frente a ellos estaba en funcionamiento por lo cual era un espectáculo para la vista.

Mientras ella tenía la vista concentrada en los chorros de agua, Julio se acercó de nuevo al oído de ella.

-Podría estar así contigo todo el tiempo.

Ella ladeó un poco la cabeza debido a la sensación agradable que sintió gracias al calor del aliento de él. Cerró los ojos y se concentró un poco más como si no existiera nada más en el mundo. Cesó el sonido del agua, el de la gente alrededor, el de los coches y las bocinas, era como si él tuviera una especie de poder en su cuerpo y el cual canalizaba a través de su voz. Lento,

suave, grave y despacio, las palabras salían de su boca como si fueran lo más perfecto del mundo ya que estaban hechas sólo para él.

-Vamos, tomemos unos tragos.

Se levantó y le extendió la mano. Mientras caminaban, Elena recordó que él había comprado su compañía pero de repente aquello careció de sentido. Estaba con él y nada más importaba.

Entraron a un bar frente a la plaza. La fachada embestida de negro y plateado, le recordó a Elena ese estilo Art Decó que llegó a leer en esas revistas de moda y decoración.

El lugar tenía un aspecto elegante y minimalista. Las sillas y las superficies de las sillas parecían brillar aunque era efecto de las luces del techo. El ambiente estaba tranquilo y apacible, gracias a que un grupo de jazz estaba tocando en el escenario en esos momentos. Elena se sintió como si estuviera fuera de una era y se sintió increíblemente consentida por él.

Se sentaron en una mesa cerca de la banda y de inmediato pidieron un par de cervezas.

-Que estén frías, por favor.

-Sí, señor.

Mientras esperaban, Julio se acercó a ella y le dio un beso, primero en la mejilla y después en los labios. Estuvo así, muy junto a ella hasta que le sirvieron las bebidas. Se separaron un poco y brindaron.

Después de unos cuantos sorbos, Julio le preguntó a Elena.

-¿Qué te parece lo que te mencioné del BDSM?

-Pues, como te dije, investigué sobre el tema tiempo atrás. Me topé con el término en una de esas veces que me encontraba revisando el móvil sin ningún interés. Me interesó e incluso, revisé blogs y testimonios de todo tipo para empapar me sobre el tema. Pero no se presentó la oportunidad y no supe más del tema.

-¿Qué es lo que más te intimida de todo el asunto?

-Supongo que todo eso relacionado a la sumisión. A esa que es total, casi absoluta. Me da miedo ceder tanto de mí misma.

-Vale, tiene sentido pero también tienes que entender que existen diferentes

niveles. Hay quienes se someten todo el día, todos los días. Otros que permiten que el Dominante o Dominatriz también tome el control de sus mentes. Cosa que, en lo particular, no me llama la atención. Eso dependerá enteramente de ti. Pero lo importante es que recuerdes que nada se hará sin tu consentimiento. Cada cosa será hablada y discutida debidamente. Ten la confianza de decirme cualquier cosa que te moleste o incomode, yo haré lo mismo contigo.

Cada vez más que hablaba con él, comprendía la seriedad de esos gustos que tenía. Entendió la importancia de la comunicación por lo que trató de hacer un compromiso consigo misma para hacerlo y llevar las cosas por el buen sendero.

De nuevo, él se acercó a ella con suavidad y le rozó parte el rostro con el suyo. Ella sintió esa barba rasposa sobre su mejilla y rió por las cosquillas que le hizo sentir. Esa sonrisa hizo que él tuviera la acción de acercarse más.

-Quiero llevarte conmigo ahora.

Elena cerró los ojos, hipnotizada por esa voz.

-Llévame.

-¿Segura?

-Siempre.

Pagaron la corta cuenta y se subieron al coche. La noche, tan clara y fresca, fue suficiente para que los dos se refrescaran un poco debido al calor que estaban comenzando a experimentar.

Se encaminaron hacia una urbanización que Elena no conocía. Los altos árboles y el verdor mezclado con las casas y edificios modernos así como casas de hermosa arquitectura. Siguió el camino hasta que él frenó poco a poco cerca de un conjunto de edificios que estaban allí. Se bajaron un caminaron hacia una elegante entrada de vidrio. Como siempre, Julio saludó al portero y los dos se prepararon para ir a los elevadores.

Luego de cerrarse las puertas, él la tomó por la cintura con ambas manos y se acercó a ella desde atrás. Respiró sobre su cuello, olió de nuevo esa piel tan suave y deliciosa, besó su nuca con suavidad. Elena, desde esa postura rígida que adoptó por miedo y timidez, sintió que sus rodillas flaquearon un poco ante los estímulos que él le hacía así como el tiempo que se tomó para hacerlo.

Llegaron al piso y él se adelantó un poco para abrir la puerta. Elena trató de no sorprenderse demasiado con lo que la rodeaba. El piso y las paredes de mármol lustradas, el techo perfectamente blanco, las luces empotradas que lucían casi como nuevas. Incluso las plantas se veían increíblemente cuidadas, casi como si tuvieran un aspecto de mentira.

Se interrumpió de sus pensamientos al entrar al pent-house de Julio. Amplio, el piso de parqué, el ventanal que dejaba ver la luz de la noche y los muebles lujosos que ayudaban tener una decoración minimalista y sobria. Él tomó sus cosas con gesto amable y los colocó cerca de un mueble que estaba en la entrada.

Ella avanzó unos cuantos pasos y se quedó hipnotizada por la vista que tenía. Además, el fantástico silencio que percibió. Sin sonidos del caos al que ya estaba acostumbrada en el Barrio Chino. Cerró los ojos y se imaginó vivir así todos los días, rodeada de tranquilidad y paz, sin ruidos constantes ni molestias. La imagen que se dibujó en su mente fue más agradable de lo que imaginó.

-¿Se te apetece algo para beber? –Dijo Julio.

-No, gracias. Así está bien.

Él se sentó en el apoyabrazos del sofá. Tenía una expresión tranquila y despreocupada. Por otro lado, también se veía un poco peculiar, como si estuviera estudiándola.

Elena trató de esquivarle la mirada pero como si él leyera cada uno de sus pasos, le hizo gesto de que no lo hiciera. Ella en cambio sintió que no iba a poder lograrlo. Por alguna razón, se le hacía difícil mantener la mirada y más con él. Recurría a cerrar los ojos para relajarse, para dejarse llevar pero ya no podía ser así. Por otro lado, Julio estaba demostrando sus dotes como Dominante al darle una orden indirecta.

-Cuando estés conmigo, cuando estés junto a mí así estemos en medio de una multitud, tendrás que mirarme a los ojos. No es una petición amable, es una orden. Así que vete acostumbrando.

Ella instintivamente asintió.

-Así es. Por cierto, cuando te hable o te pregunte algo, tu respuesta será “sí, Señor”, ¿entendido?

-Sí, señor.

-Buena chica, ya veo que aprendes rápido.

Aunque nunca se vio a sí misma en esa posición no le pareció molesto en absoluto, más bien cada vez más le gustaba. Se relajó de inmediato y siguió mirándolo con concentración. Julio se colocó de pie y se acercó a ella. Por un momento, Elena pensó que se le iría encima pero no, permaneció quieto y con la misma expresión que cuando estaba sentado.

Luego de unos minutos de tensión, él extendió su mano y le acarició el mentón. Lo hizo suavemente hasta que encerró sus dedos sobre su cuello. Apretó un poco e hizo que ella se acercara a él. Jaló la cabeza hacia abajo para verle los labios. Los miró por un rato más hasta que por fin la besó. La tensión era una de las cosas que él más disfrutaba.

Se besaron con pasión y con el paso de los segundos todo se volvió más y más intenso. Así que él no esperó demasiado para tomarla por completo entre sus brazos y rodearla con su cuerpo. Mientras estaban allí, Elena pudo sentir el bulto de él, el cual estaba más duro y firme de lo que hubiera creído. El percibir aquello le hizo gemir espontáneamente hasta que notó que él sonrió.

-Sí... Así es, pequeña.

Julio tomó una de las manos de Elena y procedió a colocársela encima de su entrepierna.

-Demuéstrame que te sientes bien en tenerlo entre tus manos. Venga.

Ella comenzó a acariciar lentamente y luego tomó más confianza a medida que se excitaba cada vez más. Con los besos intercalaba gemidos y una respiración agitada que se escuchaba como un fuerte eco en el piso.

Julio pudo haberse quedado allí, jugueteando y disfrutando de ella pero llegó a un punto en que no pudo más. La tomó entre sus brazos y la cargó como si no pesara lo más mínimo. Ella se aferró a los hombros de él. Subió los escalones mientras la aferraba contra su pecho con fuerza. Estaban tan cerca, que Elena pudo sentir su pecho, corazón y la respiración. Percibió ese aroma tan masculino y viril que la hacía derretirse. No podía creer que todo lo que estaba pasando era verdad.

Llegaron a la gran habitación y él la dejó finalmente sobre la cama. Elena estaba un poco agitada y ansiosa. Se sintió como una tonta y fue cuando él se

le acercó.

-Tengo demasiadas ganas de hacerte sentir sensaciones que jamás habías experimentado. Desde el primer momento en que te vi. El tenerte así, tan cerca, sólo me provoca arrancarte la ropa y comerte entera.

Ella, ya controlada por esa mirada y por esa voz, se acercó a él.

-¿Qué espera para hacerlo, Señor?

Julio sonrió y volvió a tomarla con pasión entre sus manos. La rasposidad de la barba de él, la sintió como una oleada de cosquillas agradables y dulces. La sensación se volvió más intensa cuando se acercó más y cuando sintió que sus manos se disponían a quitarle la ropa. Sin embargo, él no tendría que hacer demasiado esfuerzo, un vestido era una prenda lo suficientemente ligera para deshacerse de ella en poco tiempo.

En un dos por tres, ella quedó prácticamente desnuda sobre su cama. Salvo por un par de bragas negras. Julio también notó que ella no tenía sujetador así que pudo encontrarse de frente con sus pechos pequeños, redondos y firmes.

Sus pezones lucían como un par de botones pequeños de flor. Rosados y delicados. Al verlos, no pudo evitar tomarlos entre sus manos y llevar su boca sobre ellos. Abrió lo suficiente porque quería devorarlos por completo. Con sus dientes mordió un poco, incluso hasta hacerla gemir.

Las manos de Elena terminaron sobre ese cabello castaño, acariciándolo un poco. Aunque también tenía la intención de sostenerse y así mantenerse en la realidad, en una que le demostraba el placer de ser objeto de ese hombre. Julio comenzó a sentirse desesperado por seguir explorando en esa aventura que era Elena, por lo que descendió sus labios por el torso suave y delgado.

Sus manos se encargaron de quitarle el último bastión de ropa y así fue como su coño quedó expuesto por completo. Ella exclamó un pequeño gemido al sentir sus manos sobre su desnudez. Él apostó sus manos sobre sus muslos y llevó su cabeza entre ellas. Por un momento no supo bien qué hacer primero pero eso no tardaría demasiado tiempo en darse cuenta que su lengua daría el primer paso para saborear los labios vaginales y el clítoris de Elena.

Abrió la boca y comenzó a comer de ese coño que le supo a gloria apenas lo probó. Ella, mientras, colocaba sus manos en el cabello de él, en sus pechos o en la cama. No sabía exactamente qué hacer. Estaba tan excitada que pensó que tendría un orgasmo en cualquier momento.

La lengua de Julio se iba a todas partes pero con suavidad. Aprendió con el tiempo que las sensaciones se potenciaban cuando se tomaba el tiempo de probar cada fragmento de piel y carne. Además, era una apuesta segura para lograr un coño más húmedo y más caliente. Esta vez no fue la excepción.

Elena no pudo evitarlo más así que comenzó a gritar. Cuando pensaba que lo hacía demasiado, buscaba una almohada para mitigar los ruidos... Pero todo esfuerzo era inútil. Él parecía estar determinado a hacerla explotar, en hacerla rogar. De repente, él dejó de lamerla y se incorporó. Ella lo vio relamerse los labios, cosas que también le excitó aún más.

Pudo haber seguido pero su concentración quedó a un lado cuando sintió la molestia que representaba la ropa que tenía puesta. Se quitó entonces el cinto de cuero –que dejaría más o menos cerca-, la camiseta blanca y los jeans oscuros. Hizo lo propio con los zapatos y calcetines. Mientras cada prenda caía al suelo, Elena pudo admirar el cuerpo de él que se veía increíblemente apetitoso.

Tanto el pecho y la espalda eran anchos, cubiertos de vello hasta un poco más debajo de los huesos de la cadera, los cuales, además, también se marcaban. Las piernas anchas, gruesas, fuertes. Los brazos que no se quedaban atrás y los cuales estaban marcados por unas largas venas.

Elena seguía respirando agitada porque la imagen de él era de una especie de guerrero y ella era el campo de batalla. Respiró profundamente hasta que él se caminó hasta el borde de la cama, le tomó por los brazos y la arrimó hasta el otro extremo de la cama.

Aún de pie y ella boca arriba, Julio le colocó su verga sobre los labios de ella, paseándolos y acariciándolos. El glande se quedó entre su boca por un rato, mientras Elena succionaba un poco. Ese momento para ella fue increíble porque disfrutaba inmensamente el dar sexo oral. Estuvo un rato así hasta que él le hizo abrir la boca para follarla allí. Puso las manos sobre su cuello y poco a poco metió el pene dentro.

Ella hizo unas cuantas arcadas hasta que logró hacerlo. Al tenerlo así, Julio procedió hacer movimientos de adentro y hacia afuera para complacer sus instintos. El interior de la boca de ella se sentía tan bien, tan delicioso. El calor y lo húmedo eran la combinación perfecta. Por otro lado, le gustaba ver la forma en que Elena estaba devorándolo... Como toda una experta.



Cada tanto, él sacaba su verga de la boca y le daba golpecitos en los labios con el glande. Se divertía así un rato hasta que después lo volvía a meter.

Aunque le gustó ver esas capacidades en ella, esa habilidad de darle placer a pesar de tener ese rostro inocente, típico de ratoncillo de biblioteca. Elena tenía las mejillas encendidas por el calor de su cuerpo y por la intensidad del momento que estaba viviendo.

Julio tomó un poco de tiempo para relajarse y para pensar qué posición sería la más cómoda para disfrutar de nuevo de su cuerpo. Luego de unos segundos, hizo que se acomodara sobre el borde de la cama, esta vez boca abajo. La mitad del torso quedó en la superficie suave mientras que sus pies quedaron sobre el suelo.

Con las piernas extendidas, él pudo ver cómo los fluidos de su coño corrían por su pierna. Tuvo la tentación de lamerla de nuevo pero su pene pareció urgido por adentrarse entre sus carnes. Sin embargo, aprovechó un poco el tiempo para tantearlo con un par de dedos que se dedicaron a acariciar la zona un poco.

Metió y sacó sus dedos hasta que pensó que fue suficiente. Dejó de masturbarla y acercó su pene en su coño. Colocó su glande en toda la entrada hasta que la penetró con fuerza. Entró a las carnes calientes y deliciosas de Elena con el fulgor de su deseo por ella. Posó sus manos sobre sus caderas y se sostuvo con fuerza.

Cuando sintió que por fin estaba allí, haciéndola suya con su cuerpo y alma, comenzó a hacer un movimiento de vaivén agresivo para que ella lo sintiera de verdad por dentro. El calor de su cuerpo se traspasó al de ella y viceversa. Elena estaba sobre la cama chillando y casi sollozando de placer. Esos sonidos fueron el impulso que él tanto le gustaba porque le indicaban que ciertamente iba por buen camino... Además, también lo excitaban.

Siguió follándola en esa posición hasta que quiso mirarla a los ojos, por lo que sacó su verga y la tomó con ambas manos para dejarla sobre la cama.

-Ponte de lado.

Ella se acomodó como él le ordenó, dibujando marcado el perfil de ese cuerpo fino y con apariencia delicada. Él se subió a la cama, alzó una de sus piernas mientras que la otra permaneció apoyada sobre la cama. Sí, se veía rosada, agitada, hermosa. Con una de sus manos comenzó a darle fuertes

nalgadas. Estas, intensas y fuertes, le causaron escozor y un enrojecimiento que resaltó gracias a su piel clara. Julio procedió a acomodarse e introdujo su pene dentro de ella. Al principio fue lento pero después se quitó cualquier tipo de reservas por lo que la folló con la determinación del Dominante que era.

Adentro y afuera, una y otra vez hasta que volvió a escuchar los gritos y gemidos de ella. Sobre todo, porque esa posición proporcionaba un gran placer. Ella cerró los ojos un poco para concentrarse aún más en lo que sentía. Era más de lo que podía esperar, era más de lo que hubiera sentido jamás.

Estando allí, fue incapaz de sentir que él volvió a cambiar de posición para colocarse sobre ella. Una de sus manos fue al cabello y la otra sobre el cuello. Le excitó la idea de que en su mano cupiera el delicado cuello de ella.

-Eres mía... Lo sabes, ¿verdad?

-Sí. Sí, Señor.

-Bien... Acostúmbrate a llamarme así porque eso es lo que soy para ti. Tu Amo, tu Señor. ¿Entendido?

-Sí, Señor.

-Bien... Muy bien.

Siguió penetrándola, jalándole el cabello y haciéndole entender que todavía le faltaba para vivir experiencias con él. La semana que él compró sólo sería un abrebocas para Julio. Sólo el principio de todo lo que vendría.

Extendió más sus piernas y llevó sus brazos sobre la cabeza. Las juntó con una de sus manos y apretó fuerte para que ella no pudiera moverse demasiado. En ese momento, deseó mucho el poder atarla y someterla aún más pero tomaría ese proceso poco a poco.

Siguió entonces dentro de ella, exasperándose en el calor de esa carne exquisita hasta que comenzó a gemir involuntariamente. Quería decir que él estaba próximo a correrse. Miró a Elena, quien tenía los ojos cerrados y pensó en acelerar el proceso con un giro interesante. La otra mano que le quedaba libre, la usó para posarla sobre su coño y masturbar su clítoris con fuerza. No pensó que obtendría tan buenos resultados.

Elena de inmediato abrió los ojos en vista de esa fuerte estimulación que recibía al mismo tiempo. No sólo era la presión que sintió por ese pene grueso y venoso, sino también el toque del pulgar de él sobre su clítoris que le hacía

sentir que tenía una especie de botón de placer que llenaba de corriente todo su cuerpo.

Se sostuvo fuertemente sobre las sábanas y mantuvo los ojos cerrados. Julio siguió tocándola, acariciándola hasta que por fin ella emitió unos sonidos que le dieron a entender que estaba muy cerca de tener el orgasmo. Entonces aprovechó el momento para acercarse a su oído y decirle:

-Vamos... Dámelo... Dámelo que sé quieres... Vamos.

-Sí... Sí Señor... Oh Dios mío...

Gimió un poco más hasta que sus muslos temblaron con más fuerza y de manera continua por unos cuantos segundos. Mientras, los dedos de Julio quedaron empapados por los fluidos que expulsó el coño de ella.

Lo cierto es que para Elena todo esto resultó ser completamente nuevo. Por muchos años, no experimentó un orgasmo producido por otra persona sino por sí misma. Se acostumbró a valerse de un consolador y de paciencia para experimentar aquello que tanto anhelaba. Ahora, estaba sobre la cama, con las manos echas un par de puños y sintiendo una mezcla de dolor y euforia como nunca antes.

Julio, al notar la belleza de ese cuerpo relajado y feliz, aceleró un poco la marcha para que por fin, pocos minutos después, él pudiera correrse sobre el torso de su chica. Los hilos de semen se desplegaron hasta incluso llegarle a la frente, situación que le resultó incluso jocosa.

Se levantó rápidamente y fue hacia el amplio baño para tomar unas toallas de papel y así limpiarla a ella. Luego de ocuparse de ese asunto, regresó a la cama para verla. Se quedó de pie, sólo mirándola. Contempló su rostro y respiración, así que se quedó tranquilo. Supuso que probablemente había caído en la petit morte, por lo que le daría un poco de tiempo para que reaccionara.

Así pues que fue hacia el clóset, tomó unos pantalones de pijama y bajó a la cocina para servirse un trago. Tenía un poco de ser y además quería estar solo por unos minutos.

Al bajar, se sirvió un poco de bourbon en un vaso de vidrio con unos cuantos cubos de hielo. La noche estaba un poco cálida y aquello le refrescaría lo suficiente. Campaneó el trago y comenzó a hacer pequeños sorbos. Se relajó por completo y agradeció esos minutos de tranquilidad después de tener un

largo día.

Estaba consciente que no podía quejarse. Se encontró por casualidad a la chica que tanto le atrajo en un primer momento como si fuera por obra del destino. Sonrió al saber que, a pesar de su cansancio, por fin la había poseído, por fin la tenía en su cama, dormitando después de penetrarla como quería.

Obviamente, tenía claro que todavía tenía unos cuantos asuntos que explorar. Deseaba incluso amarrarla y suspenderla, o atarla sobre un mueble de madera para que ella quedara completamente inmovilizada mientras le diera sexo oral. Durante ese momento, se le mostró un sinfín de posibilidades.

Tomó lo último que quedaba del vaso, se levantó con cierta pereza y se preparó para subir las escaleras. Estaba ansioso por dormir. Al entrar a la habitación, Elena todavía estaba allí, acostada y respirando suavemente. Esa imagen casi lo enterneció.

Entonces fue hacia la cama, se acostó suavemente para no despertarla y permaneció quieto mirando el techo por un rato. Por fin le invadió un sentimiento de paz y se quedó dormido.

El sueño, sin embargo, no pudo más que el deseo de tenerla ahí tan cerca, así pues que Julio despertó en la madrugada con una muy fuerte erección. Aunque tenía ganas de seguir durmiendo, el cuerpo de Elena pareció llamarle a la acción. Así pues que se acomodó mejor en la cama y comenzó a acariciarla por los muslos.

Sus dedos rozaron ese lugar hasta pasearse también por las caderas. Los huesos sobresalían un poco de la piel de Elena, así que aprovechó para quedarse allí un rato. De repente, Julio volvió a escuchar los suaves gemidos de ella. Estaba despertándose.

Lo cierto es que Elena, después de la petit morte, quedó prácticamente rendida del sueño. Despertó unos minutos y miró que Julio estaba en el baño. Sonrió porque ese hombre se veía tan apetecible en cualquier circunstancia. Así que se encontró satisfecha de verlo allí y se quedó dormida. Sin embargo, no tardó mucho en sentir los dedos de él que la tocaban lentamente. De igual manera, percibió el calor del aliento de Julio sobre su nuca.

Las caricias terminaron por excitarla mucho, así que se volteó para quedar frente a él. Julio la miró con lascivia y la tomó entre sus brazos, acercándola y besándola con pasión. Luego, su boca descendió por su cuello y se quedó entre

los pechos que a él tanto le gustaban. Los apretó y mordió, sostuvo con fuerza con ambas manos.

Al final, el terminó por colocarse por encima de ella, haciendo ver a Elena como una pequeña criatura en comparación con él.

Ella se sostuvo de su cuello al mismo tiempo que Julio tomaba sus pies y piernas para colocárselas sobre los hombros. Elena y él se miraron fijamente hasta que su pene entró en su coño caliente. Ella lo sintió profundo, mucho más que la primera vez. Intuyó que eso se debía a la posición en la que estaban, por eso, prefirió sostenerse de los brazos de él los cuales estaban sobre la cama y cerró los ojos para concentrarse en las sensaciones que estaba experimentando. Sin duda, era increíblemente delicioso.

Elena no paraba de gemir debido a la intensidad. Por un instante, Julio escuchó un leve “un poco más suave que me duele”. Esas palabras tan delicadamente pronunciadas, le provocaron el efecto contrario. Él más bien tomó el impulso necesario para empujárselo más por lo que ella se retorció por el placer.

Aunque quiso ir más rápido, Julio prefirió torturarla un poco por lo que bajó el ritmo de sus movimientos concentrándose más bien en lo profundo que podría penetrarla. Elena gimió aún más fuerte porque no pensó que sería posible sentirse así. Era un calor incesante, un calor que la hacía vibrar, un calor que recorría todo su cuerpo.

-Por favor... Más duro... Por favor, más... Más duro.

Julio no paraba de sonreír.

-Qué linda te ves suplicando. Anda, pídelo.

-Por favor... Por favor, Señor. Se lo ruego.

Echó su cabeza hacia atrás como buscando una manera de conectarse con la realidad. Los movimientos lentos de Julio la estaban llevando al borde de la locura. Cuando pensó que no podría más, él apretó el ritmo en sus caderas, las movió rápidamente para no sólo ir más adentro sino también más rudo.

Siguió así por un rato. Elena estaba sumida en un mar de sensaciones intensas hasta que volvió a rogar pero para que le permitieran correrse. Como Julio estaba probando su resistencia y no quería ejercer demasiada presión, así que esperó sólo un poco más y luego folló con más fuerza hasta que le permitió

correrse con él dentro de ella.

Sin embargo, Julio todavía estaba excitado por lo que cambió de posición. Se levantó y colocó sus rodillas sobre la cama. Avanzó un poco más hasta que el glande quedó en los labios de Elena.

-Chúpalo.

Ella tuvo que hacer un esfuerzo por concentrarse debido a que todavía estaba un poco atontada por el orgasmo que acababa de tener. Así pues que tomó fuerzas de donde pudo y sacó su lengua para lamer el delicioso glande que tenía frente así. Este todavía húmedo por sus fluidos, terminó por completo en su boca a medida que lo chupaba con más soltura. Luego también lo masturbó con una de sus manos, ayudándose.

Mientras lo hacía, mientras sus ojos estaban cerrados concentrada en lo que estaba haciendo, Julio se inclinó un poco más para llenarle más la boca de su carne. Paralelamente, también tomó su cabello para halarlo un poco. La obligó incluso a que lo mirara a los ojos, a que recordara que eso también a él le excitaba.

Estuvo disfrutándolo mucho, demasiado, hasta que comenzó a temblar. Sus muslos y brazos se agitaban fuertemente por lo que se apostó más en la cama para acomodarse lo suficiente. Así pues que exclamó unos cuantos gemidos más hasta que se corrió en la boca de Elena.

Fue tanto semen, que su boca se desbordó del líquido caliente y unos cuantos chorros se deslizaron por la comisura hasta el cuello. Ella, como una buena principiante de sumisa, tragó todo cuanto pudo, incluso se llevó a la boca los restos que le quedaron por el rostro.

Agitado y en extremo cansado, Julio pareció ver estrellas por lo que se recostó sobre la cama casi de inmediato. Elena lo recibió entre sus brazos, con las manos acariciándole el cabello hasta que él poco a poco pudo recobrar el ritmo cardíaco. Se quedó allí, un rato entre su piel hasta que se arrimó a un lado para no abrumarla con su tamaño. Se quedó dormido prácticamente a los pocos minutos.

## VII

Elena se despertó de sobresalto. Miró el reloj que estaba a su lado y se llevó las manos a la cabeza. Además, Julio no estaba junto a ella. Inmediatamente se preguntó por qué no la había despertado. Casi saltó de la cama y comenzó a vestirse hasta que percibió el aroma de café recién colado. Arrugó la cara porque no sabía lo que estaba sucediendo.

Así pues que, después de vestirse, bajó las escaleras con cuidado, con el temor de pensar que era otra persona la que estaba allí. De repente, se encontró a Julio vestido de traje y corbata, sentado en el mesón con una taza de café humeante.

-Buenos días. Pensé que te provocaría un poco así que preparé para los dos. ¿Cómo dormiste?

Ella estaba un poco impresionada aunque se apresuró en responderle.

-Bien, bien. Creo que caí como bloque. Ahora debo salir corriendo porque debo arreglarme y...

Él se apresuró en acercarse y besarla. Sus labios supieron a café dulce y cerrero. Esos sabores también se entremezclaron con el perfume que expedía su piel.

-Olvídate de eso. No vayas al trabajo. Es fácil inventarse una excusa.

-¿Y qué se supone que haga?

-Descansar y servirme, por supuesto. Ese será tu deber de ahora en adelante. Mientras, tómate el día y listo. Yo quisiera hacer lo mismo pero, como verás, se me hace imposible. Creo que soy un workaholic.

-¿En serio? ¿Qué debo hacer entonces?

-A ver... ¿Qué te parecen los ganchos anales?

-Pues, no los he visto muy bien pero creo que se ven interesantes.

-Perfecto. Investiga más al respecto... Es algo que me gusta mucho, la verdad.

Le guiñó el ojo y le dio otro beso corto.

-Termina de arreglarte y nos vamos en cinco. Ya están reventándose el móvil.

Después de un sorbo rápido de café y subió las escaleras para buscar sus zapatos y el resto de sus cosas. Aún estaba abrumada por el cambio de planes tan abrupto.

Salieron en el flamante Camaro y anduvieron por la calle como si fuera un día cualquiera. Elena estaba descubriendo su gusto particular por colarse por las calles y por esos sitios elegantes como si formara parte de esa sociedad exclusiva.

El día estaba claro y agradable, las calles recibían los rayos de luz del cielo despejado de verano. Elena aprovechó para sacar las manos de la ventana y acariciar el viento con sus dedos. Cerró los ojos y sintió que era libre. Ese sentimiento, además, se vio incrementado por el hecho de que su único deber del día era leer o investigar sobre los ganchos anales. No había nada mejor que dedicar tiempo al placer.

Julio aparcó cerca del edificio en donde vivía ella. Se bajó un poco los lentes y miró a Elena a los ojos.

-Espero que recuerdes lo que te toca a hacer.

-Sí. Así lo haré, Señor.

Él sonrió como gesto aprobatorio.

-Excelente. Empápate bien del tema porque me interesa que entiendas que me gusta usarlo para las sesiones. Claro. Eso dependerá también si estás dispuesta a hacerlo.

-Por supuesto. No lo dudes.

-Bien, debo irme.

Extendió la mano para besarla con pasión.

-Sospecho que si sigo aquí, no me iré a ninguna parte.

-Tampoco sería mala idea.

Julio estuvo a punto de considerar la idea cuando le vino a la mente las pilas de papeles y las llamadas por atender, así como esa urgencia por su presencia que lo hacía sentir un poco fastidiado al respecto.

-Eres la ostia, eh.

Ella sonrió.



-A lo mejor me llegue más tarde por acá. Te estaré escribiendo.

-Vale.

Se alejó rápidamente y ella se quedó allí hasta que lo perdió de vista. A pesar del caos, los gritos y de las humaredas productos de la comida cocinándose, Elena caminó con una amplia sonrisa en el rostro. Por si fuera poco, acaba de ver una notificación de PayPal anunciándole que ya se había hecho efectivo la mitad del dinero que Julio había pagado por ella. Sin duda, cada centavo lo valía.

Subió el estrecho corredor y unos cuantos pisos más para reencontrarse con la soledad de su piso. El ambiente le pareció extraño hasta que recordó que nunca lo había visto a esa hora en la mañana salvo cuando era fin de semana. Inmediatamente procedió a quitarse la ropa y dejarla en el suelo. Caminó con lentitud al recordar las caricias de él sobre su cuerpo, sus besos y, obviamente, el grosor de ese pene exquisito. Tan grueso, venoso y el poder de doblegarla por completo.

Se metió a la ducha y disfrutó la sensación de agua tibia corriendo por su piel. Estaba plena y tranquila. Se olvidó por completo de los problemas. Después de mucho tiempo, sintió que las cosas marchaban mejor que mejor.

Comenzó a secarse y salió para volver a vestirse. Quería ir a una tienda erótica que estaba a un par de calles de allí. Mientras pensaba en lo nuevo que iba a comprar, recordó que no le mencionó a Julio que ella ya había experimentado con su ano y que, además, era una de las sensaciones más increíbles del mundo. Así que llevaría las cosas a un nuevo nivel porque quería probar algo nuevo.

La tienda erótica era un local cuya entrada hacía pensar que era un lugar pequeño y de cierta manera así era. Era angosta pero larga así que era posible pasearse por una serie de objetos que sin duda resultarían interesantes para cualquiera.

Elena entró y se sintió como si estuviera en una dulcería. Había lencería, máscaras, látigos, esposas, cuerdas, vibradores, arneses, fuetes, consoladores, cinturones de castidad y hasta atuendos para todos los gustos y tamaños. Además, le agradaba la idea de que la tienda estuviera iluminada con luces de neón lo que por cierto recreaba un ambiente eléctrico y provocador.

Aunque estaba familiarizada con ese tipo de lugar, ahora era capaz de ver las

cosas de manera diferente. Entendió un poco más sobre los objetos que estaban allí. Sus ojos estaban siendo moldeados por el BDSM, por lo que aquello que no le prestó demasiado la atención, ahora cobraban sentido. Se detuvo por los atuendos y máscaras y hasta pensó que sería interesante comprar una.

Siguió caminando hasta que encontró unos buttplugs que les parecieron encantadores. Unos eran de vidrio, transparentes, con luces en las puntas y hasta con joyería falsa incrustada. Sin embargo, nada le llamaba la atención hasta que encontró uno con cola de zorro. Acarició el pelaje y le pareció agradable al tacto.

Sonrió pensando que sería una opción interesante para probar con él. Así pues que lo llevó a la caja más con un vibrador a control remoto y pagó todo con una amplia sonrisa. Estaba ansiosa por lo que él diría. Esperaba que aquella sorpresa le resultase agradable.

Julio estaba sentado frente en el escritorio, con los lentes puestos y con la mirada fija a uno de los inversionistas quien le hablaba sobre la importancia de la comunicación entre los departamentos de ambas empresas para asegurar el buen funcionamiento de las operaciones. Siendo sinceros, él estaba más bien a punto de caer rendido sobre la superficie y mandar a todo el mundo al diablo.

Por otro lado, tampoco podía dejar de pensar en Elena. Ese cuerpo frágil y pequeño, moviéndose a la par de sus caricias, era un recuerdo que le volvía loco. Como era inevitable todo aquello, tuvo que hacer un enorme esfuerzo por concentrarse.

Como las cosas no parecían que iban terminar pronto, él tomó el móvil que tenía cerca y comenzó a teclearle a Elena.

-¿Qué haces?

Probablemente no le respondería aunque albergaba la esperanza de que no fuera así. Esperó unos minutos más entre asientos de cabeza y monosílabos, hasta que escuchó el aparato vibrar.

-Esto. Espero que no interrumpirle, Señor.

El texto estaba acompañado por una foto que se dedicó a mirar con más cuidado. Resultó que ella de pie, con una cola de zorro saliendo de entre sus nalgas. El culo se veía tan provocativo que él sintió de inmediato cómo se le

subió la sangre a la cabeza.

-¿Estás bien?

-Sí, sí... Sólo unos informes que tengo que revisar después.

-Vale, como te iba diciendo...

Continuó la perorata pero sin el mínimo de concentración. Julio estaba desesperado por salir y encontrarse con ella. Estaba ansioso por darle nalgadas, por propinarle dolor y placer. No obstante, como buen Dominante que era, pensaría las cosas con más frialdad para disfrutarlas debidamente.

Esperó que la reunión terminase. Se levantó de la silla, estrechó manos y despidió amablemente a todo el mundo. Cuando por fin se encontró solo, caminó para calmar la ansiedad pero le fue imposible. Estaba como una pantera enjaulada.

-Violeta, que nadie me moleste, por favor.

-Sí, señor Julio.

Colgó el auricular y pasó seguro a la puerta. Aquellas peticiones no eran extrañas a su secretaria ya que a veces su jefe se tomaba un momento para jugar algún videojuego para hacer llamadas importantes... Pero esta no era la ocasión. Esta vez era diferente.

Esa misma sangre que se le subió a la cabeza, bajó de repente hasta sus pantalones. Sintió que se le subió la presión, que el mundo le daba vueltas. La entrepierna comenzó a ponerse dura a un ritmo vertiginoso. Fue calmadamente al baño, cerró la puerta y se bajó el cierre del pantalón. Al desabrochar el botón, de inmediato notó el pene erecto. Pareció que incluso rompería la tela que lo contenía.

Se quitó el bóxer negro y aquella verga salió libre para que cayera justo en una de sus palmas. Sí. Estaba caliente, palpitante, con el glande desprendiendo el flujo pre-seminal.

Respiró despacio y lo sostuvo con fuerza. Cerró los ojos y se le vino la imagen del culo de Elena con la cola de zorro. Esas nalgas rosadas que pedían castigo... Y claro que se los daría. Comenzó a masturbarse en silencio en el cuarto de baño, en silencio y muy quieto como si fuera un adolescente. Por un lado, se sintió mal y hasta un poco culpable, por otro, ese remordimiento quedó en un segundo plano porque su cuerpo estaba siendo dominado por el

descontrol y el deseo que le hacía sentir esa mujer.

Recordó el sabor de su coño, la calidez de sus carnes, la estrechez de las mismas, la belleza de su rostro que quedaba embebido por la excitación y el deseo. Apretó los párpados, esas imágenes se mostraron ante él de manera continua y agresiva como si no hubiera manera de escaparse de ella.

Siguió tocándose. De lento a rápido, de suave a duro. Intercalaba ritmos e intensidades, estaba decidido a dejarse llevar por esas sensaciones hasta que por fin, sintió temblar sus muslos anunciando su orgasmo. Apoyó una de sus manos sobre la pared que tenía en frente y dejó escapar un sensual gemido.

Luego otro. Y otro. Por fin, después de unos minutos, un chorro de semen cayó sobre la pared de donde se sostenía, aunque para él, era el rostro de ella que recibía el premio de él. Se corrió un poco más hasta que se dejó caer al suelo agitado por esos minutos intensos y fuertes.

Cuando recobró la tranquilidad de su cuerpo, miró hacia el frente, con la determinación de hacer que ella recibiera el castigo que le correspondería por incitadora, por provocadora. La mente de Julio iba a mil por hora.

Como él le indicó, Elena procuró leer todo sobre los ganchos anales. Aunque realmente estaba esperando respuesta sobre la foto que le envió. No obstante, tuvo el presentimiento que había causado el efecto deseado.

Indagó más sobre las tiendas virtuales, foros y blogs que hablaban al respecto. Incluso conoció que hay modelos también para hombres. Se sintió intrigada por aquello. Algunos de estos objetos, tenían piezas que los conectaban a la cabeza, otros no, pero sí tenían un espacio en forma de círculo que le permitía al Dominante a conectar amarres si lo quisiera. Había un sinfín de permutaciones.

Se quedó mirando la pantalla mientras veía un video de shibari usando el gancho anal, cuando recibió un mensaje de él.

-Te pasaré buscando en 10. Y más te vale que tengas esa cola todavía.

Ella sonrió satisfecha porque ciertamente funcionó la treta. Se levantó lentamente de la cama y procedió a acomodarse el plug. Aunque se había olvidado de él, no pudo evitar sentirse un poco excitada al usarlo.

Buscó otro vestido y se colocó encima sin nada más. Se miró en el espejo y se acomodó el cabello. Pintó un poco los labios y los ojos. Quería verse hermosa

para él.

Terminó de prepararse cuando se dispuso a bajar para esperarlo. Se impresionó cuando lo vio parado, apoyado sobre el coche, con esa mirada de hambre y desesperación que tenía.

Fue hasta él y se dieron un beso. Las manos de Julio la tomaron por la cintura e hizo que se diera la vuelta, echó un vistazo por el culo y notó que sobresalía la cola de zorro. Cuando se dio cuenta de ello, le causó risa que descubriera que ella tenía ese toque de pseudo-exhibicionista. Después se encargaría de descubrir un poco más al respecto.

No se dijeron nada durante el camino, era como si supieran exactamente lo que iba a suceder. O al menos eso era lo que creía Elena. Lo cierto era que Julio estaba ansioso por sentir los labios de ella sobre su pene y tenía pensado también buscar una manera de castigarla. Así que maquinó un poco hasta que se detuvo en un semáforo en rojo.

-¿Sabes lo que produjo esa foto que me enviaste? Fui incapaz de contenerme y me tuve que masturbar. Aunque me gustó debo ser franco contigo, aquello representa un atrevimiento de tu parte porque para hacerlo, debes pedirme permiso primero. –Elena estaba emocionada por saber que de alguna manera había desafiado su autoridad- Es por ello que tendrás que asumir las consecuencias de ello.

-¿Qué debo hacer, Señor?

-Chúpalo.

Para llevar las cosas a un nuevo nivel, el bajó el vidrio del asiento de ella.

-Tengo entendido que tienes cierto gusto por el exhibicionismo. Vemos si es cierto.

Aunque aquello podría también ser un riesgo para él, no le importó mucho ese asunto porque estaba demasiado excitado. Cuando Elena procedió a bajarle el cierre y a tomar su pene con una de sus delicadas manos, él se acomodó sobre el asiento sin dejar de ver la vía que tenía frente a sí. Segundos después, escuchó los lamidos y gemidos de ella. La dulce y sensual Elena no tardó demasiado en devorarse ese pene.

A ella no le importó mucho el que él bajara los vidrios. Ese gesto que sirvió para retar su vergüenza pública no le importó en lo más mínimo. Mientras

lamía la verga de Julio, no pensó verse a sí misma de esa manera.

A pesar de su aspecto conservador y tímido, él le daba las posibilidades de explorar partes de sí misma que nunca había conocido. Se sentía sensual con él, atrevida, capaz de cualquier cosa. Como si el conocerlo hubiera sido el empujón suficiente para que fuera un poco más lejos.

Justo cuando se lo metía por completo en la boca, sintió la mano de él que comenzó a acariciar su espalda y nalgas. Apretó a cada una e incluso llegó a darle unas buenas nalgadas. Se detuvo por un momento hasta que colocó su mano sobre el plug.

Comenzó a moverlo suavemente, a darle vueltas, a incluso hacer que entraba y salía de ese ano delicioso. Elena, quien por supuesto no se esperaba ese gesto, comenzó a gemir, interrumpiendo la chupada que estaba haciendo.

Una fuerte nalgada y la voz de mando de él, le sacó de ese ensimismamiento.

-¿Acaso te dije que pararas?

-No, Señor.

Continuó chupándose en medio de las calles de esa ciudad grande y caótica. Por suerte para él –y para ella-, llegaron pocos minutos después. Aunque los alrededores de los edificios estaban vacíos, Julio no se quiso arriesgar, así que tomó el cuello de su mujer y la miró a los ojos. Aquellos labios, húmedos por los flujos de él, era el marco perfecto para la expresión de excitación que tenía.

-Prepárate para salir.

-Sí, Señor.

Se acomodó el plug, el vestido y el cabello. Retocó su maquillaje y salió como si no hubiera pasado nada. En cambio él, como no podía esconder la erección, colgó el saco en uno de sus brazos y lo colocó frente a él para poder caminar sin problemas. Saludaron al portero quien estaba más del lado del sueño que de la consciencia y se apresuraron a tomar los elevadores. Ante la notable soledad del lugar, Elena se apresuró en decir:

-¿Esto siempre está así de solo?

-Tenemos la suerte de que es así... Agáchate.

Cambió la voz drásticamente, haciendo que ella hiciera caso la orden de

inmediato. Se agachó y Julio dejó libre su verga que no había cedido ni un momento. Estaba tan excitado, que Elena apostó internamente que no le faltaba demasiado para correrse en cualquier momento. Abrió la boca de nuevo y entornó los ojos hacia él como le gustaba, a pesar que le resultase un poco difícil.

Primero introdujo el glande entre los labios, succionándolo. Al mismo tiempo, Julio le tomó por el cabello, jalándoselo.

-Muy buena chica.

Ella rió un poco y se lo introdujo en la boca por completo. Los hilos de saliva comenzaron a caer sobre su vestido y el suelo.

Al poco tiempo llegaron a la planta en donde estaba el piso de Julio.

-Sígueme... Gateando.

Él camino hacia la puerta con una Elena que gateaba tras él. Parecía una gatita ansiosa por los mimos de su Amo. Abrió la puerta y la dejó pasar primero. Cuando los dos se encontraron allí, Julio la tomó por la cintura e hizo que se levantara para apoyarla sobre el mesón de la cocina.

Elena apoyó las manos sobre la encimera y extendió las piernas a la espera de lo que haría él. Las manos de Julio inmediatamente comenzaron a tocarle las pantorrillas y los muslos hasta colocarse finalmente en las nalgas.

-Aprenderás a obedecer a tu señor. ¿Entendido?

-Sí, Señor.

Se acomodó, plantándose bien y procedió a darle una nalgada tras otra. Las primeras fueron un poco suaves pero después soltó la muñeca debido a la ansiedad que tomó su cuerpo. Su ser Dominante salía poco a poco a la superficie.

Después de un rato, la piel de Elena se volvió rojiza y con las marcas brotadas. La respiración agitada de ella le advirtió que era buen momento para hacer algo diferente. Aun detrás de ella, sostuvo su culo con ambas manos y lo apretó con fuerza. Incluso hizo que Elena se colocara de puntillas.

Estuvo allí un rato más hasta que una de sus manos fue directamente a la cola de zorro. Movié el plug despacio, lentamente, con la finalidad de hacerla gemir... En efecto así fue.

Después de estimularla analmente, bordeó su cintura con uno de sus brazos y la llevó contra sí. La apretó fuerte y después llevó la otra mano que le quedaba libre para comenzar a masturbarle.

Sus dedos primero tantearon la suavidad y carnosidad de los labios vaginales, después se enfocó en el clítoris. El movimiento circular constante y firme, fueron suficientes como para que Elena sintiera que estaba a punto de flaquearle las piernas. Sus rodillas perdían la fuerza por lo que se apoyó aún más sobre el mesón.

-Te dije que tenías que aprender a ser una buena chica. Todo tiene un castigo.

Ella apenas escuchaba, apenas estaba allí. La voz suave y grave de Julio, sin embargo, le penetró el cerebro y el cuerpo. Ciertamente él tenía una especie de poder que hacía que ella se volviera más y más cerca de la locura.

Bruscamente, dejó de tocarla y le tomó por el cuello la giró con rapidez y le comenzó a besar apasionadamente. Al mismo tiempo Julio se bajó el cierre del pantalón para sacar su verga y que ella comenzara a lamerlo.

-Ya sabes lo que tienes que hacer.

Aún con la debilidad por la excitación, Elena se agachó hasta que se quedó de rodillas. Acomodó su cuerpo y se preparó para hacerlo.

-No, sólo la boca.

Primero mojó sus labios con el líquido pre-seminal de él por unos largos minutos. Se concentró en ellos sin dejar de mirarle ni por un segundo. Se acostumbró a mantener la mirada, tal y como él le había ordenado.

Poco a poco abrió la boca para dejar entrar esa verga gruesa y venosa. Tanto su cabeza como su cuello, comenzaron a hacer un movimiento adelante y hacia atrás de manera continuar. Primero lo hizo con suavidad, con paciencia.

Con los ánimos típicos de alguien que se toma el cariño de hacer una buena chupada. Después sí fue con más ahínco. Al mismo tiempo, su Amo se reclinó un poco hacia atrás, tomándole el cabello con fuerza como deseando que ella no dejara de hacerlo.

Julio descubrió el enorme placer que le proporcionaban los labios finos de Elena, así como esos enormes ojos que se concentraban en los suyos, buscando reconectarse en la pasión que ambos llevaban en el cuerpo.



Los hilos de saliva cayeron sobre su cuerpo y esa imagen le hizo que él pensara en probar algo que tenía el presentimiento que sería divertido y quizás un poco fuerte para una principiante como ella.

Se inclinó un poco hacia ella, apretándole el cuello con firmeza.

-Párate.

Ella obedeció y en seguida se encaminaron a hacia la habitación. Subieron las escaleras. El ánimo que tenían los dos era de absoluta concentración. Llegaron a la habitación y Julio le hizo entrar primero. Poco después le ordenó:

-Acuéstate boca abajo pero con la cabeza un poco fuera del borde de la cama. A ver... Ajá, así.

Elena estaba ansiosa por saber lo próximo que él haría. Julio, mientras, buscó una mordaza de bola y unas cuerdas. Al regresar, le colocó el objeto sobre la boca de ella, haciéndola casi babear a los segundos. Mientras estaba allí, también le ató los brazos, sólo las muñecas porque de lo contrario, todo le resultaría demasiado abrumador.

Él le extendió las piernas sobre la cama, separándolas un poco una de la otra. Verificó que los amarres estuvieran bien y miró el progreso de la baba que iba cayendo poco a poco al suelo. Por otro lado, él se subió sobre la cama y retomó las nalgadas como lo hizo al principio. Le encantó escuchar los gemidos contenidos de ella, gracias a la bola de goma y a esa postura que la obligaba a mantenerse erguida.

Cuando sintió que la muñeca estaba doliéndole, paró y se levantó. Se encontró con un pequeño charco de baba el cual tomó de un poco, restregándose sobre la cara de ella. El maquillaje de los ojos y los labios quedaron mezclados con su propia saliva. Desparramados sobre ese rostros dulce y perfecto.

-Qué bella te ves así. No tienes idea.

Siguió colocándole la saliva sobre su rostro hasta que volvió a irse para limpiarse. Elena estaba tan excitada que casi no podía emitir ruidos, era como su cuerpo siguiera instintivamente los designios de él.

Después de regresar, Julio se quitó la ropa, quedando completamente desnudo. Se acercó a ella y le acarició el cabello, la espalda y las nalgas. Quiso mitigar un poco la rudeza de las nalgadas y del gesto con la mordaza de bola. Volvió a

subir a la cama y tomó su pene para masturbarse sobre ella, violentamente, como un salvaje.

A medida que lo hacía, se percató que dejaba escapar unos cuantos gemidos. Así que estuvo preparado para follarla. No quiso esperar más tiempo.

Llevó un par de dedos a su coño caliente y sintió lo húmedo que estaba. Masturbó un poco más hasta que se inclinó sobre ella para penetrarla. Empujó poco a poco su glande dentro de su carne hasta que, apoyándose con sus brazos, se posicionó mejor y embistió a Elena con fuerza.

Ella dejó escapar un grito, o al menos algo que él creyó escuchar. La mordaza seguía privándole de emitir esos ruidos con libertad.

Comenzó a penetrar sobre ella, incluso de vez en cuando se inclinaba para ir más y más adentro de su cuerpo. La espalda arqueada, los movimientos limitados de sus brazos, la piel enrojecida, la desesperación que le brotaba en cada agitación. Cada detalle de ese sexo tan perfecto y caliente, excitaba aún más a Julio.

-Eres mía... Sólo mía.

Esas palabras que se entremezclaban con el aliento caliente de él, le recordaban a Elena que así era, que no había duda en ello. Al estar sobre esa cama, al dejar que su cuerpo fuera el canal para que él satisficiera todos sus deseos.

Y eso sólo era una primera parte, lo más interesante era que ella pudiera ser capaz de soltarse lo suficiente como para permitirse una situación así. Nunca pensó que tendría la oportunidad de experimentar esa mezcla tan intensa de emociones en su cuerpo y mente. La mejor decisión que tomó fue empujarse a sí misma y explorar los límites y capacidades.

Julio dejó de penetrarla para colocarse de pie e ir hacia donde estaba la cabeza d ella. Le quitó lentamente la mordaza de bola. Le dio unas cuantas bofetadas suaves con esa sonrisa amplia y pícaro que tanto le gustaba.

-Vóltéate.

Ella trató de acomodarse con la ayuda de él. Sintió un enorme alivio cuando pudo apoyar la cabeza sobre la cama... Pero las cosas no habían terminado allí.

-¿Cómoda? Te daré algo que sé que te gustará...

Elena le respondió con una sonrisa y abrió la boca ampliamente para recibir la verga de su señor. Julio lo introdujo con cuidado, procurando el máximo placer posible. Poco a poco, miró cómo su pene adentro hasta que ella lo tuvo por completo en su boca. Elena quiso tanto tocarlo, acariciarlo, sentir sus piernas y arañarlas pero no pudo, estaba inmovilizada e incapaz de tocarle como quería. Aun sí, encontró todo aquello sumamente excitante.

Adentro y afuera, afuera y adentro, lo hizo en un movimiento continuo y lento. Julio posó por un momento sus manos sobre el cuello de ella, apretándolo un poco. Permanecieron un rato así. Elena estaba en el paraíso.

Siguió chupándolo hasta que se detuvo. Julio tuvo la repentina necesidad de follarla pero de una manera diferente a lo que solía hacer. Quitó la verga de la boca de Elena, fue hacia los brazos, le quitó los amarres y ayudó a acomodarla. Julio se subió a la cama para unirse con ella estando sobre su cuerpo.

Primero la besó suavemente, mordió su boca, chupó su lengua y siguieron besándose hasta que ella sintió de nuevo la verga de él en su coño. Lo recibió tan caliente y mojada que pensó que se había corrido sin darse cuenta.

La penetró lento y suave, el pene de Julio sintió cada centímetro de las carnes estrechas de Elena. Llevó sus manos al cabello de ella, hundiendo los dedos esas hebras de pelo espeso y castaño. Sus ojos se encontraron al mismo tiempo que sus bocas. Julio siguió empujando, penetrando, sintiendo cada parte con sumo placer.

Siguieron unidos en uno solo por un largo rato hasta que ambos comenzaron a experimentar que estaban cerca de llegar al orgasmo. Elena se aferró a los brazos de él, enterró sus uñas sobre la piel y cerró los ojos para sentir que estaba al borde de la desesperación.

Julio no pudo decirle nada porque también estaba embebido del placer que estaba experimentando en ese momento. Apoyó su cabeza sobre el cuello y llevó sus labios hasta esa parte de piel. Chupó y lamió un poco hasta que le dejó unas cuantas marcas de dientes en el lugar. Sonrió porque le gustó ver que la había marcado.

Elena se aferró aún más hasta que por fin se corrió con su Señor adentro de ella. Empapó la verga de él por completo y se mantuvo en la misma posición porque él también se corrió dentro de ella. La mezcla de los fluidos calientes y

deliciosos hicieron que los dos cayeran abatidos sobre la cama, cansados.

Después de ese momento tan intenso y a pesar de las ganas de no desprenderse del lado de ella, Julio se levantó poco a poco porque pensó que estaba listo para entregarle un símbolo de la relación que tenían. Fue hacia el clóset y sacó una pequeña caja que le extendió al rostro sorprendido de Elena.

-Quiero que llevemos esto al próximo nivel.

Abrió la caja aterciopelada y le mostró una hermosa y sencilla pulsera de plata. Era delgada y resplandeció gracias a la luz de la luna que entraba a la habitación.

-Quiero que seas mi sumisa. Que seas sólo mía.

Ella estaba sorprendida aunque no pudo esconder la alegría que sintió al ver el accesorio. Extendió la mano con suavidad para que él se lo colocara. Al final, se miraron como un par de cómplices.

## VIII

Elena tenía la vista concentrada en la pantalla, mientras tecleaba sin parar. Su jefe estaba ansioso porque pronto lanzarían una nueva de software de diseño y, aunque las pruebas salieron bien, no podía esconder que se encontraba preocupado.

Ella, por otro lado, estaba más radiante que nunca. Sonreía sin parar a pesar que todavía tenía el mismo trabajo, en la misma oficina con la gente en sus cubículos y oficinas.

Después de la semana con Julio, Elena comprendió que de vez en cuando debía permitirse vivir experiencias que la ayudaran a disfrutar las cosas. Pasó tanto tiempo reprimiéndose cualquier tipo de sentimientos y emociones que, estando con él, a veces no sabía qué hacer. Ahora era diferente porque se permitía ser como quería ser. Sin importar nada, sin sentir arrepentimiento.

Siguió en la misma oficina hasta que cayó la noche. Miró el móvil cuando se percató que había recibido un mensaje de Julio.

-¿Lista para divertirnos?

Ella sonrió y miró la pulsera de plata... Por supuesto que lo estaba.

## *Título 10*

# **El Amigo Dominante de mi Hermano**

## *Sexo Duro y Pasión Prohibida*

### **I**

Salió a la terraza y la encontró desierta. El aire frío de la tarde le hizo dudar por un momento pero ya había tomado la decisión. Apoyó una de sus piernas sobre la mesa de madera que estaba allí y la otra la dejó en el muro no muy lejos de él. Encontró el equilibrio ideal y se sostuvo. Miró hacia abajo y encontró unas pocas personas que hablaban y uno que otro coche que tomaba esa calle para ir hacia la avenida.

Alzó de nuevo una pierna para dejar atrás el obstáculo del pequeño ventanal que emergía del muro no muy alto. Hizo lo mismo con la otra extremidad sin dejar de sostenerse con las manos. Cuando se encontró cómodo, miró sus palmas que estaba sangrando porque, por error, se apoyó con un cactus que tenía cerca. Maldito cactus.

Pero, ¿qué más daba? De todas maneras iba a lanzarse y dejar las vísceras desparramadas por la acera. ¿Qué haría esa gente estaba allí? ¿Habría gritos? ¿Le dolería?

Respiró profundo y el aire frío le hizo doler los pulmones. Se quejó. Llevó la mirada al cielo y había unas cuantas nubes con apenas forma.

-Esta puñetera ciudad ni un cielo decente tiene, joder.

Un policía acaba de salir cuando vio una figura extraña en el tope de un edificio.

-HEY, HEYYY.

El chico salió de su concentración y notó que un gordo vestido de uniforme le hacía señas desde el suelo. Se veía tan ridículo que no pudo evitar reírse. Sin embargo, dejó de hacerlo. El vacío y el miedo volvieron a él.

El sol cayó y en poco tiempo, aquel policía gordo, estaba acompañado por un puñado más. También estaba un camión de bomberos y un grupo de vecinos bastante alarmados. El chaval alto y flacucho, se moría de frío y hambre.

-Pronto va a terminar todo esto.

Repentinamente, escuchó unos pasos. La imagen de la terraza solitaria quedó en el pasado.

-Hey, chaval. ¿Qué hacéis? Mejor ven conmigo y hablamos, ¿eh?

Apenas lo escuchó. Por culpa suya le había largas al asunto.

-Eh, ven. Seguro tus padres están preocupados por ti.

-No tengo padres. Déjame en paz.

-Vale, vale. ¿Qué ha pasado con ellos?

-No me importa. Déjame en paz.

La voz serena del adolescente tenía desconcertado al policía gordo. En su estrechez de mente, no concebía que los jóvenes fueran infelices. Es más, aquello no existía. Era producto de la televisión. Todo era culpa de la televisión.

Él tanteó con el borde. Se escuchó algo que se rompía y vio como unos pequeños trozos de ladrillo y yeso cayeron lentamente. Fijó la mirada en el descenso pero no oír más necedades.

-Venga, tío. Venga y nos tomamos un café. Hablemos de esto.

-No me gusta el café.

Agudizó los oídos, giró la cabeza y efectivamente había más personas allí. El policía gordo los encabezaba y, al parecer, estaban esperando a alguien más. De seguro algún idiota con intenciones de lavarle el cerebro.

Ya no había cielo para mirar porque todo estaba oscuro. Suspiró y lamentó no tener un cigarro, al menos para disfrutar el sabor amargo de la nicotina.

-¿Quieres?

Volteó con violencia y fue como si le hubieran leído la mente. Alguna mano le extendió una cajetilla con un cigarro sobresaliendo de esta. Dudó por un momento pero las ganas eran demasiadas. Luego de terminar, acabamos con esto.

-Vale.

Era su marca favorita. Sonrió. Colocó el cigarro sobre sus labios cuarteados y se acercó para que lo encendieran.

-Con una noche así hace falta esto, ¿no?

Asintió y exhaló el humo. Sintió un poco cómo le quemaba la garganta. Cómo le gustaba esa sensación.

-A ver, ¿qué haces en una noche como esta?

-¿Qué haces tú?

-Ja, ja, ja. Bien, haré el intento de que no saltes.

-Suerte.

-Gracias. Pero, ¿me permites una pregunta?

A ese punto del día, el chico accedió. No supo si era por el hambre o por el sueño. O por las dos. Así que asintió y suspiró.

-Todo esto es una mierda. ¿Sabes? Llevo mucho tiempo pensando en esto y creo que es la mejor solución para todo.

El joven policía tomó un envase vacío para dejar las cenizas. Se lo acercó al chico y lo dejó cerca. No respondió inmediatamente hasta que finalmente rompió el silencio.

-Sí. Todo es una mierda. De hecho, me levanté esta mañana y lo único que he visto ha sido algún tío que mató a un grupo de niños porque se levantó con el pie izquierdo o el presidente que dice gilipolladas. Hombre, qué pesao’.

El adolescente estudió la cara del hombre y sintió sincera sus palabras.

-Pero luego veo a mi hijo. Es un chiquillo de seis meses. Gordito y rosado, como un pan. Cada vez que lo veo, me da miedo que crezca en un mundo como este pero luego me doy cuenta que puedo ayudarlo a hacerlo un lugar menos miserable. Mi padre me enseñó lo mismo.

-Suena interesante...



Por supuesto que para él no lo era.

-Lo sé, lo sé. Suena mucho a libro de autoayuda pero es así. Soy un sentimental, qué quieres que te diga.

El chico había hablado más en ese rato que todos esos días. De hecho, se sintió cómodo a tal punto que dejó ese borde para estar al otro lado del muro aunque todavía podía lanzarse al vacío estando allí.

Un segundo cigarro y ya casi eran amigos. Se escuchaban risas aunque los bomberos dispusieron de una gran tela para recibir el chaval por si las cosas salían mal.

-Mis padres murieron en una redada. Solían lavar dinero. Lo único que tengo en mi mente son los sonidos de las balas y el olor de la sangre.

-Lo siento mucho.

-No te preocupes. Ellos fueron los que decidieron su destino aunque fueron unos ilusos al pensar que quizás se saldrían con la suya, ¿no crees?

El tono sarcástico le valió al policía entender que ciertamente el chico estaba pasando por un momento muy difícil. Años de carrera no fueron suficientes para decir las palabras correctas. Simplemente no las había.

-Estoy cansado de eso. Me duelen las piernas, tengo hambre y quiero dormir.

-Aquí hay cerca un lugar que preparan unas hamburguesas deliciosas y si eso no te llama la atención, pues el café también es estupendo. ¿Qué dices? Yo pago.

Le vio el brillo de esperanza en sus ojos y le esquivó la mirada. Volvió a concentrarse en el horizonte. Tiró la colilla por los aires y el destello de naranja dibujó un patrón casi dulce en el aire.

-Lo siento.

-NOOOOOOOO.

Cerró los ojos. Sintió su cuerpo más pesado y más rápido. Ese micro instante se sintió fascinado por la gravedad y esas clases de física las cuales no les prestó atención. Fue como imaginó.

Max quedó inconsciente antes de rebotar contra la gran tela gruesa que los esperaba. Los bomberos, cerca de una veintena, lo dejaron despacio en el suelo y luego lo tomaron para llevarlo en una camilla. Tenía síntomas de

shock. Lo último que recordó fue el sonido de las sirenas.

El chico pasó varios días en el hospital. Aunque no sufrió ningún golpe o herida, no había despertado desde el momento en que ingresó.

Despertó un día con el cuerpo cansado y la mente en blanco. La idea del suicidio ya no le bailaba entre las neuronas. Comenzó a desconectarse los tubos y agujas hasta que sintió que alguien se le acercó.

Otro chaval más o menos de su edad. Tan alto como él pero más fornido. Rubio y con los ojos grises más tristes que jamás había visto.

-Me llamo Joe.

-¿Qué quieres?

-Que vengas conmigo.

Max no tenía qué perder. No tenía familia ni amigos, así que todo le daba igual. Removió la última aguja del brazo y buscó su ropa que se encontraba en un casillero. Los dos no decían palabra, era como si más bien se comunicaran de otra manera. Salieron juntos de la sala sin que algún alma lo notara.

Desde ese día, Max se convirtió en un recluta más de una organización criminal por un gesto de solidaridad hacia un chico atormentado. El jefe de ese grupo, era uno de los espectadores que se encontraban el día con él tanteaba con la idea de acabar con su vida.

Pensó que le faltaba más bien enfocar la mente y que un trabajo era la mejor opción. Por eso, envió a Joe para invitarlo a formar parte de la organización. Esperó ansiosamente hasta que el chico pudiera recuperarse.

Al asomarse ese recuerdo, Max ríe para sí mismo. Su imagen de chaval flacucho flaco y alto, con ojeras y desesperanzado le hizo pensar en lo mucho que había cambiado. Se levantó de la silla para servirse un trago. Aunque el cielo de la noche se veía despejado, deseaba quedarse en ese lugar cálido por un rato más.

Max ya no tenía la expresión de miedo o cansancio que alguna vez tuvo. Su cuerpo también dio muestras de cambio. Ahora era mucho más alto, de textura fuerte, el cabello largo hasta las clavículas, la barba de tres días y los ojos azules con aire ausente.

Los años le quebraron la inocencia y le forjaron el carácter. Se volvió más

distante pero también más eficaz a la hora de hacer su trabajo. Así fue que se convirtió en el sicario más letal de la organización. Incluso, llegaron a describirlo de “pura voluntad y concentración”. Por lo que no era buena idea cruzarse en su camino. Gracias a su temperamento frío y controlado, era capaz de manejar cualquier inconveniente e imprevisto.

Caso contrario a Joe. De hecho, él se volvió volátil, mujeriego y predecible. Dos puntos débiles que le jugaban en contra en cualquier situación. Por suerte, la amistad con Max le ayudó a centrarse más en las misiones que le correspondían.

A pesar de ser dos personas opuestas y con pasados tan diferentes, habían encontrado la forma de ayudarse y apoyarse mutuamente.

## II

Max era prácticamente una especie de sombra. No tenía identificación alguna más allá que su nombre y sus gustos eran más bien reservados. Le gustaba hacer paseos en motocicleta y solía estacionar en una colina para fumar un pitillo y bajar hasta su apartamento. No le gustaba beber ni enredarse sentimentalmente. Su poca capacidad emocional no le daba lo suficiente como para hacerlo. Sin embargo, él tenía un detalle mucho más oculto que lo demás.

Descubrió que era Dominante un día que tuvo un encuentro sexual con una de las chicas que frecuentaba el grupo. Ella no paraba de mirarlo y él no sabía cómo responder ante las insinuaciones. Aún era un chaval que no sabía muy bien qué hacer con su vida.

Mientras todos estaban sentados jugando póker, Max salió a fumar para despejarse la mente. Estaba inmerso en la nada cuando sintió la mano cálida de una rubia tan alta como él. Tenía puesto un muy seductor vestido rojo que cubría parte de sus muslos a duras penas. Un escote profundo que dejaba ver sus grandes y redondos senos y una sonrisa que lo aplastó en un primer momento.

-¿Por qué tan solo?

-Me gusta estarlo.

-¿De verdad?

-Sí. A veces es bueno estarlo.

-Tienes razón, allá hay mucho escándalo y apenas podía tolerar el ruido.

Max comenzó a sentirse nervioso, por lo general no tenía una conversación muy extensa con nadie y menos con una mujer. Ella, sin embargo, siguió interesada en él a pesar de la actitud fría y distante.

Dio un paso hacia adelante y él percibió el aroma de su cabello y cuello. Era frutal y cítrico. De cerca pudo observar el color de los ojos así como la forma de sus labios. Se veía dulce y también muy sensual.

-¿Por qué no me invitas un trago?

-V-vale. ¿Qué te apetece?

-Esto...

Con sus finos dedos, rozó la mano de Max la cual sostenía una botella de cerveza. Cedió y la observó cómo bebió. Quedó atontado con la gracia con que lo hizo.

-¿Vives aquí?

-Oh no. A unas cuantas calles de aquí.

-¿Por qué no vamos a tu sitio? Podríamos estar un poco más tranquilos, ¿no crees?

Después de tomar un gran trago de cerveza, asintió.

Los dos entraron a la sala. El olor a habanos, licor y perfume barato hicieron que el ambiente se volviera denso y hasta difícil de respirar. Las miradas de los asistentes quedaron fijos en el chaval tímido y la mujer que iba con él. Rieron un poco. En ese instante, Max sintió la urgencia de enterrar la cabeza en el suelo.

-Mucha suerte, tío, porque esta mujer acabará contigo.

Ella, de pie junto él, le tomó la mano y le hizo un guiño. Por un momento tuvo una expresión de disgusto que supo disimular muy bien.

Salieron entonces y el frío se sintió casi de inmediato. La mujer tomó su abrigo y él se colocó la chaqueta de cuero. Avanzó unos cuantos pasos y ella lo observó desde lejos. Sí, era tímido pero vaya que era atractivo, aunque quizás no estaba muy consciente de ello.

El sonido de los motes de la moto, la emocionaron e inmediatamente rodeó su torso con sus finos brazos. Max se sintió como el hombre más poderoso del mundo.

No pasó mucho rato hasta que llegaron a la casa de este. Se trataba más bien de un pequeño edificio con seis pisos. Aparcó al frente y ayudó a su acompañante a bajar. Al darse cuenta que no sabía su nombre, tomó un poco de valor para preguntarle.

-Sé que eso sonará un poco tonto pero no sé cómo te llamas.

Ella sonrió y lo miró fijamente.

-Como das buena vibra te diré mi verdadero nombre pero eso sí, que quede entre los dos, ¿vale?

-Vale.

-Laura. Soy Laura.

A pesar de quedarse en silencio, no se sintieron incómodos.

-Venga que está haciendo frío.

Laura miró de reojo a Max. No le pareció bruto ni tosco como los demás. De hecho, percibió nobleza y sinceridad de su parte. No obstante, tenía que guardar cierta distancia porque así son los chicos de la mafia.

La entrada era limpia y ordenada. No había lujos pero eso era un mínimo detalle. Estaba allí para tener un poco de sexo y listo.

Max, mientras tanto, se sintió más ansioso que nunca. Sus experiencias pasadas le resultaron frustrantes básicamente porque no se sentía completamente cómodo. Algo dentro de él le pedía tener el control de la situación, algo que le hacía pensar en la urgencia del poder. Pero ese concepto abstracto no se terminaba de aclarar por lo que trató en lo posible de evitar cualquier tipo de relaciones. Esta, sin embargo, era una clara excepción.

Después que las puertas de los elevadores se abrieran, él avanzó por un pasillo con luz tenue. Laura estaba un poco asustada a pesar de ser una mujer que había experimentado cualquier tipo de situaciones. Se relajó un poco cuando lo vio sonreír.

Luego de hacerle un truco a la cerradura oxidada, Max abrió la puerta. Su piso era mínimo y oscuro. Además, tenía una decoración bastante frugal. Un sofá y un sillón de cuero gastado, una lámpara alta y un triste afiche de The Doors que más bien parecía tapar algún desperfecto de la pared. Sin embargo, todo se veía ordenado. No había ropa ni basura.

-¿Quieres algo de beber?

-Sólo agua, por favor.

La cocina era abierta y con un aspecto un poco más moderno. Laura aprovechó los minutos a solas para pasearse un poco por el lugar. Le pareció graciosa la ausencia de decoración pero encontró la razón por la cual él se decidió por un lugar como ese. Había una serie de ventanales cuya vista daba hacia una colina y, desde allí, era posible ver gran parte de la ciudad.

Ella se acercó un poco y pudo ver las minúsculas luces que brillaban. Estaba

encantada. De repente, sintió la presencia de él detrás.

-Aquí tienes.

-Gracias.

Tomó el vaso de manera tal que quedaron de frente. Laura bebió sin dejar de verlo. Sus ojos eran penetrantes aunque aquello no intimidaba a Max. Más bien le hacía sentir que estaba muy cerca de dejar libre ese animal que vivía dentro de él.

Se acercó a ella con actitud segura, apartó el vaso de su mano y fijó la mirada en sus labios carnosos. Finalmente, la besó y ella internamente agradeció que finalmente se rompiera la tensión.

Laura rodeó el cuello y parte de los hombros de Max. Él tomó su cintura llevándola hacia su cuerpo. Sintió el calor y la suavidad de sus pechos.

El beso se volvió más intenso y fuerte por lo que se detuvo un momento, sostuvo su mano y la llevó hacia la habitación. Laura lo siguió y se encontró con un espacio grande y con una cama que se veía cómoda.

-Antes, debo decirte algo.

La expresión de miedo y sorpresa le hicieron acotar rápidamente lo que quería terminar de decir.

-Me gusta tener el control aunque, si te soy sincero, no lo he hecho como tal aunque siento que estaría siendo franco contigo si oculto algo así. No puedo más... Sin embargo, entenderé si esto es extraño para ti. También lo sería para mí.

Laura siguió observándolo y luego asintió.

-Claro que entiendo. Entonces, haz conmigo lo que quieras.

-¿Estás hablando en serio?

-Claro que sí.

Se sintió emocionado pero también desconcertado. Tenía una oportunidad de oro pero no sabía por dónde empezar.

Como si estuviera leyendo su mente, Laura lo besó para que él se dejara llevar y así pudieran continuar con lo que hacían en la sala.

En efecto, Max experimentó una especie de calor que parecía nacer en el

centro de su cuerpo. La tomó entre sus brazos con una fuerza impresionante. Tanta que hasta ella pareció impresionada pero recordó las palabras que le había dicho. Ahora sólo quedaba entregarse a él por entero.

Llevó sus manos hasta sus nalgas apretándolas con intensidad. Su lengua fue dentro de su boca y, de vez en cuando, sus dientes mordían sus labios. La tocaba y manoseaba a su antojo por lo que comenzó a sentir confianza de verdad. Aquella timidez quedó borrada de la faz de la tierra y la evidencia era esa especie de fuerza que emanaba de sus ojos azules.

Laura no supo en qué momento él le quitó el vestido pero si sintió cómo su cuerpo era guiado hasta la superficie mullida de la cama. Sus pechos quedaron liberados de la prisión de la ropa y su entrepierna, cubierta por el encaje de los calzones, desapareció apenas sintió los dedos de Max que lo buscaban para quitarlos del camino. Rió un poco. El chaval encorvado se había transformado en una especie de bestia.

Él, sumido en su nueva identidad, tomó las muñecas de la chica para colocarlas sobre su cabeza. Volvió a besarla y pensó que sería buena idea estimularle el clítoris. Quería ver qué tanto podía resistir aquello.

Primero lo hizo suavemente y sintió cómo el cuerpo de ella se retorció un poco. Los gemidos trataban de escapar de su boca. La firmeza que ejercían sus extremidades lo acercaron a lo que siempre quiso.

Eso, sin embargo, fue el principio. Max se alzó sobre la cama y le hizo un gesto a ella para que lo siguiera.

-Arrodíllate.

El tono de voz que empleó para decirle esas palabras la desconcertó un poco, pero también la excitaron. Hizo lo propio y esperó a lo próximo que haría él.

De pie, Max se quitó la chupa y la franela que tenía. Dejó al descubierto la definición de los abdominales y los músculos, lo que dejó en evidencia que era alguien que se preocupaba por su salud.

Bajó el cierre y desabrochó lentamente el botón de su pantalón, para luego apartar la prenda con los pies. Quedó completamente desnudo frente a ella.

Laura pudo ver el tamaño y el grosor del pene de Max. Se veía simplemente exquisito. Aquellas venas, el color bronceado de la piel que lo hacía ver como un dios. Estaba impresionada de lo hermoso que era.



Él se echó el cabello hacia atrás y llevó la mirada hacia ella.

-Chúpalo.

Apenas terminó de escuchar estas palabras cuando abrió para dejar salir la lengua y comenzar a lamer el pene de él. Primero el glande y luego descender por el resto del cuerpo. Lo hacía lentamente porque le gustaba y porque quería saber si ese era el ritmo que él deseaba.

Max hizo unos cuantos gruñidos. Con una de sus manos, tomó la cabeza de Laura para hacerla tragar más. Ella se apoyó entonces de las piernas fuertes de él. Sí. Lo tenía más dentro de su boca que incluso llegó a sentirlo hasta la garganta. Iba hacia adelante y hacia atrás. Lento y rápido. Los movimientos le hicieron sentir más y más desesperado por penetrarla.

Hubo un momento en el que escuchó cómo ella se atragantaba con su pene y decidió sacarlo de entre sus labios. Observó los deliciosos hilos de saliva que caían sobre sus rodillas y parte de sus pechos.

Sus pechos, grandes redondos, con los pezones rosáceos y erectos. Se tambaleaban con ese mismo movimiento de cuerpo y cabeza de ella. Ese mismo que también lo tenía hipnotizado. La hizo levantarse para volver a dejarla sobre la cama. Fue hacia a ella como un animal con ansias de devorar su presa.

Su boca y sus manos fueron directamente sus pechos. Los tomó con fuerza mientras los lamía y los mordía. Laura, mientras, parecía perderse en ese trance de puro placer. Acariciaba el cabello de ese semental.

Siguió haciéndolo hasta que no pudo más, volvió a alzarse pero esta vez con la intención de follarla. Tomó un par de dedos y los introdujo en el interior de su coño húmedo. Masturbó un poco hasta que tomó parte de esos flujos para mojar el glande que ya estaba a punto de explorar. Le sonrió y la penetró haciéndola gritar.

Las manos de Laura se aferraron a las sábanas, tanto que sintió por un momento que sus uñas reventarían. El sentir la carne de Max dentro de ella fue una sensación fuera de este mundo. Empujó su pene de manera decidida hasta que finalmente lo hizo por completo. Permaneció un rato allí y luego comenzó a moverse con intensidad.

Ella mantuvo los ojos cerrados y la boca abierta porque tenía unos cuantos gemidos que no podían salir debido a lo que estaba sintiendo. Era mucho más

de lo que pudo imaginar alguna vez.

Esto, además, le sirvió de oportunidad para que él pudiera tomarle el cuello y apretarlo un poco. Por un momento dudó de esta estrategia pero era demasiado tarde para echarse para atrás. Estaba demasiado excitado y demasiado poseído por ese espíritu insaciable de poder y control.

Sonrió para sus adentros cuando notó el entusiasmo de su compañera y cuando, además, volvió a moverla como si nada para que esta quedara en cuatro.

Observó sus nalgas por un momento. Redondas y firmes, como una fruta jugosa. Tampoco pudo resistirse ante esta imagen y le propinó unas cuantas nalgadas. Su intención, al principio fue el hacerlas con suavidad pero no pudo. Fueron fuertes e intensas... Y deliciosas.

No pasó mucho tiempo después para que volviera a penetrarla. Se sostuvo de sus caderas y las embestidas fueron más rudas que al principio. Sin embargo, en un momento en el que quiso ir un poco más allá, comenzó a masturbarla al mismo tiempo que la follaba. Laura sintió que todo se volvió oscuridad para dejarse vencer por un intenso orgasmo.

Max se sintió sorprendido pero no pudo concentrarse demasiado en esto porque explotó sobre la espalda suave y blanca de Laura. Fue tan increíble que perdió las fuerzas de sus piernas y cayó sobre ella. Ambos, en ese momento, comenzaron a reírse como si fueran unos niños.

Minutos más tarde, luego de limpiarse un poco. Ella se quedó rendida junto a él y Max consideró la idea de encontrarle una definición a lo que acababa de experimentar.

### III

Laura y Max estuvieron juntos en secreto por un tiempo. De hecho, los dos desarrollaron una relación Dominante /sumisa a raíz de las investigaciones de Max. Él, además, sintió un enorme alivio al darse cuenta que había una definición a algo que siempre vivió dentro de su cuerpo y mente.

Aunque los experimentos que hacían los dos los hicieron experimentar sensaciones en todos los niveles, tuvieron que terminar la relación. Laura quería un compromiso serio y dejar de jugar a las escondidas. Max, por otro lado, estaba concentrado en seguir escalando en la organización para ganar más poder y dinero. Era obvio que los dos estaban en direcciones opuestas.

A pesar de la sensación amarga de la separación, Max logró recuperarse con rapidez. Incluso no pensó más en mujeres porque representaban un problema para él. Sin embargo, nunca imaginó lo que le sucedería.

Él y Joe formaron parte de un grupo que estaba organizando el robo a uno de los bancos más importantes del país. A pesar de las protestas y argumentos de Max en contra de la idea, la operación siguió su rumbo.

Joe estaba flipando con lo que haría con el dinero, incluso ya fantaseaba con la idea de ir de vacaciones a una isla del Caribe y comer langostas con champaña.

-Sí, tío. Lo tengo todo aquí, planificado. Después tomaré unas merecidas vacaciones con Sara.

Max nunca escuchó el nombre hasta ese momento.

-¿Sara? ¿La nueva conquista del mes?

-Venga ya, tío. Esto es diferente. Verás, Sara es una tía inteligente y hermosísima. A veces me pregunto cómo hice para estar con una mujer así... Aunque le falta poco para la mayoría de edad.

El resoplido de Max hizo que Joe se enojara un poco.

-Le falta poco, eh. Tampoco es para exagerar. Además, la ves y nunca se te cruzaría por la mente que es...

-... Una adolescente- Se animó a responder con desdén.

-Vale. ¿Qué tal si te la presento un día de estos? Es más, mañana en la noche los chicos se reunirán a jugar póker. ¿Por qué no vas y así la conoces de una vez?

-Ya veremos...

Taciturno como siempre, Max dejó de hablar del tema porque le pareció aburrido. No pudo creer que su amigo se metiera en camisa de once varas por una chiquilla. Por más que pensaba en el asunto, más le indignaba. Por lo tanto, pensó que lo más sano sería dejarlo hasta allí y concentrarse en los puntos débiles de la operación que se haría en los próximos días.

Las insistencias de Joe y las de otros de sus compañeros fueron demasiadas para la poca paciencia de Max. No opuso más resistencia por lo que se encontró un viernes en la noche preparándose para esas tediosas reuniones de juego.

Un par de jeans oscuros, una camiseta negra y la chupa de cuero del mismo color. Ese era su uniforme que de hecho variaba muy poco por cuestiones de practicidad y comodidad.

Tomó las llaves del piso, no el mismo en que llevó a Laura la primera vez, y salió con tranquilidad puesto que no había necesidad de apuro.

Encendió la motocicleta y dio un par de vueltas como para hacerse la idea de que tendría que tener contacto social. Aunque eso lo hacía sentir un poco incómodo, no estaba mal que de vez en cuando hablara con la gente.

El centro de reuniones era un bar irlandés en el centro de la ciudad. El grupo lo reservó para que sólo los miembros pudieran asistir. Max aparcó un poco lejos de la entrada porque todo estaba repleto.

Caminó entonces, tocó la puerta y enseguida escuchó el sonido de las carcajadas y de los vasos y botellas sonando entre sí.

-¡Eh, tío! Finalmente has venido, eh.

Estrechó unas cuantas manos, conversó ligeramente en un par de grupos y luego se sentó en el bar. Para ser sincero, estaba bastante impresionado con el lugar porque no parecía un basurero sino más bien lucía como un sitio agradable y perfecto para pasar el rato.

Justo en el momento en el que iba a tomar la cerveza fría, sintió la mano pesada de Joe sobre su hombro.

-No puedo que estés aquí. Esto es como un milagro, eh.

Max quiso saludar hasta que le golpeó la imagen de una chica que estaba junto a Joe. Era alta, blanca, de ojos negros almendrados y el cabello muy corto pero con el flequillo que tapaba la frente. Tenía un vestido negro y tacones los cuales le hacían ver aún más alta. Ella permaneció detrás de Joe con la expresión tranquila.

-Ella es Sara, mi novia. Recuerdas que te hablé de ella, ¿verdad?

La mano de Sara se encontró con la de Max. Ambos se miraron fijamente como si todo los demás hubiera desaparecido de la tierra.

-Mucho gusto, Max.

-El placer es mío.

Tenía la voz un poco grave y segura. Le pareció extraño que una chica de su edad no se sintiera intimidada al verse rodeada de tipos rudos pero ya después haría tiempo para investigar más al respecto.

-Mi amor, espérame en la mesa de allá, ¿sí? Tengo que hablar un momento con Max.

-Vale.

Dirigió una última mirada Max y caminó hacia el sitio sugerido.

-Venga, ¿qué te parece?

Él tuvo que hacer un esfuerzo para no desbocarse. Era obvio que la encontró atractiva. Bien, más que atractiva. Ciertamente tenía la apariencia de alguien mayor pero no lo era. Para peor, estaba con su amigo así que tuvo que reprimir cualquier instinto que lo delatara.

-Tenías razón. Es muy mona.

-Te lo dije, eh. Es una belleza.

-Ya lo creo. Cuéntame algo, ¿cómo la conociste?

-Es hija de uno de los proveedores del grupo. La vi un día cuando hacíamos negocios con el padre. Me dejó boquiabierto.

-No lo dudo. ¿Él sabe lo de ustedes?

-Por supuesto que no. Me mataría. Aunque, siendo sincero, no me importa. Es

una mujer increíble.

-¿De verdad piensas eso?

-Sí. ¿Sabes? Sé que es muy pronto para decirlo pero así es, así lo siento. Es como si ella me hiciera mejor persona. –Quedó un momento en silencio hasta que continuó- De hecho, pienso retirarme después de lo del banco. Así tendré dinero suficiente para que los dos nos vayamos de aquí.

-Pe-pero si es una menor, Joe. Piensa un poco, hombre.

-Eso lo tengo cubierto, tío. No soy tan tonto.

Le hizo un guiño y trató de tranquilizarse por su amigo. Sin embargo, tenía la sensación de que las cosas no saldrían bien.

La noche transcurrió entre cartas, pool, cervezas y pitillos. Entre toda la bruma del lugar, los ojos de Max y Sara se buscaban y se encontraban. Cualquier oportunidad era ideal para hacerlo.

-Me voy. Gracias, muchachos. Ha sido una noche estupenda pero estoy molido. Además, tenemos que prepararnos para el gran evento.

Todos alzaron botellas y vasos como señal de brindis y que habían entendido la señal de que era mejor el vicio para otra ocasión. Antes de salir, dio un último vistazo al local. Encontró a su amigo hablando dulcemente con la chica. Esta, le hizo una rápida mirada como queriéndole decir algo más.

## IV

Sonó la alarma.

Las 6 de la mañana.

Todavía estaba oscuro cuando Max se despertó. Apagó el reloj y quedó tendido sobre la cama. Miró el techo alto y en ese instante se agudizó el miedo que hacía días estaba sintiendo.

-Tonterías.

Entonces se levantó para tomar un baño.

El piso de otros años no se podía comparar con este. Era un lugar más espacioso y moderno. Incluso, la decoración podía haber impresionado a cualquiera. Ya no había un afiche viejo de The Doors colocado para tapar la filtración, ese problema era inexistente. Ahora las paredes tenían arte abstracto más por una cuestión de adorno que por gusto propio.

Entró al baño y se miró en el espejo. Notó una arruga en el entrecejo. Sin duda era una mala señal.

Siguió examinándose y notó que en los nudillos aún debía retocarse la tinta de las letras tatuadas allí. Lo hizo en forma para intimidar a quien se atreviera ponerse en su camino.

Buscó el iPod y puso Infected Mushroom. Esa música, por extraño que fuera, lo relajaba y lo ayudaba a concentrarse.

Luego de una ducha reparadora, salió con la expresión de concentración. Tenía que tenerla puesta que el día que tenía por delante era un poco fuerte.

Al terminar de secarse, fue al clóset a sacar la ropa. Jeans, jersey y botas negras. En un bolso que tenía aparte, metió un pasamontañas del mismo color, otra muda de ropa y la Glock 17. Su arma favorita.

Se miró en el espejo y se dijo:

-Nos vemos.

Antes, tomó el móvil y verificó si Joe le había escrito. Nada.

Lograron reunirse en un café frente al banco. Después de varias discusiones,

se concluyó que cinco personas eran más que suficiente para la operación. Joe sería el líder así que estaba haciendo toda la logística al respecto.

-Te quiero en la retaguardia, Max. Eres el más habilidoso con las armas.

-Joe, sin muertos. No nos compliquemos más.

-Vale.

-Sin muertos.

-¡Joder! Que sí.

Joe parecía notablemente de malhumor.

-Venga, mejor nos vamos. Tenemos que hacerlo rápido y contundente, ¿entendido?

Todos asintieron y se levantaron tomando sus cosas. Max esperó un momento para hablar a solas con él.

-Tengo un mal presentimiento. ¿Por qué no olvidamos esto? No lo necesitamos.

-Max, yo sí. Ya te dije para qué.

-Por favor, Joe. No exageres.

-Tengo deudas, ¿vale? Y las tengo que pagar rápido. Esto me ayudará.

-¿Por qué no me dijiste antes?

-Porque no quise preocuparte. Lo puedo resolver solo... Eh, es enserio.

Max sacudió la cabeza y quiso adelantarse a él pero Joe lo tomó con fuerza.

-Si pasa algo, cualquier cosa, cuida a Sara.

-¿Pero qué coño hablas?

-Hazlo. Promételo.

-Joder, sí.

-Confío en ti. Sabes que eres como un hermano para mí.

Esas palabras cayeron en él como un peso sobre el pecho. Se abrazaron y cruzaron la calle juntos. El show estaba por comenzar.

El cartel de cerrado cambió por el de abierto así que sería cuestión de tiempo para que llegasen los clientes. Se trató de un día cualquiera cuando un ruido



potente seguido de una espesa cortina de humo, dio espacio para que se manifestara una voz de mando ordenando a los presentes a echarse al suelo y que guardaran la calma.

Una de las mujeres encargadas de la taquilla pareció quedarse congelada hasta que empezó a gritar por su vida.

-CÁLLATE, ESTÚPIDA Y ÉCHATE AL SUELO. VENGA, VENGA YA.

Los ojos llorosos de la mujer y el temblor de sus manos dejaban ver el pánico que sentía en ese momento. Aun así, no se movió permaneció de pie.

Joe volvió a gritarse hasta que sintió que no pudo más, sacó una pistola y le apuntó al corazón.

-SI NO LO HACES TE MATO, ¿ENTENDISTE? ÉCHATE.

Max, en vista de la situación, corrió para mediar el asunto pero fue muy tarde. Se escucharon dos balazos y el cuerpo de la mujer cayó pesadamente al suelo haciendo que el resto comenzara a gritar.

-¿PERO QUÉ COÑO HAS HECHO, TÍO?

Joe pareció fuera de sí mismo. Tardó unos segundos en reaccionar y se acercó a su amigo.

-He hecho lo que debía hacerse. Esta golfa me estaba reventando los huevos.

El ambiente se volvió pesado pero el plan estaba en marcha. No había tiempo que perder.

-¿EN DONDE ESTÁ EL GERENTE? VENGA.

Alzó la mano un hombre robusto y muy colorado.

-Llévame a la bóveda o te vuelo los sesos como a tu amiguita. RÁPIDO.

Max seguía vigilante aunque sabía que la policía no tardaría en llegar.

-RÁPIDO.

Su amigo no escuchaba.

Al estar frente a la bóveda, Joe esperó ansiosamente a que la abrieran.

-A DARLE CAÑA, EH.

El pobre hombre nervioso pudo hacerlo y el suspiro de alivio hizo que el alma le regresara al cuerpo... Pero a Joe no. Joe estaba particularmente alterado y

Max no sabía qué hacer. En comparación con otros días, ese carácter volátil parecía a punto de ebullición.

Le dio un empujón tan fuerte el pobre empleado que este cayó en el suelo aturdido. Ya adentro, hizo un silbido para llamar al resto del grupo.

-Joder, tío, esto está lleno.

-Apúrense que no tenemos tiempo, la poli está en camino. –La voz calmada de Max tenía un dejo de desesperación.

Grandes sacos de tela negra comenzaron a llenarse con pacas de dinero. La velocidad de los brazos y manos del grupo era como ver un baile en perfecta sincronía. Todos, sin embargo, estaban concentrados menos Max quien vigilaba la llegada de las autoridades.

Ese presentimiento, ese frío de desconfianza se hizo realidad cuando observó el destello de la sirena de una de las patrullas. En ese instante, su mente comenzó a maquinarse el plan de escape.

Los ojos se movían con rapidez con el objetivo de detectar las salidas y pasillos que tanto memorizó antes de ese día. Quizás fue el único en hacerlo cosa que tampoco ayudaba mucho en un instante como ese.

-HEY. Basta, mejor síngame que hay una salida lateral y nos dará tiempo para escapar. Venga.

Todos salieron según las instrucciones de Max menos Joe. Hizo caso omiso y siguió moviendo sus brazos con violencia.

-Vamos, tío. Ya está. Ya tenemos suficiente...

Un fuerte ruido seguido por gas pimienta hizo que los dos cayeran al suelo. Max dejó el arma y se concentró en buscar a su amigo.

-VETE, VETE YA. PROMETE QUE LA CUIDARÁS. HAZLO. ARRRGH.

Una especie de mancha gris emergió del humo para tomar el cuerpo de Joe quien parecía haber perdido la consciencia. Max no dejó de ver a su amigo sobre el suelo de granito y, aunque tuvo el impulso de agarrarlo, sabía que no podría hacerlo.

Como pudo se incorporó y salió hacia la única salida disponible. Al encontrarse afuera, cayó al suelo haciendo arcadas gracias a los gases que había inhalado. De repente, alguien lo tomó y perdió el conocimiento.

Max despertó a los dos días. El abrir los ojos representó también el sentir dolor en el pecho y en las piernas. Escuchó pájaros y que quizás todo se trató de un sueño... Pero no fue así.

Trató de levantarse y sintió el pinchazo de una aguja en el brazo. Trató de enfocar hasta que alguien le habló.

-Quédate tranquilo. Aún te estás recuperando de todo el jaleo.

-¿Joe?

-Ya hablaremos de eso. Descansa.

Volvió a quedarse dormido.

Max fue el menos lesionado del grupo aunque tardó más tiempo en volver a la actividad. Esto se debió principalmente al hecho de que no pudo asimilar cómo su amigo y hermano estaba en la prisión.

Sus superiores, según, insistieron tanto como pudieron para absolverlo pero las evidencias fueron abrumadoras. No hubo un ápice de salvación.

Con esto se convirtió en uno de los líderes de la organización por lo que dividía su tiempo en mostrarse implacable mientras pensaba en Joe. ¿Qué podía hacer para ayudarlo? Nada se le ocurría.

De repente recordó la promesa que le hizo: el de cuidar a su novia. Aunque la verdad, no sentía mucha inclinación al respecto. Pero en vista de la situación, era una de las pocas que resultarían útiles.

Gracias a algunos contactos, no fue difícil encontrar la dirección de Sara. Sostuvo las instrucciones en su mano y se prometió a sí mismo que lo haría con premura.

Lo cierto es que pasaron varios meses más. El caso de Joe estaba estancado y la organización pareció darle la espalda. Max, por su parte, decidió visitarlo para verlo y hablar con él.

La cárcel era como un recuerdo lejano para él. Tanto que en ese punto no sabía si se trataba de un momento de su vida que realmente había pasado o una ilusión de su mente. Prefería lo último.

Las rejas se abrieron delante de él y entró con expresión calmada. Durante los juicios recordó escuchar a los testigos hablar sobre un hombre que hizo el intento de calmar la situación pero que no pudo. Se referían a él.

Nadie pudo identificar al resto porque sus identidades estaban protegidas por capas de ropa y por un pasamontañas que habían comprado en una tienda de abarrotes. Le pareció irónico que un trozo de tela era lo que le ayudó a seguir siendo un hombre libre.

Aunque la policía celebró el hecho de capturar a Joe, sus intentos de hacerlo confesar sobre las actividades del grupo fueron inútiles. No hubo trato lo suficientemente atractivo como para hacerlo cambiar de opinión.

-Estúpido. –Se dijo para sus adentros.

Revisaron su ropa y le miraron con recelo los tatuajes de las manos. Él ignoró todo porque lo tomó como una actitud que debían tener los guardias. Siempre en estado de alerta.

Lo dejaron en una habitación con sillas y mesas casi vacía. Sólo estaba una mujer conversando con un tío. La habitación estaba vigilada por cámaras y por más guardias. Sintió que en cualquier momento sufriría de claustrofobia.

El sonido metálico de la puerta lo hizo reaccionar. Las rejas se abrieron y dejaron salir a Joe. Max se levantó con rapidez y sintió la frustración naciéndole en el estómago. Su amigo, su querido amigo, se veía más delgado y pálido. Aquella energía vivaz tan característica de él, abandonó su cuerpo y ahora parecía un zombi.

Trató de disimular y, al encontrarse, se dieron un fuerte y largo abrazo.

-Me hacía falta ver una cara amiga.

-Siento mucho no haber venido antes. Soy un gilipollas.

-Ja, ja, ja. Lo eres.

Le alegró escucharlo reír.

-¿Qué dicen los abogados?

-Que hacen lo que pueden. Ellos piensan que pueden apelar por un episodio de insania. Eso no lo entiendo muy bien pero creo que lo menos mierda es que me ubicaron en una prisión de mediana seguridad.

-Meteré presión.

-No lo hagas. Podrías meterte en problemas.

-Maldita sea, Joe.

-Lo sé. Es mi culpa. Debí escucharte.

Se quedaron en silencio.

-Voy a salir. Lo sé.

Las falsas esperanzas de Joe le hicieron descomponerse aún más. Sabía que no sería así pero no tenía tripas para confrontar la mentira. En ese momento también quiso creerlo.

Hablaron muy poco porque el encontrarse representó el asumir la realidad que tenían frente a ellos. Volvieron a abrazarse y Max salió entre las rejas para encontrarse de nuevo en el dilema.

En la motocicleta, recordó las palabras de Joe antes de irse.

-Cuida a Sara. Es una chica inteligente que merece más que esto. Lo sé.

Sacó la billetera y extrajo el papel con la dirección de la chica. Ya no pudo dar más largas al asunto.

Luego de un par de horas, se encontró en una zona residencial muy agradable. Las calles estaban rodeadas de árboles y arbustos, aceras impolutas y niños corriendo de un lado para el otro. Fachada perfecta para uno de los colaboradores más poderosos de la mafia.

Max aparcó frente a una gran casa de color marfil. La entrada estaba enmarcada con un par de columnas simples y una fuente en el medio. Ese toque de extravagancia típico de los hombres con dinero.

Esperó un poco puesto que no le pareció prudente aparecerse y más cuando no tenía una excusa. En ese momento, vio abrirse la puerta. Se trató de Sara quien tenía una bolsa negra en su mano derecha.

Bajó los pocos escalones de cemento con actitud sombría hasta que se quedó paralizada al ver a Max.

-Hola, Sara.

La voz grave de él la hizo retroceder un poco.

-No vengo hacerte nada. Tranquila.

Su cuerpo se aflojó un poco.

Él la observó desde la motocicleta. Tenía pantalones negros ajustados y una camiseta del mismo color. Unas Converse bastante rotas y unos lentes de sol.

-Lo siento. Desde, bueno... Todos están un poco frenéticos. Apenas pude salir recientemente.

-Entiendo. Estamos pasando por lo mismo.

-¿Lo has visto?

Alzó el rostro y se quitó los lentes. La expresión de cansancio se notó aún más gracias a las ojeras que tenía.

-Sí. Hace poco.

-¿Cómo está?

-Ahí va.

-Siento que tengo la culpa de esto.

-No tiene nada que ver contigo, Sara.

Volvieron a quedarse en silencio.

-A veces tomamos decisiones sin saber realmente las consecuencias.

-Lo sé.

Claro que sabía. Sara era perfectamente consciente del entorno en donde se encontraba. Para ella nada era un misterio.

-He venido para saber cómo estás. Ten, aquí está mi número. Si necesitas algo, llámame o escíbeme. Trataré de ayudarte en lo que pueda.

-Gracias.

Se incorporó y encendió la motocicleta. Ella se echó para atrás. Se despidió con la mano y ya en el camino de regreso, supo que la atracción que sintió la primera vez que la vio, le causaría un conflicto más adelante.

## V

Después de dejar la bolsa en el contenedor de reciclaje, Sara volvió a casa. A diferencia de otros días, su hogar siempre permanecía en silencio por el temor de que algo afectara la ingenua sensación de paz.

Aunque el robo fue una catástrofe, el padre de Sara, llamado “El Proveedor”, pensó que era mejor permanecer bajo perfil durante un tiempo. Ella, mientras, tuvo que lidiar la sorpresa del arresto de Joe.

Lo cierto es que el día anterior tuvo una pelea con él. Le dijo que la relación no tenía sentido, que él actuaba como un chiquillo y que estaba cansada de todo. Por supuesto, Joe no tardó en explotar como la bomba que era.

Pasó meses asumiendo la culpa de lo sucedido. Pasó el tiempo convenciéndose que pudo haber hecho la diferencia. Que pudo callarse pero no. Era necesario decirlo.

Se acostó en la cama también con otro pensamiento en la mente: Max. Al verlo sintió como si el suelo se moviera debajo de sus pies. Inmediatamente recordó la primera vez que lo vio. Esa actitud tranquila, fría, sin que existiese algo que lo perturbara, le atrajo de inmediato.

Luego observó sus ojos azules. Al encontrarse, al mirarse, quiso perderse en él. Fue allí cuando supo que debía dejar de tontear con Joe. Y más cuando se enteró que él y Max eran amigos de la infancia. Debía hacer lo posible para alejarse de todo esa situación.

... Pero pasó lo del banco. La muerte. El robo. Estúpido, Joe.

Llevó sus manos a la cabeza. Se frotó el cabello corto con la esperanza que alguna idea se le manifestara milagrosamente. Escuchó entonces el sonido del papel entre sus dedos.

-El número de Max...

“Llámame”.

Claro que lo haría. Tomó el móvil y guardó el número inmediatamente. Caminó de un lado a otro en la habitación hasta que se animó a escribirle.

-¿Nos vemos más tarde?

Lo dejó sobre la cama con la esperanza en el alma.

-Sí. ¿En dónde?

Respondió él.

-Lo tengo... -Se dijo en un susurro.



## VI

Max dejó el móvil en la mesa de la sala con decepción de su capacidad de respuesta. Pudo esperar un poco más o pudo decir simplemente que no. Pero qué va. Lo hizo casi inmediatamente. Lo peor, además, es que se trataba de la pareja de su mejor amigo.

Se levantó del sofá y se acercó hacia el ventanal. No tomaría demasiado tiempo, sería un encuentro fugaz. Nada del otro mundo. Así que sí, ya basta de invocar problemas en donde no los hay.

Volvió a la calle dirigiéndose a un café en donde concertaron el encuentro. Mantener la situación a escondidas podía traer consecuencias para ambos así que mientras más transparente fueran las cosas, mejor.

Llegó un poco más temprano y se sentó en una mesa un poco alejada del bullicio. Esto del ruido de verdad que lo sacaba de quicio. Cuando estuvo a punto de arrepentirse, escuchó la campanilla de la puerta. Era ella.

Tenía un vestido negro ajustado de algodón, unas botas planas de gamuza cuya caña le cubría parte del muslo. Se veía altiva, segura y seductora. Ya no tenía la espalda encorvada ni la actitud taciturna. Parecía otra persona.

-¡Hola! Lamento llegar tarde.

-Vale, no hay problema. A ver, ¿todo bien?

-Sí. Sólo quería salir de casa. No aguantaba el ambiente.

-Pareces estar animada.

El tono de reproche la enojó un poco.

-Estar encerrada más de seis meses e incomunicada son el epítome de la diversión. Cualquiera estaría encantada tener el miedo calado en los huesos, ¿cierto?

Sara era una chiquilla pero sabía cómo defenderse con todo. Después de la intensidad de su argumento, sintió el calor en las mejillas. Max se sintió culpable porque aún tenía la imagen malograda de su amigo en su mente.

-Lo siento. Creo que todos estamos un poco preocupados por todo.

Sara se quedó en silencio por un momento, hasta que alzó la mirada para

verlo.

-Estaba alegre porque por un momento podía olvidarme lo que estaba pasando en casa.

-¿Has hablado con él?

-No.

-¿Por qué?

Sara no le quiso dar más vueltas al asunto así que confesó la pelea que tuvieron el día anterior del robo. De su boca salió la descripción de la escena, el conflicto y el dolor que sufrieron los dos.

-No sabía lo que iba a pasar después. Lo juro.

Max se quedó pensativo. Eso fue el detonante de aquella conducta errática y sin sentido. Suspiró entre molesto y decepcionado.

-Le dije que no anduviera contigo. Que eso lo afectaría y tenía razón.

Sara dio un resoplido.

-¿Me estás culpando? ¿En serio?

Se sintió herido por él y era obvio que trataba de defenderlo lo más que pudiera.

-Mejor me voy.

-Venga, venga. Lo siento, Sara. Soy un bruto para las relaciones.

-Ya me di cuenta.

Volvió a sentarse a regañadientes y con la mirada fija a la mesa de madera. El café quedó, con el paso de la discusión, quedó repleto de gente y de sonrisas, de celebraciones y de conversaciones alegres. Sólo dos personas estaban lamentando la suerte de estar allí.

Pasó un rato más hasta que volvieran a dirigirse la palabra. Aunque, a pesar de la tensión, de la dureza en el trato, la química que sentían era imposible de negar.

-¿Quiere tomar algo?

-Creo que necesito algo más fuerte. –Respondió ella con tono aliviado.

-Ven, aquí hay un bar que creo que te gustará.

Dejaron la mesa y caminaron unas cuantas calles hasta dar con una estrecha puerta. Al abrir, se encontraron con un gran espacio. La barra, por otro lado, era amplia y con una superficie suave. Se sentaron en un par de bancos y agradecieron el estar en un lugar menos ruidoso.

-Mucho mejor, eh.

-Sin duda.

Dos vasos de Bourbon y unos cuantos cubos de hielo. Suficientes para romper la tensión y volver a empezar.

-¿Tuviste problemas en llegar?

-Digamos que más o menos. Antes hubiera sido imposible. ¿Cómo están las cosas en el grupo?

-Iguales. Manteniendo el bajo perfil.

Continuó la conversación pero con un tono más relajado. Ya no hubo necesidad de hacer comentarios fuertes ni cargados de sarcasmo. Tanto Max como Sara conversaban casi alegremente.

El alcohol fluyó unas cuantas horas más. La prudencia de él pudo más por lo que rechazó la seguidilla de vasos. Ella, por otro lado, tomó un poco más. Era obvio que había pasado demasiado tiempo sin saborear un poco de libertad.

-Creo que ya es hora de llevarte a casa.

-Tienes razón. Ceo que estas horas fuera me ayudaron a recordar que todavía tengo algo de vida.

Él esbozó una sonrisa. Sara sintió que hizo un gran logro.

-No puedo creer lo que acabo de ver. El tío más serio que he conocido jamás sí puede sonreír. Qué bárbaro.

-Claro que puedo. No soy una máquina.

-Ja, ja, ja. Tuve mis dudas al respecto.

Max siempre estuvo preparado para las balas y la sangre, para las órdenes, los puños y el ruido de la sirena. Nació y creció en un entorno que le prometió dolor y pánico. Siempre estuvo preparado para ello pero no para un lado amable de la vida. Joe fue el primer vistazo pero ahora contempló un aspecto muy diferente y que no había visto antes: el de una sonrisa sincera y, de paso,

hermosa.

Esta era muy diferente a la que vio la primera vez. Reflejó a una Sara hermosa pero también auténtica, sin el afán de abrirse paso sobre un montón de matones.

Tragó fuerte y peinó su cabello con la mano.

-¿Nos vamos?

-¡Vale!

Saltó del taburete y se incorporó ante él. Se miraron por un momento. Max tuvo la necesidad de besarla hasta que recordó el rostro de su amigo entre las rejas. Se echó para atrás.

Salieron del bar en silencio. Sara estaba un poco mareada pero lo suficientemente consciente de la situación. También lo estaba de la atracción que había entre los dos así que no quería esperar a que él se decidiera.

Se montaron en la motocicleta. Repartieron los cascos y emprendieron el camino hacia los suburbios.

A pocos metros, Max se aventuró en preguntar:

-¿Estás bien?

-Sí... Sólo que esto me pone casi eufórica. Nunca anduve en moto. ¡Esto es genial!

Max volvió a reírse.

Finalmente llegaron a la entrada de la casa. La noche estaba tranquila y fresca.

Sara bajó con la alegría a flor de piel.

-Estuvo genial. Tienes que admitirlo.

Él se quitó el casco. En el proceso ella lo vio y se quedó concentrada en la forma en cómo lo hizo. En el cabello negro, en las manos gruesas y fuertes, en los ojos azules y en ese rostro enmarcado con esa mandíbula cuadrada. Ella estaba convencida de que lo haría y así fue.

Antes de responder el comentario, él sintió la suavidad de los labios de Sara sobre los suyos. Ella le tomó el rostro con ambas manos mientras que él no supo muy bien cómo reaccionar.

La fidelidad, la lealtad y la promesa que hizo se le mezclaron con el deseo de que ese momento no se acabara nunca. Fue en ese momento en donde sus manos, como teniendo voluntad, propia, fueron hacia su cintura.

Sus bocas se entremezclaron, se unieron, jugaron entre sí. Mordieron los labios y descubrieron que el chispazo que sintieron la primera vez era la premonición de que terminarían así... Aunque claro, esto era sólo el principio.

Max se detuvo. El sentimiento de culpa pudo más y alejó a Sara con un gesto rudo.

-Esto no está bien...

-Lo siento. Es mi culpa.

-No. Yo lo permití.

-Claro que no. Mejor me voy. Gracias por la velada.

Esperó a que entrara a la casa y cayó abatido sobre la motocicleta.

-Esto está mal.

Luego de tragar fuerte, encendió los motores y se fue a máxima velocidad. El viento frío le golpeó la cara desnuda y el pecho. Los ojos le dolían y la boca entreabierta exclamaba maldiciones a sí mismo.

Llegó a edificio en medio de los nervios y la ansiedad. Recordó el aroma de Sara, sus labios, la sonrisa, la cintura y esas piernas largas. Cada detalle alimentó aún más el deseo que sentía por ella.

Subió los escalones de la entrada con rapidez, sacó la tarjeta magnética para abrir las puertas y fue directamente a las puertas de los elevadores. Llevó sus manos a su cabeza hasta cubrirla por completo.

Sin embargo, la vergüenza que sintió quedó desplazada por la lujuria de ese beso, de esas curvas, de esa mirada inocente y sexual. Así que pues que de repente sintió cómo su entrepierna se endureció.

Llegó al piso y sacó las llaves. El temblor de sus manos le impidió hacerlo como de costumbre.

-Joder. VENGA.

Abrió y dio un portazo. Caminó unos cuantos metros. Pensó en su amigo y en esa mujer que debía proteger. Le resultó cómico que después de hacer tanto

reproches, fuera capaz de sentirse así por ella.

-No puedo. No puedo. Es mi amigo, por Dios.

¿Pero qué más daba? Estaba seguro que no lo soltarían, al menos no pronto. Esos pensamientos daban vueltas una y otra vez. Hasta que, finalmente, mandó al diablo todo lo demás.

Lo cierto era que estaba excitado. Mucho, la verdad. Sintió como esa fuerza animal salía de su cuerpo. Fue allí cuando comenzó a desvestirse con violencia. La ropa cayó en el suelo como si resultara una molestia. Entró en la habitación con la respiración agitada y con la mente repleta de Sara.

Se echó sobre la cama y notó lo duro que estaba su pene. Tan duro que estaba en un ángulo perfecto de 90°. Su lado animal pudo más que él y comenzó a masturbarse con fuerza.

Cerró los ojos para concentrarse en ella. En su perfume, en el andar, en la mirada lasciva que se entremezclaba con otras cosas que le resultaron igual de excitantes.

La vio con ese par de botas altas que se veían como una caricia a sus largas piernas. Imaginó que las tocaba lentamente para luego abrirlas de par en par. Sus manos irían hacia arriba para descubrir qué habría entre ellas. Al encontrarse con el lugar indicado, sus dedos rozaron su coño caliente. No tocarla sería un pecado.

Introdujo sus dedos y sintió el calor de sus carnes. Una sensación que fue más allá que cualquier fantasía que pudiera imaginar. Aquello era comparable con los gemidos que hacía. ¿Cómo sonarían? ¿Serían tan suaves como su voz? ¿O intensos? Podría pasar un buen rato imaginando cómo sería todo aquello.

Luego de tocarla hasta hallarse satisfecho, su fantasía fue un poco más allá. La vio acostada en su cama, con las piernas abiertas y con la expresión de urgencia. Esa urgencia que clamaba tenerlo dentro de ella.

Pero todavía no. Aún no. Primero tendría que torturarla un poco, así que lo haría con un fuste. La punta de cuero serviría para estimular su clítoris. Un primer impacto, corto, contundente. Luego otro. Y luego otro. A ese ritmo, aumentó la intensidad hasta que la encontró con los ojos llorosos.

-Pero, pequeña, si aún no termino contigo.

Los azotes se reubicaron en sus muslos finos y delicados. Cada golpe le volvía

la carne roja. El ardor la hizo sentir más excitada porque, por supuesto, a ella le gusta el dolor. Y más cuando se conjuga con el placer.

La volteó, la colocó en cuatro y vio la perfección de su trasero. No pudo evitar tocarlo y sentir la firmeza de los mismos. Acercó su boca y los besó dulcemente y hasta los mordió. Estaba en el cielo con aquella mujer.

Entonces recordó que su misión era disciplinarla, demostrarle quién era el que mandaba. Así que tomó de nuevo el fuste y le dio más azotes en el culo.

-¿Te gusta? Sí, sé que te gusta. A las rameras como tú les gusta esto.

Sonrió al verla agotada, al verla suplicante por él. En ese instante, soltó lo que tenía en la mano y tomó sus caderas para penetrarla desde atrás.

-Serás mía las veces que me dé la gana. Lo sabes, ¿verdad?

Introdujo su pene con una fuerza tal que la hizo gritar. Pero, claro, no le importó, así que no tardó en hacerle más embestidas intensas. Quería probar su aguante y el deseo. Era obvio que el de él iba más allá de lo pensado.

Continuó haciéndolo hasta que le despertaron las ganas de verle a los ojos. Lo sacó de ella y la colocó con la espalda apoyada sobre la cama.

Ese rostro hermoso tenía sudor y lágrimas. Las mejillas estaban encendidas por la excitación. La acarició suavemente y fue hacia ella. Los rostros de los dos estaban muy cerca y en ese momento la volvió a penetrar como el macho que era.

Primero suave y después más rápido. Más fuerte. Sus manos tomaron el cuello y el cabello, sus labios se juntaron con los de ella, sus ojos azules y los de Sara se fundieron en una sola mirada hasta que, por fin, se corrieron al mismo tiempo.

Max quedó sin respiración por unos segundos hasta que abrió los ojos. Sus manos y las sábanas estaban empapadas de sus líquidos. Le costó creer que había experimentado un orgasmo tan potente.

-Joder.

Su mano cayó cerca de su torso y respiró profundamente. Sabía que debía limpiarse pero no había prisa. Luego de unos minutos de letargo, se levantó con energía y buscó el cesto con las toallitas húmedas. Tomó unas cuantas más para limpiar sobre la cama. Al terminar, volvió a acostarse desnudo para

mirar el techo y volver a pensar en Sara.

Recordó la noche que tuvo con ella. Discutieron al principio por lo que nunca se imaginó que terminaría así. Sintió que se le diluía la amistad entre la lujuria que ella le hacía sentir.

Trató de despejar la mente y cerró los ojos.

-Luego me ocupó de esto.



## VII

Pasaron los días y Sara no tenía noticias de Max. Cada vez que recordaba el beso que le dio se sintió como una chiquilla. Pasaba del arrepentimiento a la euforia cada tanto por lo que era difícil decir cómo se sentía.

Pero había algo cierto, estaba segura que ella quería estar con él. El sentir sus manos sobre su cintura, el calor de su aliento sobre ella, el destello de sus ojos azules, la suavidad de su lengua que jugaba sin miedo con la suya. Ese instante en el frío de la noche, supo que quería entregarse a sus brazos lo más pronto posible.

En ese tiempo, miraba el móvil sin parar. Lo tomaba, tecleaba algunas palabras y luego lo dejaba por ahí con el deseo de que se le hiciera algún milagro.

Un día se encontraba en la computadora, mirando videos de cualquier cosa cuando escuchó un pitido. Lo ignoró porque podría tratarse de su padre o de alguna actualización de las aplicaciones. Siguió el pitido hasta que lo encontró fastidioso. Tomó el aparato y cambió su expresión de fastidio a sorpresa.

“Hola, espero que estés bien. Me gustaría que nos viéramos pues para saber cómo andas y eso. ¿Qué dices”.

El corazón le latió con fuerza pero sus dedos se movieron con rapidez.

“Sí. Me encantaría. Dime en dónde nos encontramos”.

Esperó un rato hasta quedaron en encontrarse en el parque central de la ciudad. Lugar ideal para ella por si quería llegar en el subterráneo o por la línea de autobuses que pasaba cerca de casa.

Al acercarse la hora, se paró frente al clóset con el deseo de encontrar la ropa que fuera ideal para impresionarlo. Quería impresionarlo.

Sin embargo, sus planes de usar un vestido atrevido se fueron por la borda al darse cuenta del reporte del tiempo. Las temperaturas descenderían un poco más a pesar de que ya era primavera. Sin embargo, haría el mejor esfuerzo en vista de las circunstancias.

Tomó un par de jeans negros desgatados, las mismas botas altas y suéter tejido color crema con el hombro al descubierto. Arregló su cabello y se pintó

los labios de rojo para mayor impacto. Se echó un último vistazo en el espejo y se encontró conforme con el aspecto.

Tomó el bolso y esperó a que el ánimo fuera tranquilo. Al salir de la habitación, su padre estaba en la sala viendo televisión con un vaso de whiskey en la mano. Tenía los ojos concentrados en la pantalla. Lo miró por un rato hasta decidirse ir a la puerta. En ese instante tuvo el deseo de no volver jamás.

Efectivamente, hizo el frío que esperaba así trató de apretar el paso para llegar a la parada más cercana y así tomar el tren. Aunque era una chica acostumbrada a los lujos de todo tipo, estas situaciones no le resultaban intimidantes.

Sara tenía la cualidad de adaptarse cuando fuera necesario. Esto lo aprendió de la vida agitada que le tocó vivir. A pesar de los esfuerzos de sus padres por mantener el secreto de aquella doble vida, siempre supo a lo que él se dedicaba. Aun sí, guardó silencio para que la armonía familiar no se destruyera.

El día de la discusión, supo que Joe estaba involucrado en una serie de negocios complejos y sumamente peligrosos, más de lo que estaba. Así que tomó la decisión de dejar ese asunto a ese punto para protegerse a sí misma y los suyos. También se animó a pensar en elaborar un plan de escape al otro lado de la tierra... Pero no contó con un detalle, conocer a Max.

Vivir rodeada de chicos malos lujuriosos la convirtieron, de alguna manera, en una chica precoz. Se saltó años de juegos de muñecas y risas inocentes, para cambiarlas por la agudeza de alguien mayor. Esa misma que le permitió infiltrarse entre los círculos importantes de la mafia. Así le sirvió a los propósitos familiares.

Ahora con 18 años tenía un poder importante de decisión. Sin embargo la balanza estaba inclinándose a favor de Max.

Bajó para fundirse con el mar de gente que se dispuso a entrar a una de las estaciones del subterráneo. Como era fin de semana y el destino era un lugar bastante concurrido, tuvo que manejarse con flexibilidad entre los cuerpos.

Tiempo después, se encontró con la animosidad de la ciudad. Las luces brillantes, el tráfico, la gente caminando por las aceras. Aunque le gustaba la tranquilidad del suburbio, no podía esconder la fascinación por el ambiente

urbano.

Caminó unas cuantas calles para encontrarse con el parque. Había un grupo de niños cantando, gente paseando a sus perros y algún instrumento musical que sonaba a lo lejos. El ambiente se sentía ligero, para variar.

Se sentó en un banco a esperarlo, por un lado quería que se tardara un poco para así prepararse un poco mejor pero de a ratos sentía la urgencia de verlo. En medio del dilema, una sombra se acercó por detrás.

-Hola. Disculpa la demora. Olvidé que estos días son una mierda para encontrar un sitio para aparcar.

Se sobresaltó un poco hasta se rió por el nerviosismo. Él al verla así, sonrió un poco.

-Vale, ¿todo bien?

-Oh, sí, sí. Lo que pasa es que tenía la mente en otro lado y bueno, me sorprendí un poco. Ja, ja, ja.

-Vale. ¿Tienes hambre? ¿Se te apetece algo?

-Sí, ¿qué te parece si vamos a Moshi Moshi? Hay uno por aquí cerca.

-Vale, vamos.

Se levantó del banco con entusiasmo y también con la imagen de él sonriéndole. No sabía cómo era posible ser más guapo pero al parecer eso no era problema para Max.

Atravesaron el parque y tomaron un camino que los llevó hacia uno de los barrios más populares para comer. Aunque él no era muy amante de los espacios concurridos, curiosamente no se sentía incómodo.

-Este lugar lo descubrí cuando solía escaparme para aquí. A ver... A ver... ¡Ajá! Mira, es por aquí.

Las calles se volvieron estrechas y la velocidad en la que iba Sara le hizo sentir que estaba a punto de sufrir un ataque de ansiedad. De repente, se encontró de frente de un establecimiento sencillo y poco llamativo. Antes de entrar, vio una pareja muy amorosa salir y fue allí cuando se dio cuenta que la puerta era de madera y de paso, corrediza.

-Particular –Se dijo.

Sara logró adentrarse y apenas lo hizo, sonrió.

-Vaya, tenía tiempo sin venir para aquí. Se siente como regresar a casa.

El restaurante era bastante pequeño, de hecho sólo había espacio para tres mesas para dos personas y la pequeña cocina en donde se preparaban los platillos.

-Ven... Tenemos suerte esta noche, eh.

Escogió la mesa más apartada. Max respiró aliviado. Luego de quitarse los abrigos y acomodarse, él notó el hombro precioso que quedó descubierto por el suéter tejido. Ella interceptó el esto y él hizo el esfuerzo de parecer inocente de toda intención.

-Entonces, ¿así que antes has venido para aquí?

-Sí, sí. Antes solía escaparme mucho de casa y pasaba mucho tiempo deambulando por ahí. Encontré este lugar por casualidad. Recuerdo que nunca había probado nada similar y cuando vine todo me pareció delicioso. Mmm. Déjame ver la carta.

Leyó interesada en lo que había en la lista. Max se contagió de su energía.

-¿Por qué no pides por ambos? Parece que conoces bastante bien el lugar así que depositaré mi confianza en tu buen gusto.

-¡Perfecto! Acepto el reto.

Se levantó de repente y fue hacia la barra para pedir la comida. Desde su puesto, Max tuvo tiempo para observar otras partes de su cuerpo. El brillo de la luz del techo incidía en el hombro, haciéndolo ver brillante y suave.

Su espalda dibujó una silueta delicada hasta terminar con sus nalgas que lucían apetecibles en esos jeans oscuros. Esa misma posición le hizo recordar la fantasía que tuvo la noche anterior, por lo que hizo el esfuerzo de controlar sus impulsos carnales.

-Había un montón de cosas que quería que probaras pero me he decidido por el Chanko Nabe.

-¿Qué es?

-La comida de los sumos. Es una especie de sopa que tiene hongos, bolas de pescado, fideos y más. Es deliciosa. Aunque te advierto, creo que nos sacarán rodando de aquí.

El caldo humeante descendió entre la mirada maravillada de los dos. Un plato de roles de atún y un par de pintas de cerveza.

-Esto se ve increíble.

-Espero que te guste.

Comenzaron a comer y Max entendió que tenía sentido pagar el precio de la multitud para comer aquellos platillos exquisitos. Por un momento pudo olvidar el remordimiento de consciencia y el hecho de ser un criminal. En ese momento era sólo un tío común y corriente que compartía la cena con buena compañía.

Luego de un rato de halagos a la comida, los dos se dejaron vencer sobre la silla con satisfacción.

-Nunca había comido algo así. De verdad, muchas gracias por esto.

-Me encanta que te haya gustado.

Esa Sara era muy diferente a la que conoció. Le pareció realmente dulce y mucho más madura para alguien de su edad.

-Creo que podría levantarme. ¿Nos vamos?

Se levantaron y decidieron caminar por ahí para quemar un poco las calorías que acaban de consumir.

-Me sorprende que una chica como tú haya estado por ahí sola.

-Bueno, era una forma de lidiar las cosas que pasaban en casa. Me funcionó.

-¿Y tus padres?

-Más preocupados por las apariencias que por otras cosas.

-Vale.

Estuvo tentado en preguntarle sobre Joe pero supo que sería poner el dedo en la llaga. Se quedó en silencio y terminaron por sentarse en una plaza.

-Creo que esta es la mejor cita que he tenido hasta ahora.

-¿Te parece que tuvimos una cita?

-Pues sí. Y la he disfrutado muchísimo.

Ella lo miró con esa expresión inocente y de mujer sensual que habitaba en su cuerpo. Dos cosas tan opuestas convivían dentro de ella en perfecta armonía.

Max entendió su mano y acarició su mentón suavemente. La miró un minuto más hasta que por fin se decidió besarla. Sus labios se juntaron como si conocieran de siempre, como si conocieran los movimientos que darían. Esa sensación de sincronización los hizo acercarse aún más, ya sea por el frío que hacía o por la necesidad de fundirse entre sí.

Los brazos de Max, fuertes y decididos, la rodearon y en ese momento Sara la invadió esa impresión de seguridad. Una que nunca había sentido.

No faltó mucho para que sus lenguas también se rozaran y se acariciaran en un círculo interminable de deseo. Sara se separó un poco agitada.

-Quiero quedarme contigo esta noche.

-¿Estás segura?

-Sí... Por favor.

A Max se le manifestó una sombra de duda. No estaba seguro que era lo correcto. No, simplemente no lo era. Sin embargo, ahí estaba ella. Tan dulce, tan sensual, tan suave. Ansiaba probar su carne, romperla. Ansiaba nadar entre sus piernas, lamerla y hacerla gritar... Ansiaba dominarla y hacerla suya hasta el cansancio.

-Por favor...

Insistió con voz suave.

-Vámonos.

Le tomó la mano y caminaron en dirección al parque. En su interior, Sara sabía que Max no era un hombre común y eso era lo que más le gustaba de él.

La algarabía que estaba a su alrededor contrastó con los ánimos que tenían los dos en ese momento. La fuerza del deseo los llevaba por la ciudad como si no hubiera un mañana.

Después de unas cuantas calles, llegaron a un coche. Sara se sorprendió por un momento.

-La moto la dejé. No creí que fuera buena idea salir con ella con el frío que está haciendo, ¿no crees?

-Oh sí, tienes razón.

El coche era un Camaro del 1969. Si bien Max no era el tipo de hombre que

ostentara mujeres o joyas, demostraba su buen gusto en otras cosas.

-Lo encontré en un taller viejo en las afueras y repleto de polvo y óxido. Se convirtió en mi proyecto personal y creo que no ha quedado nada mal.

De hecho estaba más que mejor. Tenía asientos de cuero, techo reformado, vidrios reforzados y pintura que resaltaba los detalles clásicos. Cualquier aficionado a los coches clásicos estaría más que admirado.

En el camino, la tensión sexual entre los dos era cada vez más grande. Pararon en un semáforo en rojo y se miraron. Ella se acercó a él y descendió hasta su entrepierna pero sin dejar de verlo.

Bajó el cierre, desabrochó el pantalón y llevó a su mano hasta el bulto que ya estaba tan duro como una roca. Lo acarició suavemente hasta que lo sacó por completo. El glande, incluso, estaba húmedo.

Sostuvo el cuerpo y al mismo tiempo abrió la boca para lamer su pene. Admiró por un momento las venas que se le formaron gracias a la excitación, observó la ligera curvatura de su miembro. No quiso esperar más tiempo y dio una primera lamida muy despacio. Sintió ese respingo de él y lo hizo por segunda vez.

Continuó lamiéndolo hasta que lo introdujo en su boca por completo. Sus labios percibieron cada textura de ese pene delicioso.

Justo cuando aumentó el ritmo de las lamidas, sintió la mano de él sobre su cabello, acariciándola. De repente, escuchó que se había aparcado en un lado de la calle. Presintió que esto debía ser porque él estuvo a punto de perder el control.

Desde el momento en que sintió su boca sobre su pene, Max tuvo que hacer un enorme esfuerzo por controlarse. Así que mantuvo la mirada al frente, en la vía, para obligarse a seguir adelante hasta que llegó un punto en que no pudo más. Aparcó en un sitio en la autopista lo suficientemente solo como para no preocuparse por si alguien los interrumpía. Luego de hacerlo, se echó un poco para atrás para observarla mejor.

Le resultó excitante la forma en cómo movía su cuerpo al son de un ritmo que le hacía endurecerse más y más. Le gustaba delicioso escuchar las arcadas y el sonido de la saliva recubriendo su pene. Luego de acariciarle el cabello, sus dedos rozaron el cuello. Se sostuvo de allí un rato hasta que la empujó hacia abajo para que fuera más profundamente.

Ella se sostuvo de lo que pudo tener a la mano, cerró los ojos y sólo quiso hacerlo lo suficientemente bien para que él se sintiera al borde de la desesperación. De repente, cuando estuvo a punto de quedarse sin aire, él echó su cuerpo hacia atrás como una forma de frenar las sensaciones.

-Dame un momento... Dios...

Respiraba agitado. Los ojos estaban casi en blanco.

-¿Estás bien?

Él no le respondió, sólo la observó para después darle un beso. Lo hizo con violencia, con pasión. Tomó el volante con ambas manos y pisó el acelerador. Ansiaba ir a casa para hacerla suya.

Gracias a la velocidad, llegaron en poco tiempo. Sara se percató del lugar en donde vivía Max. Un sitio elegante pero no demasiado, de hecho, le llamó la atención que fuera muy diferente a lo que estaba acostumbrada.

Max estuvo prácticamente mudo. La razón era porque sólo tenía en mente en tenerla para sí lo más pronto posible. Mandó al diablo la incomodidad y los remordimientos. No había cabida para pensar demasiado. La quería suya a diera lugar.

No hubo tiempo para detallar el mundo de él, más bien lo poco que ver Sara fue un par de cuadros elegantes de arte abstracto. De resto quedó frente a los ojos azules que parecían estar encendidos.

Esta vez, la boca de Max no fue dulce ni delicada. Fue hacia su cuello para chuparla, para morderla, para marcarla. Pareció estar en un trance. Antes de continuar, la miró para preguntarle:

-¿Estás segura de esto?

-Más que nunca.

-No soy como todos los demás, Sara. Tengo... Ciertas inclinaciones.

-Quiero hacerlo. Hazme tuya.

Volvió a sentirse arrastrado por la lujuria y por ese instinto salvaje que habitaba en él. La besó de nuevo pero con la intención de desnudarla. Cada prenda cayó en el suelo de la sala como si fueran capas que envolvían algo precioso.

Rozó el hombro con un par de dedos, lo besó y se quedó en su cintura,



apretándola, llevándola contra su cuerpo. Al tener su rostro tan cerca de su piel, pudo olerla y sentirse como si estuviera en el paraíso.

Después la vio desnuda. Observó su piel clara y la sensualidad de sus ojos que lo llamaban a gritos. La cintura pequeña, los pezones erectos y esas piernas que podrían ser la perdición para cualquier mortal.

La cargó y la llevó a la habitación. Ella permaneció en silencio, con la cabeza apoyada sobre su pecho.

Dejó su humanidad sobre la cama amplia y ancha. La suavidad de las sábanas la hicieron sentir como si reposara sobre unas nubes.

Él se quedó de pie y comenzó a desvestirse. Para Sara, la ropa no le hacía justicia, ni un poquito. Era alto, fornido. El cabello y los ojos negros acentuaban esa aura de misterio, su torso parecía tallado por un escultor, sus muslos y piernas lucían de piedra pero sin duda era sus ojos con ese azul intenso y penetrante la que la hacía sentirse atravesada por el deseo.

La dejó allí por un momento. Ella quedó consumida por el suspenso de su repentina desaparición.

Al dejar la ropa, Max también dejó cualquier intención de reprimir su ser Dominante. Sin embargo, había un detalle, Sara no sabía esa faceta de él así que tendría que hacer alguna alternativa que le permitiera hacerla suya y que complaciera sus impulsos.

Aprovechó la oscuridad y se acercó a un mueble de madera que se encontraba junto al clóset. A primera vista, daba la impresión de que se trataba de algún mueble decorativo, de hecho, no se le veían ninguna abertura. Era perfectamente cuadrado y con algunos detalles en la superficie. Sin embargo, Max ajustó unas cuantas piezas que pasarían desapercibidas a cualquier persona. Un rápido movimiento y se abrió un compartimiento. Allí se encontraban una serie de cuerdas de todas las texturas y colores. Tomó unas cuantas para decidir cuál sería la indicada. Luego, volvió a cerrar. Por los momentos con eso bastaría.

Sara sintió de nuevo la presencia de Max y, aunque estaba contenta de verlo, observó algo que sujetaba sus manos.

Él se acercó más hacia una fuente de luz y dejó ver su rostro concentrado y más inexpresivo que de costumbre.

-¿Está bien si quiero amarrarte?

Ella contuvo el aliento hasta que pudo contestar.

-Sí, hazlo.

-Lo haré con cuidado. Lo prometo.

Asintió y casi inmediatamente sintió las manos de él sobre sus muñecas. Las puso sobre su cabeza. Después separó las piernas con delicadeza. Dos fracciones de cuerda irían para amarrar los tobillos. Al final, sus extremidades, a excepción de los brazos, quedaron extendidas sobre la cama.

-Cierra los ojos.

Así lo hizo con un poco de miedo en el pecho.

Max se acercó a ella y dio un pequeño soplo sobre el cuello. Ese estímulo fue suficiente para que todo su cuerpo se estremeciera. La piel erizada y los pezones aún más endurecidos, eso era lo que él estaba buscando.

Sus manos se pasearon por los hombros, los pechos y la cintura. La acariciaba suavemente, la preparaba para castigarla después.

Siguió acariciándola hasta que terminó en su entrepierna. Gracias a las piernas extendidas, advirtió el calor que se desprendía de su coño. Otro ligero roce entre los labios vaginales, uno muy suave para notar la humedad. Siguió tocando hasta que la comenzó a masturbar.

El clítoris jugoso, rosáceo, como un botón de flor, se veía perfecto y tentador. Entre las caricias, se escuchaban los gemidos y súplicas de Sara. Cuando podía abrir los ojos, quedaba más atontada ante los placeres que él le hacía sentir. Esa fuerza marcada en sus brazos, esa manera de mirarla. Quería más.

Max introdujo los dedos para sentir la estrechez de ese coño. Estaba más y más excitado por lo que no pudo evitar inclinarse para también estimularla con su lengua. Tal y como lo imaginó, el sabor lo llevó a la gloria.

Siguió estimulándola al mismo tiempo hasta que sus manos, como actuando con voluntad propia, tomaron sus muslos y para quedarse allí, chupándola un buen rato.

La textura de su coño más el calor que desprendía, era una combinación que lo convenció aún más que las fantasías podían hacerse realidad y que esta, además, podía superar cualquier cosa.

Desde el primer momento en el que la probó supo que se quedaría allí por mucho tiempo, quería que así fuera pero había mucho más que quería explorar así que no paró.

Sara estaba a punto de explotar, le suplicó que parara, que tuviera piedad con ella. Pero, por supuesto, esas palabras no tuvieron ningún sentido para él. Se quedó absorto en lo que saboreaba sus labios hasta que se levantó para respirar un poco. Sara, mientras, tenía las mejillas encendidas y la frente perlada por el sudor. Su cuerpo desnudo, tan bello y tan perfecto, parecía una perla.

Max pensó en azotarla, en abrirle la carne, en hacerla sufrir. Pero tenía que calmar los bríos. Por lo que peinó su cabellera salvaje y se dispuso a dar unos cuantos golpecitos a la vagina con la intención de excitarla aún más. Todo eso mientras la miraba a los ojos.

Le gustaba verla retorcerse en su propio placer, le gustaba ver esa expresión de súplica, de esas que no serían respondidas por más insistentes que fueran.

Esperó un poco más hasta que su pene pareció que iba a explotar. Se alzó y la penetró lenta pero profundamente. La cara de Sara, justo en ese momento, se transformó en una obra de arte que mezclaba placer y lujuria al máximo.

Él se sostuvo de la cintura y comenzó a hacer un movimiento uniforme que permitió golpear su pelvis contra la de ella. Sus brazos estaban apoyados sobre la cama, marcando cada músculo y cada vena que brotaba de ese deseo reprimido y que por fin veía la luz.

Se inclinó un poco hacia un lado con la finalidad de tomarle el cuello. Lo hizo con el afán de control pero sin olvidar la fragilidad de ella que apenas conocía los primeros pasos del BDSM.

Así estuvo, dentro de ella por un rato largo. Desconoció por cuánto. Sólo estaba concentrado en ese calor que abrasaba su pene, esa carne dulce y joven que estaba dispuesta a él de manera incondicional, ese rostro divino, esos labios gruesos y tentadores, esos ojos que lo miraban y adoraban. Porque sí. Porque él sabía que dentro de ella vivía la sumisa perfecta.

Dejó de moverse para luego desatar los amarres de sus tobillos. Sara permaneció en suspenso hasta que notó que el cambio de posición. Su cuerpo quedó tendido de lado quedando de perfil. Max alzó una de sus piernas y comenzó a acariciarla con cuidado y delicadeza. Pero, de un momento a otro,

sintió de nuevo la presión deliciosa del pene de Max dentro de ella.

Dicha posición resultó ser increíblemente placentera para los dos ya que podían sentir cada parte pero en grado superlativo.

Sara mantuvo los ojos cerrados, con la esperanza de aferrarse a esas sensaciones tanto como pudiera. Max, por su parte, podía regular la intensidad de la penetración y también disfrutar de dar unas cuantas nalgadas para llevarla más cerca al orgasmo.

Siguió penetrándola pero fue de suave a muy rápido y duro. Tanto así que tuvo que sostenerse de las cuerdas que la ataban. Max continuó hasta que llevó su pulgar y lo colocó sobre el clítoris de ella para masturbarla un poco. El ritmo fuerte más la estimulación, fueron demasiado para Sara quien, entre sollozos, le suplicó a Max.

-Por favor... Por favor.

-¿Por favor qué?

-Déjame correrme... Por favor.

-¿Cuánto lo quieres?

Su voz se volvió más grave, más severa.

-Mucho. Demasiado...

-Dime "señor".

-Señor...

Max adoraba esas palabras, adoraba sentirse poderoso, viril. Le tomó la pierna con fuerza y continuó follándola como el macho que era. De repente, ese cuerpo dulce comenzó a estremecerse.

-Dámelo todo...

-Sí... Sí, señor.

Bastó para que lo hiciera con pasión para que, al final, ella se deshiciera en la cama.

Sara sintió en ese instante, que su cuerpo y mente eran dos entes que flotaban por los aires. Gracias a sus párpados cerrados, viajó por la oscuridad y el orgasmo hasta que perdió la consciencia por unos segundos.

Al verla abatida y feliz, Max se sacó su pene. La observó en silencio mientras descansaba entre las sábanas. Aún estaba con la excitación al máximo. En ese momento, Sara abrió los ojos y sonrió.

-Lléname toda de ti. –Le dijo entre susurros.

Se acercó para darle un beso intenso y sujetó su pene para masturbarse. La rigidez no había cedido sino más bien lo contrario. Estaba tan duro como una roca. Para provocarlo aún más, Sara se acomodó y abrió las piernas.

Con sus finos dedos, rozó su clítoris con un gesto delicado y dulce. Él pareció ensimismado con la belleza de Sara, con la silueta y con las formas de hacer las cosas. Esas mismas que lo hechizaron en un primer momento.

Explotó entonces sobre su torso. Las gotas de semen se esparcieron por ella y hasta la cama. Luego de caer sobre su cuerpo, ella lo recibió entre sus brazos, sintiendo el corazón que le latía a mil por hora. Le besó la cabeza y permanecieron así un buen rato.

Ella dormitaba para cuando él, finalmente, se levantó. Lo hizo con cuidado para no incomodarla. Encendió la luz del baño y se encontró con su reflejo. Lo primero que pensó fue en que necesitaba afeitarse urgentemente, ese aspecto lo hizo sentirse como indigente.

Luego de aquella sesión de vanidad, se observó con más detalle. Escudriñó sus rasgos, las heridas por el trabajo, el cansancio debajo de sus ojos y unas cuantas arrugas producto del estrés. Más allá de todo eso, parecía que algo por fin se había liberado y que ya no había vuelta atrás.

Volvió a asomarse por la puerta y Sara todavía dormía. Tomó algunas toallitas húmedas y las llevó a la habitación para limpiarla. Al llegar, la posición en la que dormía le recordó el cuadro de Venus sobre el mar.

Más cerca todavía, se percató de esa expresión calma, imperturbable. Le acarició el rostro y la dejó allí.

Caminó hasta la cocina y la luz de la nevera irrumpió la completa oscuridad del piso. A pesar de la comida que tuvieron, le apeteció algo dulce así que sacó una caja de pequeños bocados de cheesecake de Philadelphia. Esos mismos que comía cuando era niño.

Sacó un par y se sentó en la encimera. La luna llena iluminaba casi toda la sala por lo que pudo observar con detalle cada una de sus cosas. Los sofás y sillas,

las paredes decoradas con arte abstracto que más bien eran símbolos para recordarle que tenía que hacer lo posible para caer en la miseria.

Devoró uno de los bocaditos con rapidez y se dispuso a abrir el otro cuando decidió que le contaría su doble vida a Sara... ¿O mejor esperar? Apenas compartieron una noche de lujuria, eso no quería decir que sería así todo el tiempo. No obstante, le pareció más que claro la conexión que tenían, ese magnetismo obvio desde el primer instante. ¿Por qué seguir negándolo?

Volvió a quedarse pensativo, saboreando el sirope de fresa con regusto a artificial. Permaneció allí un rato más hasta que el cansancio convenció a su cuerpo que era hora de dormir.

De regreso, Sara todavía dormía así que se acostó con el cuidado de no despertarla. A pesar de las mujeres y de las experiencias cortas en las relaciones, Max tuvo la impresión de sentirse cómodo. Más de lo que había pensado en algún momento.

## VIII

A lo lejos, se escuchaba I'm Too Afraid To Love You de The Black Keys, el sonido de la voz de Dan Auerbach sirvió como de despertador para Max. Él abrió los ojos y se encontró sólo en la cama.

Tanteó entre las sábanas para asegurarse. Se levantó violentamente y por un momento sintió que todo aquello que había vivido se trató de un sueño. Fue al clóset y tomó un par de pantalones de pijamas. Estaba todavía un poco confundido.

Al ir a la cocina, se topó con una taza de café caliente y con la sonrisa de Sara.

-¡Buenos días! Hasta hace poco me desperté y bueno, pensé que prepararte un poco de café no sería mala idea. ¿Está bien?

Se rascó la cabeza y asintió animado.

-¿Cuánto quieres de azúcar?

-Dos, por favor.

Ella comenzó a servir con aire de naturalidad, como si aquello lo hicieran todos los días. Max la miraba un poco desconcertado porque era obvio que no estaba acostumbrado a ese tipo de escenas. Siempre solo, siempre taciturno y ahora tenía compañía.

-Gracias.

-De nada... Oye, en un rato debo irme a casa. ¿Sabes si...

-Yo te llevo. No te preocupes por eso. Me tomo esto, me visto y salimos.

-Vale.

Antes de terminar la miro fijamente.

-... Así en el camino te comento algo que es importante para mí.

Sara esperó que Max terminara el café para levantarse.

-Me cambio rápido.

-Vale.

Se quedó sentado, tonteando con el móvil hasta que recordó que dentro de poco debía visitar a Joe. Esa sensación de culpa que había logrado espantar un poco, de nuevo se manifestó y cayó sobre él como una ola.

Pero bien, no había que alarmarse, más bien esto es una aventura por lo que no duraría demasiado. Se convenció a sí mismo que todo estaba bajo control por lo que terminó de espabilarse y fue hacia su habitación.

Al entrar, se topó con Sara quien terminaba de vestirse. Él la miró por un rato y pensó que sería mejor verla con algo suyo.

-Espera un momento.

-Vale.

Se acercó a uno de sus cajones y tomó una franela algo vieja pero que ya le quedaba pequeña.

-Ten, ponte esto. El día parece que está un poco más cálido así que creo que no tendrías problemas.

-¿Trentemoller?

-Ah, sí, sí. Es un artista de música electrónica. Fue de uno de sus presentaciones.

-Vaya que sí tienes facetas interesantes, eh.

-Todos las tenemos.

Ella pareció sonrojarse.

-Bien, ya me cambio y nos vamos.

Tomó un par de jeans, una camiseta y un jersey por si hacía frío. Se echó un poco de agua en el rostro y salió.

Minutos después, llegaron al estacionamiento y se encaminaron hacia los suburbios.

-¿Están esperándote?

-No pero creo que es mejor que haga acto de presencia. Ya sabes, ¿para evitar problemas?

-Correcto.

Con la mirada fija en el camino, se armó de valor para decirle lo siguiente.



-¿Sabes qué es ser Dominante?

-Creo tener una noción al respecto... ¿Tiene que ver con lo que pasó ayer?

Él asintió.

-Soy Dominante. Me gusta tener el control, así como disciplinar y humillar. No siempre lo hago en todas las sesiones pero digamos que está sujeto al humor que tenga en el momento. Ayer, por ejemplo, sé que me salí un poco del comportamiento normal pero traté de no hacerlo demasiado porque no es algo que todo el mundo digiera con facilidad. Lo siento por si te lastimé, aunque es absurdo que lo diga a estas alturas.

Se sintió mínimo. A pesar que era una persona que siempre tenía en cuenta las consecuencias, por alguna razón, se le hizo difícil contenerse con ella. Ahora, trataba de enmendar el error.

-Max... Pedí ser tuya porque realmente lo quiero. Si te soy sincera, presentía que tenías algo oculto y ayer me quedó más que claro. Y no, no me hiciste daño. Pero sé que puedo decirte si algo está mal.

Ella le sonrió.

-Y no te preocupes. Esto queda entre nosotros.

Se sintió aliviado pero todavía quedaba algo más por decir.

-¿Te gustaría que probáramos más cosas?

-Me encantaría.

Giró para verla.

-Tendremos que establecer los límites de cada uno para que no haya malos entendidos. ¿Te parece?

-Lo único que realmente quiero es lo que te dije hace poco: ser tuya.

No resistió la tentación y la besó ignorando el tráfico. No importaba nada más. Aparcó frente a la gran casa de estilo kitsch entre la tranquilidad de los suburbios.

-La pasé increíble. Creo que no me había divertido tanto en mucho tiempo. De verdad, gracias. Luego te la devuelvo. –Dijo en alusión a la camiseta.

-Para mí fue un honor... Quiero que te la quedes.

-Vale...

Antes de bajarse, se colocó frente a él y para perderse en el azul de sus ojos. Acarició su fuerte mentón, rozó con sus dedos los labios que tanto dolor y placer le causaron. Se mantuvo allí hasta que lo besó con suavidad.

-Espero que nos vemos pronto.

-Así será.

Él se inclinó hacia ella y volvieron a besarse. Era una despedida que no quería que se terminara. Finalmente, Sara se alejó de él y se bajó del coche. Dio unos cuantos saltos hasta la puerta. Volteó e hizo un último gesto con la mano.

Max se quedó un rato allí como esperando que algo más pasara. Pero no, no pasó nada. Sostuvo el volante y recordó que debía ver a Joe. El instinto le dijo, además, que algo sucedería y que no sería nada bueno.

Al día siguiente, tomó la moto y fue hacia la prisión. Esas mismas rejas blancas vueltas a pintar, el frío salón de espera con ese color verde hospital y las sillas y mesas atornilladas en el suelo con la intención de que no fueran usadas como armas de defensa o ataque. Los guardias ubicados en los mismos puntos y el pitido metálico que sonaba cuando se abría alguna celda cercana.

Por alguna razón, Max sintió cierta densidad en el ambiente. Una especie de pesadez que pensó sería momentánea pero que se volvió casi palpable mientras esperaba a su amigo.

Estuvo inquieto, bastante, hasta que lo vio entrar en el salón. No se veía demacrado o cansado, más bien su físico volvió a ser como era antes: fuerte y macizo. Sin embargo, cuando lo miró más de cerca, detalló cierto fuego en los ojos. Esa sensación le recordó el día del robo frustrado.

Ambos de pie, se dieron un largo abrazo. Joe pareció genuinamente contento y Max pretendió que también lo estaba.

-Siento no haber venido antes. He estado ocupado con unas cosas.

-Tranquilo, tío. Estoy contento de que estés aquí. ¿Cómo están los muchachos?

-Pues, bien. Cada vez que me ven, me preguntan por ti.

-Es raro... Ninguno ha venido, ¿sabes? Hasta sé muy poco de mis abogados. Creo que echaron por la borda mi caso.

-Eh, no digas eso, tío.

-Es así, es así. Ya no quiero seguir mintiéndome. Pero no te preocupes, entiendo todo. Además, aquí no me va tan mal como pensé. –Se acercó lo suficiente como para susurrar- Me he convertido en uno de los que mandan. ¿Puedes creerlo?

Max hizo un gesto de desaprobación.

-No, no, no. No es así como piensas. Es MEJOR, ¿entiendes? La gente me tiene miedo y me respeta. Son increíbles las cosas que puedes hacer.

-Joe...

-En serio. No tienes por qué preocuparte por mí.

-Sabes que llevar este tipo de vida puede ser fatal para ti. Tienes que entenderlo.

-No me vengas con sermones cuando no eres el que está encerrado.

Max comenzó a enojarse y Joe leyó los gestos de molestia.

-¿Cómo está Sara?

Esa pregunta la sintió como una punzada en la espalda, como un golpe en el estómago. Trató de incorporarse para darle a entender que estaba todo bajo control.

-Bien. La primera vez que la visité me comentó que los controles de su casa habían estaban menguando. El robo fue todo un asuntillo.

-Me lo imagino. Todos quedaron más crispados que de costumbre. ¿Ha preguntado por mí?

Desde que se sentaron a hablar, ese quizás fue el único rasgo de esperanza que ocupó la oscuridad de su mirada. Max se echó para atrás. Quiso tomarse unos minutos para decidir si era conveniente decirle la verdad o mentirle al respecto. Luego de analizarlo rápidamente, respondió.

-Siempre me pregunta por ti. Está preocupada...

Joe se llevó las manos a la cara como un gesto de alivio. Suspiró un rato y luego miró a su amigo.

-Creo que es mejor que no sepa más de mí. Debes asegurarte de ello. ¿Vale?

-No te preocupes.

Ese momento sintió lástima por él y por la situación.

Se levantó de la silla y abrió los brazos.

-Creo que no nos veremos en mucho tiempo.

-¿Por qué?

-Cosas, amigo. Por favor, cuídala.

Se abrazaron un rato hasta que Joe le dijo al oído.

-Has sido mi único amigo, mi única familia. Gracias.

Se dio media vuelta y desapareció entre el silencio y la solemnidad de los guardias. Max se quedó solo pensando en que quizás todo aquello se trató de una amarga despedida.

## IX

Joe se sentó sobre el catre luego de que el guardia lo dejara en su celda. Era un pequeñísimo cuadrado de 2 x 2 mts<sup>2</sup>. Apenas había espacio para dormir, un lavabo y un retrete. Cerca del techo, se encontraba una minúscula ventana que servía para indicar si era de día o de noche, si llovía o nevaba. Al menos era suficiente para mantener la cordura de Joe en los días más críticos.

Lo cierto es que los primeros días de reclusión, fueron los más impactantes y difíciles para él. Llegó a pensar que sería incapaz de superar la situación. Mantuvo la esperanza cuando supo que sus abogados impidieron su traslado a una prisión de máxima seguridad a pesar de sus cargos de secuestro, homicidio e intento de robo.

Sin embargo ese anhelo se diluyó cuando pasó el tiempo y su realidad pasó a ser una tortuosa rutina. Así que maquinó que la mejor forma de sobrevivir y de tratar de tener la vida que tuvo era convirtiéndose en otro matón de cuidado.

Así pues realizó alianzas con los guardias y con otros reclusos con el fin de contar con su propia corte de lacayos. Paralelamente, adquirió un físico intimidante.

Se encargó de dar señales de que era un hombre de cuidado pero sabía que, dentro de ese microcosmos, sería víctima de sus actos. Una prueba de ello fue el recibir una noticia que estremeció su médula. Algunos de sus propios aliados estaban preparando todo para matarlo en la noche.

Trató de que no se le notara en el rostro el dolor y la angustia de una muerte cruel en un entorno frío, pero pretender que su vida tendría un final feliz sería un absurdo de su parte. Tenía que pagar el precio.

Aceptó su destino en ese catre, mientras miraba el techo. Recordó sus años de hombre exitoso de la mafia, recordó los coños que folló y el extraño sentimiento que le produjo Sara cuando comenzó a andar con ella. Cerró los ojos y esperó ansiosamente la llegada de la noche.

## X

Durante el camino, el pecho de Max se le hizo un nudo. Tuvo que reconocer que el presentimiento se hizo más fatalista cuando salió de la cárcel.

-Maldita sea, Joe.

Se paró en un semáforo y escuchó el móvil. Era Sara.

-Quiero verte.

Él también quería. Deseaba enredarse en su cuerpo y perderse en él. No lo pensó demasiado y marcó su número.

-Te voy a pasar buscando. Te aviso cuando esté cerca.

Dejó el móvil sobre el asiento de al lado. Volvió a tomar el volante y miró hacia el frente. Observó un conjunto de nubes oscuras que comenzaban a acumularse sobre la ciudad.

-Bah, qué irónico.

Volvió a la realidad al darse cuenta que estaba por perder la próxima salida que lo llevaría a la casa de Sara. Hizo un movimiento brusco y luego de unos cuantos cornetazos, pudo llegar en cuestión de minutos.

Apenas se acercó, la vio de pie esperándolo. Tenía un vestido corto de flores, una chupa de jean y unos botines de cuero negro. Ese aspecto jovial y dulce, le hizo olvidar cualquier momento amargo.

Aparcó y salió para encontrarse con ella. Sus brazos fueron directamente a la cintura de ella. Sus labios manifestaron un beso largo, tanto así, que escuchó los gemidos que salieron de su boca.

-¿Tardé demasiado?

-Ni un poco... Señor.

Sus ojos se concentraron en ese gesto complaciente que hizo por lo que tuvo que aguantar el impulso de tomarla del cuello y obligarla a hacerle sexo oral. Apenas se montaron, Max ya tenía unas cuantas ideas de lo que quería hacer con ella.

Sara estaba con el pecho acelerado porque estaba decidida en complacer a

Max tanto como pudiera. Fue por eso que, luego de su primer encuentro, comenzó a investigar más sobre el BDSM. Sabía que era una práctica poco común pero eso no le bastaba, deseaba conocer más al respecto.

Entendió un poco más sobre el pensamiento y las inclinaciones de los Dominantes, comprendió la importancia de plantear límites y cómo estos eran necesarios para que la relación estuviera basada en el respeto mutuo.

Asimismo exploró diferentes dinámicas entre Dominante y sumisa pero lo que más le gustó fue aquello de depositar la confianza y todo su ser a una persona que estuviera dispuesta no solamente a controlarla sino también a cuidarla. Sentía que Max era la persona indicada para ello.

En su bolso tenía un par de pinzas de madera viejas que rescató del lavadero, incluso hizo lo mismo con una vela. Sería una buena introducción para el dolor y el placer.

Ocultó la sorpresa hasta que entraron al piso. Él le ofreció y trago y ella aceptó. Sí, estaba muy nerviosa.

Max se escabulló en la cocina y hundió la cabeza entre los estantes buscando un par de copas y la prometida botella de vino. Mientras, ella aprovechó el momento para ir a la habitación y quitarse la ropa. Dejó el vestido sobre una silla, así como la chupa. Quedó en ropa interior: bragas y sostén negro de encaje.

Él fue a encontrarse con ella pero no la vio. La llamó y escuchó un ligero “esto aquí”. No sospechó nada hasta que la vio. Estaba de pie, frente a él y con esa actitud de mujer fatal que le volvía loco.

Dejó las copas sobre un mueble y quedó un poco más cerca, sin muy bien qué hacer. No tardó mucho tiempo en darse cuenta que lo mejor que podía hacer era tomarla entre sus brazos y comerla a besos... Y así lo hizo.

Al estar en contacto con su cuerpo, sintió el pecho agitado de ella. Trató de calmarla con más besos y caricias. La suavidad de su tacto, sin embargo, fue momentánea. Sus manos fueron a sus nalgas para apretarlas casi salvajemente. Su boca mordía los labios y el cuello de Sara. Eso respondió a su afán de marcarla y de hacerle entender a los demás que le pertenecía.

La alzó y las piernas deliciosas de ella bordearon su torso. Se sostuvo de sus hombros mientras las lenguas comulgaban en el deseo una y otra vez. Él la quiso llevar hasta la cama, para poseerla pero Sara lo frenó.

-Espera... Quiero mostrarte algo.

La bajó por un momento y vio que corrió hacia su bolso. Sacó las pinzas que tenían guardadas y la vela.

-Leí un poco y quisiera probar esto.

Él pareció sorprendido.

-¿Estás segura?

-Sí. Más que nunca.

Volvieron a besarse y en cuestión de segundos, la ropa interior de Sara cayó en el suelo como un estorbo más. Las manos de Max parecían inquietas, desesperadas. Apretó sus pechos perfectos y lamió los pezones. También los mordió.

En el afán de hacerla gritar, tomó las pinzas y las colocó sobre los pezones lentamente. Quería que sintiera que era posible sentir dolor y placer al mismo tiempo. Sara gimió con fuerza y trató de sostenerse de la fuerza de Max.

-¿Estás bien?

-Sí... Oh sí.

Sonrió y fue besándola desde los labios hasta descender por el abdomen y terminar en su coño. Le abrió las piernas estando de pie por lo que él aprovechó el momento de arrodillarse para lamerla.

Uno de sus dedos se aventuró entre sus carnes mientras su lengua acariciaba el exquisito clitoris. Eso más la presión que sentía que los pezones, Sara estuvo a punto de desfallecer.

-Aún falta, pequeña...

-Sí, señor.

Retomó el sexo oral hasta que se cansó de la posición y la acostó sobre la cama. La dejó boca arriba y continuó lamiéndola pero, esta vez, con furia. En el silencio del piso, sólo era posible escuchar los gemidos de ella entremezclados con la lengua que le succionaba sus jugos.

Max se levantó de repente y notó el rostro enrojecido de Sara. Se acercó a su oído y le dijo muy suavemente:

-Quiero azotarte.



-Hazlo, por favor.

Se acercó más.

-¿Por favor, qué?

-Por favor, señor.

-Buena chica.

Sacó de algún rincón un látigo de cuero. De hecho, tenía varios trozos de este material.

-Avísame si sientes demasiado dolor. ¿Vale?

-Sí, señor.

Los latigazos comenzaron en sus piernas y muslos. La palidez de los mismos fue reemplazado por el rojo de los impactos que recibía sin parar.

Para Sara todo le pareció irreal. Aquella información que encontró en Internet, resultó ser apenas una parte de lo que realmente era el asunto. Las palabras que leyó no tenían comparación con las sensaciones que estaba experimentando.

-¿Sigo?

-Sí, por favor, señor.

Él subió un poco más hasta el torso, no quería lastimar ese dulce rostro. Inmediatamente después, paró los azotes para acariciar los pechos con las cintas de cuero del látigo, sobre todo los pezones. Ese gesto fue suficiente para ella gimiera un poco más. Se concentró allí y con una de sus manos, dio unos cuantos golpes sobre el clítoris para estimularla aún más.

Las manos de Sara sobre las sábanas así como sus ojos cerrados, fueron señal que estaba a punto de perderse en ese vórtice que le arrastraba la excitación. Sin embargo, en medio de su trance, volvió a escuchar la voz sensual de Max.

-Aún falta lo cera, ¿recuerdas?

-Sí, señor.

A ese punto era seguro que ella perdería la consciencia en cualquier momento.

Max no quiso sobreexponerla a la excitación ya que todavía era una persona con un largo camino por recorrer. Así que dejó el látigo a un lado así como las

pinzas de madera. Sonrió para sí mismo al recordar el gesto voluntario de ella con el fin de probar nuevas sensaciones. Iban por buen camino.

Entonces encendió la vela. La dejó sobre un mueble cerca y se dedicó a besarle la frente hasta la punta de los pies. Sus manos la acariciaban lentamente hasta que observó que su pecho recuperaba la normalidad de los latidos.

Volvió a levantarse para tomar la vela. No escondió en ningún momento la ansiedad que le producía probar un momento como ese.

Max se puso de pie. Sara nunca olvidaría un momento como ese, el verlo así, de pie junto a ella, con el deseo a flor de piel y con las ganas de hacerla sufrir.

Un chorro de cera cayó sobre sus muslos al mismo tiempo. Hizo un largo alarido para luego sentir otros más sobre sus piernas, brazos y abdomen. Él, al verla torturada y hermosa, descendió para verter un poco más sobre sus pechos. Al hacerlo, procuró ser cuidadoso pero sin dejar de lado ese espíritu dominante que vivía dentro de él.

El afán de empujarla hacia la locura rindió sus frutos. A ese punto, Sara suplicó que la penetrara. La hizo esperar un poco más hasta que la levantó de la cama y la puso contra la pared, pero dándole la espalda.

-Inclínate.

-Sí, señor.

Arqueó la espalda para exponer más los glúteos para él. Ese culo tan delicioso, tan provocativo. Le dio un par de nalgadas hasta que se acomodó tras ella. Sus caderas serían el apoyo perfecto para sus manos y fue allí que la penetró con fuerza.

Los brazos de Sara se encontraban sobre la pared. Tenía la suerte de que al menos pudiera sostenerse de algo porque cada embestida que hacía Max, le hacía perder la razón.

Su pene, duro y muy firme, se adentraba en ella con una fuerza descomunal, por lo que los gemidos se convirtieron en gritos intensos de placer. Max le nalgueaba, la tomaba por el cuello, le mordía la espalda. Le repetía lo zorra que era y que él tenía el poder de decidir si se corría o no.

Decidió apretar uno de sus pechos mientras la follaba desde atrás. Dejó de hablar para concentrarse en esa estrechez que lo hacía enloquecer. Ese coño

tan húmedo y cálido, era una adicción para él.

Cada tanto lo sacaba para volverlo a empujar con fuerza. También recurrió esta medida para darse pequeños intervalos y así frenar un poco las ganas de correrse dentro de ella.

Cuando presintió que no podía más, la agarró por la cintura la hizo arrodillarse.

-Chúpalo, ramera.

-Sí, señor.

Sostuvo la cabeza hasta que vio cómo su boca se abría lentamente para devorar su pene. Ese rostro sudado y los ojos llorosos, le pareció excitante. Así pues le dio una primera bofetada por el impulso de su ser Dominante que se dejó llevar por el momento.

Sara se sintió más excitada al recibir ese gesto de él, por lo que le pidió más con la mirada. Max, en su punto más alto de complacencia, lo volvió a hacer. Una y otra vez.

Ella lamió y mordió el glande húmedo, trató de introducirse todo el pene dentro de su boca y, para lograrlo, se sostuvo de las fuertes pierna de ese semental. Estaba en el paraíso al tener semejante trozo de carne entre sus labios.

Siguió lamiendo como si un hubiera mañana. El estar así, le ayudó a darse cuenta que adoraba darle placer y pensaba que tenía que hacer el esfuerzo de dárselo las veces que fuera necesario.

Fueron a la cama de nuevo pero con una posición diferente, ella estaría sobre él. La ayudó a introducirse esa verga. Los dos estaban desesperados por vivir ese momento.

Sara se quejó un poco al principio ya que lo sintió más que otras veces. Se acomodó un poco más, hasta que finalmente se encontró a gusto. Buscó las manos de Max para llevarlas a la cintura. Él estaba concentrado en las expresiones de ella. Ella también.

Comenzó a moverse con delicadeza, luego cobró un poco más de confianza y lo hizo con fuerza, como para satisfacerse ella misma. Max la miró ensimismado. Esa imagen de ella montándolo con energía y confianza, le hizo sentir que estaba con una diosa.

Acarició su torso, los pechos que rebotaban al ritmo de sus movimientos, las caderas, las piernas. En última instancia la atrajo al tomarla del cuello. Los dos estuvieron con los rostros muy juntos. El mundo podía desaparecer y para ellos cualquier caos carecía importancia. Ellos eran lo único que necesitaban.

Max sintió el temblor de los muslos de Sara así que quiso que ella se corriera con él adentro. Hizo que se moviera con más violencia. Los gritos y los gemidos se hicieron más intensos hasta que por fin, un alarido, fue suficiente para que sus fluidos bañaran por completo su pene.

Él también estuvo muy cerca pero algo lo tomó por sorpresa. Ella se bajó de él y lo miró fijamente. Sostuvo su pene al mismo tiempo y volvió a lamerlo como cuando estuvo arrodillada. Max hizo unos cuantos gruñidos hasta que le haló el cabello.

-Todo esto es para ti.

-Sí, señor.

Respondió ella con una sonrisa en los labios.

Max sintió que le faltaba la respiración hasta que por fin se corrió en la boca de Sara. Ella recibió todo el semen que expulsó en ese momento. Unas cuantas lamidas finales para limpiar todo y listo. Ella se levantó y le sonrió.

-¿Lo hice bien?

Con pocas fuerzas, Max se incorporó y la miró como si tuviera frente a sí la cosa más hermosa del mundo.

-Claro que sí, pequeña.

Le dio un beso. Los dos se acostaron pero Sara quedó sobre su pecho. No hubo más conversación porque no era necesaria. Sólo ansiaban compartir ese momento a solas tanto como pudieran.

No supo el momento exacto en que se quedó dormido. Pero él se alegró saber que ella todavía estaba junto a él, incluso le pareció cómico la forma en cómo roncaba. Acarició el cabello y trató de recordar ese momento de paz gracias a ella.

Cuanto estuvo a punto de quedarse dormido, escuchó el pitido incesante del móvil. Al principio le restó importancia pero después recordó que eso sólo sucedía cuando se presentaba una emergencia.

Así pues, trató de levantarse con cuidado para no despertarla y comenzó a buscar el móvil. Levantó cada prenda de ropa hasta que siguió el ruido a la cocina. Tenía 10 mensajes sin leer y un número similar de llamadas perdidas.

Al darse cuenta de esto, sabía que algo grave había sucedido. Luego de que los nervios le dejaran leer con calma, sólo llegó a entender unas últimas palabras.

“Joe ha muerto”.

Una ola fría le invadió el cuerpo. Soltó el móvil y cayó al suelo conmocionado. No podía creer que perdiera a su amigo y hermano.

## XI

La noticia se esparció como pólvora entre los miembros. Max fue uno de los primeros al ser notificados pero se enteró sino hasta después. La tragedia fue suficiente para reconsiderar sus acciones.

Horas antes, Joe decidió que pelearía hasta el final. Así que esperó pacientemente a que cayera la noche para enfrentar a sus enemigos. Lo hicieron salir de la celda con la excusa de que esta se sometería a una revisión de rutina.

Esperó en un pasillo, completamente aislado y a oscuras. Sabía que la muerte le respiraba la nuca. Sin embargo, se prometió a sí mismo que no lo tomaría desprevenido así que escondió tanto como pudo, un puñal hecho con un cepillo de dientes e hilo dental. Lo afiló por varios días y estuvo listo para la ocasión.

Escuchó el sonido de unos pasos y se preparó para la batalla. Un golpe hizo que se arrodillara del dolor pero inmediatamente se puso de pie. El terror se le asomó en los ojos cuando pilló que era una cantidad considerable de hombres. Perdió la cuenta porque la oscuridad lo confundió aún más.

Aún con las esposas puestas, maniobró todo lo que pudo. Incluso recordó las veces que se enfrentó a pandillas en la calle cuando era un adolescente. Fue su primera escuela de pelea ya que aprendió cómo moverse con agilidad.

Un par de movimientos fueron suficientes para derribar tres de los traidores. Cayeron al suelo y dibujaron charcos de sangre debido a los cortes en la garganta. Nada mal para alguien cuyo movimiento estaba limitado.

Aun así, no advirtió la presencia de un guardia y de otro preso mucho más alto y fuerte que él. Sintió el golpe del garrote sobre la nuca. Un impacto tan fuerte que le hizo volver a caer. Al hacerlo, perdió el contacto con su única arma. Quedó desamparado a su suerte.

Medio mareado, sintió que una mano tomó el cuello del uniforme para arrastrarlo por el suelo prístino. Le sorprendió el silencio, uno demasiado anormal.

Llegó a lo que pudo identificar como las duchas. Frotó los ojos debido al brillo de la luz y así observó al resto de los atacantes. Efectivamente eran esos hombres que pensó fueron sus aliados.

Con los ojos enrojecidos por la ira, Joe se sintió inferior al ver que moriría de la manera más infame. Un último impulso lo hizo levantarse del suelo y gritar maldiciones a sus rivales.

Uno de ellos detuvo a unos cuantos más que quería irse sobre él.

-Dejen que grite todo lo que quieran. Este tío ya está muerto.

Corrió hacia a él y sintió el filo de algo que lo atravesó sin problemas. Perdió el equilibrio. Su cuerpo cayó entre los azulejos mientras, asustado, trató de buscar la herida para tapársela.

Dejó la desesperación y cerró los ojos. En ese momento hubo más dolor del que jamás se imaginó sentir.

Encontraron su cuerpo en la madrugada. Le cortaron el cuello, las muñecas y parte de la ingle. Incluso hicieron un intento de quitarle el cuero cabelludo pero lo dejaron a medias, quizás por cuestiones de tiempo.

Esa escena de horror fue inmediatamente notificada al resto de los guardias, a las autoridades de la cárcel y al líder de la banda quien recibió la imagen en medio de la noche. Así pues, no pasó mucho tiempo en que se corroborara la información y fuera transmitida al resto.

Max, aún en el suelo, deseó con sus fuerzas que se tratara de una broma pero no. No lo era. Así que como pudo, se levantó y comenzó a vestirse. No sabía qué hacer pero su cuerpo se lo exigió.

Salió a la habitación y Sara seguía durmiendo apaciblemente. Quiso decirle pero no quería.

-Sara, tengo que atender algo. Debes irte.

Ella despertó sobresaltada sin entender bien la situación. No obstante, asintió y comenzó a vestirse.

-Te llevaré a casa.

Unos minutos después, el sonido de los motores anunció la marcha a la casa de ella. A pesar de otras veces, no había tensión ni pasión esperando por manifestarse. Más bien era un ambiente pesado y triste.

Las preguntas de Sara pasaron inadvertidas para él. No tenía tiempo para ello. La dejó en su casa y volvió a acelerar para tratar de encontrar una razón en medio del caos.

## XII

Sara se enteró de la muerte de Joe poco después. Comprendió, además, la ausencia y el silencio de Max. No sabía de él desde hacía meses por lo que desechó toda esperanza de verlo alguna vez.

La noticia alarmó a su familia así que no tardaron en mudarse a otra ciudad. Ella, mientras, optó por buscar su propio camino lejos del desastre y los negocios ilícitos. Aspiraba tener una vida mejor y quería estar hacerlo por su cuenta.

Encontró un trabajo como camarera en un hotel y gracias a ello, pagaba un curso de computación en las noches. El cansancio de ese ritmo de vida la hacía aprovechar cada hora de sueño en sus días libres. Pero, al final, tenía la satisfacción de que estaba logrado encaminarse.

Cortó comunicación con su familia. Descubrió que sus padres estaban en proceso de divorcio y que sus hermanos estaban planificando un futuro menos tormentoso. Al menos por ese lado, no todo salió mal.

Aunque celebraba internamente el hecho de que las cosas estaban tomando otro color, le era inevitable no pensar en él. Cada día, al regresar a casa, soñaba con encontrarlo y hacerle el amor. Pero en cambio se topaba con la realidad de la soledad de un piso pequeño y frío.

Como otras tantas veces, salió tarde del trabajo. El instituto anunció las vacaciones así que no tenía prisa en tomar el autobús. Cruzó la calle pensando en qué cena se prepararía. Mientras lo hacía, sintió que alguien la observaba. Apretó el paso con miedo y esperó en una calle oscura para enfrentarlo.

-Estoy loca. –Se dijo.

Al comprobar que efectivamente la seguían, sus ojos se abrieron como platos.

-¿Max?

Él se paró en seco, tan sorprendido como ella.

-Lo siento mucho si te asusté.

-¿Qué haces aquí?

La pregunta le desgarró la garganta y el corazón. No sabía si abrazarlo o huir



de él.

-Tengo mucho que explicarte.

Se acercó y Sara quedó prendada de sus labios, como la primera vez.

-Más vale que comiences a hablar.

## “*Bonus Track*”

— Preview de [“\*La Mujer Trofeo\*”](#) —

### Capítulo 1

Cuando era adolescente no me imaginé que mi vida sería así, eso por descontado.

Mi madre, que es una crack, me metió en la cabeza desde niña que tenía que ser independiente y hacer lo que yo quisiera. “*Estudia lo que quieras, aprende a valerte por ti misma y nunca mires atrás, Belén*”, me decía.

Mis abuelos, a los que no llegué a conocer hasta que eran muy viejitos, fueron siempre muy estrictos con ella. En estos casos, lo más normal es que la chavala salga por donde menos te lo esperas, así que siguiendo esa lógica mi madre apareció a los dieciocho con un bombo de padre desconocido y la echaron de casa.

Del bombo, por si no te lo imaginabas, salí yo. Y así, durante la mayor parte de mi vida seguí el consejo de mi madre para vivir igual que ella había vivido: libre, independiente... y pobre como una rata.

Aceleramos la película, nos saltamos unas cuantas escenas y aparezco en una tumbona blanca junto a una piscina más grande que la casa en la que me crié. Llevo puestas gafas de sol de Dolce & Gabbana, un bikini exclusivo de Carolina Herrera y, a pesar de que no han sonado todavía las doce del mediodía, me estoy tomando el medio gin-tonic que me ha preparado el servicio.

Pese al ligero regusto amargo que me deja en la boca, cada sorbo me sabe a triunfo. Un triunfo que no he alcanzado gracias a mi trabajo (a ver cómo se hace una rica siendo psicóloga cuando el empleo mejor pagado que he tenido ha sido en el Mercadona), pero que no por ello es menos meritorio.

Sí, he pegado un braguetazo.

Sí, soy una esposa trofeo.

Y no, no me arrepiento de ello. Ni lo más mínimo.

Mi madre no está demasiado orgullosa de mí. Supongo que habría preferido que siguiera escaldándome las manos de lavaplatos en un restaurante, o las rodillas como fregona en una empresa de limpieza que hacía malabarismos con mi contrato para pagarme lo menos posible y tener la capacidad de echarme sin que pudiese decir esta boca es mía.

Si habéis escuchado lo primero que he dicho, sabréis por qué. Mi madre cree que una mujer no debería buscar un esposo (o esposa, que es muy moderna) que la mantenga. A pesar de todo, mi infancia y adolescencia fueron estupendas, y ella se dejó los cuernos para

que yo fuese a la universidad. “¿Por qué has tenido que optar por el camino fácil, Belén?”, me dijo desolada cuando le expliqué el arreglo.

Pues porque estaba hasta el moño, por eso. Hasta el moño de esforzarme y que no diera frutos, de pelearme con el mundo para encontrar el pequeño espacio en el que se me permitiera ser feliz. Hasta el moño de seguir convenciones sociales, buscar el amor, creer en el mérito del trabajo, ser una mujer diez y actuar siempre como si la siguiente generación de chicas jóvenes fuese a tenerme a mí como ejemplo.

Porque la vida está para vivirla, y si encuentras un atajo... Bueno, pues habrá que ver a dónde conduce, ¿no? Con todo, mi madre debería estar orgullosa de una cosa. Aunque el arreglo haya sido más bien decimonónico, he llegado hasta aquí de la manera más racional, práctica y moderna posible.

Estoy bebiendo un trago del gin-tonic cuando veo aparecer a Vanessa Schumacher al otro lado de la piscina. Los hielos tintinean cuando los dejo a la sombra de la tumbona. Viene con un vestido de noche largo y con los zapatos de tacón en la mano. Al menos se ha dado una ducha y el pelo largo y rubio le gotea sobre los hombros. Parece como si no se esperase encontrarme aquí.

Tímida, levanta la mirada y sonrío. Hace un gesto de saludo con la mano libre y yo la imito. No hemos hablado mucho, pero me cae bien, así que le indico que se acerque. Si se acaba de despertar, seguro que tiene hambre.

Vanessa cruza el espacio que nos separa franqueando la piscina. Deja los zapatos en el suelo antes de sentarse en la tumbona que le señalo. Está algo inquieta, pero siempre he sido cordial con ella, así que no tarda en obedecer y relajarse.

—¿Quieres desayunar algo? —pregunto mientras se sienta en la tumbona con un crujido.

—Vale —dice con un leve acento alemán. Tiene unos ojos grises muy bonitos que hacen que su rostro resplandezca. Es joven; debe de rondar los veintipocos y le ha sabido sacar todo el jugo a su tipazo germánico. La he visto posando en portadas de revistas de moda y corazón desde antes de que yo misma apareciera. De cerca, sorprende su aparente candidez. Cualquiera diría que es una mujer casada y curtida en este mundo de apariencias.

Le pido a una de las mujeres del servicio que le traiga el desayuno a Vanessa. Aparece con una bandeja de platos variados mientras Vanessa y yo hablamos del tiempo, de la playa y de la fiesta en la que estuvo anoche. Cuando le da el primer mordisco a una tostada con mantequilla light y mermelada de naranja amarga, aparece mi marido por la misma puerta de la que ha salido ella.

¿Veis? Os había dicho que, pese a lo anticuado del planteamiento, lo habíamos llevado a cabo con estilo y practicidad.

Javier ronda los treinta y cinco y lleva un año retirado, pero conserva la buena forma de un futbolista. Alto y fibroso, con la piel bronceada por las horas de entrenamiento al aire

libre, tiene unos pectorales bien formados y una tableta de chocolate con sus ocho onzas y todo.

Aunque tiene el pecho y el abdomen cubiertos por una ligera mata de vello, parece suave al tacto y no se extiende, como en otros hombres, por los hombros y la espalda. En este caso, mi maridito se ha encargado de decorárselos con tatuajes tribales y nombres de gente que le importa. Ninguno es el mío. Y digo que su vello debe de ser suave porque nunca se lo he tocado. A decir verdad, nuestro contacto se ha limitado a ponernos las alianzas, a darnos algún que otro casto beso y a tomarnos de la mano frente a las cámaras.

El resto se lo dejo a Vanessa y a las decenas de chicas que se debe de tirar aquí y allá. Nuestro acuerdo no precisaba ningún contacto más íntimo que ese, después de todo.

Así descrito suena de lo más atractivo, ¿verdad? Un macho alfa en todo su esplendor, de los que te ponen mirando a Cuenca antes de que se te pase por la cabeza que no te ha dado ni los buenos días. Eso es porque todavía no os he dicho cómo habla.

Pero esperad, que se nos acerca. Trae una sonrisa de suficiencia en los labios bajo la barba de varios días. Ni se ha puesto pantalones, el tío, pero supongo que ni Vanessa, ni el servicio, ni yo nos vamos a escandalizar por verle en calzoncillos.

Se aproxima a Vanessa, gruñe un saludo, le roba una tostada y le pega un mordisco. Y después de mirarnos a las dos, que hasta hace un segundo estábamos charlando tan ricamente, dice con la boca llena:

—Qué bien que seáis amigas, qué bien. El próximo día te llamo y nos hacemos un trío, ¿eh, Belén?

Le falta una sobada de paquete para ganar el premio a machote bocazas del año, pero parece que está demasiado ocupado echando mano del desayuno de Vanessa como para regalarnos un gesto tan español.

Vanessa sonrío con nerviosismo, como si no supiera qué decir. Yo le doy un trago al gin-tonic para ahorrarme una lindeza. No es que el comentario me escandalice (después de todo, he tenido mi ración de desenfreno sexual y los tríos no me disgustan precisamente), pero siempre me ha parecido curioso que haya hombres que crean que esa es la mejor manera de proponer uno.

Como conozco a Javier, sé que está bastante seguro de que el universo gira en torno a su pene y que tanto Vanessa como yo tenemos que usar toda nuestra voluntad para evitar arrojarnos sobre su cuerpo semidesnudo y adorar su miembro como el motivo y fin de nuestra existencia.

A veces no puedo evitar dejarle caer que no es así, pero no quiero ridiculizarle delante de su amante. Ya lo hace él solito.

—Qué cosas dices, Javier —responde ella, y le da un manotazo cuando trata de cogerle el vaso de zumo—. ¡Vale ya, que es mi desayuno!

—¿Por qué no pides tú algo de comer? —pregunto mirándole por encima de las gafas de sol.

—Porque en la cocina no hay de lo que yo quiero —dice Javier.

Me guiña el ojo y se quita los calzoncillos sin ningún pudor. No tiene marca de bronceado; en el sótano tenemos una cama de rayos UVA a la que suele darle uso semanal. Nos deleita con una muestra rápida de su culo esculpido en piedra antes de saltar de cabeza a la piscina. Unas gotas me salpican en el tobillo y me obligan a encoger los pies.

Suspiro y me vuelvo hacia Vanessa. Ella aún le mira con cierta lujuria, pero niega con la cabeza con una sonrisa secreta. A veces me pregunto por qué, de entre todos los tíos a los que podría tirarse, ha elegido al idiota de Javier.

—Debería irme ya —dice dejando a un lado la bandeja—. Gracias por el desayuno, Belén.

—No hay de qué, mujer. Ya que eres una invitada y este zopenco no se porta como un verdadero anfitrión, algo tengo que hacer yo.

Vanessa se levanta y recoge sus zapatos.

—No seas mala. Tienes suerte de tenerle, ¿sabes?

Bufo una carcajada.

—Sí, no lo dudo.

—Lo digo en serio. Al menos le gustas. A veces me gustaría que Michel se sintiera atraído por mí.

No hay verdadera tristeza en su voz, sino quizá cierta curiosidad. Michel St. Dennis, jugador del Deportivo Chamartín y antiguo compañero de Javier, es su marido. Al igual que Javier y yo, Vanessa y Michel tienen un arreglo matrimonial muy moderno.

Vanessa, que es modelo profesional, cuenta con el apoyo económico y publicitario que necesita para continuar con su carrera. Michel, que está dentro del armario, necesitaba una fachada heterosexual que le permita seguir jugando en un equipo de Primera sin que los rumores le fastidien los contratos publicitarios ni los directivos del club se le echen encima.

Como dicen los ingleses: una situación *win-win*.

—Michel es un cielo —le respondo. Alguna vez hemos quedado los cuatro a cenar en algún restaurante para que nos saquen fotos juntos, y me cae bien—. Javier sólo me pretende porque sabe que no me interesa. Es así de narcisista. No se puede creer que no haya caído rendida a sus encantos.

Vanessa sonrío y se encoge de hombros.

—No es tan malo como crees. Además, es sincero.

—Mira, en eso te doy la razón. Es raro encontrar hombres así. —Doy un sorbo a mi cubata—. ¿Quieres que le diga a Pedro que te lleve a casa?

—No, gracias. Prefiero pedirme un taxi.

—Vale, pues hasta la próxima.

—Adiós, guapa.

Vanessa se va y me deja sola con mis gafas, mi bikini y mi gin-tonic. Y mi maridito, que está haciendo largos en la piscina en modo Michael Phelps mientras bufa y ruge como un dragón. No tengo muy claro de si se está pavoneando o sólo ejercitando, pero corta el agua con sus brazadas de nadador como si quisiera desbordarla.

A veces me pregunto si sería tan entusiasta en la cama, y me imagino debajo de él en medio de una follada vikinga. ¿Vanessa grita tan alto por darle emoción, o porque Javier es así de bueno?

Y en todo caso, ¿qué más me da? Esto es un arreglo moderno y práctico, y yo tengo una varita Hitachi que vale por cien machos ibéricos de medio pelo.

Una mujer con la cabeza bien amueblada no necesita mucho más que eso.

## **Javier**

Disfruto de la atención de Belén durante unos largos. Después se levanta como si nada, recoge el gin-tonic y la revista insulsa que debe de haber estado leyendo y se larga.

Se larga.

Me detengo en mitad de la piscina y me paso la mano por la cara para enjuagarme el agua. Apenas puedo creer lo que veo. Estoy a cien, con el pulso como un tambor y los músculos hinchados por el ejercicio, y ella se va. ¡Se va!

A veces me pregunto si no me he casado con una lesbiana. O con una frígida. Pues anda que sería buena puntería. Yo, que he ganado todos los títulos que se puedan ganar en un club europeo (la Liga, la Copa, la Súper Copa, la Champions... Ya me entiendes) y que marqué el gol que nos dio la victoria en aquella final en Milán (bueno, en realidad fue de penalti y Jáuregui ya había marcado uno antes, pero ese fue el que nos aseguró que ganábamos).

## **La Mujer Trofeo**

*Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario*

*— Comedia Erótica y Humor —*

*Ah, y...*

*¿Has dejado ya una Review de esta colección?*

*Gracias.*

## ***NOTA DE LA AUTORA***

Espero que hayas disfrutado de la colección. MUCHÍSIMAS GRACIAS por leerla, de verdad. Significa mucho para nosotros como editorial. Con sinceridad, me gustaría pedirte que, si has disfrutado de la lectura y llegado hasta aquí, le dediques 15 segundos a dejar una **review en Amazon**.

¿Porqué te lo pido? Si te ha gustado el libro, ayudarás a que otros también lo lean y disfruten. Los comentarios en Amazon son la mejor y casi única publicidad que tenemos, y ayuda a que sigamos publicando libros. Por supuesto, una review honesta: El tiempo decidirá si esta colección merece la pena o no. Nosotros simplemente seguiremos haciendo todo lo posible por hacer disfrutar a nuestras lectoras y seguir escribiendo.

A continuación te dejo un enlace para entrar en mi lista de correo si quieres enterarte de obras gratuitas o nuevas que salgan al mercado. Además, entrando en la lista de correo o **[haciendo click en este enlace](#)**, podrás disfrutar de dos audiolibros 100% gratis (gracias a la prueba de Audible). Finalmente, te dejo también otras obras — mías o de otras personas — que creo serán de tu interés. Por si quieres seguir leyendo. Gracias por disfrutar de nuestras obras. Eres lo mejor.

*Ah, y si dejas una review del libro, no sólo me harías un gran favor... envíanos un email (editorial.extasis@gmail.com) con la captura de pantalla de la review (o el enlace) y te haremos otro regalo ;)*

### **[Haz click aquí](#)**

*para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis recibirás gratis “La Bestia Cazada” para empezar a leer :)*

[www.extasiseditorial.com/unete](http://www.extasiseditorial.com/unete)

[www.extasiseditorial.com/audiolibros](http://www.extasiseditorial.com/audiolibros)

[www.extasiseditorial.com/reviewers](http://www.extasiseditorial.com/reviewers)

### ***¿Quieres seguir leyendo?***

Otras Obras:

#### **[La Mujer Trofeo – Laura Lago](#)**

[Romance, Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario](#)

[\(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible\)](#)

#### **[Esclava Marcada – Alba Duro](#)**

[Sumisión, Placer y Matrimonio de Conveniencia con el Amo Millonario y Mafioso](#)



*(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible)*

***Sumisión Total – Alba Duro***

*10 Novelas Románticas y Eróticas con BDSM para Acabar Contigo*  
*(¡10 Libros GRATIS con Kindle Unlimited o al precio de 3x1!)*